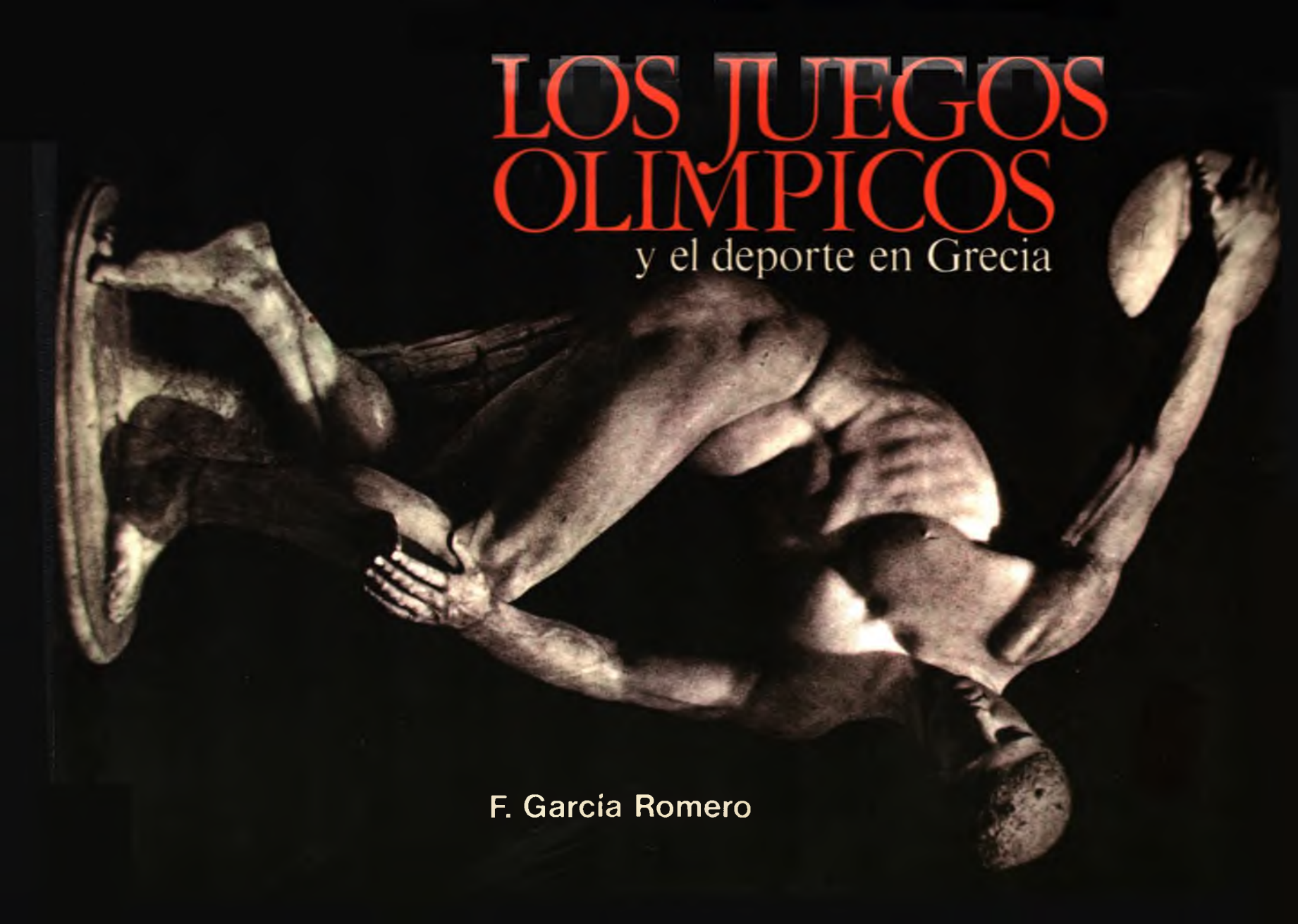
LOS JUEGOS OLIMPICOS

y el deporte en Grecia



F. García Romero

Casi dos mil años de historia del deporte y la cultura de Grecia, desde la Creta minoica en el segundo milenio a.C. hasta la clausura de los Juegos Olímpicos a finales del siglo IV p.C., abarca este libro, una amplia exposición de los aspectos y problemas más importantes del deporte griego, que pretende ser válida tanto para el público interesado en la historia del deporte o en la cultura griega en general como para el especialista filólogo o historiador de la Antigüedad. En la obra se tratan, a partir de un pormenorizado estudio de las fuentes antiguas, literarias y arqueológicas, y de los datos que ha aportado la erudición moderna, las distintas modalidades deportivas practicadas en Grecia, el origen (mítico e histórico), organización y desarrollo de los grandes juegos, muy en especial de los Juegos Olímpicos, y la importantísima función que desempeñó el deporte en la sociedad griega, destacándose las semejanzas y diferencias que unen y separan el deporte griego y el deporte moderno. Se presta atención tanto al deporte profesional y competitivo como al papel fundamental que la educación física jugó en la formación escolar de niños y jóvenes y en las prescripciones de médicos y filósofos con vistas a adquirir y mantener la salud y conseguir un armónico equilibrio entre cualidades físicas e intelectuales. No se olvida tampoco el deporte femenino, que conservó siempre características propias y distintivas en el mundo griego.

EDITORIAL AUSA
Apdo. 101 SABADELL - BARCELONA

Fernando García Romero nació en Almería, en 1960, y cursó estudios de Filología Clásica en la Universidad Complutense de Madrid, donde actualmente ejerce como profesor de Filología Griega. Discípulo del profesor Lasso de la Vega, se doctoró con una tesis sobre los epinicios de Baquílides, que mereció el Premio Extraordinario de la Facultad de Filología y el Premio de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Sobre los poemas de Baquílides y Píndaro, destinados a celebrar a los vencedores en los grandes juegos atléticos de Grecia, ha publicado igualmente diferentes artículos en revistas especializadas españolas y extranjeras, así como otros trabajos sobre las obras de Homero, los poetas arcaicos griegos, Aristófanes y Marcial. Sus estudios sobre el deporte griego incluyen, además del presente libro, conferencias y artículos sobre aspectos técnicos y filológicos y sobre las relaciones del mundo deportivo con la literatura, la religión y la medicina en la antigua Grecia. Es también traductor de Baquílides y Platón.

LOS JUEGOS OLIMPICOS
y el deporte en Grecia

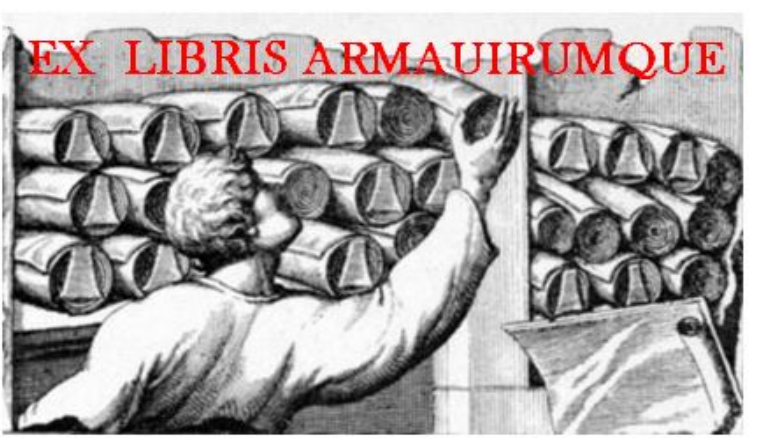
COLECCIÓN: ESTUDIOS ORIENTALES
Director: G. del Olmo Lete
5

© FERNANDO GARCÍA ROMERO

© EDITORIAL AUSA
Apartado de Correos, 101
08280 SABADELL (Barcelona) Spain
ISBN 84-86329-81-7
Dep. Legal: B-16.276-92
Imprime: CDI

FERNANDO GARCÍA ROMERO

LOS JUEGOS OLIMPICOS
y el deporte en Grecia



Editorial AUSA
Sabadell

"no hay mayor gloria para un hombre mientras viva que la que haya conseguido con sus pies y sus manos"

(Odisea 8.147-8)

"porque superior a la fuerza de hombres y caballos es nuestra sabiduría»

(Jenófanes de Colofón, fr. 2.11-12 West)

CAPÍTULO I

EL DEPORTE GRIEGO: CARACTERÍSTICAS GENERALES Y EVOLUCIÓN HISTÓRICA

1.1. CRETA Y MICENAS

HACIA EL FINAL DEL TERCER MILENIO a.C., la isla de Creta, aprovechando su favorable situación geográfica, se convierte en el más importante centro cultural del Egeo. Los grandes palacios de Cnoso, Festo, Maliá, Hagia Triada, Zacro, fueron el núcleo de una civilización que, si bien influida por Egipto y Oriente, con quienes mantuvo relaciones comerciales, supo crear una cultura propia e independiente e irradiarla por el Mediterráneo Oriental durante casi un milenio.

Hacia 1700 a.C. los primeros palacios sufrieron una violenta destrucción, a causa probablemente de un terremoto. Fueron, no obstante, rápidamente reconstruídos y dio comienzo entonces el período culminante de la civilización cretense del segundo milenio, hasta que, poco antes de 1450, la gran erupción del volcán de la isla de Tera precipitó su final, al quedar Creta sepultada por las cenizas y su costa septentrional arrasada por la violencia de las olas. Únicamente el palacio de Cnoso fue reconstruído, y ello por obra de los griegos del continente, que aprovecharon la situación para conquistar fácilmente la isla. Hacia 1380, ya fuera por disputas intestinas entre los propios griegos ya por un levan-

tamiento de la población no griega sometida, el fuego destruyó de manera definitiva el palacio de Cnoso y marcó el final de la cultura cretense. Ello no afectó, sin embargo, al poderío micénico, que se mantuvo en auge durante un par de siglos más, hasta que se derrumbó bien por invasiones externas bien por un proceso de disolución interna.

La imagen que los hallazgos arqueológicos permiten hacernos de la civilización minoica refleja una vida notablemente pacífica, ajena a la guerra y libre de agitaciones sociales, organizada en torno a los grandes palacios, que no estaban rodeados de murallas, pues su dominio del mar era suficiente protección para los cretenses contra los ataques externos.

Los palacios y construcciones adyacentes eran, en efecto, el centro administrativo, económico y religioso de cada región y sus innumerables estancias estaban decoradas con grandes frescos y otros adornos, que nos muestran un modo de vida cómodo y refinado y a hombres y mujeres deseosos de disfrutar de la existencia, amantes de las competiciones deportivas y otros espectáculos (pues, efectivamente, también las mujeres tenían activa participación en los espectáculos, tanto en calidad de espectadoras como en calidad de actuantes).

Dado que, a falta de testimonios escritos (los textos en Lineal B nada nos dicen acerca del deporte cretense), nuestra única fuente de información son los hallazgos arqueológicos, no podemos obtener una panorámica completa de las actividades deportivas y su significado para los hombres de la antigua Creta, de manera que siguen siendo numerosas las dudas y conjeturas al respecto. No obstante, en lo que sí hay unanimidad es en el reconocimiento de la importancia de las manifestaciones deportivas en la vida de este pueblo, habida cuenta de la sorprendente frecuencia con que los ejercicios físicos aparecen representados en pinturas, esculturas, sellos, vasos, etc., en mayor número que ninguna otra actividad. Además, la muchedumbre de espectadores que figuran en los frescos contemplando los espectáculos recreativos o deportivos parece indicar que éstos no eran cosa de una minoría, sino que estaban abiertos a todo el pueblo.

En lo que respecta a cada deporte en particular, los testimonios son a menudo incompletos o ambiguos, y carecemos casi totalmente de datos

que nos proporcionen alguna luz sobre otros temas importantes, como es el caso de la posible relación entre las actividades deportivas de los cretenses y las de los griegos posteriores. Así, en tanto que algunos pretenden encontrar en Creta el origen del deporte griego (Glotz, Sakellarakis, Ridington, Popplow, Renfrew con reservas), otros niegan completamente tal posibilidad (Gardiner, Jüthner/Brein, Howell, Patrucco), mientras que otros estudiosos (Harris, Weiler) mantienen una prudente reserva ante la ausencia de datos, a nuestro juicio la postura más acertada, aunque también la más fácil y menos comprometida y arriesgada.

1.1.1. Juegos del toro

Han sido los juegos del toro las formas de ejercicio físico de la Creta del segundo milenio a.C. que en mayor medida han centrado el interés de los estudiosos del deporte. Es, además, la actividad deportiva mejor documentada con mucho; sin embargo, pese a la gran cantidad de representaciones en frescos, vasos, relieves, terracotas, bronces, sellos y anillos, siguen siendo numerosos los aspectos poco claros, no solamente en lo que se refiere al origen, carácter y significado de tales juegos, sino incluso en lo que respecta a la manera de ejecutar el salto sobre el animal.

Arthur Evans, basándose sobre todo en el gran fresco del palacio de Cnoso (figura 1a) que muestra a un joven apoyado de manos sobre el lomo de un enorme toro, a una muchacha que ase el cuerno del animal y a otra de pie, tras él, con los brazos extendidos hacia adelante, ofreció una interpretación del salto en cuatro fases (figura 1b): el atleta ase por los cuernos al toro que corre hacia él, aprovecha el impulso que recibe al sacudir la cabeza el animal para aterrizar sobre el lomo y de ahí poner el pie en tierra (ayudado por la muchacha que extiende los brazos).

Esta explicación (con sus cuatro fases completas o bien reducidas a tres, dejándose caer el atleta directamente al suelo, sin pasar previamente por la espalda del toro) ha sido luego repetida y aceptada a menudo, pero son también muchos quienes consideran tal ejercicio físicamente

imposible, opinión que apoyan, al parecer, los profesionales del rodeo consultados, entre otras cosas, dicen, por el modo de embestir el animal, que no es nunca de abajo arriba, sino lateral, de manera que no podría impulsar al atleta hacia su lomo. No obstante, la historia del toreo español proporciona abundantes ejemplos de arriesgados saltos sobre el toro que requieren de sus practicantes asombrosa agilidad, destreza y valor ("salto del trascuerno", "salto sobre el testuz", etc.; cf. J. M. de Cossio, *Los toros: tratado técnico e histórico*, Madrid, Espasa Calpe, 1943 y ss., vol. I, p. 777ss.), de manera que no podemos negar a los cretenses prácticas semejantes. Se han sugerido, sin embargo, otras interpretaciones alternativas. Así, Chadwick (pp. 25-27) piensa que las equívocas posiciones de los ejecutantes en las representaciones que conocemos se deben a la incapacidad del artista para representar la perspectiva y que el deporte debía consistir en excitar al toro para que embistiera y entonces el atleta, en el momento preciso, saltaba haciendo que el toro pasara por debajo. Esta explicación, no obstante, choca con la mayoría de los testimonios, en los que se muestra claramente un contacto físico del atleta con el animal.

Otros investigadores, partiendo de un minucioso examen de los documentos arqueológicos, distinguen entre varios tipos de saltos. Según Younger, el atleta podía saltar sobre la espalda del toro acometiéndolo lateralmente por un flanco o bien encarándolo de frente, pero con la ayuda de un trampolín (véase también al respecto el reciente artículo de Thompson). Por su parte, Howell, tras un estudio muy completo, diferencia entre los saltos que se practicaban en el campo, en los que se podía acometer al toro por los flancos o por detrás o bien agarrarlo por los cuernos y saltar cuando el animal se encontraba tranquilamente echado, y los saltos más peligrosos de los juegos oficiales, representados claramente en el fresco de Cnoso y en otros muchos documentos, en los que el atleta encaraba al toro y saltaba sobre él hasta aterrizar detrás. No obstante, Howell, como muchos de cuantos se han ocupado recientemente del problema, concluye que con testimonios de las características de los que poseemos nada puede afirmarse con seguridad y los saltos cretenses sobre el toro seguirán siendo objeto de especulaciones.

Igualmente controvertido es el tema del origen y significado de tales juegos: ¿tienen su base en el ámbito religioso, en algún tipo de rito, o bien su carácter ha sido siempre profano? ¿la posible significación cultual se conservaba todavía en la época en que se datan las representaciones figuradas que han llegado hasta nosotros o bien no era ya más que un simple espectáculo? Como hemos señalado, los datos más o menos firmes en que podemos basarnos son escasos, de manera que se comprende bien que las explicaciones que se han dado al problema del origen y función cultual o profana de los juegos del toro cretenses se apoyen en gran parte en conjeturas y analogías con actividades supuestamente semejantes (nuestras corridas, naturalmente, han sido un paralelo a menudo sacado a colación).

Ya a principios de siglo, Reichel, consideraba los juegos del toro sencillamente como una evolución de la costumbre de cazar toros salvajes por parte de los campesinos, práctica arriesgada, pero indudablemente necesaria, ya que los animales se convertían a menudo en un peligro, como reflejan, por ejemplo, los mitos de las hazañas de Heracles y Teseo. Esta explicación es tenida en cuenta por Evans y aceptada por Gardiner, quien recuerda testimonios de la época (las copas de Vafio) y costumbres similares vivas todavía en Tesalia posteriormente, como veremos poco más adelante. El origen profano de los juegos ha sido defendido con especial tenacidad, frente a la opinión mayoritaria, por un gran conocedor de la religión griega, Martin P. Nilsson, en diversas obras. Para él, no se trata de representaciones sagradas vinculadas a un culto al toro (cuya existencia ha sido muy discutida), sino de un deporte secular y enormemente popular. Hay finalmente quienes, como F. Matz, han pretendido tender un puente entre lo profano y lo religioso, al sostener que la captura de toros en el campo tenía como fin no tanto su domesticación o la liberación del peligro real o eventual que suponía el toro, sino sobre todo la obtención de animales para el sacrificio, mientras que Vera Olivová, aun admitiendo que el origen de los juegos del toro palaciegos hay que buscarlo en la caza de toros salvajes, considera no obstante que tal práctica llegó a adquirir una forma ceremonial y un sentido cultual, dada la conexión de la Diosa Madre cretense con el mundo animal y particularmente con el toro.

La opinión mayoritaria, sin embargo, tiende a afirmar el origen religioso de los juegos, pero con discrepancias en dos aspectos importantes: si los lazos rituales se mantenían todavía vivos en la época de los palacios (Diem, Howell, Popplow, etc.) o si el antiguo rito se había convertido por entonces en un espectáculo, desligado ya de sus orígenes cúlticos (Malten, Evans, Álvarez de Miranda, etc.); y, en segundo lugar, no hay acuerdo a la hora de concretar en qué consiste exactamente ese nexo con el culto, qué tipo de rito está en la base de la actividad que los monumentos nos muestran.

Malten, y con él Diem y otros, hacen remontar el origen de lo que, en su opinión, era ya un juego en la época de los palacios a antiguos sacrificios humanos en honor de la divinidad (concebida como un toro), de manera que los hombres destinados a ser sacrificados (quizá al principio prisioneros de guerra) podían quedar libres si conseguían vencer al animal, y de ello sería reflejo la leyenda del Minotauro y su exigencia de víctimas humanas. Más frecuente, desde Persson, es la vinculación de los juegos del toro con rituales de la fertilidad, como parte de festividades anuales de primavera, de manera que la sangre del toro que corre bajo tierra es símbolo de la fecundidad renovada, como sostiene Popplow, aduciendo cultos paralelos de Egipto, Asia Menor y la India. También Álvarez de Miranda parte de la concepción del toro como representante de la potencia generadora en el mundo animal, pero, dado que ninguna prueba fehaciente indica que el toro fuese en último término la víctima sacrificial de la ceremonia, sostiene que el origen de los juegos cretenses es un "rito mágico, basado en la intuición del toro como reserva de la energía generativa, aprovechable por el hombre, pero especialmente útil a la mujer, como garantía de fecundidad", de manera que "las corridas cretenses se pueden presentar en una zona que no sea la del culto verdadero y propio, sino en ese estrato difuso y multiforme del instinto mágico". El rito de fertilidad consistiría, entonces, en entrar en contacto con el toro, bien colocándose delante de él bien tocándolo, y quizá sus orígenes remonten a una peculiar exposición de la mujer delante del toro, aunque luego la participación masculina precipitara la evolución hacia la esfera del juego, estado en que nos lo presentan ya nuestros testimonios.

Prueba de todo ello sería el número elevado de mujeres que intervienen y el exagerado tamaño del toro, sus cuernos y su sexo en las representaciones.

En suma, los problemas que plantean los juegos del toro, como casi todo lo relativo a las actividades deportivas o recreativas de los cretenses, distan mucho aún de estar resueltos y una solución definitiva será difícil de alcanzar con testimonios de las características de los que poseemos.

El origen de los saltos sobre toros, algunos han pretendido hallarlo, como se ha indicado, en la captura de toros salvajes en el campo, práctica documentada por diversos sellos y sobre todo por dos tazas de oro, del siglo XV a.C., encontradas en Vafio, no lejos de Esparta, actualmente sitas en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Una de ellas representa una escena de captura: un toro salvaje ha caído prisionero en una red tendida entre dos árboles, en tanto que otro huye y un tercero acomete furiosamente a los cazadores, a dos de los cuales ha derribado. La segunda taza, como contraste, muestra toros domesticados, ayudando en las faenas del campo.

Muchos siglos después, y en forma ya organizada como espectáculo, la captura de toros subsiste en Tesalia y también en Asia Menor, y fue luego introducida en el circo romano. De manera semejante a los modernos rodeos, un hombre a caballo (rara vez a pie) galopa hasta llegar a la altura del animal, lo ase entonces por los cuernos y salta sobre él derribándolo al zancadillearlo. Este deporte es descrito detalladamente en un epigrama de la *Antología Palatina* (9.543, del siglo II a.C.) y en la novela *Las Etiópicas o Teágenes y Cariclea* de Heliodoro de Emesa, autor del siglo III o IV p.C., donde la captura de un toro se ha escapado por parte de Teágenes, precisamente un príncipe tesalio, provoca la admiración de la multitud (10.30).

1.1.2. Boxeo y lucha

Diversos documentos testimonian la existencia indudable de competiciones de boxeo y lucha en la Creta minoica (un inventario

completo puede hallarse en los artículos de Coulomb), pero tampoco en este caso pueden definirse con exactitud ni las reglas que las regían ni su función social.

El más completo testimonio es un ritón de 47 cm. de altura, datable hacia la mitad del segundo milenio, que procede de Hagia Tríada y se conserva actualmente en el Museo de Heraclion (figura 5). De las cuatro franjas en que se divide, la superior y las dos inferiores representan competiciones de boxeo y lucha (en la superior aparecen también tres hombres quizá en actitudes de correr y saltar), en tanto que la restante muestra una escena de tauromaquia. Los combates han sido minuciosamente observados y reproducidos en sus diversas fases. En la franja superior los rivales, el uno frente al otro, se golpean mutuamente; en la tercera, en cambio, uno de los pugilistas ha conseguido derrotar a su adversario, que aparece caído boca abajo, mientras que en la franja inferior el atleta derribado ha caído de espaldas y parece que intenta protegerse lanzando una patada, por lo que se ha pensado que el relieve inferior pudiera representar una escena de lucha libre en la que está permitido casi todo, semejante al posterior pancracio o al boxeo tailandés. No obstante, la posición de los competidores es esencialmente la misma en cada una de las escenas, por lo que es posible que todas ellas describan idéntica actividad deportiva.

Los atletas de la franja inferior van con la cabeza desprotegida, mientras que los restantes llevan un casco, de piel o metal, que apenas deja al descubierto más que los ojos. Otras protecciones cubren manos y antebrazos, hasta más arriba del codo, y se asemejan al *caestus* romano más que a las correas de los pugilistas de época clásica; protecciones semejantes muestra otro testimonio fundamental del boxeo cretense, un fragmento de esteatita de la misma época, que representa un púgil a cuyos pies figura la rodilla del adversario derribado (el famoso fresco de los niños boxeadores de Tera, figura 6, se encuentra demasiado deteriorado y, además, representa probablemente una actividad pugilística diferente).

El tipo atlético de los boxeadores adultos es siempre el mismo: la estrechez de la cintura, subrayada por un ajustado cinturón, contrasta con

la anchura de los hombros y la poderosa musculatura de brazos y piernas. También es muy semejante la postura adoptada en el momento de la lucha: los púgiles aparecen con las piernas bien separadas, la izquierda adelantada y flexionada y la derecha retrasada y extendida, de manera que la parte superior del cuerpo se inclina ligeramente hacia atrás; el brazo izquierdo, con el codo doblado hacia arriba, mantiene la distancia con el rival, mientras que el derecho (el único que llevan protegido los niños púgiles de Tera), doblado a la altura de la cintura, está preparado para asestar el golpe definitivo. Tanto la estructura física de los atletas como su técnica de lucha parecen ser, pues, fruto de un cuidadoso entrenamiento.

De la misma manera que el nacimiento de los juegos taurinos se ha hecho remontar a una necesidad práctica, la captura de animales salvajes, el origen del boxeo se ha buscado en el obligado entrenamiento para la guerra, y así, en opinión de Jüthner y Gardiner (que encuentra en el hecho de que los púgiles lleven casco una clara prueba del carácter militar de la competición), hacia la mitad del segundo milenio se trataría de espectáculos cuyos protagonistas eran profesionales, mercenarios, esclavos o prisioneros de guerra. No obstante, el fresco de Tera, posteriormente descubierto y datable por la misma época que el ritón de Hagia Tríada, parece sugerir la existencia de competiciones boxísticas sin ese carácter militar, en las que los combatientes se enfrentan por placer y entrenamiento, e incluso no se puede descartar la posibilidad de que los combates pugilísticos pudieran haber tenido lugar en el marco de alguna festividad religiosa, en cuyo caso las columnas que sirven de fondo a las escenas del ritón de Hagia Tríada representarían el palacio, el lugar donde se desarrollaban los festivales religiosos (así piensan, entre otros, Matz, Popplow y Olivová).

Por último, en conexión con el boxeo, se ha afirmado también la existencia de luchas de gladiadores, entre prisioneros de guerra que competían por su vida, pero no hay prueba alguna que avale tal suposición, sugerida por Evans y Ridington (p. 66).

1.1.3. Otros ejercicios físicos

Una actividad física de los cretenses abundantemente documentada, en frescos, sellos y estatuillas, es la danza, de carácter marcadamente ritual (figura 7). No en vano las tradiciones de la Grecia posterior vinculaban a Creta el nacimiento de esta manifestación cultual, cultivada en la isla con gran afición y maestría (cf. *Ilíada* 16.617, 23.249; Luciano, *Sobre la danza* 8; Ateneo 630a, etc.). Los bailarines, casi siempre mujeres, ejecutan, individualmente o en grupo, danzas pausadas o extáticas, que pueden quedar ejemplificadas respectivamente por el fresco de Cnoso que representa una danza ceremonial en un campo de olivos ante la mirada de una multitud de espectadores, y por el sello de oro de Isópata, en el que cuatro mujeres danzan con los brazos extendidos.

También ante espectadores debían de ejecutarse los juegos acrobáticos que aparecen representados en algunos monumentos (figura 8). En cambio, en la caza y la pesca, extensamente representadas, se hermanan la necesidad práctica de conseguir alimento y el deporte; los mejores testimonios de estas actividades son quizá las dagas de bronze incrustadas de oro que fueron halladas en las tumbas del círculo real de Micenas, de la mitad del siglo XVI a.C., y los "Frescos de los pescadores" de Tera (figura 9). Los cazadores, armados con arcos y flechas, lanzas, espadas, dagas y redes, aparecen persiguiendo leones, ciervos, cabras salvajes, jabalíes, toros, aves, etc.

Otros tipos de actividades físicas sólo ocasionalmente figuran en nuestros documentos. Ya se ha dicho que en la franja superior del ritón de Hagia Tríada tres hombres parecen estar corriendo o saltando, igual que corren también (aunque como ejercicio militar más que como práctica deportiva) un grupo de negros, sin duda soldados mercenarios, en el fresco llamado "Capitán de los negros". Por su parte, la natación aparece en algunos testimonios y escenas submarinas se muestran con frecuencia en frescos y vasos.

En definitiva, es imposible hoy por hoy ofrecer una panorámica completa de los ejercicios físicos y el deporte en la antigua Creta, dada la escasez de testimonios para muchas actividades y su a menudo difícil y

ambigua interpretación, de manera que las conjeturas y especulaciones al respecto son y seguirán siendo inevitables.

También es poco lo que los datos arqueológicos nos enseñan sobre las actividades físicas de los griegos micénicos. Prácticamente las únicas documentadas, aparte de la danza, son la caza y quizá las carreras de carros, si bien es razonable suponer que los micénicos practicaron otros ejercicios físicos, a juzgar por problemáticos testimonios arqueológicos (un vaso micénico de Chipre muestra quizá dos boxeadores y dos corredores) y por los datos que nos procuran los poemas homéricos y los antiguos mitos (donde los héroes a menudo saltan, lanzan, corren y luchan), si bien, como veremos enseguida, es conveniente manejar tales testimonios con suma cautela.

Como se espera de una cultura de carácter mucho más militar que la cretense, con frecuencia hallamos escenas que muestran a hombres montados en carros. Normalmente se interpretan como representaciones de la guerra y de la caza, pero ya en los años 50 Mylonas y Popplow sugirieron la posibilidad de que se tratara de carreras de carros celebradas durante el sepelio de algún personaje importante o en su conmemoración (figura 10), de manera que quedarían así vinculados los ejercicios físicos con los ritos funerarios y el culto a los muertos, como encontramos en Homero y en las leyendas sobre la fundación de los grandes juegos posteriores. Sobre ello volveremos más adelante.

BIBLIOGRAFÍA

1) **General**. J. Chadwick, *El mundo micénico*, trad. esp. Madrid 1977; A.J. Evans, *The Palace of Minos at Knossos*, Londres 1921-1936, 4 vol; G. Glotz, *La civilisation Egéenne*, París 1952[3]; M.L. Howell, "Sport und Spiele im minoischen Kreta" (con resumen en inglés), en H. Ueberhorst (ed.), *Geschichte der Leibesübungen*, Viena 1972-78, I 229-259; L. Malten, "Leichenspiel und Totenkult", *MDAI (R)* XXXVIII-XXXIX 1923-24, 300-341; S. Marinatos-H. Hirmer, *Kreta, Thera und das mykenische Hellas*, Munich 1976; F. Matz, *Kreta,*

Mykene, Troja. Die minoische und homerische Welt, Stuttgart 1957; M.P. Nilsson, *The Minoan-Mycenaean Religion and its Survival in Greek Religion*, Lund 1950[2]; K. Papaefthymiou-Papanthimou, "Athletic Games in Minoan Crete and Mycenaean Greece", *Archaiologia* IV 1982, 16-21; A.W. Persson, *The Religion of Greece in prehistoric Times*, Berkeley 1942; B.J. Putnam, *Concepts of Sport in Minoan Art*, Dis. Univ. of Southern California 1967; C. Renfrew, "The Minoan-Mycenaean Origins of the Panhellenic Games", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W.J. Raschke, Wisconsin 1988, 13-25; W.R. Ridington, *The Minoan-Mycenaean Background of Greek Athletics*, Dis. Univ. Pennsylvania 1935; J. Sakellarakis, "Athletics in Crete and Mycenae", en N. Yalouris (ed.), *The eternal Olympics*, Nueva York 1976, 13-23.

1.1.) **Juegos del toro**. A. Alcázar de Velasco, "La taurocatapsia, el primer deporte del hombre", *CAF* I 1959, 313-323; A. Álvarez de Miranda, *Ritos y juegos del toro*, Madrid 1962; V. Olivová, "Sobre el origen de los juegos taurinos", *Iberoamericana Pragensia* XI 1977, 149-169; U. Popplow, "Stierspiele in Alt-Kreta", *Die Leibeserziehung* XIII 1964, 33-46; A. Reichel, "Die Stierspiele und der kretisch-mykenischen Kultur", *MDAI(A)* XXXIV 1909, 85-99; A. Ward, "The Cretan Bull Sports", *Antiquity* XLII 1968, 117-122; J.G. Younger, "Bronze age Representations of Aegean Bull-leaping", *AJA* LXXX 1976, 125-137; J.G. Thompson, "The Bull-Jumping Exhibition at Mallia", *ArchN* XIV 1985, 1-8.

1.2.) **Boxeo y lucha**. J. Coulomb, "Les boxeur minoens", *BCH* CV 1981, 27-40; id., "The Mycenaean Boxers", *Archaiologia* XVII 1985, 21-24.

1.3.) **Otros ejercicios físicos**. H.W. Catling, "A Mycenaean puzzle from Lefkandi in Euboea", *AJA* LXXII 1968, 41-49; G.E. Mylonas, "The Figured Mycenaean stelai", *AJA* LV 1955, 131-147; U. Popplow, "Totenkult und Wagenrennen im Alt-Mykene", *Die Leibeserziehung* VIII 1958, 210-215 y 248-252.

1.2. HOMERO

Tras el hundimiento de la cultura micénica, sigue uno de los períodos más oscuros de la historia de Grecia, que llega hasta el siglo VIII a.C., cuando, en una nueva colonización, los griegos comienzan otra vez a extenderse a lo largo de todo el Mediterráneo. Es, efectivamente, una "Época Oscura", pero sin duda fundamental para el desarrollo de la cultura griega y llena de innovaciones: el hierro va reemplazando al bronce, la cremación de cadáveres a la inhumación, reaparece la escritura (tras el paréntesis que supuso el colapso del mundo micénico) con la creación del alfabeto, el poder del rey decae hasta convertirse en un *primus inter pares* entre los nobles, situación que parece reflejada en la corte de los feacios que acoge al náufrago Odiseo. Así pues, en este período en el que, en palabras de Schadewaldt, se aúnan "porvenir en formación y pasado aún vivo", van madurando las bases en las que habría de fundamentarse la vida política y cultural de la Grecia posterior y, en definitiva, de Occidente.

En el siglo VIII, el mismo en que se sitúa la fundación de los Juegos Olímpicos, vive la figura que encarna a la perfección los ideales de esta época puente: Homero. Y es en los poemas homéricos donde encontramos por vez primera detalladas descripciones de muy diversas actividades deportivas, de manera que constituyen un documento de excepcional importancia para la historia del deporte. No obstante, un problema inicial, relacionado además con la debatida cuestión del grado de influencia, si es que la hubo, del deporte cretense y micénico sobre el de la Grecia posterior, aconseja obrar con prudencia a la hora de deducir conclusiones de la narración de Homero: dado que un poeta del siglo VIII a.C. relata hechos acaecidos medio milenio antes que le han sido transmitidos a través de una larga tradición oral, proceso durante el cual se han ido incorporando nuevos elementos que se entremezclan con otros más antiguos, ¿los relatos homéricos reflejan prácticas deportivas de la época micénica, en la que se sitúan los sucesos cantados, o bien del siglo VIII y contemporáneas, por tanto, del poeta?; o mejor, ¿qué rasgos son aportación de Homero y reflejo de su época y cuáles corresponden verda-

deramente a la realidad del mundo micénico? Es, en efecto, indudable que, por un lado, al menos algunos deportes podrían remontar incluso a la época de los palacios cretenses, pero, por otro, son muchos los datos que inducen a pensar que las descripciones de Homero no se deben sólo a lo que le había sido transmitido por la tradición, sino que hay incorporados elementos de su propio mundo, y, aunque es prácticamente imposible para nosotros separar, en este aspecto como en tantos otros, lo más antiguo de lo más reciente en los poemas homéricos, nos parece preferible suponer que los deportes y juegos descritos en *Ilíada* y *Odisea* son más bien reflejo de una época reciente, ya que presentan una formalización y organización que se contrapone abiertamente con la parquedad de los datos que la arqueología nos ha dado a conocer sobre el deporte micénico. Además, la vivísima y pormenorizada descripción de las competiciones, del empeño que los participantes ponen en las pruebas y de la excitación e identificación de los espectadores con los atletas, difícilmente se comprende si no se piensa que el poeta está narrando algo que él mismo ha vivido.

Dos pasajes son nuestra principal fuente de información sobre el deporte en los tiempos homéricos. De los 897 versos de que consta el canto 23 de *Ilíada*, 640 están dedicados a la descripción de los juegos funerarios que Aquiles organiza para honrar la memoria de su amigo Patroclo, muerto a manos de Héctor; por su parte, en *Odisea* 8.93 ss. Alcínoo, rey de los feacios, propone celebrar unas competiciones para confortar el ánimo de su huésped Odiseo, afligido al escuchar de labios del aedo Demódoco los sucesos acaecidos en torno a Troya. Además de estos dos, otros muchos pasajes más breves nos hablan de la afición de los hombres y mujeres homéricos por el deporte y los juegos. Basándonos, entonces, en todos ellos, trataremos de dar respuesta a dos cuestiones principales: 1) ¿Cuál es el significado, importancia y finalidad de los ejercicios físicos en Homero?; 2) ¿Cuáles son los ejercicios corporales que conoce la epopeya homérica?

En primer lugar, los poemas homéricos son fiel reflejo del enorme interés que desde muy pronto sintieron los griegos por el deporte y las competiciones deportivas, de esa pasión por los ejercicios físicos que ha

distinguido a los griegos de cualquier otro pueblo, hasta nuestro siglo. Aunque es poco lo que se nos dice del papel de la educación física en la enseñanza (otro rasgo muy característico de la civilización griega), es evidente que el objetivo de la instrucción de los héroes homéricos era ya obtener una educación completa en los aspectos físico e intelectual. Así, en *Ilíada* 9.442-3 el anciano Fénice recuerda a su pupilo Aquiles que le fue encomendada su educación para que fuera "*orador de discursos y hacedor de acciones*", y el Pelida aparece igualmente como discípulo del centauro Quirón (el educador por excelencia de la mitología griega, maestro entre otros, de Asclepio, Jasón o Acteón; cf. Jenofonte, *Cinegético* 1), quien formó tanto su mente, instruyéndolo en la música o la medicina (*Ilíada* 11.831-2), como su cuerpo según podemos saber por autores posteriores (Píndaro, *Nemeas* 3.43-58). Nada nos dice Homero sobre los métodos de entrenamiento empleados por Quirón, aunque hemos de suponer que eran bien poco sofisticados, como nos recuerda, diez siglos después de Homero, Máximo de Tiro (fr. 28.lc): "*empleaba la caza, subir montañas y correr. Hacía a sus pupilos dormir sobre juncos, comer lo obtenido en la caza y beber agua de las fuentes*".

El deseo de sobresalir por la fuerza física se explica perfectamente dentro del contexto social en el que se mueven los héroes homéricos. El mundo de Homero es, en efecto, casi siempre el de la nobleza, y todo el contenido de la vida del noble puede resumirse, como afirma Popplow, en dos palabras, lucha y fiesta: el noble emplea su tiempo en banquetearse, escuchar a los aedos, guerrear, cazar y medir sus fuerzas con otros en competiciones deportivas. Sin embargo, el hecho de que Homero presente casi sin excepción las competiciones y los juegos de la aristocracia, no autoriza a sostener, como han hecho, entre otros, Gardiner, Jüthner o Bilinski, que los ejercicios deportivos fueran un privilegio exclusivo de la nobleza. Es cierto que en los juegos fúnebres en honor de Patroclo sólo participan "los mejores de los aqueos", pero esta circunstancia es fácilmente explicable (además, por supuesto, del hecho de que el interés del poeta épico se centre en los personajes principales) por el carácter excepcional de la ocasión, ya que se trata de conmemorar, con el esplendor que conviene, a un gran héroe, cuya muerte tan profundo

dolor ha causado a otro héroe, el más grande de todos. Pero otros pasajes homéricos testimonian claramente no sólo la popularidad de las competiciones deportivas, sino incluso la práctica misma del deporte entre diferentes grupos sociales (si exceptuamos, por supuesto, actividades como la caza o los deportes ecuestres, que prácticamente siempre han sido privilegio de quienes poseían tiempo y medios, y que a menudo se han convertido más en ostentación que en deporte). El pueblo llano, en efecto, aparece como espectador entusiasta tanto en los juegos en honor de Patroclo como en las competiciones que tienen lugar en la corte de los feacios, donde Odiseo coge de la mano al aedo ciego Demódoco "*y lo llevaba por el mismo camino por el que precisamente los demás iban, los mejores de los feacios, a admirar los juegos. Y se pusieron en camino hacia el ágora, y juntamente los seguía una gran multitud, innumerables gentes*" (*Odisea* 8.107-110). E incluso en un par de pasajes hombres de no noble condición practican el deporte; así hacen los soldados de Aquiles, ociosos tras la retirada de su capitán del combate, en *Ilíada* 2.773-5: "*y su gente junto al rompiente del mar se gozaba lanzando pesos, venablos y flechas*"; y en el canto 18 de *Odisea* se describe el cómico combate pugilístico que, para solaz de los pretendientes, entablan el mendigo Iro y Odiseo, disfrazado como tal. Por último, no conviene olvidar tampoco que Hesíodo, que no era precisamente un noble, obtuvo un trípode como premio al vencer en los juegos en honor de Anfidamante celebrados en Calcis de Eubea, aunque fuera en un concurso poético y no atlético (*Trabajos y días* 654 ss.).

Así pues, no parece exacto afirmar que en los poemas homéricos el interés por los ejercicios físicos y la posibilidad de practicarlos fuera un privilegio exclusivo de la aristocracia.

Sí se ha estimado, en cambio, característico de una sociedad en la que predominan los valores de la aristocracia, el ideal que se ha venido considerando como el móvil que estimulaba al hombre homérico a practicar el deporte y a competir: el deseo de ser el mejor, de conseguir lo que otros no pueden lograr, sobrepasando las limitaciones del hombre común. En efecto, en la *Ilíada* encontramos formulada por primera vez la concepción de la existencia como una competición deportiva, el "ideal agonístico de la vida" que, desde las investigaciones de Jakob Burkhardt

en el siglo pasado, se señala a menudo como uno de los rasgos característicos de la civilización griega; en 6.208 afirma Glauco, caudillo de los licios, que su padre lo envió a combatir a Troya encomendándole "*ser siempre el mejor y superar a los demás*" (lo mismo le dice Peleo a su hijo Aquiles en 11.784). Es cierto que estudios como los de Pleket y otros han mostrado que este ideal competitivo no es característica exclusiva del hombre homérico, sino, en general, de las sociedades arcaicas fuertemente influídas por los valores aristocráticos, pero no es menos cierto que esta manera de entender la vida arraigó profundamente en la cultura griega y ha sido probablemente una de las bases de su esplendor. Es, entonces, muy posible que ya no pueda mantenerse la concepción idealizada del deporte griego (que encontramos todavía en Gardiner y aún en autores posteriores) como una evolución a partir de una "edad de oro" en la época arcaica y comienzos de la clásica, luego siempre en progresiva decadencia. No obstante, creemos igualmente exagerada, por lo menos en lo que se refiere al deporte homérico, la tesis por completo opuesta que ha mantenido recientemente Young.

Young, en efecto, sostiene (y lo mismo hace Duminil en un trabajo posterior) que los premios son la principal motivación que impulsa a participar a los héroes en las pruebas que se celebran con ocasión de los funerales de Patroclo, y este hecho habría que relacionarlo con las noticias transmitidas por diversas fuentes, según las cuales en los grandes juegos panhelénicos la recompensa por la victoria no era en origen una simple corona sin ningún valor material, como veremos en su momento. En primer lugar, los premios que Aquiles escoge para recompensar a los vencedores son, ciertamente, de gran valor, como corresponde a la dignidad de Aquiles y a la profundidad de su duelo, y es un dato que los aqueos no dejan de apreciar: "*El hijo de Peleo al punto dispuso otros premios para la tercera prueba, la lucha penosa, mostrándoselos a los dánaos, para el vencedor un gran trípode para poner al fuego, el cual en doce bueyes entre ellos valoraban los aqueos; y para el vencido una mujer puso en medio, y sabía hacer muchas labores, y la valoraban en cuatro bueyes*" (*Ilíada* 23.700ss.). Además, en todas las pruebas menos en una, el lanzamiento de peso, el número de premios es igual al número de

participantes, por lo que parece, piensa Duminil, que nadie se arriesga a tomar parte en una prueba sin estar seguro de ganar algo, es decir, que la participación no es en absoluto desinteresada, y esta impresión parece reafirmarse si prestamos atención a la manera cómo narra Homero el final de la carrera de carros y de la carrera pedestre, cuando los competidores se abalanzan sin perder un instante sobre los premios (vv.510 y 773) y una agria disputa se suscita entre varios héroes por obtener el segundo premio en la carrera ecuestre (vv.536 ss.). Finalmente, Homero no limita la mención de premios atléticos a los funerales en honor de Patroclo. En *Ilíada* 9.123-7 (=265-9) Agamenón se muestra dispuesto a entregar a Aquiles, si éste aplaca su cólera, entre otras cosas, "*doce caballos robustos acaparadores de premios, que con sus pies consiguieron recompensas. No sería pobre ni carente de muy preciado oro el hombre que tuviera tan grandes premios como me han aportado los solípedos caballos*", e igualmente en 22.159 ss. Héctor y su perseguidor Aquiles corren alrededor de Troya con ligereza "*porque no por una víctima o una piel de buey competían, premios que reciben los hombres en las carreras a pie, sino que corrían por la vida de Héctor domador de caballos. Y como cuando los solípedos caballos acaparadores de premios en torno a la meta muy rápidamente corren, y está dispuesto un gran premio, sea un trípode o una mujer, en los funerales de un hombre, así ellos dos y tres veces en torno a la ciudad de Príamo dieron la vuelta con veloces pies*".

Es evidente, pues, que en la época heroica o, por lo menos, en el siglo de Homero los premios eran un atractivo añadido a las pruebas deportivas. Ahora bien, ¿estamos autorizados a afirmar que el valor material de los premios era el más importante estímulo que incitaba al hombre homérico a practicar el deporte y a competir en los juegos? Vaya por delante que los héroes homéricos son, efectivamente, "materialistas" en cierto sentido, como queda claro en muchos pasajes (baste citar el mito de Meleagro que Fénice pone como ejemplo a Aquiles para que deponga su ira, en *Ilíada* 9), pero lo son sobre todo porque el honor en que son tenidos está en correspondencia con las riquezas que reciben; así, si Aquiles se encoleriza con Agamenón porque éste le arrebata a Briseida, no es propiamente por el valor "material" de la muchacha, sino porque

ello supone una merma de su honor. En consecuencia, podría afirmarse que en cierto sentido la importancia de los premios en los juegos atléticos no radica tanto en su valor material cuanto en el honor que aportan a quienes los consiguen. Y en caso concreto de los juegos funerarios en honor de Patroclo, es muy probable, como señala Patrucco, que la función simbólico-conmemorativa de los premios prevalezca sobre su valor real, ya que la intención de Aquiles es que los héroes que toman parte en las pruebas recuerden mediante los premios al compañero muerto (23.618-20): "*ten y sea para ti, anciano, este presente, para que constituya un recuerdo del funeral de Patroclo, pues ya a él no lo volverás a ver entre los argivos*".

Por lo demás, en los poemas homéricos, junto a las competiciones deportivas celebradas en una ocasión solemne, como pueden ser los funerales de un héroe, y con el acicate de los premios, encontramos también la práctica de ejercicios físicos por mero entretenimiento, como muestran especialmente, además de otros pasajes más breves, los juegos que Alcínoo, el rey de los feacios, organiza para consolar y entretener a su huésped Odiseo (*Odisea* 8.93 ss.). Homero nos presenta entonces el deporte como una parte natural de la vida diaria de los feacios y en estos juegos resaltan los componentes que Patrucco considera característicos del deporte en estado puro: diversión, gusto por la competición, reglamentación y espectáculo. En efecto, los feacios, y con ellos Odiseo, no compiten ahora por un premio, sino por el mero placer de competir, de mostrar cada uno su esplendor físico, motivo de orgullo y timbre de gloria para un pueblo, como manifiesta el propio Alcínoo (8.97ss.): "*Escuchadme, caudillos y príncipes de los feacios. Ya tenemos saciado nuestro ánimo en el banquete común y la forminge, que es compañera del festín espléndido; ahora salgamos y probemos juegos de toda clase, para que el huésped cuente a sus amigos, tras regresar a casa, cuánto superamos a los demás en el pugilato, en la lucha, en el salto y en la carrera*", ya que (vv.147-8) "*no hay mayor gloria para un hombre mientras viva que la que haya conseguido con sus pies y sus manos*".

A idéntica conclusión conduce un texto del poema *El escudo* atribuído a Hesíodo. En su descripción de la armadura de Heracles, el poeta

nos detalla las escenas que aparecen esculpidas en el escudo del héroe, y entre ellas la representación de una ciudad en tiempo de guerra en contraste con su aspecto y actividades en época de paz; pues bien, entre las ocupaciones con las que se entretienen los hombres cuando la paz reina en la ciudad se citan carreras de caballos y carros y competiciones de boxeo y lucha entre los jóvenes (vv.271ss.).

Al propio tiempo, la evidente constatación de la existencia de juegos en ocasiones tan diversas debe precavernos contra la opinión de quienes pretenden remontar las competiciones deportivas a un único origen, a saber, los juegos funerarios en honor de un héroe o la conmemoración periódica de su muerte, como sacrificio para propiciarse al muerto, quizá incluso reemplazando a antiguos sacrificios humanos o a luchas para suceder al difunto en el poder (todavía Mireaux y Willcock parecen inclinarse por tales explicaciones). No se nos ocurre negar, desde luego, que el culto debió desempeñar un papel importante en los orígenes del deporte, y concretamente los funerales de algún personaje notable ofrecían una buena ocasión para la celebración de competiciones. La costumbre de organizar juegos fúnebres de carácter deportivo se encuentra, en efecto, en muchas y a menudo muy distantes culturas (Etruria, Irlanda, Oriente, Siam, América, etc.), y el propio texto homérico muestra que no eran en absoluto raros en Grecia, ya que, además de los juegos en honor de Patroclo, se mencionan otros en honor de Amarinceo, rey de los epeos (*Ilíada* 23.630ss.), de Edipo (*Ilíada* 23.679-80) o del propio Aquiles (*Odisea* 24.85ss.; cf. también los antes citados vv.159ss. del canto 22 de *Ilíada*), y Hesíodo alude, como hemos visto, a un triunfo propio conseguido en los juegos fúnebres para honrar a Anfidamante en Caldis de Eubea (cf. figura 13). Igualmente (y este punto se tratará más adelante con mayor detenimiento) en diversos mitos se habla de juegos funerarios y concretamente en relación con la fundación de los cuatro grandes juegos panhelénicos, de manera que tales leyendas debían ser reflejo de una realidad histórica, tanto más cuanto conocemos de hecho la existencia de juegos fúnebres celebrados posteriormente en honor sobre todo de grandes capitanes o guerreros caídos en combate, como Brásidas (Tucídides 5.11), Milcíades (Heródoto 6.38) o

Alejandro Magno, cuyos juegos ha recreado en nuestro siglo la pluma de Mary Renault (cf. también Demóstenes 60.13, Isócrates 9.1; véanse los artículos de Breuckner y Malten y nuestro capítulo 2.1).

No obstante, a pesar de tales múltiples referencias a competiciones deportivas en el marco de ceremonias funerarias, no creemos que haya que buscar en ellas el único origen de los juegos atléticos. Todavía dentro de la esfera religiosa, ejercicios físicos pudieron estar ligados a otro tipo de ritos, de fertilidad por ejemplo (véase asímismo lo dicho a propósito del deporte cretense y lo que se dirá con respecto al origen de los Juegos Olímpicos), para lo cual existen paralelos en otras culturas, desde el Próximo Oriente hasta América (cf. los artículos de Lévêque y Carter). Además, el deporte es también una preparación para la guerra o la caza, y de hecho muchas pruebas atléticas están en estrecha relación con tales actividades, y, por supuesto, no podemos dejar de lado, al hablar del origen de los juegos, la consideración del deporte como una distracción, como una manera de ocupar el tiempo libre y de mostrarse uno a sí mismo su propia valía, como hacen los jóvenes feacios en el canto 8 de *Odisea*, los guerreros mirmídones en *Ilíada* 2.774ss. o los pretendientes de Penélope en sus ratos de ocio (*Odisea* 4.625-6, 17.166-9). La insistencia de Patrucco en este último aspecto nos parece plenamente justificada, ya que a menudo el ejercicio físico como actividad natural del hombre queda oculto por ese deseo de buscar contínuamente lazos con el culto o la milicia (cf. H. Ueberhorst, "Teorías sobre el origen del deporte", *CAF* XV 1973, 9-57).

Pasemos a continuación a la segunda cuestión apuntada, que plantea ya muchos menos problemas: ¿cuáles son los ejercicios físicos conocidos que practica el hombre homérico?

Entre las pruebas que componen el programa de los juegos en honor de Patroclo, la competición más destacada y popular es, sin duda alguna, la carrera de carros (figuras 11 y 12), cuyo relato abarca nada menos que 390 versos (*Ilíada* 23.262-652). Referencias a carreras de carros encontramos también en otros pasajes (*Ilíada* 9.123-7=265-9, 11.699, 16.806-9, 22.159ss., 23.630ss.), pero no son ni de lejos

comparables con la insuperable descripción del canto 23 de *Ilíada*, que aún hoy arrebata y sorprende por su extraordinaria minuciosidad y viveza, de manera que permite al oyente o lector participar casi activamente del esfuerzo y las ansias de victoria de los competidores (los caballos de Diomedes corren tras los de Eumelo y "*estaban muy cerca, pues constantemente parecían ir a subirse sobre el carro, y con su aliento calentaban la espalda y los anchos hombros de Eumelo*", vv.378-81; Eumelo y Diomedes lloran de rabia cuando creen frustadas sus aspiraciones, etc.) e igualmente de la emoción de los espectadores (figura 11), que no pierden detalle y a los que el entusiasmo lleva incluso a enfrentarse en defensa de sus favoritos (vv.473 ss.).

Aquiles propone cinco valiosos premios (una mujer "diestra en primorosas labores" y un trípode; una yegua; una hermosa caldera; dos talentos de oro; un vaso con dos asas) y son también cinco los héroes que se aprestan a iniciar la prueba tras el sorteo del orden de salida (Eumelo, Diomedes, Menelao, Antíloco y Meriones). No se trata de una carrera en línea recta, en la que llevaría todas las de ganar quien más rápidos caballos condujera, sino que los carros, tirados por dos animales, deben dar la vuelta en torno a un tronco seco de encina o de pino que sirve de contrameta y en el que se aposta Fénice para dar cumplida cuenta de las maniobras allí efectuadas a Aquiles, el juez de la prueba. El momento del viraje es, entonces, el instante crucial de la carrera, donde un auriga hábil puede compensar el terreno perdido en el llano si conduce caballos más lentos, y a la correcta realización de esa fundamental maniobra apuntan los consejos que, antes de la prueba, Néstor da a su hijo Antíloco: debe arrimarse lo más cerca posible de la contrametra, pero procurando no rozar en ella, reteniendo al caballo interior y dando riendas al exterior a la vez que se le estimula con el aguijón.

Parten a toda velocidad los carros y enseguida los dioses intervienen en favor de sus protegidos o en contra de aquéllos con quienes están irritados. Apolo arrebata el látigo de las manos de Diomedes, pero Atenea se lo devuelve y al tiempo rompe el yugo de Eumelo, que en ese momento iba en cabeza. Por detrás, Antíloco y Menelao sostienen su particular duelo, y el primero, en una maniobra peligrosa y de dudosa

legalidad, se adelanta y llega en segunda posición, precediendo a Menelao, a Meriones y al infortunado Eumelo. El público aclama al vencedor Diomedes, cuyo auriga Esténelo se abalanza a recoger su recompensa sin esperar un instante, mientras que Antíloco y Menelao disputan por el segundo premio, que finalmente se queda el hijo de Néstor tras pedir disculpas a su rival. Aquiles concede a Eumelo un premio de consolación.

Digamos, por último, antes de pasar a otro tipo de actividad deportiva, que en *Ilíada* 15.679-84 se describe un espectáculo ecuestre diferente: "*como un hombre diestro en montar caballos que, después de escoger entre muchos cuatro caballos, tras lanzarlos desde la llanura hacia una gran ciudad los arrea por el camino frecuentado por la gente, y muchos lo admiran, hombres y mujeres, y él con firmeza y seguridad continuamente salta y pasa de uno a otro, mientras ellos vuelan, así Ayante...*".

Tras la carrera de carros tienen lugar el pugilato y la lucha, pruebas ambas que el poeta califica de "dolorosas". Las descripciones son ahora mucho más breves, pero no carecen tampoco de la vivacidad y emotividad que apreciamos como notables características de los relatos deportivos homéricos.

Dos combates de boxeo se describen con cierta minuciosidad en los poemas homéricos (*Ilíada* 23.653-99; *Odisea* 18.66-107; cf. también *Ilíada* 5.800ss., 23.630ss.; *Odisea* 4.341ss., 8.126ss.) y en ambos destaca un rasgo común, bien conocido por lo demás en el deporte moderno: la fanfarronería de uno de los contendientes. En *Ilíada* 23.653-99 Aquiles deposita como premio para el vencedor una mula, en tanto que el vencido recibirá una copa doble. Se levanta entonces Epeo, que, seguro de su victoria, amenaza a su posible adversario (vv. 673-5): "*le desgarraré la piel y le romperé los huesos, y que sus cuidadores por su parte permanezcan aquí reunidos, los cuales se lo habrán de llevar cuando sucumba bajo mis manos*"; y desde luego hace buenas sus palabras, pues su contrincante Euríalo debe ser retirado, perdido el conocimiento, por sus compañeros (vv. 694-5) "*arrastrando los pies, escupiendo espesa sangre e inclinando la cabeza hacia un lado*".

También en el combate descrito en *Odisea* 18, de corte humorís-

tico, el mendigo Iro se jacta de que al fingido pordiosero Odiseo "*por tierra todos los dientes de las mandíbulas le echaría, como a una marrana que devora las mieses*" (vv.28-29); sólo que esta vez el resultado es naturalmente muy otro e Iro debe salir con los pies por delante, noqueado.

Para disputarse los premios que Aquiles ofrece a los luchadores (una mula, valorada en doce bueyes, y una mujer, valorada en cuatro), se enfrentan dos de los mejores héroes del ejército aqueo, Odiseo y Ayante Telamonio. La pelea, descrita con gran precisión, resulta muy equilibrada, y, pese a que ambos contrincantes se esfuerzan al máximo, ninguno de ellos logra imponerse, por lo que el juez de la contienda declara combate nulo.

La carrera pedestre no falta ni en los juegos en honor de Patroclo (vv. 740-797) ni en los de los feacios (vv.120-5). En ambos casos el poeta se sirve de las características comparaciones épicas para precisar, en el segundo caso, la distancia que separa al vencedor de sus adversarios: "*cuanto es la distancia que abren dos mulas en el barbecho, tanto adelantándose llegó adonde estaba la gente, y los demás iban rezagados*"; y en el primero cuán cerca de Ayante, hijo de Oileo, corría Odiseo, quien finalmente vence gracias al aliento del público... y a la ayuda de su protectora Atenea, que hace resbalar a Ayante, en una escena de carácter marcadamente humorístico: "*cuanto dista del pecho de una mujer de hermosa cintura el huso que muy bien estira con sus manos mientras devana el hilo de la trama, y lo mantiene cerca de su pecho, tan próximo corría Odiseo*" (cf. también *Ilíada* 16.806-9, 23.630ss.; *Odisea* 13.260).

A diferencia de las pruebas hasta aquí descritas, la única referencia que encontramos a la hoplomaquia o lucha con armas que encontramos en los poemas homéricos es el combate que entablan Ayante Telamonio y Diomedes en *Ilíada* 23.798-825. La victoria debe ser para quien primero alcance el cuerpo del adversario y haga brotar sangre de él, pero los espectadores, dado el gran empeño con que se acometen ambos rivales y temiendo por la suerte de Ayante, hacen detener la pelea antes de que alguno resulte herido. La hoplomaquia nunca será considerada en Grecia como una forma de deporte y su práctica quedó reservada casi exclusivamente al ámbito de la instrucción militar.

Sí están bien atestiguados en Homero, como es de esperar, los lanzamientos de disco o peso y jabalina, actividades deportivas muy practicadas siempre en el mundo griego, tanto en competiciones organizadas como en los ratos de ocio, como vemos hacer a los pretendientes de Penélope o a los guerreros de Aquiles ausentes del combate (*Odisea* 4.625-7, 17.167-9; *Ilíada* 2.771-5, 23.431ss., 23.630ss.). En *Ilíada* 23.826-49 Aquiles saca de su tienda una "bola de hierro en bruto" (*solos autokhóontos*), que será al mismo tiempo el objeto que lancen los participantes y el premio que se lleve el vencedor; su enorme tamaño (se dice de ella que proporcionará cuanto hierro se necesite durante cinco años) acrecienta su valor, lo que quizá explique otro rasgo notable en que difiere esta prueba de las restantes, pues se trata de la única en la que el número de competidores es superior al de premios. El empleo del término *solos* parece llevarnos a una etapa antigua, en la que se lanzaba un objeto cualquiera y no un "disco" específicamente concebido para ser lanzado y con una forma definida que facilitaba el agarre. En cambio, en *Odisea* 8.186-9, donde Odiseo vence a los jóvenes feacios (e igualmente en *Ilíada* 2.771-5, 23.431 ss.; *Odisea* 4.625-7, 17.167-9), se emplea concretamente la palabra *dískos*, pero, dado que en ningún momento se describe con pormenor la técnica empleada en el lanzamiento, no podemos saber con seguidad si el término designa ya el disco de hierro, piedra o bronce usado posteriormente o bien cualquier objeto que se lanza, que el significado etimológico de la palabra.

El lanzamiento de jabalina es la prueba que cierra los juegos en honor de Patroclo (vv. 884-97), pero ningún detalle técnico se nos cuenta, ya que no llega a celebrarse, pues al presentarse a concurso Agamenón, jefe del ejército, Aquiles decide entregarle directamente el primer premio.

Entre ambos lanzamientos se sitúa la prueba de tiro con arco, que, al igual que la hoplomaquia, presenta un carácter marcadamente militar y tampoco formó parte con posterioridad del programa olímpico (*Ilíada* 23.850-883). Los participantes deben alcanzar con sus flechas a una paloma atada por una pata a la punta de un mástil. La descripción es un anticipo de las escenas más características del cine de aventuras: Teucro

lanza su flecha y con ella rompe el cordel que mantiene a la paloma atada al mástil; ésta escapa volando y Meriones, apresurándose a arrebatar el arco de las manos de su rival, la alcanza al vuelo ante el asombro de los espectadores. La pericia de los hombres en el manejo del arco es bien patente asímismo en dos pasajes de *Odisea* (19.570-9, 21.404-23; cf. *Ilíada* 2.771-5), donde tan importante papel desempeña el arma en la venganza de Odiseo sobre los pretendientes de su esposa.

En fin, otra prueba característica de los juegos panhelénicos (y quizá ya practicada por los cretenses, como vimos) que, si bien no forma parte del programa de los funerales de Patroclo, sí la practican, en cambio, los feacios, es el salto de longitud (*Odisea* 8.127-8); lamentablemente, nada se nos dice sobre la manera de efectuar el salto.

Los ejercicios físicos hasta aquí enumerados se enmarcan dentro de competiciones organizadas, si bien hemos podido comprobar que muchos de ellos son igualmente un agradable pasatiempo y a veces incluso una necesidad práctica, ambivalencia que presentan también, por ejemplo, la caza (cf. *Ilíada* 2.771-5 y 9.529ss.; *Odisea* 19.428ss.) y la natación (en *Odisea* 5.374 y 7.275 las habilidades natatorias salvan a Odiseo en un naufragio, mientras que en 6.95-6 Nausícaa y sus sirvientas se divierten bañándose en el río). En cambio, en los juegos de pelota prima el componente lúdico, como queda bien patente en la encantadora escena que nos muestra a Nausícaa jugando con sus criadas a orillas de un río en *Odisea* 6.99ss., o la danza con que los jóvenes feacios Laomedonte y Halio obsequian al huésped Odiseo, lanzándose el uno al otro la pelota y haciendo acrobacias con ella, antiguo precedente de la gimnasia rítmica moderna. Y es que también la danza, como ya en Creta, es una actividad favorita de los hombres y mujeres de Homero (cf. *Ilíada*, 18.490-96, 561-72, 590-606; *Odisea* 1.150-52, 421-2, 4.15-19, 17.605-6, 18.304-5, 21.428-30, etc.).

En definitiva, en la sociedad homérica los ejercicios físicos juegan un papel de primer orden. Fundamentales en la educación y en el entrenamiento militar, presentes en ocasiones solemnes con carácter competitivo, son quizá ante todo una manera agradable de ocupar los ratos de ocio y de formar un cuerpo hermoso, ágil y sano, de cuya belleza y fuerza pueda uno enorgullecerse.

BIBLIOGRAFÍA

1) **General**. S. Arnáiz, "Los juegos homéricos", *CAF* VII 1965, 34-72; L. Gil (ed.), *Introducción a Homero*, Barcelona 1984 (reimpr.), 446-450; E. Kornexl, *Leibesübungen bei Homer und Plato*, Frankfurt am Main 1967; D.G. Kyle, "Non-competition in Homeric Sport; Spectatorship and Status", *Stadion* X 1984, 1-19; F. Lochner-Hüttenbach, "Sportgleichnisse in der archaischen Epik und Lyrik der Griechen", *Festschrift J. Recla*, Graz 1965, 44-57; id., "Bilder und Vergleiche aus dem Sportwesen in der späten griechischen Epik", *Hans Gerstinger Festgabe zum 80. Geburtstag*, Graz 1967, 31-40; E. Mireaux, *La vida cotidiana en los tiempos de Homero*, trad. esp. Buenos Aires 1964; J. Mouratidis, *Greek Sports, Games and Festivals before the eighth Century B.C.*, Dis. Ohio State Univ. Columbus 1982; A. Pope, *Die Gymnastik bei Homer und ihre grundlegende Bedeutung für die Gestaltung der späteren Gymnastik*, Dis. Rostock 1936; K. Willimczik, *Leibesübungen bei Homer*, Stuttgart 1969; W.H. Willis, "Athletic Contest in the Epic", *TAPhA* 1941, 392-417.

2) **Juegos en honor de Patroclo**. M.H. Dickie, "Fair and foul Play in the Funeral Games in the *Iliad*", *JofSportH* XI 1984, 8-17; M.P. Duminil, "Technique et éthique sportives au Chant XXIII de l'*Iliade*", *Pallas* XXXIV 1988, 19-32; M.M. Willcock, "The Funeral Games of Patroclus", *BICS* XX 1973, 1-11.

3) **Juegos de los feacios**. M.H. Dickie, "Phaeacian Athletes", *LLS* IV 1983, 237-276; J. Goehler, "Ein Sportfest bei den Phaiaken", *Gymnasium* LVI 1959, 196-200; G. Patroni, "I ludi atletici presso i Feaci", *Miscellanea G. Galbiati*, Milán 1951, I 5ss.

4) **Ideal agonístico**, J. Ebert, "Zu mysthischen Agonen und zum Problem des agonale Wesens der Greichen", *Stadion* II 1976, 307-314; Ch. Pappas, *Die antike agonale Idee als Grundstein der Olympische Spiele und des heutigen Wettkampfsports*, Yale 1987; A.E. Raubitschek, "Zum Ursprung und Wesen der Agonistik", en *Studien zur antiken Sozialgeschichte. Festschrift F. Vittinghoff*, ed. por Eck-Galsterer-Wolff, Colonia 1980, 1-5; I. Weiler, "AIEN ARISTEUEIN. Ideologiekristische Bemer-

kungen zur einen vielzitieren Homerwort", *Stadion* I 1975, 200-227 (recogido en P.A. Bernardini, ed., *Lo sport in Grecia*, Roma-Bari 1988, 3-30).

5) **Juegos fúnebres.** M. Andronicos, "Totenkult", en *Archaelogica Homerica*, vol. III, Gotinga 1968; A. Breuckner, "Kerameikos-Studien. Der *epítaphos agón* im 5 Jh.", *MDAI (A)* XXXV 1910, 200-210; Ch. Carter, "Athletic Contests in Hittite religious Festivals", *Journal of Near Eastern Studies* XLVII 1988, 185-187; P. Lévêque, "Approche ethno-historique des concours grecs", *Klio* LXIV 1982, 5-20; id., "Athletic Games in ancient Greece, Rome and Central America", *Archaeologia* IV 1982, 8-15; L. Malten, art. "Leichenagon" en *RE* XXIV 1925, col. 1859-61 (cf. también bibliografía del cap. 1); U. Popplow (véase bibliografía del cap. 1); L.E. Roller, "Funeral Games for historical Persons", *Stadion* VII 1981, 1-18.

6) **Pruebas en concreto.** W. Decker, "Zur Bogenprobe des Odysseus", *KBSW* VI 1977, 149ss.; E. Delebeque, *Le cheval dans l'Iliade*, París 1959; P.A.L. Greenhalgh, *Early Greek Warfare. Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*, Cambridge 1973; R.L. Howland, "Nestor and the Chariot Race", *PCPhS* CLXXXI 1950-51, 30; J. Wiesner, "Fahren und Reiten" en *Archaeologica Homerica*, vol. I, Gotinga 1968.

1.3. ÉPOCAS ARCAICA Y CLÁSICA

Los ingentes cambios que experimentaron las condiciones socioeconómicas del pueblo griego a lo largo de todos estos siglos no dejaron de afectar, como no podía ser menos, a la educación física y al deporte. No se nos ocurre negar que, como señala Gardiner (*AAW*, p. 28), una de las más notables características del deporte griego es su continuidad, y efectivamente, los ejercicios físicos que menciona y describe Homero son esencialmente, con algunas variaciones y adiciones, los mismos que formaron, durante toda su historia, el programa de los grandes juegos griegos, que precisamente en la época arcaica adoptan su configuración definitiva, en el marco de festivales religiosos. No obstante, como iremos viendo, el deporte griego sufrió profundas modificaciones en otros muchos aspectos, y un factor fundamental fue la progresiva extensión de la posibilidad de adquirir educación física y participar en las competiciones oficiales a otras capas sociales que no fueran las más altas, debido, como se ha indicado, al cambio paulatino de las condiciones socioeconómicas, que podemos seguir a partir del siglo VIII a.C.

La nobleza, casta de guerreros que basa su riqueza en la posesión de tierras, termina por hacerse con el gobierno de las ciudades griegas al ir limitando poco a poco el poder del rey. Posteriormente, durante los siglos VII y VI a.C. individuos pertenecientes al estrato social más alto se convierten en "tiranos" apoyados por las clases populares, con el propósito inicial de luchar contra los latifundistas y mejorar las condiciones de vida, a menudo desesperadas, del campesinado y el proletariado. Sin embargo, los abusos en que casi inevitablemente caían los dictadores, por un lado, y por otro las aspiraciones de las nuevas generaciones, que no habían conocido la arbitrariedad de la oligarquía aristocrática, dejaron a los tiranos sin ningún apoyo, de manera que fueron derrocados, dando paso a un nuevo régimen que permitía mayor participación política a más amplios sectores de la sociedad y que culminó con la democracia ateniense, lo que nos sitúa ya en los albores de la época clásica. Naturalmente, este complejo proceso, que no hemos hecho sino esbozar, no llegó a completarse en algunas ciudades y no desembocó en todas en la

implantación del mismo régimen; Esparta y Atenas constituyen, como veremos, los dos extremos del arco.

Diversos factores desencadenaron y desarrollaron esa evolución, pero podemos resumirlos en cuatro fundamentales. En primer lugar, **la colonización**, que, en el curso de dos siglos (750-550 a.C.), expandió la cultura griega por todo el Mediterráneo. Ni Atenas ni Esparta participaron activamente en esta impresionante empresa, cuyos principales promotores fueron Corinto, Mégara y las ciudades de la isla de Eubea, impulsadas por varios motivos: la necesidad de ocupar nuevas tierras de labor y aliviar así la relativa superpoblación; el deseo de instalar nuevas factorías marítimas con fines comerciales; los conflictos sociales, que llevaban hacia las nuevas tierras a los campesinos endeudados o a los exiliados políticos. Con la colonización no sólo se multiplicó el espacio vital de los griegos y se ensanchó su horizonte espiritual, sinó que también, al entrar en contacto con pueblos extraños, tomaron los griegos más fuerte conciencia de su unidad lingüística y cultural (las diferencias que separaban a las diferentes estirpes griegas parecían agigantarse en el reducido marco de la Grecia peninsular) y, en consecuencia, se reforzaron los rasgos que los distinguían de los demás pueblos; uno de ellos, y no el menos importante, era la afición por la práctica de ejercicios físicos, que el pueblo griego siempre consideró una característica diferencial de su civilización con respecto a los "bárbaros", que no practicaban el deporte.

Otro factor de cambio decisivo fue la creación de la **polis**, de la ciudad-estado, resultado de la unificación de comunidades rurales en una entidad política superior, independiente y autosuficiente, con cultos y leyes propios, a donde acudían, en busca de una vida más segura y estable, los campesinos privados de tierras. En el marco ahora más organizado de la *polis* pudo desarrollarse libremente la afición helénica por el deporte, que se hizo de manera definitiva con un lugar importante en la vida social de los griegos, en la educación, en los ratos de ocio y en los festivales, ya fueran locales o panhelénicos.

En la segunda mitad del siglo VII, desde Lidia y a través de los jonios de Asia Menor se adopta en Grecia la **economía monetaria**, que

hace posible una riqueza no ligada ya a la propiedad rústica, base del poderío de la aristocracia. La incipiente industrialización y el consiguiente desarrollo del comercio provoca que la nueva burguesía formada por comerciantes y artesanos exija participar más activamente del gobierno de la ciudad y de los privilegios reservados hasta entonces a la aristocracia, entre ellos el completo acceso a la cultura física.

De la mayor importancia, también para el desarrollo de la educación física en Grecia, fue, finalmente, la adopción de **nuevas tácticas de guerra**, que fueron aplicadas por vez primera por los espartanos durante la segunda Guerra Mesenia (660-640 a.C.). La suerte del combate ya no dependía del valor individual de los capitanes, sino sobre todo del esfuerzo colectivo de la falange de hoplitas, compacta formación de soldados de infantería, armados con lanza y espada y protegidos con escudo, casco, coraza y grebas. Como ya entrevió Aristóteles (*Política* 1321a), la nueva táctica provocó cambios políticos notables, ya que requería la intervención de un mayor número de soldados, reclutados entre la nueva burguesía que podía costearse el armamento de hoplita, la cual, naturalmente, reclamó una mayor intervención en la administración de la ciudad a cuya defensa contribuía. Por otro lado, las posibilidades de éxito de las falanges de hoplitas eran tanto mayores cuanto mejor y más completo fuera el entrenamiento de sus componentes. Las ciudades (y de modo especial Esparta) se cuidaron entonces de organizar la instrucción militar de los hombres, de manera que, como señala Delorme (pp. 24ss.), el nacimiento de la institución estatal del gimnasio aguarda estrecha relación con el necesario entrenamiento de los hoplitas. Nuevas clases sociales tuvieron, pues, acceso a la formación física, y continuaron practicando el deporte cuando la originaria finalidad militar del gimnasio fue decayendo (cf. Pleket, "Zur Soziologie...", pp. 61-62).

Así pues, a finales del siglo VI a.C., tras un largo período de conflictos sociales, las ciudades griegas alcanzaron una cierta estabilidad interna con la implantación de nuevas formas de gobierno, que ofrecían la posibilidad de participar en la administración de la ciudad, en mayor o menor grado, a una parte relativamente amplia de sus habitantes. En cambio, las disputas externas entre las distintas ciudades continuaron

siendo frecuentes y sólo cesaron momentáneamente cuando la invasión persa obligó a parte de los griegos a unirse para conservar su independencia. Las Guerras Médicas (490-479 a.C.), que acabaron con la asombrosa victoria de un ejército en el que cada hombre luchaba por su propia libertad frente a un enemigo mucho más numeroso pero sometido a la voluntad despótica de un soberano, tuvieron una importancia decisiva en el desarrollo de la civilización griega, no sólo porque forzaron a la suspensión, aunque fuera fugaz, de las rivalidades entre las ciudades, sino sobre todo porque acrecentaron la confianza de los griegos en sus propias instituciones y forma de vida y se hicieron aún más conscientes de la importancia de una participación activa en el gobierno de la *polis*.

Por otro lado, por lo que a la cultura física se refiere, en la victoria sobre los persas había desempeñado un papel fundamental la preparación atlética de los griegos, fruto de la notable presencia del deporte en el sistema educativo, presidido, como veremos, por el ideal de la *kalokagathía*, en origen aristocrático y ahora extendido a otros estratos sociales, ya que, según se ha señalado a menudo, la democracia no supuso la liquidación de los antiguos privilegios, sino su extensión a todos los ciudadanos (metecos y esclavos quedaron aparte). Los años que siguieron a las Guerras Médicas, en efecto, son probablemente la época en la que se alcanzó un mayor equilibrio entre el cultivo de las cualidades físicas e intelectuales del hombre en el mundo antiguo y quizá también en toda la historia de la Humanidad. Es asimismo el período más significativo de la civilización de la Grecia antigua, durante el cual Atenas, bajo la dirección de Pericles, asumió la hegemonía cultural y económica de la Hélade.

Esa armonía entre físico e intelecto comenzó a resquebrajarse en parte por evolución interna y en parte también por la influencia de factores externos. El estallido de la Guerra del Peloponeso y la consiguiente derrota de Atenas frente a Esparta y sus aliados (431-404 a.C.) aceleró la decadencia de importantes valores políticos, sociales y educativos en los que se había basado el florecimiento anterior. En el revuelto mundo del siglo IV se agrandaron las diferencias entre los ricos y los más pobres, que dejaron de tener fácil acceso a la educación física. Por otro lado, la progresiva transformación del ejército de ciudadanos en ejército

de mercenarios y la mutación de los ideales que sostenían la *pólis*, a la que estaba estrechamente unido el elemento agonístico, contribuyeron también a provocar un importante cambio en la actitud de los griegos hacia la cultura física. Parte de la juventud continuaba frecuentando los gimnasios, pero ahora con intereses puramente individualistas, sin plantearse como fin último las necesidades de la *pólis*. El anterior equilibrio en la educación entre las cualidades físicas e intelectuales se rompió ahora en beneficio de éstas últimas, como indica ya la queja de Aristófanes en *Nubes*, comedia del año 423, rehecha parcialmente entre 419 y 417, contra la influencia, nociva en opinión del poeta, de los sofistas en la instrucción de los jóvenes atenienses (vv.1052-4): "*estos son los asuntos sobre los que los jóvenes charlatanean el día entero y que hacen que estén llenos los baños públicos y vacías las palestras*", afirmación quizá exagerada, pero que sin duda revela un cambio en la postura de los jóvenes adinerados atenienses con relación a la práctica del deporte.

No es de extrañar, entonces, que a partir del siglo IV pueda apreciarse un acusado desplazamiento de los aficionados al deporte desde el papel de practicantes activos al de simples espectadores. Todo este ambiente contribuyó considerablemente a la expansión del profesionalismo en el deporte; aunque es indudable que profesionales del deporte existieron desde mucho tiempo antes, durante el siglo IV su número creció muy considerablemente. El desarrollo del profesionalismo recrudeció, por una parte, las críticas de quienes consideraban el deporte o algunos aspectos de él como algo nocivo para el hombre o la comunidad, y por otra, impulsó, por el deseo de mejorar constantemente las prestaciones de los atletas en la competición mediante el entrenamiento y el régimen de vida adecuados, investigaciones científicas que condujeron a un mejor conocimiento de lo que concierne a la salud del cuerpo, adelanto notable de la civilización griega.

1.3.1 Educación física

Un rasgo muy característico de la cultura griega es la presencia de la formación física en el sistema educativo, del que era parte esencial, plena-

mente integrada en él. El entrenamiento para la caza o la guerra fue la forma más antigua de educación física, cuando la supervivencia del individuo o de la comunidad dependía en buena medida de la preparación de los hombres con vistas a esas actividades, como queda bien patente en el caso de Esparta. Posteriormente, la educación física fue perdiendo su carácter exclusivamente militar (cf. ya Pausanias 10.4.1), conforme se fue haciendo más evidente la contribución de la práctica de la gimnasia al bienestar físico, y también mental, de los ciudadanos y, en consecuencia, de la comunidad, de manera que el cuidado del cuerpo continuó teniendo un lugar preferente en la enseñanza, desde los primeros años de la vida del niño, como condición indispensable para el logro de ese armonioso equilibrio entre el desarrollo de las aptitudes físicas e intelectuales que se expresa con el término *kalokagathía*.

Como ya señalamos a propósito del deporte en los poemas homéricos, en esos tiempos la educación no debía de constituir un sistema organizado. Por lo que nosotros podemos conocer, la regulación de la educación, y de manera sobresaliente de la educación física, alcanzó su primera culminación en la Esparta arcaica, y del éxito de tal sistematización es prueba indudable el dominio casi absoluto que los atletas espartanos ejercieron sobre los representantes de las demás ciudades en los Juegos Olímpicos hasta la primera mitad del siglo VI a.C.

1.3.1.1 Esparta

La primacía del entrenamiento físico en el sistema educativo espartano es un claro reflejo y consecuencia de las muchas peculiaridades de la organización política y social de este estado. Frente a una clase dominante de linaje dorio, los espartiatas, que gozaban de todos los privilegios de la ciudadanía y cuyo número era porcentualmente reducido (los hombres aptos para el combate no sobrepasaron los diez mil en las épocas más florecientes), se situaba la gran masa de la población, constituída por los periecos y los hilotas. Los periecos carecían de derechos políticos, pero podían administrar sus aldeas con cierta autonomía, y, aunque estaban

obligados a pagar determinados impuestos a los espartiatas, disfrutaban de cierta libertad para dedicarse a algunas actividades económicas que, como el comercio o la industria, los ciudadanos de Esparta rechazaban realizar; debían asímismo servir en el ejército espartano, pero nunca como hoplitas, sino formando cuerpos aparte, y sin la posibilidad de alcanzar puestos de responsabilidad. Su situación era, pues, desfavorable con relación a los ciudadanos de pleno derecho, pero indudablemente mucho mejor que la de los hilotas, siervos adscritos a la tierra, propiedad estatal, que debían sostener a la clase dominante. La enorme superioridad numérica de los hilotas respecto de los espartiatas obligó a éstos a una progresiva militarización de su régimen de vida, como único medio de mantener su dominio.

Ante el problema del aumento de la población, que la mayoría de las ciudades griegas intentaron resolver, como vimos, mediante la fundación de colonias, Esparta ofreció también una solución propia y peculiar: la guerra de conquista, ocupando las fértiles tierras de la vecina Mesenia. Tras veinte años de dura lucha (740-720 a.C.), los mesenios fueron derrotados y pasaron a engrosar el número de los hilotas. Medio siglo después (660-640) un levantamiento de los mesenios sometidos, que contaban con el apoyo de los enemigos peloponesios de Esparta, encabezados por Argos, sólo pudo ser reprimido con gran dificultad y mediante el empleo de la nueva táctica militar de la falange de hoplitas, y la agitación social que esta segunda Guerra Mesenia provocó en Esparta aceleró la adopción de sucesivas y profundas reformas en la estructura política, social y militar del estado, que la tradición presenta, unificándolas, como obra de un legislador legendario, Licurgo.

No obstante, Esparta siguió siendo un estado abierto y creativo hasta los últimos tramos del siglo VI a.C., pero la rigidez del sistema impidió la lógica evolución de las instituciones, lo cual condujo finalmente a un régimen anquilosado y a una ciudad encerrada en sí misma, que procedió a la expulsión de extranjeros e incluso prohibió en algunos casos la participación de sus ciudadanos en los grandes juegos panhelénicos, tanto por el temor de que la fama ganada en ellos apartase al ciudadano de sus deberes para con la patria, como por la desmoralización

que suponía para la comunidad la derrota de uno de sus miembros frente a atletas de otras ciudades.

Bajo estas circunstancias, la preparación física y militar condicionaba todo el sistema educativo espartano, ya que la vida del ciudadano estaba orientada esencialmente a la defensa del estado, de manera que, como afirma Jaeger, el objetivo de la educación espartana era crear una ciudad entera de héroes, dispuestos a sacrificarlo todo por los intereses del estado, "comunidad ciudadana que trasciende toda individualidad y para la cual todos viven y mueren". Este ideal espartano de la *areté* ("excelencia, virtud") encuentra ya su mejor exponente en los poemas que Tirteo compuso para acompañar la marcha de los hoplitas durante los difíciles momentos de la segunda Guerra Mesenia; las tradicionales virtudes aristocráticas (fuerza física que se hace patente en la carrera o en la lucha, belleza, riqueza o elocuencia) no valen nada para Tirteo, la cualidad esencial es el valor en el combate (fr. 12 West): "*No quisiera recordar ni hacer mención de un hombre por su excelencia en la carrera o en la lucha, ni aunque tuviera el tamaño y fuerza de los Ciclopes y venciera corriendo al tracio Bóreas, ni aunque fuera por su porte más agraciado que Titono, y tuviera más riquezas que Midas y Cíniras, ni aunque fuera más regio que Pélope, hijo de Tántalo, y tuviera la lengua de Adrasto, dulce como la miel, ni aunque tuviera toda gloria excepto impetuoso valor en el combate. Pues no es hombre de valía en la guerra sino el que osa contemplar la matanza sangrienta y ataca a los enemigos acercándose a ellos. Esta es la excelencia, ésta, entre los hombres, la recompensa mejor y más hermosa de alcanzar para un joven. Y es un bien común para la ciudad y para todo el pueblo el hombre que con las piernas bien abiertas en vanguardia se mantiene firme incansablemente, y se olvida por completo de la vergonzosa huída, exponiendo su vida y su ánimo sufrido, y enardece con sus palabras al guerrero que está a su lado, acercándose a él*".

Así pues, el objeto casi exclusivo de la educación espartana era formar ciudadanos capaces de defender el sistema de vida privilegiado de los espartiatas frente a enemigos mucho más numerosos, las ciudades vecinas y los hilotas sometidos ("*en Lacedemonia y en Creta la educación está organizada casi exclusivamente con vistas a la guerra*", Aristóteles,

Política 1324b 8-9). No es de extrañar, en consecuencia, que el estado asumiera el control de la vida de sus miembros prácticamente desde su nacimiento y los sometiera a un riguroso entrenamiento físico desde la niñez. Lamentablemente, nuestras más importantes fuentes para el conocimiento del sistema educativo espartano, que indudablemente debió de experimentar cambios en el curso del tiempo, son todas tardías, del siglo IV a.C. la *Constitución de los lacedemonios* de Jenofonte (que nos muestra una imagen idealizada de la vida en Esparta) y las alusiones que se encuentran en las obras de Platón y en la *Política* de Aristóteles (de su *Constitución de los lacedemonios* sólo han sobrevivido fragmentos), y del siglo I-II p.C. la *Vida de Licurgo* de Plutarco. Estas obras, y particularmente Aristóteles, nos hablan de una instrucción centrada obsesivamente en la formación militar, con descuido casi absoluto de la educación intelectual; pero esta situación probablemente sólo es válida a partir del siglo VI a.C., ya que en la centuria anterior Esparta fue centro de una floreciente vida intelectual, abortada por la rigidez del sistema político y la progresiva militarización de la sociedad. La educación sí se centró entonces absolutamente en la formación física, y además con una finalidad utilitaria, la preparación para la guerra, excluyendo el objetivo deportivo, como queda claramente demostrado por la progresiva desaparición de los atletas espartanos de las listas de vencedores olímpicos a partir del siglo VI (entre 776 y 600, de 66 victorias conocidas 33 fueron conseguidas por espartanos, en tanto que desde 596 hasta 300 a.C. únicamente se contabilizan 13 triunfos).

La metódica y estricta educación, que los espartanos remontaban a Licurgo, era obligatoria para todos los hijos de ciudadanos, y eran además admitidos en ella otros dos grupos de niños, por lo demás muy poco numerosos: los hijos ilegítimos de espartiatas y mujeres hilotas, que, según el testimonio tardío de Eliano (*Historias variadas* 12.43), servían como antagonistas de sus medio-hermanos en los ejercicios de entrenamiento y eran finalmente recompensados con la libertad; y, en segundo lugar, los llamados "mantenidos" (*tróphimoi*), niños llegados a Esparta a muy corta edad o nacidos en Esparta de padres extranjeros generalmente exiliados políticos.

Hasta los siete años, los niños quedaban al cuidado de sus padres, pero a partir de esa edad era el estado el que se hacía cargo de todo lo concerniente a su instrucción. Ésta comprendía varias etapas, cuya duración exacta no podemos determinar con precisión, ya que nuestras fuentes son a menudo contradictorias o nos proporcionan una información imprecisa y poco sistemática, a lo que se añade el hecho de que los términos empleados para designar a los niños y jóvenes en cada una de las diferentes etapas son numerosos y complicados. Habitualmente se admiten tres grados de formación en el sistema educativo espartano, como parece ya indicar, aunque de manera harto vaga, el testimonio de Jenofonte (*Constitución de los lacedemonios* 2-4). La primera etapa (*paîdes*, "niños") comenzaba a los 8 años y se extendía hasta los 11, en opinión de Marrou, o los 12, según otros autores; la segunda (*meirákia* o *paidískoi*, "muchachos") comprendía hasta los 15 (Forbes, Marrou) ó 18 (Michell); se pasaba entonces a la categoría de los "jóvenes" (*eirênes, hebôntes*), donde permanecían 5 ó 6 años, hasta que eran admitidos en las filas de los soldados de vanguardia, como paso previo para alcanzar, a los 30 años, la ciudadanía de pleno derecho y formar parte de los "iguales" (*homoîoi*).

Los ejercicios físicos se graduaban de acuerdo con la edad, pero desde un principio se sometía a los niños a duras condiciones de vida y a una férrea disciplina, como manifiesta claramente la descripción de Plutarco (*Licurgo* 16.10-13): "*Así pues, a leer y a escribir aprendían porque era necesario, pero todo el resto de la educación tenía como meta obedecer disciplinadamente, resistir las penalidades y vencer en la batalla. Por eso también, conforme su edad aumentaba, se iba intensificando su entrenamiento, rapándolos al cero y acostumbrándolos a caminar descalzos y a jugar desnudos la mayor parte del tiempo. Cuando llegaban a los 12 años seguían viviendo aún sin túnica, llevando un solo manto todo el año, con los cuerpos secos y desconocedores de baños y ungüentos, excepto unos pocos días al año en que disfrutaban de tales placeres. Dormían juntos, divididos en escuadrones y grupos, sobre lechos de paja que ellos mismos preparaban, rompiendo con las manos, sin servirse de cuchillos, las puntas de las cañas que crecen junto al Eurotas*".

Igualmente clarificador es el apologético testimonio de Jenofonte (*Constitución de los lacedemonios* 2.2-5): "*y les asignó (Licurgo) también mastigóforos elegidos de entre los jóvenes, para que castigasen a los niños cuando fuera preciso, de manera que gran respeto y gran obediencia concurren en ello. Además, en lugar de hacer delicados los pies con el calzado , ordenó endurecerlos yendo descalzos, pues estimaba que, si así se ejercitaban, mucho más fácilmente subirían montañas y con mayor seguridad bajarían pendientes, saltarían, brincarían y correrían más rápidamente. Y en lugar de ablandarse con mantos, estimaba que debían acostumbrarse a llevar un solo manto durante todo el año, considerando que así estarían mejor preparados tanto contra el frío como contra el calor. Y en cuanto a la comida, ordenó que el irén en las marchas dispusiera de una cantidad tal que nunca se sintieran pesados por hartura ni desconocieran lo que es pasar necesidad, estimando que los así educados serían más capaces, si fuera preciso, de aguantar sin comer y resistirían durante más tiempo con la misma ración, si así se les ordenase*".

La educación así organizada de los niños espartanos incluía además algunas actividades cuanto menos llamativas, como es el caso del discutido adiestramiento en el robo para procurarse provisiones (alabado por el propio Jenofonte, *op. cit.* 2.7-8) o la *krypteía* (cf. Platón, *Leyes* 633b), una especie de "caza de hilotas" nocturna en la que los jóvenes espartanos debían mostrar su valor y madurez, así como el sangriento ritual de la *diamastígosis* o flagelación de los muchachos ante el altar de Ártemis Ortia, en el cual debían poner de manifiesto, antes de su paso al grupo de los "jóvenes", su resistencia al dolor soportando los golpes, en algunos casos hasta la muerte (cf. Plutarco, *Licurgo* 18.2), sin queja alguna.

El entrenamiento de los espartanos procuraba un desarrollo físico completo, de todo el cuerpo, de manera que, como afirma Jenofonte (*op. cit.*, 5.9), "*no se podrían encontrar fácilmente hombres más saludables y de cuerpos mejor formados que los espartanos, pues ejercitan por igual piernas, brazos y cuello*". Las disciplinas debían ser las más antiguas y naturales formas de ejercicio, es decir, la carrera, el lanzamiento de piedras y jabalinas, y también la lucha, que podía practicarse en combates individuales

y de manera reglamentada o bien colectivamente y con mayor permisividad, como en el caso del violento juego que describe Pausanias (3.14.8ss.), en el que dos equipos de jóvenes trataban de empujar cada uno a sus rivales hasta las aguas del río Eurotas sin más armas que el vigor de sus miembros y la fuerza de sus dientes. Se practicaban asímismo diversos juegos de pelota, en los que debían tomar parte especialmente los jóvenes de mayor edad, que eran llamados precisamente *sphaireîs* ("jugadores de pelota"). Tales juegos eran variados, pero los había igualmente muy duros, como aquel en el que dos equipos de quince jóvenes cada uno luchaban por apoderarse de la pelota por todos los medios posibles. Por último, no faltaban, por supuesto, ejercicios más directamente relacionados con la función militar: tiro con arco y esgrima, equitación, caza y muy posiblemente también boxeo y pancracio. La presencia de estas dos últimas disciplinas en el programa espartano de educación física ha sido muy discutida, a partir de diversas alusiones de Plutarco (*Licurgo* 19.9; *Dichos de los espartanos* 228d23; *Dichos de reyes y capitanes* 189e4), que se han entendido en el sentido de que Licurgo prohibió el pugilato en Esparta, por razones educativas, para evitar el, en su opinión, poco edificante espectáculo de ver a uno de los rivales rendirse y abandonar la pelea. Esta creencia ha intentado ser refutada por diversos autores. Así, Jüthner (*RE* VII, col. 2041) afirma que tal prohibición tan sólo afectaba a la intervención de los espartanos en ambas pruebas en los juegos deportivos panhelénicos, pero sí formaban parte de la instrucción militar, ya que suponen una buena preparación para la guerra (cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 9. 58), y, además, algunas fuentes nos describen el boxeo o el pancracio practicado en Esparta (cf. Cicerón, *Tusculanas* 5.27.77). También Chrimes, en su exhaustiva obra sobre la Esparta antigua, admite la presencia de ambas disciplinas en el entrenamiento de niños y jóvenes, y, a su entender, la prohibición de Licurgo no se refería al pugilato, sino a las riñas y peleas entre los jóvenes, como podría probar el testimonio (por otra parte también poco claro) de Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 4.6; en apoyo de tal afirmación interpreta de manera original el término *sphaireîs*, que no estaría relacionado con *sphaîra* en el sentido de "pelota", sino en el igual-

mente posible de "guante de boxeo", de manera que los jóvenes llamados *sphaireîs* no tendrían como disciplina básica de su entrenamiento los juegos de pelota, sino el boxeo, lo cual, según Chrimes, se acordaría mejor con el carácter militar de la educación espartana.

Durante el período más antiguo, el entrenamiento tenía lugar fuera de la ciudad, en campo abierto, en el llamado *drómos* ("lugar para correr", lo que indica la importancia de tal ejercicio), al que se unió más tarde, ya dentro de la propia Esparta, la "palestra" ("lugar donde se lucha").

La parte artística de la educación del ciudadano espartano también estaba bastante relacionada con el ejercicio físico, ya que consistía especialmente en el aprendizaje de la música y de la danza, actividades ambas en las que los lacedemonios tenían ganada una bien merecida fama. Desde muy pronto los niños practicaban gimnasia rítmica, como paso preliminar para el aprendizaje de la danza, cuya variedad más conocida era la llamada "danza pírrica" (figura 15), ejecutada por jóvenes armados que simulaban posturas de ataque y defensa. En general, todos los ejercicios se acompañaban de música de flauta, y al son de las flautas marchaban también los espartanos al combate.

El entrenamiento físico dominaba, pues, la vida de los espartanos durante sus treinta primeros años; pero aún una vez terminada su etapa de formación, el ciudadano, tanto impulsado por la costumbre como por los estímulos que recibía para ello, seguía ejercitándose en los gimnasios y practicando la caza (Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 4.7). Es más, Jenofonte nos enseña (*ibid.* 12.5-6) que la ley ordenaba a todos los lacedemonios que se adiestraran en prácticas gimnásticas mientras estuvieran en campaña, de manera que dos veces al día, antes de desayunar y de cenar, realizaban ejercicios físicos, si bien más ligeros que de costumbre. No anda en verdad descaminado Plutarco cuando afirma (*Licurgo* 22) que para los espartanos la guerra suponía un descanso de su preparación para la guerra.

Otro rasgo peculiarísimo de la educación espartana, prácticamente sin paralelos en el mundo griego, es la **inclusión de las mujeres** a todos los efectos. Sobre este tema volveremos más adelante, cuando estudiemos el deporte femenino en Grecia (cap. 1.3.3).

Un sistema educativo tan minuciosamente regulado como el espartano requería sin duda personas rigurosamente seleccionadas que se encargasen del entrenamiento de los jóvenes, así como funcionarios estatales que supervisaran todas y cada una de sus diferentes etapas. No obstante, al menos a juzgar por los nombres empleados para designar los cargos, el número y la especialización de tales funcionarios era menor que en Atenas en la época de la efebía, como tendremos ocasión de combrobar, quizá porque, como apunta Forbes, los jóvenes mayores y más capaces se encargaban de parte de la instrucción de los más pequeños o menos adelantados, además de que, en general, todo ciudadano espartano se consideraba personalmente responsable de la educación y disciplina de sus jóvenes (Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 2.10-11). El supervisor del sistema educativo de Esparta era el *pedónomo*, elegido, a decir de Plutarco (*Licurgo* 17.2), "*entre los hombres de mérito*", con autoridad para "*reunir a los niños y castigarlos con dureza si observaba que alguno actuaba con negligencia*" (Jenofonte, *op. cit.* 2.2.), para lo cual contaba con jóvenes reclutados entre los de mayor edad, llamados *mastigóforos* ("portalátigos").

La primitiva educación espartana, cuyas bases se atribuían, según hemos visto, a la figura legendaria de Licurgo, se mantuvo en pleno vigor durante varios siglos, e hizo de Esparta el estado militarmente más poderoso de Grecia, aunque a costa de trabar las energías creativas de sus ciudadanos, con la consiguiente pérdida del liderazgo en los aspectos cultural y económico. Con la desaparición de su hegemonía sobre Grecia, que pasó, aunque por breve tiempo, a manos de los tebanos tras la batalla de Leuctra (371 a.C.), se agudizó la crisis del viejo sistema educativo, claramente perceptible a comienzos de la época helenística, como queda reflejado en la obra de Aristóteles. No obstante, fue siempre el espejo en el que se miraron quienes en adelante pretendieron volver a elevar a Esparta a su anterior apogeo, y las reformas emprendidas con vistas a tal fin en la segunda mitad del siglo III a.C. por los reyes Agis y Cleómenes comenzaron con el renacimiento de la antigua educación.

1.3.1.2. Atenas

El sistema educativo espartano influyó poderosamente en el resto de las ciudades griegas, sobre todo en el ámbito dorio, como es el caso de **Creta**, aunque nuestros datos sobre la educación de los jóvenes cretenses son muy incompletos (sumamente recomendables son las páginas que Forbes dedica al tema). De manera semejante a Esparta, el énfasis recaía especialmente sobre el desarrollo físico, con vistas a preparar ciudadanos aptos para defender su patria, prestándose poca atención a la formación intelectual ("*aprenden sólo a leer y a escribir, y ello moderadamente*", Aristóteles, fr. 611.15 Rose). La educación, bajo el completo control del estado (si bien de manera menos obsesiva que en Esparta), era obligatoria para todos los ciudadanos y de ella, por supuesto, estaban excluídos los esclavos, quienes, aunque tenían al parecer ciertos derechos, no podían "*practicar la gimnasia ni poseer armas*" (Aristóteles, *Política* 1264a21ss.). Los niños eran también agrupados según su edad, pero permanecían durante mucho más tiempo, hasta los 17 años, al cuidado familiar, e incluso después eran sus padres quienes habitualmente dirigían sus ejercicios gimnásticos y militares (cf. Estrabón 10.4 16 ss.), cuando los jóvenes de la misma edad hacían vida en común, comiendo y durmiendo juntos, aunque en condiciones mucho más suaves que las impuestas a los muchachos espartanos.

El ejemplo de Esparta tuvo también probablemente un destacado papel en la regulación de las leyes que iban a regir la educación física y el deporte en Atenas, cuya codificación se atribuye igualmente a otro legislador de rasgos casi tan legendarios como Licurgo, Solón, a comienzos del VI a.C. No obstante, el modelo espartano debió de afectar sobre todo a las técnicas de entrenamiento empleadas en la formación de los jóvenes, ya que los principios y objetivos básicos de la educación ateniense difieren enormemente de los que dominaban en Esparta. Desde muy pronto, en efecto, la educación ateniense perdió su carácter esencialmente militar, aunque la práctica constante del atletismo y la gimnasia permitía mantener una excelente forma física, que se reveló fundamental para la suerte de la guerra en el momento crítico de las invasiones persas

(Sócrates, en Jenofonte, *Recuerdos* 3.12, destaca la importancia de la gimnasia como preparación eficaz, aunque indirecta, para la guerra; cf. también Platón, *Protágoras* 326b-c). Al propio tiempo, el lugar asímismo sobresaliente que ocupaba en el sistema educativo ateniense la formación literaria y artística, junto con la gimnástica, trajo consigo la consecución, al menos durante un cierto período de tiempo, de un sano equilibrio entre educación física e intelectual.

Conocemos algunas de las normas con las que, según la tradición, Solón reguló la educación y las prácticas deportivas de los jóvenes atenienses. Tales prescripciones, sin embargo, no parecen haber sido destinadas a crear un sistema educativo estatal cuanto a ordenar algunos aspectos de la enseñanza de los ciudadanos. El orador Esquines, en su discurso *Contra Timarco* 9-12, cita algunas de estas leyes: no estaba permitido que las escuelas abriesen antes de amanecer ni cerrasen después de anochecer, para, según nuestro informador, librar a niños y muchachos de los peligros de caminar en la oscuridad de la noche, aunque pudiera ser también un intento de evitar la sobrecarga del horario escolar; contra la pederastia iba dirigida la prohibición, bajo pena de muerte, de que los adultos (salvo maestros y parientes cercanos) entraran en la palestra o la escuela, pero tal veto debió ser conculcado o su aplicación relajada, a juzgar por la frecuencia con que en pinturas vasculares y obras literarias aparecen hombres contemplando los ejercicios de los muchachos; igualmente reguló Solón la edad de admisión en las escuelas (los 6 ó 7 años), la exclusión de los esclavos de las mismas (los cuales no podían "ser sometidos a entrenamiento ni ungirse con aceite en la palestra"), el calendario de festividades escolares, etc., y no descuidó tampoco el deporte de competición, fijando, según Plutarco (*Solón*, 23.2) una recompensa de cien dracmas para los atenienses vencedores en los Juegos Ístmicos y de quinientas para los atenienses que triunfasen en Olimpia.

Una diferencia básica de principio separa tajantemente la organización de los sistemas educativos atenienses y espartano: en Atenas la educación era competencia particular de los padres y no responsabilidad del estado. Si bien, como hemos anticipado, la edad de admisión de los niños en las escuelas fue fijada por ley en los 6 ó 7 años (igual que en Esparta y de acuerdo con el ideal que defendería Aristóteles, *Política*

1336a41-b2), diversos textos platónicos (*Leyes* 804d, *Teages* 122e) y aristotélicos (*Política* 1337a22-26) parecen sugerir que la ciudad no obligaba a los padres a dar educación a sus hijos ni establecía tampoco cuántos años debía comprender la enseñanza, de manera que los hijos de ciudadanos pudientes recibían una educación mucho más completa y duradera que los menos favorecidos, como nos dice Platón por boca de Protágoras (*Protágoras* 326c): "*y esto lo hacen los que tienen más posibilidades, como son los más ricos. Sus hijos empiezan a frecuentar las escuelas en la edad más temprana y la dejan muy tarde*". No obstante, a falta de una norma escrita, la costumbre, ley no escrita, empujaba a los atenienses a enviar a sus hijos a la escuela, casi con la fuerza de una obligación; así lo recuerdan las Leyes a Sócrates en el *Critón* platónico (50d): "*¿o no eran buenas las disposiciones que prescribían las leyes establecidas con respecto a esas cosas (la educación), cuando ordenaban a tu padre que te educara en la música y en la gimnasia?*". Esta circunstancia, unida a la notable extensión de la enseñanza a todas las capas sociales en el transcurso del siglo V, hizo posible que prácticamente no hubiera analfabetos entre los ciudadanos varones atenienses de ese período y estuvieran asímismo bien entrenados desde el punto de vista físico (el acceso de la mujer a la educación era, como habremos de ver, mucho más dificultoso).

El maestro de letras, gimnasia o música recibía a los alumnos en su propia casa y no en un edificio público financiado por el estado. En lo que respecta concretamente a la educación física, hay que distinguir, en la Atenas del siglo V, entre los gimnasios, edificios públicos destinados al entrenamiento de efebos y hombres y administrado por el gimnasiarca (cargo que en beneficio del estado desempeñaban los ciudadanos ricos en calidad de "liturgia", es decir, corriendo ellos con los gastos), y las palestras, escuelas privadas de gimnasia para la instrucción de niños y jóvenes, de la que se ocupaba el pedotriba (de todas formas, la distinción entre gimnasio y palestra, entre gimnasiarca y pedotriba, ha sido muy debatida y no en todos los lugares responde a las mismas características). Tres eran los gimnasios públicos atenienses, Liceo, Academia y Cinosarges, éste último destinado en principio para el entrenamiento de los hijos nacidos de ciudadanos atenienses y mujeres extranjeras, aunque con tal limitación

acabó, a comienzos del siglo V a.C., Temístocles, también él hijo de madre no ateniense (Plutarco, *Temístocles*, 1); estaban ubicados, como era habitual, fuera de los muros de la ciudad y a orillas de un río. Las palestras, a su vez, llevaban el nombre de su propietario y se encontraban en la ciudad misma.

Dado que eran los padres quienes habitualmente buscaban y pagaban a los maestros de sus hijos, puede decirse que en Atenas la educación se dejaba en manos de los particulares. No obstante, aunque, antes de la implantación de la efebía, no había funcionarios estatales encargados de supervisar el buen funcionamiento del sistema educativo, al modo de los pedónomos espartanos, no debía ser inhabitual que los cargos políticos se ocuparan con cierto celo de un aspecto tan importante para el futuro de la ciudad; así parece confirmarlo un decreto honorífico de mediados del IV a.C., del demo de Eleusis, en el que se honra al estratego Dércilo por la manera en que se ha ocupado de la educación de los niños del demo (*SIG*[3] III.956).

La afición por la práctica de la gimnasia varió en Atenas, como es natural, de una época a otra. El período de máximo auge corresponde a la segunda mitad del siglo VI y primera del V a.C., sobre todo cuando en la lucha contra los persas advirtieron los griegos la importancia de la buena forma física para la suerte del combate. La educación física alcanzó entonces una popularidad enorme, y el entusiasmo por los ejercicios deportivos se extendió a toda la población, de manera que, como afirma Marrou, Atenas se convierte así en una verdadera democracia, ya que el pueblo conquistó no sólo derechos políticos, sino también el tipo de vida, la cultura y el ideal humano de los que únicamente la nobleza había disfrutado hasta entonces. El pueblo, en efecto, participa ahora de los viejos ideales aristocráticos, del espíritu agonístico, emulativo, y de la *areté politiké* o conjunto de cualidades y actividades a través de las cuales el individuo contribuye al bienestar de la comunidad. En la base de todo ello y como objetivo central del sistema educativo del tiempo de Pericles, se encuentra el ideal aristocrático, ahora extendido a otras capas sociales, de la *kalokagathía*, que persigue la armonía y equilibrio entre cualidades físicas e intelectuales, con vistas a alcanzar un desarrollo completo de la

personalidad humana en todas sus facetas. El propio Pericles, en el discurso que pone en su boca Tucídides en el libro segundo de su *Historia de la guerra del Peloponeso*, proclama este objetivo, al alcance de todos los ciudadanos: "*En resumen, afirmo que la ciudad entera es la escuela de Grecia y creo que cada uno de nosotros puede alcanzar aptitud en los más diversos aspectos y con gran versatilidad no exenta de encanto personal*" (cap. 41), en evidente contraste con el modo de vida de Esparta: "*y en cuanto a la educación, algunos ya desde la niñez con penoso entrenamiento buscan el valor, mientras que nosotros vivimos relajadamente, pero no menos nos aventuramos a iguales peligros*" (cap 39).

En esta pretendida consecución de una personalidad completa y armónica el deporte es una parte fundamental, ya que sólo el hombre que desarrolla convenientemente sus aptitudes físicas puede enfrentarse con éxito a las exigencias de la vida y alcanzar la altura moral que la ciudad requiere de sus miembros (Aristófanes, *Nubes* 1002-1023). El prototipo del ciudadano *kalós kagathós* (plasmado en las esculturas de Policleto y también, como afirma Jaeger, *Paideia* 254-5, en las personalidades históricas de Sófocles y Pericles) encuentra quizá su mejor reflejo en los atletas cantados por Píndaro, de quién afirma con toda razón la profesora Bernardini que "el ideal atlético no ha vuelto a encontrar en el tiempo una voz tan entusiasta y no se ha vuelto a sostener una construcción ideológica tan orgánica y coherente de los trazos distintivos que hacen del atleta un modelo de vida y comportamiento". Píndaro, en efecto, exalta las cualidades físicas de los atletas, pero sobre todo sus cualidades morales, cívicas y religiosas. En la consecución de la victoria no sólo cuenta la fuerza física innata, sino también la inteligencia (*nóos*), que guía las acciones, y el esfuerzo (*pónos*), que permite alcanzar el triunfo y hace aún más grata la recompensa ("*y si alguna dicha hay entre los mortales, sin esfuerzo no se muestra*", *Píticas* 12.28-9). El atleta es, pues, el perfecto *kalós kagathós*, que con su victoria y comportamiento se honra no sólo a sí mismo, sino también a su familia y a su patria, y precisamente la celebración poética del triunfo mediante el canto del epinicio es el momento en que el atleta y la ciudad, los hombres de ahora y los antepasados, se unen en una comunidad de intereses y propósitos.

Así pues, a lo largo de buena parte del siglo V y especialmente en la Atenas de Pericles, la educación perseguía, y en gran medida lo consiguió, un armónico equilibrio entre la formación intelectual (*grammatiké* y *mousiké*, es decir, fundamentalmente la enseñanza de lectura, escritura, aritmética, música, danza y también literatura, que comprendía el aprendizaje con fines estéticos y éticos, de los poemas de Homero, Hesíodo y, en Atenas, Solón) y el desarrollo de las cualidades físicas (*gymnastiké*, de la que enseguida hablaremos con mayor detenimiento). Este equilibrio duró, sin embargo, poco tiempo, ya que comenzó a quebrarse en la segunda mitad del siglo con las innovaciones pedagógicas capitales que aportaron los sofistas, las cuales iban a llevar a su madurez la educación griega. Dada la intensa participación de los atenienses y de los griegos en general en el gobierno de su ciudad, la finalidad de la instrucción promovida por los sofistas era la formación completa y eficaz de hombres capaces de conducir rectamente los destinos de la *pólis*. Ello trajo consigo una insistencia en el aspecto intelectual que provocó un cierto abandono de la educación física, la cual comienza a pasar a un segundo plano. A partir de los sofistas, pues, la parte intelectual de la educación va poco a poco predominando y, aunque el elemento deportivo subsistirá durante siglos, ya no será la principal preocupación de los jóvenes con ambición de destacar en la vida pública. Este abandono relativo de la afición por la práctica del deporte entre la juventud es a menudo criticado por los partidarios de la educación tradicional, como es el caso de Aristófanes, sobre todo en *Nubes* y *Ranas*, donde Esquilo, adalid de la "educación antigua", acusa a Eurípides, representante de la nueva pedagogía, de haber contribuído a la decadencia moral de Atenas con sus nuevas enseñanzas (vv. 1069-71): "*tú por tu parte has enseñado a cultivar la palabrería que ha dejado vacías las palestras*". Los jóvenes de ahora, repite con insistencia el cómico, no tienen fuerzas ni para sostener una antorcha por falta de entrenamiento (*Ranas* 1087-8), y el propio dios Dioniso, que ha bajado al Hades en busca de Eurípides, se ve obligado a reconocer (*ibid.* 1089-93): "*por poco me muero de risa en las Panateneas, cuando vi a un hombre pesado que corría encorvado, pálido, gordo, quedándose rezagado y haciendo terribles esfuerzos*".

Este cambio notable en la actitud de la juventud ateniense con respecto a la práctica del deporte queda reflejado también en las obras de otros autores (Jenofonte, *Cinegético* 13.62, *Recuerdos*, 3.12.1ss., 3.5.15ss.; Pseudo-Andócides, *Contra Alcibíades* 22.39), y es asímismo bien patente en las representaciones figuradas, especialmente en la cerámica. Las escenas de palestra, frecuentísimas en las pinturas vasculares a lo largo de buena parte del siglo V, a partir de *ca.* 440 van desapareciendo o bien se trata de escenas que se desarrollan en el marco del gimnasio pero en las que los personajes no se afanan en los ejercicios corporales, sino que, completamente vestidos, discuten entre sí o escuchan las palabras de uno de ellos (figura 16). Palestras y gimnasios se han convertido, en efecto, también en lugares de reunión social y de intelectuales.

La educación del niño ateniense comenzaba, ya lo hemos dicho, a los 6 ó 7 años. Es, sin embargo, un problema muy discutido si la instrucción física se iniciaba en el mismo momento en que el niño entraba en la escuela o bien se demoraba aún algunos años. Las opiniones al respecto están muy repartidas y generalmente quienes se han ocupado del tema insisten en que la edad de iniciación en el entrenamiento atlético pudo variar según los lugares y las épocas, según prevaleciera el entusiasmo por uno u otro aspecto de la educación, dado que nuestras fuentes literarias ofrecen testimonios de distinto signo y a veces incluso parecen contradecirse. Forbes (pp. 57ss., con completa doxografía hasta su tiempo) comparte la opinión de que el niño ateniense empezaba a realizar sus ejercicios gimnásticos al mismo tiempo que aprendía las letras (cf. también Gardiner, *AAW*, 90), y aduce como prueba textos de diversos períodos: Jenofonte (*Constitución de los lacedemonios* 2.1) afirma que en Atenas los padres a sus hijos "*los envían a toda prisa a las escuelas para que aprendan las letras, la música y los ejercicios de la palestra*", y en el diálogo pseudoplatónico *Axíoco* (366d-e) Sócrates nos dice que a los siete años tiranizan al niño "*pedagogos, maestros de letras y pedotribas*" (cf. también Luciano, *Anacarsis* 20, y el filósofo Teles, del III a.C., en texto transmitido por Estobeo, 34.72). Otros autores, en cambio, retrasan la práctica del deporte algunos años, a partir sobre todo de un texto del

Protágoras platónico (325c-e), que describe de manera sumaria el desarrollo de las enseñanzas en la educación tradicional de los niños y del que parece deducirse que éstos acudían al maestro de gimnasia sólo depués de haber iniciado su aprendizaje con los maestros de letras y música. Y aún entre quienes dan prioridad cronológica a las materias intelectuales, unos hacen empezar la educación física poco después, a los ocho años (Marrou, p. 382, n. 1), mientras que otros todavía la demoran hasta los doce, como Girard o Flacelière (cf. Galeno, *Sobre cómo debe conservarse la salud* 2.7 y 12).

La instrucción física se desarrollaba en la palestra, que comprendía un lugar de entrenamiento al aire libre y habitaciones cubiertas empleadas como vestuarios, salas de descanso, baños y almacenes de la arena y el aceite con que niños y jóvenes untaban su cuerpo desnudo antes de los ejercicios. Estos eran dirigidos por el pedotriba (figura 14), que a menudo debía despojarse de su manto para mostrar con el ejemplo la manera correcta de realizar un movimiento, pues "*no es suficiente para los pedotribas hablar sobre los ejercicios, sino que deben también mostrarlos a quienes aprenden*" (Dión Crisóstomo 68.21; cf. asímismo Platón, *Político* 294d y sobre todo Clemente de Alejandría, *Stromateis* 6.17.160,4). Como atestiguan con frecuencia las pinturas vasculares y también las fuentes literarias, los pedotribas portaban un largo bastón, con el cual impartían disciplina (al parecer de manera harto enérgica) a los muchachos torpes o díscolos, o separaban a dos luchadores fogosos en demasía (figura 74). Pocas noticias tenemos de los maestros especializados en disciplinas concretas para la época anterior a la efebía, pero, al menos en las palestras más importantes, el pedotriba debía de tener ayudantes (*hypopedotríbai*). Conocemos la existencia de especialistas en la enseñanza de ejercicios militares (*hoplómakhoi*), cuya introducción en la educación la atribuye el historiador Éforo a Démeas de Mantinea (*FGrHist* LXX F54) y sobre cuya instrucción se discute ampliamente en el *Laques* platónico (181c y ss.; cf. también *Leyes* 833e-834a); de otros textos de Platón podría deducirse la existencia de maestros de equitación (*Menón* 93d) e incluso de lanzamiento de jabalina (*Teages* 126b).

No conocemos con exactitud en qué orden se iba enseñando cada

disciplina ni los métodos empleados para su aprendizaje. Podemos afirmar, no obstante, que se seguía un sistema progresivo, escalonándose los diferentes ejercicios de acuerdo con su grado de dificultad y de dureza para el niño, de manera que bien pudiera reflejar una práctica real el consejo que da Platón de que los primeros ejercicios de la palestra fueran una continuación de los juegos infantiles (cf., por ejemplo, *Leyes*, 797b, 820d).

Dado que en las Panateneas tenía lugar una competición de pentatlo infantil, es lógico pensar que la educación física del niño ateniense incluyera, como ejercicios básicos, las cinco disciplinas de esta prueba combinada, lucha, carrera, salto, lanzamiento de disco y jabalina. Previamente debían realizarse diversos ejercicios de elasticidad, con movimientos rítmicos de brazos y piernas (*kheironomía*), al son de las flautas, que, por lo demás, acompañaban buena parte de las prácticas gimnásticas; en el ya citado tratado de Galeno *Sobre cómo debe conservarse la salud* se nos ofrece una variada lista y descripción de este tipo de ejercicios, aptos para jóvenes de 14 a 20 años, que ha llevado a Gardiner (*AAW* 97) a afirmar que "hay poco en nuestro sistema moderno que no esté anticipado en los escritos médicos griegos".

La lucha ocupaba sin duda un lugar importante en la educación física, como demuestra la denominación de "palestra" (etimológicamente "lugar donde se lucha") para designar el entorno en el que tenía lugar el entrenamiento físico de niños y jóvenes. Se han conservado en un papiro de Oxirrinco (3.466) fragmentos de un manual de lucha que, aunque en estado lamentablemente mútilo, nos proporciona alguna información sobre el aprendizaje de la disciplina (traducción en 3.6.1.). En primer lugar, el pedotriba enseñaba por separado cada uno de los movimientos, presas y posturas y, una vez aprendidos, se permitía a los niños luchar unos con otros. Previamente preparaban el terreno reblandeciéndolo con un pico (instrumento representado a menudo en los vasos), lo cual les servía al propio tiempo como precalentamiento. La popularidad de la lucha hizo que el vocabulario técnico utilizado en su enseñanza fuera familiar a los atenienses, como muestra su frecuente empleo metafórico en la literatura, particularmente en las obras de Aristófanes y Platón.

Otra actividad básica era la carrera, de diversas longitudes según su finalidad y la edad de los niños. La iniciación en el salto de longitud y en el lanzamiento de disco y jabalina comenzaba también con el aprendizaje previo de los movimientos y técnicas básicos. Para el salto, los niños empezaban igualmente por ablandar la tierra con el pico, con el fin de formar el foso de caída; las pesas de piedra o plomo empleadas en la ejecución del salto eran, naturalmente, más livianas que las utilizadas por los adultos, como asímismo los discos que se lanzaban.

Además de estas cinco disciplinas debían practicarse también ocasionalmente boxeo y pancracio, aunque posiblemente a edad más avanzada y destinados en particular a los jóvenes más fuertes; el hecho de que el pancracio infantil no fuera introducido en Olimpia hasta fecha muy tardía indica claramente que era considerado como una actividad poco apta y escasamente útil para los niños. Por el contrario, los juegos de pelota se practicaban contínuamente a todas las edades. Ninguna noticia tenemos de la presencia de la natación en la educación física, siendo el griego un pueblo tan abierto al mar. Ello sin duda se debe a que el niño aprendía desde muy pronto a jugar y a desenvolverse en el agua, como indica a las claras el proverbio que define al ignorante como el que no sabe "*ni nadar ni leer*" (Platón, *Leyes* 689d), "*ya que estas cosas las aprendían desde niños en Atenas*" (Diogeniano, en *Corpus paroemiographorum Graecorum* VI. 56). Ya nos hemos referido, finalmente, al aprendizaje de los ejercicios bélicos y de la equitación, ésta última, dado su costo, al alcance exclusivamente de los hijos de ciudadanos pudientes.

1.3.1.3. Jenofonte, Platón, Aristóteles

La decisiva importancia de la educación para el buen funcionamiento de la comunidad es un hecho que tuvieron presente prácticamente siempre los pensadores y hombres de estado griegos. No es por ello de extrañar la insistencia que hacen en el tema de la formación de niños y jóvenes los filósofos que se ocuparon del problema de la organización del estado. Tres de ellos, en el siglo IV a.C., nos ofrecen su particular visión de lo que debe ser el estado ideal, y en los tres es notable el

papel fundamental que se asigna a la educación; nos estamos refiriendo, por supuesto, a las obras de Jenofonte y, sobre todo, de Platón y Aristóteles.

Ya hemos visto que **Jenofonte**, en su *Constitución de los lacedemonios*, describe y ensalza grandemente el sistema educativo espartano. Sobre el problema de la educación vuelve a tratar en la *Ciropedia*, obra de los últimos años de su vida, idealizada y histórica biografía de Ciro, el fundador del Imperio Persa de los Aqueménidas. Aunque la descripción de la educación del joven Ciro ocupa solamente parte del primero de los ocho libros de que consta la obra, la importancia que Jenofonte concede a esos años de formación ha hecho que den título al conjunto de la obra. Ciro aparece en ella como monarca ideal, que gobierna a su pueblo con justicia y destaca por sus excepcionales dotes como soldado; precisamente el objetivo militar es el dominante en la instrucción de la élite de la juventud persa, tal como la contempla Jenofonte, de manera que no es exagerado afirmar que la educación que recibe Ciro no es sino una versión idealizada de la educación espartana descrita en la *Constitución de los lacedemonios*. Como en Esparta, los jóvenes persas son sometidos a una rigurosa disciplina y a un completo entrenamiento físico. En las dos obras citadas, Jenofonte, enemigo de los regímenes democráticos, se opone a la preponderancia del aspecto intelectual en el sistema educativo preconizado por la sofística, y la misma idea se repite en su *Cinegético*, tratado de caza de autenticidad discutida. La caza, que, junto con los deportes hípicos (tema del que se ocupa igualmente el autor en otro tratado, *Sobre la equitación*) eran tradicionalmente las actividades físicas más características de la aristocracia, se muestra en esa obra como el ejercicio ideal para desarrollar la fortaleza física (hace al hombre vigoroso, lo acostumbra a las penalidades, agudiza el ojo y el oído, precave contra la vejez prematura y es, en definitiva, la mejor escuela para la guerra) y también para inculcar en el espíritu de los hombres los más importantes valores éticos que han de hacerle útil a su ciudad.

De mucho mayor alcance y por supuesto mucho más original es el sistema educativo propuesto por **Platón** para su ciudad ideal. El mismo Platón (como indica su propio nombre, apodo que viene a significar "el

de anchos hombros") fue al parecer un magnífico atleta que llegó a participar como luchador, según la tradición (Diógenes Laercio 3.4), en los mismísimos Juegos Ístmicos, de manera que no extraña el importante papel que concede a la educación física en la formación de los hombres y mujeres del estado que describe en *República* y *Leyes*. Éstas son, en efecto, las obras en las que el filósofo revela especialmente sus ideas acerca de la educación física y el deporte (aunque referencias ocasionales abundan en otros muchos diálogos), de manera bastante más detallada y elaborada en *Leyes*, obra de los últimos años de su vida, que presenta, a propósito del tema que nos interesa, variaciones con respecto a *República*, si bien ambas obras no se contradicen en lo fundamental (sobre el problema, cf. Marrou, pp. 365-7, n. 18).

Platón mantiene en su sistema algunos rasgos de la educación ateniense tradicional, pero en muchos aspectos introduce esenciales modificaciones. En primer lugar, dada la trascendencia de la infancia y la juventud para el futuro de cada individuo y de la comunidad toda, la educación debe ser pública, como en Esparta, con instructores pagados por el estado y cuya labor es supervisada por magistrados especiales, que dependen en última instancia del *epimelétes*, algo así como un ministro de educación (*Leyes* 765d, y también 754c-d, 801d, 804e, 809a, etc.). Un segundo aspecto importante en el que Platón se aparta del sistema educativo ateniense para aproximarse al espartano es la admisión de las mujeres a todos los efectos, las cuales deben recibir idéntica formación que los miembros masculinos de la ciudad, también en lo que se refiere a la instrucción física, ya sea ejercitándose juntos hombres y mujeres, como parece sostener Platón en *República* 452a-b, ya sea realizando los mismos ejercicios pero separadamente, según se afirma en *Leyes* 794c (cf. asimismo *República* 451d y *Leyes* 802d, 813b).

Por otro lado, Platón, en lo que respecta concretamente a la educación física, ataca duramente el régimen de vida y la finalidad competitiva del sistema de entrenamiento de los atletas (*República* 403e, *Leyes* 796a-d, 830a; véase nuestro apartado 1.3.2.2.), y pretende volver al objetivo primitivo de la gimnasia, a saber, no solamente preparar ciudadanos sanos y robustos, sino también tenerlos siempre dispuestos para las

necesidades de la guerra, que el filósofo considera algo inevitable. De ahí la insistencia en los ejercicios de carácter militar (lucha, esgrima, tiro con arco, lanzamiento de jabalina y de honda, marchas y batallas simuladas, e incluso los deportes característicamente aristocráticos, equitación y caza; cf. *Leyes* 794c, 804d, 813b, 829e), en los que también deben participar las mujeres, aptas para realizar las mismas tareas que los hombres (*República* 455d y ss.).

Pero además de este objetivo militar, Platón subraya igualmente la benefactora influencia que la formación física puede tener para el desarrollo de las cualidades morales de la persona, como prevención y remedio contra los instintos negativos, una idea plenamente aceptada hoy día: "*el malo se hace malo a causa de una perniciosa disposición y la falta de educación*" (*Timeo* 86e; cf. *República* 410b y ss.). Por ello hace hincapié, frente a los sofistas, en la consecución de un adecuado equilibrio entre educación física e intelectual, para lo cual no propone un sistema nuevo, sino que acepta la tradicional educación ateniense, "*la gimnasia para el cuerpo y la 'música' para el alma*" (*República* 376e; cf. 403c y ss., 521d y ss.). La gimnasia, entonces, debe practicarse, aunque sin excesos, "*desde la niñez, a lo largo de toda la vida*" (*República* 403 c), empezando, como en Esparta, muy pronto; incluso, se nos dice en *Leyes* 789a-e, es conveniente que la mujer embarazada haga regularmente los ejercicios adecuados para dar a luz niños sanos y fuertes. Ya en la primera etapa de la educación, de los 3 a los 6 años, los niños desarrollan una intensa actividad física, si bien limitada a los juegos naturales de la infancia (*Leyes* 643b-c), bajo la vigilancia de mujeres encargadas por el estado (*Leyes* 794a-b). A los seis años comienza la educación física sistemática, qué, siendo dosificados los ejercicios de acuerdo con la edad, se extenderá a lo largo de toda la vida, aunque en algunas etapas de ésta, a partir de los diez años, se deba hacer mayor hincapié en la formación intelectual.

Alguno de los aspectos básicos del sistema educativo platónico reaparecen posteriormente en su discípulo **Aristóteles**, que expone sus ideas al respecto al final del libro séptimo y comienzo del octavo de la *Política*. Con su maestro, Aristóteles comparte la opinión de que la ense-

ñanza debe ser pública, regulada por el estado, y rechaza tanto los excesos de los atletas, que consideran el ejercicio físico como un fin en sí mismo y cuyo sobreentrenamiento deforma el cuerpo (*Política* 1338b), como la rigidez y el utilitarismo del sistema espartano; el entrenamiento físico, es cierto, contribuye a la formación de buenos soldados, pero debe tener también como objetivo la adquisición de cuerpos bellos, fuertes y sanos y coadyuvar además al bienestar mental y educación moral de los ciudadanos.

En un punto importante se separa Aristóteles de Platón, ya que niega a la mujer la posibilidad de recibir la misma educación que el hombre, por ser de naturaleza distinta e inferior a éste (*Política* 1260a21 y ss.), aunque recomienda que las futuras madres realicen ejercicios diarios y cuiden su dieta. Hasta los cinco años los niños no llevan a cabo ejercicios sistemáticos, pues basta (y es preferible) con que practiquen sus instintivos juegos infantiles. Luego, de los cinco a los siete años, acudirán a escuelas y palestras más bien como espectadores, para ir adquiriendo nociones preparatorias, hasta que comience su entrenamiento físico regulado, dosificándose también los ejercicios de acuerdo con la edad: hasta los 14 ó 15 años los ejercicios serán más ligeros y solamente a los 18 (tras un paréntesis de tres años en que prevalece la educación intelectual) el entrenamiento se endurecerá. Una vez finalizado el período educativo propiamente dicho, es conveniente que la práctica de ejercicios continúe, aunque de manera más moderada, durante el resto de la vida del hombre, incluso hasta la vejez (*Política* 1331a31 y ss.), ya que Aristóteles es de la opinión de que el cuidado del cuerpo hace mejores, también moral e intelectualmente, a las personas.

Hemos podido comprobar, pues, que en la doctrina educativa de los grandes filósofos del siglo IV, con quienes llega a su apogeo el pensamiento del mundo antiguo, se busca una armonía entre el desarrollo de las capacidades físicas y mentales del hombre, como continuación del ideal de la educación ateniense tradicional. La balanza, no obstante, irá desequilibrándose poco a poco en favor del intelecto, aunque la gimnasia todavía mantendrá su puesto, bien que de importancia decreciente, dentro de la educación griega. Con Aristóteles, por otro lado, nos

situamos ya en el umbral de la época helenística, y precisamente no mucho antes de la muerte del estagirita, acaecida en 322 a.C., la educación ateniense y griega en general experimentó un importante cambio, cuando tuvo lugar el auge de la efebía en Atenas, en la cual pueden observarse precisamente algunos rasgos del sistema educativo propuesto por el filósofo.

1.3.2. El deporte de competición

1.3.2.1. "Amateurismo" y profesionalismo

Si ya la práctica del deporte ocupaba un destacado lugar en la educación y en la vida social de los griegos, como entrenamiento en los ratos de ocio y sobre todo como medio para enfrentarse con mayores garantías a las necesidades de la vida, a través de la contribución de la gimnasia a la belleza y fuerza tanto corporal como espiritual del individuo, el gran desarrollo de las competiciones deportivas nacionales y locales, impulsado por ese "espíritu agonístico" que hemos destacado como uno de los rasgos que mejor caracterizan al hombre griego, hizo que el deporte adquiriera en Grecia una importancia sin parangón hasta nuestro siglo; y, en efecto, la repercusión que el triunfo en una competición de primera fila tenía entonces para el propio atleta y para su comunidad sólo es comparable con la importancia (a menudo excesiva) que se le concede actualmente.

"*Vinieron a ellos unos pocos desertores de Arcadia, faltos de medios y deseosos de ser útiles. Los llevaron ante el rey y los interrogaron los persas, hablando uno solo en nombre de todos, acerca de las cosas en las que estaban ocupados los griegos... Ellos les dijeron que estaban celebrando los Juegos Olímpicos y contemplando certámenes atléticos e hípicos. El persa les preguntó cuál era el premio propuesto por el que competían, y ellos contestaron que la corona de olivo que allí se daba. Entonces Tritantegmes, hijo de Artabano, expresó un juicio muy noble que le valió ser tenido por el rey como cobarde; informado, en efecto, de que el premio era una corona y no*

dinero, no aguantó permanecer en silencio y dijo a todos lo siguiente: '¡Ay, Mardonio! ¿Contra qué hombres nos has traído a luchar, que no compiten por dinero, sino por poner a prueba sus cualidades?'". Esta visión idealizada que nos ofrece Heródoto (8.26) de los juegos griegos como competiciones en las que los atletas luchan por conseguir un premio sin valor material, pero que simboliza su excelencia, ha marcado siempre los estudios sobre el deporte griego tanto como el valor paradigmático que le han atribuído quienes han venido defendiendo, sobre todo desde la implantación de las modernas Olimpiadas, la cada vez más claramente artificial distinción entre deportistas "amateurs" y profesionales. En efecto, desde los estudios de Gardner y especialmente de su discípulo Gardiner, la evolución del deporte griego acostumbra a dividirse en tres etapas: entre *ca* 776 y 480 los atletas serían en su inmensa mayoría de origen noble y practicaban el atletismo y participaban en competiciones con espíritu puramente "amateur", sin que para ellos los premios y privilegios resultantes del triunfo significaran nada desde el punto de vista económico; posteriormente, desde las Guerras Persas hasta el final del siglo V a.C. habría habido una etapa de transición, que desembocaría finalmente en la profesionalización del deporte, y los deportistas profesionales dominarían desde entonces todas las competiciones hasta el final de los Juegos Olímpicos, en los últimos años del siglo IV p.C.

El paso de un deporte genuinamente aficionado a otro totalmente profesionalizado habría traído consigo la degeneración y corrupción de los nobles ideales que movían a los atletas de la época arcaica y comienzos de la clásica, y este aspecto es fuertemente enfatizado por Gardiner, que se permite a menudo tajantes afirmaciones, como "la gran popularidad del atletismo fue su ruina; el exceso provoca Némesis: la Némesis del exceso en el atletismo es el profesionalismo, que supone la muerte de todo deporte verdadero" (*AAW* 99), o "cuando el dinero entra en el deporte, con él entra la corrupción" (*AAW* 103). Las ideas de Gardiner en lo tocante a este aspecto han influído de manera decisiva, consciente o inconscientemente, en casi todos los estudiosos que se han ocupado de los profesionales del deporte griego, desde Manning o Jüthner hasta Harris, quien mantiene en lo esencial la concepción del

deporte griego como un proceso que culmina en la época áurea del deporte "amateur" y sufre posteriormente una decadencia progresiva, pese a afirmar (*GAA* 38) que la idea de un deporte plenamente aficionado en la época arcaica no se puede mantener de manera tan tajante.

Un cambio más profundo en el tratamiento de la relación amateurismo-profesionalismo puede apreciarse en los trabajos de Rudolph, Pleket, Weiler y Olivová, y culmina en el libro de Young, que supone sin duda una importante revolución. Pleket, en efecto, pone ya en tela de juicio la tesis de un antiguo deporte puramente "amateur" y rechaza además la idea de que la irrupción de atletas profesionales tuviera como consecuencia la "corrupción moral" de los practicantes del deporte, argumentando que los atletas profesionales recogieron e hicieron suyos los ideales de sus predecesores aficionados, de manera que el sistema de valores de los *kalokagathoí* pindáricos fue siempre el que guió a los atletas griegos, incluso a los procedentes de las clases más bajas en época helenística y romana ("Games, Prizes...", 76-7). Pleket, no obstante, termina por aceptar la cronología implantada por Gardiner, al afirmar que el auténtico profesional, aquél cuyo medio de vida es el deporte y de él obtiene sus ingresos, sólo comenzó a entrar en Grecia de manera notable hacia el año 400 a.C. Hasta entonces, los atletas habían sido en su mayor parte miembros de las clases pudientes, que no necesitaban para vivir el dinero que obtenían con sus triunfos (véase también al respecto el libro de Kyle).

Mucho más radicales han sido las teorías que ha defendido más recientemente Young, quien trata de demostrar que nuestra convicción de que en la antigua Grecia hubo una época en la que el deporte no era cosa de atletas profesionales de ningún modo puede deducirse de los datos que poseemos sobre el atletismo griego, sino que se trata de una idea fomentada desde el siglo pasado por quienes deseaban presentar un antecedente histórico y prestigioso para el tipo de deporte que intentaban implantar, a saber, el deporte elitista propugnado por los caballeros ingleses de la época victoriana, en cuyos "clubs amateurs" no tenían cabida los miembros de las clases trabajadoras. Tras un brillante y minucioso análisis de las circunstancias que rodearon el renacimiento de los

Juegos Olímpicos en la época moderna, concluye Young que "el amateurismo fue, en realidad, un sueño soñado por unos pocos privilegiados entre 1860-1870" (p. 25), pero cuyas secuelas han debido sufrir en sus propias carnes numerosos atletas a lo largo de la historia del olimpismo moderno, incluso campeones de la talla de los míticos James Thorpe o Paavo Nurmi. La hipócrita distinción entre el atleta supuestamente "amateur" que puede participar en los Juegos Olímpicos y el profesional que tiene vetada su intervención en ellos, se ha seguido manteniendo hasta nuestros días, aunque puede apreciarse afortunadamente signos que invitan a pensar en una pronta abolición de las barreras, puramente teóricas las más de las veces, que separan a "profesionales" de "aficionados".

Volviendo a los profesionales y aficionados en la antigua Grecia, Young ha tratado de rebatir los dos argumentos más importantes aducidos por quienes reconocen la existencia de un atletismo totalmente "amateur" en la época arcaica: la extracción social de los atletas, supuestamente provinientes, con pocas excepciones, de las filas de la nobleza durante los tres siglos que siguieron a los primeros Juegos Olímpicos en 776 a.C.; y, en segundo lugar, el montante económico de los premios que recibían los vencedores en las competiciones atléticas.

Por lo que respecta al primer punto, se ha venido manteniendo, en efecto, la idea de que, dados los grandes gastos que conllevaban los entrenamientos, viajes y estancias en los lugares de competición, durante los primeros siglos la mayoría de los participantes y vencedores en los grandes festivales fueron miembros de las clases más altas, que disponían del tiempo y del dinero que exigía la competición. Los notables casos de atletas de origen humilde que citan nuestras fuentes se han venido considerando como excepciones a la regla general. Así, el primer vencedor olímpico, Corebo de Élide, era, según afirma Ateneo (382b), cocinero, y a un pescador celebra Simónides, con su humorismo habitual impensable en los epinicios de Píndaro, en un epigrama que nos transmite Aristóteles (fr. 41 Page=110 Diehl): "*antes en mis hombros soportando una áspera percha llevaba pescado desde Argos a Tegea*". También fue cantado por Simónides (fr. 509 *PMG*) el boxeador Glauco de Caristo, en Eubea, hijo

de un labrador, cuya curiosa iniciación en la competición deportiva nos cuentan Pausanias (6.10.1-3) y Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 20); y, a su vez, en el noble arte de pastorear cabras y vacas ocupaban su tiempo respectivamente Polimnéstor de Mileto, vencedor en el estadio infantil de Olimpia a comienzos del siglo VI a.C. (cf. Moretti, n.° 79), y Amesinas, vencedor de la lucha olímpica en 460 a.C. (Moretti, n.° 261).

Como contrapartida, apunta Young la tendencia a hacer miembros de familias nobles a atletas sobre cuyo origen nada seguro ni fideligno nos comentan nuestras fuentes. Tal es el caso de los míticos atletas de finales del VI y comienzos del V a.C., como Milón, Failo y Astilo de Crotona o Teágenes de Tasos (que obtuvo nada menos que 1.300 triunfos a lo largo de su carrera deportiva), quienes, en opinión del erudito norteamericano, sólo son nobles porque así lo han decidido los estudiosos modernos, no porque nuestras fuentes antiguas nos lo indiquen. Su adscripción a las filas de la aristocracia sería en muchos casos consecuencia de la idea apriorística de que en esa época la gran mayoría de los atletas eran de origen noble y no concebían el deporte como una profesión con la que ganarse la vida.

Suponiendo, pues, que miembros de clases sociales inferiores tuvieran activa participación en las competiciones deportivas, ¿cómo podían hacer frente a los numerosos gastos que exigían los entrenamientos y los continuos viajes? Pleket recurre para explicarlo a una práctica también frecuente en el deporte moderno, los subsidios y patrocinadores, aun reconociendo que nuestras primeras noticias sobre su existencia en la antigua Grecia no se documentan sino hasta 300 a.C. ("Games, Prizes...", 77). Young, por su parte, propone otra explicación que nos adentra ya en la segunda cuestión antes apuntada: los premios en los certámenes atléticos. Así, un muchacho de familia no noble que, merced a sus notables aptitudes, consigue vencer en una competición local, podría emplear el dinero del premio para pagarse su intervención en unos juegos más importantes y mejor dotados económicamente; a su vez, si triunfa también en ellos, estaría en condiciones de pagarse un entrenador profesional e iniciar así una carrera deportiva que le permitiría incluso participar en los grandes Juegos Panhelénicos.

Sabemos, efectivamente que, fuera de los cuatro grandes festivales nacionales, en las demás competiciones los vencedores en las distintas pruebas podían recibir premios de valor material; así, Píndaro menciona el "bronce" (probablemente un escudo) con que eran premiados los atletas en los juegos de Argos (*Olímpicas* 7.83), los trípodes de bronce trabajado de Arcadia y Tebas (*ibid.*), el manto de lana de Pelene (*Olímpicas* 9.97, *Nemeas* 10.44), las copas de plata de Sición (*Nemeas* 10.43), etc. En juegos más importantes el valor económico de los premios era en algunos casos elevadísimo. Young estudia con pormenor las recompensas que iban a parar a manos de quienes triunfaban en los Juegos Panatenaicos de Atenas, basándose en una inscripción de la primera mitad del IV a.C. (*IG* II.2.2311), que menciona, por ejemplo, un premio de 50 ánforas de preciado aceite para el vencedor en el estadio infantil (y, en consecuencia, el doble para los adultos, según la práctica habitual). De acuerdo con las cuentas del filólogo norteamericano, el montante económico de 100 ánforas de aceite venía a equivaler, como mínimo, al salario que recibía un trabajador durante cuatro años y suponía, por tanto, una pequeña fortuna. Un epigrama atribuído a Simónides (43 Page) muestra que a comienzos del siglo V, todavía en época "amateur" según las tesis tradicionales, los premios eran muy semejantes.

¿Qué ocurría en el caso de los grandes juegos panhelénicos? En Olimpia, como es sabido, los vencedores recibían como recompensa una corona de olivo, que era de laurel en Delfos, de apio en los Juegos Ístmicos y de apio fresco en Nemea (cf. figuras 22 y 23). Sin duda, como ocurre en las modernas Olimpíadas, el deseo de triunfar era el primer incentivo de los atletas, y la victoria misma, y no una corona o una medalla, la mayor recompensa. No obstante, al igual que actualmente cada país acostumbra a mostrar su agradecimiento, a menudo en metálico, al atleta que ha dejado alto su pabellón nacional y la cotización del propio deportista aumenta considerablemente tras un comportamiento destacado en una competicion importante, también en la antigua Grecia numerosas ventajas se derivaban para el atleta del triunfo en alguno de los grandes juegos (Buhmann ha estudiado el tema a propósito de Olimpia, con gran acopio de datos).

En primer lugar, conviene destacar que, como ya nota Pleket, sería difícil hallar una frase que más hubiera chocado a un atleta griego (y probablemente también al deportista de hoy) que la moderna divisa olímpica "lo importante es participar, no ganar". La derrota, en efecto, era un serio disgusto, una auténtica tragedia, para el deportista que la sufría, como manifiesta Píndaro en algunos pasajes de sus epinicios; en *Olímpicas* 8.68 ss. Alcimedonte de Egina, vencedor en la lucha infantil en 460 a.C., "*en los miembros de cuatro muchachos colocó muy aborrecible retorno a casa, poco honrosos comentarios y entrada a hurtadillas*", y a otro púgil egineta, Aristómenes, dedica el poeta tebano su *Pítica* 8, de 446, donde afirma (vv. 81 ss.): "*y desde lo alto caíste sobre cuatro cuerpos con aviesa intención, para quienes ni un regreso tan grato como el tuyo se decidió en los Juegos Píticos, ni al retornar junto a su madre acá y allá la dulce risa levantó alegría, sino que por callejones, evitando a sus enemigos, se agazapan, mordidos por el fracaso*". Muy al contrario (*Olímpicas* 1.97 ss.) "*el que vence el resto de su vida goza de bonanza dulce como la miel, al menos por causa de los juegos*", y de la alegría y el honor que reporta la victoria participa también muy principalmente la patria del atleta, idea que se repite a cada paso en los epinicios de Píndaro y Baquílides.

No es de extrañar, pues, que el triunfo en los grandes juegos fuera acompañado de grandes celebraciones y reconocimientos en honor del vencedor, sufragados por él mismo o por su ciudad patria. En el propio lugar de los juegos, el último día de los mismos, tenía lugar la solemne ceremonia de proclamación y coronación de los vencedores ante numeroso gentío, durante la cual se anunciaba a los presentes el nombre del atleta, de su padre y de su patria. Seguía una procesión hacia los altares de los dioses, en acción de gracias por la victoria, y un banquete de celebración; en el curso de estas ceremonias se entonaba en un principio una sencilla canción atribuída a Arquíloco (fr. 324 West; cf. Píndaro, *Olímpicas* 9.1 ss.): "*Ténela, hermoso vencedor, salud, señor Heracles, tú y Yolao, ambos lanceros*", luego sustituída por un breve epinicio encargado expresamente para la ocasión, preludio del más extenso, elaborado y brillante que solía destinarse para la fiesta de celebración del triunfo en la patria. Los vencedores tenían también el derecho de erigir estatuas en el recinto

sagrado (el famoso auriga de Delfos, figura 78, es una de ellas), que podían ser, después de tres victorias, estatuas-retrato del vencedor, y a veces era la propia ciudad la que corría con los gastos, de acuerdo con la idea básica antes apuntada de que la victoria del ciudadano era también un honor para su patria (así, los crotoniatas dedicaron en Delfos una estatua al pentatleta y corredor Failo, según nos cuenta Pusanias 10.9.2). Frecuentemente, una inscripción al pie de la estatua recordaba al visitante de cualquier época el motivo de su erección (figura 24).

Mucho más significativa es la larga lista de honores y recompensas que aguardaban al atleta vencedor en su patria, fiel testimonio de la importancia que la comunidad otorgaba a los ciudadanos que la representaban, con los cuales se identificaba con un fervor bien conocido en el deporte moderno. La popularidad que atraían los triunfos deportivos fue incluso aprovechada en algunos casos para hacer carrera política. Tal hicieron o trataron de hacer Alcíbiades, que supo aprovechar con la habilidad que acostumbraba sus victorias hípicas en Olimpia, o, dos siglos antes, el aristócrata ateniense Cilón, que intentó servirse de su triunfo en los Juegos Olímpicos para proclamarse tirano de la ciudad, aunque sin éxito (otros casos pueden encontrarse descritos en Young, pp. 160 ss., y sobre todo Kyle, pp. 155 ss.).

Acostumbrados como estamos a contemplar a menudo el desbordante delirio con que es recibido en su ciudad el equipo o el deportista individual que alcanza un triunfo sobresaliente (con paseo de la copa por toda la ciudad, ofrenda a la Virgen patrona y recepción por las autoridades locales) no nos extrañará la entrada triunfal que, según Diodoro 13.82.7, hizo Exéneto en Acragante tras vencer en la Olimpíada de 412 a.C., en la carrera del estadio: "*Habiendo vencido Exéneto de Acragante, lo condujeron a la ciudad sobre un carro, y lo escoltaban, aparte de otras cosas, 300 bigas de blancos caballos, todas pertenecientes a los propios acragantinos*". Un recibimiento semejante sólo un general victorioso podía soñar con tenerlo. Después, una gran fiesta, tanto más fastuosa cuanto mayor fuera la riqueza del ciudadano, era el marco en el que un coro entonaba el epinicio, en el cual el poeta alababa al atleta y ubicaba su triunfo deportivo en el alto lugar que le correspondía dentro de la escala de valores de la sociedad.

Ya hemos hecho alusión a las elevadas recompensas económicas que las leyes atribuídas a Solón fijaban para los atenienses vencedores en los grandes juegos (cf. 1.3.1.2.), y debemos suponer que tal práctica se puede extender igualmente a otras ciudades. El erario público costeaba también a veces la erección de una estatua del atleta (ahora Nurmi tiene la suya delante del Estadio Olímpico de Helsinki), que disfrutaba también de otras ventajas, como la concesión de cargos públicos y, sobre todo, de algunos privilegios que estaban reservados exclusivamente a un reducidísimo número de personas, considerados benefactores de la comunidad: la manutención gratuíta de por vida en el Pritaneo a expensas de la ciudad (un decreto ateniense de mediados del siglo V a.C., *IG* I.2.77, indica que tienen derecho a ella los atletas vencedores en cualquier disciplina en alguno de los cuatro grandes juegos y los que triunfaran en alguna prueba hípica de los Juegos Olímpicos), la *proedría* o derecho a ocupar asiento de honor en los espectáculos públicos, y también la *atelía* o exención de impuestos. A todo ello deben añadirse distinciones particulares de cada ciudad, como el derecho que los vencedores espartanos en Olímpia, Delfos, Corinto o Nemea tenían de combatir al lado del rey, o las monedas acuñadas para conmemorar un triunfo, normalmente cuando el vencedor era un tirano, aunque también hay testimonios tardíos de monedas en honor de ciudadanos particulares. Estos privilegios aumentaron en época romana, cuando se incluyó asimismo la exención del servicio militar, de todas las liturgias, de la obligación de ofrecer alojamiento a los soldados, el derecho a la inmunidad personal y la inmunidad al encarcelamiento, la autorización para vestir púrpura, etc., (cf. Gualazzini 31 ss.).

En esta larga y asombrosa lista de privilegios y honores falta sólo, para terminar de colmarla, la heroización o divinización de los atletas, y hay, ciertamente, diversos ejemplos conocidos, si bien, como ha demostrado Bohringer, la elevación de un deportista a la categoría de dios o héroe no se debió directamente, en ninguno de los casos de que tenemos noticia, a sus éxitos en los juegos, sino a una serie de circunstancias más complejas. Así, el pugilista Eutimo de Locros (484-472 a.C.) recibía culto por haber luchado y vencido a una especie de fantasma (un mari-

nero de Ulises que había violado a una muchacha, por lo que fue lapidado por los habitantes de Temesa) al que anualmente le era ofrecida como esposa, en calidad de sacrificio expiatorio, la más hermosa doncella de la ciudad (cf. figura 24). A su vez, la causa de la divinación del celebérrimo Teógenes de Tasos debe buscarse en hechos que ocurrieron tras su muerte: un enemigo rencoroso azotaba su estatua periódicamente hasta que, una noche, el bronce se dejó caer sobre el infeliz, aplastándolo; la estatua fue declarada culpable de asesinato y arrojada al mar; poco después, para paliar el hambre que asolaba la isla, el oráculo délfico ordenó recuperar la estatua de Teógenes, que fue honrado en adelante como un dios sanador. Historias semejantes se cuentan a propósito de Euticles de Locros, Diógneto de Creta, Oibotas de Cime o Cleómedes de Astipalea, cuyos respectivos cultos fueron instaurados siempre a comienzos del siglo V a.C., y en todos los casos en circunstancias problemáticas para sus respectivas ciudades, de manera que significan, según la interpretación de Bohringer, "una recuperación por parte de la ciudad de personalidades excepcionales, pero fundamentalmente contradictorias", con el propósito de "obliterar períodos de debilidad y de división de las ciudades, lavando el rostro de la comunidad al recuperar un representante ilustre pero discutido de ella". Sea o no ésta la explicación correcta, lo que parece incontestable es que el culto a los atletas, al menos en época clásica, no es un honor que la ciudad tributaba al ciudadano que la ha glorificado con sus triunfos deportivos.

La creciente importancia que el deporte iba alcanzando en la vida social de la ciudad griega y la estimación, a menudo excesiva, de que los campeones disfrutaban entre el pueblo, que se identificaba con ellos con un fanatismo en todo comparable con el actual, dio lugar a frecuentes críticas, también en número progresivamente creciente, por parte sobre todo de filósofos y médicos. Pero, por otro lado, las cada vez mayores exigencias de la competición trajeron consigo un refinamiento en los métodos de entrenamiento y en el régimen de vida de los atletas, que contribuyó al rápido desarrollo de la investigación científica sobre todo lo relativo al cuidado del cuerpo humano y la salud del hombre en general.

1.3.2.2. Críticas

Ya se ha dicho que en el género poético del epinicio, y particularmente en la obra de Píndaro, el atleta es exaltado como modelo de vida y comportamiento, a partir de la idea de que las cualidades físicas y morales que despliega el deportista dentro y fuera de la competición se consideran normas arquetípicas que bien pudieran regir la conducta del buen ciudadano en sus relaciones con hombres y dioses, al servicio de la comunidad. No obstante, el ideal de Píndaro no fue siempre compartido por poetas, filósofos, moralistas y médicos, que criticaron a menudo algunos aspectos del mundo del deporte. No negaron, en general, los beneficios que el cuidado del cuerpo procura al bienestar físico e intelectual del hombre, sino que centraron sus críticas en dos temas: 1) La exagerada valoración de las cualidades físicas frente a las intelectuales, que se traducía en altas recompensas económicas y en el gran fervor popular hacia los atletas, crítica que encontramos ya en Jenófanes y que se hizo especialmente frecuente cuando las nuevas experiencias intelectuales del siglo V y las modificaciones en el sistema educativo abogaban por la afirmación de la supremacía de la capacidad intelectual sobre la física. 2) El régimen de vida de los atletas, una dieta que incluía muchas horas de sueño y una alimentación concorde en cantidad con los esfuerzos que se les exigían, y la excesiva especialización del entrenamiento, que los hacía, en opinión de los críticos, poco útiles para la guerra y para otras necesidades de la ciudad. Tales críticas, sin embargo, no afectaron en demasía al entusiasmo que la gente común mostraba por las competiciones deportivas y por quienes intervenían en ellas, quedando reducidas a un limitado círculo de intelectuales; entre el pueblo llano, las censuras sólo calaron hondo cuando las prácticas deportivas de los griegos chocaban con la tradición nativa, como fue el caso de Roma, o bien cuando intervenían poderosos motivos religiosos, como sucedió en la era cristiana.

La discrepancia entre las cualidades que hacen a un hombre sobresaliente en una competición deportiva y su utilidad para la comunidad aparece ya formulada para nosotros en fecha muy temprana, en el siglo VII a.C., en el antes citado y comentado fr. 12 de Tirteo (cf. 1.3.1.1.: la

fuerza física que el atleta muestra en los juegos no tiene importancia, la cualidad esencial es el valor en la batalla). Aunque el pasaje se ha interpretado como una auténtica crítica del atletismo, como una censura de su inutilidad (Bilinski, *L'agonistica sportiva* 28 ss.; cf. Patrucco 40-41), creemos más acertada la explicación de la profesora Bernardini, para quien "los versos de Tirteo no atacan 'una forma de la agonística vacía y estéril', sino que resaltan el valor de otras exigencias". Tirteo, en efecto, no se opone a la aspiración del atleta a ser el mejor, sino que transfiere este ideal agonístico el ámbito de la guerra (y más precisamente en el contexto de las Guerras Mesenias en el que se desarrollan las arengas del poeta), donde encuentra una aplicación más ventajosa para la ciudad; en la guerra, efectivamente, la *areté* deportiva, de carácter marcadamente individual, debe ponerse al servicio del bien de la comunidad. Muy poco después de Tirteo, la progresiva militarización de la educación y la sociedad espartana abortará la supremacía de los atletas lacedemonios en los grandes juegos.

No sabemos cómo eran recompensados y honrados los atletas vencedores en la Esparta del siglo VII, pero, en todo caso, Tirteo no hace crítica ni alusión alguna a este aspecto. Medio siglo después, en Atenas, Solón fija por ley el dinero que deben recibir los ciudadanos que triunfen en los Juegos Panhelénicos, presumiblemente para evitar los excesos que debían ya de empezar a producirse (no obstante, como queda reflejado en el *Anacarsis* de Luciano, Solón pasó a la posteridad como defensor del deporte y las competiciones). Pero la primera censura abierta y expresa de la desmesurada estimación de los valores físicos frente a los intelectuales surge, en la segunda mitad del siglo VI, por boca de un filósofo procedente del mundo jónico de Asia Menor y radicado luego en el otro extremo del mundo griego, el sur de Italia, Jenófanes de Colofón, en su fr. 2 West: "*Pero si alguien alcanza la victoria allí donde está el recinto sagrado de Zeus junto a las corrientes del río de Pisa, en Olimpia, sea con la rapidez de sus pies o compitiendo en el pentatlo, sea en la lucha o incluso en el doloroso pugilato o en la terrible prueba que llaman pancracio, como hombre muy ilustre aparece a los ojos de sus conciudadanos, y puede alcanzar la gloriosa proedría en los juegos y recibir de la ciudad alimentos*

a cargo del erario público y un regalo que tendrá como premio. E incluso con los caballos podría lograr todo eso, sin ser tan valioso como yo. Porque superior a la fuerza de hombres y caballos es nuestra sabiduría. Pero esto se juzga muy a la ligera y no es justo preferir la fuerza a la verdadera sabiduría. Pues aunque entre el pueblo se encuentre un buen púgil, pentatleta o luchador o quien destaque por la rapidez de sus pies, que es lo que recibe más honores de cuantas pruebas de fuerza hay en las competiciones de hombres, no por eso la ciudad va a estar mejor gobernada. Poco gozo puede obtener la ciudad si alguno compite y vence junto a las riberas del río de Pisa, pues eso no engorda los fondos de la ciudad".

La exacta estimación de la postura de Jenófanes al respecto de los atletas ha sido igualmente objeto de controversia. En su edición de los fragmentos y testimonios del filósofo (Florencia 1956, 109), Untersteiner considera el poema un condena sin paliativos del atletismo, en la que, en opinión de Bilinski, Jenófanes se haría portavoz de las exigencias de las nuevas clases sociales frente a los viejos ideales agonísticos de la aristocracia. Al contrario, Bowra ha insistido a menudo en el ambiente aristocrático que envuelve tanto ésta como otras elegías, de manera que, como afirman Finley-Pleket, "Jenófanes, él mismo un aristócrata, se dirige a los miembros de su propia clase, advirtiéndoles contra su tendencia a anquilosarse en sus valores homéricos". No se trataría, entonces, de un ataque dirigido contra los atletas ni contra los juegos por sí mismos, sino contra la sobreestimación de la función del atleta dentro de la escala de valores de la sociedad. Jenófanes insiste en que las cualidades que requiere el buen gobierno de la ciudad no las poseen los deportistas, y en el hecho de situar por encima de todo el interés de la comunidad se inscribe en la línea de Tirteo y Solón. Para Tirteo, en efecto, la cualidad suprema que debe poseer el ciudadano que pretenda ser útil a la *pólis* es el valor guerrero; para Solón, en cambio, según el testimonio de Diodoro 9.2.5, son los hombres dotados de *phrónesis* ("buen juicio") y no los púgiles, corredores y demás atletas, quienes contribuyen a la salvación de la ciudad cuando ésta se halla en peligro. Para Jenófanes, por fin, esa cualidad fundamental es la *sophía* ("sabiduría"), término con el que designa bien su propia actividad intelectual

bien la "sabiduría poética" en general (cf. Marcovich 21-22), cuya utilidad para la administración de la ciudad, muy superior a la que pueda ofrecer un vencedor olímpico, proclama con orgullo el poeta. Jenófanes concibe el poeta como educador y guía de la comunidad, a la que libra de acciones erróneas y orienta hacia lo que le reportará beneficios, idea fundamental en el pensamiento de la Grecia arcaica y clásica. Así, la enumeración detallada de las recompensas y reconocimientos que reciben los atletas sirve de contrapunto a la minusvaloración de la actividad mucho más beneficiosa y merecedora de tales honores del intelectual.

Según Ateneo (413c), en el fr.2 de Jenófanes se inspira Eurípides para su dura crítica de los atletas en un pasaje del drama satírico *Autólico*, de *ca.*420 (fr. 282 Nauck[2]):

"*De los innumerables males que hay en Grecia, ninguno es peor que la raza de los atletas. En primer lugar, éstos ni aprenden a vivir bien ni podrían hacerlo, pues, ¿cómo un hombre esclavo de sus mandíbulas y víctima de su vientre podría obtener riqueza superior a la de su padre? Ni a su vez son capaces de soportar la pobreza ni remar en el mar de la fortuna, pues al no estar habituados a las buenas costumbres difícilmente cambian en las dificultades. Radiantes en su juventud, van de un lado para otro como si fueran adornos de la ciudad, pero cuando se abate sobre ellos la amarga vejez, desaparecen como mantos raídos que han perdido el pelo. Y censuro también la costumbre de los griegos, que se reúnen para contemplarlos y rendir honores a placeres inútiles + por causa del banquete +. ¿Pues qué buen luchador, qué hombre rápido de pies o qué lanzador de disco o quien habitualmente ponga en juego su mandíbula a su ciudad patria ha socorrido obteniendo una corona? ¿Acaso lucharán contra los enemigos llevando discos en las manos o por entre los escudos golpeándolos con los pies expulsarán a los enemigos de la patria? Nadie hace esas locuras estando frente al hierro. Sería preciso, pues, coronar con guirnaldas a los hombres sabios y buenos y a quien conduce a la ciudad de la mejor manera siendo hombre prudente y justo, y a quien con sus palabras aleja las acciones perniciosas, suprimiendo luchas y revueltas. Tales cosas, en efecto, son beneficios para ciudad y para todos los griegos*".

En términos semejantes a Jenófanes, Eurípides critica la costumbre

de honrar a los atletas por encima de los "sabios", que son quienes benefician verdaderamente a la ciudad contribuyendo a su buen gobierno. Recoge, además, un motivo que, con palabras mucho menos virulentas, ya anticipaba Tirteo en sus elegías, a saber, la escasa o nula utilidad de estos hombres para la guerra, a pesar de toda su fuerza física. Para la profesora Bernardini (p. 92) "el tono es áspero, la crítica abierta y sin reserva. Los atletas son definidos como un verdadero mal para Grecia, se ponen en evidencia sus defectos morales y se estigmatiza su comportamiento... También los tiempos, por lo demás, habían cambiado: la aristocracia tradicional, que sostenía el espíritu agonístico y la ideología deportiva, había perdido en casi todas partes su poder y nuevos principios éticos y políticos se habían afirmado y difundido". No obstante, como señalan Finley-Pleket (121-2; cf. Kyle 128 ss.), toda interpretación que se haga del fragmento debe conllevar inevitablemente ciertas reservas. Se trata, en efecto, de críticas que reproducen la imagen estereotipada que del atleta comenzaba a tenerse ya en el siglo V, a lo que se añade que *Autólico* es un drama satírico y, por tanto, bien pudiera haber presentado el poeta de los atletas en tono de farsa, dado que desconocemos totalmente el contexto global en el que el pasaje se inscribe (la parodia del atletismo es, además, tema característico de los dramas satíricos, como ha mostrado Sutton). De manera que, en definitiva, no podemos afirmar de manera categórica que el fragmento reproduzca una sincera crítica del atleta profesional por parte de Eurípides, quien, por otra parte, sabemos que compuso un epinicio para celebrar los triunfos hípicos de Alcibíades en Olimpia (fr. 755 *PGM*) y quizá fuera él mismo un buen atleta (cf. Kyle, p. 130., con n. 27).

En todo caso, el fragmento euripideo sí refleja los diferentes aspectos que por entonces se criticaban en los atletas, particularmente por parte de los comediógrafos: la estimación excesiva en que eran tenidos por la gente, su escasa utilidad para la ciudad, en la paz y en la guerra, y su régimen de vida, que comprendía una copiosa alimentación y, en la probablemente equivocada opinión de los críticos, una vida poco sufrida (tan lejana, por otro lado, del ideal de la educación espartana, en la que el deporte ocupaba un lugar tan importante).

Aristófanes, como se dijo en páginas anteriores, critica por una parte, la "nueva educación", que aleja a los jóvenes de gimnasios y palestras (véase también Pseudo-Jenofonte, *Constitución de los atenienses* 1.13), pero, por otro, censura igualmente los hábitos de los atletas profesionales. En *Paz* 33-34 uno de los esclavos encargados de alimentar al escarabajo que llevará sobre su lomo a Trigeo hasta el cielo, comenta: "*¡y de qué manera, agachando la cabeza, come el maldito, como un luchador, moviendo las muelas a uno y otro lado!*", haciéndose eco de la censura que contra la dieta sobrealimentada de los atletas expresara Hipócrates (*Sobre el alimento* 34; cf. Galeno, *Protréptico* 10-11) y que queda igualmente reflejada en otros muchos pasajes, como en el fragmento euripideo que acabamos de comentar o en otros fragmentos cómicos (cf. Alexis, fr. 168, y Teófilo, fr.8, ambos del siglo IV a.C., y autores de sendas comedias que llevaban por título *El pancratiasta*). Las recompensas que reciben los deportistas y que deberían ir a parar mejor a manos de los "ciudadanos útiles" son objeto de las amargas quejas de otro poeta cómico, Éupolis (fr. 104), y, de manera semejante, Aristófanes afirma en su comedia *Dinero* 1162-3 que "*a Dinero, en efecto, le cuadra muy bien realizar certámenes musicales y gimnásticos*".

Parecidas censuras se ponen en boca de otro hombre, Sócrates, al que Aristófanes considera genuíno representante de "la nueva educación" que tan acerbamente critica el cómico. En el *Banquete* de Jenofonte (2.17) Sócrates se refiere al desigual e inarmónico desarrollo que la excesiva especialización de los atletas provoca en sus cuerpos, y en la línea de las críticas de Jenófanes se sitúa la propuesta que hace Sócrates, en el proceso incoado contra él, de que su "castigo" sea la manutención a expensas de la ciudad (Platón, *Apología* 36d): "*Así pues, ¿qué merezco que me pase por ser así? Algo bueno, atenienses, si es preciso en verdad ser recompensado de acuerdo con los merecimientos. En consecuencia, ¿qué es adecuado para un hombre pobre, bienhechor, que necesita tener tiempo libre para exhortaros a vosotros? No hay otra cosa, atenienses, que sea más conveniente como que un hombre tal sea alimentado en el Pritaneo, mucho más que si alguno de vosotros ha logrado la victoria en las Olimpíadas en las carreras de caballos, de bigas o de cuádrigas. Pues éste os hace parecer*

felices, en tanto que yo os hago serlo, y él para nada necesita la manutención, mientras que yo la necesito".

No es éste, por otro lado, el único texto platónico en el que se hace alusión a las grandes recompensas y honores dispensados a los atletas; tales honores, en su ciudad ideal, los reserva el filósofo para sus defensores, los Guardianes (*República* 465d; cf. 620b). Rechaza igualmente el régimen de vida y entrenamiento de los deportistas contemporáneos, destinado exclusivamente al desarrollo de la fuerza, sin tener como fin esa armonía entre lo físico y lo intelectual que preconiza el sistema educativo diseñado por Platón. Tal entrenamiento, basado en mucho comer y dormir y en un régimen de vida muy estricto, afirma el filósofo que es a fin de cuentas perjudicial para la salud, pues "*si se apartan un poco del régimen prescrito, estos atletas sufren grandes y violentas enfermedades*" (*República* 403-404, 410-412, 452 ss., 535; *Leyes* 796, 830, etc.). En consecuencia, debe ejercitarse el cuerpo de manera moderada, evitándose siempre los excesos en el ejercicio y en la dieta, como aconseja Sócrates en el *Banquete* de Jenofonte, 1.2.4. Por lo demás, según pudimos comprobar en las páginas dedicadas a la instrucción física dentro del sistema educativo platónico, el deporte ocupa un lugar fundamental en la formación de los hombres y mujeres del estado que describe en *República* y *Leyes*, pero se le asigna la finalidad primordial de preparar ciudadanos dispuestos para las necesidades de la guerra, aunque sin olvidar la muy positiva influencia que puede tener para el desarrollo de las cualidades morales de la persona. Estos dos objetivos, a juicio de Platón, están completamente ausentes del entrenamiento de los atletas profesionales de su tiempo, por lo cual lo considera carente en absoluto de valor educativo y completamente inútil para las necesidades del hombre individual y de la comunidad.

Con Platón coincide Aristóteles en muchos puntos (cf. 1.3.1.3). Propugna, por un lado, la búsqueda de un sano equilibrio entre el desarrollo del cuerpo y de la mente, destacando, en lo que a los ejercicios corporales se refiere, la importancia de la moderación (cf. *Política* 1338b): cada edad, sexo y complexión física tienen sus ejercicios propios, que deben realizarse evitando siempre el exceso (*Política* 1285b; *Ética a*

Nicómano 1112b). En consecuencia, también Aristóteles critica duramente el insano entrenamiento y régimen de vida de los atletas, su sobreespecialización y sobrealimentación (*Ética a Nicómano* 1106b), que no permiten ni el desarrollo saludable del cuerpo ni la procreación de hijos fuertes (*Política* 1335b) y es especialmente pernicioso para los jóvenes deportistas, como demuestra el hecho de que pocos niños vencedores en los Juegos Olímpicos puedan repetir su triunfo compitiendo en la categoría de los adultos, gastadas prematuramente sus energías por el desmesurado esfuerzo y la rigidez de un entrenamiento vicioso (*Política* 1338b).

La justa medida en la práctica de los ejercicios físicos es también el ideal que defiende Diógenes el Cínico, quien, encargado de la educación de los hijos de Jeníades, "*en la palestra no dejaba al maestro de gimnasia educarlos como atletas, sino sólo en aquello que contribuyera a su buen color y sana constitución*" (Diógenes Laercio 6.30; cf. 6.70). Preguntado en otra ocasión por qué los atletas eran insensibles, contestó: "*porque están hechos de carne de cerdo y buey*" (*ibid.* 6.49), aludiendo a su alimentación, y se le atribuyen asimismo otras anécdotas en las que arremete contra la glotonería y necedad de los deportistas (cf. Dión Crisóstomo 7.11) e incluso contra su cobardía, como cuando a un atleta que se jactaba de ser el más rápido de los griegos respondió que "*los más rápidos de los animales son también los más cobardes*", refiriéndose al conejo y al ciervo.

Manifestaciones contrarias a los atletas pueden encontrarse igualmente en la oratoria, la segunda vía que, junto con la filosofía, habría de dirigir en adelante la educación griega, y aparecen sobre todo en la obra de Isócrates, a quien Marrou califica, junto a Platón, como "los maestros de la tradición clásica". El orador, en efecto, se hace eco en varios discursos de la crítica tradicional de las excesivas recompensas que reciben los atletas frente a los intelectuales, quienes, sin embargo, benefician a la ciudad en mayor medida; así, en su *Carta a los magistrados de Mitilene* 5 manifiesta su estupor al observar "*cuántas ciudades consideran dignos de mayores recompensas a quienes tienen éxito en competiciones gimnásticas que a quienes hallan algo útil con su inteligencia y diligencia*", pero tal

motivo de censura, que remonta, como hemos visto, a Jenófanes y se continúa en el Sócrates platónico, se encuentra desarrollado de manera especialmente notable (por su extensión y por su posición en una obra tan significativa) al comienzo de su *Panegírico*: "*A menudo me ha causado asombro que quienes convocaron los festivales e instituyeron las competiciones gimnásticas consideraran dignos de tan grandes premios los éxitos de los cuerpos, y en cambio a los que se han esforzado particularmente por el bien común y han aprestado tanto sus espíritus para poder ayudar a los demás, no les hayan concedido ningún honor. Habría sido lógico prestarles mayor atención, porque si los atletas duplicaran tanta fuerza, ningún beneficio mayor resultaría para los demás, mientras que de un solo hombre inteligente se beneficiarían todos los que quisieran participar de su pensamiento*" (cf. *Antídosis* 250). Kyle (p. 135, con notas) observa, no obstante, que en el mismo discurso Isocrates defiende las competiciones deportivas en su calidad de vínculo unificador de la homogeneidad cultural de los griegos (*Panegírico* 43-44; cf. Lisias, *Discurso Olímpico* 1-2), de acuerdo con el ideal panhelénico que pretende sustentar el orador; entonces, dado que los comentarios que hace Isócrates carecen, en opinión de Kyle, absolutamente de originalidad, sugiere el erudito norteamericano que el orador ha podido emplear ideas tópicas sobre los atletas como un efecto retórico para iniciar su discurso. Sin embargo, a nuestro entender, no hay razones suficientes para dudar de la sinceridad de Isócrates cuando insiste en la crítica tradicional contra los premios excesivos que reciben los vencedores deportivos. Una cosa es, en efecto, la consideración de la práctica del atletismo y del espíritu agonístico como un ideal, como algo propio y característico de la cultura griega, y otra muy diferente la desmedida valoración de los triunfos deportivos frente a las mucho más valiosas contribuciones del arte y la filosofía. El primer aspecto es idea casi unánimamente elogiada, mientras que el segundo fue objeto de continuas censuras, como hemos podido comprobar.

Así criticados, a menudo acerbamente, por poetas, filósofos, oradores, médicos e incluso militares (cf. Nepote, *Epaminondas* 2.4, y Plutarco, *Filopemen* 3.2-4; véase Finley-Pleket 120), los atletas siguieron gozando, a pesar de todo, del fervor del pueblo, cuya admiración hacia

sus héroes deportivos apenas sintió los efectos de tales críticas. La misma contraposición entre las censuras de una minoría y la devoción de la mayoría continuará siendo la regla durante las épocas helenística y romana, hasta la desaparición de los juegos atléticos muchos siglos más tarde.

1.3.2.3. Entrenamiento y régimen de vida de los atletas

Otra consecuencia importante de las cada vez mayores exigencias de la competición fue el paulatino desarrollo de sistemáticos y sofisticados métodos de entrenamiento. El perfeccionamiento de la preparación de los atletas con vistas a conseguir el máximo rendimiento de las pruebas correspondientes, que incluía el riguroso seguimiento de un estricto régimen de vida y en particular de un determinado régimen alimenticio, trajo consigo sustanciales adelantos en el conocimiento del cuerpo humano y de todo lo que contribuye a su salud, progresos que pudieron ser aplicados a la medicina general.

Naturalmente, numerosos factores influyen en el comportamiento del atleta durante la competición. Como ha señalado Patrucco, los antiguos griegos ya advirtieron la importancia de los aspectos psicológicos en el deporte, notando el influjo que sobre el atleta ejercen determinados condicionamientos tanto interiores (el carácter y la voluntad del propio deportista) como exteriores (el entrenador, los espectadores, los compañeros de equipo). Mediante el adecuado entrenamiento, se pretende conseguir que el atleta aproveche al máximo sus propias condiciones físicas y al tiempo se beneficie de esos otros factores que rodean siempre al deporte de competición, de manera que bien podemos corroborar la afirmación de Harris (*GAA* 170) de que prácticamente en todos los deportes y en todas las épocas el entrenamiento persigue básicamente tres fines: 1) adquisición de habilidad en la técnica del juego; 2) preparación del cuerpo ante las exigencias de la competición, acostumbrándolo a resistir la fatiga; 3) preparación mental, indispensable para que el atleta confíe en sus propias posibilidades.

Así, conforme la competición deportiva se iba haciendo cada vez

más exigente para los atletas, se hacía necesario el continuo perfeccionamiento de los sistemas de entrenamiento y la completa dedicación de los deportistas a ellos. Y, en efecto, como observa Young (pp.143 ss.), la larguísima carrera de algunos atletas, que se mantuvieron en la cumbre hasta 20 o más años (Teógenes de Tasos, Milón de Crotona, Dandis de Argos y otros muchos) sólo puede explicarse suponiendo su exclusiva dedicación al entrenamiento y a la práctica del atletismo durante ese período de tiempo, a fin de mantener a altos niveles su condición física y técnica; no basta, efectivamente, la explicación que ofrece Gardiner (*AAW* 54), quien considera que el apogeo de tales atletas durante un período tan dilatado era fruto de su vida sana y sus métodos de entrenamiento naturales, luego echados a perder con la irrupción del deporte profesional.

Tanto la preparación física como la dieta y el régimen de vida de los atletas eran rigurosamente supervisados por los entrenadores, quienes, por lo tanto, debían añadir a su conocimiento de las técnicas de cada disciplina, que les había enseñado la experiencia (muy a menudo eran, en efecto, antiguos atletas), nociones más o menos profundas de medicina, dietética y anatomía, a fin de prescribir los alimentos y los ejercicios más apropiados para cada atleta, teniendo también siempre en cuenta la prueba para la que sus pupilos se entrenaban.

Es relativamente poco pormenorizada la información que nuestras fuentes antiguas nos han transmitido sobre el entrenamiento de los atletas (sobre todo en lo que se refiere a la enseñanza de las técnicas de cada prueba; más sabemos sobre la preparación física) y además procede generalmente de autores tardíos que, como Galeno y Filóstrato (II-III p.C) critican los sistemas imperantes en su tiempo. No obstante, escritos teóricos sobre el tema debieron de circular ya en época clásica.

Nada nos indica que los héroes homéricos practicaran un entrenamiento sistemático, y parece probable que durante los primeros siglos los métodos de preparación fueran sencillos. Así parece indicarlo la consideración de la vida del agricultor como un buen entrenamiento para la competición deportiva, como afirma Jenofonte (*Económico* 5.8: "*¿y qué arte hace hombres más diestros que la agricultura en correr, disparar y*

saltar?") y posteriormente también otros autores como Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 43) o Eliano (*Historias variadas* 7.4, donde cuenta la iniciación en el deporte del gran boxeador Glauco de Caristo, hijo de un labrador). Nuestras fuentes nos hablan también de trepar árboles y cuerdas, cavar, remar, nadar grandes distancias (es el caso del destacado púgil Tisandro, de la ciudad siciliana de Naxos, cuatro veces vencedor en Olimpia y otras tantas en Delfos, según cuentan Pausanias 6.13.8 y Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 43), e incluso tirar de carros junto con bueyes o correr contra caballerías, a la manera de las exhibiciones de Jesse Owens (cf. Harris, *GAA* 173); un ejercicio muy practicado, al parecer, en todas las épocas (hay testimonios desde el VI a.C. hasta el IV p.C.) era el levantamiento de pesos, ya fuera de grandes bloques de piedra, con objeto de desarrollar la fuerza, ya de más ligeras pesas levantadas una y otra vez, a fin de adquirir elasticidad y resistencia (sobre el levantamiento de objetos pesados, como entrenamiento y como exhibición, puede consultarse el artículo de Crowther citado en la bibliografía, donde se discuten los problemas más importantes que el tema plantea, empezando por la credibilidad que debe concederse a informaciones que hablan de piedras alzadas de hasta 480 kg de peso).

Con el transcurso del tiempo, los métodos de entrenamiento fueron adquiriendo mayor complejidad, hasta llegar a los sutiles sistemas de época helenística y romana, como el basado en rígidos ciclos de cuatro días descrito, y criticado, por Galeno (*Trasibulo* 47) y Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 47). Este método, desarrollado a comienzos del II p.C. por los entrenadores Teón de Alejandría y Trifón, alcanzó según parece, gran difusión y consistía en alternar durante cada ciclo un entrenamiento duro con una ejercitación más suave: el primer día lo ocupaba el atleta en ejercicios cortos y enérgicos, como preparación para el exhaustivo entrenamiento del segundo día; durante el tercero predominaban los ejercicios ligeros, para recuperarse del esfuerzo del día anterior, en tanto que la última jornada comprendía un entrenamiento moderado. El ciclo debía repetirse sin interrupción y en riguroso orden, y a ello apuntan las críticas de Filóstrato, quien considera que un sistema tan rígido limita las iniciativas tanto del entrenador como del propio deportista y no tiene en

cuenta factores tan importantes como el estado de salud o de humor del atleta; a propósito de ello cita el caso del luchador Gereno de Náucratis, que, tras ser agasajado con sendos banquetes, el oficial y el privado, con motivo de su victoria en Olimpia, no se encontraba en las mejores condiciones para entrenar, pero su preparador, enojado porque el ciclo se trastornaba, lo obligó a ello, y Gereno murió, entre continuos vómitos, durante el entrenamiento (cf. igualmente Moretti, n.° 907).

Además de los ejercicios que contribuyen a la consecución y conservación de la adecuada forma física general (Galeno, en su tratado *Sobre cómo debe conservarse la salud*, hace una pormenorizada clasificación de los mismos y, junto a los señalados más arriba, cita también un completo sistema para la ejercitación de piernas, brazos y tronco), conocemos asímismo los destinados en particular a mejorar el rendimiento en pruebas determinadas. Así, sabemos que los corredores entrenaban ya por entonces sobre la arena de las playas, para sentirse más ligeros sobre el terreno más duro de los estadios. Pero nuestras informaciones se refieren sobre todo a los métodos de entrenamiento empleados con vistas a las pruebas de fuerza. Conocemos por la literatura (Aristóteles, *Retórica* 1413a; Sorano 1.49; Luciano, *Lexífanes* 5; Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 57) y por el arte (cf. figura 70) el amplio uso que pugilistas y pancratiastas hacían de sacos rellenos de higos secos, harina o arena; los sacos usados por los pancratiastas colgaban hasta cerca del suelo, más abajo que los empleados por los boxeadores, y, entre otras prácticas, los atletas arremetían contra ellos con la cabeza, para acostumbrarla a los golpes. Entre los pugilistas era también muy frecuente, como ocurre actualmente, la *skiamakhía* o "lucha con la sombra", es decir, rápidos golpes de ataque y defensa sin adversario enfrente (cf. Platón, *Leyes* 830c; Filón 1.153 y 356; Pausanias 6.10.3, etc.), e igualmente el entrenamiento con *sparrings*, llamados popularmente "estatuas" (cf. Jenofonte, *Banquete* 2.18; Demóstenes, *Sobre la corona* 129; ya se dijo en 1.3.1.1 que en Esparta los hijos ilegítimos de ciudadanos y mujeres hilotas servían como antagonistas de sus mediohermanos en los ejercicios de entrenamiento).

Es un hecho sobradamente conocido el gran desarrollo que alcanzaron los masajes con aceite como preparación y calentamiento para el

ejercicio y como medio de relajamiento de los músculos después de él. Los mismos nombres del entrenador, *pedotriba* ("el que da masaje a los muchachos") y *alipta* ("el que unge con aceite") son clara muestra de la importancia que se atribuía a tal actividad. Galeno (*Sobre cómo debe conservarse la salud* 2.6.4) distingue gran cantidad de sistemas diferentes, aunque lamentablemente sin describirlos, aplicables de acuerdo con la condiciones físicas y las necesidades de cada persona en particular; tan gran complejidad es sin duda resultado de una experiencia de siglos, y es incluso posible que, como ha tratado de demostrar Ulf, la función fortalecedora que a lo largo de toda la Antigüedad se atribuyó a la unción del cuerpo con aceite tenga un remoto origen en prácticas de carácter mágico-religioso desarrolladas en el marco de las ceremonias cultuales de los Juegos Olímpicos. Existía también, al menos en época romana, toda una especulación teórica sobre las cualidades y aplicaciones particulares de las distintas clases de aceites o mezclas de ellos, y lo mismo cabe decir de los diferentes tipos de tierra con que los atletas se cubrían el cuerpo antes del ejercicio (cf. figuras 17 y 18), a cada uno de los cuales se atribuía una determinada función benefactora para la piel y los músculos (cf. Gardiner, *AAW* 79; Diem 177 ss.).

Además de los más o menos sofisticados métodos de entrenamiento, las crecientes exigencias de la competición propiciaron el enorme desarrollo de los estudios sobre la dieta alimenticia y el régimen de vida que debía seguir cada atleta para alcanzar una adecuada condición física y sobre todo para competir con garantías en una determinada prueba. Según Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 43 ss.) y Pausanias (6.7.10), la dieta de los atletas de los primeros siglos era básicamente vegetariana y se componía fundamentalmente de higos, queso fresco y pastas de harina de trigo y cebada (Julio Africano, por su parte, indica que en el año 668 a.C. el espartano Carmis venció en Olimpia siguiendo una dieta de higos secos). Es robable que tales afirmaciones no deban tomarse en sentido estricto, pero sí parece deducirse que durante ese período de tiempo la alimentación de los deportistas era sencilla y sólo posteriormente se introdujo una dieta cuyo componente principal era la carne. Tal innovación es atribuída (los griegos gustaban de buscar siempre un "primer inventor"

para todo) al arcadio Dromeo de Estínfalo, que venció, como su propio nombre deja ya entrever, en la carrera larga de Olimpia, probablemente en 484 y 480 a.C., además de obtener otros muchos triunfos en los restantes Juegos Panhelénicos (cf. Pausanias 6.7.10). No obstante, otras tradiciones indican que fue Eurímenes de Samos el primero que, unos cincuenta años antes, venció en Olimpia, en una prueba de fuerza, con una dieta de carne que le había sido impuesta por su entrenador, el filósofo Pitágoras (cf. Diógenes Laercio 8.12; Favorino 17 *FHG* III 579). Del gran Milón de Crotona, conocido pitagórico, se cuenta que, ante la asombrada mirada del público, se cargó un novillo a la espalda, lo paseó por el estadio y a continuación se lo comió él solito en un sólo día.

Sea quien fuere el introductor de la dieta de carne en la alimentación de los atletas, el caso es que se generalizó pronto, en especial para las pruebas de fuerza, en las que, al no existir en Grecia una clasificación por pesos, los boxeadores, luchadores y pancratiastas con más kilos llevaban indudable ventaja, de manera que los entrenadores pretendían aumentar la corpulencia y musculatura de sus pupilos prescribiéndoles una sobrealimentación a base de grandes cantidades de carne. Dado que se pensaba que los ejercicios debían hacerse en ayunas y que los alimentos se asimilaban mejor si el atleta se echaba a dormir a pierna suelta inmediatamente después de comer, no es de extrañar que la limitación de la vida del deportista a mucho entrenar, mucho comer y mucho dormir fuera objeto de toda clase de burlas y críticas, que calificaban a los atletas de montañas de carne, "hechos de buey y cerdo", como decía Diógenes el Cínico.

Otro aspecto criticado en la alimentación de los atletas fue la exquisitez y sofisticación que las dietas fueron cobrando a partir del siglo V a.C., pero en especial durante la época helenística y romana. No sólo se discutía si era preferible la carne de cerdo (de fácil digestión en opinión de Galeno), de cabrito (como aconsejaba el gran atleta Clitómaco de Tebas, de finales del III a.C., vencedor numerosas veces en las disciplinas de fuerza en los grandes juegos; cf. *Antología Palatina* 9.588), de vacuno o de corzo, sino que se llegaba a exigir, por ejemplo, que los cerdos fueran alimentados con bellotas y que no se criaran a orillas de los

ríos o del mar. Semejantes sutilezas afectaron también a los pescados, que se introdujeron en la dieta del atleta después que la carne, e incluso al pan, que había de ser de harina fina en la que se mezclaban semillas de adormidera, etc. (cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 43 ss.).

No sólo la alimentación, sino en general la vida entera del atleta estaba orientada a obtener el mayor rendimiento, supervisando el entrenador también su higiene corporal, su sueño (Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 43, afirma que, para endurecerse, los atletas dormían en el suelo, sobre piedras o heno, es decir, como los jóvenes espartanos) e incluso su vida sexual. Platón, en efecto, testimonia en *Leyes* 839-840a que atletas de éxito como Ástilo de Crotona, Ico de Tarento y "*Crisón, Diopompo y otros muchísimos*" se abstenían de relaciones sexuales durante su período de entrenamiento, práctica bien conocida, por otro lado, por los deportistas modernos.

La relación entre medicina y deporte, la influencia que el atletismo pudo tener como campo de prácticas para los adelantos científicos y la aplicación de la gimnasia con fines profilácticos y terapéuticos se hace especialmente evidente en el auge que experimentó, desde el siglo V a.C., la gimnasia médica. Con algunos posibles precedentes, como el médico crotoniata Demócedes, casado con una hija del atleta Milón (Heródoto 3.125 ss.; cf. Harris *GAA* 112-3) o el pentatleta Ico de Tarento, el desarrollo de la gimnasia médica o al menos su sistematización va indisolublemente ligado a la figura de Heródico de Mégara, luego radicado en la colonia megarense de Selimbria, en la costa norte de la Propóntide (cf. Platón, *Protágoras* 316d-e). Citado como maestro de Hipócrates, Heródico, según Platón (*República* 406-b), supone una etapa importante en el progreso de la medicina, a la que aplicó su experiencia en la palestra; se cuenta, en efecto, que, aquejado de una grave enfermedad, se prescribió asimismo un régimen combinado de ejercicios físicos y masajes con una dieta natural, gracias a lo cual recuperó la salud (cf. Plinio, *Historia natural* 29; escolios a Platón, *Protágoras* 316e; Luciano, *Cómo debe escribirse la historia* 35, etc.). De sus ideas encontramos abundantes ecos en el *Corpus Hippocraticum* (muy particularmente en el tratado *Sobre la dieta*, que se ha llegado a atribuir al propio

Heródico), en Platón y posteriormente en Galeno. El método de Heródico se empleaba tanto con fines higiénicos, para prevenir enfermedades (cf. Platón, *República* 404a-b, 410b; Aristóteles, *Retórica* 1361b), como con fines terapéuticos, y aunque nuestras fuentes nos hablan de diversos fracasos que acabaron en la muerte del paciente (cf. *Epidemias* 6.3.18), testimonian también muy notables casos de curación, como el de aquel individuo que, según el médico capadocio Areteo (12.11 Hude), del siglo II p.C., se dedicó a la práctica del deporte para curar su gota con tan gran afán que acabó venciendo en Olimpia en la carrera.

1.3.2.4 Irregularidades y muertes

Nuestras fuentes antiguas nos hablan alguna que otra vez de acciones que mal se avienen con el espíritu deportivo que teóricamente debía guiar la participación de los atletas en las competiciones agonísticas y particularmente en los grandes juegos. Tales casos de comportamiento dudoso, cuando no de franca corrupción, los achaca Gardiner (*AAW* 103 ss.), como no podía ser menos, a la irrupción del profesionalismo en el deporte griego, que ensombreció el recto comportamiento de los atletas de la "época áurea" del deporte "amateur" (idéntica opinión sostiene todavía Olivová, p. 144). No obstante, esta radical distinción entre un deporte aficionado limpio y un deporte profesional corrupto es probablemente demasiado simplificadora y la aparición de irregularidades, que conocemos con seguridad desde comienzos del siglo V a.C., fue en cierto modo una consecuencia lógica de los intereses de todo tipo que fueron rodeando el mundo del deporte en razón de su imparable popularidad y su impacto sobre las gentes de toda condición social. Por un lado, los grandes privilegios concedidos a los vencedores (y no sólo en el aspecto económico, sino también en otros varios, entre los que no ocupa el último lugar el hecho de ser aclamado y casi adorado por la multitud) contribuyeron a que el afán por vencer llegara a ser tan grande que los atletas acudieron ocasionalmente a toda clase de medios para lograr el triunfo, con el fin de explotarlo posteriormente, a menudo con objetivos ajenos del todo al ámbito deportivo. Tal explotación con fines políticos,

por otro lado, no era únicamente cosa de ciudadanos particulares, sino que también, y quizá en mayor medida, recurrían a ella los propios estados. La importancia e influencia política de una ciudad o región, en efecto, se contaba entre otras cosas por sus triunfos deportivos, y muy particularmente por los conseguidos en Olimpia. No es por ello de extrañar que la rivalidad entre las ciudades condujera en algunos casos a la compra de victorias o al "fichaje" de atletas de otros estados, "convenciéndolos" con sustanciosas recompensas. En este aspecto, una vez más, el paralelismo entre el deporte antiguo y el moderno es aleccionador (baste recordar, por citar un ejemplo no lejano, una final de la Copa de Europa de Baloncesto en la que el equipo "israelita" del Maccabi ponía en cancha un cinco formado por un jugador local y cuatro atléticos negros norteamericanos; a nivel nacional, el acopio que los clubes económicamente poderosos hacen de los mejores jugadores de equipos más modestos es auténticamente sangrante para éstos).

En 475 a.C., el tirano Hierón de Siracusa fundó la ciudad de Etna, y para que el nuevo estado, en el que Hierón había puesto sus mayores ilusiones, alcanzara la gloria inherente a todo triunfo en los juegos panhelénicos, el tirano se hizo proclamar "Hierón de Etna" al obtener la victoria en la carrera de carros de los Juegos Píticos en 470 (véase la *Pítica* 1 de Píndaro, que celebra tal éxito). Sin embargo, diez años antes, cuando aún gobernaba Siracusa su hermano Gelón, parece que el mismo Hierón, tratando de engrandecer el prestigio de esta ciudad por medio de triunfos deportivos, se sirvió de un recurso menos loable. En efecto, Pausanias (6.13.1) afirma que el inigualable velocista Ástilo de Crotona, doble vencedor en el estadio y en el diaulo de los Juegos Olímpicos de 488 y 484 a.C., corrió como representante de Siracusa en 480 (cuando, además de en las dos pruebas citadas, venció también en la carrera con armas) "*para complacer a Hierón*"; de esta expresión probablemente podamos deducir que Hierón se hizo con los servicios de Ástilo mediante atrayentes regalos, y no es preciso recurrir, como cree Hönle (pp. 85-6), a un supuesto exilio del crotoniata en Siracusa por motivos políticos, hecho sobre el que no poseemos referencia ninguna (hay, no obstante, posibles paralelos, como el que ofrece precisamente otro extraordinario corredor,

casi contemporáneo de Ástilo, pero especialista en distancias largas, el cretense Ergóteles, a quien Píndaro dedica su *Olímpica* 12 y que fue desterrado de su Cnoso natal y compitió como ciudadano de Hímera). Los antiguos compatriotas de Ástilo, como es de suponer, no vieron con muy buenos ojos su traición, de manera que convirtieron su casa en prisión y derribaron la estatua que le había sido dedicada en el santuario de Hera Lacinia (cf. Moretti, pp. 186-7. Puesto que en 480 todavía era Gelón tirano de Siracusa, la mayor parte de los estudiosos, incluyendo Finley-Pleket 100-1, Moretti, Buhmann 50, etc., piensa que Pausanias comete un error y menciona a Hierón en lugar de su hermano Gelón; sin embargo, Young, p. 141, n. 35, advierte con razón que Pausanias no dice que Hierón fuera tirano, sino sólo que fue el artífice del cambio de ciudadanía de Ástilo, lo cual, a nuestro entender, concuerda perfectamente tanto con la gran influencia que Hierón debía de tener sobre los asuntos de la ciudad como con su enorme afición hacia los juegos atléticos, probada con numerosas participaciones y victorias en ellos al menos desde 482).

Tampoco llevaron muy a bien los cretenses que su vencedor olímpico en la carrera de larga distancia, Sótades, corriera pagado por los efesios en su segunda participación en los juegos (380 a.C.), de modo que fue castigado con el destierro (Pausanias 6.18.6; cf. Moretti, nos. 390 y 398). Por la misma época, un sucesor de Hierón en el trono de Siracusa, Dionisio I, bien conocido por sus relaciones con Platón, cuenta Pausanias (6.2.6) que trató de persuadir al padre de Antípatro de Mileto, vencedor en el pugilato infantil, para que fuera éste proclamado ciudadano de Siracusa; Antípatro esta vez se negó a ello e hizo constar orgullosamente, en la base de la estatua que le fue alzada, su origen milesio.

La historia del crotoniata Ástilo, a la que nos referimos anteriormente, ha sido empleada como argumento por Young (pp. 134 ss.) para apoyar una sugestiva teoría acerca del cambio de ciudadanía de los atletas. Para explicar el sorprendente hecho de que una ciudad no especialmente importante como era Crotona dominara de una manera casi absoluta las carreras de velocidad durante el siglo VI y comienzos del

V a.C., (hasta el punto de que en una misma Olimpíada los siete primeros clasificados en el estadio fueron crotoniatas, algo que ni siquiera los estadounidenses han conseguido en nuestro siglo), para desaparecer repentinamente de las listas de vencedores *ca.* 480, piensa Young que en realidad Crotona reclutaba sus atletas de otras ciudades, recompensándolos y manteniéndolos a expensas del tesoro público. Así, la súbita desaparición del imperio atlético crotoniata podría haberse debido a la supresión de tales subvenciones, lo cual debe relacionarse con la pérdida del dominio económico de Crotona sobre su región, con los consiguientes cambios políticos y económicos que acabaron con "este programa atlético verdaderamente extraordinario"; el cambio de ciudadanía de Ástilo sería consecuencia de este proceso. La explicación nos resulta atractiva, pero creemos que debe acogerse con prudencia. En primer lugar, nos resulta extraño que nuestras fuentes antiguas no hayan hecho alusión alguna de un "fichaje" semejante de atletas a gran escala, cuando se han preocupado de señalar casos aislados y esporádicos como los comentados; y, además, el atletismo moderno ofrece ejemplos semejantes de supremacía de atletas de un país determinado en una especialidad concreta: piénsese en el dominio casi absoluto que actualmente ejercen los corredores keniatas (secundados por los etíopes) en las pruebas de *cross country*, pese a que se trata de un país no especialmente relevante en el contexto político y económico mundial. Las cualidades innatas de las personas, las necesidades vitales y la práctica, desde muy pronto y de acuerdo con un programa sistemático, de una especialidad deportiva arraigada en un pueblo pudieran ser suficientes para explicar estos casos tanto en el deporte antiguo como en el moderno (el baloncesto yugoslavo ofrece otro evidente paradigma).

Mucho más contrarios a la pureza que debe presidir toda competición deportiva son, sin embargo, los intentos de conseguir la victoria por medios ilícitos, particularmente mediante el soborno del rival. Los escritores antiguos se hacen eco también de tales casos de corrupción, que, al decir de Filóstrato, en su época (*ca.* 170-245 p.C.), eran frecuentes en todas partes menos en Olimpia. El carácter excepcional de los Juegos Olímpicos a este repecto es explicado ya por Gardiner (*AAW* 33 y 103) atendiendo a dos motivos: el significado religioso que se atribuía a toda

victoria olímpica, de manera que la violación de las reglas del juego era sentida como un acto sacrílego; y, en segundo lugar, la enérgica actuación de los jueces en los casos de corrupción que se dieron en el festival, como enseguida vamos a comprobar.

La sospecha de no jugar limpio recae ya sobre uno de los primeros vencedores olímpicos, el famoso Orsipo (u Orripo) de Mégara (sobre el que tendremos ocasión de volver a hablar muy pronto), el primer atleta que, según la tradición, compitió desnudo (724 a.C.). Y es precisamente esa circunstancia la que hace recelar a Pausanias, que no puede por menos de expresar su curiosa teoría (1.44.1): "*yo por mi parte creo que también en Olimpia dejó caer a propósito el perizoma, sabiendo que un hombre desnudo corre con mayor facilidad que uno con perizoma*". El periegeta saca esa conclusión de la poco escrupulosa actuación posterior del atleta en la vida política, ya que, elegido estratego, "*se apoderó de la tierra de los vecinos*".

A su vez, Plutarco (*Licurgo* 22.8) nos habla de un intento frustrado de soborno hecho a un espartano del más puro estilo: "*y avanzaba el rey contra los enemigos llevando junto a él a los que habían vencido en una competición de la corona. Y dicen que un espartano al que le fue ofrecida una buena suma de dinero en Olimpia, no la aceptó, sino que, tras haber vencido a su adversario con gran esfuerzo, cuando uno le dijo: 'espartano, ¿qué más has obtenido de tu vitoria?', respondió sonriendo: 'lucharé con los enemigos formando delante del rey'*".

No obstante, el primer caso cuya fecha conocemos con exactitud (y que Pausanias, 5.21.2-4, menciona como el primer intento de soborno en Olimpia) es el del corredor tesalio Eupolo, que en 388 compró a sus adversarios Agétor de Arcadia, Prítano de Cícico y Formión de Halicarnaso. Pero el engaño fue descubierto y tanto el sobornador como los sobornados hubieron de pagar fuertes multas, con las que se financiaron seis estatuas broncíneas de Zeus, que los locales llamaban en su dialecto "Zanes" y que fueron colocadas a la entrada del estadio y provistas en sus basas de inscripciones en dísticos elegíacos en las que se advertía que la victoria en Olimpia no se debía conseguir con dinero, sino con la rapidez de los pies y la fuerza del cuerpo.

Medio siglo más tarde, en 332, fue el pentatleta ateniense Calipo quien pagó a sus rivales por dejarse vencer y esta vez el suceso tuvo mayor trascendencia, probablemente por proceder el atleta de la gran Atenas. Calipo, en efecto, sufrió una fuerte multa, pero los atenienses enviaron al prestigioso orador Hiperides para que tratara de persuadir a los jueces de que perdonaran el castigo. Éstos, naturalmente, se opusieron a ello, y entonces los atenienses, adoptando una actitud soberbia y prepotente que poco dice en su favor, se negaron a pagar y boicotearon los juegos. Finalmente, hubo de ser el dios de Delfos quien solucionase el conflicto, declarando que no daría ningún oráculo a Atenas hasta que la multa fuera satisfecha. Los atenienses cedieron ante tal amenaza y con el dinero de la multa se erigieron otros seis Zanes con inscripciones en las que se recordaba el suceso y se hacían advertencias semejantes a las que contenían los dísticos relativos al caso de Eupolo (Pausanias 5.21.5-7; cf. Moretti, n.° 460, y Weiler, art. cit. en bibliografía).

De fecha posterior son hechos semejantes que recuerda Pausanias al describir la fila de Zanes que "adornaban" el santuario de Olimpia, como los del luchador Eudelo (68 a.C.; cf. Moretti, n.° 700) o Sosandro de Esmirna (12 a.C.). Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 45), por su parte, cuenta la pintoresca historia de un participante en el boxeo infantil de los Juegos Ístmicos que se vendió por 3.000 dracmas, pero olvidó inocentemente exigir el pago por adelantado; el vencedor se negó a pagarle y el sobornado tuvo aún la desfachatez de apelar a la justicia, para lo cual, naturalmente, debió admitir su participación en el asunto.

Es, pues, indudable, que en muchos casos se acudió a toda clase de medios, desde el ofrecimiento de dinero hasta la presión política, para conseguir la victoria. Sin embargo, es peligroso generalizar demasiado y dudar de la moralidad de la mayor parte de los atletas. Deportistas desleales, dispuestos a recurrir a componendas de todo tipo para triunfar, los ha habido, los hay y los habrá siempre, pero también han sido y son muchos, tanto aficionados como profesionales, quienes entrenan y acuden a competir con nobleza. Por ello estamos muy lejos de compartir las palabras con las que Harris (*GAA* 47) cierra su estudio de la expansión de los juego griegos: "El último documento oficial concerniente a los juegos

atléticos es por lo menos significativo... Es un rescripto de Diocleciano y Maximiano de *ca.* 300 p.C. estableciendo que la exención de deberes cívicos debía ser garantizada sólo a los competidores que sin corrupción o trampas hubieran obtenido tres o más coronas en juegos sagrados... Menos de un siglo después la clausura de los Juegos Olímpicos puso virtualmente fin a la historia del atletismo griego. Incluso los más apasionados amantes del deporte difícilmente hubieran deseado que continuase más tiempo".

También se ha atribuído a la expansión del profesionalismo el supuesto aumento de la dureza en el boxeo, la lucha y el pancracio, azuzada por un público que antes era protagonista activo del deporte y que sobre todo a partir del siglo IV a.C. comenzó a contentarse con el papel de espectador y acudía a los combates en busca de sensaciones fuertes y sangrientas, lo que acabó desembocando en algunos casos en la muerte de atletas (cf. Ebert, "Olympia-Olympische Spiele", p. 15). No obstante, sin que neguemos la posibilidad de un aumento de la violencia a partir del siglo IV en las pruebas de fuerza, ya de por sí muy duras, los datos que poseemos sobre la muerte de atletas durante la competición no nos permiten corroborar ni su abundancia ni su mayor frecuencia a partir de un determinado momento. Nuestras informaciones, en efecto, se refieren casi exclusivamente a desgracias acaecidas en Olimpia y no dejan prácticamente entrever lo que sucedía en los juegos menores; y, por otro lado, mientras que algunos autores hablan de numerosas muertes en los estadios (Filón de Alejandría, *Sobre la libertad del virtuoso* 17.110-13; escolios a Píndaro, *Olímpicas* 5.34), no deja de ser curioso que, como apunta Brophy, los escritores médicos y los Padres de la Iglesia, abiertamente hostiles al deporte profesional, no hagan prácticamente referencia crítica a las muertes en combates agonísticos. Sobre este aspecto, pues, pocas conclusiones pueden deducirse sobre la evolución del deporte griego a partir de nuestros datos actuales.

Brophy (p.172) observa que casi todos los casos de muerte en la arena que testimonian los autores antiguos acaecieron en Olimpia (aunque tal afirmación debe ser matizada a partir de los datos que aporta Poliakoff). Este hecho podría interpretarse en el sentido de que en los

Juegos Olímpicos los atletas se exigían a sí mismos más que en las demás competiciones, hasta el punto de que en algunos casos llegaron incluso a "luchar hasta la muerte", como dice el epitafio de Ágato, sobre el que luego volveremos. No obstante, nos parece más verosímil suponer que nuestras fuentes nos informan únicamente de los casos más famosos, que tuvieron lugar en las competiciones más importantes, dejando de lado los juegos menores.

Es opinión unánime que, de las tres disciplinas de fuerza, la más peligrosa era sin duda el boxeo, seguida del pancracio y finalmente de la lucha. Sin embargo, el primer accidente fatal conocido, que se data en 564 a.C. (cf. Pausanias 8.40.1-2; Eusebio, *Crónica* 201-2 Schöne; Filóstrato, *Imágenes* 2.6), acaeció en el pancracio, prueba en la que el atleta Arraquión (o Arriquión) de Figalia fue proclamado vencedor a título póstumo, ya que, nada más declararse vencido su adversario, murió por asfixia (acusando las secuelas del combate, según la mayoría de las fuentes, por rotura de cuello, según Brophy, cuyos artículos son un intento de determinar, además de otros aspectos problemáticos, la causa real de la muerte de los atletas de que tenemos noticia). Durante la prueba del pancracio en unos juegos menores falleció igualmente un joven efesio conocido por una inscripción del I p.C., como recuerda Poliakoff, y a la misma disciplina se refiere un curioso pasaje de Filón (*loc. cit*), que relata la muerte en combate simultánea de dos contendientes, a causa de la igualdad de fuerzas, hecho improbable, pero no imposible, ya que al parecer se conocen otros casos en diferentes épocas y culturas (cf. Brophy 196).

En cuanto al pugilato, conocemos los nombres de cuatro boxeadores muertos en el transcurso de un combate: Creugas fue muerto por Damóxeno a finales del siglo V a.C. en un violento final (Pausanias 6.40.3); Cleomedes de Astipalea mató a Ico de Epidauro en Olimpia *ca.* 492, pero los jueces decidieron que su actuación había sido incorrecta y le privaron del triunfo, por lo cual "*se volvió loco a causa del dolor*" (Pausanias 6.9.6); por razones ajenas a este suceso, Cleomedes fue uno de los atletas que recibió culto posteriormente (cf.1.3.2.1.), lo mismo que Diogneto de Creta, que hacia la misma época dio muerte a un tal Hera-

cles (Focio, *Biblioteca* 190); finalmente, una inscripción del siglo II p.C. nos recuerda la muerte, a los 35 años de edad, del alejandrino Ágato Demón, apodado "el camello", que pidió a Zeus "la corona o la muerte" en Olimpia y recibió esto último; su anónimo matador fue coronado vencedor.

Del siglo V son los dos testimonios que nos hablan de muertes entre luchadores. Telémaco de Fársalo dedicó en Delfos una estatua en cuya basa afirmaba haber dado muerte "*a un hombre tirseno*", es decir, de la Italia dominada por los etruscos; y en un tratado incluído en el *Corpus Hippocraticum* (*Epidemias* 5.14) se describe circunstanciadamente la muerte del luchador Hipóstenes de Tesalia a consecuencia de una violenta caída.

A los hasta aquí citados habría que añadir otros casos en los que se dice que los atletas murieron no en el propio combate, sino poco después, probablemente de resultas de la dureza de la pelea, como el pentatleta Éneto de Amiclas, que cayó muerto en el momento de recibir los honores de la victoria, o el joven luchador Nicasilao de Rodas, quien, por su constitución física, desde los 18 años pudo competir con los adultos y logró diversas victorias en los juegos panhelénicos, pero murió a los 20 años (cf. Rudolph, "Sportverletzungen...").

Éstos son todos los casos conocidos de muertes en el transcurso de la competición en la larga historia del deporte griego (la autenticidad de otras noticias es más que dudosa, como la transmitida por un escolio a Píndaro, *Olímpicas* 7.94, según la cual Diágoras de Rodas mató a un rival en el boxeo antes de obtener la victoria en la Olimpíada de 464 a.C.; cf. Forbes "Accidents and Fatalities...", p. 56, n. 9). Son, sin duda, demasiado pocos para deducir ninguna conclusión respecto de la mayor o menor dureza, según las épocas, de las pruebas en que tales desgracias ocurrieron y respecto de la permisividad de los jueces o los cambios en los gustos del público. Una cosa, sin embargo, sí puede constatarse en todos los períodos, y es la inmunidad legal de los atletas que mataban accidentalmente a sus rivales. En efecto, el gran riesgo que desde siempre conllevaron los durísimos combates en el deporte griego debió de impulsar a los legisladores a adoptar medidas en previsión de posibles accidentes. La

ausencia de responsabilidad por la muerte del adversario la conocemos ya por textos de la época clásica (Platón, *Leyes* 865a; Demóstenes 25.35; Pseudo-Jenofonte, *Constitución de los atenienses* 53.3) y la misma norma es recogida en el derecho romano, como señala Gualazzini (pp. 18-19 y 37ss.), tanto en lo que se refiere a las competiciones ante público como en lo que respecta a los entrenamientos, que a efectos jurídicos tenían el mismo *status* que los *certamina licita*, aunque se desarrollasen sin público (la presencia de éste era muy tenida en cuenta por el legislador, a fin de evitar que se disfrazasen asesinatos haciéndolos aparecer como muertes accidentales).

1.3.2.5. Desnudez de los atletas

Jóvenes que luchan, corren y saltan desnudos es la imagen más característica que tradicionalmente se tiene del deporte griego. La desnudez, en efecto, era la regla en el siglo V a.C., tanto en las competiciones oficiales como durante el entrenamiento de los atletas y los ejercicios de niños y muchachos en la escuela. Constantemente se ha insistido en la complacencia que sentían los griegos por mostrar y contemplar cuerpos bien formados, bronceados y atléticos, y es igualmente conocida la decisiva importancia que el gimnasio y la palestra desempeñaron en el desarrollo de la inigualable escultura griega, ya que permitían a los artistas pasarse las horas contemplando y estudiando detalladamente al cuerpo humano desnudo, ya en reposo, ya ocupado en sencillos o complejos movimientos. Esta ausencia de pudor ante las desnudez era sentida por los griegos de la época clásica como rasgo característico y unificador de su cultura y al tiempo como una prueba del grado de civilización que habían alcanzado y que los oponía radicalmente a los bárbaros, como dice ya Heródoto (1.10: "*pues entre los lidios, y también entre casi todos los bárbaros, es una gran vergüenza, incluso para un hombre, ser visto desnudo*") y, muchos siglos después, repite a menudo Luciano en su *Anacarsis*; la desnudez sería también una de las causas por las que posteriormente el deporte griego no arraigó en modo alguno en el mundo romano (cf.1.4). Por último, desde el punto de vista social, en la

desnudez se ha visto (cf. Olivová 132) un rasgo al mismo tiempo distintivo y unificador, distintivo entre hombres libres y esclavos, a quienes no se permitía la práctica del deporte, y unificador de todos los ciudadanos entre sí, ya que abolía las diferencias basadas en el nacimiento y la riqueza.

Esta idea romántica de que el desnudo era el vestido de los griegos con frecuencia se ha extendido a todas las etapas de la cultura helena. Sin embargo, no está ni muchos menos claro que las costumbres que observamos en la época clásica puedan extrapolarse también a tiempos anteriores (la lectura del encuentro entre Nausícaa y Odiseo en el canto sexto de *Odisea*, que tanta tinta ha hecho correr al respecto, es buena muestra de lo que decimos), como también dista mucho de haber consenso a propósito del problema que ahora nos atañe más de cerca: en qué época comenzaron los atletas griegos a competir desnudos.

Los vasos y las pinturas murales de la época minoica, como tuvimos ocasión de comprobar, muestran que los atletas portaban lo que los griegos posteriores llamaron *zôma* o *perízoma*, es decir, una especie de cinturón o taparrabos que se pasaba entre los muslos y se ataba, semejante al que emplean los luchadores japoneses de sumo (para la discusión de este problema y de todos los que vamos a tratar a continuación es fundamental el documentado artículo de Crowther que se cita en bibliografía), y la misma prenda era empleada también por los boxeadores y luchadores de los poemas homéricos, como se indica en varios pasajes (*Ilíada* 23.683, 685, 710, etc.).

La tradición atribuye la innovación de competir desnudos en los juegos a dos corredores, el megarense Orsipo y el lacedemonio Acanto, en la Olimpíada correspondiente al año 724 a.C. Pausanias (1.44.1) opina que Orsipo "*dejó caer a propósito el perizoma, sabiendo que un hombre desnudo corre más fácilmente que uno con perizoma*", y el mismo suceso es recordado en un epigrama colocado sobre la tumba del atleta, que fue posteriormente objeto de culto (*IG* 7.52; la inscripción puede datarse en el siglo II p.C., pero Moretti, nos. 16 y 61, retrotrae el original al siglo V a.C., al igual que Bohringer, p. 8). En los demás textos que se refieren a la misma historia el papel de Orsipo en la introducción de la desnudez

atlética es mucho menos glorioso: "*En la decimocuarta Olimpíada, siendo Hipómenes arconte en Atenas, sucedió que uno de los que corrían con perizoma el estadio en los Juegos Olímpicos, Orsipo, trabado por el perizoma, cayó al suelo y se mató. Por ello, los oráculos prescribieron que compitiesen desnudos*" (escolio T a *Ilíada* 23.683; véanse también los escolios AD al mismo pasaje y el comentario de Eustacio; a la misma versión remonta probablemente una noticia que nos transmite Isidoro de Sevilla, *Etimologías* 18.17.2, según la cual fue el arconte ateniense Hipómenes quien decretó que los atletas compitieran desnudos, después que un atleta cayó al tropezarse con el taparrabos). Por su parte, Dionisio de Halicarnaso (*Antigüedades romanas* 7.72.2) y las *Crónicas* de Julio Africano y Eusebio indican que en el mismo año el espartano Acanto venció en la carrera larga compitiendo desnudo. Sea como fuere, ya se trate de tradiciones rivales o bien compatibles (como piensan Moretti y Crowther, suponiendo que Orsipo se consideraba el primero en correr desnudo el estadio y Acanto el primero en hacerlo en el dólico y de manera reglamentaria), el caso es que todos los testimonios citados, ninguno de ellos anterior al siglo I a.C., coinciden en datar la introducción de la desnudez en los Juegos Olímpicos en pleno siglo VIII.

Ahora bien, ¿la desnudez de los atletas fue una característica que acompañó siempre el desarrollo de los juegos griegos o bien fue una moda pasajera que posteriormente fue abandonada para resurgir con gran vigor durante el siglo V a.C.? Hacia esta segunda oportunidad apunta el testimonio de un autor que merece toda nuestra confianza, Tucídides (1.6.5): "*Fueron* (los lacedemonios) *los primeros en practicar ejercicios físicos y en untarse aceite al tiempo que se ejercitaban desnudándose en público. Antiguamente, en cambio, incluso en los Juegos Olímpicos los atletas competían llevando un taparrabos en torno a sus partes pudendas, y no han pasado muchos años desde que se dejó de hacer*". Este aserto encuentra además confirmación en un texto platónico (*República* 452 c-d): "*no ha pasado mucho tiempo desde que los griegos consideraban algo vergonzoso y ridículo lo que ahora consideran tal los bárbaros, que los hombres se dejen ver desnudos, y cuando comenzaron a practicar desnudos la gimnasia primero los cretenses y luego los lacedemonios, dieron ocasión a los*

chistosos de entonces para burlarse de todo ello". Los dos pasajes citados pudieran concordar, por otro lado, con los testimonios que ofrecen las pinturas vasculares, ya que hacia 520 a.C. comienzan a aparecer vasos de figuras negras en los que se representan atletas con taparrabos blancos, si bien es verdad que son mucho más numerosas las representaciones en que corredores, luchadores y boxeadores aparecen completamente desnudos.

De dos maneras al menos es posible interpretar todos los datos expuestos hasta aquí. En primer lugar, podría pensarse (como hace Mann, que desarrolla ideas esbozadas por Gardiner) que la desnudez se introdujo en los juegos deportivos griegos en la segunda mitad del siglo VIII a.C.; a finales del VI la cerámica y los testimonios de Tucídides y Platón parecen indicar que hubo un intento de volver a imponer el empleo del taparrabos, pero tal intento fracasó y desde comienzos del siglo V vemos a los atletas entrenar y competir completamente desnudos. Crowther, en cambio, propone una sucesión de los acontecimientos diferente: si es que se ha de conceder credibilidad a las tradiciones al respecto, algunos atletas compitieron desnudos en Olimpia en la segunda mitad del siglo VIII; sin embargo, esa práctica no fue seguida de manera masiva y los hombres siguieron vistiendo perizoma hasta que los espartanos, tras los grandes cambios que conllevaron las reformas de Licurgo, comenzaron a hacer deporte desnudos, primero en su propia ciudad y luego en Olimpia y los demás juegos; finalmente, en la época de exaltación nacional que siguió a las Guerras Persas se hizo hincapié en todos aquellos rasgos que distinguían a los griegos de los bárbaros, entre los cuales se contaba la desnudez, que terminó por imponerse de manera definitiva en el deporte y la educación física griega. En tal caso, la preponderancia de las representaciones de atletas desnudos en los vasos anteriores al siglo V debería explicarse por razones estéticas, sin que ello supusiera necesariamente que reflejaran una práctica habitual en esa época (y, por otro lado, el hecho de que Platón afirme, frente a Tucídides, que los cretenses se desnudaron antes que los espartanos, puede deberse al hecho de que Platón acepta corrientemente la idea tradicional de que los lacedemonios tomaron de Creta sus instituciones).

1.3.3. El deporte femenino

La participación de la mujer griega en las actividades deportivas, ya sea dentro del sistema educativo ya en competiciones agonísticas, es un tema que sigue plantando multitud de problemas, muchos de ellos, básicos, todavía sin solución. Los testimonios de que disponemos no son, además, demasiado abundantes y las informaciones que nos proporcionan resultan a veces contradictorias o de difícil interpretación, tanto en el caso de las fuentes arqueológicas como de las fuentes escritas; pocos son, en efecto, los autores antiguos que se han ocupado del tema con cierto detenimiento y seriedad, pues con demasiada frecuencia las alusiones a las féminas deportistas se limitan a su mención como una curiosidad, como algo pintoresco que no se describe con detalle y rigor.

Por supuesto, el atletismo femenino se inscribe dentro del contexto más amplio de la situación de la mujer en la sociedad griega, y su difusión y características se han puesto naturalmente en relación con el ámbito social en el que se desarrollaba la actividad de la mujer en las diferentes ciudades, dependiendo también de los períodos históricos. En primer lugar, es posible establecer, también a este respecto, una radical dicotomía entre el mundo jonio y el mundo dorio. Entre los jonios, y de manera sobresaliente, dada su importancia paradigmática, en Atenas, la principal virtud de la mujer era la discreción, el pasar inadvertida, de manera que se veía forzada a una casi total inactividad fuera del ámbito del hogar, si hemos de dar fe a las tan citadas palabras que Tucídides (2.45) pone en boca de Pericles durante los primeros años de la Guerra del Peloponeso: "*y si debo hacer alguna mención de la virtud de las mujeres que ahora quedarán viudas, con una breve exhortación lo diré todo. Vuestra gran gloria radicará en no ser inferiores a vuestra condición natural y en que entre los hombres haya las menos conversaciones posibles para alabar vuestra virtud o para haceros reproches*". En cambio, en el mundo dorio y en particular en su cabeza visible, Esparta, la mayor libertad de que gozaba la mujer le permitía realizar una serie de actividades impensables para las atenienses, entre las que se cuenta un

completo entrenamiento atlético. Esta diferente concepción del papel de la mujer en ambos tipos de estructura social habría provocado, en palabras de Diem (*Historia del deporte* 129-131), que la cultura física de las mujeres jonias tuviera un carácter gimnástico (basado en ejercicios de piernas, brazos y tronco tendentes a desarrollar la gracilidad y la agilidad), frente al carácter "fundamentalmente polideportivo" del entrenamiento de las espartanas (cf. ya Gardiner, *AAW* 41-2).

Por otro lado, parece que, como apunta Harris (*GAA* 184-6), en época helenística y romana, en lo que respecta al atletismo la situación de la mujer en Grecia mejoró y pudo desempeñar un papel más activo, tanto en la práctica del deporte como en el desempeño de cargos de responsabilidad, pues se conocen los nombres de varias mujeres que ostentaron el cargo de gimnasiarca, la más alta autoridad en cuestiones tocantes al deporte, en sus respectivas ciudades.

Finalmente, una contribución de fundamental importancia para los estudios sobre el deporte femenino en Grecia ha supuesto el trabajo de Giamprieta Arrigoni "Mujeres y deporte en el mundo griego". En primer lugar, aun sin negar las diferencias que separan la condición y, como consecuencia, la actividad gimnástica de las mujeres espartanas y atenienses, insiste en la necesidad de no exagerar en demasía tal dicotomía, como ya había sugerido, años antes, Harris. No obstante, la principal aportación del artículo de Arrigoni no radica tanto en la consideración del tema desde una orientación novedosa como en la exhaustiva recopilación de los datos literarios, epigráficos y arqueológicos concernientes al deporte de la mujer en la antigua Grecia y su minuciosa interpretación, con el propósito de poner orden y llevar a cabo una revisión en profundidad del problema. El resultado es un detallado estudio de las características y funciones de las manifestaciones deportivas femeninas en todo el ámbito del mundo griego (no limitando casi exclusivamente su investigación, como se había venido haciendo, a Esparta y Olimpia), del que sin duda deberán partir todos los trabajos que en adelante se hagan, pese a lo arriesgado de algunas discutibles interpretaciones sobre el significado originario y función histórica de las diversas competiciones agonísticas con participación femenina. Un rasgo significa-

tivo y definitorio, ya sugerido por autores anteriores, encuentra confirmación en las páginas de la profesora Arrigoni: el muy diferente carácter del deporte femenino con respecto al de los hombres, ya que, efectivamente, la actividad deportiva de las mujeres parece haber continuado íntimamente ligada durante más tiempo al ámbito cultual en que se desarrollaba y, salvo quizá en la inscripción de las tres hermanas de Trales, a la que luego nos referiremos, nada nos habla de una evolución hacia la práctica profesional del deporte por parte de la mujer, como desde muy pronto ocurrió en el caso del deporte masculino.

Los primeros testimonios indicativos de la presencia femenina en ejercicios atléticos remontan, como tuvimos ocasión de comprobar, al mundo minoico. Las fuentes arqueológicas atestiguan de manera irrebatible la intervención de las mujeres, codo a codo con hombres, en diferentes manifestaciones deportivas y muy particularmente en la más característica forma del deporte cretense, los saltos del toro. Otro problema (sobre el que ya tuvimos ocasión de hablar en el capítulo 1.1., a cuyas páginas remitimos) es el carácter de tales espectáculos, si quienes intervenían en ellos eran acróbatas profesionales y se trataba por tanto de juegos meramente profanos, o bien si tenían su origen en algún culto y conservaban todavía carácter ritual en la época de los palacios. En lo que afecta concretamente a la presencia de la mujer en las representaciones que nos han llegado, se ha pretendido vincular el salto del toro (e igualmente otros ejercicios físicos, especialmente la danza) con el culto a la Gran Madre cretense, en el que las sacerdotisas de la diosa se ponían así a su servicio (Evans). No obstante, como ya se dijo en su momento, de los datos de que disponemos nada seguro puede concluirse y sólo cabe hacer conjeturas al respecto, más o menos verosímiles, como la propuesta de Willetts, que ve en los deportes minoicos ceremonias de iniciación abiertas también a las mujeres (algo desconocido en la Creta posterior), lo que se avendría bien con la opinión de Arrigoni de que las muchachas cretenses participaban en los espectáculos deportivos antes del matrimonio, no después de él.

En la Grecia del primer milenio es Homero el primero en mostrar mujeres practicando algún tipo de ejercicio físico, en la famosa escena del

encuentro de Odiseo y Nausícaa en el canto sexto de *Odisea*. La princesa, conduciendo su propio carro, acude a lavar la ropa en las aguas de un río y, después de la comida, ella y sus criadas inician un animado juego de pelota, que propiciará en primera instancia, con el griterío que provoca el entusiasmo que las jóvenes ponen en el juego, el despertar del agotado náufrago. No cabe duda de que el poeta describe una práctica habitual de los hombres y mujeres de su tiempo y de siglos anteriores, incluso si descendemos al detalle. En cambio, no se puede afirmar que los mitos en que aparecen mujeres practicando algún tipo de deporte reflejen una práctica real, lo cual supone, además, una dificultad adicional a la hora de interpretar los testimonios arqueológicos, ya que a veces no sabemos si representan escenas míticas o de la vida cotidiana. En el mito, en efecto, aparecen mujeres que practican el atletismo, pero en la mayoría de los casos son personajes excepcionales, transuntos humanos o semidivinos de la divina cazadora Ártemis. Tal ocurre con la ninfa Cirene, de quien queda prendado Apolo cuando la contempla peleando con un león, de acuerdo con la descripción de la *Pítica* 9 de Píndaro, o especialmente de Atalanta (figura 25), cazadora del jabalí de Calidón y a la que no pudo derrotar ni siquiera el héroe Peleo durante los juegos fúnebres en honor de Pelias en la prueba de la lucha (o de la carrera, según otras fuentes) ni tampoco los aspirantes a su mano, que debían vencerla en la carrera, hasta la llegada de Hipómenes (o Melanión), que logra derrotarla y tomarla como esposa... más con la astucia que con la rapidez de sus pies.

En la Grecia histórica, en cambio, no abundan en demasía los testimonios que nos dan noticia de la práctica del deporte por parte de la mujer, si exceptuamos el caso de Esparta.

En Esparta, en efecto, la primacía del entrenamiento físico en el sistema educativo era abrumadora (cf. 1.3.1.1.), y la mujer participaba de él a todos los efectos, rasgo singular sin apenas paralelos en el mundo griego. Por supuesto, la inclusión de las muchachas en el sistema educativo y, dentro de él, su participación en el entrenamiento físico, era atribuída por la tradición al mítico legislador Licurgo (Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 1.4.; Plutarco, *Licurgo* 14.2; Filóstrato,

Sobre la gimnasia 27), al que movió principalmente el propósito de que las madres dieran a luz hijos sanos y robustos: "*Licurgo... considerando que para las mujeres libres lo más importante era la proceación de hijos, en primer lugar ordenó que el sexo femenino ejercitase su cuerpo no menos que el masculino, y en segundo lugar estableció para las mujeres, como también para los hombres, competiciones de velocidad y fuerza entre ellas, estimando que de unos padres fuertes nacen asímismo hijos más robustos*" (Jenofonte, *loc. cit.*). Y ello sin perder de vista, además, que las mujeres acostumbradas a practicar la gimnasia resistirían mejor los dolores y esfuerzos del parto (Plutarco, *loc. cit.*). De paso, el ejercicio físico y la vida al aire libre de las muchachas espartanas contribuyó notablemente a que la fama de su belleza y salud se extendiera por doquier, como queda reflejado en numerosas anécdotas o en las palabras con las que la laconia Lampito es saludada por la ateniense Lisístrata en la comedia homónima de Aristófanes (vv.78ss.): "*¡Hola Lampito, queridísima laconia! ¡Cómo reluce tu belleza, guapísima! ¡Qué buen color tienes y cuán lleno de vitalidad está tu cuerpo! ¡Hasta un toro podrías estrangular!*". Y, finalmente, no hay que olvidar tampoco las ventajas que una mujer bien entrenada aporta en su nuevo hogar una vez casada, pues "*no dudará en llevar agua ni en moler, a causa precisamente de los ejercicios físicos hechos desde su juventud*" (Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 27).

Además de estos evidentes propósitos que nuestras fuentes atribuyen a la gimnasia femenina espartana, Arrigoni pretende deducir otra función, más sutil, de los datos de que disponemos. Para ella (cf. p. 66) el atletismo femenino tenía en Esparta también un importante objetivo "erótico" con fines "políticos": tanto las competiciones como los famosos desfiles de muchachas se desarrollaban en público, ante la mirada de los jóvenes, por lo que su finalidad sería estimular a éstos al matrimonio.

Esta sugerencia nos conduce a plantear dos cuestiones muy debatidas que afectan al deporte femenino espartano: la promiscuidad de los sexos durante los ejercicios y la supuesta desnudez de las muchachas.

A decir verdad, ninguno de los textos fidelignos en los que se basa la extendida tradición de que las jóvenes espartanas se entrenaban luchando con oponentes masculinos permite asegurar tal cosa con abso-

luta certeza. Un célebre pasaje de la *Andrómaca* euripidea (vv. 595ss.) podría también interpretarse en el sentido de que muchachos y muchachas compartían los mismos lugares de entrenamiento, pero no necesariamente ha de pensarse que entrenaban juntos (cf. Arrigoni 84ss.: Assa 434): "*ni aunque quisiera podría ser casta ninguna muchacha espartana, pues juntamente con los hombres, tras abandonar sus casas, con los muslos desnudos y los peplos sueltos, tienen pistas de carreras y palestras comunes, insoportables para mí*"; y algo semejante puede deducirse de la afirmación de Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 27) de que hombres y mujeres "*hacían gimnasia juntos*". De muy dudosa credibilidad es la noticia, atribuída a los escoliastas a Juvenal 4.53 (pero cf. Arrigoni, p. 187, n. 121), de que el noble Palfurio Sura luchó contra una doncella lacedemonia, e igualmente discutible es la veracidad de un pasaje de Ateneo (566e) que podría proporcionarnos un posible paralelo, ya que nos dice que en la isla de Quíos "*es muy agradable... ver a los jovencitos combatir en la lucha contra las muchachas*". Arrigoni (p. 113) considera plenamente válida esta última noticia y la interpreta como un nuevo ejemplo de prácticas deportivas femeninas tendentes a provocar el estímulo sexual en los jóvenes, en este caso en un lugar perteneciente al mundo jónico, no al dórico como Esparta (cf. también Patrucco 270). Otros, sin embargo, son más escépticos, y así Harris califica tanto esta noticia como la referente a Palfurio Sura como "cotilleos de sociedad más que datos serios sobre el atletismo femenino" (*GAA* 183; cf. también Nilsson, *Die hellenistische Schule* 46-7, y Weiler 170-1).

En definitiva, no puede asegurarse ni desmentirse rotundamente la existencia de entrenamientos mixtos en Esparta, ya que los datos de que disponemos no permiten inclinar la balanza de manera definitiva hacia uno u otro lado. Arrigoni, basándose, entre otras pruebas, en un texto de Plutarco (*Agesilao* 21.7: el rey espartano no dejaba de asistir con interés "*ni a las competiciones de los muchachos ni a las de las muchachas*"), concluye que la gimnasia femenina que ella califica de "erótica" o "política" requería, naturalmente, la presencia de espectadores masculinos, pero sin que ello signifique que el entrenamiento y la competición fuesen mixtos, sino sólo que se desarrollaban en lugares comunes; en cambio, el

otro tipo de gimnasia femenina que distingue, el que llama "ritual", tenía lugar separadamente, probablemente en el *drómos* que se hallaba fuera de la ciudad.

A conclusiones semejantes se llega en el caso del segundo problema que planteamos, a saber, la desnudez de las mujeres cuando se ejercitaban. Desde Propercio (3.14.1ss.: "*Muchas reglas de tu palestra, Esparta, admiramos, pero especialmente tantas excelencias del gimnasio de las doncellas, pues sin mala reputación se ejercita desnuda una muchacha entre hombres que luchan*"; cf. también Ovidio, *Heroidas* 16.149, y Marcial 4.58) es un lugar común afirmar que las espartanas entrenaban y competían desnudas (cf. Harris, *GAA* 181, y más recientemente y aceptando además la lucha mixta, Arieti, en el artículo que se cita en la bibliografía correspondiente a 1.3.2.5.), pero es algo que tampoco puede asegurarse. Jüthner-Brein (I 101) tratan de resolver las divergencias entre las fuentes afirmando que las muchachas espartanas sólo se desnudaban en las carreras, no en la lucha, opinión, que por cierto, se ha sostenido igualmente a propósito del atletismo masculino (véase *Oxford Classical Dictionary, s.v.* "Athletics"). No obstante, tal propuesta choca con lo que parecen indicar los ya citados versos de la *Andrómaca* de Eurípides, en los que se dice que las muchachas espartanas competían "*con los muslos desnudos y los peplos sueltos*" tanto en las carreras como en la lucha, es decir, vistiendo un breve quitón provisto de una o dos aberturas laterales, que dejaban ver todo el muslo, atuendo típicamente laconio que bien justifica el epíteto "muestramuslos" con que calificaba ya a la jóvenes laconias el poeta Íbico de Regio, en el siglo VI a.C. (fr. 339 *PMG*; cf. Pólux 2.187, y Anacreonte, fr. 399 *PGM*).

Por otro lado, Plutarco (*Licurgo* 14.2ss.) asegura que el legendario legislador espartano "*eliminando toda forma de molicie, educación sedentaria y feminidad, acostumbró a las muchachas no menos que a los muchachos a participar desnudas en procesiones y a bailar y cantar en algunas festividades religiosas, estando presentes los jóvenes como espectadores. A veces las muchachas se burlaban y criticaban con gracia a los que lo hacían mal, y, al contrario, cantando encomios en verso a quienes de ellos lo merecían, infundían en los jovencitos gran ambición y espíritu de emulación...*

Por otro lado, la desnudez de las doncellas no tenía nada de indecoroso, ya que estaba presente el pudor y ausente la incontinencia". De este texto de Plutarco se ha deducido que la desnudez era la práctica habitual en el entrenamiento físico de las espartanas desde los tiempos de Licurgo, aunque lo que en él se nos dice no se avenga del todo bien con el testimonio de otras fuentes que hemos citado. El problema sigue, pues, aún sin solución y los trabajos recientes continúan ofreciendo soluciones diversas. Así, mientras que Arieti opina que las laconias se entrenaban desnudas luchando incluso con oponentes masculinos, Arrigoni se adhiere a quienes piensan que el desnudo estaba limitado a ciertas procesiones rituales (que serían las mencionadas por Plutarco) y a determinadas festividades religiosas. De acuerdo con la distinción por ella establecida, concluye que la desnudez no era necesaria en la gimnasia "erótico-política", en tanto que sí era lo acostumbrado en el caso de la gimnasia "ritual", es decir, la asociada a determinados cultos de los que luego se hablará. Como un posible argumento en favor de esta distinción cita unos versos del poema 18 de Teócrito (*Epitalamio de Helena* 22-3), en los que las compañeras de la heroína afirman que "*ungidas a la usanza de los hombres* (y por tanto desnudas) *junto a los baños del Eurotas*" practicaban la carrera, reflejo de competiciones cultuales celebradas fuera de la ciudad, lejos de la mirada de los hombres. Posteriormente, a partir de esas ocasiones, los escritores de época romana extendieron la desnudez a todas las actividades físicas de las espartanas, ya fuera para acentuar los rasgos "picantes" (dado que el mostrarse desnudo en público era algo que repugnaba grandemente el gusto de los romanos) ya para establecer un contraste entre la idealizada vida natural de la antigua Esparta y la complicada vida de la gran ciudad, como ocurre en el citado poema de Propercio.

¿Qué pruebas comprendía el entrenamiento físico de las mujeres espartanas? Ya se ha señalado que, a decir de Plutarco, Licurgo "*ordenó que el sexo femenino ejercitase su cuerpo no menos que el masculino*", y parece indudable, dada la coincidencia de nuestras fuentes, que las jóvenes lacedemonias practicaban la carrera, la lucha, el salto y el lanzamiento de disco y jabalina. Arrigoni aduce algunos argumentos que

invitan a pensar que tampoco desconocían la natación y la equitación (deporte éste último habitualmente reservado sólo a los varones), en tanto que las disciplinas más duras, el pancracio y el pugilato, parecen haber estado ausentes en la formación física de las espartanas, ya que únicamente Propercio les atribuye la práctica de estos violentos deportes, en su intento de presentarlas como una especie de Amazonas históricas (véase un catálogo de ejercicios y las correspondientes fuentes que nos informan sobre ellos en Scanlon, "Virgineum Gymnasium", p. 205).

La carrera es probablemente el deporte femenino de competición más extendido en la antigua Grecia y son abundantes los testimonios que poseemos de su práctica por parte de las mujeres de Esparta (fig. 26). Pausanias (3.13.7) nos dice que a instancias del oráculo délfico se instituyó en las cercanías de Esparta un festival en honor de Dionisio que incluía una carrera entre once escogidas doncellas (cf. también Hesiquio, *s.v. Dionysiádas* y los escolios a Esquines 1.43). Parece tratarse, pues, de una carrera ritual, pero los poco precisos datos que nos proporcionan nuestras escasas fuentes sólo dejan lugar a conjeturas sobre su posible función. Así, Arrigoni sugiere la hipótesis de que la finalidad de tal prueba sería seleccionar nuevas sacerdotisas de Dioniso, entre las que se contaría la vencedora tras su triunfo. También significado ritual, pero con sentido diferente, tendrían las carreras de mujeres que quizá se desarrollaban en el santuario de Menelao y Helena en Terapne: dado que Helena era el prototipo de esposa ideal para las muchachas espartanas y dado que se trataba de una carrera mucho más abierta que la anterior, en la que podían participar incluso las hijas de los periecos (al menos eso asegura un escolio a Teócrito 18.22ss.), estaríamos ante un ritual que miraría al matrimonio, al que las jóvenes espartanas llegaban en la plenitud de su forma física.

Igualmente bien conocida es la práctica de la lucha y el lanzamiento de disco y jabalina por parte de las espartanas (Eurípides, *Andrómaca* 595ss.; Plutarco, *Licurgo* 14.2; Propercio 3.10; Critias, fr. 32), así como una curiosa modalidad de salto que se menciona ya en Aristófanes, *Lisístrata* 77ss. Lisístrata manifiesta su admiración ante el saludable aspecto que presenta la espartana Lampito, que da la impresión hasta de ser

capaz de estrangular un toro, a lo que ésta responde dando el secreto de su belleza: "*¡Ya lo creo, por los dioses! Pues practico la gimnasia y salto dándome en el culo con los talones*". Este tipo de salto, denominado *bíbasis* y que se consideraba característico de las muchachas espartanas, consistía, pues, en saltar hasta tocarse los glúteos con los pies, ya fuera con los dos juntos o bien saltando alternativamente sobre cada una de las piernas (cf. Pólux 4.102, que cita un epigrama laconio en honor de una joven que venció en una competición llegando hasta los mil saltos, cifra que algunos consideran con escepticismo).

En suma, como indica la admiración que suscitaban incluso entre sus rivales atenienses, no cabe duda de que en toda Grecia se reconocía que el entrenamiento físico contribuía notablemente a la belleza y, sobre todo, a la salud de las mujeres lacedemonias. No es, por ello, de extrañar que también en este aspecto el sistema educativo espartano influyera notoriamente en las teorías de Platón sobre la organización de la ciudad ideal. Platón, en efecto, como señalamos en su momento (cf. 1.3.1.3.), dispone para las mujeres el mismo entrenamiento que para los hombres, ya sea ejercitándose juntos, según se deduce de *República* 452a-b, ya por separado, como se indica en *Leyes* 794c. La mujer debe, entonces, practicar una variada gama de ejercicios, pero el filósofo insiste sobre todo, también él, en las carreras, de diferentes distancias y practicadas, a diferencia de los que hacían las espartanas, "*con atuendo apropiado*" (*Leyes* 833c, aunque tal interpretación no es la única posible; cf. también 804e).

Las propuestas de Platón, sin embargo, apenas tuvieron eco, no sólo en Atenas, sino en general en el resto de Grecia, y un entrenamiento físico serio y continuado difícilmente entraba en la educación de la mujer. No obstante, sí debía de existir algún tipo de formación física, aunque fuera restringida, a juzgar por las competiciones que, normalmente en el marco de algún culto, contaban con participación femenina a lo largo de todo el ámbito del mundo griego.

Quienes se han ocupado del estudio del deporte femenino en la antigua Grecia coinciden en afirmar que la disciplina más practicada por las mujeres, al menos en la competición, era la carrera. Quizá el testi-

monio más antiguo provenga de un lugar y una época donde la mujer parecía gozar de una posición especial en la ciudad: la Lesbos del siglo VII a.C. Se trata de un posible fragmento de Safo, aunque la atribución es dudosa, así como su interpretación (de hecho, Lobel-Page y Voigt lo incluyen, con el n.° 11, entre los fragmentos lesbios de autor incierto): "*enseñó* (o "*enseñé*) *a Hero de Guíaro, muchacha rápida en la carrera*". Nada seguro puede deducirse de fragmento tan exiguo, teniendo en cuenta además que desconocemos el contexto en el que se inscribía; a pesar de ello, muchos estudiosos del deporte griego lo consideran testimonio cierto de la práctica de la carrera por parte de las muchachas de la isla de Lesbos, como es el caso de Harris (*GAA* 182), Patrucco (p. 45, n. 4) o Arrigoni (p. 114-5, aludiendo a la existencia de concursos de belleza en el marco del culto a Hera, con vistas a los cuales las jóvenes podrían ejercitar su cuerpo).

Carreras de muchachas (las mayores desnudas y las más jóvenes vistiendo un quitón), según reflejan las pinturas vasculares, formaban parte de los cultos iniciáticos en honor de Artemis en Braurón, no lejos de Atenas (cf. Arrigoni, p. 101ss., con abundante bibliografía), y es posible que una práctica semejante deba extenderse también a otros cultos y juegos locales. A juzgar por las informaciones de que disponemos, sólo en época tardía, con la posible excepción de los juegos que en honor de Hera tenían lugar en Olimpia, las carreras femeninas entraron a formar parte del programa de los grandes festivales. Nuestro documento más importante al respecto es una larga inscripción, datable hacia 41-47 p.C. y hallada en Delfos, en el pedestal de las estatuas que dedicó un orgulloso padre, Hermesianacte de Trales, en Caria, a tres hijas suyas, grandes atletas (Dittenberger, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*, Leipzig 1915-24, n.° 802; Moretti, n.° 62):

"*Hermesianacte, hijo de Dionisio, ciudadano de Cesarea Trales, y también de Atenas y Delfos* (?), *lo dedica a sus hijas, que tienen también ellas las mismas ciudadanías,*

a Trifosa, que venció en los Juegos Píticos cuando eran agonotetas Antígono y Cleomáquidas, y en los Juegos Ístmicos cuando era agonoteta Juvencio Proclo, en la carrera del estadio convenientemente (?), *la primera entre las doncellas,*

a Hedea, que venció en los Juegos Ístmicos cuando era agonoteta Cornelio Pulcro en la carrera de carros armados, y en los Juegos Nemeos en la carrera del estadio cuando era agonoteta Antígono, y en Sición cuando era agonoteta Menetas; y venció también en la competición de niños citaredos en los 'Sebastia' de Atenas cuando era agonoteta Novio, hijo de Filino, y fue la primera doncella en ser hecha ciudadana de... desde hace mucho tiempo (?),

a Dionisia, que venció en los Juegos Ístmicos (?) *cuando era agonoteta Antígono, y en los Juegos de Asclepio en la sacra Epidauro cuando era agonoteta Nicótelo, en la carrera del estadio.*

Dedicada a Apolo Pitio".

El impresionante palmarés de las tres hermanas, digno de atletas profesionales, nos indica que también el deporte femenino fue perdiendo, aunque mucho más tarde que el de los hombres, su dimensión principalmente cultual, a pesar de desarrollarse en el marco de festivales religiosos. Por contra, es claro que la carrera de mujeres alcanzó gran difusión y, al menos al comienzo de la era cristiana, estaba presente en los grandes festivales panhelénicos (Juegos Píticos, Ístmicos y Nemeos; sobre su presencia en Olimpia se hablará más adelante) y también en otras competiciones importantes (Sición, Epidauro, Atenas). Este hecho queda confirmado también por otros testimonios, que nos hablan de la intervención de mujeres en juegos que tenían lugar en todo el mundo influído por la cultura griega. De la propia Grecia, una inscripción latina nos recuerda la existencia de una "competición de muchachas" (probablemente una carrera) introducida en los Juegos Ístmicos por Lucio Castricio Régulo, en el año 23 p.C. (cf. Arrigoni, p. 110-111). Por otro lado, una antoación marginal al texto de Pausanias 5.16.2, donde se describen los Juegos Hereos, contenida en el manuscrito *Parisinus* 1410, da cuenta de una inscripción que el comentarista afirma haber visto en Patras "sobre las ruinas de antiguos edificios", con la siguiente dedicatoria: "*A Nicégora, hermana dulcísima, vencedora en el estadio en la carrera de doncellas, yo, Nicófilo, aquí dedico una estatua de mármol de Paros*". Dado que la inscripción no se ha conservado, es imposible precisar la fecha, así como el lugar de la victoria, sobre el que nada nos dice el texto. No obstante, si

Nicégora hubiera vencido en unos juegos importantes, y luego su hermano le hubiera dedicado una estatua en su patria, Patras, lo lógico sería que hubiese hecho constar en la inscripción el lugar de la victoria, por lo que probablemente se trate de un triunfo obtenido en unos juegos locales, en la propia Patras, y la introducción de la noticia al margen del texto de Pausanias en el que se da cuenta de los Juegos Hereos se debió posiblemente al hecho de que en ambos casos se trata de carreras de mujeres (para una información más precisa, cf. Harris, *GAA* 181, y Arrigoni, p. 109-110).

Otra noticia, cuya veracidad, como en el caso que acabamos de considerar, ha sido también puesta en duda, proviene del cronógrafo bizantino del siglo VI p.C. Juan Malalás (p. 288 de la edición de Bonn), quien describe las Olimpíadas de Antioquía de Siria a finales del II p.C., que incluían pruebas femeninas de lucha, carrera y canto, quedando las vencedoras consagradas como sacerdotisas. Finalmente, en el otro extremo del mundo greco-romano, en Italia, tampoco son desconocidas las carreras de mujeres: una inscripción (*SEG* XIV, n.° 602) nos informa de la victoria conseguida por una mujer casada (algo absolutamente excepcional) en una carrera reservada a hijas de magistrados durante los *Sebasta* napolitanos del 154 p.C., en tanto que Suetonio (*Domiciano* 4) nos dice que ese emperador promovió durante su reinado, que comenzó en 81 p.C., gran número de espectáculos y los dotó con más abundantes premios, y en los juegos que instituyó en honor de Júpiter Capitolino, entre las numerosas pruebas destaca la existencia de "*la carrera en el estadio en la que incluso competían doncellas*".

La carrera pedestre es, pues, con diferencia, el deporte femenino de competición más extendido en el mundo griego. No obstante, en la inscripción que Hermesianacte dedica a sus tres hijas puede leerse que una de ellas, Hedea, obtuvo el triunfo en la carrera de cuádrigas de los Juegos Ístmicos. Ciertamente los deportes ecuestres fueron, según parece, privilegio casi exclusivo de los varones, pero, dada la costumbre griega de proclamar vencedor de las pruebas hípicas no al auriga, sino al propietario de los caballos, una mujer con el suficiente dinero para poder soportar los grandes gastos que exigía el mantenimiento de una cuadra y

también con la suficiente ambición y dedicación, podía ver su nombre incluído en la lista de vencedores en los grandes juegos. Conocemos, de hecho, los nombres de seis mujeres incluídas en el catálogo de vencedores en los Juegos Olímpicos, todas triunfadoras en pruebas hípicas: *ca.* 396 a.C. la espartana Cinisca, hija del rey Arquidamo II y hermana de Agesilao (que fue quien fomentó su afición por la cría caballar, según Jenofonte, *Agesilao* 9.6; cf. Pausanias 5.12.5 y 6.1.6); Belistica de Macedonia, concubina del rey egipcio Tolomeo II Filadelfo, en 268 y 264 a.C. (Pausanias 5.8.11; *Pap. Oxy* 17.2082); las hermanas Timareta y Teodota de Élide, en la primera mitad del siglo I a.C.; y otra participante local, Casia Mnasitea, en 153 p.C.; a ellas quizá deba añadirse la famosa Berenice, esposa de Tolomeo III Evérgetes y célebre por su cabellera cantada por Calímaco y Catulo, a quien pudiera referirse el fr. 383 Pfeiffer de Calímaco, que celebra una victoria ecuestre en Nemea y a quien se ha atribuído igualmente un triunfo olímpico (cf. Piernavieja, p. 421ss.; Arrigoni, p. 100-101). El ejemplo de Olimpia debió de extenderse a otros juegos mayores y menores, de manera que, además de los ya mencionados, cuentan con vencedoras en pruebas hípicas las Panateneas a partir del comienzo del II a.C. y otras competiciones menos importantes como la "Fiesta de la Libertad" de la capital tesalia Larisa, los juegos que en honor de Anfiarao tenían lugar en su hermoso santuario de Oropo, e incluso en Asia Menor, ya que en una inscripción de Cime (Moretti, p. 42), quizá del siglo I a.C., se recuerda a Damodica por la victoria de su cuádriga.

Poco puede decirse de la práctica de otros deportes por parte de las mujeres. Fuera de Esparta, la lucha femenina debió de ser excepcional. Ya se ha hecho alusión a las posibles luchas mixtas de la isla de Quíos y a la existencia de combates femeninos en las Olimpíadas de Antioquía. Por último, en la isla de Egina se han encontrado pequeños bronces de muchachas luchando o corriendo, que podrían reflejar el entrenamiento de las eginetas en uno o en los dos deportes (cf. Schröder 164-5; Arrigoni 107-8, con figuras 9a y 9b). No sería extraño que en Egina, habida cuenta de la ascendencia doria de sus habitantes y sus contínuas disputas con Atenas, algunas muchachas, sobre todo entre las clases altas, fueran

educadas a la manera espartana, y, por otra parte, no hay que perder tampoco de vista la gran tradición deportiva de la isla, cuyos atletas son con suma frecuencia celebrados por Píndaro, Baquílides y Simónides.

Hemos dejado para el final la competición femenina más conocida, los juegos que en honor de Hera tenían lugar en el santuario de Olimpia y que plantean sus propios problemas. El texto que nos proporciona la mejor, y casi única, información es, de nuevo, un pasaje de Pausanias (5.16.2-3): "*Cada cuatro años tejen a Hera un peplo las 16 mujeres y ellas mismas convocan una competición, los Juegos Hereos. La competición consiste en una prueba de carrera para muchachas, no todas de la misma edad, sino que corren las primeras las más jóvenes y depués de ellas las segundas en edad y las últimas las muchachas que son mayores. Y corren de la siguiente manera: llevan suelto el cabello y un quitón les llega un poco por encima de la rodilla y enseñan el hombro derecho hasta el pecho. También a ellas les está asignado para la competición el estadio olímpico, pero se les reduce para la carrera aproximadamente la sexta parte de él. A las vencedoras les conceden coronas de olivo y parte de la vaca sacrificada a Hera, y además les está permitido ofrendar imágenes con inscripciones. Y también hay mujeres que prestan ayuda a las 16 que dirijen estas competiciones. Estos juegos de muchachas los hacen remontar también a la antigüedad, diciéndose que Hipodamía, para dar gracias a Hera por su boda con Pélope, reunió a las 16 mujeres y con ellas fue la primera en organizar los Juegos Hereos*".

La descripción de Pausanias es, ciertamente, muy detallada, pero, con todo, deja en la oscuridad algunos puntos que ningún otro documento contribuye a aclarar. Como los Olímpicos, los Juegos Hereos nos dice Pausanias que tenían lugar cada cuatro años (no era una competición anual, como pretende Piernavieja, p. 414), pero no sabemos si se desarrollaban el mismo año ni por la misma época. No obstante, el mayor problema con que nos tropezamos es el origen de la competición, ya que la noticia de que "se remontan a la antigüedad" apenas es significativa. Son numerosos los paralelos evidentes entre los Juegos Olímpicos y los Juegos Hereos: las mujeres corrían en el estadio masculino, recibían como premio una corona de olivo, a las vencedoras se les permitía

dedicar una estatua conmemorativa, había un colegio de 16 mujeres, trasunto femenino de los helanódicas, etc. etc. Sin embargo, de este hecho indudable cabe naturalmente deducir, y así ha ocurrido, dos conclusiones opuestas, y suponer que el festival de Hera se modeló sobre los Juegos Olímpicos (cf., por ejemplo, Gardiner, *AAW* 42), o bien, a la inversa, establecer la prioridad cronológica de la competición femenina. Así piensan Deubner, que fecha los juegos en honor de Hera antes de siglo VIII a.C., atendiendo a la fundación en Olimpia del primer templo de la diosa, y también quienes defienden la prioridad de las diosas sobre los dioses en el panteón de Olimpia (Eisen, siguiendo las tesis de Mehl).

Además de la versión mítica que hace remontar el origen de la competición a la acción de gracias de Hipodamía ante Hera por su boda con Pélope, poco más adelante Pausanias consigna otra tradición, que podríamos llamar histórica (5.16.5-7): "*Dicen que Demofonte era tirano de Pisa* (la ciudad cercana a Olimpia) *y que cometía contra los eleos muchas crueldades. Y cuando murió Damofonte, como ciertamente los habitantes de Pisa no consentían en hacerse responsables como pueblo de las faltas del tirano, y también a los eleos les resultó grato disolver las acusaciones que se les imputaban, eligieron una mujer de cada una de las 16 ciudades de Élide que todavía permanecían habitadas por entonces para que acabaran con sus diferencias, la que fuera por su edad mayor y sobresaliera entre las mujeres por su prestigio y fama... Las mujeres de esas ciudades hicieron la paz entre pisatas y eleos, y luego también les fue encomendado organizar una competición, los Juegos Hereos, y tejer el peplo a Hera*". Estos hechos se ubican hacia el año 580 a.C., con lo que disponemos así de una posible fecha en la que datar el origen de los juegos femeninos en honor de Hera. No obstante, a falta de otros testimonios que lo confirmen, no podemos determinar de manera definitiva si en tal fecha se celebraron por primera vez los juegos o si se debe remontar su origen a una época anterior (aunque sin preceder a los Juegos Olímpicos) y considerar que en 580, de modo paralelo a las competiciones masculinas, tuvo lugar una reorganización de los mismos con la introducción del colegio de las 16 mujeres, como ha defendido Scanlon ("The

footrace..."), para quien tal reestructuración se produjo por influencias de las competiciones que en Esparta se celebraban en honor de Dioniso, punto éste último rechazado con profusión de pruebas por Arrigoni (p. 193, n. 173). La profesora italiana, por su parte, siguiendo la orientación de su trabajo, se ocupa con pormenor de estudiar la función de esta competición pedestre de muchachas, aceptando la que ha venido siendo tesis tradicional (cf. también Scanlon, "Virgineum Gymansium", p. 186, con n. 5): la carrera formaba parte de un ritual de carácter prematrimonial, de manera que correr en honor de Hera significaba en cierta medida prepararse para el matrimonio, aspirar a ser buenas esposas como Hera, a través de un test deportivo; en ese contexto, el peplo que cada cuatro años se entregaba a la diosa (probablemente el peplo nupcial) rememoraba la acción de gracias de la mítica Hipodamía tras su boda con Pélope.

Por lo que respecta, finalmente, a la intervención femenina en los Juegos Olímpicos, ya se ha hablado de las victorias conseguidas por mujeres en pruebas hípicas, pero siempre como propietarias de sus caballos y nunca como participantes activas. Y ello no es de extrañar si se tiene en cuenta que la mujer (por lo menos la mujer casada) tenía terminantemente prohibido su acceso a Olimpia durante los juegos, incluso en calidad de espectadora, y la violación de esa regla era castigada con la muerte, debiendo ser arrojada la infractora por los barrancos del monte Tipeo. Pausanias (6.7.1ss.; cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 17) menciona un único intento de obviar la prohibición, que terminó felizmente. Una viuda, llamada Calipátira, Aristopátira o Ferenice, consiguió introducirse en el estadio disfrazada de entrenador, con el deseo de contemplar el triunfo de su hijo Pisírrodo en el pugilato. Exultante de alegría, saltó la barrera tras la cual se situaban los entrenadores, con tan mala fortuna que sus vestiduras se engancharon y quedó al descubierto, ante el público todo, su condición femenina. No obstante, su acción fue perdonada en atención a los innumerables éxitos deportivos conseguidos por su padre (el celebérrimo Diágoras de Rodas), hermanos, hijos y sobrinos, si bien de resultas del suceso se estableció una norma por la que en adelante también los entrenadores debían presentarse desnudos en el estadio.

Hemos de lamentar que la protagonista de esta anécdota fuera una mujer viuda y no una soltera, pues de lo contrario quizá hubiera contribuído a la resolución de otro debatido problema, sobre el que aún se mantienen opiniones encontradas. Pausanias (6.20.9) comenta que únicamente una mujer, la sacerdotisa de Deméter Camine, tenía el privilegio de asistir a los Juegos Olímpicos, ocupando además un lugar de honor junto a los helanódicas. Sin embargo, en otro pasaje afirma que no estaban excluídas las doncellas que quisieran presenciar el espectáculo. ¿A cuál de los dos textos debemos atender? Como suele ocurrir en tales casos, los diversos autores sostienen diferentes opiniones. Por un lado, quienes conceden mayor credibilidad al primer pasaje citado (véase, por citar la bibliografía más específica, Harris, *GAA* 183, para quien el segundo texto "es sin duda uno de los muchos pasajes corruptos del autor"; Piernavieja 414ss.; Assa 432), citan como corroboración de su tesis la narración que hace Suetonio (que vivió cincuenta años antes que Pausanias) de los juegos que Nerón fundó en Roma siguiendo el modelo griego, en los cuales "*invitó incluso a presenciar las competiciones de atletas a las vírgenes Vestales, porque en Olimpia también se permite a las sacerdotisas de Ceres contemplar tal espectáculo*" (*Nerón* 12.4). Son también muchos quienes, por el contrario, aceptan como buena la noticia de que las doncellas estaban excluídas de la prohibición de asistencia y proponen diversas teorías para explicar tal privilegio. Así, Kempe, con demasiado optimismo en nuestra opinión, entiende que la influencia espartana puede explicar suficientemente la admisión de las solteras, mientras que Arrigoni (p. 99-100) se arriesga a concluir que "el permiso de asistir a las competiciones deportivas masculinas tenía probablemente como fin una acción mimética, suscitar una especie de estímulo emulativo entre las jóvenes, como si asistir a las proezas masculinas pudiese 'cargarlas' para su propia competición deportiva, es decir, la carrera a pie". Así pues, cualquiera de las dos posibilidades cuenta con sus propios argumentos a favor y en contra, lo que hace imposible dar por el momento una respuesta segura. No obstante, quizá si se admite la asistencia de doncellas como espectadoras, se planteen una serie de interrogantes que desaparecen si aceptamos la prohibición para toda mujer que

no fuera la sacerdotisa de Deméter Camine: ¿cómo explicar el texto de Suetonio si admitimos que todas las vírgenes podían asistir libremente? ¿se debe dar prioridad a una noticia tan poco pormenorizada y sin otro texto que la corrobore?

Se trata, en fin, de una de las muchas cuestiones discutidas que suscita el deporte femenino en la antigua Grecia, un tema en el que los pocos datos seguors que nos informan sobre él ha impedido quizá que filólogos e historiadores le hayan dedicado la atención que merece. Por suerte, diversos trabajos aparecidos recientemente, que se inscriben dentro de la corriente de interés que ha provocado últimamente la aparición de numerosas publicaciones sobre la posición de la mujer en el mundo antiguo, van contribuyendo a resolver algunos problemas, pero al mismo tiempo también, irremediablemente, a plantear otros nuevos.

BIBLIOGRAFÍA

1.3.1. Educación física

1) Obras generales, F.A.G., Beck, *Greek Education. 450-350 B.C*, Londres 1964; C.A. Forbes, *Greek Physical education*, Nueva York-Londres 1929; W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura greiga*, trad. esp. Méjico 1962[2]; H.I. Marrou, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité. I: Le monde grec*, París 1948 (reimpr. 1981; hay trad. esp. Madrid 1987); J. Ulmann, *De la gymnastique aux sports modernes. Histoire des doctrines de l'éducation physique*, París 1965.

2) Esparta, K.M. Chrimes, *Ancient Sparta*, Manchester 1949; A. Hoenle, "Der spartanische Staat und die Olympischen Spiele", *AW* XIV 1983, 59ss.; J.T. Hooker, *The Ancient Spartans*, Londres 1980; W. Jaeger, "Tyrtaios über die wahre Areté", *SBAW* 1932, 537-568; H. Michell, *Sparta*, Cambridge 1952; P. Oliva, *Sparta and her Social Problems*, Praga-Amsterdam 1971; R. Patrucco, "L'attività sportiva di Sparta", *Archaeologica. Scritti in onore di Aldo Neppi Madona*, a cura di N. Caffarello, Florencia, 1975, 395-412.

3) Atenas. P. Girard, *L'éducation athénienne*, París 1891[2]; R. Flacelière, *La vie quotidienne en Grèce au siècle de Péricles*, París 1959, 107-146; D.G. Kyle, *Athletics in Ancient Athens*, Leiden 1987.

4) Solón, D.G. Kyle, "Solon and Athletics", *AncW* IX 1984, 91-105; P. Oliva, *Solon*, Praga 1971; I. Weiler, "Einige Bemerkungen zu Solons Olympionikengesetz", *Festschrift R. Muth*, Innsbruck 1983, 573-582.

5) Gimnasios y palestras. J. Delorme, *Gymnasion*, París 1960; C.A. Forbes, "Expanded Uses of Greek Gymnasium", *CPh* XL 1945, 32-42; S.L. Glass, "The Greek Gymnasium. Some Problems" en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W.J. Raschke, Wisconsin 1988, 155-173; W. Zschietzschmann, *Wettkampf und Uebungsstätten in Griechenland. Stadion, Palästra, Gymnasion. Eine Uebersicht, 2: Palästra, Gymnasion*, Stuttgart 1961.

6) Kalokagathía. B. Bilinski, *Agoni ginnici. Componenti artistici ed intelettuali nell'antica agonistica greca*, Roma 1979; J. Jüthner, "Kalokagathia", *Charisteria. Alois Rzach zum 80. Geburtstag dargebracht* 1930, 99-119; V. Olivová, "Kalokagathia. The Greek Ideal of the Harmonious Personality", *Canadian Journal of History of Sport* XIV 1983, 1-15.

7) Píndaro. P.A. Bernardini, "Essaltazione e critica del atletismo nella poesia greca dal VII al V secolo a.C. Storia di un' ideologia", *Stadion* VI 1980, 81-111; C.M. Bowra, "The Ahtletic Ideal", en *Pindar*, Oxford 1964, 159-191; M. Fernández Galiano, "El sentido del deporte en Píndaro", *CAF* XIII 1971, 121-140; B. Gentili, "Aspetti del rapporto poeta, commitente, uditorio nella lirica corale greca", *StudUrb* XXXIX 1965, 70-78; K. Kramer, *Studien zur greichischen Agonistik nach den Epinikien Pindars*, Colonia 1970; H. M. Lee, "Athletic Arete in Pindar", *AncW* VII 1983, 31-37; A. Szastynska-Siemion, "Le *pónos* du sportif dans l'épinice grec", *Acta Conventus XI Eirene*, Varsovia 1971, 81-85.

8) Jenofonte, Platón, Aristóteles. J. Anderson, *Ancient Greek Horsemanschip*, Berkeley-Los Ángeles 1961; B. Bischof, *Die körperliche Erziehung bei den Griechen im Lichte der greichischen Philosophie*, Freu-

denthal 1913; D.A. Dombrowski, "Plato and athletics", *Journal of Philosophy of Sport* VI 1979, 20-38; B. Jeu, "Platon, Xénophon et l'idéologie du sport d'État", en *Politique dans l'Antiquité. Images, mythes et fantasmes*, ed. por J. P. Dumont y L. Bescond, Lille 1986, 9-33; E. Kornexl, *Leibesübungen bei Homer und Plato*, Frankfurt am Main 1969; E. Meinburg, "Gymnastische Erziehung in der platonischen Paideia", *Stadion* I 1975, 228-266; P. Musiolek, "Die Anschauungnen des Aristoteles über körperliche Erziehung als Teil der Paideia in ihrem historischen Zusammenhang", *StudClas* IV 1962, 95-124; R. Opitz, *Platons Stellungnahme zu den Leibesübungen*, Dis. Graz. 1939; R. Weirich, *Körper und Körpererziehung bei Plato*, Dis. Munich 1932; K.O. Widdra, *Xenophons 'Reitkunst'*, Dis. Marburg 1959.

1.3.2. El deporte de competición

1) **"Amateurismo" y profesionalismo.** H. Aigner, "Zur Organisation des Berufathletentums in der Antike", *Civitas* XL 1985, 295-298; H. Bengston, "Agonistik und Politik im alten Griechenland", *Kleine Schriften zur Alten Geschichte*, Munich 1973, 190-207; F. Bohringer, "Cultes d'athlètes en Grèce Classique; propos politiques, discours mythiques", *REA* LXXXI 1979, 5-18; H. Buhmann, *Der Sieg in Olympia und in den anderen panhellenischen Spielen*, Munich 1972; J. Fontenrose, "The Hero as Athlete", *CSCA* I 1968, 73-104; A.H. Gilbert, "Olympic Decadence", *CJ* XXI 1925-6, 587-598; J. Goehler, "Olympioniken als Krieger und Politiker: zur sozialen Stellung der Olympia-Sieger im Altertum", *Die Leibeserziehung* XIX 1970, 190-195; H.A. Harris, "El aficionado y el profesional en el deporte griego y romano" *CAF* XIV 1972, 69-88; J. Jüthner, "Professionalismus im Altertum", *Die Leibesübungen* 1927, 114-118; C.A. Manning, "Professionalism in Greek Athletics", *CW* XI 1917, 74-78; R. Muth, "Der Sieg in Olympia: Faszination und Kritik", *Wort im Gebirge* XXV 1976, 7-39; G.E. Mylonas, "Athletic Honors in the Fifth Century", *CJ* XXIX 1943-44, 278-289; H.W. Pleket, "Some Aspects of the Athletic Guilds", *ZPE* X 1973, 197-227; id. "Olympic Benefactors", *ZPE* XX

1976, 1-18; id.; "Zur Soziologie des antiken Sport", *MNIR* XXXVI 1974, 57-87; id., "Games, Prizes, Athletes and Ideology. Some Aspects of the History of Sport in the Greco-Roman World", *Stadion* I 1975, 49-89; A.M. Scarcella, "Agonistica e struttura classista nella società greca", *Klio* LXIV 1982, 543-549; Th. Woody, "Professionalism and the Decay of Greek Athletics", *School and Society* XLVII 1938, 521-528; D.C. Young, "Professionalism in Archaic and Classical Greek Athletics", *AncW* VII 1983, 45-51; id. *The Olympic Myth of Greek Amateur Athletics*, Chicago 1984; id., "How the Amateurs won the Olympics", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 55-75.

2) **Críticas** (véase también la bibliografía sobre Solón, Píndaro, Jenofonte, Platón y Aristóteles). J. Bazant, "On the Gluttony of Ancient Greek Athletes", *LF* CV 1982, 129-131; B. Bilinski, *L'agonistica sportiva nella Grecia antica*, Roma 1959, 25-50; C.M. Bowra, "Xenophanes and the Olympic Games", *AJPh* LIX 1956, 257-279 (cf. también *Problems in Greek Poetry*, Oxford 1953, 15-37); G. Bratescu , "Sur la conception Hippocratique concernant la santé et la maladie", *StudClas* XI 1969, 57-68 (en rumano, con resumen en francés); T.S. Brown, "Herodotus' views on Athletics", *AncW* VII 1983, 17-29; F. Dellisanti, *L'atletismo nella critica e nella satira classica*, Fano 1934; M.I. Finley-H.W. Pleket, *The Olympic games*, Nueva York 1976, 113-127; D.G. Kyle, *Athletics in Ancient Athens*, Leiden 1987, 124-154; F. García Romero, "Deporte y ejercicio físico en el 'Corpus Hippocraticum'", *VII Colloque International Hippocratique*, Madrid 1992, 221-229; M. Marcovich, "Xenophanes on Drinking Parties and Olympics Games", *YCS* III 1978 1-26; W. Mering, *Die Anschauungen des Hippokrates über Gymnastik und Massage*, Dis. Munich 1937; M.F. Shelden, *Greek Athletics in the Writings of the Greek Historians*, Dis. Univ. of Southern California 1974; D.F. Sutton, "Athletics in the Greek Satyr Play", *RSC* XXIII 1975, 203-209; I.E. Stephani, "Defensa de los atletas", *Ellenika* XXXIX 1988, 270-290 (en griego).

3) **Entrenamiento y régimen de vida de los atletas.** J. Amsler, "Heródico o de la fisiografía", *CAF* I 1959, 295 ss.; L. Casson,

"A Passion for the Hard Workout" *Horizon* XVIII 1976, 12-15; N.B. Crowther, "Weighlifting in Antiquity", *GandR* XXIV 1977, 111-120; G. Eckmann, *Ueber die praktische Rolle der Diätetik in der hippokratischen Medizin*, Dis. Berlín 1936; L. Edelstein, "Antike Diätetik", *Die Antike* 1931, 255-270; B. Gordon, "Grecian Athletic Training in the 3. Century", *Annals med. hist.* VII 1935, 513-518; J. Lawinska-Tyszkowska, "El papel del entrenador en la Grecia antigua", *Acta Conventus XI Eirene*, Varsovia 1971, 55-61 (en ruso); C. Paleólogos, "El entrenamiento antiguo y el moderno", *CAF* III 1961, 373-384; R. Patrucco, "La psicologia dell'atleta", *Maia* XXIII 1971, 245-253; E. Reisch, art. "Aleiptes" en *RE* I.1, col. 1360-62; id., art. "Anankophagía" en *RE* I.2, col. 2058-60; J.M. Renfrew, "Food for Athletes and Gods: a Classical Diet", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 174-181; C. Ulf, "Die Einreibung der griechischen Athleten mil Oel", *Stadion* V 1979, 220-238.

4) **Irregularidades y muertes.** H. Aigner, "Zuschauer, Schiedrichter, Veranstalter. Ihr Einfluss auf Gestaltung und Ausgang von Wettkämpfen im Altertum", en *Sport in unserer Zeit* IV, ed. por B. Günter, Viena 1986, 67-80; J. Benedum, "Ohrverletzungen an athleten auf Darstellungen des Altertums und ihre Beziehung zur medizinischen Literatur der Zeit", *Gesnerus* XXV 1968, 11-28; R.H. Brophy, "Deaths in the Panhellenic Games. Arrachion and Creugas", *AJPh* XCIX 1978, 363-390; M. Brophy-R.H. Brophy, "Deaths in the Panhellenic Games II: all Combative Sports", *AJPh* CVI 1985, 171-198; C.A. Forbes, "Accidents and Fatalities in Greek Athletics", *Classical Studies in honor of W.A. Oldfather*, Urbana 1943, 50-59; id., "Crime and Punishment in Greek Athletics", *CJ* XLVII 1951-52, 169-173 y 202-3; A. Moreau, "Le discobole meurtrier", *Pallas* XXXIV 1988, 1-18; M. Poliakoff, "Deaths in the Panhellenic Games. Addenda et Corrigenda", *AJPh* CVII 1986, 400-2; D.G. Romano, "Boycotts, Bribes and Fines. The Ancient Olympic Games", *Expedition* XXVII 1985, 10-21; W. Rudolph, "Sportverletzungen und Sportschäden in der Antike", *Das Altertum* XXII 1976, 21-26; C.G. Starr, "Subsidizing of Athletes", *CJ* XXXI 1936, 444-5; J.P. Thuillier, "Mort d'un lutteur", *MEFR* XCVII 1985,

639-46; I. Weiler, "Aus der Chronik der antiken Olympischen Spielen. Solidarität mit einem korrupten Athleten. Eine Verfallserscheinung aus sporthistorischer Sicht?", en *Sport in unserer Zeit* IV, ed. por B. Günter, Viena 1986, 88-103.

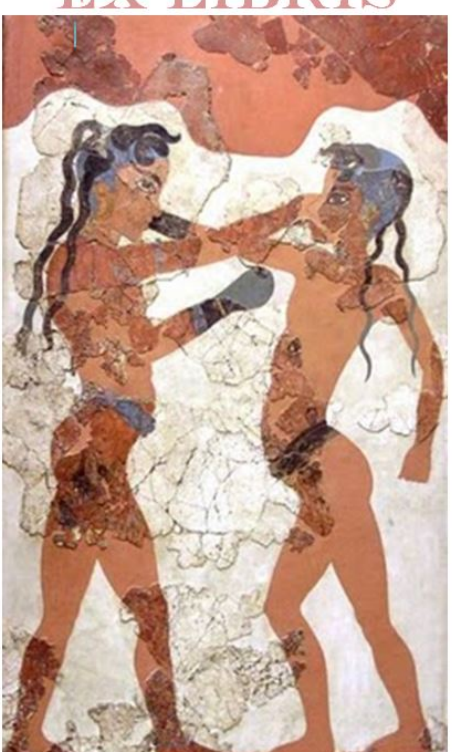
5) **Desnudez de los atletas.** J.A. Arieti, "Nudity in Greek Athletics", *CW* LXVIII 1975, 431-36; F. Bohringer, "Cultes d'athletes en Grèce classique", *REA* LXXXI 1979, 5-18; N.B. Crowther, "Athletic Dress and Nudity in Greek Athletics", *Eranos* LXXX 1982, 163-8; J.D. Mann, "*Gymnázo* in Thucydides 1.6.5-6", *CR* XXIV 1974, 177-8; M. McDonnell, "The Introduction of Athletic Nudity: Thucydides, Plato and the vases", *JHS* CXI 1991, 182-193; J. P. Thuillier, "La nudité athlétique (Grèce, Étrurie, Rome)", *Nikephoros* I 1988, 29-48.

1.3.3. El deporte femenino

G. Arrigoni, "Donne e sport nel mondo greco. Religione e società", en *Le donne in Grecia*, ed. por G. Arrigoni, Bari 1985, 55-128; id., "Iconografia della ginnastica e atletica femmenile nel mondo greco", *ibid.*, 129-201; J. Assa, "La mujer y el deporte en la Antigüedad", *CAF* V 1963, 429-444; C. Bérard, "L'impossible femme athlète", *AION(archeol)* VIII 1986, 195-202; P. A. Bernardini, "Le donne e la pratica della corsa nella Grecia antica", en *Lo sport in Grecia*, Roma-Bari 1988, 153-184; H. Buhmann, "Frauensport im alten Griechenland", *Anregung* XXXV 1989, 107-114, G. Eisen, *Sports and Women in Antiquity*, Dis. Univ. of Massachussett 1976; id., "The Role of Women in Ancient Fertility Cultes and the Origin of Sport", *NASSH* Proc. 1976, 7ss.; H.A. Harris, "Women in Greek Athletics", en *Greek Athletes and Athletics*, Londres 1964, 179-186; H. Kempe, "Hatten Jungfrauen Zutritt zu den Olympischen Spielen?", *Die Leibesübungen* 1936, 281-2; H. Langenfeld, "Griechische Athletinnen in der römischen Kaiserzeit", en *The History, the Evolution and Diffusion of Sports and Games in Different Cultures*, ed. por R. Renson, P.P. de Nayer y M. Ostyn, Bruselas 1976, 116-124; H. M. Lee, "SIG^3 802: did Women compete against

Men in Greek Athletic Festivals?", *Nikephoros* I 1988, 103-117; id., "Athletics and the Bikini Girls from Piazza Armerina", *Stadion* X 1984, 45-76; G. di Macco, "La mujer y el deporte a través de los tiempos", *CAF* V 1963, 445-472; M. Piernavieja, "Antiguas vencedoras olímpicas", *CAF* V 1973, 401-28; T.F. Scanlon, "The Footrace of the Heraia at Olympia", *AncW* IX 1984, 77-90; id., "Virgineum Gymnasium: Spartan Females and Early Greek Athletics", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por. W. Raschke, Wisconsin 1988, 185-216; B. Schröder, "Frauensport", en *Der Sport im Altertum*, Berlín 1927, 162-70.

* EX LIBRIS *



ARMAUIRUMQUE

1.4. ÉPOCAS HELENÍSTICA Y ROMANA

Se ha afirmado con frecuencia que la Guerra del Peloponeso no acabó con la victoria de Esparta, sino con la derrota de toda Grecia. A lo largo del siglo IV a.C. asistimos, en efecto, a la breve hegemonía de Esparta y luego de Tebas, que condujo a las ciudades griegas a un estado de inestabilidad política y debilidad que fue aprovechado por un conquistador procedente del norte: Macedonia. Los macedonios eran considerados por los griegos como "bárbaros", a pesar de su parentesco étnico y lingüístico con ellos y del proceso de helenización progresiva que los monarcas y aristócratas macedonios pretendieron introducir en su país al menos desde comienzos del siglo V. Una historia que nos relata Heródoto (5.22) es instructiva al respecto: "*Estos* (los reyes macedonios) *dicen ser griegos y yo sé que es así... pero además también los organizadores de los juegos entre griegos de Olimpia reconocieron que es así. Pues cuando Alejandro quiso competir y bajó a la arena con esa intención, quienes iban a ser sus rivales pretendían excluirlo de entre los griegos, afirmando que la competición no era cosa de participantes bárbaros, sino griegos. Pero como Alejandro demostró que era de origen argivo, se decidió que era griego*". Este mismo Alejandro, rey de Macedonia entre 498 y 454 y llamado precisamente Filheleno, fue también cantado por Baquílides (fr. 20B) y Píndaro (fr. 120-1). Sin embargo, pese al juicio de las autoridades olímpicas, siglo y medio después Demóstenes incitaba a los atenienses y a los griegos todos a combatir a Filipo II, el bárbaro macedonio que pretendía imponer su dominio sobre la Hélade, pero no pudo impedir que, tras su victoria en Queronea sobre un ejército formado especialmente por tebanos y atenienses, la hegemonía de la nueva potencia se implantara de manera definitiva (338 a.C.). Poco después, en 336, Filipo muere asesinado y, con apenas 20 años, le sucede su hijo Alejandro, quien, después de haber asegurado su supremacía sobre Grecia, en 334 cruzó el Helesponto y en apenas once años cambió el curso de la historia del Mediterráneo Oriental forjando un inmenso imperio que se extendió hasta la

India. A su muerte en 323, víctima del paludismo, su imperio se desmembró y cada uno de los estados que se formaron evolucionó a su manera, hasta que en el transcurso de los siglos II-I a.C. fueron paulatinamente sometidos por Roma.

Los distintos reinos helenísticos evolucionaron, ciertamente, de manera diferente, de acuerdo con las peculiares características de cada uno, pero es también cierto que una fuerza unificadora dio homogeneidad a tan vasta extensión: la helenización, la superposición de la cultura griega traída por los conquistadores sobre las costumbres de los nativos; el griego se convirtió entonces en la *lingua franca* que permitía la comunicación a lo largo de todo el mundo helenístico y, pese a la inevitable adopción de usos más propiamente orientales (como pudiera ser la pompa y boato que rodeaba al monarca), las cortes fueron fundamentalmente griegas en su organización, cultura y costumbres.

Sin embargo, como no podía ser menos, las conquistas de Alejandro, al abrir nuevos horizontes a los griegos y ponerlos en contacto estrechísimo con los pueblos orientales, provocaron ingentes cambios en todos los ámbitos de la cultura griega. En primer lugar y como hecho más destacado, desapareció el mundo de las ciudades-estado, con todo lo que ello significaba para el hombre griego. Las nuevas ciudades, aunque gozaban de cierta autonomía, no dejaban de formar parte de estados mucho más amplios, de manera que, por una parte, la intervención directa de los ciudadanos en la vida política de su ciudad decreció notablemente y, por otra, al quedar desligado el individuo de los lazos que lo ataban a la *pólis* y, en consecuencia, de la senseción de solidaridad y seguridad que proporcionaba la antigua organización social, el nuevo "ciudadano del mundo" (*kosmopolítes*) experimentaba una impresión de inseguridad, de que la vida se hallaba en constante flujo y nada era firme y sólido. La religión tradicional de los griegos, que constituía un factor aglutinador fundamental en la antigua *pólis*, se sigue manteniendo de manera oficial, pero en la práctica la experiencia religiosa se convierte en algo más individual, al tiempo que se extienden por doquier cultos orientales y aparecen sistemas filosóficos que predican la abstención de la vida pública y la serena resignación y aceptación del dolor y de la muerte.

Por otro lado, la cultura helenística es esencialmente metropolitana. Las grandes ciudades, y particularmente Alejandría con el "Museo" fundado por Tolomeo I, se convierten más que nunca en los centros de la vida cultural, impulsando hasta niveles elevadísimos el desarrollo de las ciencias. El arte, a su vez, se ocupa ahora también de la vida de la gente ordinaria, dando cabida tanto a obras colosales que halagan la vanidad de los reyes como a escenas que nos muestran pordioseros o viejas borrachas; la poesía ha perdido el significado "político" de las épocas arcaica y clásica y se ha hecho más sutil, erudita y libresca. Finalmente, en el ámbito militar, el ejército de ciudadanos es sustituído por el ejército de mercenarios profesionales.

El estrecho contacto con otras culturas provocó que con el tiempo los griegos se hicieran más abiertos y tolerantes ante pueblos extranjeros, pero en primera instancia los condujo también al deseo de preservar los rasgos característicos de su cultura, mientras los nativos conservaban sus propias lenguas y costumbres. No obstante, de manera gradual y empezando por las clases altas, la población autóctona fue dejándose influenciar por el helenismo y sus miembros siendo admitidos en las instituciones puramente griegas y entre ellas en dos que afectan de manera concreta al tema de este libro: la escuela y las competiciones deportivas.

Una transformación tan radical en la manera de pensar y vivir del pueblo griego no pudo dejar de influir grandemente sobre el deporte. Como primera nota de interés que destaca en el deporte de la época helenística debemos señalar que la práctica del atletismo no desapareció con el hundimiento de la ciudad-estado, sino que, por el contrario, se extendió allí donde se fue implantando la cultura griega. Varios motivos contribuyeron a tal expansión. En primer lugar, como señala ya Gardiner (*AAW* 44ss.), tanto Filipo como Alejandro se preocuparon de realzar el valor de todo aquello que pudiera servir de lazo de unión entre los griegos y por encima de todo, por supuesto, los grandes festivales nacionales, en los que ambos reyes intervinieron personalmente y cuyos santuarios engrandecieron con nuevas construcciones. En segundo lugar, las conquistas de Alejandro condujeron a los griegos a países extraños, de

costumbres completamente diferentes a las suyas, y ello hizo que se cuidaran enormemente de preservar los rasgos más sobresalientes de su identidad cultural, entre los cuales ocupaba un lugar primordial el deporte. Gimnasios y palestras, en efecto, se construyeron a lo largo y ancho de todo el mundo helenizado, desempeñando una importante función social como centros donde se impartía a los jóvenes la educación griega tradicional y donde se desarrollaba una vida social y cultural "a la griega", pues los gimnasios, que ocupaban ahora en las ciudades helenísticas un emplazamiento tan central como el ágora o el teatro, no incluían únicamente instalaciones para el entrenamiento físico y los cuidados del cuerpo, sino también lugares para descansar y para pasear y discutir. Pero además del papel fundamental que el deporte y los lugares donde se practicaba tuvieron en la preservación de la cultura griega entre los griegos, llegaron a convertirse también en un factor decisivo para la propagación de los modos de vida griegos en los pueblos extranjeros. Parece que al principio sólo los ciudadanos griegos eran admitidos en los gimnasios, pero con el paso del tiempo pudieron acceder a ellos también los nativos, y en primer lugar y principalmente los miembros de las clases más altas, que comenzaron a introducirse de este modo en la educación y la manera de vivir de los griegos. Semejante función divulgadora desempeñaron igualmente los festivales atléticos que, organizados básicamente sobre el modelo de Olimpia, se celebraban con entusiasmo por doquiera, desde Italia hasta Capadocia, desde Olbia, en la costa norte del Mar Negro, hasta las ciudades de Egipto, e incluso en la India era practicado el atletismo, si hemos de creer el testimonio de Estrabón 15.1.67.

También el deporte de competición, como es natural, se vio afectado por tantas y tan grandes transformaciones. Ya se ha dicho que desde finales del siglo V puede apreciarse un desplazamiento de la actitud del hombre griego ante el ejercicio físico desde el papel de practicante activo hacia el de espectador, de manera que el deporte se va convirtiendo cada vez más en un entretenimiento para espectadores. Como señala Olivová (p. 153), en época helenística en las tierras conquistadas por Alejandro posiblemente el público era al principio mayoritaria o casi exclusivamente griego, dado que las competiciones deportivas eran para ellos un espec-

táculo tradicional y, de paso, una manera más de afirmar su grecidad. No obstante, es probable que la población nativa asistiera paulatinamente en número creciente, atraída por un espectáculo emocionante y vistoso, que fue centrando cada vez más su interés en las pruebas de fuerza, que ejercían ahora mayor atractivo que las carreras o la disciplina en la que triunfaba el atleta más completo, el pentatlo. La simple comparación de dos inscripciones muestra a las claras este cambio en los gustos. Young (p. 115ss.) estudia con detenimiento una inscripción de la primera mitad del siglo IV a.C. que nos detalla el montante de los premios recibidos por los atletas que vencían en cada una de las disciplinas de los Juegos Panatenaicos (*IG* II.2.2311): el triunfador en la carrera del estadio merecía 100 ánforas de aceite, 60 quienes vencían en el pentatlo, la lucha y el boxeo y 80 los pancratiastas. Cuatro siglos más tarde, una inscripción de la ciudad minorasiática de Afrodisias (*CIG* 2758; cf. Harris, *GAA*, 42) hace constar un premio de 1.250 denarios para los corredores del estadio, 2.000 para luchadores y boxeadores, 3.000 para el vencedor en el pancracio, y para los pentatletas... 500. Tal predominio del atletismo pesado debió provocar igualmente una modificación en el tipo del atleta, como refleja un arte que se permite ahora la introducción de rasgos realistas en mucha mayor medida que el arte de épocas anteriores: el joven de cuerpo armoniosamente desarrollado es sustituído por el hombre de extraordinaria musculatura y enorme masa corporal (cf. figuras 67 y 69).

La gran proliferación de competiciones mayores y menores con sus correspondientes premios, la admiración creciente de que eran objeto los atletas por parte de un público que era más que nunca espectador de sus hazañas, los profundos cambios políticos, sociales y económicos que experimentó el mundo griego durante ese período, todo ello contribuyó a crear un notable auge en la profesionalización del deporte, como reconocen de manera unánime quienes se han ocupado del tema, independientemente de la época a la que hagan remontar el origen del deporte profesional, según estudiamos en su momento (1.3.2.1). No debe perderse de vista que la profesionalización en todos los aspectos, empezando por la milicia, es una acusada característica de este período. Se

puede hablar de extensión del profesionalismo tanto a nivel "social" como a nivel "geográfico". A nivel social, Bilinski (*Agoni ginnici* 94ss.) señala como rasgo más sobresaliente del deporte en época helenística su "democratización", su extensión "hacia las clases más bajas, que en el profesionalismo buscaban su afirmación", mientras que en el plano geográfico el mapa 3 de Harris (*GAA*), que señala la procedencia de los vencedores olímpicos conocidos entre 296 a.C. y 369 p.C., es suficientemente significativo: apenas obtienen triunfos las grandes ciudades de la Grecia arcaica y clásica, Atenas, Corinto, Tebas y Esparta, como tampoco italianos y siciliotas, dominadores de muchas pruebas durante los siglos VI-V a.C.; en cambio, muchos son los vencedores de las comarcas próximas a Olimpia, en particular Élide y Sición, y de muchas ciudades de Asia y Norte de África, entre las que destaca poderosamente Alejandría con una abrumadora cantidad de campeones.

Como es natural, el auge del profesionalismo y su extensión a todas las capas sociales y a los más diversos lugares, se atrajo las inevitables críticas de los intelectuales de la época, especialmente filósofos, médicos y luego también, por razones diferentes, los escritores cristianos, e igualmente las censuras de muchos autores modernos que no han visto en ello el resultado lógico de una evolución del propio deporte y de las condiciones socio-económicas del mundo en que se desarrollaba, sino más bien una absoluta decadencia con respecto a la "época áurea" de los siglos anteriores. Buena muestra de ello son las siguientes palabras de un especialista tan competente como Popplow (**CAF** 210): "Los hombres capaces de resistir el entrenamiento violento venían de Tesalia, Arcadia y otras comarcas culturalmente atrasadas de Grecia. Muchos eran de baja condición; eran mozos brutales, incultos, a los que una dura vida había impedido todo desarrollo anímico e intelectual".

Los rasgos que hemos apuntado hasta aquí caracterizan de manera general al deporte griego a partir de finales del siglo IV a.C., aunque, como es de suponer, en el transcurso de los siete siglos que siguen hasta la abolición de los Juegos Olímpicos cada época presenta sus propios caracteres diferenciales. Lo importante es, sin embargo, que la afición de los griegos por el deporte no desapareció siquiera cuando el mundo helé-

nico cayó definitivamente en manos de los romanos tras la conquista de Corinto en 146 a.C., lo que es una prueba evidente del extraordinario "arraigo de los festivales atléticos en la imaginación del mundo antiguo" (Gardiner, *AAW*, 46).

Es lógico, por otro lado, que el siglo II a.C. sea uno de los más oscuros del deporte en Grecia, al hallarse ésta hundida política y económicamente. Sin embargo, en los siglos siguientes asistimos a un renacimiento de los festivales atléticos en la mitad oriental del Imperio Romano, pese a que el mundo griego había perdido su independencia política y entre los conquistadores latinos el deporte practicado según la tradición helénica no tuvo nunca profundo arraigo. Los romanos, en efecto, mostraron en general poco entusiasmo, cuando no franco desprecio, por el atletismo griego, que, con la excepción de pruebas muy concretas como el sangriento boxeo o las tradicionales carreras de carros, no caló profundamente ni entre las clases bajas ni entre las altas y contó siempre con la oposición de quienes se decían representantes de las más genuínas tradiciones romanas. No obstante, los gobernantes, apoyados en ese sentido práctico tan característico de este pueblo, sí supieron apreciar el significado que el deporte y en particular los grandes festivales tenían para los ciudadanos de la mitad oriental del Imperio, de manera que los aprovecharon con fines políticos, ya desde que en 196 a.C. Flaminio proclamara, durante los Juegos Ístmicos, la libertad de los estados griegos, lo que en la práctica suponía eliminar todo intento de unificación y reconocer de manera implícita la hegemonía de Roma. Posteriormente, diversos emperadores apoyaron los Juegos Sagrados como medio de ganarse la lealtad de los griegos y fomentaron las asociaciones de atletas con el propósito de servirse de la popularidad de que éstos gozaban entre el pueblo.

La desafección de los romanos hacia el atletismo griego se fundamenta en diversas causas, ya apuntadas en su mayoría por Friedländer en un trabajo clásico y luego recogidas y precisadas por muchos otros autores. En primer lugar, desaprobaban el ocuparse en ejercicios físicos que no tuvieran un fin práctico, especialmente con vistas a la guerra. El rechazo, en efecto, se dirigía concretamente contra el componente agonís-

tico del deporte, ya que indudablemente los romanos practicaban diversos ejercicios físicos en su entrenamiento militar (largas marchas, carreras, lucha, boxeo, lanzamiento de disco y jabalina, combates con armas y manejo de éstas, natación y juegos de pelota, equitación, etc.), e igualmente veían con buenos ojos la gimnasia que contribuía al mantenimiento de la salud y los espectáculos que proporcionaban entretenimiento y diversión; muy significativa al respecto es la denominación *ludi* ("diversiones") para los juegos romanos frente a los *agônes* ("competiciones") griegos, los primeros a cargo generalmente de esclavos u hombres contratados para entretener a los espectadores y los segundos a cargo de ciudadanos que competían libremente. Es más, para los romanos el atletismo griego no sólo era inútil, sino que incluso podía llegar a ser nocivo para la integridad moral de la persona, ya que le atribuían una influencia "relajadora" que podía afectar sobre todo a los jóvenes que se habituasen al "ocio" de los gimnasios, causa fundamental en su opinión de la decadencia de Grecia (cf. Plutarco, *Problemas de banquete* 40).

Otro rasgo del atletismo griego que repugnaba grandemente a los romanos era la desnudez, que ofendía sus tradiciones morales. Incluso un admirador de la cultura griega como era Cicerón aprueba una sentencia de Ennio según la cual "*desnudarse en público es el comienzo de la corrupción*" (*Tusculanas* 4.70; cf. Tácito, *Anales* 14.20, pasaje al que luego nos volveremos a referir). Tampoco debió de ser ajeno al escaso arraigo del deporte griego en Roma el fuerte sentimiento de clase de los latinos, especialmente la nobleza, que le impedía ejercitar sus cuerpos bajo la supervisión de entrenadores profesionales, que en su mayoría serían esclavos o libertos. En definitiva, en la mitad occidental del Imperio Romano se preferían espectáculos más sangrientos, grandiosos y "emocionantes" (combates de gladiadores, luchas de fieras, naumaquias, pantomimas tan realistas que las muertes en escena eran auténticas, etc.), de manera que las pruebas atléticas griegas que más éxito tenían era la lucha, el pancracio y sobre todo el boxeo (allí mucho más peligroso, al ir armados los púgiles con el sanguinario *caestus*, formado por un cuero muy duro con incrustaciones de plomo y hierro), además, por supuesto,

de las pruebas hípicas. A su vez, en algunos festivales griegos se introdujeron a su vez combates de gladiadores y luchas de fieras, pero parece que no llegaron a extenderse demasiado y, desde luego, no tuvieron cabida en los más importantes juegos (cf. Filóstrato, *Vida de Apolonio* 4.22, con la protesta de Apolonio contra la implantación de los combates gladiatorios en Atenas; Luciano, *Anacarsis* 37; Plutarco, *Sobre la habilidad de los animales* 1; Pseudo-Juliano, *Epístolas* 198 Bidez-Cumont).

No obstante lo dicho, la popularidad del atletismo griego en el mundo romano varió según las épocas. Durante la República los espectáculos atléticos fueron raros y sólo se hicieron relativamente frecuentes en época imperial, impulsados por el arraigo que tenían en el oriente helenizado y sobre todo por la tutela de diversos emperadores, señaladamente Augusto, Nerón, Domiciano y los gobernantes filohelenos del siglo II, a quienes movían tanto la propia afición por el atletismo como el deseo de aprovecharlo con fines políticos. Sin embargo, el movimiento atlético promovido por los emperadores no dejó de ser en buena medida artificial, con escaso eco entre el pueblo, de manera que los vencedores en los juegos importantes continuaron proviniendo en su inmensa mayoría de Grecia y de Oriente.

Tito Livio (39.22.2) afirma que las primeras competiciones atléticas que se vieron en Roma fueron organizadas en 186 a.C. por M. Fulvio Nobilior, que celebraba así el haber sometido a los etolios con la toma de Ambracia. Fulvio hizo venir de Grecia a los atletas, pero además trajo de África fieras que diesen mayor emoción al espectáculo, el cual, según parece, se desarrolló con esa pompa y magnificencia que siempre acompañó a los juegos romanos. Durante la República sólo en contadas ocasiones tuvieron oportunidad los romanos de presenciar competiciones semejantes entre los numerosos espectáculos organizados por quienes pretendían hacerse con el favor del pueblo. Un siglo después de los primeros juegos, para conmemorar su triunfo sobre el rey Mitrídates del Ponto, Sila volvió a traer a Roma un gran número de atletas griegos (Apiano, *Guerra Civil*, 1.9.9.), y algo parecido hicieron poco después M. Emilio Escauro (58 a.C.; cf. Valerio Máximo 2.4.7), Pompeyo (55 a.C.; cf. Plutarco, *Pompeyo* 52), C. Escribonio, con motivo de la muerte de su

padre (54 a.C.; cf. Plinio, *Historia Natural* 36.120) y Julio César (46 a.C.; cf. Suetonio, *César* 39.3). El escaso interés que mostraba el público, como indica Cicerón (*Cartas a familiares* 7.1.3) explica suficientemente la rareza de tales eventos.

Sólo con la llegada al poder de Augusto puede apreciarse un notorio auge del atletismo. Parece que el propio emperador sentía verdadera afición por él, especialmente por los combates pugilísticos (Suetonio, *Augusto* 45.2), de manera que, por un lado, bajo su reinado los antiguos festivales griegos comenzaron a recobrar el esplendor de antaño, llegando a participar en ellos miembros de la familia imperial, como Germánico y Tiberio (por supuesto, en las pruebas hípicas en calidad de propietarios de los caballos; cf. Friedländer 248), y, por otra parte, por primera vez juegos atléticos a la manera griega se celebraban en Roma con cierta frecuencia y de manera regular, no esporádica como en los dos siglos anteriores. Para conmemorar su decisiva victoria en Accio sobre las tropas de Marco Antonio el 2 de Septiembre de 31 a.C., Augusto instituye en la recién fundada ciudad de Nicópolis y a semejanza da las Olimpíadas los Juegos Actianos, que debían celebrarse cada cuatro años; fue tanto el interés que Octavio puso en ellos que los incorporó como quinto miembro a los cuatro tradicionales Juegos Sagrados e incluso trató de fijar un nuevo sistema de computar el tiempo a base de "accíadas" (cf. Flavio Josefo, *Guerra Judaica* 1.398). Como muestra de su interés por los profesionales del deporte (interés al que no eran ajenos los motivos políticos), Augusto promovió los sindicatos de atletas y amplió los privilegios de sus miembros (Suetonio, *Augusto* 45). Pero de que no sólo se preocupó del deporte de competición es prueba evidente el fomento de las asociaciones de *iuvenes*, reclutados de entre las más influyentes familias romanas y que debían recibir, a semejanza de los efebos griegos, una adecuada formación para desenvolverse con éxito en la vida civil y militar y contribuir así al progreso del Estado. Pese a su carácter exclusivista, es probablemente, como señala ya Gardiner, "el único intento organizado en Italia de hacer del entrenamiento físico parte de la educación", aunque su finalidad fuera primordialmente militar.

Nuevos juegos que comprendían pruebas hípicas, atléticas, musi-

cales y literarias fueron fundados por los sucesores de Augusto, Calígula, Claudio y en particular Nerón y Domiciano, quienes continuaron intentando aclimatar el deporte griego en Roma. Nerón, inducido sin duda por su afición hacia lo griego, pero también por el deseo de propio lucimiento, instituyó los *Neronia* o Juegos Quinquenales, que, sin embargo, únicamente se celebraron en dos ocasiones, en 60 y 65 p.C. (Suetonio, *Nerón* 12). De mayor fortuna gozaron los Juegos Capitolinos que Domiciano hizo celebrar por vez primera en 86, con un programa variado que incluía las pruebas hípicas del deporte griego e incluso carreras de muchachas según el modelo de Esparta (Suetonio, *Domiciano* 4; véase nuestro capítulo 1.3.3). La protección que estos emperadores dispensaban a los atletas (Plutarco, *Galba* 16.2) y su intento de difundir el deporte griego en Roma tropezó de nuevo con la oposición de los defensores de las más venerables tradiciones romanas, que volvieron a repetir entonces los argumentos ya aducidos durante los siglos anteriores, desde Ennio. Un largo pasaje de Tácito (*Anales* 16.20) constituye la mejor descripción: "*En el consulado de Nerón –por cuarta vez– y de Cornelio Coso fueron instituídos en Roma los Juegos Quinquenales, a la manera de las competiciones griegas, con opiniones diversas, según ocurre casi siempre con todas las cosas nuevas. De hecho, había quienes decían que también Gneo Pompeyo fue censurado por los senadores porque construyó una sede estable para el teatro; pues antes se solían hacer los juegos en tribunas improvisadas o en una escena construída para la ocasión, o bien, si se remonta uno a épocas anteriores, el público contemplaba los espectáculos de pie, no fuera que, aposentándose en el teatro, pasara todos los días sin hacer nada... Por lo demás, las costumbres patrias, poco a poco suprimidas, quedarían subvertidas de raíz por ese desenfreno importado, de modo que se vería en la ciudad todo lo que en alguna parte puede ser corrompido o corromper, y degeneraría la juventud por modas extranjeras, dedicándose a lo gimnasios, al ocio y a los amores vergonzosos, todo ello fomentado por el príncipe y el senado, quienes no solamente habían dado licencia a los vicios, sino que hacían fuerza para que los principales romanos, con el pretexto de discursos y poemas, se deshonraran en escena. ¿Qué quedaba ya sino que desnudaran también sus cuerpos, que se pusieran guantes de boxeo y se ejercitaran en*

tales luchas en lugar de en la milicia y en las armas?". Pese a estos temores, casi apocalípticos, de los romanos más conservadores, el historiador indica que "*el espectáculo pasó sin ningún deshonor realmente notable*", si bien es verdad que "*ni siquiera se encendió un mediano interés en la plebe*" durante los certámenes.

Tales censuras se dejaron oir igualmente durante el reinado de Domiciano y, ya en el siglo II, cuando Adriano y sus sucesores gobernaron el imperio, época en la que el atletismo griego conoció probablemente su mayor apogeo desde la época clásica (aunque algunos autores expresan sus reservas ante lo que llaman "engañoso florecimiento"; cf. Rudolph, *FundF* XL 1966). Los Antoninos no sólo protegieron, como habían hecho emperadores anteriores, las asociaciones atléticas (cf. 1.4.2.1) y fundaron nuevas competiciones (en particular en honor de Antínoo en varias ciudades), sino que dotaron de renovado impulso a los venerables Juegos Sagrados de Grecia, que vieron cómo los lugares en los que se desarrollaban eran reconstruídos, especialmente bajo el mecenazgo de Herodes Ático, favorito de Adriano, quien remozó e hizo más cómodos los estadios de Atenas y Olimpia. Sin embargo, en la parte del Imperio más influída por la cultura específicamente romana, el deporte griego nunca terminó de calar hondo: cuando Adriano estableció en Roma la *Schola Romana* o *Athenaeum*, que debía impartir elevada educación a los jóvenes latinos, el sistema de enseñanza se calcó sobre el modelo griego, pero con una diferencia básica, la ausencia de la educación física.

Poco sabemos sobre el deporte griego a partir del siglo III p.C., no mucho después de que Pausanias visitara el santuario de Olimpia y nos transmitiera inapreciables informaciones sobre él y los juegos que allí tenían lugar. No podemos saber siquiera si el más importante festival panhelénico continuó celebrándose con regularidad después que los hérulos atacaran el santuario a finales del siglo III y un terremoto afectara al lugar hacia el año 300, ni es posible fijar una fecha definitiva para el final de los juegos. No obstante, a finales del siglo IV, bajo el reinado de los emperadores cristianos fueron cayendo los últimos y más significativos reductos del paganismo. El oráculo de Delfos fue desmantelado por

Constantino el Grande y en 393 un edicto de Teodosio I ordenó la clausura de todos los cultos y centros paganos; la estatua crisoelefantina de Zeus es trasladada a Constantinopla, el llamado "taller de Fidias", uno de los más importantes edificios del santuario olímpico, se convierte en iglesia cristiana y en la centuria siguiente el templo de Zeus es víctima de un incendio. Nuevos movimientos de tierra e invasiones, así como los aluviones aportados por los dos ríos que confluyen en Olimpia fueron ocultando poco a poco el más prestigioso centro religioso y deportivo de la antigüedad griega, hasta que fue recuperado para nosotros hace poco más de un siglo por las excavaciones de Curtius. No deja de ser significativo de la extensión que alcanzó el atletismo como rasgo cultural recibido por todo el país helenizado el hecho de que el último vencedor olímpico conocido sea un príncipe armenio, Varazdates, que triunfó en el pugilato de la 291 Olimpíada, en el año 385.

1.4.1. La educación física

Ya se ha señalado que, al entrar en estrecho contacto con otras civilizaciones, los griegos pretendieron preservar, para ellos y sus descendientes, los rasgos distintivos de su identidad cultural, y para ello llevaron consigo allí donde se establecieron su sistema educativo tradicional, en el que la educación física ocupaba un lugar sumamente destacado, de manera que la práctica de los deportes continuó siendo, como en las épocas arcaica y clásica, una característica definitoria del modo de vida griego frente a los "bárbaros"; así, uno de los síntomas más evidentes de la helenización de la población nativa, especialmente de las clases altas, fue su admisión en las instituciones educativas y deportivas griegas. No obstante, debe advertirse también la acentuación de un proceso iniciado ya de manera clara en la segunda mitad del siglo V a.C.: el papel de la formación física en la educación de niños y jóvenes va decreciendo en importancia, con diferencias de magnitud y cronología según los lugares, en tanto que cada vez se concede mayor preponderancia a la formación específicamente intelectual, en la que predominan ahora los aspectos retóricos y literarios en detrimento de la formación artística y musical.

Otro rasgo notable que conviene destacar en el sistema educativo helenístico es su carácter público. Mientras que en los siglos anteriores únicamente en lugares muy concretos como Esparta o Creta (o en el utópico estado ideado por Platón) la educación de niños y jóvenes era objeto de una reglamentación oficial y nada se dejaba a la iniciativa privada, en la escuela helenística la educación pública estaba a cargo de la administración municipal de cada ciudad (lo que explica la diversidad de objetivos y planificación de acuerdo con los lugares), especialmente en el caso de la efebía, la institución educativa quizá más destacada y novedosa de la época helenística con relación a las centurias precedentes y que encontramos extendida dondequiera que arraigó la cultura griega.

1.4.1.1. La escuela

La exacta determinación de las distintas etapas que comprendía la formación del niño no puede fijarse con absoluta seguridad y debemos contar siempre con variaciones según las épocas y regiones (cf. 1.3.1.2). Nuestras informaciones más numerosas y precisas se refieren a Atenas. Hasta los siete años, el niño permanecía con su família, al cuidado de las mujeres. A esa edad comenzaba su instrucción elemental, que se prolongaba hasta los 13 ó 14 años, cuando, según Marrou (p. 157-8), los muchachos empezaban a recibir una especie de educación secundaria, propugnada ya por Platón, Isócrates y Aristóteles (cf. *Política* 1339a5; véase 1.3.1.3), destinada a "asegurar a los jóvenes una sólida cultura general que les permitiera más tarde seguir con provecho una enseñanza superior", que se impartía en la efebía, especialmente a medida que los aspectos intelectuales fueron prevaleciendo sobre la educación física (véase, sobre las diferentes etapas, el diálogo pseudo-platónico *Axíoco* 366d-367a). Finalmente, en las más importantes ciudades, como Alejandría, Pérgamo o Atenas, se fundaron instituciones del tipo del *Museo* a las que acudían destacados estudiosos a trabajar y perfeccionar su formación en muy diversos campos concretos bajo la tutela de reconocidos maestros.

Sabemos, no obstante, que en otros lugares la edad de ingreso en la

efebía no eran los 18 años de Atenas. Dejando a un lado el caso especial de Esparta, donde la formación militar comprendía todos los años de la educación de niños y jóvenes, hay suficientes testimonios para asegurar que en Egipto la instrucción efébica se iniciaba a los 14 años, y Nilsson (p.35ss.) ha defendido la posibilidad de que algo semejante ocurriera en otros lugares y la efebía comenzara a los 14 ó 15 años y finalizara a los 18, edad a la que los griegos comenzaban a disfrutar de sus derechos de ciudadanía completos.

Por supuesto, completar las tres etapas del sistema educativo expuesto solamente estaba al alcance de unos pocos privilegiados, en tanto que los menos favorecidos se veían obligados a buscar pronto un trabajo con el que colaborar al sustento de su familia. Si tenemos en cuenta que la efebía sólo debió de ser obligatoria durante unos pocos años después de su definitiva implantación, como luego veremos, y que de la instrucción básica debían ocuparse las familias (cf. Moretti, p. 157 ss.), resulta que era muy reducida la parte de la educación que corría a cargo del estado.

Es posible que, si bien con carácter excepcional, los esclavos recibieran algún tipo de instrucción intelectual e incluso física (véase el artículo de Forbes citado en bibliografía, así como Marrou, p. 373-4, n. 1, y Moretti, p. 162), y también las niñas podían tener acceso a una cierta formación en lo tocante al espíritu y quizá asímismo en el plano deportivo, aunque Nilsson, contra Marrou, niega este último extremo ante la parquedad de los datos (cf. Marrou 158 y 178-9); pese a ello, la educación de la mujer debía de seguir estando bastante descuidada, habida cuenta de su estimación social y de su pronto matrimonio, a los 13 ó 14 años, que le impedía todo acceso a una educación elevada.

En la efebía el entrenamiento físico ocupaba buena parte de la actividad de los muchachos, y debemos suponer que lo mismo ocurría en las dos etapas anteriores de la educación. La existencia de gimnasios especiales para niños, separados de aquellos en que se ejercitaban los efebos, los gimnasiarcas que en algunas ciudades se ocupaban de la formación física de los más pequeños, y, en fin, las frecuentes competiciones deportivas entre las escuelas (por no hablar de los niños vencedores en los festi-

vales atléticos), confirman con toda seguridad este punto: indudablemente, en la escuela helenística se concedía bastante más atención que en la nuestra a la preparación deportiva de los jóvenes (para más detalles, véase lo dicho en 1.3.2.1, a donde también remitimos para todo lo relativo a los lugares de instrucción, maestros encargados de impartirla, tipos de ejercicios practicados de acuerdo con la edad y métodos empleados para su aprendizaje, ya que en todos estos aspectos no parece haber gran diferencia con respecto a épocas anteriores).

1.4.1.2. La efebía

La efebía es probablemente la institución educativa más famosa de la Antigüedad. Como de costumbre, nuestras fuentes son especialmente numerosas en lo que afecta a la efebía ateniense, que fue probablemente el modelo en el que se basaron las demás ciudades para establecer una institución que se extendió por todas las regiones donde arraigó el helenismo. Se ha pensado que la efebía pudo ser el resultado de la adaptación parcial de la educación ciudadana y militar de Esparta a las necesidades de un régimen tan diferente como era el ateniense, aunque sus orígenes han suscitado notable polémica.

En efecto, el objetivo fundamental de la efebía, al menos en el siglo IV a.C., era dotar a los jóvenes de una adecuada preparación militar y al tiempo inculcarles el sentimiento del importante papel que debían desempeñar en adelante para el bienestar de su ciudad, de acuerdo con una idea que constituyó uno de los pilares básicos sobre los que se asentó la grandeza de la Grecia clásica: un buen soldado debe ser ante todo un buen ciudadano. Una inscripción ateniense (*IG* II 1.2.1106, 52ss.) es la mejor muestra de ese doble objetivo: "*El pueblo, ocupándose con mayor celo del entrenamiento y disciplina de los efebos y queriendo que quienes dejan la juventud y entran en la madurez lleguen a ser valiosos sucesores de sus padres en los deberes cívicos, establece por ley que deban conocer el país, las fortalezas y las fronteras del Ática, y deben realizar con armas los ejercicios militares*".

No obstante, tales propósitos, y con ellos la función y el significado

de la efebía, comenzaron pronto a modificarse siguiendo la estela de los cambios políticos y económicos que iba sufriendo la sociedad. Servicio obligatorio en la segunda mitad del siglo IV, a su término se hizo opcional; reservada en principio a los ciudadanos, se abrió posteriormente a los extranjeros, e incluso su carácter militar fue paulatinamente perdiéndose en favor de la educación intelectual, de manera que la efebía acabó por convertirse en época romana en una especie de escuela reservada para los hijos de las clases altas, que Pleket compara, y no sin razón, con los elitistas "colleges" anglo-americanos ("Zur Soziologie..." 73).

La fecha de origen de la efebía es un problema muy discutido (pormenorizada documentación en Forbes 109ss., Pélékidis 7ss., Reinmuth 123ss.). Algunos autores del último cuarto del siglo XIX (Dumont, Guiraud) defendieron la posibilidad de que existiera ya en el siglo V a.C., pero en nuestro siglo la teoría que más adeptos ha ganado ha sido la propugnada por Wilamowitz en su libro de 1893, *Aristóteles y Atenas*, donde defiende que su implantación debe fijarse hacia el año 335, y ello por varios motivos: 1) Ni Isócrates, ni Platón ni Jenofonte ni otros autores contemporáneos que se ocuparon por el tema de la educación hacen mención de ella. 2) Se implantó una enseñanza militar obligatoria para los jóvenes con el deseo de intentar detener el declive de Atenas, tras la cruel lección que supuso la derrota de Queronea (338), donde las tropas de Filipo exhibieron una superioridad aplastante. 3) Se decidió, pues, que el estado sufragara la educación militar y gimnástica de los jóvenes, para lo cual fue creada la efebía como consecuencia de la propuesta de un tal Epícrates, a quien únicamente conocemos por un fragmento del orador Licurgo conservado por Harpocración (*s.v.* "Epíkrates"), en el que se nos dice que a Epícrates le fue erigida una estatua de bronce "*a causa de su ley relativa a los efebos*". 4) Se han conservado inscripciones referentes a la efebía a partir de 335 a.C. 5) Durante el siglo V la educación de los hijos se dejaba casi totalmente en manos de los padres, lo que no parece avenirse muy bien con la existencia en fecha tan temprana de una institución obligatoria financiada por el estado.

Muchos son los que han aceptado las opiniones del gran Wilamowitz y entre ellos muy notables conocedores de la educación griega, como

Forbes, Nilsson o el propio Marrou, aunque el erudito francés reconoce la necesidad de ser algo más cautos en las afirmaciones: "cualesquiera que sean sus orígenes, probablemente lejanos... atestiguada a grandes rasgos desde alrededor de 372 [Esquines, *Falsa embajada* 167], esta institución no parece haber recibido su forma definitiva hasta una fecha muy tardía: una hipótesis seductora –pero, es preciso reconocerlo, ningún testimonio la apoya explícitamente– colocaría esta (re)-organización inmediatamente después de la batalla de Queronea... en virtud de una ley atribuída a un tal Epícrates" (p. 161). El propio peso de la opinión de Wilamowitz, Nilsson o Marrou ha contribuído en buena medida a la aceptación de esta tesis, pero descubrimientos posteriores y nuevas reconsideraciones del problema ha supuesto que algunos autores hayan vuelto más o menos a las sugerencias de Dumont y Giraud. Los trabajos de Pélékidis y Reinmuth son importantes en este sentido. Ya Pélékidis rechaza la hipótesis de Wilamowitz y concluye que "la efebía remonta al menos a la primera mitad del V a.C.", y Reinmuth, a su vez, responde una por una a las objeciones del sabio alemán contra una fecha temprana de su institución, partiendo de una inscripción hallada en los años 60 y datable *ca.* 361, en la que podrían haber sido mencionados los efebos (pero la validez de este testimonio es muy dudosa; cf. Mitchell, *ZPE* XIX 1975, 233-243).

En primer lugar, la "ley relativa a los efebos" por la que Epícrates mereció que le fuera dedicada una estatua de bronce no supone necesariamente que fuera él el responsable de la creación de la efebía, ya que la frase puede entenderse igualmente en el sentido de que mediante su propuesta se introdujeron importantes modificaciones en una institución ya existente, motivadas en última instancia por la derrota de Queronea e insertas en el ámbito más amplio del programa de reformas de Licurgo. Tales modificaciones consistieron principalmente, en opinión de Reinmuth, en aumentar la eficacia de un servicio militar obligatorio ya establecido desde mucho tiempo antes haciendo que los dos años de prestación fueran de dedicación continua y los jóvenes comieran y durmieran juntos, de manera que naciera entre ellos el sentimiento de solidaridad y cooperación mútua, a semejanza del sistema espartano (en el programa de Licurgo influyeron notablemente tanto el ideal espartano

como la moral política platónica). La segunda reforma fundamental no se refiere tanto a la organización misma de la efebía como al espíritiu de rectitud moral y de servicio a la comunidad que se pretendía insuflar en los jóvenes. Así, concluye Reinmuth, una institución exclusivamente militar, en la que los efebos servían sólo durante ciertos períodos del año, pasa a convertirse en una organización en la que los jóvenes reciben durante dos años enteros una instrucción tanto militar como cívica e incluso intelectual; esto explicaría el hecho de que no fuera mencionada por Isócrates, Platón, Jenofonte y otros autores antiguos en sus discusiones sobre la educación, dado que su carácter era exclusivamente militar, lo que esclarecería también el hecho de que, de existir ya en el siglo V, fuera la única etapa del sistema educativo ateniense de la que se hacía cargo el estado y no se dejaba al arbitrio de los ciudadanos particulares.

Con tales modificaciones sustanciales, la efebía cobró extraordinario auge y es ése probablemente el motivo por el que nos es conocida sobre todo a partir de 334 a.C., gracias a un elevado número de inscripciones y a la pormenorizada descripción de Aristóteles, que nos muestra el estado de la institución hacia el año 325 (*Constitución de los atenienses* 42): "*Participan en el gobierno los nacidos de padre y madre ciudadanos y son inscritos como miembros de un demo a los 18 años de edad... Una vez que los efebos han pasado el examen, se reúnen sus padres por tribus y, después de haber jurado, escogen a tres miembros de la tribu de más de 40 años, los que consideren que son los mejores y más adecuados para cuidarse de los efebos, y de entre ellos el pueblo elige mediante votación a mano alzada a uno de cada tribu como 'moderador' [sophoronistés], y de entre los atenienses un 'gobernador' [kosmetés] para todos. Después de reunir éstos a los efebos, en primer lugar recorren los santuarios, y luego marchan al Pireo y sirven de guarnición, unos en Muniquia y otros en Acte. Y se les vota también a mano alzada dos pedotribas y maestros que les enseñen a luchar como hoplitas, disparar el arco, lanzar la jabalina y disparar la catapulta. Y les dan a los 'moderadores' como pensión una dracma a cada uno, en tanto que a los efebos cuatro óbolos a cada uno, que recibe cada 'moderador' por los de su propia tribu para comprar lo necesario para todos en común*

(pues comen juntos repartidos por tribus), y se ocupa de todo lo demás. Así pasan el primer año. Y al siguiente tiene lugar en el teatro una reunión en la que hacen unas maniobras de demostración ante el pueblo y después de recibir de la ciudad un escudo y una lanza recorren el país y permanecen en las plazas fuertes... Cuando pasan dos años, ya son como los demás ciudadanos".

Así pues, en época de Aristóteles la efebía tenía una duración de dos años y en ella ingresaban a los 18 todos los hijos de padre y madre atenienses. Dada la importancia que se otorgaba a la formación de los jóvenes durante esta etapa, el pueblo elegía, teóricamente de entre los mejores ciudadanos, a los oficiales encargados de la buena marcha de la institución. En primer lugar, el *kosmetés* ("gobernador" o "garante del orden"), responsable general de toda la organización, y a su servicio 10 *sophronistaí*, cada uno de los cuales debía cuidarse del recto comportamiento de los efebos de su tribu, de su manutención y en general de la supervisión de toda su formación (con razón afirma el autor del diálogo pseudo-platónico *Axíoco* que "toda la duración de la adolescencia se desarrolla bajo la dependencia de los 'moderadores'"). Por último, en lo que respecta concretamente a los maestros encargados de la instrucción militar y gimnástica, el carácter predominantemente militar de la efebía se hace evidente con sólo advertir la preponderancia de los instructores militares sobre los maestros de educación física general, los dos pedotribas, que, además, apenas aparecen en esta época en decretos honoríficos y, cuando lo hacen, ocupan el último lugar de la lista de oficiales (cf. Reinmuth 132).

Según Aristóteles, el primer acto oficial de los efebos era de carácter religioso: recorrer los templos y mostrar así su respeto a los dioses; posteriormente, en el curso de su servicio efébico, participaban en una larga serie de festivales y procesiones sacras, sacrificios y otras ceremonias religiosas. Durante el primer año los jóvenes recibían instrucción física y militar en el Pireo; a su término, se les pasaba revista, recibían sus armas y tenía lugar el célebre juramento efébico, cuyo texto nos ha sido transmitido con diversas variantes (cf. Pólux 8.105; Estrabón 43.48; véase Forbes 149, Marrou 162-3). Durante el segundo año su función prin-

cipal era realizar patrullas y guardias en los puestos fronterizos. Por supuesto, en la muy ocupada vida de los efebos la formación física desempeñaba un papel primordial. Muy probablemente los ejercicios atléticos que realizaban eran los mismos que habían venido practicando en las etapas anteriores del sistema educativo, pero ahora se les exigía mayor intensidad y celo, y además se añadían a ellos los ejercicios encaminados en concreto a la instrucción militar.

La organización efébica descrita por Aristóteles comenzó muy pronto a sufrir profundas transformaciones. Las dificultades económicas impidieron que Atenas pudiera soportar por mucho tiempo los grandes gastos a que debía hacer frente para sufragar la manutención de todos sus jóvenes durante dos años, y, sobre todo, con la pérdida en la práctica de la independencia bajo la ocupación macedónica la función para la que efebía había sido creada dejó de tener razón de ser: "no desapareció, pero, por una evolución paradójica, esta institución concebida para ser puesta al servicio del ejército y de la democracia, se transforma en esta Atenas nueva en la que triunfa la aristocracia en un pacífico colegio en el que una minoría de jóvenes ricos se inician en los refinamientos de la vida elegante" (Marrou 163-4).

Esta evolución puede seguirse bastante bien con la información que nos proporcionan las inscripciones. Los antes mencionados problemas financieros obligaron muy pronto (probablemente a finales del IV y con seguridad en la primera mitad del III a.C.) a reducir a un año la permanecia en la efebía y, lo que es más importante para su desarrollo posterior, a renunciar a su carácter obligatorio. Así, mientras que entre 334 y 326 se enrolaban anualmente de 500 a 600 jóvenes, en 244/3 lo hicieron solamente 23 (*IG* II.2681). Posteriormente el número de efebos inscritos aumentaría de nuevo, pero ello se debió a la admisión de extranjeros, síntoma claro de que la institución iba despojándose paulatinamente de su carácter militar y transformándose en una institución educativa en la que la formación física seguía teniendo un destacado papel. Efectivamente, con la pérdida de la independencia y especialmente tras la conquista romana en el siglo II a.C., no tenía sentido que los jóvenes atenienses se preparasen para la guerra, ya que una guerra ofen-

siva era impensable y la defensa corría por cuenta de Roma. De ahí que la efebía cambiara de orientación y se introdujeran estudios filósóficos y literarios, que terminaron por arraigar fuertemente y ocupar buena parte del tiempo y la atención de los efebos, lo que contribuyó además a que presentaran su solicitud de admisión gran número de extranjeros procedentes de todas partes del Imperio. Por lo que respecta al nivel de la enseñanza intelectual, Marrou se muestra bastante escéptico sobre su altura y considera que lo importante no era lo que se aprendía, sino las relaciones que se establecían entre los jóvenes, pues "se prestaba mayor atención a la buena apariencia, a las paradas y festivales; la efebía se había convertido en una escuela de políticos y ciudadanos más que de guerreros" (Forbes 170).

Todas estas transformaciones, que a la postre trajeron consigo una mayor complejidad en la organización (en época imperial se pueden contar hasta 25 funcionarios, en actividades docentes o administrativas) afectaron naturalmente al cuerpo de oficiales y maestros que tenían a su cargo la educación y el adiestramiento de los efebos. A finales del IV o comienzos del III a.C. desapareció uno de los cargos más importantes, el de *sophronistés*, al descender el número de jóvenes enrolados y no considerarse necesaria su misión fundamental, la inculcación de virtudes cívicas. Cuatro siglos depués, bajo el reinado del emperador Adriano, el cargo se volvió a implantar, nombrándose seis titulares y seis asistentes. En cambio, la más importante autoridad, el *kosmetés*, se mantuvo vigente durante los seis siglos en que tenemos noticias de la institución.

Como consecuencia lógica del aminoramiento de la función militar de la efebía, los maestros encargados de la enseñanza de las artes de la guerra que menciona Aristóteles fueron quedando reducidos a uno solo, el *hoplomákhos*, que se ocupaba de toda la instrucción militar, asistido, si era preciso, por ayudantes. En cambio, el profesor de educación física, el pedotriba, aunque al disminuir la inscripción de los efebos su número se redujo a uno, ganó en prestigio y atribuciones, hasta el punto de que recayó sobre él la parte fundamental de la instrucción de los jóvenes y llegó a ser el oficial más importante después del *kosmetés*, siendo designado con carácter vitalicio a partir del II p.C. Es una prueba más del

lugar de honor que la formación física ocupó siempre en la efebía, desde su creación hasta que dejamos de tener datos sobre ella en el siglo IV p.C., a pesar de su transformación en un centro de enseñanza elitista y de la incorporación de disciplinas intelectuales en el programa educativo.

Sobre el modelo ateniense, la efebía se extendió rápidamente a lo largo y ancho de todo el mundo griego, desde Marsella hasta las ciudades del Mar Negro y Sur de Rusia, a la propia Grecia e islas del Egeo, Asia Menor, Sur de Italia y Sicilia, Siria y Egipto, llevando consigo un sistema de educación física organizada, característico de la enseñanza griega. De esta manera, como se ha señalado a menudo, la efebía fue para los griegos residentes en países extranjeros un instrumento de conservación de los rasgos más sobresalientes de su cultura pero, por otra, contribuyó a la helenización de la población nativa, sobre todo a medida que fue adquiriendo carácter aristocrático y elitista (recuérdese la protesta de *Macabeos II*, 4.7ss. contra el intento de Jasón de introducir las costumbres griegas en Jerusalén, para lo cual pidió permiso al rey para organizar "un gimnasio y una efebía").

Nuestras informaciones sobre la efebía en las demás ciudades del mundo griego son parciales y mucho menos ricas que las que nos hablan de Atenas. No obstante, pueden señalarse algunos rasgos diferenciales con respecto a la efebía ateniense, sobre todos en algunas ciudades dorias como Esparta, las ciudades de Creta o Cirene, donde la institución no se forjó sobre el modelo de Atenas, sino que respondía a muy antiguas tradiciones locales. En algunas ciudades la edad de enrolamiento en la efebía no eran los 18 años, sino los 15, como en el caso de Pérgamo, o los 14 en Egipto, donde a veces los niños eran inscritos, suponemos que de manera simbólica, a edades muy tempranas. En otros lugares, especialmente en Asia Menor, la edad de 18 años no se exigía con rigor, a juzgar por diversos testimonios que indican la inscripción simultánea de dos o incluso tres hermanos. Dos años duraba el servicio, de manera esporádica o habitual, en Cícico, y probablemente también en ciudades como Halicarnaso o Heraclea del Ponto, donde se distinguían varias clases de efebos, 2 ó 3 años en Egipto y probablemente tres en Quíos y en la ciudades beocias. Los oficiales encargados de la gestión de la efebía

debían ser más o menos los mismos que en Atenas, aunque la autoridad principal, el *kosmetés* ateniense, era llamado en otras ciudades "efebarco" (Argos, Micenas y muchas ciudades de Asia) o, con mayor frecuencia, "gimnasiarca", uno de los personajes de más alto relieve en la ciudad helenística.

Finalmente, los requisitos para ingresar en la efebía y practicar el atletismo no debieron de ser muy diferentes en las diversas ciudades. No obstante, en algunos lugares como Argos, Priene y otras ciudades asiáticas y egipcias, se permitía de cuando en cuando a los esclavos la unción con aceite y, con menos frecuencia, la práctica de ejercicios físicos (cf. Forbes, "The Education..." 354ss.), y lo mismo ocurría en Paros con los metecos y en Pérgamo, el más importante centro cultural de su zona, con los periecos. En otras ciudades, el acceso de la mujer a la práctica del deporte y a la educación en general fue seguramente más fácil que en Atenas. Ya se dijo en su momento (1.3.3) que Ateneo relata que en Quíos las muchachas practicaban la gimnasia y luchaban con los jóvenes, y la presencia de la mujer en escuelas y gimnasios está suficientemente atestiguada en Locros de Italia, Pérgamo, Mileto, Teos y otras muchas ciudades de Asia Menor y, claro está, en los lugares en los que la influencia espartana era mayor. E incluso conocemos la existencia de mujeres que desempeñaron el cargo de gimnasiarca (algo impensable para las atenienses) en alguna isla del Egeo y especialmente en Asia Menor (cf. Forbes 200).

La práctica del deporte y la introducción en la vida social y política proseguía después de la efebía en agrupaciones de jóvenes, institución no atestiguada en Atenas, pero sí en otras ciudades de Grecia, en Macedonia y Egina, y particularmente en Asia Menor. Esta nueva etapa no formaba parte del sistema estatal de educación, pero a menudo la administración municipal ponía a disposición de tales asociaciones un gimnasio propio que, como a lo largo de toda la historia de Grecia, seguía siendo no sólo un lugar para ejercitarse físicamente, sino también un centro de reunión, de gran influencia en los asuntos políticos de la ciudad.

1.4.2. El deporte de competición

Trataremos de profundizar a continuación en algunos de los rasgos más notables del deporte profesional en las épocas helenística y romana, que han sido expuestos de manera general al comienzo de este capítulo (1.4; para otros temas de interés, como pueden ser los métodos de entrenamiento, los premios y recompensas, el deporte femenino, las reglas de la competición y sus violaciones, las muertes durante los juegos, etc., remitimos a lo dicho en 1.3).

1.4.2.1. Difusión del deporte, profesionalismo, asociaciones atléticas

Ya se ha señalado como una de las características distintivas del deporte griego en estos siglos su implantación en todas las regiones en las que arraigó en mayor o menor medida la cultura helénica. Los gimnasios y los certámenes atléticos proliferaron por doquier, de manera que la competición deportiva adquirió carácter universal, tanto por su amplia difusión geográfica como por la participación en los juegos de atletas procedentes de los más diversos lugares.

Además de esta extensión horizontal, geográfica, el deporte griego (y concretamente el deporte practicado de manera profesional) experimentó asímismo una difusión en sentido vertical, es decir, fue dejando entrar cada vez con mayor profusión a atletas provinientes de las capas sociales inferiores, y es incluso posible que los esclavos llegaran a ser admitidos como participantes en algunos festivales (ciertamente no en los grandes juegos). En el mismo sentido, la participación de la mujer en el deporte se hizo más frecuente, tanto en el plano competitivo (cf. 1.3.3) como en el plano organizativo, llegando a ocupar el cargo de mayor responsabilidad concerniente a la educación físcia en una ciudad, el de gimnasiarca. La participación de esclavos en el deporte atlético es, no obstante, discutible y pocos son los datos que pueden iluminarnos al respecto. Evidentemente, los griegos de las épocas arcaica y clásica siguieron a rajatabla una ley que Plutarco (*Solón* 1) atribuye al legislador ateniense y que ya conocíamos por un pasaje de Esquines (*Contra*

Timarco 138): "*el esclavo, que no practique gimnasia ni se unte con aceite en las palestras*" (cf. Aristóteles, *Política* 1264a21-22: "(los cretenses) *conceden a los esclavos los mismos privilegios que a los de nacimiento libre, salvo que les impiden practicar la gimnasia y llevar armas*"). En la época helenística la actitud hacia los esclavos fue más permisiva, entre otras cosas porque el contacto más estrecho de los griegos con otros pueblos los hizo en cierta medida más tolerantes para con gentes de otras culturas. Hay, entonces, algunos testimonios que nos invitan a pensar que hombres no libres pudieron adquirir una formación física sistemática e incluso intervenir en competiciones agonísticas. No obstante, como señala Forbes en el excelente artículo que dedica al tema (cf. p. 354ss.), la mayoría de las fuentes se refieren al segundo aspecto al que alude la antes citada ley atribuída a Solón, esto es, la unción con aceite. Efectivamente, inscripciones procedentes de distintas ciudades (Priene, Argos, Gitio, Alejandría; la más antigua se data entorno a 100 a.C.) nos dicen que en ocasiones los gimnasiarcas pagaban la distribución de aceite "*incluso a aquéllos que han tenido la mala fortuna de no participar en el gimnasio*". Pero los testimonios indicativos de una participación real de esclavos en competiciones deportivas son muy escasos, ya que quedan reducidos a dos, uno de ellos dudoso.

Los papiros nos han conservado la correspondencia de Zenón, el hombre de confianza del todopoderoso Apolonio, ministro de finanzas de la monarquía egipcia en la primera mitad del III a.C. En ella muestra su interés por un muchacho llamado Pirro, quizá un esclavo, quien recibía una completa educación que incluía un intensivo entrenamiento físico con vistas a intervenir en agones deportivos. Forbes sugiere que esto pudiera ser posible en el Egipto Ptolemaico, si bien en el caso de que Pirro triunfara sería proclamado vencedor su amo, Zenón. El segundo caso conocido data de cuatro siglos más tarde. En una inscripción de Pisidia, en lo que hoy es Turquía, se regulan las normas para una competición local, y entre otras cosas se indica que "*si un esclavo tiene la buena suerte de vencer, una cuarta parte de su premio debe ir a parar a manos de sus competidores*" (cf. Forbes, "The Education..." 358; Gardiner, *AAW* 50). Ningún otro documento nos recuerda la intervención de esclavos en

festivales deportivos, de manera que debemos concluir que incluso en época helenístico-romana la educación física continuó siendo privilegio casi exclusivo de los hombres libres; la participación de esclavos en los ejercicios del gimnasio y en las competiciones atléticas fue un hecho excepcional y sometido a restricciones legales (cf. Gualazzini 13, 15, 20ss.; Friedländer 242). En cambio, en los espectáculos públicos que tenían lugar en el circo y el anfiteatro los participantes eran en su mayoría gentes de condición no libre, lo que explica entre otras cosas que la estimación social de los atletas fuera muchísimo más favorable que la que se dispensaba a cuantas otras personas intervenían en los espectáculos públicos.

En efecto, el enorme prestigio de que entre el pueblo gozaban los atletas continuó vivo en las últimas etapas de la Antigüedad, especialmente en el mundo de cultura griega. Este hecho, unido a los profundos cambios políticos y económicos que experimentó la sociedad helenística, contribuyó al notable auge del profesionalismo que caracteriza este período. A causa de la enorme extensión que llegó a alcanzar el imperio, luego desmembrado, conquistado por Alejandro, las ingentes distancias que a veces separaban los lugares de competición de las ciudades en las que residían los atletas, hizo que éstos probablemente planificaran su temporada anual de competiciones de manera más sistemática que sus colegas de siglos anteriores. Como los modernos atletas o los profesionales del tenis, los deportistas antiguos se organizaban sus giras dentro del amplio espectro de festivales que se celebraban por doquiera. Cierto es que con toda probabilidad –y el deporte moderno ofrece también en esto un paralelismo absoluto– la principal aspiración de la mayoría se centraba en participar en las competiciones de mayor prestigio, pero a lo largo de la temporada tomaban parte igualmente en juegos de importancia menor, ya fuera como medio de adquirir y mantener la adecuada forma fisica en espera de los grandes festivales, ya para ir acumulando premios en juegos en los que la competencia era de nivel inferior. La enorme proliferación de competiciones (en algunas de las cuales los organizadores debían pagar un "fijo de salida" importante a los vencedores en los grandes festivales por el mero hecho de participar) permitiría que fueran muchos los deportistas que pudieran vivir de su intervención en

ellas. Las recompensas en metálico que recibían los triunfadores en los agones (a excepción, por supuesto, de los "juegos de la corona"), así como los premios de otro tipo que les aguardaban como consecuencia de su victoria, aumentaron con respecto a épocas anteriores, especialmente bajo el imperio Romano, pues ya el propio Augusto "*no sólo conservó, sino que amplió los privilegios de los atletas*" (Suetonio, *Augusto* 45.3; cf. Dión Casio 52.30).

En los epigramas que conmemoran las victorias en certámenes atléticos, sustitutos helenísticos de los epinicios de los períodos arcaico y clásico, se sigue recurriendo al tópico de que el triunfo del atleta es gloria para su ciudad y su familia. No es de extrañar, entonces, que, como en los siglos anteriores, las ciudades y ahora también las entidades políticas superiores a ellas se esmerasen por favorecer a los deportistas más destacados, convertidos en auténticos ídolos del pueblo y honrados con títulos como *parádoxos* ("extraordinario") o "sucesor de Heracles", como fueron llamados quienes triunfaban en un mismo día en la lucha y en el pancracio (cf. Pausanias 5.21.10; Epicteto 2.18.22, y diversas inscripciones, como *IG* III.1442 o XIV.916; véase Gardiner, *AAW* 106-7). Las ciudades no sólo se interesan por facilitar el entrenamiento y la participación de sus campeones en las competiciones, sino que los honran de muy diversas maneras (cf. 1.3.2.1), erigiendo monumentos conmemorativos de sus victorias o publicando decretos honoríficos, sin contar las recompensas pecuniarias que les otorgaban. En época helenística sucedió, además, que no sólo la patria de los atletas les rendía honores, sino que incluso otras ciudades, sobre todo aquéllas en las que habían triunfado, les concedían derechos de ciudadanía o los nombraban miembros honorarios de su Consejo. Así, no es infrecuente encontrar inscripciones en las que junto al nombre del atleta aparece una larga lista de comunidades de las que es miembro, acabando con la frase "y ciudadano y consejero de otras muchas ciudades" (cf. Buhmann 113-4; Harris *GAA* 125ss.), e incluso tal privilegio podía ser concedido a las mujeres, como parece deducirse de la famosa inscripción de las tres hermanas de Trales, ya comentada (1.3.3), en la que se dice que Hedea "*fue la primera doncella en ser hecha ciudadana de...* [laguna])".

Las exenciones fiscales concedidas a los atletas continuaron vigentes, e incluso aumentaron, en este período, con la creación de nuevos juegos que pretendían equipararse en grandeza a los tradicionales. Así, un afanoso promotor del atletismo griego como fue el monarca egipcio Ptolomeo Filadelfo, en la primera mitad del siglo III a.C., fundó sus propios juegos, los *Ptolomea*, y garantizó la exención del opresivo impuesto sobre la sal a todos los vencedores en ellos y a sus descendientes (cf. Forbes, "The Education..." 357, con n. 137). Tales privilegios fiscales no eran fijados uniformemente, sino que su concesión se dejaba al arbitrio de los magistrados competentes (cf. Gualazzini 23), lo que parece que condujo a ciertos abusos, al igual de lo que debió ocurrir con el derecho a manutención vitalicia (cf. Dión Casio 51.1.2; Plinio el Joven, *Panegírico a Trajano* 118-9) o la exención de la obligación que pesaba sobre los ciudadanos ricos de prestar servicios civiles y militares a la comunidad, como indica un rescripto de Diocleciano y Maximiano de *ca.* 300 p.C., donde se determina que este último privilegio debe quedar reservado a quienes hubiesen vencido en tres Juegos Sagrados (al menos uno de ellos en Roma o en la antigua Grecia) "*con plena legalidad y no sobornando a los rivales*" (cf. 1.3.2.4; véase Harris, *GAA* 47; Friedländer 247-8; Gardiner, *AAW* 107). En fin, como ya se indicó en su momento, en época imperial tales privilegios se multiplicaron, pues a los anteriores se añadieron la exención del servicio militar y de la obligación de dar alojamiento a los soldados, el derecho a la inmunidad personal y a la inmunidad al encarcelamiento, la autorización para vestir púrpura, etc.

Esta protección que se dispensaba a los atletas responde en parte al legítimo orgullo que por causa del deportista que obtenía triunfos importantes sentían sus conciudadanos, pero también a menudo la razón debe buscarse en el deseo de aprovechar la inigualable popularidad de los atletas con fines políticos. Ya en los siglos anteriores personajes como Hierón o Alcibíades utilizaron el deporte como medio para legitimar su gobierno o medrar en la política, intentando atraerse con sus victorias el apoyo de la multitud (cf. 1.3.2.1). En época helenística e imperial la utilización del atletismo con ese objetivo se hizo más frecuente, pero la manera de aprovechar la pasión del pueblo por las competiciones no fue

tanto la participación en los juegos como la creación y mantenimiento de nuevos y brillantes festivales.

Ya se dijo al comienzo del presente capítulo que, en el albor del siglo V a.C., un antepasado homónimo de Alejandro el Grande, conocido con el sobrenombre de Filheleno, apeló a su ascendencia griega para poder participar en los Juegos Olímpicos. Al final de la misma centuria otro rey de Macedonia, Arquelao, no sólo participó y venció en Olímpia y Delfos, sino que estableció en su país nuevos juegos con la intención de que el deporte contribuyera a la rápida helenización de su pueblo. Posteriormente, Filipo II se proclamó vencedor en varias pruebas hípicas del calendario olímpico y sobre todo protegió los grandes festivales y embelleció los santuarios con nuevas construcciones, en parte sin duda para sacar partido del significado que tenían los juegos como símbolo de la unidad de los griegos por encima de las disputas locales. El valor unificador del deporte y en particular de los Juegos Sagrados fue igualmente aprovechado por Alejandro para atraerse el apoyo de todos los griegos, que le resultaba imprescindible para podre lanzarse a sus imparables conquistas. Aunque, a diferencia de su padre, Alejandro nunca participó directamente en competiciones agonísticas (según Plutarco, *Alejandro* 4.5, porque afirmaba que los reyes sólo podían competir con reyes), las muchas anécdotas que nos lo muestran interesado por la vida deportiva parecen indicar una simpatía auténtica por el atletismo, no un mero aprovechamiento de él por interés político, como piensa Gardiner, que habla de "desprecio personal de Alejandro" por el atletismo (*AAW* 44-5; cf. Harris, *GAA* 40; Moretti 179ss., así como los trabajos de Brown y Diem citados en la bibliografía).

La política de protección del deporte y de fundación de nuevos festivales que acompañó a Alejandro en sus conquistas fue continuada por sus sucesores, los soberanos de los distintos reinos helenísticos, tanto por afición personal (Moretti subraya que "el extraordinario desarrollo de las actividades deportivas en la época helenística se produjo precisamente gracias a la simpatía y viva participación con que la clase dominante macedonia seguía y participaba en esas actividades"), como también por el deseo de mantener y extender un rasgo característico de la cultura

griega y al tiempo aprovecharse de él como propaganda política: "muchas veces procuraban unir los actos políticos importantes con cualquier actividad panhelénica. Alejandro había hecho leer en Olimpia (324) su decreto acerca del regreso de los desterrados, pero fue sobre todo Demetrio Poliorcetes quien utilizó los certámenes con fines políticos y propagandísticos: se casó con Deidamía, hermana de Pirro, durante las Hereas argivas del 303, y reformó la liga helénica de Filipo y Alejandro en las Ístmicas del 302... Hay que recordar que el filoheleno Tito Q. Flaminio proclamó la libertad de todos los griegos en una enorme concentración de gente, en las Ístmicas del 196" (Moretti 181).

Los gobernantes y magistrados romanos recurrieron de manera constante a la financiación de espectáculos cada vez más grandiosos para ganarse el favor popular, aunque fuera a costa de deducir gastos de obras más necesarias (cf. Gualazzini 39ss.). Pero la explotación del atletismo con fines extradeportivos se manifiesta también en la protección que dispensaron los emperadores a las agrupaciones de deportistas, una de las aportaciones más peculiares de la agonística del periódo postclásico (trabajos fundamentales sobre ellas son los artículos de Forbes y Pleket, en los que puede hallarse un pormenorizado estudio de las fuentes). Algunos autores (Forbes, Moretti 187) datan la constitución de estas sociedades atléticas hacia finales de la época helenística y, efectivamente, el primer documento que nos da noticia de ellas es una carta que Marco Antonio dirige, probablemente hacia el año 41 a.C., a la asociación de atletas de Éfeso y que se ha conservado en el reverso de un papiro médico egipcio del II p.C. (*Pap. Lond.* 137; cf. Robinson 161, Harris, *GAA* 44-5). No obstante, por el contenido de la carta es evidente que las sociedades de atletas existían desde tiempo atrás, pero en el estado actual de nuestros conocimientos es imposible determinar, siquiera aproximadamente, su fecha de creación. En tanto que Diem (p. 187-9) hace remontar el origen de estos *sýnodoi* a las agrupaciones que formaban los asistentes a un determinado gimnasio, un poco a la manera de los típicos "clubes" británicos, Finley-Pleket (p. 79ss.) inscriben su creación en el contexto de la gran proliferación de asociaciones profesionales de todo tipo que caracteriza a la época helenística. Concretamente hacia el año

300 a.C. debió existir una "Asociación de Artistas Dionisíacos", de la cual es posible que formaran parte los atletas junto con actores, músicos y todos cuantos intervenían en espectáculos públicos. Posteriormente la "sección atlética" pudo independizarse y adoptar la denominación característica de *xystós*, a partir de la palabra que designaba la galería cubierta de un gimnasio destinada a la práctica de ejercicios en invierno (cf. Harris, *GAA* 44).

Al principio las agrupaciones tendrían carácter local, pero pronto, dada la expansión universal de los juegos deportivos, se haría necesaria la unificación de los grupos locales en una sociedad más amplia y con mayor capacidad de acción, que pudo tener su centro en alguna gran ciudad del Este, tal vez Sardes (cf. Gardiner, *AAW* 108ss.), para trasladarse luego a la capital del Imperio, Roma. Este proceso afectó tanto a la asociación que admitía a cualquier atleta profesional como a aquélla otra restringida únicamente a quienes habían vencido en alguno de los Juegos Sagrados y que es mencionada ya en la citada carta de Marco Antonio. El traslado de la sede central a Roma probablemente obedeció tanto a los intereses de las propias agrupaciones, que se hallaban así más cerca de la corte y del emperador que tantos privilegios concedía a sus miembros, como a la visión política de los gobernantes, que podían controlar más de cerca un instrumento de indudable valor político si se aseguraban la lealtad de sus más destacados representantes. Un papiro del Museo Británico (*Pap.Lond.* 3.1178), datable en 194 p.C., nos informa sobre las atenciones, debidamente correspondidas, que los emperadores dispensaban a los sindicatos de atletas. Se trata de un diploma que certifica que el boxeador egipcio Hermino de Hermópolis ha pagado su tasa de ingreso, pero se aprovecha para recordar varias cartas imperiales dirigidas a la asociación. La más antigua es una carta de agradecimiento de Claudio por la corona de oro que el sínodo le envió con ocasión de su victoria sobre los britanos (43 p.C.), en tanto que una segunda carta posterior del mismo emperador agradece la colaboración de la asociación en la celebración de los juegos que en su honor organizaron los reyes de Comagene y del Ponto en 47 p.C. Una tercera misiva, ésta de Vespasiano, confirma los privilegios concedidos por Claudio.

La ubicación del cuartel general de la asociación de atletas en Roma debió producirse poco antes de 150 p.C. Una carta del emperador Adriano (*IG* XIV.1054b; se data en 134) nos proporciona algunos indicios, ya que en ella accede a conceder a la asociación los locales sociales que había solicitado en Roma, y lo mismo hace su sucesor Antonino Pío en una carta posterior, de 143 (*IG* XIV.1055b).

Como todas las asociaciones semejantes, la de los atletas tenía un patrón al que se rendía culto y que era, naturalmente, Heracles. A él se añadían también los nombres de algunos emperadores benefactores y, por supuesto, el del que reinaba en ese momento, en agradecimiento por los beneficios recibidos o que se esperaba recibir. Los oficiales eran elegidos entre los miembros del sínodo, no sabemos mediante qué procedimiento, aunque se ha sugerido que los cargos más importantes, a partir de cierto momento, fueron escogidos directamente por el propio emperador, como medio de asegurarse el control de la organización (Harris, *GAA* 45). Presidente, tesorero, secretario o sacerdote debían de ser cargos honoríficos codiciados, dado que quienes los ocupaban vitalicia o temporalmente daban dinero por desempeñarlos, según se deduce del diploma de Hermino, donde se asegura que el atleta ha pagado 50 denarios por ejercer como sacerdote representante del sínodo en los Juegos Asiáticos de Sardes. El propio Hermino, hace constar el certificado, ha abonado los 100 denarios correspondientes a la tasa de admisión en el sindicato. En compensación, la pertenencia a la organización traía consigo evidentes ventajas. Al menos sus representantes principales podían verse beneficiados con "*exención del servicio militar, de deberes públicos y de alojar a las tropas, tregua durante el festival, garantía de seguridad personal, privilegio de vestir púrpura*", como se lee en la carta que Marco Antonio dirige a los atletas efesios (cf. Gualazzini 31-2). Además, podían ser nombrados supervisores en los juegos locales (nunca en Juegos Sagrados) o directores de los baños imperiales (*IG* XIV.1055b, 1102ss.), e incluso a veces recibían el privilegio de que el propio emperador mandase erigir estatuas en su honor, como se dice que Valente y Graciano hicieron en el caso de un atleta llamado Filomeno en la segunda mitad del IV p.C. (cf. Friedländer 244).

La actividad cotidiana de la asociación es menos conocida. Se limitaba probablemente a una "actividad rutinaria, sacrificios y fiestas, funerales cuando era preciso... pasatiempos, preparación de viajes y de listas de premios... constante búsqueda de honores para los miembros individuales por parte de ciudades y oficiales o de la asociación misma" (Finley-Pleket 80). Como de costumbre, nuestras informaciones se centran casi exclusivamente en la vida oficial, en la relación de las organizaciones con el poder y con los emperadores en particular, intentando una y otra parte beneficiarse de la popularidad del deporte entre la gente común.

En definitiva, el aprovechamiento del deporte con fines políticos, práctica habitual en nuestros tiempos, puede apreciarse ya en la Grecia clásica, continúa y se incrementa en época helenístico-romana y probablemente llegó hasta la misma desaparición oficial del atletismo griego. Varazdates, el último vencedor olímpico conocido, fue proclamado por los romanos rey de los armenios (374-8 p.C.). ¿Tuvo acaso alguna influencia en ello su triunfo en Olimpia?

1.4.2.2. Críticas

Los argumentos con que los hombres de ascendencia griega o educados en la cultura griega criticaron el atletismo y a los atletas durante los siglos que siguen a las conquistas de Alejandro no difieren grandemente de los expuestos por los poetas y filósofos de las épocas arcaica y clásica (cf. 1.3.2.2). Se censuran, por un lado, las desmesuradas recompensas económicas que recibían los atletas y la devoción popular de que eran objeto, sobre todo si se comparaba con las menores satisfacciones que aguardaban a quienes cultivaban el espíritu más que el cuerpo; y, en segundo lugar, se califica de inútil e incluso perjudicial el régimen de vida que seguían los profesionales del deporte, a base de mucho comer, dormir y desarrollar en exceso su cuerpo, lo que los hacía inservibles tanto para la guerra como para servir a la ciudad adecuadament en la vida civil. No obstante, al igual que ocurrió en siglos anteriores, tales críticas procedían de reducidos círculos de intelectuales, en

especial filósofos y médicos y fue escasa la repercusión que tuvieron tanto en el comportamiento de los atletas como en los gustos de una multitud que seguía con pasión los juegos y todo lo que se relacionaba con ellos.

A partir de la época helenística, sin embargo, se desarrolla un nuevo foco de críticas contra el atletismo griego. La superposición de la cultura griega sobre las locales tanto en Oriente como en Occidente provocó inevitablemente el choque de las costumbres griegas con las antiguas tradiciones de los pueblos sometidos militar o culturalmente. Ello se tradujo a menudo en una fuerte resistencia y a veces violento rechazo de los usos que se consideraban más característicos del pueblo invasor, y el atletismo fue, por diversas razones, uno de los más atacados. La actitud que romanos o hebreos adoptaron frente al deporte griego es ilustrativa al respecto. Por último, la oposición a la práctica del atletismo no sólo caló hondo cuando chocaba con las tradiciones locales, sino también cuando poderosas razones religiosas entraban en juego. La postura de los adalides de la fe cristiana frente a las manifestaciones deportivas es en este sentido especialmente importante, por lo que ha influído en la estimación del deporte en nuestra cultura occidental.

Entre los griegos de origen o de cultura, opiniones contrarias al atletismo profesional se manifiestan por boca de soldados, médicos y filósofos, muchos de los cuales, no obstante, firmes partidarios de la necesidad de desarrollar convenientemente las facultades físicas mediante la ejercitación adecuada. Siguiendo los pasos del gran capitán tebano Epaminondas, el caudillo aqueo Filopemen (*ca.* 253-182 a.C.) censuraba duramente la vida de los atletas, necesitada de mucho sueño, abundante comida y estricto seguimiento de una inalterable rutina, todo ello incompatible con lo que debe exigirse a un soldado, que ha de adaptarse a las necesidades de cada momento (Plutarco, *Filopemen* 3.2-4). Aún más lejos llega el médico Galeno de Pérgamo, que vivió en plena época del renacimiento del deporte griego (*ca.* 129-199 p.C.), en sus críticas de los atletas profesionales. No obstante, algunas de sus obras (*Protréptico*, *Trasibulo*, *Sobre cómo debe conservarse la salud*, *Sobre el ejercicio con pelota pequeña* etc.), al tiempo que son un duro ataque contra los atletas, repre-

sentan un encendido elogio de la función salutífera de la gimnasia. Por ello sus críticas van dirigidas contra las prácticas de entrenadores y atletas que, en su opinión, atentan gravemente contra la salud de éstos, convirtiéndolos en masas de carne y músculos, cuyo aspecto de fuerza es simple apariencia, ya que se hallan más indefensos contra las enfermedades que quienes cuidan su cuerpo de manera natural y equilibrada. Ya no se nos muestran los atletas como hombres de cuerpo armónicamente desarrollado y baluartes de su ciudad, como en los epinicios de Píndaro, sino como gentes comparables a los cerdos, cuya vida es un ciclo continuo de comer, beber, dormir, evacuar y revolcarse en el polvo y en el barro (*Trasibulo* V.878 Koch; cf. *Protréptico* 9), ignorantes y sin un dedo de frente. Como alternativa a este panorama que describe con tan escasa condescendencia, Galeno propone un tipo de gimnasia más suave, que desarrolle a un tiempo el cuerpo y la mente e inculque en las personas valores morales, en la más pura línea platónica, y como ejercicios que permiten no sólo ejercitar el cuerpo, sino también distraer y curar el espíritu aconseja los que describe en su encantador tratado *Sobre el ejercicio con pelota pequeña*. Exhorta, en fin, a los jóvenes a que, a la hora de elegir la profesión en la que han de ocupar su vida, no den prioridad al atletismo por encima de artes útiles y nobles (como es la medicina), dejándose atraer por la devoción y los honores, sin duda excesivos, que se rinden a los vencedores en los festivales deportivos (*Protréptico* 9).

Críticas semejantes expresan los filósofos, sobre todo cínicos y estoicos, tanto griegos (Epicteto 2.18.22) como romanos (Séneca, *Epístolas* 15.3, 80.2, 88.18; cf. Plinio, *Historia Natural* 18.63). Especialmente violentas son las censuras de Séneca, cuyo desprecio hacia los atletas se traduce en duras palabras, comparables a las vertidas por Galeno: son hombres estúpidos, que no hacen otra cosa que sudar, beber, cebar su cuerpo descuidando el espíritu, pringarse de aceite y revolcarse en la arena. Los excesos son criticados incluso por defensores del deporte como Filóstrato (*ca.* 170-245 p.C.), autor del único manual sobre entrenamiento atlético que ha sobrevivido de los muchos que debieron de escribirse en la Antigüedad y que supone precisamente una reprobación de los sistemas de entrenamiento en boga en su tiempo,

propugnando una vuelta a los antiguos métodos más naturales y racionales.

La oposición de determinados círculos intelectuales al deporte profesional no aminoró considerablemente, ya lo hemos dicho, la afición del pueblo por los espectáculos deportivos, sobre todo en el Oriente griego. No obstante, sí es posible que los propios atletas intentaran modificar esta imagen negativa que se daba de ellos, y en las inscripciones conmemorativas se hacen resaltar a menudo cualidades como el valor, la belleza o la modestia, en un intento de presentar al deportista ideal como hombre que ha conseguido equilibrar virtudes corporales y espirituales, a la manera de los atletas cantados por Píndaro (cf. Bilinski, *Agoni ginnici* 132; Finley-Pleket 114-5). Una buena muestra de ello es el elogio que el orador Dión Crisóstomo (*ca.* 40-112 p.C.) hace en su discurso 29 del joven púgil Melancomas, muerto repentinamente cuando se preparaba para intervenir en unos juegos napolitanos en 74 p.C. En primer lugar, Dión alaba a Melancomas por su belleza; es bello entre los bellos, ya que los atletas son los hombres más hermosos, pues resultan ser "*los más grandes y mejor formados, y los que otorgan a sus cuerpos el mayor cuidado*". Pero un joven atleta como Melancomas no es solamente un cuerpo fuerte y hermoso, sino que también destaca por otras virtudes, valor, prudencia e inteligencia: "*Pero lo que resulta más admirable en Melancomas es que, siendo así en cuanto a su aspecto externo, es mayor aún su valor... Reconociendo, entonces, que de todas las actividades que conducen al valor la más hermosa y a la vez la más trabajosa es el atletismo, se dedicó a él. Pues, en efecto, para la carrera de soldado no había oportunidad y el entrenamiento es más ligero... Y, hablando en general, yo por mi parte doy prioridad al atletismo sobre la excelencia en la guerra, porque, en primer lugar, los mejores atletas también sobresaldrían en la guerra, pues el hombre que tiene un cuerpo más fuerte y es capaz de aguantar las fatigas más tiempo, ése, creo yo, es el mejor, con armas y sin armas; en segundo lugar, no es lo mismo combatir contra rivales desentrenados e inferiores en todo que tener como antagonistas a los mejores de todo el mundo habitado... mientras que en las guerras la fuerza del hierro, que es muy superior a la naturaleza humana, no permite poner a prueba la*

excelencia de los cuerpos, y a menudo se pone de parte de los inferiores".

Poco más arriba nos referíamos a las censuras vertidas contra los atletas por algunos filósofos romanos fuertemente influídos por el pensamiento griego. Sin embargo, como ya indicamos en su momento (1.4), el rechazo del deporte griego por parte de los romanos obedece sobre todo a otra razón, al hecho de que el atletismo chocaba con la tradición cultural romana en varios aspectos sumamente importantes: dado su proverbial espíritu utilitario, los romanos reprobaban el ocuparse en ejercicios físicos que no tuvieran un fin práctico (la preparación para la guerra) y que incluso podían ejercer sobre la juventud una influencia relajadora y, en consecuencia, nociva, a lo que debe añadirse la repugnancia por mostrar en público el cuerpo desnudo y la preferencia por otro tipo de espectáculos.

Las divergentes tradiciones culturales y religiosas explican también la oposición que los judíos mostraron a la extensión del atletismo entre ellos, pues consideraban el cuerpo pecaminoso por naturaleza y rechazaban de plano la desnudez. No obstante, algunos datos indican que, al menos entre ciertos sectores del pueblo hebreo, hizo mella la afición por los ejercicios deportivos, inseparable del proceso de helenización que afectó, aunque fuera parcialmente, a las comunidades judías. El pasaje más significativo es *Macabeos II* 4.8ss, que se refiere a hechos ocurridos en torno al año 175 a.C., durante el reinado de Antíoco IV Epífanes. Jasón, hermano del sumo sacerdote Onías, ambicionaba el puesto de éste, de manera que prometió al rey, empeñado en la helenización de Palestina, fuertes sumas de dinero si se le autorizaba a organizar un gimnasio y una efebía en Jerusalén. Una vez que Jasón hubo obtenido el permiso y conseguido el poder, "*se dio a introducir las costumbres griegas entre sus conciudadanos... y hasta bajo la misma acrópolis se atrevió a erigir el gimnasio, obligando a educar allí a los jóvenes más nobles*". El autor de *Macabeos II* protesta indignado contra el proceso de la "*introducción de costumbres extranjeras por la desalmada actitud del impío, más que sumo sacerdote, Jasón. Los sacerdotes ya no se preocupaban del servicio del altar, sino que, por el contrario, mostrando poca estima por el templo y descuidando los sacrificios, se apresuraban a tomar parte en los prohibidos ejercicios de la palestra en cuanto eran invitados a lanzar el disco*".

Probablemente, la numerosa población judía que vivía fuera de Palestina se dejó influir en mayor medida por las costumbres de los griegos. Una carta del emperador Claudio al pueblo de Alejandría incluye un requerimiento a los miembros de la notable colonia hebrea de la ciudad conminándoles a que se abstuvieran de intentar participar en los festivales atléticos (*Pap. Lond.* 1912; cf. Harris, *GAA* 133), y Filón (*ca.* 30 a.C.-45 p.C.), cabeza visible de los judíos de Alejandría, hace uso con gran frecuencia en sus obras de imágenes deportivas (Dios es el "gimnasiarca divino", el "presidente de los juegos"), que parecen revelar un verdadero conocimiento del atletismo griego y no tratarse de meros artificios literarios. Sabemos, finalmente, que deportistas judíos tomaban parte en los juegos y se inscribían en las asociaciones atléticas (cf. Diem 263-7).

Basándose en éstos y otros datos, Harris pretende concluir que hubo una verdadera influencia del deporte griego sobre la vida de los judíos, quienes no sólo no se oponían al atletismo, sino que incluso participaban, en cierto grado, en su promoción y extensión, lo que sería reflejo de un cambio en la sociedad judía, que dio lugar a las disputas a las que se refiere *Macabeos II*, cuyo autor considera que la afición por la práctica del deporte se opone a la ley mosaica y a las tradiciones judías. Harris, sin embargo, llega demasiado lejos partiendo de unos datos tan pobres, y, si bien es verdad que el atletismo griego se difundió entre los sectores más helenizados de la sociedad judía, hubo contra él una auténtica resistencia popular, ya que era tenido por uno de los aspectos más significativos de la cultura griega que trataba de imponerse sobre sus antiguas costumbres (véase la reseña de T. Rajak al libro de Harris, en *CR* 1979, 127-8, o el artículo de Poliakoff).

Diversidad de opiniones puede apreciarse igualmente en lo que atañe a un problema importante, por la repercusión que ha tenido en la estimación del ejercicio físico en nuestra cultura occidental: la postura del cristianismo ante la práctica del deporte. Es indudable que la paulatina adopción del cristianismo como religión del Imperio tuvo sus efectos sobre la cultura física. Ahora bien, no hay unanimidad de pareceres a la hora de determinar la intensidad y el sentido de esa influencia. Las

opiniones oscilan entre quienes consideran que el cristianismo en principio no se situó especialmente en contra del deporte (véanse los trabajos de Rudolph y Koch) y quienes afirman que siempre, en sus 2.000 años de historia, ha adoptado una postura radicalmente adversa a la ejercitación del cuerpo. Ambas opiniones extremas requieren matizaciones. En general, no cabe duda de que el juicio de los primeros adalides del cristianismo y de los Padres de la Iglesia con respecto al atletismo es negativo; no obstante, debemos considerar con mayor atención dos aspectos concretos de esa valoración contraria: 1) cuál es el origen de tales críticas; 2) a qué facetas concretas del mundo deportivo se refieren.

En los autores cristianos reaparecen muchos de los motivos de censura que encontraron en los atletas los filósofos griegos desde Jenófanes. Son, se dice, incultos y fanfarrones, su primer triunfo consiste en un heroico apetito que les hace embutirse cantidades de comida muy superiores a las que admite el estómago humano, de manera que, para dar satisfacción a su insaciable vientre, permiten que su rostro sea golpeado sin tregua (Pseudo-Cipriano, *Sobre los espectáculos* 8; cf. Tertuliano, *Sobre los espectáculos* 3-4). Por otro lado, en la Antigüedad tardía la filosofía acentuó la dicotomía entre lo corporal y lo espiritual y, en consecuencia, el rechazo hacia lo físico. De ahí que Koch considere que la raíz de la hostilidad de los Padres de la Iglesia hacia el deporte debe buscarse "en el ambiente helénico en el que se ha de desenvolver el cristianismo temprano", y no en la idea de la persona humana que refleja la Biblia, que en modo alguno está reñida con lo corporal o con los ejercicios físicos. A nuestro entender, Koch acierta al afirmar que "el juicio negativo reinante, en cuanto a la Cristiandad temprana, merece una revisión", pero llega quizá demasiado lejos cuando de los testimonios que cita deduce "un rotundo 'sí' a la educación física y al fortalecimiento corporal", sobre todo en lo que se refiere a los autores cristianos de los siglos VI-IX (desde Casiodoro e Isidoro de Sevilla hasta Alcuino y Rábano Mauro), ya que en los textos que aduce Koch la defensa de la educación física se basa exclusivamente en su valor como preparación para la guerra.

Fuera de toda duda está la influencia que ciertas corrientes del

pensamiento griego pudieron ejercer en el rechazo que mostraron hacia el atletismo la mayoría de los principales autores cristianos. Sin embargo, pueden apuntarse también otras causas que tienen su origen en la propia doctrina cristiana. El carácter pecaminoso de lo corporal, y por supuesto la aversión hacia la desnudez, es ya rasgo inherente a la tradición religiosa judía, que reaparece en el cristianismo, y, en segundo lugar, el atletismo y los juegos atléticos no pudieron quedar de ninguna manera al margen del conflicto entre cristiandad y paganismo, que precipitaría la muerte, por motivos religiosos, de los antiguos juegos paganos, y con ellos del deporte griego.

No obstante, algunas voces se alzaron en favor de la ejercitación del cuerpo. En primer lugar, San Pablo, aun dando siempre primacía a lo espiritual sobre lo corporal, emplea con inusitada frecuencia metáforas y términos procedentes del mundo deportivo para ilustrar cómo debe conducirse el cristiano, que necesita una dura disciplina y preparación ("*áskesis*" es el término habitual para designar el entrenamiento del atleta) para competir en la vida y alcanzar el premio final, que se obtiene tras la muerte: "*¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo consigue el premio? Corred de modo que lo alcancéis. Y quien se prepara para competir se abstiene de todo, y lo hace para conseguir una corona corruptible, mientras que nosotros para conseguir una incorruptible. Y yo corro no como a la aventura, combato no como quien golpea al aire, sino que mortifico mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los demás, resulte yo mismo descalificado*" (*1 Corintios* 9.24ss.). Se ha dicho que Pablo pudo ser en su juventud gran amante del atletismo e incluso practicarlo en el gimnasio de Tarso, ya que el abundante empleo de tales imágenes deportivas no parece responder a una mera ficción literaria (cf. Harris, *GAA* 129 ss.). En todo caso, el entrenamiento corporal queda siempre supeditado a la ejercitación de las cualidades espirituales: "*Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio corporal es útil para poco, mientras que la piedad es útil para todo y tiene promesas para la vida de ahora y para la futura*" (*1 Timoteo* 4.7-8).

Pero en el cristianismo primitivo las más decididas palabras en favor de los ejercicios físicos proceden de labios de Clemente de Alejan-

dría, convencido de que la salud del cuerpo es fundamento del bienestar físico y espiritual (*Pedagogo* 3.9-11). Pero si Clemente aboga abiertamente por la práctica de la gimnasia como medio para obtener un cuerpo sano y fuerte, rechaza resueltamente el deporte concebido como profesión o espectáculo, y por ese mismo camino se dirigen sobre todo las críticas de los autores cristianos contra el atletismo, como atestiguan las obras *Sobre los espectáculos* de Tertuliano y Pseudo-Cipriano o los escritos de Gregorio Nacianceno (*Poemas* 2.11. 149 ss.) o Taciano (*Discurso a los griegos* 23).

En definitiva, parece que en principio la actitud contraria del cristianismo hacia el deporte tuvo su fundamento en su íntima conexión con cultos paganos y, en coincidencia con las censuras de los filósofos, en el ambiente que rodeaba los espectáculos en general, tanto los que se desarrollaban en el estadio como los que tenían lugar en el circo o en el anfiteatro (no obstante, Friedländer, p. 244, advierte ya que los cristianos no reprobaban tanto a los atletas como a los demás "artistas" que actuaban en los espectáculos públicos). Sin embargo, como apunta Marrou (p. 199-200; cf Olivová 189ss.), la postura de los moralistas cristianos hacia el deporte no provocó su muerte violenta, sino que simplemente aceleró un proceso que se venía ya produciendo y que culminó con la abolición de los Juegos Olímpicos.

Posteriormente, a pesar de las matizaciones de Koch, la Iglesia radicalizó su actitud frente a todo lo relativo al cuerpo, y en consecuencia, frente a la educación física, de manera que, al quedar la educación y la cultura en sus manos tras el colapso del Imperio Romano, la formación literaria de tipo clásico sobrevivió, pero la formación física desapareció o, mejor dicho, quedó reducida al simple entrenamiento del cuerpo con vistas a la guerra. Esta situación, como es sabido, se mantuvo durante muchos siglos, y sólo en época contemporánea la educación del cuerpo ha comenzado a ocupar el lugar que le otorgaron los griegos, el lugar que, en suma, le corresponde en la formación integral del ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

1) **Épocas helenística y romana: rasgos generales.** R. Heubaum, "Das hellenistisch-römische Bildungsideal und die körperliche Erziehung", *HfL* X 1931, 221-225; H.W. Pleket, "Sport und Leibesübungen in der griechischen Welt des hellenistisch-römischen Zeitalters", en H. Ueberhorst (ed.), *Geschichte der Leibesübungen*, Viena 1978, II 280-311; R.S. Robinson, "Athletic Festivals and their Roman Patrons in the Second Century B.C.", *Classical Studies Presented to B.E. Perry*, Urbana 1969, 263-271; P. Roos, "Alexander I in Olympia", *Eranos* LXXXIII 1985, 162-8; W. Rudolph, "Der Sport in der Spätantiken Gesellschaft", *FundF* XL 1966, 208-10.

2) **El deporte griego en Roma.** H.W. Benario, "Sport at Rome", *AncW* VII 1983, 39-43; A.S. Benjamin, "The Altars of Hadrian in Athens and Hadrian's Panhellenic Program", *Hesperia* XXXII 1963, 57-86; A.D. Booth, "Roman Attitudes to Physical Education", *EMC* XIX 1975, 27-34; N.B. Crowther, "Greek Games in Republican Rome", *AC* LII 1983, 268-273; J. Fink, "Der Sport der Griechen und Römer im Bild ihrer Kunst", *Gymnasium* LVIII 1951, 129-139; P. Friedländer, "Juegos y espectáculos romanos", *CAF* IX 1967, 5-257 (original alemán de 1864); A Hönle, "Die Einstellung der Römer zum Sport", *AW* 1983, 56ss.; K. Huber, *Theorie der gymnischen Erziehung bei den Römern*, Langensolza 1934; N.H. Kennell, "Neron periodonikes", *AJPh* CIX 1988, 239-251; H. Langenfeld, "Die Politik des Augustus und die griechische Agonistik", *Monumentum Chiloniense. Studien zur augusteischen Zeit für E. Burck*, ed. por E. Lefèvre, Amsterdam 1975, 228-259; G. Lukas, *Der Sport im alten Rom*, Berlin 1982; E. Mähl, *Gymnastik und Athletik im Denken der Römer*, Amsterdam 1975; S.L. Mohler, "The *iuvenes* and Roman Education", *TAPhA* LXVIII 1937, 442-479; G. Pfister, "Die römische *iuventus*", en H. Ueberhorst (ed.), *Geschichte der Leibesübungen*, Viena 1978, II 250-279; P. Piernavieja, "El deporte en la literatura latina. Antología", *CAF* II 1960, 417-596; H.W. Pleket, "Collegium iuvenum Nemesiorum. A Note on Ancient Youth-organisations", *Mnemosyne* XXII

1969, 281-298; T.C. Sarikaris, "Los Juegos Acteos en Nicópolis", *AE* 1965, 145-162 (en griego); J.P. Thuillier, *Les jeux athlétiques dans la civilisation étrusque*, París 1985; B.M. Tidman, "On the Foundation of the Actium Games", *CQ* XLIV 1950, 123-5.

3) **Extensión del deporte griego.** I.R. Arnold, "Agonistik Festivals in Italy and Sicily", *AJA* LXIV 1960, 245-251; G. Downey, "The Olympic Games of Antioch in the Fourth Century A.D.", *TAPhA* 1939, 428-38; M.M. Kublanov, "Agone und agonistische Festveranstaltungen in den antiken Städten der nordlichen Schwarzmeerküste", *Das Altertum* VI 1960, 131-148; M. Laemmer, *Olympien und Hadrianeen im antiken Ephesos*, Colonia 1967; M. Luni, "Docummenti per la storia della istituzione ginnasiale e della attività atletica in Cirenaica, in rapporto a quelle della Grecia", *QAL* VIII 1976, 223-284; A.Z. Melik, "El vencedor olímpico de Artaxata", *Moskva Fizkultura i Sport* 1986 (en ruso, sobre Varazdates); C. Millon-B. Schouler, "Les Jeux Olympiques d'Antioche", *Pallas* XXXIV 1988, 61-76; R.L. Sturzebecker, *Athletic-cultural Archaeological Sites in the Greco-roman world (Europe, North Africa, Middel East)*, Leiden 1985; R. Teja, "El deporte en la Capadocia romana", *Zephyrus* XXV 1974, 479-96; P. Weiss, "Ein agonisches Bema und die isopythischen Spiele von Side", *Chiron* XI 1981, 315-46.

4) **La educación física.** (Véanse también los libros de Forbes, Marrou y Giraud citados en 1.3). S. Dow, "The Athenian Epheboi; Other Staffs and the Staff of the Diogeneion", *TAPhA* XCI 1960, 381-409; A. Dumont, *Essai sur l'éphébie attique*, París 1875-6 (reimpr. 1968); C.A. Forbes, *Neoi. A Contribution to the Study of Greek Associations*, Middeltown 1933; id., "The Education and Training of Slaves in Antiquity", *TAPhA* LXXXVI 1955, 321-60; P. Graindor, "Études sur l'éphébie attique sous l'Empire", *MB* XXVI 1912, 165-208; L. Moretti, "La escuela, el gimnasio y la efebía", en *Historia y civilización de los griegos*, dirigida por R. Bianchi Bandinelli, trad. esp. Barcelona 1983, VIII 157-178; M.P. Nilsson, *Die hellenistische Schule*, Munich 1955 (hay trad. ital., Florencia 1973); Ch. Pélékidis, *Histoire de l'éphébie attique des origines à 31 avant J.C.*, París 1962; O. Reinmuth, "The

Genesis of the Athenian Ephebia", *TAPhA* LXXXIII 1952, 34-50; id., *The Ephebic Inscriptions of the Fourth Century B.C.*, Leiden 1971; A.W. Yehya, "The Athenian Ephebia towards the End of the Fourth Century B.C.", *Proceed.AfricanClass.Ass.* I 1958, 44-47.

5) **Profesionalismo, asociaciones atléticas.** H. Aigner, "Zur Organisation des Berufsathletentums in der Antike", *Civitas* XI 1985, 295-8; T.S. Brown, "Alexander and Greek Athletics, in Fact and in Fiction", *Greece and the Eastern Mediterranean in Ancient History and Prehistory. Studies Presented to F. Schachermeyr on the Occasion of his 80. Birthday*, ed. por K. Kinzl, Berlín 1977, 76-88; C. Diem, *Alexander der Grosse als Sportmann*, Frankfurt am Main 1957; C.A. Forbes, "Ancient Athletic Guilds", *CPh* L 1955, 238-52; H. Gerstinger, "Das 'Faustkämpferdiplom' des Boxers Herminos alias Moros aus Hermopolis Magna", *AAWW* XCI 1954, 57-61; B. Gordon, "Grecian Athletic Training in the Third Century", *AnnalsMed.Hist.* VII 1935, 513-8; H.W. Pleket, "Some Aspects of the Athletic Guilds", *ZPE* X 1973, 197-227; U. Wilcken, "Ein Faustkämpfer-Diplom", *Grundzüge und Chrestomathie des Papyruskunde*, Leipzig-Berlín 1912, 1.2. 184-7 (n.° 156).

6) **Críticas**. A. Bondolfi, "Attitudes des chrétiens à l'égard des exercices physiques dans l'église ancienne", *Histoire de l'éducation physique et du sport*, Zurich 1973, II 1-5; R. Chambers, *Greek Athletics and the Jews. 165 B.C.-70 A.D.*, Dis. Univ. Miami 1980; C. Diem, "Epiktets Lebens- und Sportbrevier", *Olympische Feuer* VII 1951, 28ss.; id., "Le philosophe Dion Chrysostome", *Olympische Rundschau* XXII 1943, 23-29; J. Ebert, "Die lateinischen Kircherväter und die antiken Wettkämpfe", *Stadion* I 1975, 185-97; F. Fetz, *Gymnastik bei Philostratos und Galen*, Frankfurt am Main 1969; F. Gryglewicz, "Métaphores sportives chez Saint Paul", *RocznikiTeol.Kanon* VII 1960, 89-107; H.A. Harris, *Greek Athletics and the Jews*, Cardiff 1976; R. Heubaum, "Ueber Galens 'Spiel mit dem kleinen Ball' und seine grösste Streitschrift gegen die Athleten", *LKE* LVIII 1939, 198-202; J. Jüthner, *Philostratus. Ueber Gymnastik*, Leipzig-Berlín 1909; Ch. Kannengiesser, "Une leçon d'athlétisme. Saint Paul commenté par les Pères", *Christus*

LXXXV 1975, 22-35; A. Koch, "Sobre el problema 'Cristianismo y ejercicio físico'", *CAF* X 1968, 333-351; id., "Leibesübungen im Frühchristentum und in der beginnenden Völkerwanderungzeit", en H. Ueberhorst (ed.), *Geschichte der Leibesübungen*, Viena 1978, II 312-340; V. Noccelli, *Philostratus. La ginnastica*, Nápoles 1955; A. Ortega, "Metáforas del deporte en San Pablo", *Helmantica* XV 1964, 71-105; V.C. Pfitzner, *Paul and the Agon Motif. Traditional Athletic Imagery in the Pauline Literature*, Leiden 1967; M. Poliakoff, "Jacob, Job and Other Wrestlers: Reception of Greek Athletics by Jews and Christians in Antiquity", *JofSportH* XI 1984, 48-65; L. Robert, "Les épigrammes satiriques de Lucilius sur les athlétes: parodie et réalités", en *L'épigramme grecque*, Ginebra-Vandouvres 1968, 181-291; W. Rudolph (véase apartado 1); E. Ch. Welskopf, "Die Krise des Sports im Spiegel der Literatur und der Philosohie", en *Hellenische Poleis*, ed. por E. Ch. Welskopf, Berlín 1974, 1484-89.

CAPÍTULO II

LOS JUEGOS

2.1. LOS JUEGOS OLIMPICOS

2.1.1. Origen de los Juegos. Primera y última Olimpíada

SI LOS ESCASOS DATOS DE QUE DISPONEMOS nos permiten conocer relativamente poco acerca de los dos primeros siglos de vida de los Juegos Olímpicos, sus orígenes, los motivos que impulsaron a los hombres a crear lo que sería un festival atlético de vida asombrosamente larga y continua, quedan con mayor razón sumidos en la noche de los tiempos, hasta el punto de que puede afirmarse, sin exageración alguna, que el problema del origen de los Juegos Olímpicos es la cuestión que más han debatido los estudiosos del deporte en la antigua Grecia, con la frecuente y fecunda participación de antropólogos e historiadores de las religiones.

La tradición griega asignaba la fundación del festival, como suele ser habitual, a diferentes dioses, héroes y figuras legendarias o semilegendarias. El primero en la lista de presuntos fundadores resulta ser el propio Zeus, que habría arrebatado el poder a su padre Crono venciéndolo en los parajes que luego serían el marco en el que se desarrollaban los juegos. Según otra tradición que mencionan Estrabón (8.3.30) y Pausanias (5.7.6), no fue el padre de los dioses quien instituyó el festival olímpico, sino los Dáctilos, genios a los que Rea encargó el cuidado del niño

Zeus. Heracles, el mayor de ellos, propuso a sus cuatro hermanos, Peoneo, Epimedes, Idas y Yasio, la disputa de una carrera para entretener a la criatura, coronando al vencedor con un ramo de olivo silvestre: "*a Heracles Ideo le corresponde, pues, la gloria de haber fundado los juegos y haberles dado el nombre de Olímpicos. Y decidió que se celebrasen cada quinto año porque él y sus hermanos eran cinco*".

Otra leyenda más extendida atribuye la fundación al más famoso tocayo del dáctilo Heracles, el hijo de Zeus y Alcmena, una generación antes de la Guerra de Troya, que los antiguos fechaban a finales del siglo XIII o comienzos del XII a.C. Es Píndaro nuestro más antiguo informador: "*Entonces el esforzado hijo de Zeus, reuniendo en Pisa al ejército entero y todo el botín, deslindó el muy divino recinto en honor de su excelso padre. Clavando estacas alrededor, delimitó el Altis en un lugar despejado e hizo de la llanura que lo rodeaba lugar de descanso destinado a los banquetes, honrando al Alfeo entre los doce dioses soberanos. Y llamó al cerro 'colina de Crono', pues antes no tenía nombre, mientras gobernaba Enómao, y estaba cubierto de abundate nieve. A este rito primigenio asistieron naturalmente las Moiras y también el único garante de la verdad auténtica, el Tiempo, que en su transcurso expuso claramente de qué manera dividió Heracles el botín de la guerra y consagró las primicias y cómo instituyó la fiesta cuadrienal con la primera Olimpíada y los premios a los vendedores*" (*Olímpicas* 10.43-59; cf. 6.57ss., 3.11ss., así como Aristóteles, fr. 637 Rose, Pausanias 5.13.12, y *contra* Estrabón 8.3.30). Parte de nuestras fuentes atribuye la fundación de los Juegos Olímpicos al deseo de Heracles de celebrar su triunfo sobre Augias, rey de los eleos, en tanto que otros autores argumentan como motivo la rememoración de la hazaña de su antepasado Pélope, que el propio Píndaro relata en su *Olímpica* 1. Pélope, hijo de Tántalo, soberano de Frigia o Lidia, se personó en Élide, cuyo rey Enómao ofrecía la mano de su hija Hipodamía a quien lograra derrotarle en una carrera de carros, empresa harto dificultosa, ya que Enómao competía con los divinos caballos que le regalara su padre Ares. Doce pretendientes lo intentaron antes que Pélope y sus doce cabezas aparecían clavadas a las puertas del palacio del rey; pero el nuevo aspirante fue más astuto: obtuvo de su amante y

protector Posidón unos caballos alados que podían competir con garantías frente a los maravillosos animales de Enómao y (según la versión más extendida, que Píndaro silencia prudentemente) con la ayuda de la misma Hipodamía, que había quedado prendada de él, sobornaron, mediante regalos o promesas de amor, a Mírtilo, el auriga de Enómao, quien sustituyó las clavijas de las ruedas del carro por unas de cera, con el resultado lógico de que provocaron un accidente, de resultas del cual murió el rey de los eleos (cf. figura 27). Así pues, Pélope habría sido el primer vencedor olímpico en la carrera de carros y habría fundado el festival como acción de gracias por su victoria o bien como juegos fúnebres en honor de Enómao, mediante los cuales trataba de purificarse por su muerte; al mismo tiempo, Hipodamía instituyó una carrera femenina en honor de Hera en acción de gracias por su boda con Pélope.

Pero son dos autores tardíos, de los siglos II-III p.C., Flegón de Trales en su *Historia Olímpica* (*FGrHist* 257 F 1-2) y el inevitable Pausanias en su *Descripción de Grecia*, quienes nos proporcionan el catálogo más completo de fundadores, refundadores y renovadores legendarios o semilegendarios de los juegos de Olimpia, tratando de enlazar entre sí las diferentes versiones que corrían al respecto. Pausanias, que dice haberse documentado por "*los más entendidos anticuarios de Élide*", hace remontar el festival a los Dáctilos cretenses. Más tarde, en concreto "*50 años después de Deucalión y el diluvio*", otro cretense de nombre Clímeno llegó a Olimpia e instituyó unos juegos en honor de su antepasado el dáctilo Heracles. Un cierto Endimión, hijo de Aetlio ("el Competidor"), se hizo con el trono de Clímeno y organizó entre sus hijos una carrera pedestre con el reino como premio. El vencedor, Epeo, perdió a su vez el gobierno de Élide a manos de Pélope, que había subido al trono de Pisa tras la muerte de Enómao. Con Pélope los juegos alcanzaron un esplendor inigualado hasta entonces, pero después de él siguió una época oscura, con diferentes patrocinadores, hasta que Heracles los dotó de renovado brío después de vencer al rey de Élide Augias.

Flegón, por su parte, distingue en esta primera época tres etapas: el primero en fundar unos juegos en honor de Zeus fue Piso, héroe epónimo de la ciudad de Pisa (Flegón seguía probablemente fuentes

pisatas, en tanto que quienes informaron a Pausanias sobre Clímeno eran eleos); posteriormente, Pélope estableció un festival en honor de Enómao y Heracles instituyó los juegos en recuerdo de su antepasado Pélope.

Pasada la época de Heracles, nuestras fuentes coinciden en señalar que los juegos entraron en una etapa de decadencia ("*los peloponesios se olvidaron de ellos*"), hasta que, 80 años después de la caída de Troya, es decir, *ca.* 1104, Oxilo condujo al Peloponeso a los descendientes de Heracles y obtuvo en compensación el trono de Élide, que había pertenecido a su antepasado Endimión, renovando entonces los juegos fundados por Heracles (Estrabón lo llama incluso "*fundador de los juegos*"). No obstante, el festival olímpico continuó celebrándose a partir de entonces también de manera discontinua, y sólo por obra de un descendiente de Oxilo, Ífito, alcanzó su carta de naturaleza definitiva, según afirman Estrabón, Flegón, Pausanias y el cronista Eusebio (*Crónica* I, col. 190ss.): Ífito de Élide, Licurgo de Esparta y Clístenes de Pisa, deseosos de que sus pueblos conviviesen en paz y armonía, resolvieron restaurar los Juegos Olímpicos de acuerdo con su patrón original, contando para ello con la aprobación del oráculo délfico.

Esta enrevesada sucesión mítica de fundadores y renovadores bien pudiera ser reflejo de las diferentes etapas por las que atravesó el santuario. Diversos pueblos, en efecto, dominaron el lugar y se han esgrimido numerosas hipótesis para tratar de relacionar cada una de las versiones míticas con la presencia de un determinado grupo humano. Se ha dicho, por ejemplo, que el mito de Pélope responde a una época predórica y el de Heracles a la dominación de los dorios; unos sostienen que los Juegos Olímpicos tienen su origen en época creto-micénica, otros niegan la existencia de datos que lo confirmen, mientras que unos terceros recurren a la influencia de pueblos más lejanos, tales como los fenicios (cf. 1.1.).

En definitiva, a falta de pruebas más seguras, el problema del origen de los Juegos Olímpicos se ha intentado resolver mediante la interpretación de los mitos a partir de los datos que ofrecen la etnología, la arqueología, la filología, la historia y el estudio comparado de las religiones. Muchas han sido las explicaciones propuestas, con mayor o menor verosimilitud y aceptación, y en un buen número de casos las

conclusiones a las que se ha llegado están casualmente cerca del ámbito de estudio del autor en cuestión. Queremos decir que los historiadores de las religiones tienden a dar una respuesta que permita relacionar los juegos atléticos con algún tipo de culto, en tanto que los estudiosos del deporte griego (es el caso de Jüthner, Gardiner, Harris o Patrucco) insisten ante todo en el espíritu competitivo del hombre, en su afán de medir sus fuerzas con otros hombres. Difícil será llegar siquiera a un principio de acuerdo mientras la naturaleza de nuestras informaciones sea de carácter tan inseguro, como concluyen Ulf-Weiler en su exhaustivo y erudito repaso de las hipótesis que se han formulado al respecto del problema.

Las soluciones propuestas a la cuestión del origen de los Juegos Olímpicos vienen a coincidir, en general, con las que se han aportado a un tema más amplio como es el del propio origen del deporte (cf., sobre ello, H. Ueberhorst, "Teorías sobre el origen del deporte", *CAF* XV 1973, 9-57). En efecto, para unos los Juegos Olímpicos, como el deporte mismo, hunden sus raíces en actividades ligadas al culto, mientras que para otros se trató en principio de actividades profanas. Mayor predicamento ha tenido la opinión de que los Juegos Olímpicos deben relacionarse desde su origen con ceremonias religiosas; ahora bien, las discrepancias son notables a la hora de precisar qué tipo de culto está en la base de los juegos que conocemos en época histórica.

Por un lado, numerosos testimonios permiten establecer de manera inequívoca una estrecha vinculación entre competiciones deportivas y ceremonias funerarias. La costumbre de celebrar juegos deportivos durante los funerales de un muerto ilustre es, en efecto, muy común y cuenta con numerosos paralelos en otras culturas. En lo que a Grecia se refiere, los juegos fúnebres aparecen en las más antiguas obras literarias y artísticas, quizá en estelas y vasos de época micénica y desde luego en los poemas homéricos, y tampoco faltan testimonios que atestigüen la celebración de agones fúnebres de carácter deportivo o poético en época histórica (cf. 1.2). Tales competiciones funerarias eran organizadas por el estado para honrar la memoria de los soldados caídos en combate (es el caso de las batallas de Maratón, Platea, Leuctra o de los atenienses

muertos durante la Guerra del Peloponeso) o bien por personas particulares (así, Isócrates 9.1 alude a los juegos que en la ciudad chipriota de Salamina organizó Nicocles en honor de su padre Evágoras en 374 a.C.). Si a estos datos históricos añadimos el hecho de que, como más arriba se señaló, diversos mitos ligan el origen de los Juegos Olímpicos (y de los restantes festivales panhelénicos) con la celebración de un muerto, resulta que es posible establecer una estrecha conexión entre los juegos deportivos y el culto a los muertos. Ahora bien, ¿cómo debe interpretarse tal relación? ¿Tuvieron las competiciones atléticas en origen una vinculación directa con el culto a los muertos y debe buscarse en el ámbito religioso el origen de los juegos deportivos griegos y de las competiciones olímpicas en particular, o bien su carácter originario es profano y fueron posteriormente incorporados a la esfera religiosa?

Quienes pretenden hallar el nacimiento de las competiciones deportivas en ritos funerarios explican por diferentes caminos la relación entre unos y otros. Para Malten, los juegos deportivos serían un último y civilizado recuerdo de antiguos sacrificios humanos ante la tumba de un guerrero, práctica atestiguada ocasionalmente en la literatura y la historia griega, desde la época homérica (*Ilíada* 23.20-3, donde Aquiles promete a Patroclo sacrificar ante su pira a "*doce hijos de troyanos ilustres*", o el sacrificio de Políxena ante la tumba de Aquiles, que Eurípides nos describe con pormenor en *Hécuba* 517ss. y cuya finalidad era ora propiciar el feliz regreso de las naves griegas ora aplacar la ira del muerto) hasta la época helenística (según Justino, *Historias Filípicas* 11.2.1., Alejandro ordenó dar muerte sobre la tumba de su padre a quienes conspiraron en el asesinato de Filipo en 336 a.C.; en este caso sería difícil distinguir si fue el cumplimiento de un rito o simplemente la ira lo que impulsó al joven Alejandro). Tales sacrificios humanos originarios habrían ido atenuándose paulatinamente hasta llegar a su desarrollo tardío y amortiguado de los combates deportivos.

Por su parte Karl Meuli ha sugerido que las competiciones deportivas fueron inicialmente parte de un combate ritual, un juicio de dios, destinado a descubrir y castigar a la persona responsable de la muerte del hombre que era enterrado, el cual sería, por supuesto, el perdedor del

combate, quien expiaba con su propia derrota y consiguiente muerte la muerte supuestamente causada por él, de manera que el muerto era vengado y los vivos quedaban protegidos contra su ira. Tales manifestaciones en principio ocasionales se habrían institucionalizado y organizado como competición deportiva periódica, como reflejarían los mitos que atribuyen la reorganización de los juegos a héroes como Heracles u Óxilo. Esta teoría tiene sobre la anterior de Malten la ventaja de que, frente al simple sacrificio premeditado de unas víctimas indefensas, el elemento competitivo es esencial para descubrir al culpable, de manera que sería más fácil de explicar la transición hacia la competición propiamente deportiva; de hecho, es la tesis que con más adeptos cuenta para explicar el origen de los Juegos Olímpicos, desde los predecesores de los siglos XVIII-XIX hasta trabajos relativamente recientes como los de Diem, Bengtson, Popplow, Roller, Ebert o Bernardini.

Por contra, ambas teorías, la de Malten y la de Meuli, tienen en su debe el hecho de que requieren necesariamente el presupuesto de que las más antiguas competiciones olímpicas fueran los combates con armas, prueba que nunca llegó a formar parte del programa de los Juegos Olímpicos ni de los demás festivales panhelénicos en época histórica. Unicamente un pasaje de Plutarco (*Problemas de banquete* 675b) testimonia la existencia de teorías semejantes en la Antigüedad, ya que en él se nos dice que en épocas remotas se disputaba en Olimpia "*un combate individual que acababa con la muerte e inmolación de los derrotados*".

Otros estudiosos del tema (caso de Frazer, Drees, Lévêque, Burkert, Nagy y un largo etcétera) han recurrido a postular no un único origen, sino la combinación de ritos funerarios con otro tipo de actos cultuales relacionados con ritos de fertilidad, ascensión al trono e iniciación. Hace un siglo, Cornford y Harrison vieron en ritos agrarios e iniciáticos el origen de los Juegos Olímpicos y sus ideas han hallado eco posterior en Vallois, Jeanmaire, Drees, Brelich, Lévêque, Burkert, Mouratidis y otros. Para Cornford los Juegos Olímpicos nacieron de un ritual de año nuevo y de iniciación (ambas cosas irían unidas) que se celebraba en un territorio sagrado, fuera del *habitat* acostumbrado de los jóvenes, con estricta separación de sexos. Del rito iniciático formaba parte una carrera cuyo

vencedor era proclamado "el primero de los jóvenes" (término en el que insiste Jeanmaire) y llevaba a cabo su "boda sagrada" con la vencedora en la carrera de doncellas, todo ello con el objeto de propiciar la renovación de la fertilidad.

De ritos de fertilidad parten igualmente quienes, desde Cook y Frazer (p. 194 de la edición castellana de *La rama dorada*), hacen remontar el origen de las competiciones olímpicas a disputas rituales por el trono, que iría a parar a manos de los vencedores, según puede deducirse de algunos mitos referentes a la fundación de los juegos, como la derrota de Crono a manos de Zeus, el triunfo de Pélope sobre Enómao, que le dio acceso al reino de éste y a la mano de su hija Hipodamía, o la leyenda menos difundida de la carrera que Endimión organizó entre sus hijos con su trono como premio. Cada cierto período de tiempo (ocho años en principio) el rey debía ponerse a prueba combatiendo con un rival aspirante a su puesto, para comprobar si aún seguía en condiciones de mantenerse en el trono o debía cederlo a otro hombre cuyo mayor vigor asegurase la renovación de la vida.

Frente a las tesis expuestas hasta aquí, que establecen una vinculación directísima entre el culto y el origen de las competiciones deportivas, los más señalados estudiosos del deporte griego en nuestro siglo (Gardiner, Jüthner, Harris, a quienes se han sumado más recientemente Patrucco y Poliakoff) han defendido para los festivales atléticos y para los Juegos Olímpicos en particular un origen profano y "deportivo": habrían nacido sencillamente del placer por competir, de ese "espíritu agonístico" que consideran innato en el ser humano, aunque posteriormente, como no podía ser menos, adquirieron carácter religioso al quedar bajo la protección de alguna divinidad y desarrolarse en el marco de ceremonias religiosas. En tal sentido, la presencia de pruebas deportivas en funerales se explicaría como un homenaje que los vivos rinden a la memoria del muerto, exhibiendo las cualidades de que éste dio muestras en vida.

Así pues, hay opiniones para todos los gustos, ya que, como se dijo anteriormente, el carácter y la variedad de nuestras fuentes literarias y arqueológicas y de los relatos míticos hacen prácticamente imposible asegurar nada con certeza. Es muy probable, desde luego, que algún tipo

de culto, sea de carácter agrario o funerario, haya sido la raíz de lo que luego se convirtió en un festival eminentemente deportivo, aunque nunca llegara a perder, por supuesto, su significado religioso. Pero ya desde los poemas homéricos, nuestro más antiguo testimonio literario griego, el deporte aparece como una actividad natural en la vida cotidiana de los griegos; los hombres, y también las mujeres, practican juegos deportivos en sus ratos de ocio, para distraerse y medir su fuerza y habilidad con otros hombres. En ese sentido, ritos que tenían como fin asegurar la renovación de la vida o propiciarse al muerto eran, además, una magnífica ocasión para poder exhibir las cualidades físicas, de manera que, si esos antiguos ritos alcanzaron un desarrollo tal que se convirtieron en organizados festivales periódicos, ello fue debido principalmente al instinto natural del hombre que le hace disfrutar con el movimiento de su cuerpo, con el juego y, finalmente, con la competición con otros hombres. En definitiva, los motivos cúlticos y los puramente agonísticos no tienen por qué excluirse mutuamente (cf. 1.2; véase Ulf-Weiler 30).

Aunque el origen de los Juegos Olímpicos es quizá el problema más discutido entre los estudiosos del deporte griego, otra serie de cuestiones concernientes ya a la historia del festival han suscitado igualmente arduas controversias. Así, las fechas de la primera y la última Olimpíada han sido objeto de discusión. Por lo que respecta a la primera Olimpíada histórica, la tradición más extendida indica que se celebró en el año 776 a.C. y que en la única prueba que conformaba el programa, la carrera del estadio, triunfó un cocinero local, Corebo de Élide. A otro eleo, éste de la segunda mitad del siglo V a.C., el sofista Hipias, debemos el primer catálogo sistemático de vencedores olímpicos, que comenzaba precisamente en la fecha indicada. Hipias recogió probablemente sus informaciones de los desaparecidos archivos de Olimpia y su obra fue la base de todas las recopilaciones posteriores, que llevaron a cabo Aristóteles un siglo después, el filólogo alejandrino Eratóstenes en el siglo III a.C. y, ya en época imperial, Flegón de Trales y dos filósofos cristianos, Julio Africano y Eusebio de Cesarea. A partir de lo que se ha conservado de tales escritos y de otras informaciones, Luigi Moretti ha podido reconstruir la

historia de buena parte de los Juegos Olímpicos antiguos en lo que se refiere al nombre de los vencedores en ellos. Moretti concede bastante credibilidad al trabajo de Hipias y, en consecuencia, de sus sucesores, aunque su autenticidad fue puesta en duda ya en la Antigüedad ("*es difícil, por tanto, fijar con exactitud su cronología* [la de Numa] *y, en especial, la que se basa en los Juegos Olímpicos, cuya lista dicen que publicó Hipias de Élide, sin partir de ningún criterio con autoridad suficiente para inspirar confianza*", Plutarco, *Numa* 1), desconfianza que ha renovado la erudición moderna, desde el estudio de Mahaffy a fines del siglo pasado. Por lo que respecta en concreto a la fecha de inicio de los juegos, ya Flegón y Eusebio comentan que Corebo no fue el primer vencedor olímpico, sino el primero recordado, puesto que la reintroducción de la escritura en Grecia permitió conservar su nombre con mayores garantías que en el caso de los 27 triunfadores anteriores (cf. Lee, p. 112, con n. 19). Otra supuesta fuente antigua, el llamado "disco votivo de Asclepíades" (figura 45), que ya conocíamos por la mención que hace de él Pausanias (5.20.1) en su descripción del templo de Hera en el Altis antes de que fuera sacado a la luz por las excavaciones alemanas en 1879, hace remontar la primera Olimpíada nada menos que a 1580 a.C., aunque actualmente el disco se considera una falsificación antigua, mediante la cual los eleos pretendían contar con un argumento "histórico" que justificase su control de los juegos. La fundación del festival olímpico, tanto en el caso del disco de Asclepíades como en el de la noticia que Flegón y Eusebio nos transmiten, se atribuye entonces a los reyes de Élide, Óxilo o su descendiente Ífito. Pero han sido sobre todo los hallazgos arqueológicos el fundamento de la especulación moderna sobre la posible existencia de competiciones regulares en Olimpia en fecha anterior a 776. En zonas próximas a Olimpia se han encontrado, en efecto, gran cantidad de trípodes de bronce que pudieran ser, como ocurre en los juegos homéricos, el premio que recibían los vencedores, y además también multitud de ofrendas al dios, especialmente pequeños bronces y terracotas con figuras de carros y caballos. La datación de tales hallazgos no puede llevarse más allá del siglo X a.C., sin que, pese a la opinión de Dörpfeld y otros, por el momento haya pruebas que apoyen la existencia de cultos

en el Altis en época micénica (cf. Mallwitz, "Cult and Competition..." 89ss.). Ahora bien, ¿nos procuran los datos hasta aquí apuntados argumentos suficientes para postular celebraciones periódicas del festival olímpico en fecha anterior a la tradicionalmente admitida? Ciertamente pudo haber, en Olimpia o sus proximidades, juegos culturales que incluyeran competiciones deportivas, pero no podemos asegurar que antes de 776 tales juegos reunieran todas las características mínimas necesarias para poder ser denominados Juegos Olímpicos en sentido propio, es decir, festivales religiosos con inclusión de competiciones atléticas que, de manera periódica y organizada, se celebraban en el santuario de Olimpia en honor de Zeus.

Digamos, por último, que el director de las excavaciones alemanas en Olimpia, Aldred Mallwitz, ha sugerido que la fecha de 776 pudiera ser no demasiado tardía, sino en exceso temprana. A partir del descubrimiento de pozos de agua abiertos hacia finales del siglo VIII a.C., Mallwitz ha postulado la hipótesis de que la fecha de inicio de los juegos puede retrasarse hasta 704, siendo anuales las celebraciones hasta que, con la introducción de las carreras de cuádrigas en 680 a.C. (Olimpíada 25), pasaron a tener periodicidad cuatrienal debido al gran gasto que para los participantes suponía el envío y mantenimiento de carros y caballos todos los años. A ello objeta Lee (p. 114), de quien hemos tomado la referencia, que quienes mandaban sus carros a los juegos eran hombres de sobrados recursos económicos, que no habrían tenido inconveniente en hacerlo anualmente como de hecho sucedió más tarde, cuando al menos un festival panhelénico se celebraba cada año. Los pozos abiertos a finales del siglo VIII testimonian simplemente el deseo de mejorar las condiciones de un recinto al que acudía un número progresivamente creciente de personas, conforme los juegos fueron ganando en prestigio y popularidad.

También se han puesto en duda las ideas tradicionalmente admitidas acerca del número de competiciones deportivas que componían el programa de las primeras celebraciones de los juegos. Como poco más adelante estudiaremos con mayor detenimiento, únicamente una prueba, la carrera del estadio, se disputó durante las trece primeras Olimpíadas,

si hemos de dar fe a las noticias que nos transmiten los autores antiguos, particularmente Pausanias. Ahora bien, dado que los juegos en honor de Patroclo relatados en *Ilíada* 23 y en la narración que hace Píndaro del festival mítico organizado por Heracles (*Olímpicas* 10.64-74) son numerosas las competiciones que se citan y describren, y dado también el ya aludido descubrimiento de pequeños carros y caballos broncíneos en Olimpia y sus inmediaciones, diversos autores se han decantado por ampliar el abanico de competiciones que se disputaban en los juegos de los primeros tiempos. Así, Gardiner (*Olympia* 87-8) cree que deben incluirse por lo menos las competiciones que menciona Píndaro en su *Olímpica* 10 (estadio, lucha, pugilato, carrera de cuádrigas, jabalina y disco; pero Píndaro bien pudiera estar extendiendo a época mítica una práctica de su tiempo), y Hermann (*Olympia* 80-1) adopta una solución de compromiso, sugiriendo que se disputaban otras pruebas además del estadio, pero en calidad de lo que hoy llamaríamos "deportes de exhibición", de manera que sólo paulatinamente fueron incorporándose al programa oficial. No obstante, la objeción que aduce Hermann para modificar la tesis tradicional (en su opinión, es poco verosímil que atletas y público hubieran realizado un largo viaje para asistir a un festival que únicamente comprendía una carrera de apenas 30 segundos de duración) no tiene, a nuestro entender, mucho fundamento, pues no debemos olvidar que los Juegos Olímpicos históricos no fueron nunca una fiesta exclusivamente deportiva, sino que incluía otras actividades, en primer término religiosas, que justificarían sobradamente la asistencia de gentes de las poblaciones cercanas e incluso de más lejos. Todos conocemos gran cantidad de romerías y fiestas de un solo día que concitan la reunión de multitudes de diversas procedencias (y un encierro en los San Fermines no dura mucho más de lo que tardaría un atleta griego en recorrer un estadio). En definitiva, aun cuando la hipótesis de Hermann no carece de verosimilitud, no creemos que haya graves inconvenientes para admitir unos juegos formados en principio por una única competición de carácter originariamente cultural, a la que luego se fueron añadiendo paulatinamente otras a medida que el festival fue cobrando importancia. De otra manera se explicaría difícilmente la precisión de los datos que nos proporciona Pausanias sobre la fecha de introducción de cada prueba.

La historia posterior de los Juegos Olímpicos corre paralela con la evolución del deporte griego, que hemos tratado de exponer en la primera parte de nuestro libro. Los dos primeros siglos de vida de los juegos están marcados, desde el punto de vista organizativo, por la disputa que mantuvieron Pisa y Élide por el control del festival, y, desde el punto de vista deportivo, por el dominio aplastante de los atletas espartanos. Dos ciudades vecinas al santuario, Pisa y Élide, se alternaron, en efecto, en la dirección de los juegos. Por Heródoto (6.127) y Estrabón (8.358; su fuente es Éforo) sabemos que, en 676 ó 668 a.C., Fidón, rey de Argos, arrebató a los eleos la facultad de organizar el festival y lo puso en manos de los pisatas, quienes se ocuparon de él hasta que, un siglo más tarde, Élide se hizo definitivamente con su control con la ayuda espartana. Durante ese período los juegos fueron perdiendo paulatinamente su carácter local y atrayendo a atletas de ciudades cada vez más alejadas, que comenzaron a mitigar el predominio casi absoluto que los lacedemonios venían manteniendo en casi todas las competiciones.

A partir del siglo VI el carácter panhelénico de los juegos se consolida definitivamente, y en la centuria siguiente alcanzan su "período aúreo" tras la victoria griega sobre los persas en las Guerras Médicas, cuando Olimpia se convierte en el símbolo de la unidad de todos los griegos. Un amplio programa de construcciones embellece el santuario. Poco después, sin embargo, los Juegos Olímpicos conocen una época de altibajos, consecuencia lógica de los conflictos que enfrentan a las ciudades griegas (la tregua olímpica, como veremos poco más adelante, es violada en varias ocasiones), hasta que Filipo de Macedonia impone su hegemonía sobre Grecia y, tanto él como su hijo Alejandro y en general los soberanos helenísticos, manifiestan acusado interés por relanzar el festival de Olimpia, como medio de legitimar su dominio sobre los griegos y para destacar los rasgos más característicos de la cultura griega.

Con la conquista romana, completada tras la toma de Corinto en 146 a.C., los juegos entran en una etapa de decadencia (al conquistador romano no le interesaba al principio incentivar nada que pudiese reavivar el espíritu nacional del pueblo conquistado), que alcanza su punto más

bajo a comienzos del siglo I a.C., especialmente cuando Sila saquea el santuario en 86 llevándose las más valiosas ofrendas y, poco después, obliga a los atletas que se aprestaban a competir en la 175 Olimpíada (80 a.C.) a embarcarse con dirección a Roma para participar en sus juegos, de manera que ese año los Juegos Olímpicos quedaron reducidos a una única prueba testimonial, el estado infantil. La protección de Augusto permite un nuevo renacimiento del festival, que, sin embargo, no pudo verse libre poco después de otra intromisión, esta vez entusiasta, en su normal desarrollo: Suetonio nos cuenta que el emperador Nerón, llevado de su ardiente deseo de inscribir a toda costa su nombre entre los vencedores olímpicos, no sólo obligó a trasladar al año 67 los juegos correspondientes al año 65, sino que hizo ampliar el programa dando entrada a competiciones musicales y, para colmo, fue coronado vencedor en la carrera de cuádrigas a pesar de que su carro derrapó y no alcanzó el primero la meta. Su nombre fue eliminado después de la lista de vencedores.

El renovado esplendor que cobraron los juegos bajo la protección de los Antoninos durante el siglo II, coincidente con la visita de Pausanias a Olimpia que nos ha legado la más completa descripción del santuario y de su historia que poseemos, no fue sino el postrer florecimiento, presagio de la decadencia definitiva. A partir del siglo III p.C., especialmente tras la invasión de los hérulos *ca.* 267, nuestras noticias escasean, hasta el punto de que ni siquiera podemos asegurar que los juegos se celebrasen con regularidad ni tampoco la fecha exacta de su clausura. Un rasgo altamente significativo sí es claro, la admisión de atletas procedentes de todos los rincones del Imperio, capadocios, carios, fenicios, licios, panfilios, bitinios, egipcios o armenios como el principe Varazdates, el último vencedor olímpico conocido (cf. 1.4).

El final de los Juegos Olímpicos de la Antigüedad, al igual que su origen y comienzo, sigue siendo todavía objeto de discusión. El auge del cristianismo supuso el principio del fin del festival, que fue clausurado, según el testimonio del historiador bizantino Jorge Cedreno (326d y ss.), del siglo XI-XII, en el año 393 por orden del emperador Teodosio I. La veracidad de esta información ha sido, sin embargo, puesta en duda por

quienes sostienen que Teodosio I únicamente prohibió la costumbre pagana de computar el tiempo por olimpíadas (además, se llevó a Constantinopla la estatua crisoelefantina de Zeus obra de Fidias), preparando así la definitiva abolición de los juegos, que se habría producido cuando, 30 años más tarde, su nieto Teodosio II ordenó la destrucción de los lugares sagrados paganos (escolios a Luciano, p. 176 y 178 Rabe; cf. Ebert, "Olympia..."). E incluso Kereszténvi ha retrasado la supresión del languideciente festival hasta 521, bajo el reinado de Justino, aunque es posible que lo que este emperador ordenara suprimir fueran no los juegos de Olimpia, sino los Juegos Olímpicos de Antioquía, creados por Augusto y renovados por Claudio, los cuales, merced a la conocida pasión de los antioquenos por los espectáculos, continuaron celebrándose por lo menos hasta comienzos del siglo VI (cf. Juan Malalás, 395.20 – 398.4).

2.1.2. El redescubrimiento de Olimpia

Durante casi milenio y medio Olimpia, devorada poco a poco por los estragos que causaban el tiempo y los aluviones aportados por el Cladeo, que fueron sepultando paulatinamente el santuario, estuvo oculta a los ojos de los hombres, aunque siempre presente como punto de referencia vital para todos los que estudiaban y amaban la antigua Grecia. Habría que esperar hasta el año 1766, cuando Richard Chandler, profesor de Teología en Oxford, recorrió el Peloponeso y anduvo por los parajes donde se ubicaba la antigua Olimpia, dejándose guiar por la *Descripción de Grecia* de Pausanias, compañero inseparable e insustituible de todos cuantos han explorado el santuario. Poco después otro británico, W. M. Leake, coronel del ejército colonial, fue enviado a Grecia en misión diplomática y militar, pero aprovechó la ocasión para visitar, a comienzos de 1805, los lugares que Chandler había descrito y realizar pequeñas excavaciones de aficionado. Sin embargo, no habrían de ser los ingleses los destinados a devolver a la luz los restos de Olimpia. Ya el gran J. J. Winckelmann había puesto su atención en los aún ocultos tesoros artísticos que prometía ofrecer el lugar de los más importantes juegos de Grecia (cf. R. Pfeiffer, *Historia de la Filología Clásica*,

Madrid 1981, II 283-4), pero su prematura y violenta muerte en Trieste a manos de un cocinero italiano truncó sus proyectos; corría el año 1768. Fue en el siglo siguiente cuando se iniciaron las primeras excavaciones serias de Olimpia. Con ocasión de la Guerra de Liberación griega, en 1829 los franceses enviaron en apoyo de Grecia un contingente de 14.000 hombres, acompañado por un notable conjunto de eruditos que, bajo el nombre de "Expedición Científica de Morea", se dedicaron a estudiar el país, su fauna y flora, su geografía y también su arquitectura. El grupo dirigido por Abel Blouet arribó al lugar donde confluyen los ríos Cladeo y Alfeo, en la parte Noroeste del Peloponeso, en medio de las suaves colinas de Élide, y allí inició sus excavaciones, las cuales, sin embargo, cuando comenzaban a dar sus primeros frutos fueron suspendidas en el mes de Junio, informado el presidente Kapodistrias por los campesinos de que los franceses buscaban apoderarse de los tesoros que escondía la tierra. Casi medio siglo más habría de transcurrir para que, por fin, Olimpia comenzara a ser definitivamente desenterrada. Tras arduas y duraderas negociaciones con el gobierno griego, Ernst Curtius gana la partida al mismísimo Schliemann y obtiene el 25 de Abril de 1874 el permiso para realizar excavaciones sistemáticas, que tienen su inicio el mes de septiembre del año siguiente, siendo los directores de la primera campaña el propio Curtius y F. Adler, con la colaboración de Gustav Hirschfeld y Adolf Boetticher. Desde entonces, las excavaciones alemanas nos han devuelto aunque sea únicamente una pálida imagen de lo que fue un esplendoroso santuario (nuestra imaginación, acompañada de las maquetas levantadas [figura 28], debe completar la reconstrucción). W. Dörpfeld dirigió las campañas de 1906-1909, 1921-23 y 1927-29, reanudándose los trabajos con especial intensidad con ocasión de los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. Nuevamente interrumpidos en 1942, a partir de 1952 han dirigido las excavaciones sucesivamente E. Kunze, H. Schleif y A. Mallwitz.

El centro del santuario es el Altis o bosque sagrado, limitado al Norte por la llamada "colina de Crono" (Cronio), al Sur y al Oeste por un muro que se levantó en el siglo IV y al que se añadió otro paralelo en época romana (II p.C.), y al Este, desde 340 a.C., por el "Pórtico de

Eco". Durante los primeros siglos todas las pruebas, salvo las disciplinas ecuestres, se desarrollaban en el propio Altis, pero, a partir sobre todo del siglo VI a.C., éste fue llenándose de construcciones sagradas y de ofrendas votivas y conmemorativas, de modo que la pista de competición acabó por desplazarse hacia el Este, fuera del santuario propiamente dicho, y los lugares de entrenamiento hacia el Oeste (figura 29). La entrada principal del Atlis se hallaba al Noroeste, donde desembocaba la vía procedente de Élide, por la cual llegaban atletas y jueces para dar comienzo a los juegos. Nada más entrar, a la izquierda, aparece el **Pritaneo** de los eleos, construído hacia el año 500 a.C. y remozado posteriormente, donde se celebraban los banquetes oficiales y se hallaba encendido el fuego sagrado, que los vencedores en la carrera del estadio tenían el honor de renovar cada Olimpíada. Frente al Pritaneo hizo construir Filipo II de Macedonia, con ocasión de su triunfo en Queronea (338 a.C.) que le supuso la supremacía sobre toda Grecia, un edificio redondo al que hizo llamar **Filipeo** y estaba destinado a albergar estatuas de todos los miembros de la dinastía real macedonia.

El centro del Atlis era el **altar de Zeus** y, cerca de él, el **Pelopio**, la supuesta tumba de Pélope. Al norte del Pelopio y junto al Pritaneo, se alzaba el **templo de Hera**, dórico períptero, construído hacia el año 600 a.C. en sustitución de otro anterior que fue víctima del fuego. En su interior se guardaban objetos empleados durante las competiciones (los discos), así como el merecidamente célebre Hermes de Praxíteles, que actualmente alberga el Museo de Olimpia. A la izquierda del templo de Hera, hacia mediados del siglo II p.C. el rico mecenas ateniense Herodes Atico financió la construcción del **Ninfeo**, fuente monumental de forma semicircular en la que acababa una obra mucho más importante por su utilidad, el acueducto que abastecía de agua a toda la región. Más al Este pueden verse las ruinas de otro templo dórico períptero, de dimensiones mucho más reducidas que el de Hera, dedicado, hacia el 400 a.C., a la Diosa Madre y llamado por ello **Metroon**. A su lado se colocaban los **Zanes**, las estatuas broncíneas de Zeus sufragadas con el dinero resultante de las multas impuestas a quienes habían cometido alguna irregularidad tratando de obtener la victoria por medios ilícitos (cf. 1.3.2.4.). El

lado Norte del Altis era cerrado por los **tesoros**, pequeños edificios a la manera de templetes que encerraban los ricos presentes que las respectivas ciudades ofrecían al santuario. Datan de los siglos VI-V a.C.

Al Sur del Pelopio, en el año 472 a.C. los eleos encargaron al arquitecto local Libón la erección de un monumental **templo** dedicado a **Zeus**, que financiaron con el botín obtenido en la guerra contra sus vecinos de Pisa y Trifilia. También dórico períptero, fue construído en piedra caliza, pero decorado con mármol de Paros. Sus frontones y metopas, alojados en el Museo de Olimpia, constituyen uno de los hitos de la escultura griega: las metopas (parte de las cuales custodia el Louvre) representan los trabajos de Heracles; el frontón Este, los preliminares de la carrera de carros entre Pélope y Enómao, presididos por la imponente imagen de Zeus (figura 27); el frontón Oeste, una Centauromaquia en la que ocupa el lugar central la bellísima estatua de Apolo. En el interior del templo se guardaban los escudos de bronce que debían emplear los participantes en la carrera con armas, pero el centro de atención primordial de los visitantes era la colosal estatua crisoelefatina de Zeus, obra de Fidias, catalogada como una de las siete maravillas del mundo.

El lado oriental del Altis estaba limitado por el **Pórtico de Eco**, erigido *ca.* 340-330 a.C. De casi 100 metros de longitud, la parte frontal estaba formada por 44 columnas dóricas y el muro de fondo adornado con frescos. Se decía que devolvía el grito siete veces. Su construcción obligó a desplazar hacia el Este el antiguo **estadio**, quedando definitivamente ubicado en el lugar que ocupa hoy día (figura 30). La pista actual alcanza una longitud de 212,17 m por 28,50 m de anchura, pero la distancia entre las líneas de salida y llegada queda reducida a 192,27 m, la medida de un estadio olímpico. Tenía capacidad para albergar unos 40.000 ó 50.000 espectadores, que se aposentaban en terraplenes artificiales, sentados en el suelo o de pie, en situación, pues, harto incómoda, achuchándose unos a otros y tragando polvo mientras jaleaban a sus favoritos. Sólo unos pocos privilegiados tenían derecho a ocupar asiento de preferencia: en uno de los lados largos, el Norte, se hallaba el altar de Deméter Camine, cuya sacerdotisa era la única mujer a

la que se permitía asistir a los juegos; justo enfrente se ha encontrado una basa ligeramente elevada, sobre la cual se colocaban las sillas de madera que servían de asiento a helanódicas y huéspedes distinguidos (figura 31). Atletas y jueces hacían su entrada al estadio a través de un túnel situado en el ángulo noroccidental, que se conserva todavía en parte. El estadio anterior no estaba separado del recinto sagrado, sino que formaba parte de él (los escolios a Píndaro, *Olímpicas* 1.149 apuntan incluso que el primitivo poste de giro para las carreras fue la tumba de Pélope). Los restos que han quedado, en efecto, permiten colegir que en el siglo V atravesaba el lugar donde luego fue levantado el Pórtico de Eco. Es posible que el estadio arcaico, del siglo VI, siguiera idéntico trazado (cf. Mallwitz, "Cult and Competition..." 94ss.), aunque otros arqueólogos prefieren ubicarlo aún más al Oeste.

De acuerdo con el testimonio de Pausanias, al Sur del estadio se hallaba el **hipódromo**, del que no ha quedado vestigio alguno, pero que nos es conocido por la pormenorizada descripción del periegeta (véase al respecto el capítulo dedicado a las pruebas hípicas, 3.9.3.).

También al Sur del estadio ha aparecido un complejo conjunto de edificios de época muy diversa, parte de los cuales fue convertido en "villa de Nerón" durante las visitas de emperador al santuario. Unas termas construídas hacia el año 200 p.C. atestiguan el intento de hacer cada vez más cómoda la estancia de los espectadores durante el festival. De entre las construcciones situadas al Sur del Altis sobresale especialmente el **Buleuterio**, la sede del consejo de los eleos y también de los helanódicas. Levantado a fines del VI y comienzos del V a.C., está formado por dos edificios iguales acabados en un ábside, y en el espacio que queda entre ellos se ubicaba la estatua de Zeus ante la que atletas y jueces prestaban el juramento olímpico.

Continuando hacia el Oeste, emergen las ruinas del que llegó a ser el edificio más amplio de todo el complejo, el llamado **Leonideo** por la persona que lo donó, Leónidas de Naxos, según rezaba la inscripción del pórtico. Construído en 330-320 y remodelado hacia 150 a.C., el edificio, de planta casi cuadrada, era utilizado para albergar a los visitantes destacados, que se alojaban en habitaciones dispuestas en torno a

un gran patio central. Al Norte del Leonideo y, en consecuencia, al Oeste del Altis, una basílica paleocristiana fue construída sobre las ruinas de lo que un día fue el taller donde **Fidias** trabajó en la realización de la gran estatua de Zeus. Junto a él, los sacerdotes que atendían el santuario residían en una construcción cuadrada denominada **Teocoleo**, al Oeste de la cual ha aparecido un nuevo conjunto de edificios datables en épocas muy diversas: desde los baños más antiguos, próximos a los lugares de entrenamiento, hasta albergues de los siglos II-III p.C. (la inmensa mayoría de los visitantes durmió siempre al aire libre, en tiendas o al raso, comiendo y bebiendo de lo que obtenían de los vendedores ambulantes).

Finalmente, en el ángulo noroccidental, junto a la entrada principal del Altis, se alzaban, formando un conjunto, dos lugares destinados a la práctica del deporte, **el gimnasio y la palestra**, donde desde el siglo III a.C. se entrenaban los atletas (antes lo hacían probablemente en el propio estadio). La palestra (figura 33) era un edificio cuadrado, de 66,75 por 66,35 m, provisto de un patio interior circundado todo él por una columnata y en torno al cual se disponían las diferentes salas, unas destinadas al masaje y la ejercitación de los atletas y otras a las reuniones de oradores, filósofos y poetas, quienes, como se verá más adelante, pululaban en gran número por Olimpia. El gimnasio (figura 32), más al Norte, era una amplísima explanada, limitada al Oeste por el río Cladeo y al Este por un pórtico ancho, de casi 200 m de longitud, con una fila de columnas en el centro, de manera que los atletas podían correr al abrigo de las escasas lluvias un diaulo completo, es decir, un estadio de ida y otro de vuelta.

2.1.3. Desarrollo de los juegos

Los griegos llamaban *penteterís*, "quinquenio", al período comprendido entre dos celebraciones de los Juegos Olímpicos. Quiere ello decir, dado que los antiguos empleaban cálculo inclusivo, que el festival tenía lugar cada cuatro años, en los tórridos días del verano, como indican las frecuentes alusiones a las altas temperaturas que atletas y espectadores debían soportar. La fecha exacta era, no obstante, variable, coincidiendo

el día principal (aquél en el que se ofrecía el gran sacrificio en honor de Zeus) con el primer o segundo plenilunio después del solsticio de verano, pues el festival se regía por un ciclo lunar de 49 ó 50 meses (un mes más se intercalaba tres veces cada ocho años para que el festival viniera a celebrarse más o menos por las mismas fechas siempre); podía oscilar, pues, entre mediados de julio y agosto.

Los actos preliminares se iniciaban, sin embargo, algunos meses antes, cuando tres mensajeros oficiales llamados "espondóforos" (esto es, "portadores de la tregua") recorrían las ciudades griegas anunciando a sus habitantes la proximidad de los juegos y proclamando la "tregua sagrada" (*ekekheiría*). Plutarco (*Licurgo* 1.1), cuando se refiere a las distintas tradiciones que corrían acerca de la época en la cual vivió Licurgo, indica que algunos le atribuían la instauración de la tregua olímpica junto con Ífito, el legendario rey de Élide refundador de los Juegos Olímpicos, y precisamente el texto de la tregua estaba grabado en el llamado "disco de Ífito", que se conservaba en el templo de Hera (véase, además del pasaje plutarquiano citado, Pausanias 5.20.1). La vigencia de la *ekekheiría* abarcaba en principio el mes anterior a los juegos y el mes posterior a ellos, pero luego se extendió a dos o quizá tres meses antes y después, conforme fueron llegando participantes y espectadores de lugares cada vez más alejados. Actualmente está fuera de toda duda la falsedad de la idea de que la tregua suponía la interrupción de los conflictos bélicos que enfrentaban a las ciudades griegas durante el tiempo que tenía vigencia (Harris, *GAA* 155-6, apunta con razón que ello hubiera supuesto el fin de las guerras, pues en los demás Juegos Panhelénicos se decretaba también un armisticio semejante, y se celebraba al menos un gran festival cada año). Lo que se pretendía era sencillamente lograr una especie de salvoconducto que asegurara la inviolabilidad de los deportistas y de los espectadores durante su viaje hacia Olimpia y posteriormente cuando retornasen a sus ciudades respectivas, a fin de que las guerras, constantes antes como ahora, no impidiesen la celebración de los juegos. Todos cuantos se dirigían al festival se hallaban, entonces, bajo la protección divina, de manera que cualquier desmán que se cometiera contra ellos suponía una grave falta religiosa.

No obstante, como apuntan Finley-Pleket (p. 99-100), aunque no debemos subestimar los efectos disuasorios de la religión, el rigor con que la tregua olímpica era respetada puede explicarse también por la concurrencia de otros factores, como el interés que casi todas las ciudades mostraban por los juegos y la casi nula importancia política y económica de Élide, que no era, obviamente, objetivo militar prioritario. Sea como fuere, la proclamación de la tregua olímpica consiguió durante un milenio lo que las modernas Olimpíadas no han logrado cuando su existencia no alcanza todavía los cien años: que los juegos se celebren todos los cuatrienios, independientemente de los conflictos políticos y militares en que los hombres se hallen envueltos. Un pasaje de Tucídides (5.49-50) es fiel testimonio de las disputas que surgían al respecto de la tregua y de las medidas que se adoptaban contra quienes la violaban, pero muestra igualmente que, pese a todo, la tensión no estaba ausente de los juegos cuando era tensa también la situación política, como ocurría en 420 a.C.: "*Ese verano tuvieron lugar los Juegos Olímpicos en los que el arcadio Andróstenes obtuvo por primera vez la victoria en el pancracio. Y los eleos impidieron a los lacedemonios entrar en el recinto sagrado, de modo que no pudieron hacer sacrificios ni participar en las competiciones, pues no les habían pagado la multa a que les habían condenado los eleos en virtud de la ley olímpica, acusándolos de haber llevado sus armas contra ellos y contra la fortaleza de Firco y de haber enviado sus hoplitas a Lepreo durante la tregua olímpica. La multa era de dos mil minas, dos minas por cada hoplita, como establece la ley. Los lacedemonios enviaron una embajada y respondieron que les habían condenado injustamente, alegando que la tregua aún no había sido proclamada en Lacedemonia cuando ellos enviaron los hoplitas. Los eleos replicaron que la tregua ya tenía vigencia en su país (porque es a sí mismos a quienes primero la proclaman) y que por estar en paz y no esperar lo que sucedió al estar en vigor los pactos, se hallaban desprevenidos cuando fueron atacados... Los demás griegos enviaron sus embajadas a los juegos... Sin embargo, los eleos, temerosos de que los lacedemonios intentaran hacer sus sacrificios por la fuerza, dispusieron un cuerpo de guardia formado por jóvenes armados..., pero había entre los asistentes al festival gran temor de que los lacedemonios llegaran*

con sus armas, especialmente después de que el espartano Licas, hijo de Arcesilao, fuera golpeado durante la competición por los rabducos... No obstante, los lacedemonios se mantuvieron tranquilos y la fiesta transcurrió así" (cf. también la inscripción de Olimpia, de la primera mitad del V a.C., que con el n.° 358 aparece en *SEG* XXXI).

Los altletas estaban obligados a presentarse en Olimpia al menos un mes antes del inicio del festival, aunque ya desde nueve meses atrás las instalaciones estaban abiertas a quien quisiese entrenar allí mismo. Obviamente, todas la ciudades estaban interesadas en que sus deportistas brillasen a gran altura, pero parece que los atletas se inscribían a título individual, sin que los estados enviasen representaciones oficiales. A su llegada, eran sometidos por los helanódicas a un examen en el que debían demostrar que cumplían los requisitos exigidos para poder ser admitidos en los juegos sagrados, a saber, ser hombres libres, hijos legítimos de padres griegos y no estar sometidos a *atimía*, es decir, a la privación de los derechos de ciudadanía por haber cometido un delito religioso o de sangre. Dado que la burocracia no alcanzó gran desarrollo en las ciudades griegas, no siempre era fácil realizar tales comprobaciones, especialmente cuando se trataba de atletas llegados de áreas marginales del mundo griego. Ya a comienzos del V a.C. los rivales del rey macedonio Alejandro pusieron en duda su grecidad y, en consecuencia, su capacidad para poder participar en la carrera de cuádrigas, aunque finalmente los helanódicas aceptaron como válida la alegación de que ya sus antepasados remotos eran griegos de Argos (Heródoto 5.22; cf. 1.4); es posible, pues, que, sobre todo cuando se trataba de personajes influyentes como a menudo sucedió en época romana, los jueces no se mostrasen demasiado exigentes con respecto al cumplimiento estricto de las condiciones de admisión en los juegos.

Tampoco debía de ser nada fácil a los helanódicas en ciertos casos la separación de los atletas por edades, de manera que probablemente recurrían a la observación del aspecto externo de los deportistas para incluirlos en la categoría de los niños o en la de los adultos, decisión sumamente delicada en el caso de los deportes pesados, en los que resultaba decisivo el peso corporal. Diógenes Laercio (8.47) relata al respecto

la historia del púgil Pitágoras de Samos, quien, en los Juegos Olímpicos de 588 a.C., no fue admitido en la categoría de los *paídes*, probablemente porque aparentaba mayor edad de la que realmente tenía, de manera que se vio obligado a participar en la competición de los adultos, en la que, pese a todo, resultó vencedor. Evidentemente, comprobar si atletas venidos de todos los rincones del mundo griego habían cumplido o no los 18 años era tarea imposible de realizar y el sistema clasificatorio "a ojo" suponía, en todo caso, la solución menos mala.

Una tercera fuente de conflictos aguardaba a los helanódicas en el momento de inscribir a los atletas: decidir si eran o no admisibles las razones con las que los rezagados justificaban su llegada fuera de plazo. Ciertamente, pese a la tregua olímpica, toda clase de peligros y sucesos imprevistos aguardaban a los viajeros que se dirigían a Olimpia, de manera que debían de ser habituales los retrasos motivados por accidentes, naufragios, asaltos de bandidos o piratas y otros incidentes inesperados. Pero los jueces tenían que andarse con tiento para no ser engañados con falsas excusas, como las que adujo el atleta Apolonio de Alejandría en la Olimpíada 218 (96 p.C.), el cual afirmó que vientos contrarios le habían impedido llegar a tiempo, cuando un compatriota suyo llamado Heraclides demostró que en realidad se hallaba en Jonia participando en unos juegos bien dotados económicamente; Apolonio, al parecer, no se tomó con resignación el chivatazo y quiso emprenderla a golpes con Heraclides, que había sido proclamado vencedor (Pausanias 5.21.12-14).

Los atletas se concentraban en Élide, distante unos 57 km de Olimpia, y allí se desarrollaban los entrenamientos postreros previos a la competición, realizados bajo la supervisión de los helanódicas, que en el curso de ese mes final decidían definitivamente quienes podían inscribirse como participantes en los juegos. El tipo de vida al que estaban sometidos los futuros competidores durante ese período era famoso por su rigurosidad, tanto por lo que respecta a los ejercicios físicos que debían realizar como al régimen alimenticio que tenían fijado, a menudo lejos de los deseos o hábitos particulares de cada atleta, pues era para todos idéntico. Por Filóstrato (*Vida de Apolonio* 5.43) sabemos que al acabar el

mes de entrenamiento común los helanódicas se dirigían a los atletas con la siguiente proclama: "*Si os habéis esforzado tanto como para merecer ir a Olimpia y no habéis cometido ninguna negligencia ni acto innoble, id con ánimo; en cambio, quienes no se hayan entrenado así, marcháos a donde queráis*" (Apolonio dice preferir con mucho tal arenga a la que era habitual en los Juegos Píticos e Istmicos: "*Id al estadio y haceos hombres capaces de vencer*"). Tras de ello se dirigían todos juntos, atletas, entrenadores y helanódicas, en procesión hacia Olimpia, donde se instalaban prestos a iniciar las competiciones, no sin antes haber prestado el juramento olímpico ante la imponente estatua de Zeus "Protector de los Juramentos": "*Junto a esta estatua está establecido que los atletas, sus padres y hermanos e incluso sus entrenadores presten sobre trozos de carne de verraco el juramento de que ningún fraude cometerán en los Juegos Olímpicos. Y los atletas jurán además también que durante diez meses sucesivos han seguido estrictamente en todo las normas de entrenamiento. Y juran asímismo quienes se encargan de examinar a los niños o a los potros que intervienen en las carreras que toman sus decisiones con justicia y sin sobornos y que guardarán en secreto lo que hayan sabido de los candidatos admitidos o no*" (Pausanias 5.24.9-10).

La procesión desde Élide hasta Olimpia, el juramento ante Zeus Horcio y la inscripción definitiva de los atletas ocupaba la mañana del primer día de los juegos propiamente dichos; desde 396 a.C., la tarde de ese mismo día se dedicó a las competiciones de trompetistas y heraldos, a cuyos primeros clasificados se encomendaba la tarea de dar la señal de salida de las carreras y anunciar las decisiones de los jueces y proclamar el nombre de los vencedores (el emperador Juliano nos ha transmitido la fórmula que empleaban los heraldos para indicar el comienzo o el final de los juegos; son los fr. 863 y 865 *PMG*: "*comienza* (o *termina*) *el certamen, dispensador de los más hermosos premios, y el momento invita a no demorarse ya*").

La duración exacta del festival en sus primeros años de vida histórica nos es desconocida, aunque es lógico pensar que no comprendería más de uno o dos días, pues únicamente se celebraba una competición deportiva, la carrera del estadio. Posteriormente fue adquiriendo mayor

extensión conforme se fueron añadiendo sucesivamente pruebas, hasta que, con la reestructuración llevada a cabo en la Olimpíada 77, en 472 a.C., (cf. Pausanias 5.9.3-4, 5.13.3), la duración del festival quedó fijada en cinco o seis días. Al estadio se añadieron, en efecto, el diaulo (724 a.C.), el dólico o carrera de fondo (720 a.C.), el estadio infantil (632 a.C.) y, finalmente, la carrera con armas (520 a.C.), entre las pruebas pedestres. El pentatlo se introdujo en 708 a.C. (la modalidad infantil solamente se disputó en una ocasión, en 628 a.C.), y también en 708 hizo su aparición la lucha, sumándose a continuación el boxeo (688 a.C.) y el pancracio (648 a.C.), así como los respectivos concursos para niños (lucha en 632, boxeo en 616 y pancracio en 200 a.C.; ésta última fue precisamente la postrera modificación importante que admitió el programa olímpico, casi 600 años antes de la abolición de los juegos). Por lo que respecta a las disciplinas ecuestres, la carrera de cuádrigas se disputó por vez primera en 680 a.C. y la de caballos montados en 648; dos pruebas, la carrera de carros tirados por un tronco de dos mulas y la llamada *kalpe*, se introdujeron respectivamente en 500 y 496 a.C., pero fueron eliminadas de los juegos en 444 a.C.; en 408 se añadió un concurso de bigas tiradas por caballos, tras de lo cual la única innovación que afectó a los concursos hípicos fue la adición de las correspondientes pruebas para potros (cuádrigas en 384, bigas en 268 y potros montados en 256 a.C.). Ya se ha dicho, por último, que a partir de 396 a.C. se disputaron en Olimpia competiciones para heraldos y trompetistas (cf. para todo ello, Pausanias 5.8.6 y 5.9.1).

El orden en que se disputaban las pruebas que componían tan apretado programa no podemos precisarlo con absoluta seguridad y exactitud, aunque sí a grandes rasgos (cabe, además, la posibilidad de que haya habido algunas modificaciones, ciertamente poco importantes, en el curso de los siglos). Ocupado el primer día, como apuntamos más arriba, por desfiles, ceremonias de carácter religioso y actividades burocráticas, los concursos deportivos comenzaban el segundo día, con la disputa de las competiciones para niños (quienes defienden una duración de cinco días para los juegos, sitúan los concursos infantiles en la tarde del primer día, cf. Ebert, "Olympia...", o bien en la tarde de nuestro cuarto día, cf.

Gardiner, *AAW* 224ss., Finley-Pleket 27ss.). El tercer día se iniciaba con la prueba más brillante y espectacular, la carrera de cuádrigas, que daba paso a las restantes competiciones ecuestres, entre las que se incluían probablemente las carreras para potros; por la tarde intervenían los pentatletas, acabando la jornada, al anochecer, con una ceremonia religiosa, la ofrenda ante la tumba del héroe Pélope, mítico primer vencedor olímpico. También un acto cultual daba comienzo al cuarto día, coincidente con el plenilunio y en realidad todo él dedicado a los dioses. Se iniciaba, en efecto, con una solemne procesión que avanzaba desde el pritaneo (el lugar de reunión de las autoridades) hasta el altar de Zeus y estaba compuesta por los helanódicas vestidos con sus mejores galas, los sacerdotes, las embajadas oficiales de las ciudades con sus ricas ofrendas y, finalmente, los participantes y sus entrenadores, encabezados por las vistosas cuádrigas. Una vez llegado el cortejo a su punto de destino, tenía lugar la ceremonia central de los juegos, el sacrificio de cien bueyes ofrecido a Zeus por los organizadores eleos, que se realizaba sobre un montón de cenizas (Pausanias cifra su altura en 6,5 m) que se habían ido acumulando con el transcurso del tiempo. Parte de la carne de los animales se quemaba en honor del dios, en tanto que el resto se reservaba para el banquete que se ofrecía al anochecer. El quinto día la espectación estaba centrada en las pruebas atléticas, las carreras pedestres por la mañana y por la tarde las disciplinas pesadas, lucha, boxeo, pancracio y también la carrera con armas. Por fin, el sexto y último día era el de la proclamación y coronación de los vencedores. En el momento de obtener la victoria, los atletas eran premiados con una cinta de lana que ceñía sus sienes (cf. figura 21) y, a partir de época helenística, con una rama de palma; durante la última jornada de los juegos tenía lugar la coronación de los vencedores, ante la puerta Este del templo de Zeus, con una corona trenzada con ramas del olivo sagrado que, según la leyenda, había plantado Heracles cuando fundó los juegos (cf. Píndaro, *Olímpicas* 3.23ss.). Las ramas debían ser cortadas con cuchillo de oro por un joven y eran depositadas en una artística mesa crisoelefantina, obra del escultor Colotes, discípulo de Fidias (Pausanias 5.20.2), de donde las recogían los helanódicas para colocarlas sobre la cabeza de los atletas. A la coronación

seguía una ofrenda de acción de gracias a Zeus y finalmente, al atardecer, tenía lugar el gran banquete que los jueces eleos ofrecían a los vencedores y a los representantes oficiales de las ciudades.

Al día siguiente atletas y espectadores abandonaban Olimpia, unos decepcionados, otros moderadamente contentos y unos pocos eufóricos en espera todavía de una nueva celebración del triunfo cuando llegaran a sus ciudades respectivas en olor de multitud.

2.1.4. Los Helanódicas

La organización de un festival complejo y multitudinario como el olímpico requería, por supuesto, la intervención de un gran número de personas que se encargaran de la realización y supervisión de todas las actividades que se desarrollaban en el curso de los juegos y al amparo de ellos, desde los espondóforos que proclamaban por toda Grecia la tregua olímpica, los heraldos que anunciaban el nombre de los vencedores o los trompetistas encargados de dar la señal de salida hasta aquellos hombres sobre los que recaía la mayor responsabilidad, los llamados "helanódicas", esto es, "jueces de los griegos". En las competiciones deportivas que tienen lugar en el transcurso de los primeros juegos olímpicos, en época mítica, y también en los concursos que describe Homero en el canto 23 de *Ilíada*, es una sola persona de especial distinción, Heracles y Aquiles respectivamente, quien organiza la celebración y al mismo tiempo se encarga de asignar los premios y decidir los pleitos que surgen entre los participantes. En época histórica, conforme los juegos fueron ganando en complejidad, el número de helanódicas aumentó hasta quedar fijado en diez. Es una vez más Pausanias (5.9.4-5) quien nos informa con precisión sobre el particular, aunque las fechas no pueden considerarse seguras, dado que el texto se encuentra probablemente corrupto (otros datos conocemos por los escolios a Píndaro, *Olímpicas* 3.22, cuya fuente son las obras históricas de Helánico y Aristodemo, y por el léxico de Harpocración, que se basa en el testimonio de la perdida *Constitución de los eleos* de Aristóteles). Durante el tiempo en el que los habitantes de Pisa y Élide compartieron la dirección de los juegos, cada

ciudad elegía un helanódica; el mismo número, dos, se mantuvo cuando, a partir de 580 a.C., fueron los eleos quienes se encargaron, ellos solos, de la organización del festival. Desde 480 (ó 400, la fecha es discutible) son nombrados nueve jueces, tres para las competiciones hípicas, tres para el pentatlo y tres para las restantes pruebas; ocho años más tarde se añade un décimo helanódica, al ser diez el número de tribus en que Élide quedó dividida, de la misma manera que, cuando el número de tribus fue elevado a doce en 368, doce fueron también los jueces designados. Poco después, sin embargo, los arcadios arrebataron a los eleos parte de su territorio, lo que provocó que, en 364, los ocho distritos a que quedó reducida Élide eligieran una helanódica cada uno. Por último, en la Olimpíada 108 (348 a.C.) el número de jueces fue fijado en diez, uno por cada tribu de los eleos, al menos hasta el siglo II p.C. (Pausanias, *loc. cit.*; Filóstrato, *Vida de Apolonio* 3.30) y quizá hasta la abolición de los juegos.

El hecho de desempeñar, durante una Olimpíada, el cargo de helanódica suponía para la persona que lo detentaba un alto honor (el carácter religioso de tal ocupación no pasaba a segundo plano) y al tiempo también una oportunidad de destacar en sociedad; pero no todo se reducía a vestir púrpura, símbolo de elevado *status*, y a ocupar sitio de honor en el estadio durante las competiciones, sino que probablemente, como era práctica habitual en las ciudades griegas, los helanódicas debían financiar de su propio pecunio parte del coste de los juegos, en calidad de "liturgia" o servicio público. De todo ello se deduce fácilmente que los jueces sólo podían salir de entre las filas de la nobleza local de Élide, no de otras clases sociales, que carecían de los medios económicos y del prestigio social que el desempeño del cargo exigía. Con respecto al proceso de selección, nuestras fuentes antiguas hablan indistintamente de "sorteo" y "votación", lo cual se ha interpretado en el sentido de que en una primera fase el pueblo elegía por votación a un determinado número de miembros de la clase alta, entre los cuales se designaba mediante sorteo quiénes iban a ser los helanódicas de los juegos correspondientes.

Los elegidos recibían, durante diez meses, una especie de cursillo en el que se les enseñaba cuáles eran las reglas que regían los juegos y cómo

debían aplicarlas e interpretarlas. Los encargados de instruir a los futuros helanódicas sobre el particular eran los llamados "nomofílaces" o "guardianes de las leyes", a quienes competía en última instancia la conservación y, en su caso, modificación de las normas que regulaban las competiciones. Así pues, la misión de los helanódicas consistía, ante todo, en velar porque los atletas cumplieran las reglas de cada prueba, resolviendo los eventuales litigios que pudieran darse entre los participantes (ya en los juegos atléticos del canto 23 de *Ilíada* dos de los competidores en la carrera de carros se enzarzan en una acerba discusión, que resuelve el veredicto del juez único, Aquiles; cf. 1.2). Sus decisiones, como ha ocurrido siempre, no contentaban a todo el mundo, y en sendos pasajes de los epinicios 4 y 11 de Baquílides encontramos el que quizá sea primer antecedente de que tenemos constancia de esa práctica tan extendida que es culpar a los árbitros de las derrotas; en el epinicio 11, en efecto, el poeta atribuye el fracaso en Olimpia del niño luchador Alexidamo de Metaponto a "*los juicios muy errados de los mortales*" (v. 35; los vv.11ss. del epinicio 4 quizá pudieran interpretarse en el mismo sentido, aunque se trata sólo de una hipótesis, dado el lamentable estado de conservación del texto). Contra las decisiones de los helanódicas, adoptadas por mayoría de votos, únicamente cabía elevar recurso ante el "Consejo Olímpico", órgano creado hacia el final del siglo V a.C., que, en todo caso, posiblemente no modificaba el veredicto, sino que se limitaba a sancionar a los jueces. Para controlar el desarrollo de las pruebas y castigar a quienes cometiesen irregularidades, los helanódicas contaban con la ayuda de árbitros auxiliares y de "rabducos" ("porta bastones"), que empleaban tan expeditivo medio para imponer disciplina (cf. Pausanias 6.2.2; Tucídides 5.50; Heródoto 8.59; Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 8.4).

Pero las funciones de los helanódicas no se limitaban a supervisar los concursos, sino que su tarea comenzaba antes incluso que se iniciaran los juegos propiamente dichos. A ellos competía, en efecto, la admisión de los participantes, aceptando o no las razones que alegaban para justificar su llegada fuera de plazo, comprobando si cumplían los requisitos exigidos y distribuyéndolos por grupos de edad. Supervisaban, además,

los entrenamientos previos a la competición, establecían los emparejamientos de los atletas que debían enfrentarse entre sí y coronaban a los vencedores. Eran, en definitiva, los máximos responsables de asegurar el normal desarrollo del festival.

2.1.5. Los espectadores

En Olimpia se reunían ingentes cantidades de personas, en número progresivamente creciente según evidencian las sucesivas ampliaciones de las instalaciones destinadas a los espectadores, y tales aglomeraciones, bajo el aplastante calor del verano griego, únicamente podían sobrellevarse porque el espectáculo merecía la pena, como apunta el filósofo Epicteto (1.6.26): "*Y en Olimpia... ¿no os asáis? ¿no estáis apretados? ¿no os bañáis a duras penas? ¿no os empapáis cuando llueve? ¿y no disfrutáis de alboroto, griterío y otras molestias? Pero pienso que si sufrís y soportáis todo eso es porque contraponéis a ello el mérito del espectáculo*". Para otros, no obstante, ni siquiera el espectáculo bastaba para compensar los inconvenientes del calor y la muchedumbre, como es el caso de aquél hombre de Quíos que, según Eliano (*Historias Variadas* 14.18), castigó a su esclavo con el más horrible tormento: "*'yo no te voy a enviar al molino, sino que te voy a llevar a Olimpia', pues creía, como es razonable, que era castigo mucho más duro cocerse como espectador en Olimpia bajo los rayos del sol que ser entregado al molino para moler*". Las nulas posibilidades de alojamiento obligaban a los visitantes a hacer la vida, diurna y nocturna, al aire libre, y tampoco eran muchas las oportunidades de comer bien y darse un buen baño. Pese a ello, llegaban a Olimpia espectadores procedentes de todos los rincones del mundo conocido y procedentes de las más diversas extracciones sociales, desde los ciudadanos que formaban parte de las con frecuencia harto fastuosas embajadas oficiales de cada estado hasta los miembros de las clases más pobres, incluyendo bárbaros y esclavos, para quienes probablemente no estaba prohibida la asistencia a los juegos, sólo vetada a las mujeres (véase 1.3.3).

Cicerón (*Tusculanas* 5.8) atribuye a Pitágoras la siguiente comparación: "*Pitágoras respondió que la vida de los hombres le parecía semejante a*

esa reunión que se celebra con gran concurrencia de toda Grecia en medio de la extraordinaria suntuosidad de los juegos; pues así como allí unos buscan la gloria y la fama de una corona con los ejercicios físicos, otros son impulsados por el deseo de obtener beneficios comprando y vendiendo, y hay un tercer tipo de hombres, especialmente noble, que no persiguen ni el aplauso ni el dinero, sino que acuden para contemplar y estudian atenta y afanosamente qué se hace y de qué manera, igualmente entre nosotros... unos sirven a la gloria, otros al dinero y hay unos pocos que, valorando todo lo demás en nada, escudriñan afanosamente la naturaleza de las cosas. A éstos él los llamaba 'afanosos por la sabiduría' (pues eso es ser 'filósofos')". Así pues, en el santuario de Olimpia se desarrollaban las más variopintas actividades paralelas durante el tiempo que duraba el festival. Por un lado, vencedores ambulantes de comida, bebida y artículos de todas clases, alcahuetes con sus pupilas (que debían trabajar fuera del recinto sagrado), magos, acróbatas, bailarines, pronosticadores, videntes y charlatanes en general acudían a los Juegos Olímpicos con la esperanza de hacer su Agosto aprovechando la nutrida concurrencia (cf. Filóstrato, *Vida de Apolonio* 8.18, y también Dión Crisóstomo 8 y 9, a propósito de los Juegos Ístmicos). Pero también por la misma razón Olimpia, durante la celebración de los juegos, era el lugar ideal para observar y estudiar la vida humana en sus más diversos aspectos y actividades, como corres ponde hacer a los filósofos al decir de Pitágoras, e igualmente era ocasión inmejorable para que sabios y hombres de letras expusiesen en público sus ideas y extravagancias y diesen a conocer sus obras literarias, pues la lectura pública era, efectivamente, el más efectivo medio de difusión en una cultura esencialmente oral como fue la griega al menos hasta época clásica. Los Juegos Olímpicos se convirtieron, pues, en el más importante punto de encuentro de la vida intelecutal y social de Grecia. A ellos acudieron los más notables sabios desde la época arcaica hasta los siglos de la dominación romana, desde Quilón de Esparta (que murió repentinamente en Olimpia, es de suponer que de emoción, al ver a su hijo coronado vencedor en el boxeo; de otro de los llamados "Siete Sabios", el milesio Tales, se decía que murió a consecuencia de una insolación mientras contemplaba una competición deportiva), Ferécides, Anaxágoras,

Empédocles (Diógenes Laercio 8.63 afirma que un rapsodo llamado Cleómenes recitó en Olimpia sus *Purificaciones*), Platón (cf. la *Carta Séptima*), los sofistas Hipias y Gorgias, Diógenes el Cínico, hasta pensadores de época imperial como Dión Crisóstomo, Apolonio de Tiana, cuyo espectacular recibimiento se complace en narrar Filóstrato (*Vida de Apolonio* 8.15ss.), o el enloquecido Peregrino, que murió arrojándose a una hoguera en presencia de una multitud de testigos (Luciano, *Sobre la muerte de Peregrino*). Por otra parte, sabemos que Heródoto presentó su obra histórica en Olimpia (Luciano, *Heródoto*) y que llegaron incluso a desarrollarse géneros literarios estrechamente vinculados al festival, no sólo los epinicios o cantos compuestos por encargo de los vencedores en los juegos, sino también un tipo de discurso en el que, ante la concurrencia de griegos llegados de todas las latitudes, los más destacados oradores del momento exhortaban a la unidad panhelénica y a la conservación y cultivo de las más distintivas características de la civilización griega (se han conservado, total o parcialmente, las oraciones de Gorgias, Lisias e Isócrates). No obstante, a pesar de la influencia que el festival olímpico mantuvo sobre la vida literaria y artística de Grecia, nunca se incluyeron en él, a diferencia de otros juegos importantes, especialmente los Píticos, otras competiciones que no fueran deportivas (a excepción de los consursos para heraldos y trompetistas); únicamente en la Olimpíada 211 (67 p.C.) el deseo del emperador Nerón de mostrar su supuesto talento musical y dramático hizo que los organizadores de los juegos introdujeran este tipo de concursos, en los que "casualmente" triunfó su augusta majestad (cf. Suetonio, *Nerón* 23; Filóstrato, *Vida de Apolonio* 4.24).

En definitiva, pensadores y cultivadores de todas las artes, e igualmente gentes de la política y la milicia, se reunían en Olimpia para exponer sus talentos, dejarse ver y establecer contactos que pudieran serles útiles en el futuro (para la importancia política de los juegos véase 1.3), y también, costumbre muy griega, para chismorrear unos de otros, como recuerda Platón al tirano de Siracusa Dioniso en su *Carta Segunda* (310c-d): "*Digo esto porque no hay nada de verdad en lo que te han contado Cratístolo y Políxeno, de uno de los cuales dicen que afirma haber*

escuchado en los Juegos Olímpicos a muchos de mis discípulos hablar mal de ti. Quizá es que tienen el oído más fino que yo, porque yo no lo oí".

No está claro, por último, si los espectadores pagaban o no por contemplar los espectáculos que se les ofrecían en Olimpia. Gardiner defendió la tesis de que la entrada era libre y tal hipótesis cuenta con el apoyo de buena parte de los estudiosos del tema (cf. Finley-Pleket 59-60). No obstante, Harris (*GAA* 152) ha advertido que en otros espectáculos públicos celebrados también en el marco de festivales religiosos, como es el caso de las representaciones dramáticas atenienses, los espectadores pagaban, de manera que no podemos asegurar que la asistencia a las competiciones olímpicas fuera gratuíta. En todo caso, es evidente que, al igual que ocurre en los juegos modernos, el dinero recaudado por esa vía no hubiera bastado para financiar los costes de la organización, por lo que siempre era preciso recurrir a lo que aportaba el erario público y a lo que se obtenía de los obligados tributos de los ciudadanos ricos, contribuciones ambas que se verían compensadas, al menos en parte, con lo que gastaban los visitantes durante el festival, que no debía de ser poca cosa.

BIBLIOGRAFÍA

1) **Bibliografía general**. L. Bengtson, *Die Olympischen Spiele in der Antike*, Zurich 1971; P.A. Bernardini, "I Giochi Olimpici nell'antichità", *QUCC* XVI 1973, 155-61; J. Delorme, "Les Jeux Olympiques", *IL* IV 1952, 63-72; L. Dress, *Olympia*, Stuttgart 1967 (trad. ingl. Nueva York-Washington 1967); C. Durántez, *Olimpia y los Juegos Olímpicos antiguos*, Pamplona 1975, 2 vol.; J. Ebert, "Olympia-Olympische Spiele", *Das Altertum* XXII 1976, 5-20; J. Ebert (ed.), *Olympia von dem Anfängen bis zu Coubertin*, Leipzig 1980; K.N. Eliopulos, "Los Juegos Olímpicos y el espíritu de Olimpia", *EHEM* III 1984, 75-172 (en griego); M.I. Finley – H.W. Pleket, *The Olympic Games. The First Thousand Years*, Nueva York 1976 (trad. alem. Tubinga 1976; trad. ital. Roma 1980); E.N. Gardiner, *Olympia. Its History and Remains*, Oxford 1925; L. Gil y otros, *Las Olimpíadas*,

Madrid 1985 (Cuadernos Historia 16, n.° 106); H.V. Herrmann, "Olympia und seine Spiele im Wandel der Zeiten", *Gymnasium* LXXX 1973, 172-205; K. Herrmann, "Olympia. The Sanctuary and the Contests", en *Mind and Body. Athletic Contests in Ancient Greece*, Atenas 1989, 47-68; J. Melber, *Olympia*, Berlín 1936; L. y G. Poole, *The History of the Ancient Olympic Games*, Londres 1965; W. Rudolph, *Olympische Spiele in der Antike*, Leipzig 1975; H. Schöbel, *Olympia und seine Spiele*, Berlín 1965 (trad. franc. Leipzig 1966; trad. esp. Méjico, 1968; trad. ingl. Londres 1966); J. Swaddling, *The Ancient Olympics*, Londres 1980; E. Thiemann, "Die Olympischen Spiele im Altertum", en U. Jantzen – E. Thiemann – A. Mallwitz, *Olympia in der Antike*, Essen 1960; N. Yalouris (ed.), *The Olympic Games in Ancient Greece*, Atenas 1982.

2) **Origen. Primera y última Olimpíada**. R. Bloch, "The Origins of the Olympic Games", *Scientific American* 219, 1968, 78-85; L. Boutros, *Phoenician Sport. Its Influence on the Origin of the Olympic Games*, Amsterdam 1981; A. Brelich, *Le iniziazioni* II, Roma 1962; W. Burkert, *Griechische Religion der archaischen und klassischen Epoche*, Stuttgart-Berlín-Colonia-Mainz 1977; M.R. Cataudella, "La prostasia sugli agoni olimpici nella Olimpiada ottava", *RAL* XIX 1964, 66-74; A.B. Cook, "The European Sky-God", *Folk-Lore* XV 1904, 264-315 y 369-426; M.F. Cornford, "The Origin of the Olympic Games", en J.E. Harrison (ed.), *Themis*, Cambridge 1912 (reimpr. Nueva York 1962), 212-59; L. Deubner, *Kult und Spiele im alten Olympia*, Leipzig 1936; H. Diels, *"Die Olympionikenliste aus Oxyrhinchos", Hermes* XXXVI 1901, 72ss.; L. Drees, *Der Ursprung der Olympischen Spiele*, Stuttgart 1974; H.D. Evjen, "Semitic Origin of the Olympic Games. A Phoenix Risen Again", *EHEM* II 1983, 271-86; J.G. Frazer, *The Golden Bough*, Londres 1907-1914, 12 vol. (trad. esp. de la edición abreviada, Méjico 1944); E.N. Gardiner, "The Alleged Kingship of the Olympic Victor", *ABSA* XXII 1916-1918, 85-106; B. de Gryse, *De Spelen van Zeus. Mythe en werkelijkheid van de antieke olympische Spelen*, Bruselas 1982; H. Jeanmaire, *Couroi et Courètes*, Lille 1939; J. Jüthner, "Herkunft und Grundlagen der griechischen Nationalspiele", *Die Antike* XV 1939,

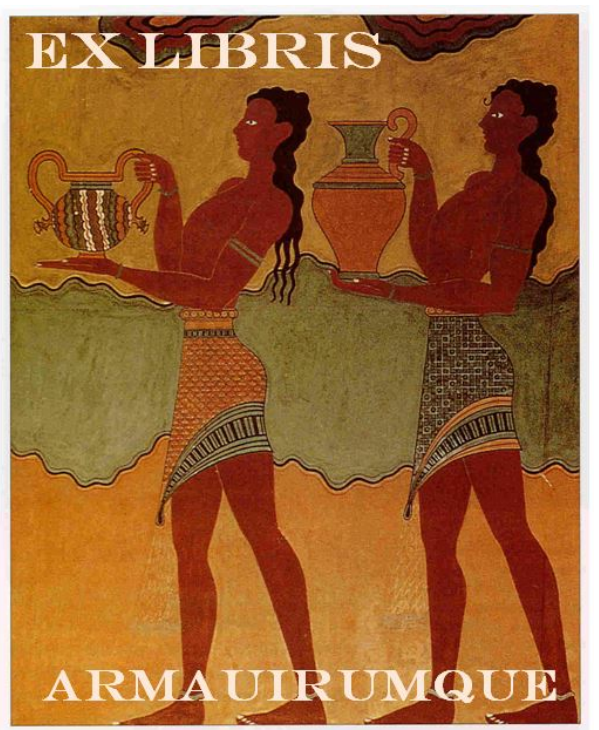
231-64; J. Kerestényi, "Juegos Olímpicos en Dafne", *Antik tanulmányok* VIII 1961, 221-42 (en húngaro; resumen en *BCO* VIII 1963, 197-8); A. Körte, "Die Entstehung der Olympionikenlisten", *Hermes* XXXIX 1904, 224-43; M. Laemmer, "Der Diskos des Asklepiades aus Olympia und das Marmor Parium", *ZPE* I 1967, 107-9; H. Lee, "The 'First' Olympic Games of 776 B.C.", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 110-8; P. Lévêque, "Des dieux et des jeux d'Olympie", *REG* LXXXVII 1974, 341-4; L. Malten, "Leichenspiel und Totenkult", *MDAI(R)* 1923-24, 300-340; E. Mehl, "Mutterrechtliche Reste in der Olympischen Festordnung", *Festschrift Carl Diem*, Viena 1962; F.J.G. van der Merwe, "'n argument vir 884 V.C. as die herlewingsdatum van die antieke Olympiese Spele", *Akroterion* XXVIII 1983, 22-4; K. Meuli, "Der Ursprung der Olympischen Spiele", *Die Antike* XVII 1941, 189-208; C. Millon - B. Schouler, "Les jeux olympiques d'Antioche", *Pallas* XXXIV 1988, 61-76; H.C. Montgomery, "The Controversy about the Origin of the Olympic Games", *CW* XXIX 1936, 169-74; L. Moretti, *Olympionikai. I vincitori negli antichi agoni olimpici, Roma 1957* (suplementos en *Klio* LII 1970, 295-303, y *MGR* XII 1987, 67-91); J. Mouratidis, *Greek Sports, Games and Festivals before the Eight Century B.C.*, Dis. Columbus 1982; G. Nagy, "Pindar's *Olympian* 1 and the Aetiology of the Olympic Games", *TAPhA* CXVI 1986, 71-88; A.I. Nemirovskij, "El origen de los Juegos Olímpicos", *VopIst* VI 1980, 179-82 (en ruso); C. Paleólogos, "Los Juegos Olímpicos de la Antigüedad. Causas de su decadencia", *CAF* XIV 1972, 45-68; A.E. Raubitschek, "Zur Frühgeschichte der Olympischen Spiele", *Festgabe H. Vetters*, Viena 1985, 64-5; J. Rutgers, *Sextus Julius Africanus. Olympeion anagraphe*, Leiden 1862 (reimpr. Chicago 1980); C. Ulf - I. Weiler, "Der Ursprung der antiken Olympischen Spiele in der Forschung. Der Versuch eines kritischen Kommentars", *Stadion* VI 1980, 1-38; R. Vallois, "Les origines des jeux olympiques. Mythes et réalités", *REA* XXVIII 1926, 305-22, y XXXI 1929, 113-33; I. Weiler, "Der 'Niedergang' und das Ende der antiken Olympischen Spiele in der Forschung", *GB* XII-XIII 1985-86, 235-63; L. Weniger, "Vom Ursprung der Olympischen Spiele", *RhM* LXXII 1917-18, 1-13.

3) **El redescubrimiento de Olimpia**. A. Balil, "La Olimpia que vio Pausanias" *CAF* III 1961, 549ss.; E. Curtius - F. Adler, *Olympia* Berlín 1890-97, 5 vol.; H.V. Herrmann, *Olympia*, Munich 1972; id., "Die Ausgrabung von Olympia. Idee und Wirklichkeit", *Stadion* VI 1981, 39ss.; E. Kunze, *Bericht von den Ausgrabungen in Olympia*, Berlín 1956; K. Lennartz, *Kenntnisse und Vorstellungen von Olympia und den Olympischen Spielen in der Zeit von 393-1896*, Schorndorf 1974; A. Mallwitz, *Olimpia und seine Bauten*, Munich 1972; id., "Ein Jahrhundert deutsche Ausgrabungen in Olympia", *MDAI(A)* XCII 1977, 1ss.; id., "Cult and Competition Locations at Olympia", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 79-109; Ch. Picard, "Les fouilles allemandes au stade d'Olympie et l'histoire des jeux sacrés", *RA* I 1961, 217-21; N. Yalouris, *Olympia. Altis und Museum* Munich-Zurich 1972.

4) **Desarrollo de los juegos.** N. B Crowther, "The Age-category of Boys at olympia", *Phoenix* XLII 1988, 304-8; M. Laemmer, "The nature and function of the Olympic Truce in Ancient Greece", *History of Physical Education and Sport* III 1975-76, 37-52 (trad. esp. *CAF* XVII-XVIII 1975-76, 157-74); id., "Der sogennante Olympische Friede in der griechischen Antike", *Stadion* VIII-IX 1982-83, 47-83; S.G. Miller, "The Date of Olympic Festivals", *MDAI(A)* XC 1975, 215-31; C. Paleólogos, *Les anciens Jeux Olympiques. La trève. Organisation. Regles des jeux. Competitions athletiques. Realisation*, Atenas 1964 (cf. N. Yalouris [ed.], *The Olympic Games in Ancient Greece*, Atenas 1982).

5) **Los helanódicas. Los espectadores. Importancia de la victoria en Olimpia** (para la exclusión de las mujeres, véase 1.3.3). H. Aigner, "Zuschauer, Schiedrichter, Veranstalter. Ihr Einfluss auf Gestaltung und Ausgang von Wettkämpfen im Altertum", *Sport in unserer Zeit* IV 1986, 67-80; H. Buhmann, *Der Sieg in Olympia und in den anderen panhellenischen Spiele*, Munich 1972; H.J. Gehrke, "Die Olympische Spiele im Rahmen des antiken Sports", *AU* XXVIII 1985, 14-31; A. Hoenle, *Olympia in der Politik der griechischen Staatenwelt*, Babenhausen 1972; R. Muth, "Der Sieg zu Olympia, Faszination und

Krutik", *Wort in Gebirge. Schriftum aus Tirol*, Innsbruck 1976, 7-39; id., "Olympia. Idee und Wirklichkeit", *Serta Philologica Aenipontana*, ed. por R. Muth y G. Pfohl, Innsbruck 1979, 161-202; H.W. Pleket, "Olympic Benefactors", *ZPE* XX 1976, 1-18; A.E. Raubitschek, "The Panhellenic Idea and the Olympic Games", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 35-7.



2.2. LOS JUEGOS PÍTICOS

Sabemos por diversas fuentes antiguas (Plutarco, *Solón* 11.1; Diógenes Laercio 5.1.26) que, en la segunda mitad del siglo IV a.C., Aristóteles, probablemente con la colaboración de su sobrino y discípulo Calístenes, compilaron un catálogo de vencedores en los Juegos Píticos, los segundos entre los Juegos Panhelénicos, cuya importancia era únicamente superada por los Olímpicos y que cada cuatro años se celebraban, en honor de Apolo, en su santuario de Delfos, en medio de un paraje impresionante, al pie del mítico monte Parnaso y muy cerca del mar, pese a estar 573 m. por encima de su nivel. Cuenta la leyenda que Apolo instauró su culto en Delfos tras desembarazarse del anterior ocupante del santuario, la serpiente Pitón, representante de un antiguo culto ctónico, en recuerdo de la cual hubo de fundar, en calidad de *agón epitáphios*, los Juegos Píticos (Aristóteles, fr. 637 Rose; Ovidio, *Metamorfosis* 1.445ss., interpreta la institución de los juegos como recuerdo de la hazaña del dios, no como un intento de aplacar la cólera del muerto y expiar el crimen; véase J.E. Fontenrose, *Python. A study of Delphic Myth and its Origin*, Berkeley-Los Angeles 1959, y G. Roux, *Delphes, son oracle et ses dieux*, París, 1976). En su primera etapa el agón comprendía exclusivamente una competición musical; los participantes cantaban, con el acompañamiento de la cítara, un himno en honor de Apolo, según el testimonio de Pausanias (10.7.2), quien también recuerda el nombre del primer vencedor, Crisótemis de Creta, el cual (o su padre Carmanor) purificó a Apolo por haber matado a la serpiente y fue el primero de una larga lista de poetas que obtuvieron el triunfo en Delfos, entre los que sobresale por la cantidad de sus éxitos otro cantor semilegendario, el lesbio Terpandro.

La entrada en la historia de los Juegos Píticos se produjo, como en el caso de los festivales ístmico y nemeo, en el primer cuarto de siglo VI a.C., pero la fecha exacta de la primera celebración de unos juegos renovados continúa siendo objeto de discusión. ¿Cuándo dejaron de ser los Juegos Píticos un festival que se celebraba cada ocho años y comprendía un único concurso musical, para convertirse, adaptándose al ritmo olím-

pico, en juegos cuatrienales en los que se incluían, además de diversas competiciones musicales, también pruebas atléticas e hípicas? En síntesis, disponemos de los siguientes datos, no siempre coincidentes entre sí. En los primeros años del siglo VI a.C. los habitantes de Delfos solicitaron la ayuda de la anfictionía (liga de ciudades organizada en torno al santuario délfico, teóricamente para el mantenimiento del culto) para desembarazarse del dominio de la vecina Crisa ejercía sobre ellos. De resultas de esta llamada "Primera Guerra Sagrada" Crisa fue destruída, tras tres años de lucha, en 590, momento en que los anfictíones restablecieron los antiguos juegos, ampliando el programa de pruebas y ofreciendo como premio para los vencedores parte del botín de guerra obtenido. No obstante, unos pocos habitantes de Crisa continuaron la lucha y los últimos focos de resistencia no se apagaron hasta algunos años más tarde; el final definitivo de la guerra fue aprovechado por los miembros de la anfictionía para llevar a cabo una completa reorganización de los juegos, que pasaron a partir de entonces a ser, a imagen y semejanza de Olimpia, un festival cuatrienal y dotado con premios simbólicos, no crematísticos. De esta manera, los primeros Juegos Píticos de la serie regular habrían tenido lugar en 582 a.C., de acuerdo con el testimonio de Mármol de Paros y también, según la interpretación más verosímil, de los escolios a los epinicios de Píndaro (es al menos la opinión prevalente entre los estudiosos del tema; cf. C. Gaspar, en el artículo "Pythia" de la enciclopedia de Daremberg-Saglio, pp. 785-6, y más recientemente el minucioso estudio de Mosshammer). No obstante, un pasaje de Pausanias (10.7.4-5) ha servido de punto de partida a otros autores (Bennett, Miller y, aunque con dudas, Fontenrose) para postular como fecha de celebración de los primeros Juegos Píticos de la serie regular el año 586 a.C., cuando, según el periegeta, tuvo lugar el festival en el que se repartieron entre los vencedores los objetos de valor provinientes del botín de la guerra contra Crisa. Pausanias coincide con el resto de las fuentes en datar los primeros juegos en los que se premiaba a los triunfadores con coronas en el año 582, pero, en cambio, afirma expresamente que el cómputo de las Pitíadas comienza no en esa fecha sino en 586, incluyendo, pues, en la serie regular el agón crematístico que los demás testimonios sitúan en 590.

Sea como fuere, a partir de 582 la recompensa que recibían los vencedores consistía, como en los restantes Juegos Panhelénicos, en una corona vegetal, en este caso de laurel, el árbol sagrado de Apolo; Plutarco (*Problemas de banquete* 724a-b) menciona asímismo la entrega de palmas como premio, mientras que otros testimonios, también todos ellos de época tardía, hablan incluso de manzanas (Luciano, *Anacarsis* 9; *Antología Palatina* 9.357).

La administración de los juegos estuvo siempre en manos de los anfictíones, que controlaban toda la organización del festival, desde la recepción e inscripción de los atletas hasta la entrega de los premios, pasando por el arbitraje de las competiciones. Misión suya era igualmente la proclamación de la tregua sagrada, que, como en los restantes Juegos Panhelénicos, garantizaba la seguridad de quienes participaban en las competiciones y demás ceremonias, ya fueran atletas ya espectadores, y evitaba asímismo enfrentamientos entre ellos en el transcurso de las pruebas (cf. Tucídides 5.1, aunque el pasaje es de interpretación sumamente controvertida y sospechoso de corrupción textual).

Los juegos se celebran durante el mes délfico Bucatio (Agosto-Septiembre), en el año tercero de cada Olimpíada, e incluían competiciones para adultos y para niños y también, al menos en época tardía, pruebas atléticas femeninas, como demuestra la ya comentada inscripción de las muchachas de Trales, datable hacia el año 50 p.C. (cf. 1.3.3.). Es posible que la participación de mujeres en las pruebas gimnásticas fuera precedida de su intervención en los concursos musicales, ya en competiciones exlcusivamente femeninas ya en competencia con los hombres. Plutarco (*Problemas de banquete* 639a-b) apunta, por otro lado, que, a diferencia de lo que ocurría en Olimpia, las competiciones infantiles no se celebraban todas juntas, en un mismo día, sino que tenían lugar después de las correspondientes pruebas para adultos (de todas formas, el texto de Plutarco presenta una laguna, por lo que tal interpretación no es del todo segura).

De la comparación de algunos testimonios de época muy diversa (Sófocles, *Electra* 698; Plutarco, *Problemas de banquete* 638a; Filóstrato, *Vida de Apolonio* 6.10) parece deducirse que los concursos musicales

precedían a los atléticos y éstos a su vez a las pruebas ecuestres, de manera que Fontenrose (p. 127) ha podido proponer para los Juegos Píticos una duración habitual de cinco días, de los cuales los dos primeros se dedicaban a las ceremonias de más marcado carácter religioso y los tres restantes a las competiciones propiamente dichas, musicales, atléticas e hípicas, por ese orden.

Si hay un rasgo definitorio de los Juegos Píticos, en comparación con los otros grandes festivales panhelénicos, es la excepcional relevancia que en ellos cobraban las competiciones musicales, núcleo originario de los juegos, si hay algo de verdad en las leyendas que corrían sobre sus orígenes. A los himnos citaródicos (cantados con acompañamiento de cítara) que, según hemos visto, fueron quizá el objeto exclusivo de la primera época del festival, se fueron añadiendo otros concursos (Pausanias es nuestra fuente de información al respecto; cf. también Estrabón 9.3.10). Cuando los anfictíones llevaron a cabo la remodelación del festival tras la Primera Guerra Sagrada, incluyeron competiciones de canto acompañado de flauta y de flauta sola, cuyos primeros vencedores fueron, respectivamente. Equémbroto de Arcadia y Sacadas de Argos, que repitió triunfo en las Pitíadas siguientes; los concursos de flauta sola continuaron formando parte del programa de los juegos en siglos sucesivos (a un flautista, Midas de Acragante, dedica Píndaro su *Pítica* 12, del 480 a.C.), mientras que la aulodia fue suspendida en la segunda Pitíada porque, se nos dice, el tono excesivamente triste de las melodías no complacía a los espectadores. En 558 ó 554, con la inclusión de la prueba de cítara sin acompañamiento de canto, quedó completo el programa de competiciones propiamente musicales. Desconocemos la fecha en que fueron introducidos los concursos poéticos y dramáticos de que nos hablan Plutarco (*Problemas de banquete* 638a, 674d) y Filóstrato (*Vida de Apolonio* 6.10, *Vida de los sofistas* 2.27), como resulta igualmente incierta la existencia de competiciones de pintura, a las que se refiere únicamente Plinio (*Historia Natural* 35.9.35) ubicándolas en pleno siglo V a.C., según puede deducirse de la mención de un hermano de Fidias, Paneno, entre los participantes.

El programa de pruebas atléticas y ecuestres fue creado sobre el que

regía en los Juegos Olímpicos. De nuevo es Pausanias quien nos informa de que, en 586, los anfictíones programaron todas las pruebas olímpicas, con la excepción de la carrera de cuádrigas, y añadieron de su propia cosecha el dólico y el diaulo infantil, que por aquel entonces no se disputaban aún en Olimpia. Con el tiempo fueron incorporándose nuevas disciplinas, unas veces a imitación de Olimpia y otras anticipándose a su inclusión en el programa olímpico: a comienzos del siglo V la carrera de hoplitas, y en el transcurso del IV las carreras de bigas para caballos y para potros, de cuádrigas para potros y de potros montados, además del pancracio infantil. La prueba reina, la carrera de cuádrigas tiradas por caballos, se disputó ya en 582, resultando vencedor, como no podía ser menos en tal disciplina, Clístenes, tirano de Sición, que había jugado un papel decisivo en la destrucción de Crisa durante la Guerra Sagrada.

Los actos cultuales llenaban, por supuesto, buena parte del tiempo que duraban los juegos, siendo los momentos culminantes el solemne sacrificio triple (de tres animales diferentes) que abría el festival y la procesión sagrada que recorría el santuario hasta acabar en el templo de Apolo, el centro geográfico y espiritual de Delfos. A él se ascendía por la Vía Sagrada, jalonada por numerosos edificios y monumentos votivos, que hacían del recinto el más rico santuario de Grecia. Al Norte del templo se halla el teatro, marco donde se desarrollaban las competiciones musicales (figura 34). El actualmente conservado, de piedra, remonta al siglo IV a.C., pero fue objeto de una amplia reforma dos centurias después; tiene capacidad para unos 5.000 espectadores y sustituyó a uno más antiguo de madera, antes de cuya construcción los concursos artísticos tenían como escenario el propio estadio. Éste se encuentra fuera del santuario propiamente dicho, al Noroeste, en la cima de la colina. Fue ése su emplazamiento al menos desde el siglo V a.C., sucediéndose las construcciones hasta que en el siglo II p.C. Herodes Ático favoreció la edificación del estadio actualmente visible, del que se ha dicho que es el más completo y hermoso que se conserva. Con capacidad para unos 7.000 espectadores, la pista (un rectángulo de *ca.* 178 × 25 m. delimitado por las losetas que indican los puntos de salida y llegada) se encuentra flanqueada por graderías, especialmente amplias en el lado norte.

Del hipódromo nada se ha conservado; las características que debía

reunir hacían imposible su ubicación en el santuario mismo o en sus proximidades, de manera que fue construído en la llanura, cerca de Crisa.

Mención especial merece el gimnasio, que se edificó al Sudeste del recinto sagrado, entre la fuente Castalia y el templo de Atenea Pronaia. Construído en dos terrazas escalonadas, en la superior se hallaba el gimnasio propiamente dicho, provisto de un larguísimo pórtico de 178 m. de longitud (bajo cuya columnata jónica se ejercitaban los atletas cuando hacía mal tiempo) y de otra pista de igual extensión, ésta al aire libre; en la terraza inferior estaba la palestra (un cuadrado de 14 m. de lado), que contaba con excelentes recintos para baños. Los restos de todas estas magníficas instalaciones para la práctica del deporte, casi sin par en el mundo antiguo, nos son conocidas gracias prinicipalmente a los esfuerzos de los arqueólogos franceses, que desde el siglo pasado vienen excavando la zona y publicando sus hallazgos en la serie *Fouilles de Delphes*.

Los Juegos Píticos desaparecieron probablemente hacía la misma fecha que los Olímpicos, a finales del siglo IV p.C., y hasta entonces siguieron gozando de gran renombre (cf. la epístola 198 Bidez-Cumont atribuída al emperador Juliano). Atrás quedaron diez siglos de historia y un gran número de festivales "isopíticos", creados a imagen de los juegos de Delfos a lo largo de todo el mundo grecorromano, desde Cartagena en la Península Ibérica hasta la lejana Bitinia (una relación completa puede verse en Gaspar, *art. cit.* 794).

BIBLIOGRAFÍA

C. Bennett, "On the Systematization of Scholia Dates for Pindar's Pythian Odes", *HSCP* LXII 1957, 61-78; B. Bilinski, *Agoni ginnici. Componenti artistici ed intelettuali nell'antica agonistica greca*, Roma 1979, 44ss.; J. Ebert, "Paîdes Pythikoí", *Philologus* CIX 1965, 152-6; J. Fontenrose, "The Cult of Apollo and the Games at Delphi", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 121-40; E. Holmberg, *Delphi and Olympia*, Gotemburgo 1979; S.G.

Miller, "The Date of the First Pythiad", CSCA XI 1979, 127-58; C. Morgan, *Athletes and Oracles. The Transformation of Olympia and Delphi in VIII Century B.C.*, Cambridge 1990; A.A. Mosshammer, "The Date of the First Pythiad Again", *GRBS* XXIII 1982, 15-30; O. Picard, "Delphi and the Pythian Games", en *Mind and Body. Athletic Contests in Ancient Greece*, Atenas 1989, 69-81; L. Robert, "Les boules dans les types monétaires agonistiques", *Hellenica* VII 1949, 93-104.

2.3. LOS JUEGOS ÍSTMICOS

En el Istmo de Corinto, a unos 7 km. al Este de la ciudad, en el santuario consagrado a Posidón y al héroe local Melicertes, un poco alejado del mar y en medio de una pinareda, se celebraban los Juegos Ístmicos, el tercero de los festivales panhelénicos en los documentos oficiales, pero cuya importancia es casi equiparable a la que ostentaban los juegos de Delfos. De hecho, momentos decisivos de la historia de Grecia tuvieron como marco los Juegos Ístmicos, ya que la influencia política y económica de Corinto y su estratégica posición geográfica los convertían en punto de encuentro muy frecuentado. Así, en 480 a.C. se concitó en el Istmo la alianza de los griegos contra los persas (Heródoto 7.172.1), renovándose la coalición panhelénica en 337, bajo la hegemonía macedónica, y en 302; posteriormente, en 196 a.C. T. Quinto Flaminio proclamó en el estadio ístmico las libertades de Grecia (Polibio 18.46.5; Plutarco, *Flaminio* 12.8), igual que hizo Nerón casi tres siglos después, en 67 p.C. (Suetonio, *Nerón* 24; Dión Casio 63.21).

La organización de los juegos corrió siempre a cargo de los corintios, salvo en dos períodos en los que las circunstancias históricas lo hicieron imposible. Desde 392 hasta 386 a.C., en efecto, los jueces de las competiciones fueron ciudadanos de Argos, bajo cuyo poder había caído Corinto (Jenofonte, *Helénicas* 4.5.1), y, en segundo lugar, a partir de 146 a.C., tras la destrucción de la ciudad por los romanos, los juegos fueron organizados por la vecina Sición, hasta que en 44 a.C., bajo el gobierno de César, los corintios recuperaron el control del festival (Pausanias 2.2.2).

La fundación de los juegos se hacía remontar, por supuesto, a época mítica, siendo diversas las leyendas que al respecto corrían. Pausanias (2.1.6; cf. Dión Crisóstomo 37.11-12) nos dice que, disputándose Posidón y Helio la posesión de Corinto, acordaron someterse al arbitraje del gigante Briareo, el cual asignó a Helio la ciudad alta y a Posidón el territorio del Istmo; ambos dioses ratificaron su aceptación del veredicto mediante la institución de los juegos. Según otra tradición más extendida, y probablemente más reciente, fue Sísifo (o el propio Posidón)

quien fundó los juegos en recuerdo del niño Melicertes, al que su madre Ino, enloquecida, arrojó consigo al mar, transformándose ella en la diosa Leucótea y él en el dios-niño Palemón (cf. Pausanias 2.1.3; escolios a las *Ístmicas* de Píndaro). Finalmente, otra de las varias leyendas (la versión ática frente a la de sus tradicionales enemigos corintios) atribuye la fundación de los juegos al héroe ateniense Teseo, que los organizó en honor de su padre Posidón tras llevar a cabo una de sus hazañas, reanudando el festival anterior consagrado a Melicertes, que se había visto interrumpido durante algún tiempo por la presencia de bandidos en la zona (Plutarco, *Teseo* 25; Plinio, *Historia Natural* 7.57; escolios a Píndaro, cf. P.A. Bernardini); corría, según el Mármol de Paros (*IG* XII.5, 444), el año 1258 a.C., y basándose en esta historia explicaban los atenienses su derecho a la proedría (asiento de preferencia) en los Juegos Ístmicos (Plutarco, *Teseo* 25).

Pocas noticias seguras conocemos con respecto al origen de los juegos en época histórica. El escritor latino Julio Solino, del siglo III p.C., comenta que los juegos se celebraban antes de que Cipselo implantara la tiranía en Corinto, hacia el año 655 a.C. (Solino 7.14). Durante la tiranía de los Cipsélidas nada sabemos de la organización del festival, pero, una vez derrocada ésta, los juegos vuelven a celebrarse, ahora con rango de competición panhelénica, no con carácter local (suele aceptarse como fecha de partida el año 582 a.C., aunque hay quienes retrasan su reaparición hasta los años 572 ó 570). El festival ístmico tenía lugar a finales del mes de Abril y era de periodicidad bienal, disputándose los años segundo y cuarto de cada Olimpíada (si los Juegos Olímpicos se celebraban, por ejemplo, en agosto de 584 y 580, los Ístmicos se desarrollaban en Abril de 584, 582 y 580). Como en las restantes competiciones panhelénicas, una tregua sagrada garantizaba la seguridad de atletas y espectadores durante el tiempo que duraban los juegos (Tucídides 8.9; Pausanias 2.15.1; Píndaro, *Ístmicas* 2.23).

Los participantes quedaban divididos en tres categorías según su edad, hombres maduros (*ándres*), "imberbes" (*agéneioi*) y niños (*paîdes*), y es posible que debiesen pasar una prueba preliminar de calificación (al menos en ese sentido interpretan Jordan-Spawforth una tablilla de época

imperial; cf. también Artemidoro 5.13). Los vencedores recibían como premio una corona, que en tiempos de Píndaro era de apio seco, aunque parece que en época arcaica y posteriormente en época imperial las coronas se obtenían del gran bosque de pinos dentro del cual se hallaba inmerso el santuario (cf. Dión Crisóstomo 9.10-11; Broneer precisa como fecha de adopción del apio 475/74 a.C. y el siglo II a.C. como época de recuperación de la antigua corona de pino). Sabemos por Plutarco (*Solón* 23.3; cf. Diógenes Laercio 1.55) que Solón, en la primera mitad del siglo VI a.C., fijó una recompensa de 100 dracmas para los atenienses que triunfaran en los Juegos Ístmicos, frente a los 500 que recibía el vencedor en Olimpia.

Un solemne sacrificio en honor de Posidón daba comienzo al festival, que incluía pruebas atléticas, hípicas y también musicales. Por lo que respecta a las dos primeras modalidades, las disciplinas eran las mismas que se disputaban en Olimpia, con la adición de una quinta carrera pedestre, la "carrera ecuestre", sobre un recorrido de cuatro estadios. Los concursos musicales no están atestiguados hasta época imperial, aunque llegaron a ocupar un lugar importante del programa y quizá formaran parte de él al menos desde época clásica, dado que el más antiguo teatro que podemos reconocer se data en el siglo V. No sabemos con seguridad si se incluían también representaciones dramáticas, aunque Luciano (*Nerón* 9) indica que este emperador quiso ser coronado vencedor como poeta trágico pese a la ley que prohibía la representación de tragedias y comedias en los Juegos Ístmicos.

Plinio (*Historia Natural* 35.9.35) cita incluso un concurso de pintura sobre el que ninguna otra noticia tenemos, competición aún más extraña, si cabe, que la regata que, según la tradición, se disputó en época mítica, en la cual obtuvo el triunfo Jasón al gobierno de la nave Argo (cf. 3.10). Una carta que forma parte del *corpus* de epístolas atribuídas al emperador Juliano, con el n.° 198 Bidez-Cumont, nos informa de que en los últimos tiempos los organizadores del festival se dejaron seducir por la afición popular hacia los combates cirquenses de fieras y los incluyeron en el programa de los Juegos Ístmicos.

Por supuesto, durante los varios días que duraban los juegos las

actividades atléticas y musicales iban acompañadas de numerosas ceremonias religiosas y también, como en los restantes festivales de renombre, del bullicio del gentío que se agolpaba para escuchar las disertaciones de los sofistas y las recitaciones de los poetas y para maravillarse ante las más dispares actividades de magos y charlatanes. Dión Crisóstomo (8.9-10 y 9) nos ofrece una vívida descripción de ese ambiente, con Diógenes el Cínico de por medio haciendo de las suyas.

No muchos vestigios del santuario han sacado a la luz las excavaciones francesas y, desde los años 50 de nuestro siglo, estadounidenses. Se han conservado restos de edificios religiosos (el gran templo dórico consagrado a Posidón, centro del santuario, y otro más pequeño dedicado a Palemón-Melicertes) y también de las construcciones en las que tenían lugar las competiciones, dos estadios de épocas sucesivas, el teatro y, a unos 2 km. al Sudoeste del templo, huellas de lo que fue probablemente un hipódromo. Pobres retales de un lugar lleno de bulliciosa vida durante los días de competición.

BIBLIOGRAFÍA

P.A. Bernardini, "Una nuova fonte sull'istituzione dei giochi istmici (P. Oxy. 2451, fr.1)", *QUCC* XVI 1973, 138-41; O. Broneer, "Excavations at Isthmia", *Hesperia* XXII 1953, 182-95, XXIV 1955, 110-41, XXVII 1958, 1-37, XXVIII 1959, 298-343, XXXI 1962, 1-25; id., "Isthmiaca. Investigations at the Site of the Isthmian Games", *Klio* XXXIX 1961, 249-70; id., "The Isthmian Victory Crown", *AJA* LXVI 1962, 259-63; id., "The Isthmian Games and the Sanctuary of Poseidon", *Geek Heritage* I 1964, 42-9; id., *Isthmia I: Temple of Poseidon. II: Topography and Architecture*, Atenas 1971-73; id., "Isthmia, its Gods and Games", *Olympic Academy* 1971, 164-9; E.R. Gebhard, "The Sanctuary of Poseidon on the Isthmus of Corinth and the Isthmian Games", en *Mind and Body. Athletic Contests in Ancient Greece*, Atenas 1989, 82-8; D.R. Jordan – J.S. Spawforth, "A New Document from the Isthmian Games", *Hesperia* LI 1982, 65-8; M.C. Sturgeon, *Isthmia IV. Sculpture I*, Atenas 1987; C.K. Williams - P. Russell, "Corinth Excavations of 1980", *Hesperia* L 1981, 1-44.

2.4. LOS JUEGOS NEMEOS

Los juegos de Nemea son los peor conocidos de los cuatro grandes festivales panhelénicos, entre los cuales ocupan el cuarto y último lugar en los documentos oficiales y en los catálogos de victorias de los poetas de epinicios. Su ubicación originaria fue el valle del mismo nombre, situado en las cercanías de la ciudad de Cleonas, al Noroeste del Peloponeso, en el cual se alzaba el santuario de Zeus Nemeo en medio de un hermoso bosque de cipreses.

Diversas leyendas corrían en la Antigüedad a propósito de la fundación mítica de los Juegos Nemeos, de las cuales las dos más difundidas, en evidente paralelismo con los Juegos Olímpicos, se refieren a una originaria competición funeraria y a una institución del festival por parte de Heracles (Baquílides, en sus epinicios 9 y 13, compagina ambas versiones). El primero de los trabajos de Heracles, en efecto, fue su lucha con el león de Nemea, monstruo criado por Hera, al cual, por ser invulnerable a las armas, el héroe tuvo que dar muerte ahogándolo con sus brazos (*aition* del pancracio en los Juegos Nemeos, a decir de Baquílides 13.46ss.); como conmemoración de su hazaña, Heracles instituyó unos juegos en honor de Zeus, los cuales, más tarde, habrían de ser renovados durante la expedición emprendida por los argivos contra Tebas para devolver el trono de la ciudad a Polinices. De camino hacia Tebas se detuvieron en Nemea, donde pidieron a Hipsípila, la esclava que cuidaba de Ofeltes, hijo del rey del país, que les indicara una fuente donde apagar su sed. Hipsípila abandonó un momento al niño, al que un oráculo había ordenado no dejar nunca en el suelo antes de que pudiera andar, y una serpiente le mordió causándole la muerte. El adivino Anfiarao les reveló el funesto significado del presagio, el fracaso de la expedición y la muerte de sus jefes, pero no pudo persuadir a los héroes, que siguieron su camino tras instituir unos juegos fúnebres en honor de Ofeltes, a quien apodaron Arquémoro, "el comienzo del destino" (Baquílides 9.10ss.). La tumba de Ofeltes, como la de Pélope en Olimpia, ocupaba un lugar central en el santuario de Nemea, en las proximidades del templo de Zeus (Pausanias 2.15.2-3).

Pausanias menciona una segunda celebración legendaria en la que tomaron parte los Epígonos, los hijos de los héroes argivos muertos a las puertas de Tebas, pero en época histórica los Juegos Nemeos fueron organizados por vez primera con rango de festival panhelénico en el año 573 a.C., poco después de los Juegos Píticos e Ístmicos, aunque probablemente tenían por entonces a sus espaldas una cierta tradición (el Mármol de Paros fija su fundación cuatro siglos antes, en 987/86, o, según otros, en 1251 a.C.).

Los juegos de Nemea tenían carácter bienal, como los Ístmicos, y se celebraban, al igual que éstos, en los años segundo y cuarto de cada Olimpíada, concretamente en el mes de Julio o Agosto. Por Pausanias (*loc. cit.*) conocemos la existencia de un festival llamado "Nemeas de Invierno", pero muy probablemente no fueron instituídas hasta el reinado de Adriano, quizá como un intento de restaurar los juegos en su emplazamiento original. Porque, efectivamente, el testimonio de los epinicios pindáricos (*Nemeas* 4.17, 10.42, oda ésta última datable quizá en 444) muestra que al menos hasta mediados del siglo V a.C. la organización de los juegos corría a cargo de los ciudadanos de la vecina ciudad de Cleonas. Por esos años, sin embargo, el control del festival, y probablemente también su emplazamiento, pasó a manos de Argos (cf. Stella Miller, "Excavations at the Panhellenic..." 144-5, con las citas bibliográficas recogidas en la n. 25; la arqueóloga norteamericana sitúa la violenta destrucción del templo de Zeus en el marco de una lucha entre Cleonas y Argos por el control de los juegos, disputa que tiene sus paralelos en el caso de los Juegos Olímpicos y Píticos, como se dijo en su momento); volvieron de nuevo los juegos a Nemea en el siglo IV o III a.C., y este traslado debe quizá relacionarse, como muestra el nuevo programa de construcciones, con la protección que los nuevos soberanos de Grecia, los monarcas macedonios, dispensaron a los festivales panhelénicos en su intento de legitimar su dominio sobre los griegos; el caso es que a finales del siglo III el caudillo aqueo Arato de Sición celebra los Juegos Nemeos en Cleonas (Plutarco, *Arato* 28). La historia posterior del festival nos es poco conocida, pero puede colegirse de nuestras escasas informaciones que en época tardía (quizá a partir del siglo I a.C., en opinión de Miller)

los juegos fueron trasladados definitivamente a Argos (cf. Pseudo-Juliano, *Epístolas* 198 Bidez-Cumont) y ya en el siglo II p.C., cuando Pausanias visitó el santuario de Nemea, éste se encontraba abandonado.

Los vencedores en Nemea recibían como premio una corona de apio fresco salvaje, en lugar del apio seco con el que eran galardonados los participantes en los Juegos Ístmicos. No sabemos hasta qué punto es cierta una información que nos transmiten los escolios a Píndaro, según la cual la corona con que se premiaban los triunfos en los Juegos Nemeos era originariamente de olivo y sólo fue sustituída por la de apio tras las Guerras Médicas, en memoria de los caídos en ellas (el apio era planta de significado funerario).

Doce magistrados, llamados helanódicas como los jueces olímpicos, velaban por el desarrollo regular de los juegos, durante cuya celebración se daclaraba una tregua sagrada (cf. Jenofonte, *Helénicas*, 4.7.2 y 5.1.29, aunque en ambos textos la alusión a los "meses sagrados" no es en absoluto seguro que se refiera a una tregua con motivo de los Juegos Nemeos; cf. también Píndaro, *Nemeas* 3.2, y Plutarco, *Filopemen* 11). El programa de pruebas atléticas era semejante al de Olimpia, aunque en Nemea se añadía, como en los Juegos Ístmicos, una quinta carrera pedestre, el *híppios drómos*. Igualmente coinciden los Juegos Nemeos con los Ístmicos en la división de los participantes en tres categorías de edad, hombres maduros, jóvenes y niños; la *Nemea* 5 de Píndaro y el epinicio 13 de Baquílides cantan el triunfo de egineta Píteas, vencedor en el pancracio de la categoría de los jóvenes, intermedia entre las dos únicas existentes en Olimpia, probablemente en el año 483 a.C.

Se disputaban también, por supuesto, pruebas hípicas, e igualmente, a partir de época helenística, certámenes musicales (Plutarco, *Filopemen* 11) y quizá incluso dramáticos, como en los Juegos Ístmicos Por otro lado, la inscripción de las muchachas de Trales a la que hicimos referencia en 1.3.3 atestigua la admisión de mujeres en las competiciones de época tardía. El programa de pruebas atléticas, hípicas y musicales probablemente se mantuvo sin grandes alteraciones hasta que los juegos dejaron de celebrarse; al menos así parece deducirse de una epístola falsamente atribuída al emperador Juliano (198 Bidez-Cumont), en la que el

festival de Nemea es mencionado como modelo de conservación de las antiguas tradiciones atléticas griegas, en contraste con los organizadores de los juegos de Corinto, que habían sucumbido a la tentación de incluir en ellos espectáculos propios del circo.

Desde entonces hasta nuestro siglo Nemea ha sido sólo un nombre. En los años 20 Blegen dirigió las excavaciones arqueológicas norteamericanas que comenzaron a sacar a la luz los restos del antiguo santuario, pero únicamente el reinicio de los trabajos medio siglo más tarde ha dado resultados fructíferos (los periódicos informes de Miller en la revista *Hesperia* van dando cuenta de los hallazgos). Unas pocas monumentales columnas son los restos que han sobrevivido de un antiguo templo dedicado a Zeus Nemeo, datable en el siglo IV a.C. En cuanto a las construcciones de carácter deportivo, además de pequeños restos de edificios menores, podemos conocer la ubicación y características de un estadio también del siglo IV, con capacidad para unos 40.000 espectadores y cuya pista alcanzaba una longitud de 178 m. (figura 35). Ninguna huella ha quedado del hipódromo del que nos habla Pausanias (6.20.15-16).

BIBLIOGRAFÍA

D.P. Hart, "The Ancient Nemean Festival", *Canadian Journal of Sport and Physical Education* VIII 1977, 24-34; Stella G. Miller, "Excavation at Nemea", *Hesperia* LI 1982, 19-40, LII 1983, 70-95; id., "Excavation at the Panhellenic Site of Nemea: Cults, Politics and Games", en *The Archaeology of the Olympics*, ed. por W. Raschke, Wisconsin 1988, 141-51; Stephen G.Miller, "Excavation at Nemea", *Hesperia* XLIV 1975, 143-72, XLV 1976, 174-202, XLVI 1977, 1-26, XLVII 1978, 58-88, XLVIII 1979, 73-103, XLIX 1980, 178-205, L 1981, 45-67, LIII 1984, 171-92, LVII 1988, 1-20, id., "Nemea and the Nemean Games", en *Mind and Body. Athletic Contests in Ancient Greece*, Atenas 1989, 89-96; id., "Tunnel Vision: the Nemean Games", *Archaeology* XXXIII 1980, 54-6; id. "Kleonai, the Nemean Games and the Lamian War", *Hesperia* Supl. 20, 1982,

100-8; id., "The 'theorodokoi' of the Nemean Games", *Hesperia* LVII 1988, 147-63; D.G. Romano, "An Early Stadium at Nemea", *Hesperia* XLVI 1977, 27-31. (Véase igualmente la bibliografía de los capítulos 3.1 y 3.5).

CAPÍTULO III

LAS PRUEBAS

3.1. LAS CARRERAS

3.1.1. Importancia de la carrera. Las distintas modalidades

LA CARRERA ES, PROBABLEMENTE, la modalidad deportiva más natural del hombre y, como tal, se encuentra representada de manera constante desde los primeros documentos pictóricos de la humanidad. En el mundo griego conoció un desarrollo y una importancia excepcionales, tanto en su calidad de disciplina básica en la educación física de niños y jóvenes como en las competiciones deportivas.

En los poemas homéricos la carrera pedestre no falta ni en los juegos fúnebres en honor de Patroclo ni en las competiciones que organizan los feacios para entretener a Odiseo, y los héroes principales de cada uno de los poemas son consumados corredores, Aquiles "de pies ligeros" y Odiseo, vencedor en la primera de las dos pruebas a las que nos acabamos de referir. Igualmente, otros muchos personajes de la mitología destacan por la rapidez de sus pies: Atalanta, Zetes y Cálais, hijos de Bóreas, o Íficlo, capaz de correr por un campo de trigo sin doblar las espigas, tan rápido como el héroe celta Cuchulainn, que alcanzaba a los ciervos a la carrera; en fin, epítetos como *dromaîos* o *drómios* se asignaban a Apolo y Hermes.

En la Grecia histórica la carrera, que ya formaba parte de los nada sofisticados métodos de entrenamiento del mítico centauro Quirón, quien "*empleaba la caza, subir montañas y correr*" para desarrollar la fortaleza física de sus escogidos discípulos (cf.1.2), está presente siempre en todas las etapas de sistemas educativos tan diferentes como el espartano y el ateniense, y Platón le concede un lugar sobresaliente en la educación física de los ciudadanos de su estado ideal. Por su parte, en Creta, cuyos fondistas de tan gran fama gozaron en la Antigüedad, el gimnasio, como en Esparta, se designaba con el nombre de *drómos* ("lugar para correr"; cf. Suda, *s.v.*), lo que testimonia la importancia que se concedía a la carrera en la educación física, hasta el punto de que los miembros masculinos de la comunidad estaban divididos en varias clases de edad, denominadas, en relación con la actividad pedestre de cada una, *apódromoi* o adolescentes que estaban aún excluídos del *drómos* o gimnasio, *dromeîs* ("corredores") o jóvenes admitidos en él y *dekádromoi* ("quienes han tomado parte en diez carreras") o adultos. De la importancia excepcional de la carrera da idea tanto su extensión a todas las etapas del sistema educativo como su práctica por ambos sexos, ya que fue siempre el deporte femenino por excelencia (cf.1.3.3).

El lugar de honor que la carrera ocupaba en la educación física de los griegos encuentra fiel reflejo en su destacado papel en los Juegos Panhelénicos, en particular en los Juegos Olímpicos. Así, las Olimpíadas, por las que los griegos computaban el tiempo, se designaban tanto por su número correspondiente como por el nombre del vencedor en la carrera del estadio, y las pruebas pedestres fueron, hasta la introducción del pentatlo y la lucha en la Olimpíada decimooctava (708 a.C.), las únicas que formaban parte del programa olímpico, e igualmente el estadio infantil fue, junto con la lucha, la primera prueba destinada a los jóvenes que se celebró en Olimpia (632 a.C.).

Las pocas diferencias notables que pueden apreciarse entre las pruebas pedestres del atletismo antiguo y moderno se deben en su mayor parte a la propia morfología del lugar de competición. El estadio antiguo, en efecto, no consistía en un amplio espacio central destinado a lanzamientos y saltos y rodeado todo él por una pista de carreras formada

por dos largas rectas que se encuentran unidas por dos grandes curvas, como en nuestros días, sino que se trataba sencillamente de una larga explanada de unos 200 m. de longitud por unos 30 de anchura (cf. figuras 30 y 31), de manera que los corredores debían realizar giros de 180 grados en torno a un poste en las carreras superiores a los 200 m., lo cual, como estudiaremos con mayor detenimiento más adelante, ha planteado serias dudas sobre el modo en que tales pruebas se desarrollaban. Los atletas corrían probablemente sobre una superficie de arena aplanada, si bien sabemos por Luciano (*Anacarsis* 27) que entrenaban sobre una capa de arena más abundante y pesada, a fin de sentirse más ligeros a la hora de competir en un terreno más duro.

El programa olímpico comprendía cuatro carreras, el estadio, el diaulo, la carrera con armas y el dólico o carrera larga. En otros juegos se incluía también el *híppios* o doble diaulo, de lo que resulta, en suma, un completo programa con pruebas de velocidad, medio fondo y fondo. No obstante, la longitud exacta de las diversas carreras variaba según los lugares, ya que venía determinada por el valor que en cada región se daba a la unidad de medida básica, el pie (un estadio equivalía a 600 pies). Así, mientras que en Olimpia un estadio medía 192'24 m., en Delfos solamente abarcaba 177'35, y menos aún en Delos, 167 m. Por otro lado, la longitud de las pruebas podía verse igualmente condicionada por la edad y el sexo de los participantes. En Olimpia y Delfos corrían separadamente los muchachos y los adultos, mientras que en los Juegos Ístmicos y Nemeos y en otras competiciones menores existía también una categoria intermedia, en la que participaban los jóvenes de mayor edad. Platón (*Leyes* 833c) aconseja que éstos últimos compitan sobre distancias equivalentes a las dos terceras partes de la longitud asignada a las carreras de los adultos, y los muchachos más jóvenes, a su vez, corran la mitad que los mayores. Es posible que la recomendación de Platón refleje la práctica habitual en muchas competiciones, aunque los datos que poseemos de los grandes juegos indican que los participantes corrían agrupados por categorías de edad, pero sobre la misma distancia (cf. Patrucco 99-100).

En cuanto a las pruebas femeninas, ya ha quedado dicho (1.3.3)

que Pausanias, al describir las carreras que tenían lugar en Olimpia durante los juegos en honor de Hera, afirma que "*la competición consiste en una prueba de carrera para muchachas, no todas de la misma edad, sino que corren las primeras las más jóvenes y después de ellas las segundas en edad, y las últimas las muchachas que son mayores... También a ellas les está asignado para la competición el estadio olímpico, pero se les reduce para la carrera aproximadamente la sexta parte de él*" (corrían, pues, unos 160 m.). Platón, por su parte, propone dividir a las muchachas en dos categorías según la edad, corriendo juntas las jóvenes de hasta 13 años por un lado, y por otro aquéllas de 13 años en adelante, hasta que a los 18 ó 20 contraigan matrimonio (*Leyes* 833c-d).

La división por categorías y la asignación de distancias diferentes a cada una es práctica bien conocida en el deporte moderno y supone, a decir de Patrucco, "una prueba de la madurez deportiva alcanzada particularmente en las pruebas de carrera de los antiguos griegos y es especialmente un interesantísimo punto de verificación de la actualidad deportiva del atletismo griego", también en el aspecto técnico-organizativo (la "modernidad" del deporte griego es, quizá, el rasgo en que hace más hincapié el autor italiano en su magnífico libro).

La prueba reina de cuantas se disputaban en los Juegos Olímpicos y, en general, en cualquier otra competición deportiva entre los griegos, era el estadio (192'24 m. en Olimpia, como ya se ha señalado). El hecho de que durante las trece primeras Olimpíadas fuera la única prueba que se celebraba (en evidente paralelismo con la carrera de mujeres que tenía lugar en el transcurso de los Juegos Hereos), así como la atracción que en todas las épocas han ejercido sobre los espectadores las carreras de velocidad pura, son razones que explican sobradamente la tradicional primacía que siempre ostentó el estadio por encima de las restantes pruebas pedestres, cuando éstas se fueron incluyendo en los festivales. En el estadio vencía el hombre capaz de desarrollar mayor velocidad en línea recta, el "más rápido del mundo" en suma, ya que era la única prueba en la que los atletas no se veían obligados a realizar giros de 180 grados, durante los cuales los más hábiles podían recuperar parte del terreno perdido en la recta. Esta esencial característica del estadio aparece ya

mencionada en la descripción que hace Píndaro de los juegos que inauguraron, en el plano mítico, el festival olímpico (*Olímpicas* 10.64-66): "*en el estadio venció, cubriendo con sus pies el recto recorrido, el hijo de Licimnio, Eono*". Para nosotros, no obstante, el primer vencedor olímpico histórico, triunfador en el estadio en 776 a.C., fue, según parece, un cocinero, Corebo de Élide (Ateneo 382b). Después de él, muchos corredores de muy diversas procedencias tuvieron el honor de dar su nombre, como era tradicional, a la Olimpíada en la que habían vencido, y entre ellos hay que destacar a los atletas de la ciudad italiana de Crotona, que durante el siglo VI y la primera mitad del V a.C. dominaron de manera casi absoluta las pruebas de velocidad, hasta el punto de copar en una misma Olimpíada los siete premios puestos en la carrera del estadio (probablemente en 576 a.C.; cf. Estrabón 6.1.12; véase 1.3.2.1.).

Al estadio se sumó, en el año 724 (14 Olimpíada) una segunda carrera de velocidad, el diaulo o doble estadio, en el que los atletas debían girar en torno a un poste que servía como contrameta y retornar de nuevo al punto de partida. El desarrollo de esta prueba, y en particular la realización del giro, siguen planteando difíciles problemas, sobre los que volveremos más adelante.

Tras el diaulo fue la carrera larga (*dólikhos*) la competición que se incorporó al programa olímpico, en la siguiente Olimpíada (720 a.C.). Nuestras fuentes no muestran unanimidad al indicar la distancia que debían recorrer los participantes en la prueba, oscilando sus datos entre los 7 y los 24 estadios (de 1346 a 4614 m.; cf. Patrucco 96, Weiler 152). Jüthner-Brein (II 108-9) únicamente conceden credibilidad a la información de los escolios a Sófocles (*Electra* 684) que asignan al dólico una longitud de 20 estadios, pero nos resultan más convincentes los argumentos que aduce Harris (*GAA* 73) para justificar las discrepancias entre nuestros informadores: las diferentes distancias que se señalan para el dólico pueden explicarse atendiendo tanto a la posibilidad de que en las carreras de niños y jóvenes el recorrido fuera menor, como al hecho de que la distancia que los atletas cubrían pudiera diferir de unos juegos a otros. Por otra parte, al igual de lo que ocurre en nuestros días en el caso de los atletas africanos, las necesidades de la vida

diaria en una isla tan montañosa y de tan difíciles comunicaciones como Creta influyó decisivamente para que los corredores procedentes de ella fueran los más destacados fondistas de la Antigüedad. Así, el único vencedor panhelénico en la carrera larga que celebra Píndaro es un excepcional corredor cretense, aunque emigrado a la siciliana Hímera, Ergóteles, doblemente periodonica (*Olímpicas* 12); y el historiador Jenofonte, cuando en su *Anábasis* (4.8.27) describe el festival atlético que organizan los mercenarios griegos para agradecer a los dioses su protección, afirma que en el dólico compitieron más de sesenta cretenses.

No en los Juegos Olímpicos, pero sí en otras competiciones importantes (Juegos Ístmicos y Nemeos, Panateneas, Epidauro, Argos, Platea, etc.; cf. Harris, *GAA* 65, Weiler 152) se disputaba también una carrera de medio fondo, intermedia entre diaulo y dólico, la llamada "carrera hípica" (*híppios o ephíppios drómos*), en la que los atletas corrían cuatro veces la distancia del estadio (769 m.), como atestigua ya Baquílides 10.25 ("*una vez que dobló la carrera de cuatro <vueltas>*" el vencedor ístmico Aglao (?) de Atenas; cf. Eurípides, *Electra* 824; Platón, *Leyes* 833a-b; Pausanias 6.16.4). El origen del nombre es inseguro. Gardiner (*AAW* 136), con la aprobación de Jüthner, piensa que la carrera se denominaba así porque la longitud del hipódromo doblaba la del estadio, de manera que la distancia de la "carrera hípica" equivalía a una prueba ecuestre de ida y vuelta, en tanto que Harris (*GAA* 65) sugiere la idea de que en la jerga de los atletas pudo haberse empleado la expresión "carrera hípica" para designar la agotadora carrera de medio fondo, "apta sólo para caballos", y hace notar que Pausanias (6.13.3) nos dice que a Hermógenes de Janto, ocho veces vencedor en Olimpia entre 81 y 89 p.C., se le conocía con el sobrenombre de "el caballo"; quizá sea casualidad o bien responde a una idea semejante el hecho de que el gran triunfador en los 800 (y 400) metros de los Juegos Olímpicos de Montreal, el cubano Alberto Juantorena, haya recibido precisamente el mismo apodo.

La última carrera que se introdujo en el programa olímpico, dos siglos después que el dólico (520 a.C.), presenta características claramente distintivas con respecto a las restantes pruebas pedestres. La

carrera con armas o carrera de hoplitas, en efecto, es más probable que tenga su origen en el entrenamiento militar que en actividades cultuales (cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 7), y es quizá el paralelo más próximo de nuestras carreras de obstáculos, que en la antigua Grecia probablemente sólo están testimoniadas, y muy rara vez, como ejercicio de entrenamiento (cf. Patrucco 129-30, que atribuye a Schröder el mérito de haber destacado su presencia en el deporte griego). El armamento que portaban los corredores consistía en principio en grebas, yelmo y escudo, pero ya en el siglo V desaparecieron las grebas y posteriormente el bagaje quedó reducido únicamente al escudo de bronce (figura 38), la pieza más característica de la armadura (cf. Píndaro, *Píticas* 9.1, oda dedicada al hoplitodromo Telesícrates de Cirene, vencedor en 474 a.C.: "*mientras anuncio al vencedor pítico de broncíneo escudo, quiero proclamar, con ayuda de las Gracias de ajustado talle, hombre feliz a Telesícrates...*"; véase también *Ístmicas* 1.23, y Pausanias 6.10.4). La longitud era variable. En Olimpia y Atenas se corría sobre una distancia de dos estadios (Aristófanes, *Aves* 292; Pausanias 2.11.8), en tanto que en Nemea la carrera tenía la misma extensión en el *híppios*, esto es, cuatro estadios (Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 7). Muy especial era la carrera de hoplitas que se celebraba en la ciudad beocia de Platea durante las "Fiestas de la Libertad", en conmemoración de la decisiva victoria que allí obtuvieron los griegos sobre los persas en 479 a.C.; las peculiaridades de esta competición consistían tanto en la distancia que los corredores cubrían (probablemente 15 estadios) como en el armamento que llevaban, el cual debía llegarle al atleta hasta los pies "*como si fuese a combatir*" (Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 8). Una leyenda (que a Harris, *GAA* 75, le suena a "historia contada por perros viejos en los vestuarios atléticos a jóvenes crédulos", mientras que otros, como Diem 145, la creen a pies juntillas) dice que quienes se arriesgaban a repetir victoria y no lo conseguían podían ser castigados con la muerte (Estrabón 9.2.31, Pausanias 9.2.6). Finalmente, Platón (*Leyes* 833b) recomienda realizar, en el entrenamiento militar, carreras de 60 estadios con armamento pesado y de 100 con armamento ligero, distancias ambas demasiado amplias para unos juegos deportivos, pero que en todo caso denuncian claramente la finalidad que el filósofo atorgaba a tales competiciones.

Por lo que respecta, por último, a la estimación de este tipo de carreras, Jüthner ve en la gran cantidad de pinturas vasculares en las que aparece representada la carrera con armas un reflejo del interés que la disciplina despertaba, pero Harris (*GAA* 75), basándose especialmente en testimonios epigráficos, observa que todo parece indicar que la carrera con armas fue perdiendo paulatinamente el aprecio de atletas y público, hasta llegar a convertirse poco menos que en una carrera de consolación. Su notable presencia en la cerámica, en efecto, puede explicarse perfectamente por la gran plasticidad de las escenas, en las que el escudo que portaban los corredores se convertía en un punto básico para el equilibrio de la composición (cf. Gardiner, *AAW* 140).

3.1.2. Características físicas de los corredores. Técnicas y tácticas

Una confirmación más del extraordinario nivel alcanzado por el deporte griego, también en el desarrollo de teorías que permitieran la mejora de las prestaciones de los atletas en entrenamientos y competiciones, la proporcionan las pormenorizadas observaciones que, sobre el tipo de los atletas, la técnica y el estilo de los corredores e incluso las tácticas empleadas en las diferentes carreras, quedan reflejadas tanto en la literatura como en las pinturas vasculares. En efecto, Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 32-33) nos ofrece una detallada descripción de las características físicas que deben poseer los atletas que pretendan destacar en cada prueba; cierto es que muy probablemente la moderna teoría deportiva disentirá en algunos puntos de nuestro autor, pero sus palabras son, en todo caso, un fiel testimonio del enorme desarrollo que, fruto de una tradición de siglos, alcanzaron en Grecia los métodos de entrenamiento y selección de los atletas. He aquí la descripción de Filóstrato: "*Quien quiera ser un excelente corredor del dólico, debe fortalecer los hombros y el cuello, de manera semejante al pentatlo, y tener piernas sutiles y ligeras, como los corredores del estadio. Pues éstos mueven las piernas junto con los brazos para adquirir velocidad en la carrera, como si los brazos les hicieran volar, en tanto que los corredores del dólico hacen esto cuando se hallan*

cerca de la meta, mientras que el resto del tiempo se mueven casi como si anduvieran, levantando hacia adelante los brazos, por lo que necesitan hombros bastante robustos... En cuanto al que quiera correr la carrera de hoplitas, debe poseer muy amplios costados, hombros bien desarrollados y rodilla pronunciada, para poder llevar bien el escudo soportándolo con esas partes. A su vez, los corredores del estadio, que es la más ligera de las pruebas, son muy buenos también los atletas bien proporcionados, pero mejores que éstos resultan quienes no son excesivamente altos, sino un poco más altos que aquéllos exactamente proporcionados. La excesiva altura, en cambio, resta firmeza, como una planta que ha crecido demasiado alta. Su constitución física debe ser sólida, pues el principio esencial para correr bien es ser bien plantado. Sus proporciones son las siguientes: las piernas deben ser equilibradas con respecto a los hombros, el tórax más pequeño de lo normal y dotado de buenos pulmones, ligero el muslo, la pierna recta, los brazos más largos de lo normal; deben tener también la musculatura proporcionada, pues los músculos excesivamente desarrollados son una traba para la velocidad [Ben Johnson es una evidente refutación de este punto]. *Los corredores del diaulo deben poseer una constitución más robusta que los del estadio, pero más ligera que la de los participantes en la carrera de hoplitas*".

El propio Filóstrato advierte, no obstante, que, pese a las características físicas y técnicas específicas que cada prueba requiere, abundan los ejemplos de atletas que han participado y triunfado en carreras de diversas distancias. Es lógico, y el atletismo moderno proporciona una notable cantidad de paralelos, que los grandes *sprinters* pudieran competir con éxito tanto en el estadio como en el diaulo; en ambas pruebas venció ya, en efecto, a comienzos del siglo VII a.C., el ateniense Pantacles (véase Kyle, p. 209, no. A53) y lo propio hizo el espartano Quíonis durante tres Olimpíadas consecutivas (664-656 a.C.). Pero conocemos incluso casos de atletas excepcionalmente dotados que lograron inscribir sus nombres en las listas de vencedores en los grandes juegos consiguiendo triunfar en pruebas de velocidad, medio fondo y fondo. A comienzo del siglo V el argivo Esquilo dominó el estadio y la carrera de hoplitas en Olimpia, y poco más tarde un ateniense, cuyo

nombre sea quizá Aglao, venció sin apenas descanso en el estadio y el *híppios drómos* de los Juegos Ístmicos, si es que debe interpretarse así un muy dañado pasaje de Baquílides (10.21 ss.): "*<Pues cuando en la meta> de la carrera del estadio, caliente exhalando el aliento, se detuvo, y de nuevo cuando <mojó> de aceite los mantos de los espectadores al precipitarse <sobre la apiñada> multitud, una vez que dobló la carrera de cuatro <vueltas>, vencedor ístmico por dos veces lo proclamaron los portavoces de los<árbitros> prudentes*"; nada más vencer en la carrera del estadio ("caliente exhalando el aliento"), Aglao habría emprendido el *híppios drómos* ("la carrera de cuatro vueltas"), en la que también triunfaría, cayendo luego sobre la multitud llevado de su impulso. En el estadio y el pentatlo en un mismo festival vencieron, a su vez el célebre Failo de Crotona (482-478 a.C., en los Juegos Píticos) y el no menos famoso Jenofonte de Corinto, cuyo triunfo en ambas disciplinas en los Juegos Olímpicos de 464 ("*ningún mortal hasta ahora había obtenido ambos triunfos*") canta Píndaro en su *Olímpica* 13.

En tres pruebas, estadio, diaulo y carrera de hoplitas, venció, nada menos que durante cuatro Olimpíadas consecutivas (164-152 a.C.) Leónidas de Rodas (Pausanias 6.13.4; Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 33), y la misma hazaña ya había sido conseguida previamente por Fanas de Pelene (512 a.C.) y Ástilo de Crotona (480 a.C., compitiendo como representante de Siracusa; cf. Diodoro 11.1). Finalmente, Polites de Caria en los Juegos Olímpicos de 69 p.C. venció, en un mismo día, en el estadio, el diaulo y el dólico (Pausanias 6.13.3). Otros corredores triunfaron en unos mismos juegos, y a veces en un solo día, en el estadio, el dólico y la carrera hípica, o en el estadio, el diaulo o la carrera con armas (Cf. Harris, *GAA* 126-7 y 203-4, n. 20), pero se trataba, como actualmente, de atletas excepcionales, capaces de realizar hazañas como las descritas, sólo al alcance de unos pocos.

Filóstrato, en el paisaje antes citado, hace igualmente algunas observaciones sobre las diferencias que pueden percibirse en la manera de correr de los atletas según la prueba de que se trate; pero la técnica que requiere cada carrera aparece reflejada con enorme precisión especialmente en las pinturas vasculares, como han señalado repetidamente los

estudiosos del tema (cf. Gardiner, *AAW* 137ss.; Jüthner-Brein, II 109ss.; Patrucco 117ss.; Weiler 152-3). Los artistas griegos, en efecto, lograron plasmar con sorprendente exactitud los rasgos esenciales del frenético movimiento de los velocistas, mucho más dificultosos de reproducir de lo que en principio podríamos pensar quienes estamos acostumbrados a las fotografías y a la cámara lenta (figura 36); los corredores se mueven a grandes zancadas, apenas rozando el suelo, con las rodillas bien altas y los brazos violentamente agitados, con las palmas claramente abiertas y los dedos extendidos, a la manera de Carl Lewis (cf. Gardiner, *AAW* 139, comentario a la ilustración 94, donde califica de "unusual in modern racing" el correr con las manos abiertas); especial importancia se concedía al movimiento de los brazos, que debían impulsar al atleta como si de alas se tratase, por emplear la expresión de Filóstrato (cf. Aristóteles, *Sobre la manera de avanzar los animales* 705a15, *Problemas* 881b6). Los corredores del dólico, en cambio, realizan los movimientos típicos de los velocistas sólo al final de la carrera, para el que los atletas solían reservar sus fuerzas, haciendo a menudo carreras tácticas, conservadoras (cf. Harris, *GAA* 73); hasta ese momento, corren con gran economía de movimientos: la zancada es más corta, los pies se apoyan en tierra sobre una superficie más amplia, los brazos, plegados y cercanos a los costados, se mueven con un ritmo acompasado y con recorrido mucho más breve que en el *sprint* (figura 37).

El minucioso interés con el que los hombres de la antigua Grecia estudiaron las técnicas y las tácticas más adecuadas para cada carrera, con vistas a obtener el máximo rendimiento en ellas, nos hace lamentar la ausencia de informaciones sobre el tiempo que los atletas invertían en cada prueba, y es una ausencia absoluta de información, dada la carencia de aparatos que midieran el tiempo con precisión. Así, los únicos *records* que conocemos del pedestrismo griego se reducen a la indicación de que un corredor determinado "fue el primero en obtener tales o tantas victorias" o "el que alcanzó más triunfos en tales juegos", o bien se destaca no el tiempo invertido, sino la distancia recorrida (los artículos de Tod y de Bilinski nos dan cumplida información sobre todo ello).

3.1.3. Dos problemas discutidos: La salida y el giro

La manera de tomar la salida y, en las carreras de longitud superior al estadio, de realizar el giro son indudablemente las dos cuestiones más problemáticas que afectan a las pruebas pedestres de los juegos de la antigua Grecia.

Antes de iniciar una carrera, los participantes en ella realizaban ejercicios de precalentamiento, que no diferían esencialmente de los que practican los atletas de hoy, a juzgar por la descripción del poeta latino Estacio (*Tebaida* 6.587ss.): "*Entonces debidamente prueban su velocidad y ponen a punto su zancada, y mediante varias artes estimulan sus lánguidos miembros con sabios y enérgicos movimientos: ora se sientan con las rodillas flexionadas, ora golpean sus resbaladizos pechos con fuertes palmadas, ora elevan vigorosamente las piernas y ensayan breves salidas que acaban de repente*".

A continuación se alineaban los corredores, "*los unos al lado de los otros*" (*Ilíada* 23.358) en sus correspondientes lugares de salida, previamente sorteados (para lo cual se empleaba en Olimpia una urna sagrada de plata, de la que los atletas sacaban cada uno una habichuela; cf. Luciano, *Hermótimo* 40) y en número diverso según la prueba y los juegos de que se tratara; el estadio de Olimpia tenía capacidad para 20 corredores, el de Corinto para 16, el de Delfos para 17 ó 18, el de Epidauro para 11 (cf., sobre el número variable de participantes, *Antología Palatina* 11.82). Es lógico suponer que, especialmente en las competiciones más importantes, el número de participantes fuese superior a las capacidades del estadio, y este problema fue resuelto por los griegos recurriendo al mismo procedimiento empleado en el atletismo moderno, es decir, mediante la celebración de series clasificatorias previas a la gran final (*táxeis*). Es de lamentar, sin embargo, que nuestra única información al respecto provenga de un pasaje corrupto de Pausanias (6.13.4), que Gardiner (*AAW* 136; cf. Weiler 149) interpreta en el sentido de que corrían cada serie cuatro atletas, de los cuales sólo el vencedor alcanzaba la final; por el contrario, Patrucco (p. 110) y Harris (*GAA* 66) dudan de la exactitud del testimonio de Pausanias, que creen

se aviene mal con la existencia de plazas para 20 corredores en el estadio olímpico, de manera que Harris sugiere la idea de que pasaban a la final no los vencedores en cada eliminatoria de cuatro participantes, sino los cuatro primeros de cada serie. A nuestro entender, dista mucho de ser decisiva la objeción que aducen Patrucco y Harris (no extraña que el número máximo de puestos en la salida sólo se cubriera en la carrera definitiva) y, a falta de otras informaciones, nada hay que contradiga el testimonio de Pausanias, según el cual, "*los vencedores en cada serie corren de nuevo entre sí por el premio, y así quien recibe la corona por la prueba del estadio habrá obtenido dos victorias*" (más discutible, dada la laguna que en ese lugar presenta el texto, es que fueran cuatro los participantes en cada serie). No obstante, sea cual sea la explicación correcta, lo más importante para nosotros es que el recurso a series clasificatorias previas cuando era excesivo el número de corredores inscritos en una determinada prueba coincide exactamente con la solución adoptada en el atletismo de nuestros días ante el mismo problema.

La posición que adoptaban los corredores en la salida está profusamente documentada por las artes figurativas y confirmada por testimonios literarios (figuras 38 y 39): los atletas, para iniciar todas las carreras, se situaban en sus puestos de salida de pie, con el cuerpo y los brazos inclinados hacia adelante y la pierna derecha algo más retrasada que la izquierda (unos 15 cm., la distancia que separa las dos acanaladuras paralelas que atraviesan las lastras indicativas del lugar de salida de las carreras halladas en diversos estadios; figura 40). Las numerosas pinturas vasculares y estatuillas de bronce que representan atletas en posición de salida son, en efecto, plasmación en imágenes de la frase con que los heraldos indicaban a los corredores que se dispusieran a iniciar la carrera: "*poned el pie en la línea de salida, pie junto a pie*" (fr. 866 *PMG*). Cuando, en el atletismo moderno, en las carreras superiores de 400 m. se adopta la misma posición de salida, la separación de los pies es bastante mayor que la que nos muestran los testimonios arqueológicos para el deporte griego. Por otro lado, es discutible si los velocistas griegos conocieron y emplearon la forma de tomar la salida con las manos apoyadas en tierra, que se ha impuesto entre nuestros *sprinters* desde que, a imita-

ción de Sherill, fuera empleada por Burke, el vencedor en los 100 m. de los juegos de la primera Olimpíada de la era moderna. De entre los muy escasos testimonios iconográficos por los que podría deducirse el empleo, por parte de los corredores griegos, de este tipo de salida, sólo uno representa de manera inequívoca a un atleta en el momento de disponerse a iniciar la carrera (para las restantes pinturas vasculares que se han aducido en defensa de esta tesis, véase el artículo de Roos). Se trata de una escena en la que un hoplitodromo, junto a la columna que indica el lugar de la salida de la carrera, apoya en el suelo su mano derecha, mientras sostiene el escudo con la iquierda; en frente, un juez, que lleva en su mano izquierda una larga vara, adelanta el brazo derecho con la palma levantada y extendida hacia adelante. Ya Schröder (p. 103) interpretó esta escena como una prueba de que los atletas griegos conocieron el tipo de salida habitual en nuestros días para las carreras cortas, y en el mismo sentido se pronuncia Patrucco (p. 113-4). Pero ¿puede mantenerse tal teoría con tan escaso apoyo documental? Ya Gardiner (cf. Roos 152) sugirió explicaciones alternativas que diesen cuenta de la insólita postura del hoplitodromo, bien que se tratara de una carrera menos seria o de un simple entrenamiento, bien que el corredor, ensayando la salida, ha perdido el equilibrio y el juez le indica que vuelva a su puesto, e incluso podría ser testimonio pictórico de una salida en falso en una competición. En definitiva, a falta de otros testimonios nada puede afirmarse con certeza, aunque el hecho de que las carreras antiguas hayan anticipado, como vamos viendo, muchos aspectos técnicos de las modernas debe precavernos para no rechazar de plano la posibilidad de que los atletas griegos, en una u otra época o de manera esporádica, pudieran haber echado a correr con las manos apoyadas en tierra.

Los corredores partían veloces cuando escuchaban la orden de salida *ápite* ("partid"; cf. Aristófanes, *Caballeros* 1161, así como *Ranas* 133, donde, en un juego cómico, se describe la partida de los corredores de las carreras con antorchas atenienses al escuchar la voz *heînai*, "lanzaos"). No obstante, es muy posible que, especialmente en las grandes competiciones, la señal de salida se diera mediante el sonido de la trompeta (práctica empleada con seguridad en las pruebas ecuestres; cf. Sófocles,

Electra 711), puesto que, como apunta Harris (*GAA* 66), cuando se producían salidas falsas era preciso detener a los corredores en medio del griterío ensordecedor de los espectadores, para lo cual evidentemente no bastaba la voz humana. La tensión de los corredores en las pruebas de velocidad, en efecto, haría que las salidas en falso fueran frecuentes, y el drástico castigo que por ello merecían los atletas griegos probablemente no sería muy del agrado de nuestros *spinters*: "*el general corintio Adimanto, hijo de Ocito, dijo: 'Temístocles, en las competiciones deportivas los que salen antes de tiempo son golpeados con la vara'. Y él le rebatió contestándole: 'Pero precisamente los que se quedan atrás no obtienen la corona*" (Heródoto 8.59; la misma anécdota también en Plutarco, *Temístocles* 11.2ss. y *Dichos de reyes y capitanes* 185b; para las salidas en falso, cf. Estratis, fr. 62: "*¿Por qué te adelantas en la salida, como los corredores del estadio?*").

El deseo de evitar en lo posible que los atletas se anticiparan a la señal de partida debió de tener su influencia en la evolución de los sistemas de salida empleados en el atletismo griego, sobre los cuales se ha discutido notablemente, sin que se haya llegado todavía a una solución definitiva en lo que atañe a todos y cada uno de los aspectos conflictivos. Tres son los términos empleados más habitualmente para designar los sistemas de partida de una carrera: *grammé*, *balbís* y *hýsple(n)x*. Lo que en origen significaba cada una de estas palabras es a veces difícil de discernir, y de hecho en ocasiones se emplean indistintamente para denominar diferentes maneras de tomar la salida. Evidentemente, la más antigua indicación del lugar en el que debían alinearse los corredores para iniciar la carrera fue un simple trazo en la arena (*grammé*), que señalaba tanto la línea de partida (Aristófanes, *Acarnienses* 483) como la de llegada (Píndaro, *Píticas* 9.118). Posteriormente se instalaron en los estadios, a modo de salida y meta, lastras fijas de piedra provistas de acanaladuras transversales o agujeros para colocar los pies y postes de separación, algunas de las cuales se han conservado en buen estado en varios estadios (figura 40). Quizá la palabra *balbís*, de etimología desconocida, designara en origen tales losas (cf. Jüthner-Brein II 78ss., Patrucco 104ss.), pero se emplea también para indicar otros mecanismos

más complejos que fueron desarrollándose para asegurar la salida simultánea de los corredores y que culminaron en la llamada *hýsplex*, término atestiguado, en el sentido que aquí nos interesa, en diversas inscripciones (las más antiguas del siglo III a.C.) y en algunos textos literarios tardíos. Su sistema de funcionamiento ha sido muy discutido, ya que ni los testimonios literarios ni las pinturas vasculares nos proporcionan explicación suficiente. Se ha sostenido que consistía en una cuerda o barrera que caía o se levantaba delante de los corredores (cf. Diem 143) o que giraba abriéndose hacia un lado, pero tales interpretaciones son difíciles de admitir. En algunos textos se dice claramente que la *hýsplex* "caía" (Luciano, *Timón* 20 y *Acerca de que no debe darse crédito fácilmente a la calumnia* 12; Plutarco, *Problemas de banquete* 732d) y que lo hacía con un cierto ruido (*Antología Palatina* 11.86), pero ello no quiere decir necesariamente, como piensa Patrucco (p.105), que esos pasajes muestren de manera inequívoca que el término *hýsplex* fuera usado originalmente para indicar la cuerda empleada para la salida, sino que lo que en ellos se dice se explica incluso mejor si suponemos que aluden al funcionamiento del mecanismo reconstruído por Oscar Broneer a partir de sus hallazgos en el estadio donde tenían lugar los Juegos Ístmicos (figura 41). En los pequeños agujeros situados a intervalos de metro y medio aproximadamente que se hallan en el lugar de salida del estadio ístmico se introducía verticalmente un poste de madera, a cuyo extremo superior se fijaba un travesaño, en posición horizontal, que, accionado por el mecanismo al que enseguida nos referiremos, caía a la manera de los semáforos antiguos hasta quedar en posición vertical, permitiendo así la salida del atleta situado tras él. El brazo horizontal era mantenido en esa posición por la tensión de una cuerda que llegaba desde su extremo fijo hasta el suelo y que luego corría por el pavimento inserta en unas acalanaduras; unas grapas de bronce impedían que la cuerda se saliese de su carril. Por último, todas las cuerdas procedentes de cada una de las 16 puertas de salida iban a coincidir en un foso de unos 70 cm. de diámetro y un metro de profundidad, en el que se situaba el juez de salida sosteniendo las cuerdas que mantenían los travesaños en posición horizontal; para dar la salida el juez soltaba al mismo tiempo todas las cuerdas, de

manera que cada brazo caía y dejaba a los corredores vía libre para disputarse los premios, partiendo todos al unísono.

La reconstrucción de Broneer se adecúa bien a nuestros escasos testimonios arqueológicos y encaja igualmente con los contados documentos escritos que aluden al funcionamiento de la *hýsplex* o de la *balbís*, pues ambos términos vinieron a desginar con el tiempo, de manera total o parcial, idéntico mecanismo. En efecto, un escolio a Aristófanes, *Caballeros* 1159, explica que "*se llama balbís a la madera situada transversalmente en el comienzo de la carrera*", y, aunque no quedan restos arqueológicos de sistemas de salida semejantes en otros estadios que el ístmico, es lógico suponer que se emplearan al menos en las competiciones importantes, como, por lo demás, demuestra una inscripción de Delos (*Insc.Délos* 1400.9, del II a.C.), en la que, entre una lista de objetos de madera, se incluyen "*tres brazos de hýsplex, cuatro montantes de las hýspleges y dos postes, dos cañas de las hýspleges* [quizá tubos por los que corrían las cuerdas]".

Igualmente discutida ha sido y sigue siendo la manera de realizar el giro por parte de los corredores en las carreras de longitud superior al estadio. En efecto, dada la estructura de los estadios antiguos, en esas pruebas los atletas, para cubrir las diversas vueltas, estaban obligados a dar giros de 180 grados, siempre hacia la izquierda, en torno a un poste llamado *kamptér* (de *kámpto* "doblar"), término frecuentemente utilizado por los autores griegos, tanto en su sentido propio como en metáforas tomadas del mundo del deporte con el significado de "giro de la vida" (cf. Eurípides, *Hipólito* 87, *Electra* 955; Herodas 10).

Diversas hipótesis se han sugerido para obviar los distintos problemas que plantea la realización de esos giros tan pronunciados a gran velocidad y en carreras en las que intervenían un buen número de atletas; es curioso que sea prácticamente nula la información que al respecto nos proporcionan nuestros documentos literarios y pictóricos, sobre todo si tenemos en cuenta la atención e importancia que ya Homero concede al momento del giro en las carreras de carros (cf. I.2).

Hay cierta unanimidad en reconocer que en las carreras largas (el

dólico y, con menor seguridad, la carrera hípica) el giro tenía lugar en torno a un sólo poste, ubicado al final del estadio, aproximadamente a igual distancia de ambos lados de la pista, de manera semejante a lo que acontecía en las carreras de caballos y de carros. Pero ¿puede decirse lo mismo de las pruebas más cortas, y en particular del diaulo? Algunos estudiosos del tema (Harris, "Stadia..." 34, *GAA* 71-3; cf. Jüthner-Brein II 104-5, Finley-Pleket 36-7) han sostenido que también en el diaulo y la carrera de hoplitas los atletas giraban en torno a un poste común, pero tal hipótesis tropieza con varias dificultades que, como apunta Patrucco, están en franca contradición con la lógica que suele imperar en los aspectos organizativos del deporte griego. Independientemente de que los hallazgos arqueológicos de ninguna manera testimonian la existencia de un único *kamptér* (el hecho de que el poste central del estadio de Olimpia fuera más grueso que el resto nada prueba para el diaulo, ya que en su mayor tamaño queda explicado simplemente por ser el lugar de giro de las carreras largas), el principal problema consiste en la dificultad lógica de admitir que muchos corredores confluyeran a toda velocidad en un mismo lugar para realizar un giro de 180 grados (¡piénsese en un momento tal en la carrera con armas!), teniendo en cuenta además que los corredores que partían de las calles laterales estaban en notable desventaja con respecto a los que ocupaban el centro, especialmente quienes salían en el extremo izquierdo, pues al menos los del extremo derecho correrían en la dirección del giro, mientras que ellos, a más de cubrir una distancia mayor que los atletas que partían de las calles centrales, al correr de izquierda a derecha para alcanzar el poste central colisionarían con el resto de los atletas, que avanzaban en línea recta o de derecha a izquierda. Para superar, o al menos aminorar, esta dificultad, Harris, basándose en testimonios epigráficos y literarios (*Antología Palatina* 6.259; *SIG* 3.419, etc.) nota que con frecuencia el número de atletas participantes era bastante inferior al número de calles de que disponía un estadio, lo cual podría interpretarse en el sentido de que en la salida del diaulo los corredores ocupaban la parte derecha de la pista, dejando libre la izquierda. No obstante, veremos más adelante que puede ser otra la razón que explique la participación de corredores en número relativamente reducido en la prueba del diaulo.

Ante tan notables dificultades, se suele admitir más comúnmente que en el diaulo cada corredor efectuaba el giro en torno a un poste individual, que se correspondía, en el extremo del estadio, con su lugar de salida, al cual tornaba para acabar la carrera (cf. Gardiner, *AAW* 136-7; Weiler 151; Broneer, "Starting Devices...", etc.). La comparación que hace Pausanias (5,17.6) entre la escritura "bustrofedón" y el diaulo se acuerda perfectamente con esta explicación: "*...los griegos la llaman bustrofedón; y es de la siguiente manera: a partir del final de una línea* [de un escrito] *la línea que le sigue vuelve en dirección contraria, como en la carrera del diaulo*". No obstante, Harris aduce una objeción de tipo práctico a esta hipótesis, y es que si un corredor llegaba al lugar del giro un poco antes que el rival que corría por la calle situada inmediatamente a su izquierda, se exponía a chocarse de frente con él después de dar la vuelta e intentar recuperar su calle de ida. Por eso, Patrucco ha propuesto una solución que nos parece bastante verosímil y que de hecho, ha contado con la aceptación de varios estudiosos (cf. Miller 161-2, a partir de los nuevos hallazgos de las excavaciones de Nemea): cada corredor tendría a su disposición dos calles del estadio, de manera que partía de un lugar de salida y llegada al situado a su izquierda. Pese a que, justo es reconocerlo, nada hay que confirme o rechace tal suposición, es innegable que, si se procedía así, ningún corredor participaría en desventaja con respecto a sus rivales, se evitarían empujones y encontronazos en el momento del giro y, además, se explicaría bien el hecho de que en ocasiones nuestros testimonios dejen entrever que el número de corredores era inferior al de lugares de salida.

En definitiva, es nuestra opinión que probablemente no se deba dar una solución única al problema del giro en las pruebas pedestres de longitud superior al estadio, sino que es preciso tener muy en cuenta la distancia que debían cubrir los corredores. En las carreras largas (el dólico y, quizá, el *híppios drómos*) podemos asumir que los atletas realizaban el giro en torno a un poste común y corrían por calle libre, ya que en ellas no era tan importante la posición de salida y, desde luego, el espectáculo ganaba en emoción si los atletas competían en grupo y no en calles separadas. En cambio, en el caso del diaulo, y quizá también de la carrera con

armas, el postular un poste único en torno al que daban la vuelta todos los corredores plantea varias y graves dificultades, que quedan resueltas si admitimos un lugar de giro individual para cada corredor, y sobre todo si suponemos que cada participante disponía de dos calles, una para la ida y otra para el retorno. La adopción de diferentes soluciones según la longitud de la prueba (cosa que ya sugirió Gardiner, AAW 136-7), con el fin de que ningún corredor participara en desventaja, es un hecho que nos resulta familiar, ya que es la práctica habitual en el atletismo moderno, donde los 200 y 400 m. se corren por calles separadas, en tanto que sobre distancias mayores los atletas compiten por calle libre, independientemente de la posición que ocupasen en el momento de tomar la salida.

Digamos, finalmente, que hemos estado hablando repetidamente de "calles", pero no es seguro que en los estadios griegos estuviera claramente delimitado el lugar por el que debía correr cada atleta, aunque estimamos, con Miller, que si ciertas pruebas se corrían en calles individuales, éstas debían estar delimitadas de alguna manera, quizá con cal.

3.1.4. Lampadedromía, "carrera del racimo", maratón

Fuera del programa de los juegos deportivos y de los estadios, libres aún del dominio de los atletas profesionales, se celebraban por todo el mundo griego otro tipo de carreras pedestres que mantuvieron de manera más inmediata el sentimiento de su vinculación con actividades ligadas al culto. Ya se ha dicho (1.3.3.) que la mayoría de las competiciones femeninas que conocemos son de ese tipo, pero en la misma línea se sitúan igualmente algunas competiciones de varones, entre las que destacan sobremanera las carreras de antorchas (*lampadedromíai*), que tan gran arraigo alcanzaron en Grecia. Las diversas interpretaciones simbólicas a que una carrera tal se presta ha sido bien aprovechada por el atletismo moderno, pues no en vano el ritual de la antorcha fue introducido en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936 a imagen y semejanza de las antiguas *lampadedromías*, que, por supuesto, nunca tuvieron en Grecia la

menor conexión ni con Olimpia ni con ninguno de los grandes festivales atléticos.

Las carreras de antorchas, en efecto, probablemente remontan a un origen cultural, en relación con el robo del fuego por Prometeo y con el ritual del rápido traslado de fuego nuevo de un altar a otro. No es por ello de extrañar que fueran uno de los momentos culminantes de las celebraciones que tenían lugar en Atenas en honor de dos divinidades vinculadas estrechamente con el fuego, Prometeo y Hefesto (cf. Bekker, *Anecdota Graeca* I 277; Suda, *s.v. lampádos kaì lampásin*; Heródoto 8.98). La conservación del carácter religioso durante toda su historia contribuyó a que las carreras de antorchas alcanzaran extraordinaria difusión a lo largo de todo el mundo de cultura griega y se incluyeran en festivales en honor a muy diversas divinidades. Los artículos de Ebert y Pouilloux pueden dar una idea de la amplísima extensión que alcanzaron las *lampadedromías*, pero, con todo, quizá el menor testimonio sea un pasaje de Arriano (*Anábasis* 3.16.9) donde se nos dice que Alejandro organizó un festival en Susa y "*y allí celebró sacrificios según la costumbre patria e hizo una carrera de antorchas y un certamen atlético*".

Las mejor documentadas son las que se celebraban en Atenas, en un buen número de fiestas (Panateneas grandes y pequeñas, Hefesteas, Antesterias, Prometeas, Teseas, etc., e incluso dentro del ámbito del culto a Pan, según sabemos por Heródoto 6.105), y cuya organización corría a cargo del *basileús*, que se ocupaba de todo lo concerniente a los cultos oficiales (Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 57.1). Durante las Panateneas tenía lugar la carrera de antorchas más importante de cuantas se corrían en Atenas. En ella los atletas (que, si damos fe a la descripción bufonesca de Aristófanes, *Ranas* 1089 ss., destacaban a veces más por su buena voluntad que por sus aptitudes deportivas) debían llevar el fuego encendido desde el altar de Eros en la Academia, fuera de la ciudad, hasta el altar de Atenea sito en la Acrópolis, donde prendía la antorcha del vencedor (o de la tribu vencedora, como luego veremos) la llama que habría de consumir los sacrificios ofrecidos a la diosa. Como quiera que el tirano Pisístrato en el siglo VI a.C. fue al tiempo el fundador del altar de Eros en la Academia (Plutarco, *Solón* 1.7) y el gran promotor de las

Panateneas, es posible que, como sugiere Parker (*Festivals of the Athenians*, Londres 1986, 45-6 y 171-2; cf. Kyle 191) fuera él directamente el responsable de la inclusión de *lampadedromías* en las que se convertirían en las principales fiestas de Atenas, quizá partiendo de más antiguas carreras de antorchas ligadas al culto de Prometeo, quien tenía dedicado un altar precisamente en la Academia (la idea es de Deubner; cf. Kyle 192).

Desde el punto de vista que a nosotros nos interesa, el rasgo distintivo más peculiar de las carreras de antorchas, el primero que salta a la vista, es el hecho de que fueran, al menos parte de ellas, pruebas de relevos, en las que la antorcha debía pasar, sin que se apagara la llama, de mano en mano hasta llegar a su destino. Poco podemos decir acerca del número de relevistas de cada equipo (que en Atenas estaba formado por miembros de una misma tribu) y acerca de la distancia que recorrían, ya que, por un lado, nuestros datos son escasos, y, por otro, dado que la prueba no se corría en estadios, sino por entre calles, plazas y campos, su longitud era muy variable según los lugares y las fiestas en cuyo marco se desarrollaba. Además, es posible que la distancia, y quizá también el número de corredores fuese diverso según la edad de los participantes, que eran agrupados por categorías de acuerdo con sus años (cf. Parker, *op. cit.* 82, a propósito de las Teseas), aunque debemos decir que nuestras fuentes hacen referencia sobre todo a los jóvenes, a quienes parecen ir destinadas en particular estas competiciones.

Sin duda, el momento más delicado de la carrera era el paso de la antorcha de manos de un corredor a otro, lo cual requería un entrenamiento previo en gimnasios y palestras. Las pinturas vasculares reflejan con cierta frecuencia ese instante crucial (figura 42) y, como han advertido Giglioli (p. 151) y Patrucco (p. 126-7), el corredor que recibe la antorcha en algunas representaciones aparece parado, pero en otras ha comenzado ya a correr a la vista de la llegada de su compañero, lo que parece testimonio de una evolución y perfeccionamiento técnico de la recepción del testigo, para lo cual se recurrió a un procedimiento que incluso el atletismo moderno ha tardado cierto tiempo en desarrollar.

Como en el deporte actual, los equipos contaban con "estrellas", corredores destacados que en un momento dado podían marcar las dife-

rencias, pero, a la postre, aunque era el último relevista quien encendía el fuego del altar que servía de meta, el triunfo se conseguía por el esfuerzo colectivo de todo el conjunto, como afirma Esquilo en una de las muchas metáforas deportivas que aparecen por doquier en las obras de los grandes trágicos (*Agamenón* 314): "*Tales, tenlo por seguro, son las normas dadas a mis lampadéforos, que se han cumplido por relevos sucesivos; y vence el primero que corre y el último*". Todo el equipo, en fin, participaba en la ceremonia triunfal, como muestra un relieve ático del siglo IV a.C., conservado en el Museo Británico, en el que aparece representada una ceremonia de entrega de premios a los vencedores en una *lampadedromía*, ocho jóvenes desnudos precedidos por dos hombres barbados (quizá el entrenador y la persona que ha corrido con los gastos de la preparación, en calidad de *liturgia* o servicio público obligatorio).

Las carreras de antorchas admitieron diversas variedades a lo largo de su historia. Así, en las páginas iniciales de la *República* platónica Sócrates acude al Pireo a presenciar los recién inaugurados cultos en honor a la diosa tracia Bendis, asimilada a Ártemis, y entre las variopintas ceremonias que allí tienen lugar se incluye, como gran novedad, una carrera de antorchas a caballo, en la que los relevistas se pasaban el testigo unos a otros montados sobre sus cabalgaduras (327a, 328a). Más discutido es el problema de la existencia de *lampadedromías* individuales, no por equipos, a partir de un pasaje de Pausanias (1.30.2) en el que se alude a una competición de ese tipo que se iniciaba en el altar de Prometeo en la Academia ateniense. En tanto que Patrucco (p. 129) acoge la noticia con cautela, a falta de otros testimonios que la confirmen, Gardiner (*AAW* 142-3; cf. ya antes Gottwald) la acepta sin reservas y otros autores extienden incluso las carreras de antorchas individuales a otros lugares y festivales (cf. Moretti, *IAG*, p. 147, que cree deducir de las inscripciones su existencia en Delos, otro lugar de celebración de afamadas *lampadedromías*; Parker, *op. cit.* 45-6 y 171-2, sugiere que no una sola, sino varias de las carreras de antorchas que tenían lugar en el Ática es posible que fueran individuales; véase Jüthner-Brein II 150-3, y Kyle 191, que cita testimonios epigráficos en favor del carácter individual de algunas carreras).

Las carreras de antorchas, en definitiva, dado su excepcional carácter de competición por equipos de relevistas y su vinculación siempre conservada con el culto, ocuparon un lugar peculiar pero importante entre las actividades deportivas de los griegos, que vieron en ellas el símbolo de la transmisión de la antorcha de la vida generación tras generación, hermosa metáfora que emplea Platón en *Leyes* 776b y luego recoge el latino Lucrecio (2.79).

Una estrechísima vinculación con ritos religiosos mantuvo también otro tipo de "competición" pedestre menos extendida y conocida: la "carrera del racimo" (*staphylodrómos*), una especie de carrera de persecución que tenía lugar en Esparta: "*Durante la celebración de las Carneas, un joven ceñido con cintas corre, pidiendo algún beneficio para la ciudad, y lo persiguen unos jóvenes, llamados 'corredores del racimo'; si lo capturan, aguardan algo bueno para la ciudad en los asuntos locales, y si no, lo contrario*" (Bekker, *Anecdota Graeca* I 305; cf. Hesiquio, *s.v.*; algunas inscripciones espartanas, *IG* V.1.650, 651, testimonian la existencia de un oficial encargado de la preparación de tal carrera, el *staphylodrómas*).

Por su parte, Ateneo (495f) nos transmite una información, que hace remontar al historiador tebano Aristodemo, del siglo I a.C. (en el mismo contexto se cita el nombre de Filócoro, tres centurias anterior), según la cual se celebraba en Atenas una carrera en un contexto más o menos similar: "*Aristodemo, en el tercer libro de su obra 'Sobre Píndaro' afirma que en Atenas, en las Esciras, se realiza una competición pedestre de los efebos, y que corren llevando una rama de vid cargada de fruto llamada 'óschos'; y corren desde el templo de Dioniso hasta el de Atenea Escírade, y el vencedor recibe una copa a la que llaman 'pentaplóa'* [quíntuple] *y va de ronda junto con un grupo de gentes que cantan y bailan. Y la copa se denomina 'pentaplóa' por cuanto contiene vino, miel, queso y un poco de harina de cebada y aceite*". Esta noticia puede ponerse en relación con un texto de la *Crestomatía* de Proclo (no. 92 Severyns) y con un escolio al v. 109 de los *Antídotos* de Nicandro. Por el fragmento de Proclo sabemos que "*efebos procedentes de cada una de las tribus*" de Atenas competían unos con otros en la carrera y que el triunfador tenía el privilegio de beber del contenido de la copa sagrada, mientras que el escolio a Nicandro

confirma el recorrido desde el templo de Dioniso en Atenas hasta el de Atenea Escírade en Falero, a unos 4 km. de distancia. No obstante, la interpretación exacta de los datos es complicada, ya que los tres textos no terminan de coincidir del todo entre sí. En primer lugar, se ha puesto esta carrera en conexión con las Oscoforias, las fiestas atenienses de la vendimia (cf. Weiler 146-7, y Kadletz, que aduce como posible prueba un relieve tardío que se encuentra en la iglesia de San Eleuterio de Atenas, si bien la intepretación de la escena que en él aparece no es sencilla), pero es más probable que fueran cosas diferentes la procesión que tenía lugar en el ámbito de esas festividades y la carrera del racimo, que debía estar relacionada más bien con las fiestas Esciras (cf. Jakoby, *ad FGrHist* 383f9; Parke, *op. cit.* 160, con n. 210). Por otro lado, de los tres testimonios citados no puede deducirse con seguridad si se trataba de una sola carrera en línea, con un único vencedor, o de diez carreras diferentes, participando en cada una de ellas por separado los jóvenes pertenecientes a cada una de las diez tribus de Atenas, sin que se pueda descartar tampoco la posibilidad de que fueran competiciones de relevos. Severyns (*Recherches sur la Chrestomatie de Proclos*, París 1938, II 57 y 249ss.), tras un pormenorizado estudio del problema, concluye que la competición que describe Proclo (diez carreras separadas, de manera que el vencedor de cada tribu podía beber de la copa sagrada) fue reemplazada en un cierto momento por la modalidad a la que alude Aristodemo (una sola carrera, sin separación de los jóvenes por tribus, y con un único vencedor, que *recibía* una copa y celebraba luego su triunfo con una ronda).

No queremos acabar este capítulo dedicado al pedestrismo griego sin hacer referencia a las carreras de muy larga distancia, aunque no formaran parte del programa de los juegos atléticos. En ellos, efectivamente, la prueba de mayor longitud, el dólico, constaba de un recorrido que, en el mejor de los casos, no llegaba a los 5 km. Sólo Platón (*Leyes* 833d-b) recomendaba como parte del entrenamiento deportivo-militar de los hombres de su estado ideal, carreras de 60 estadios (unos 11 km.) para los hoplitas y de 100 estadios (algo más de 18 km.) para los soldados provistos de armamento ligero. No obstante, a pesar de ello,

una carrera de muy largo recorrido, la maratón, fue incluida por el barón de Coubertin, a instancias del erudito francés Michel Bréal, en la primera Olimpíada de la era moderna, en conmemoración de la supuesta hazaña de un corredor ateniense tras la batalla de Maratón (490 a.C.), en la que la victoria de los griegos sobre los persas, incomparablemente superiores en número, se convirtió desde muy pronto en el símbolo del triunfo de la libertad sobre la tiranía. Como es bien sabido, en los Juegos Olímpicos de Atenas de 1896 obtuvo la victoria, sobre un recorrido de unos 40 km., desde la llanura de Maratón hasta Atenas, precisamente un griego de la aldea de Amarussi, Spiridión Louis, en poco menos de tres horas; en las Olimpíadas posteriores la maratón se corrió sobre diferentes distancias, hasta que en los juegos de 1924 se fijó un recorrido de 42 km. y 195 m., longitud que recorrieron los maratonianos de la Olimpíada londinense de 1908 para, según las crónicas, hacer que la salida (o la llegada) de la carrera tuviera efecto justo debajo del palco principal del palacio real y no obligar a que sus majestades se desplazasen a otro lugar en un día de lluvia. Pero, repetimos, en los juegos atléticos de la antigua Grecia nunca se celebraron carreras de este tipo.

La inclusión de la maratón en las Olimpíadas modernas se basó en una leyenda muy difundida pero mal conocida en sus detalles menudos: después de la batalla de Maratón, un hoplita, cuyo nombre más comúnmente repetido es Fidípides o Filípides, fue corriendo desde el campo de batalla hasta Atenas para comunicar a sus conciudadanos la noticia de la victoria y, nada más llegar, murió agotado por el esfuerzo. Ahora bien, las historias que nos han transmitido nuestras fuentes antiguas no coinciden exactamente con los términos de esta leyenda comúnmente aceptada, por tan repetida, como han puesto de manifiesto diversos autores que, desde el fundamental trabajo de Bilisnki, se ha ocupado de estudiar con pormenor las noticias que al respecto dejan traslucir los escritores antiguos, hasta el punto de que en varios artículos se ha puesto seriamente en duda la realidad histórica del suceso.

En primer lugar, Heródoto, que compuso su obra histórica en el mismo siglo en que tuvieron lugar las Guerras Persas y es nuestra fuente principal para lo acontecido en ellas, no alude para nada al suceso.

Únicamente nos dice (6.105-6) que, antes de la batalla, un corredor profesional, Fidípides, fue enviado a Esparta para pedir ayuda y llegó a esa ciudad al segundo día, tras haber recorrido más de 200 km., muchos de ellos por entre escarpados caminos de montaña. Así, los dos únicos testimonios que nos cuentan una historia cercana a la habitualmente difundida proceden de época tardía, seis y siete siglos después de la famosa batalla. El más fidedigno es Plutarco, quien, en su tratado *Sobre la gloria de los atenienses* 347 c, afirma que un hoplita que respondía al nombre de Eucles (o Tersipo, según las investigaciones de Heraclides Póntico, platónico del siglo IV a.C.), recorrió, revestido de su armadura, el camino que conducía de Maratón a Atenas, y murió nada más haber anunciado el triunfo a sus compatriotas. Por su parte, Luciano de Samosata (*Sobre un error cometido al saludar* 3) narra la misma historia, pero llama Fidípides al autor de la hazaña, probablemente confundiendo al auténtico héroe con el corredor profesional al que alude Heródoto.

Dado, pues, que solamente dos autores de época imperial se hacen eco de la leyenda y que Heródoto no la menciona, algunos autores, como Lucas y Frost, se muestran escépticos sobre su realidad histórica y piensan que se forjó en una época en la que los griegos volvieron más que nunca la vista hacia atrás, hacia su glorioso pasado, exaltando sus momentos de apogeo y entre ellos, por supuesto, la victoria de la Grecia libre sobre los reyes persas que pretendían someterla. Sin embargo, Bilinski se declara convencido de la realidad histórica del suceso y propone una explicación del silencio de Heródoto digna de ser tenida muy en cuenta: los cronistas atenienses locales (que serían la fuente del historiador de Halicarnaso) habrían considerado el anuncio de la victoria por parte de Eucles (o como quiera llamarse nuestro héroe) como un hecho normal y no extraordinario, y sólo comenzó a cobrar un significado excepcional conforme fueron adquiriendo carácter más y más legendario los sucesos de Maratón, de manera que pudo incluso adornarse la historia con nuevos datos, como la muerte del heraldo tras cumplir su misión. Y la razón por la que los historiadores de la época no dieron mayor importancia al suceso resulta evidente: era habitual que hombres de excepcional resistencia, llamados *hemerodrómoi* ("corredores de un día"; también se les

conocía con el nombre de *dromokérykes*, "heraldos corredores"), cubrieran distancias casi increíbles, ¡hasta 200 km. en un día!, para comunicar el triunfo en una batalla o cualquier otra noticia de importancia (numerosos casos, antiguos y también modernos, se citan en los dos artículos de Bilinski y en el más reciente de Matthews). Finalmente, el proceso de idealización de Maratón como símbolo del triunfo de hombres libres sobre un enemigo muy superior en número, pero que luchaba a las órdenes de un tirano, continuó a lo largo de la historia hasta llegar a nuestra época, recobrando nuevo vigor, como no podía ser menos, durante los movimientos políticos del siglo pasado, con cuyo ideario casaba a la perfección el significado de la leyenda. Por ello fue incluída la carrera de Maratón en nuestras Olimpiadas, pese a que carreras de distancias excesivas nunca fueron admitidas en los juegos antiguos, quizá porque, como dice Harris (*GAA* 77), los organizadores de los festivales atléticos siguieron la norma de vida *medèn ágan*, "nada en exceso", atribuída al espartano Quilón, uno de los Siete Sabios, de quien se dice curiosamente que murió en Olimpia durante la ceremonia de coronación de su hijo, vencedor en el boxeo.

BIBLIOGRAFÍA

1) **Importancia de la carrera. Las distintas pruebas. Características físicas de los corredores, técnicas y tácticas.** P. Aupert, "Athletica, I: Épigraphie archaïque et morphologie des stades anciens", *BCH* CIV 1980, 309-15; H. Jachowski, "Die Bedeutung des Laufes in der Antike", *Die Leibeserziehung* 1963, 281-6 y 323-8; G. Neumann, "Der Waffenlauf im antiken Griechenland. Schriftliche Quellen und bildliche Ueberlieferung", en H. Haussmann (ed.), *Der Tübingen Waffenläufer*, Tubinga 1977, 31ss.; D.G. Romano, "The Ancient Stadium. Athletics and Arete", *AncW* VII 1983, 9-16; M. N. Tod, "Greek Record-keeping and Record-breaking", *CQ* XLIII 1949, 105-12; C.K. Williams - P. Russell, "Corinth Excavations of 1980", *Hesperia* L 1981, 1-44.

2) **La salida y el giro.** O. Broneer, "An Archaeological Enigma", y "The Enigma Explained", *Archaeology* IX 1956, 134-7 y 268-72; id., "Excavations at Isthmia", *Hesperia* XXVII 1958, 1-37, y XXXI, 1959-60, 1-25; id., "Starting Devices in greek Stadia", *AJA* LXXVI 1972, 205-6; H.A. Harris, "Stadia and Starting-Grooves", *GandR* VII 1960, 25-35; S.G. Miller, "Turns and Lanes in the Ancient Stadium", *AJA* LXXXIV 1980, 159-66; W. Mostue, "Mallinien, Wendeschranken und Zielbezirke im griechischen Stadion", *LKE* LII 1933, 291-4; C. Paleólogos, "El mĕtodo de salida en los juegos antiguos", *CAF* IV 1962, 411-20; P. Roos, "The Start of the Greek Foot-Race", *Opuscula Atheniensia* VI 1965, 149-56.

3) **Lampadedromía, carrera del racimo, maratón.** B. Ashmole, "Torch-Racing at Rhamnus", *AJA* LXVI 1962, 233-4; B. Bilinski, "El antiguo hoplita corredor de Maratón. Leyenda o realidad", *CAF* VI 1964, 5-42; id., "L'hémérodrome Philonidĕs, son record et la nouvelle inscription d'Aigion", *Eos* L 1959-60, 69-80; C. Diem, *Der Laufer von Marathon*, Leipzig 1941; J. Ebert, "Zum Fackelläufen und anderen Problemen in einer griechischen agonistischen Inschrift aus Aegypten", *Stadion* V 1979, 1ss.; F.J. Frost, "The Dubious Origins of the 'Marathon'", *AJAH* IV 1979, 159-63; C.Q. Giglioli, "La corsa della fiaccola ad Atene", *RAL* 1922, 315-35; id., "Lampadedromia", *Arch Class* III 1951, 147-62; id., "La lampadedromia in due recentissime publicazioni", *ArchClass* IV 1952, 94-7; O. Gottwald, "Zum Fackellauf", *MVPhW* 1928, 46-74; S. Herbet, "The Torch-Race at Corinth", *Corinthiaca. Studies in honor of D.A. Amyx*, Columbia 1986, 29-35; G. van Hoorn, "La corsa della fiaccola", *RAL* 1924, 295-99; E. Kadletz, "The Race and the Procession of the Athenian Oscophoroi", *GRBS* XXI 1980, 363-71; J.A. Lucas, "A History of the Marathon-Race 490 B.C. to 1975", *JofsportH* III 1976, 120-38; V.J. Matthews, "The Hemerodromoi. Ultra Long-Distance Running in Antiquity", *CW* LXVIII 1974, 161-9; J. Pouilloux, "Lampadédromies thasiennes", *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire Charles Picard*, París 1949, 847-57; J. Soulahti, "The Origin of the History about the First Marathon-runner", *Arctos* V 1967, 127-33.

3.2. EL SALTO

Únicamente el salto de longitud está atestiguado como práctica deportiva habitual en los juegos de la antigua Grecia. Ningún indicio real nos lleva a suponer la existencia del salto de altura, mientras que algunas pinturas vasculares representan escenas en que jinetes emplean sus lanzas a modo de pértiga para saltar a lomos de sus caballos, si bien parece evidente que tan prueba de habilidad nunca formó parte de los festivales deportivos (fue Schröder, p. 113, quien llamó la atención sobre ese ejercicio, así como sobre el salto de obstáculos al que aludimos en el capítulo precedente). Por su parte, Luciano (*Anacarsis* 4) describe otro tipo de salto ("*y otros en otros lugares se esfuerzan todos y saltan como si estuvieran corriendo, pero permaneciendo en el mismo sitio, y al saltar hacia arriba dan patadas al aire*"), que probablemente era practicado sólo como entrenamiento y que no se aleja demasiado del salto característico de las muchachas espartanas, la *bíbasis*, consistente, como ya se ha señalado (cf.1.3.3), en saltar hasta tocarse los glúteos con los pies, ya sea con los dos pies juntos ya saltando alternativamente sobre cada uno de ellos.

En los más importantes festivales de Grecia, y notoriamente en los Juegos Olímpicos, el salto de longitud no constituía una disciplina independiente, sino que tenía cabida en ellos sólo como una de las cinco pruebas que componían el pentatlo, incluído por vez primera en el programa olímpico en 708 a.C. (18 Olimpíada). No obstante, aunque escasos, poseemos algunos testimonios que documentan de manera inequívoca la celebración en algunas competiciones de una prueba de salto por separado (cf. Patrucco 66-7, con n. 1). Los más importantes son sendas inscripciones de Eleusis que pueden datarse a finales del siglo VII o principios del VI a.C. (IG I.2. 802, 803). La primera de ellas es una haltera de plomo, la más antigua conservada, de casi dos quilos de peso, que fue dedicada por un tal Epeneto a la divinidad, en agradecimiento por haberle concedido la victoria, mientras que la segunda inscripción, también de carácter votivo, fue ofrendada por un muchacho vencedor en la categoría de los *paîdes*. Por otro lado, además de lo que

nos dicen los testimonios históricos, en el plano mítico el salto de longitud aparece en un par de ocasiones como prueba autónoma. Así, en los juegos con que los feacios agasajan a Odiseo "*en el salto Anfíalo fue superior a todos* " (*Odisea* 8.128), y Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 3) asegura que "*antes de Jasón y Peleo se premiaban con coronas por separado el salto y el lanzamiento de disco*". Es curioso, sin embargo, que en el pasaje en el que Píndaro (*Olímpicas* 10.60ss.) nos hace el catálogo de los héroes que triunfaron en los primeros Juegos Olímpicos, fundados por Heracles, se mencionen los vencedores en el estadio, la lucha, el pugilato, la carrera de cuádrigas y el lanzamiento de jabalina y disco, es decir, en todas las disciplinas que más tarde compondrían el pentatlo con excepción del salto de longitud, que, no obstante, llegaría a ser, más aún que el lanzamiento de disco, la prueba característica y representativa de la competición quíntuple.

En efecto, el salto de longitud (que es posible, aunque en modo alguno seguro, que se practicara ya en la antigua Creta; cf.1.1.3) llegó a convertirse en un ejercicio popular y de notable importancia tanto en la formación física de los jóvenes (cf.1.3.1.2) como en el entrenamiento de los adultos en el gimnasio. Las numerosísimas representaciones artísticas y el empleo metafórico de términos técnicos del salto en las obras literarias son prueba irrefutable de ello.

Sin embargo, la abundancia de documentos arqueológicos y referencias literarias no basta para dar respuesta definitiva a una serie de problemas esenciales que nos impiden una reconstrucción segura de la manera de realizar el salto por parte de los atletas de la antigua Grecia. Dos son las razones fundamentales por las que el salto de longitud que practicaban los griegos sigue siendo todavía hoy un enigma para nosotros. En primer lugar, los atletas griegos saltaban con una pesa en cada mano (figuras 43 y 44) y realizaban el ejercicio con acompañamiento de música de flauta (figura 44); estas dos diferencias básicas con respecto al atletismo moderno han suscitado polémicas sobre su función y utilidad, avivadas además por un segundo dato controvertido: la interpretación de un par de textos antiguos en los que se nos informa de la distancia que lograron alcanzar los saltadores griegos.

Las pesas de salto ("halteras", etimológicamente "instrumento para saltar") nos son bien conocidas por las pinturas vasculares y porque se han conservado en número relativamente elevado (figura 43). De piedra o de metal (preferentemente plomo), su peso ronda habitualmente los dos quilos o dos quilos y medio, aunque algunas alcancen excepcionalmente los cuatro quilos y medio o no lleguen a pesar 1.500 gramos. Su forma es igualmente diversa. La más antigua, la que contiene la ya comentada inscripción de Epeneto, es una sencilla placa rectangular de plomo ligeramente cóncava; con mayor frecuencia presentan una forma semejante al auricular de un teléfono o son piedras semicirculares provistas de una hendidura para facilitar el agarre, en tanto que en época imperial parece que se hicieron frecuentes las halteras de forma cilíndrica (véanse las bien documentadas e ilustradas páginas de Gardiner, *AAW* 145ss.; Jüthner-Brein II 163ss.; Patrucco 83ss.).

El manejo de las pesas a partir del momento de la batida está bien ilustrado en nuestros documentos pictóricos (no así su empleo *antes* de que el saltador emprendiera el vuelo): los atletas iniciaban el salto extendiendo ambos brazos hacia delante y los llevaban hacia atrás cuando caían. Ahora bien, ¿cuáles son las ventajas que el empleo de halteras proporcionaba al saltador, a los ojos de los teóricos griegos del deporte y de los entrenadores? Los autores antiguos atribuyen dos funciones al empleo de las halteras: permitir alcanzar mayor distancia en el salto, pues "*los pentatletas saltan más con las pesas que sin ellas* " (Aristóteles, *Sobre la manera de andar de los animales* 705 a; cf. *Problemas* 881b), y además facilitar la caída, de manera que su correcto manejo hace casi imposible un aterrizaje de espaldas que invalidaría el salto (Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 55). Los atletas batían sobre terreno duro, sobre una placa de madera o piedra (*batér*), e iban a caer en última instancia en un foso previamente cavado y ablandado para que el aterrizaje tuviera lugar sobre terreno blando (*skámma*). El salto se consideraba nulo en el caso de que se traspasara el límite del *batér* (si es que debe interpretarse así la definición que nos da Pólux de tal palabra) y también, según nos asegura Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 55), en el caso de que la huella dejada por el saltador en la arena no fuera suficientemente nítida, es decir, si no caía

con los dos pies juntos. Para ofrecer un punto de referencia a los participantes y para proceder a la medida del salto, la distancia alcanzada por cada atleta quedaba marcada en la arena, probablemente mediante una línea trazada en ella y no con pequeñas estacas clavadas en el suelo, como quiere Gardiner (*AAW* 155; cf. Patrucco, fig.17).

Menos claramente definida es la finalidad que atribuyen nuestras fuentes al hecho de que el sonido de la flauta acompañara los movimientos del atleta. Afirma Filóstrato en el pasaje recién citado que "*los reglamentos, considerando el salto la prueba más difícil de cuantas tienen lugar en los juegos, establecen que se estimule al saltador con la flauta y se facilite su elevación con las pesas*" (cf. Pausanias 5.17.10, 6.14.10, así como 5.7.10, donde se busca un origen mítico para el empleo de la flauta). ¿Cómo deben entenderse estas palabras de Filóstrato, si es que es ésa la razón para el acompañamiento musical en el salto? Patrucco (p.68) insiste en el componente estético, artístico, inseparable de casi todas las actividades deportivas de los griegos, y es posible que fuera ésta una causa coadyuvante; pero la razón principal debe ser otra. Se ha resaltado a menudo, en efecto, que con el empleo de las pesas la acción de los brazos resulta ser aún más importante que en el atletismo moderno, de manera que para lograr un buen salto era imprescindible conseguir una perfecta sincronización de piernas y brazos, teniendo en cuenta que, con las halteras, el balanceo de éstos últimos debía ser bastante más amplio que el que observamos en los atletas de hoy. La música de la flauta, entonces, ayudaría a la consecución del equilibrio y del ritmo adecuado en los movimientos, tanto durante la carrera como en el momento de la batida, de manera semejante a como nuestros atletas programan y ensayan su carrera y sus movimientos hasta el mínimo detalle para coger tabla sin pisar la plastilina y aprovechar así hasta el último centímetro.

El correcto manejo de las pesas no era nada fácil, de manera que constituía sin duda un paso preliminar en la preparación técnica de los saltadores la práctica "en seco" del balanceo de las halteras, cuyo empleo en el entrenamiento atlético no se limitó, por lo demás, a los saltadores, sino que se generalizó para todos aquellos atletas que desearan robustecer los músculos de la espalda y los brazos. La práctica de la *halterobolía* nos

es conocida sobre todo por autores de época imperial, pero su presencia en el entrenamiento se retrotrae sin duda muchos siglos atrás. Algunos vasos, desde finales del siglo VI y comienzos del V a.c., representan escenas en las que los ejercicios que realizan los atletas con las pesas no pueden estar relacionados directamente con el salto, a no ser que se trate del precalentamiento previo a la competición. No obstante, el primer caso conocido, y ciertamente pintoresco, de levantamiento de pesos con objeto de desarrollar la fuerza muscular nos lo proporciona un pasaje de Quintiliano (*Sobre los espectáculos* 1.9.2), donde se nos dice que Milón de Crotona, en el siglo VI, se decidió a llevar a cuestas un novillo y siguió haciéndolo conforme éste fue creciendo hasta convertirse en un animal adulto, de manera que el atleta se fue acostumbrando a incrementar poco a poco el peso que cargaba cada día. Fuera de este curioso, y un tanto primitivo, entrenamiento con pesas, los más importantes testimonios que nos informan sobre el empleo de pesas en la formación física, ya no tanto de atletas profesionales como de cualquier persona que quisiera alcanzar un buen estado físico general desarrollando su musculatura, flexibilidad y resistencia, proceden de tres autores de época romana, Oribasio, Galeno y Filóstrato. Oribasio, un escritor médico del siglo IV p.C., se hace eco de los ejercicios con pesas recomendados, dos siglos antes, por su colega Antilo (6.14, 34): doblar y volver a extender los brazos, a fin de fortalecer los músculos de brazos y hombros; simular movimientos de ataque semejantes a los que realizan los boxeadores, y, finalmente, doblar y enderezar el tronco con los brazos extendidos. Por su parte, Galeno (*Sobre cómo debe conservarse la salud* 2.11.3) describe un ejercicio en el que el atleta debe colocarse entre dos pesas distantes entre sí un par de metros y luego levantar alternativamente la pesa de su izquierda con la mano derecha y viceversa, repitiendo varias veces idénticos movimientos. Por último, Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 55) afirma que "*las pesas más grandes ejercitan hombros y brazos, y las redondas también los dedos*" (por tener agujeros para introducir los dedos y poder sostener las pesas). Tales ejercicios eran, por supuesto, propios de la gimnasia masculina, de manera que los dos pasajes en que se describen mujeres entrenándose con halteras proceden de dos autores satíricos latinos, Juvenal y Marcial, que

caricaturizan, el primero de manera general y el segundo con nombres y apellidos, un tipo de fémina hombruna contra el que dirigen no infrecuentes puyas (Juvenal 6.419ss., Marcial 7.67).

A las dificultades que el empleo de pesas comporta para la reconstrución del salto antiguo, han de añadirse otros problemas que derivan de dos textos que dan cuenta de la distancia alcanzada por los saltadores griegos. Por una parte, al catálogo de vencedores olímpicos de Julio Africano remonta la notícia de que en la 29 Olimpíada (664 a.C.) el espartano Quíonis, triunfador en el estadio y en el diaulo durante tres Olimpíadas consecutivas (664-656), saltó 52 pies, es decir, nada menos que 16,66 m. (cada pie olímpico equivale a 0,32 m.). En segundo lugar, un epigrama tardío recogido en la *Antología Palatina* (Apéndice, 297) se hace eco de las hazañas deportivas del excepcional atleta Faílo de Crotona, quien a comienzos del siglo V a.C. alcanzó a saltar en los Juegos Píticos 55 pies (17,62 m. si la medida corresponde a pies olímpicos, o bien 16,25 m., es decir, algo menos que Quíonis, si se trata de pies délficos, que equivalen a 0,29 m., como sugieren Ebert y Weiler). Como Quíonis, Faílo, dos veces vencedor en el pentatlo y uno en el estadio en los Juegos Píticos, fue tan excelente velocista como saltador (dos actividades que requieren condiciones atléticas semejantes, potencia y agilidad primordialmente, como confirman destacados ejemplos conocidos de todos en el deporte moderno), y gozó de extraordinaria reputación como excepcional atleta y ciudadano ejemplar (cf. Heródoto 8.47; Plutarco, *Alejandro* 34; Aristófanes, *Acarnienses* 214, *Avispas* 1206; véase Harris, *GAA* 113ss.). No es por ello de extrañar que la noticia de su extraordinario salto fuera recogida a menudo en los escolios antiguos a diversas obras (cf. Patrucco 70, n. 3) y, según explica Zenobio en su colección de proverbios, el refrán "saltar más allá del foso" (que encontramos citado ya en Platón, *Crátilo* 413a; equivale a nuestro "pasarse de la raya") tuvo su origen en el salto de Faílo, que superó el espacio de arena destinado a la caída y fue a parar con sus huesos en terreno duro, rompiéndose una pierna de resultas de ello, a decir de otras fuentes (Suda). Un tercer documento podría ser una inscripción de Delos (no de Delfos, como indica Weiler 158), probablemente del siglo VI a.C. (*SEG*

XIX 509), que se ha conservado en estado muy fragmentario y en la que parece aludirse igualmente a un salto de 50 pies.

En definitiva, todos los problemas derivados del empleo de halteras y acompañamiento de flauta y de la distancia que supuestamente llegaron a saltar los mejores atletas griegos en esta especialidad, pueden resumirse en dos cuestiones básicas, que se refieren a las tres fases que comprende el salto: ¿la batida iba precedida de una carrera más o menos larga o los atletas iniciaban el salto parados, y, en consecuencia, batían apoyándose sobre una sola pierna o con las dos juntas, respectivamente?; y, en segundo lugar, ¿se trataba de un salto simple o de un salto múltiple, doble, triple e incluso quíntuple?

Las soluciones propuestas a estos auténticos "enigmas", como se los ha calificado a menudo, han sido muy diversas y los argumentos aducidos en pro y en contra han sido discutidos, aceptados y rechazados con toda clase de réplicas y contrarréplicas. La cuestión resulta, pues, complicada. Es, en primer lugar, difícil determinar si el salto griego, tal como se practicaba en los juegos más importantes, incluía o no una carrera previa. En efecto, nuestras fuentes escritas nada nos aclaran al respecto, en tanto que con los testimonios de las pinturas vasculares pueden defenderse ambas hipótesis, que cuentan además con otras pruebas aducibles a favor y en contra; por último, la solución que se dé a este problema depende también en cierto sentido de la opinión que se tenga a propósito del otro punto conflictivo, el carácter simple o múltiple del salto.

Es verdad que en los vasos pueden encontrarse con alguna frecuencia escenas en las que los atletas aparecen representados en plena carrera con pesas en sus manos, lo que a primera vista parece indicar que están tomando velocidad para iniciar el salto. Pero no es menos cierto que a veces en otras escenas aparecen atletas con los pies juntos y los brazos inclinados hacia delante, en actitud que se ha interpretado como plasmación del momento inmediatamente anterior al despegue del saltador desde posición detenida. Puesto que en varios casos (véanse las figuras 7 de Patrucco y 99 de Gardiner, *AAW*) los atletas no llevan halteras, podría pensarse en la posibilidad de que estuvieran realizando

ejercicios gimnásticos sin relación alguna con el salto o bien, como ya propuso Jüthner, que se tratara de un entrenamiento, pues sin duda debían aprenderse por separado las técnicas de las diferentes fases del ejercicio antes de combinarlas todas en el salto (cf. Jüthner, art. "Halma" en *RE* VII.2, col. 2.276; aceptan su propuesta, entre otros, Harris, *GAA* 83, y Patrucco 79 y 88). Sin embargo, el hecho de que en una de las escenas (fig. 99 de Gardiner) una Victoria alada porte en sus manos las cintas que simbolizan el triunfo parece indicar que el atleta que aparece con los dos pies juntos no está entrenando, sino participando en una competición, lo que supone un problema para quienes defienden el salto precedido de carrera como modalidad única en los juegos, al menos en los más importantes.

Además del testimonio de los vasos, otros argumentos pueden aducirse en favor del salto en carrera. En primer lugar, la función del acompañamiento musical se comprendería mejor si pensamos que era su objetivo primordial contribuir a que una breve carrera permitiera al atleta coger el ritmo en el balanceo de las pesas, así como el impulso suficiente para conseguir un buen salto. Patrucco (p.78-9), por su parte, cree deducir de un pasaje de Pólux (3.151) que un salto podía ser considerado nulo si, al igual que ocurre en el atletismo moderno, el atleta traspasaba en su batida el límite señalado, lo cual sería prácticamente imposible si el saltador partía sin carrera previa. No obstante, la interpretación del texto de Pólux no es segura, de manera que se trata de un argumento tan poco firme como su afirmación de que "un salto múltiplo con partenza da fermo sarebbe un esercizio del tutto artificiale e difficilmente pensabile". En todo caso, quienes son partidarios del salto con carrera coinciden en admitir que ésta sería bastante más breve que la que toman los atletas de hoy, dado que el empleo de las halteras es incompatible con una carrera larga como han mostrado las experiencias prácticas de Lindner.

En lo que respecta al salto sin carrera, ya Gardiner admite su existencia en competiciones, aunque da prioridad a la otra modalidad. Han sido, sin embargo, los estudios de Ebert (p.50-4) los que han hecho que varios investigadores posteriores hayan considerado más plausible el salto

parado que el salto en carrera (cf. Finley-Pleket 34, Weiler 160). Efectivamente, a pesar de que el salto en carrera está mejor documentado en las pinturas vasculares, se ha aducido un argumento en favor del salto sin carrera que ha gozado de buen predicamento. Ya se ha dicho que, según Aristóteles (una fuente digna de toda confianza, que difícilmente hubiera hecho una afirmación semejante sin haber tenido pruebas tangibles), los pentatletas alcanzan en su salto mayor distancia con pesas que sin ellas. Pues bien, experimentos modernos parecen haber mostrado que tal ganancia de terreno sólo se consigue si el atleta parte de posición detenida, mientras que si toma carrera el salto es indefectiblemente más corto. Es, en todo caso, un argumento notable, pero tampoco definitivo, puesto que desconocemos muchos detalles de la técnica empleada por los saltadores en el manejo de las halteras.

Más discutido todavía es el problema del carácter simple o múltiple del salto. Los argumentos que se han aducido a favor y en contra de cada una de las hipótesis, basados en los testimonios artísticos, arqueológicos, literarios e incluso en razones de tipo práctico o lógico, se complican de tal manera que es difícil decidirse con una cierta seguridad por alguna de las propuestas.

Un primer obstáculo deben superar quienes defienden la posibilidad de que el salto de longitud que practicaban los griegos fuera simple (batida, elevación y caída): los dos (o tres) testimonios escritos que dan cuenta de saltos superiores a los 16 m., distancia evidentemente imposible de alcanzar si el salto comprendía un sólo esfuerzo. Así, ya desde el resurgimiento en Occidente de los estudios sobre la Antigüedad Clásica durante el Renacimiento, la atribución de un salto de 16 ó 17 metros a Faílo de Crotona se consideró pura ficción (es la opinión de Petrus Faber en su *Agonisticon*, Lión 1592, 114, y sobre todo del genial erudito francés José Justo Escalígero), y la misma idea han sostenido en nuestro siglo Schröder, Gardiner, Mezö y, más recientemente y con un exhaustivo acopio de datos, Patrucco. Se apoyan estos autores en primer lugar en un *argumentum ex silentio*: ninguno de los escritores antiguos dignos de crédito que se ocuparon de la figura de Faílo hacen alusión alguna a su extraordinario salto, ni Heródoto ni Aristófanes (que vivieron en su

mismo siglo) ni posteriormente Plutarco ni Pausanias. El punto de partida de la tradición sobre el salto de Faílo sería, entonces, un epigrama tardío (el ya citado *Antología Palatina*, Apéndice 297) en el que se habría exagerado la distancia alcanzada (algo nada extraño en tales "divertimentos" literarios), fijándose en 55 pies porque así todas las palabras del primer verso contendrían el sonido /p/ (*pént'epí pentékonta pódas pédese Phayllos*). El epigrama habría sido luego conocido y citado en los comentarios antiguos a varias obras literarias y de él partiría también el léxico de Suidas para fijar en 50 pies la longitud del foso de salto, uniendo el testimonio del epigrama al comentario del paremiógrafo Zenobio sobre el refrán "saltar más allá del foso", que habría tenido su origen en un salto de Faílo que superó el espacio destinado a la caída.

Por lo que respecta al segundo texto, la atribución en la *Crónica Olímpica* de Sexto Julio Africano de un salto de 52 pies al espartano Quíonis, su eliminación como testimonio en contra del salto simple resulta más fácil, ya que en las traducciones armenia y latina de la obra no se lee "52 pies", sino "22 pies", de manera que podría pensarse en un error en la transmisión del texto griego por confusión entre las cifras *nb'* (52) y *kb'* (22), perfectamente explicable desde el punto de vista paleográfico. Quíonis habría saltado, pues, poco más de siete metros, una marca excepcional digna de ser incluída en una relación de hechos olímpicos notables como la de Julio Africano (el vencedor en Atenas 1896 saltó 6'35 m.), pero al tiempo no imposible de alcanzar con un único salto.

El tercer documento, la inscripción de Delos, se ha conservado en estado demasiado fragmentario como para poder figurar como testimonio de importancia fundamental.

Digamos, por último, a propósito de los textos que acabamos de discutir, que algunos autores han tratado de defender el carácter simple del salto sin negar la veracidad de tales testimonios. Así, Harris ("An Olympic Epigram...") sugirió, sin apenas aceptación, la hipótesis de que el salto se medía desde el punto en que se iniciaba la carrera, no desde donde comenzaba la elevación del atleta, en tanto que Mezö (p.248-9) pensó en la posibilidad de que los 52 ó 55 pies de los que hablan los

textos no fueran el resultado de un salto múltiple, sino de la suma de tres saltos simples (cf. Finley-Pleket 34, donde no se descarta la posibilidad de una suma de cinco saltos con salida parada). No obstante, esta última propuesta tropezaría, entre otros obstáculos, con la explicación de Zenobio del refrán "saltar más allá del foso", que se aviene mejor con un único salto excepcional.

Otros dos textos que se refieren a aspectos diferentes se han sacado a colación en favor de un salto múltiple. El más citado es el comentario de Temistio, filósofo y retórico del siglo IV p.C., a un pasaje de la *Física* de Aristóteles (226b; *Ad Aristotelem* 5.5) en el que se habla de la continuidad del movimiento y se aduce el salto de longitud como ejemplo de movimiento discontínuo, "*pues los que saltan en el pentatlo no se mueven de manera continuada, ya que dejan un cierto intervalo*". Parece, pues, deducirse de este pasaje que el salto no se hacía de una vez, sino que se componía de varios movimientos claramente diferenciados, es decir, que era múltiple (cf. Jüthner, "Zur Geschichte der griechischen Wettkämpfe", *WS* LIII 1935, 77), y a la misma conclusión apunta la definición del término *batér* que encontramos en un léxico publicado en los *Anecdota Graeca* de Bekker (I 224): "*batér es el borde del foso de caída del pentatlo, desde el que efectúan el primer salto, según Seleuco; pero Símmaco afirma que es la parte central desde la que, una vez que han saltado, vuelven a saltar de nuevo. Es mejor como dice Seleuco*". Ciertamente, estos dos testimonios confirman de manera indudable la hipótesis del salto múltiple, de manera que incluso los partidarios del salto simple en carrera dejan abierta la eventualidad de que pudieran haber sido practicadas otras modalidades, aunque fuera en época tardía o como entrenamiento (así hacen Gardiner, *AAW* 144 y 149, y Patrucco 89).

No obstante, es posible también aducir algunos hechos que se oponen a la aceptación sin reservas del salto múltiple. En primer lugar, como apuntan Mezö (p.247) y Patruccco (p.75), las fuentes literarias no ofrecen ningún testimonio seguro para la época clásica y, sobre todo, las pinturas vasculares contemporáneas muestran a los saltadores en el momento de la carrera, en pleno vuelo o cayendo, pero nunca en actitudes que permitan reconstruir un salto múltiple. Esta última aprecia-

ción, sin embargo, creemos que debe ponerse también en duda, a la vista de algunas representaciones como las que el propio Patrucco nos ofrece en la p. 81 de su libro y que él interpreta como testimonios probatorios del "salto con carrera". Especialmente en el caso de la fig. 11, la desmesurada zancada del atleta y la posición de los brazos, levantados hacia delante y en paralelo, no se avienen ni con la carrera que precedería al salto ni con un salto simple en el que la caída debía realizarse con los dos pies juntos, sino que el movimiento que realiza el atleta pudiera perfectamente corresponderse con un salto intermedio entre la batida y la caída final; la comparación con el moderno triple salto ofrece un paralelo creemos que indudable.

Hay, sin embargo, un argumento de mayor peso contra el salto múltiple, y es el empleo de las halteras, que sólo facilitarían la labor del atleta si se tratara de un salto simple, pero serían una auténtica rémora en el caso de que tuviera que hacer más de un esfuerzo.

A pesar de esas objeciones, la mayoría de quienes han estudiado el problema se inclinan por la hipótesis del salto múltiple, aunque, también entre ellos, las divergencias son numerosas e importantes en la reconstrucción final del salto, particularmente en lo que se refiere al número de saltos continuados que comprendía cada intento.

El salto doble sólo ha sido defendido por Harris (*GAA* 81-2). Ciertamente, admitiendo, como admite Harris, la veracidad de las notícias sobre los saltos de Faílo y de Quíonis, se nos hace muy difícil, por no decir imposible, aceptar que los atletas griegos pudieran superar los 16 m. en dos saltos y, desde luego, el pasaje platónico (*Leyes* 794d) que Harris aduce como prueba de su hipótesis no demuestra nada al repecto.

Hasta los estudios de Ebert, la propuesta que más adeptos ganó fue el triple salto, consecuencia de lo cual ha sido la admisión de esta disciplina en el atletismo moderno. Fue K.Wassmannsdorff quien, a mediados del siglo pasado, formuló tal hipótesis, basándose en el hecho de que, al parecer, esa modalidad atlética se practicaba todavía en la Grecia medieval y moderna (y también, según Diem 146-7, en Suiza y el Sur de Alemania). El triple salto ha contado con el visto bueno

siempre prestigioso de Julius Jüthner (cf. Jüthner-Brein II 210ss.), lo que ha contribuído a que gozara de la aquiescencia de otras autoridades en la materia (Hyde, Moretti o la profesora Bernardini en su artículo-reseña "I giochi olimpici nell'antichità", *QUCC* XVI 1973, 160, aun reconociendo la dificultad que para un salto semejante representa el empleo de halteras; cf. también Durántez II 265ss.).

Finalmente, la posibilidad de un número de saltos superior a tres fue ya sugerida por Hyde (p.414-5), quien, no obstante, se decide al cabo por seguir las tesis de Jüthner. Han sido los minuciosos y documentados trabajos de Ebert los que han hecho popular esta hipótesis entre los autores posteriores (entre otros, aceptan su propuesta en lo esencial Brein, Bengston y Weiler). Tras la discusión de los datos de que disponemos, Ebert concluye que el salto de longitud en la antigua Grecia era múltiple y no iba precedido de una carrera para tomar impulso, y fija concretamente el número de saltos en cinco, dado que esta cifra juega un papel predominante en el pentatlo y, además, resulta ser el número de saltos adecuado y requerido para alcanzar una distancia de 16 ó 17 m. con salida parada.

Ante toda esta compleja trama de argumentos y contraargumentos, de unos datos cuya información se acepta o se corrige, de consideraciones de carácter lógico o práctico, nos parece hoy por hoy imposible decantarse con total seguridad por cualquiera de las propuestas sugeridas, ya sea sobre la existencia o no de una carrera que precedía al salto, ya sobre la realización misma de éste.

La aceptación del salto simple como disciplina acostumbrada en los juegos deportivos de Grecia exige tanto la descalificación de los dos o tres textos que nos informan sobre la distancia alcanzada por los saltadores como la admisión de otro tipo de salto al menos en época tardía para poder justificar los pasajes de Temistio y del léxico editado en los *Anecdota Graeca* de Bekker. Por su parte, el hecho de que Aristóteles nos confirme que los saltadores griegos alcanzaban mayor longitud con pesas que sin ellas es un argumento muy a tener en cuenta en contra del salto múltiple, pues en ese caso las halteras más que una ayuda supondrían un impedimento, sobre todo en el caso del salto quíntuple. Finalmente, la

posibilidad de que los 16 ó 17 m. que nuestras escasas fuentes señalan como distancia conseguida por Faílo y Quíonis fueran el resultado de la suma de varios saltos independientes, choca con el carácter mismo de las noticias transmitidas (en particular, la anécdota de que Faílo sobrepasó el espacio del foso destinado a la caída), que abogan más bien por un salto único.

En definitiva, mal que nos pese y a pesar de los inteligentes y documentadísimos estudios que han dedicado al tema muy destacados especialistas en el deporte griego, el salto de longitud sigue siendo todavía hoy, como lo ha sido tradicionalmente, un auténtico enigma.

BIBLIOGRAFÍA

N.B. Crowther, "Weightlifting in Antiquity: Achievement and Training",*GandR* XXIV 1977, 111-20; J.Ebert, *Zum Pentathlon der Antike*, Berlín 1963, 35-64; E.N. Gardiner, "Phayllus and his Record Jump" y "Further Notes on the Greec Jump",*JHS* XXIV 1904, 70-80 y 179-94; H.A. Harris, "An Olympic Epigram. The Athletic Feats of Phayllos", *GandR* VII 1960, 3-8; R.L. Howland, "Phayllus and the Long-Jump Record", *PCPhS* CLXXXI 1950-51, 30-1; W. Hyde, "The Pentathlon Jump", *AJPh* LIX 1938, 405-17; W. Küppers, "Phayllossprung", *AA* 1900, 104-6; K. Latte, "De saltationibus Graecorum capita quinque", *Religiongeschichtliche Versuche und Vorarbeiten* XIII 1913 (reimpr. 1967); E. Lindner, "Die Benutzung der Halteren im Weitsprung der Antike", *AA* 1956, 128-30; F. Mezö, "El enigma del antiguo salto griego",*CAF* IV 1962, 241-52 (original en *Altertum* IV 1958, 165-72); G.Weicker, "Der Sprung des Phayllos", *Leibesübungen* IV 1928, 318.

3.3. LANZAMIENTO DE DISCO

Un primer rasgo característico de esta disciplina atlética que destacan de manera casi unánime cuantos se han ocupado de su estudio es su artificialidad en comparación con otros ejercicios habituales en el deporte griego (cf. ya Schoröder 118). El lanzamiento de disco, en efecto, no se relaciona a primera vista con otras actividades o situaciones naturales de la vida cotidiana, como correr y saltar, y ya desde sus primeras apariciones en el mundo griego refleja una elaborada ejecución. No es de extrañar, por consiguiente, que sobre su origen y significado primero se haya discutido más de lo acostumbrado. Frente a la tesis tradicional defendida por Jüthner, que propugna en última instancia como precedente del lanzamiento de disco en calidad de disciplina deportiva el juego practicado por niños y mayores que consiste en arrojar piedras, especialmente piedras planas que se hacen saltar sobre la superficie de un río o del mar (cf. Jüthner-Brein II 255ss.), trabajos más recientes pretenden encontrar su raíz en ritos religiosos y, lo que también es importante, remontar sus orígenes no a la propia Grecia, sino a pueblos de Asia Menor y Chipre (ésta última es la hipótesis avanzada por Decker, que ha contado con la aquiescencia de Weiler 161, y Scanlon, *Bibliography* 24). Así, Castiglione, completando las tesis de Wilhelm, que había propuesto ya como origen remoto del lanzamiento de disco cultos solares, lo relaciona concretamente con ritos agrarios, como los que tenían lugar durante las fiestas que los espartanos celebraban en honor de Jacinto, quien fue muerto por su amante Apolo, el dios del sol, al ser alcanzado accidentalmente por el disco lanzado por éste. A idéntica conclusión ha llegado recientemente Moreau, partiendo de un análisis de cinco mitos (Jacinto, Acrisio, Foco, Croco y Termio) en los que un "discóbolo homicida" ocasiona, intencionadamente o no, la muerte de un pariente cercano o de un amante: "el discóbolo es el dios del sol, simbolizado por el disco y cuya acción es necesaria para el desarrollo de la vegetación" (Moreau 11). No obstante, es muy posible, como el propio Castiglione reconoce, que en el lanzamiento de disco que practicaban los griegos como deporte hayan coincidido influencias de diferente procedencia, a saber, tanto ceremonias rituales propiciatorias de la

fertilidad y ligadas a cultos solares como el simple lanzamiento de piedras u otros objetos por diversión e incluso, por qué no, como entrenamiento para la caza o la guerra. La supuesta diferencia, sobre la que enseguida volveremos, entre el disco y el *sólos* que lanzan los héroes homéricos, puede ser un indicio de esa diversidad de orígenes.

El lanzamiento de disco (u otro objeto pesado), tan popular en las pinturas y esculturas de época posterior, es practicado a menudo por los hombres homéricos, ya sea en los ratos de ocio, como hacen los pretendientes de Penélope (*Odisea* 4.625-7, 17.167-9) o los guerreros mirmídones, a quienes la ausencia de Aquiles del combate ha dejado inactivos (*Ilíada* 2.771-5; cf.23.431ss., en un símil), ya en competiciones organizadas, como las que celebra Aquiles en honor de Patroclo (*Ilíada* 23.826ss.), o las que tienen lugar en la corte de los feacios y en las que Odiseo "*cogió un disco mayor y más grueso, mucho más pesado que el que los feacios lanzaban compitiendo unos con otros*" y superó con creces la distancia alcanzada por sus rivales (*Odisea* 8.186ss.). Por su parte, Píndaro (*Olímpicas* 10.72ss.) proclama vencedor a Niceo en la prueba del disco de los primeros Juegos Olímpicos, los organizados por Heracles en época mítica: "*Larga distancia lanzó Niceo con la piedra, haciendo girar su brazo, por encima de todos, y sus compañeros de tropa estallaron en grandes aplausos*". En todas estas competiciones el lanzamiento de disco es descrito como prueba independiente ("*y con sus manos, cuando tiraban con las jabalinas y cada vez que lanzaban los discos de piedra; pues no existía el pentatlo, sino que para cada prueba había un resultado*", Píndaro, *Ístmicas* 1.24ss.), carácter que en época histórica se mantuvo únicamente en festivales menores, como los que se celebraban en Cefalenia, donde se ha encontrado un disco de bronce, actualmente en el Museo Británico, de *ca.* 550-540 a.C. que fue ofrendado por un tal Exoidas en acción de gracias por su victoria en nuetra disciplina, o en la ciudad minorasiática de Olbia, donde la prueba de disco se conservó como competición autónoma en unos juegos en honor de Aquiles al menos hasta época de Diocleciano (siglo III p.C.; cf. Moretti, *IAG* pp.12-3). En los grandes juegos panhelénicos, en cambio, se disputaba únicamente como parte del pentatlo.

Un problema inicial plantean las primeras menciones literarias de la disciplina atlética que ahora nos ocupa: en los juegos fúnebres en honor de Patroclo, que Homero describe en el canto 23 de la *Ilíada*, el objeto que deben lanzar los participantes no es designado con el término *dískos*, sino como *sólos*. ¿Quiere esto decir que se trataba de un objeto diferente al disco que lanzan los atletas de época clásica? Vaya por delante que la palabra *dískos* significa, por su etimología "objeto que se lanza", y en muchos de los textos homéricos en que aparece, las expresiones utilizadas para describir el lanzamiento son tan poco específicas que no permiten por sí mismas obtener ninguna conclusión sobre el objeto que se arrojaba y la manera de hacerlo (así ocurre en *Ilíada* 2.774, *Odisea* 4.626, 8.129 y 17.168). No obstante, otro pasaje ya citado del canto octavo de la *Odisea*, los vv.186-192, podría indicar que el "disco" homérico y la técnica empleada en su lanzamiento no diferían mucho de lo que posteriormente conocemos por testimonios literarios y artísticos y pervive hoy día en el atletismo moderno. Odiseo, en efecto, "*haciendo girar* "(*peristrépsas*) el disco "*lo despidió de su robusta mano, y la piedra zumbó*" (cf., sobre el significado del verbo empleado, *Ilíada* 19.131, y Píndaro, *Olímpicas* 10.72ss.).

Ahora bien, en *Ilíada* 23.826ss. la competición deportiva que se propone consiste en lanzar una masa de hierro maciza (*sólos autokhóontos*) de enorme tamaño (Aquiles afirma que proporcionará a su poseedor cuanto metal necesite durante cinco años; el propio objeto empleado en la prueba será el premio que consiga el vencedor en ella). ¿Se trata de un artefacto semejante por su forma al disco posterior o bien es simplemente un bloque de metal que arrojaban los improvisados atletas homéricos empleando un estilo diferente del habitual para el lanzamiento de disco? Es evidente que poetas épicos posteriores a Homero e imitadores de su genio entendieron la palabra *sólos* como sinónimo de *dískos* (Apolonio de Rodas 4.851-2; Nicandro, *Theriaká* 905; Nono 37.667; cf. Sosibio, fr.3.2 Snell y Quinto de Esmirna 4.436), y lo mismo han sostenido muchos autores modernos, en particular Jüthner (Jüthner-Brein II 225ss.; cf. Harris, *GAA* 85, Weiler 162, Moreau 9; véase también el diccionario etimológico de Chantraine, *s.v. sólos*). Otros estudiosos, sin

embargo, mantienen que el lanzamiento de *sólos* no puede identificarse sin más con el lanzamiento de disco, sino que es una disciplina deportiva más cercana por su ejecución a nuestro lanzamiento de peso (Schröder 97; Gardiner, *AAW* 154; Patrucco 133ss., con mayor pormenor).

Conviene indicar, en primer lugar, que ya los comentaristas antiguos se tropezaron con el mismo problema que se ha planteado a la erudición de nuestro tiempo, y las diversas soluciones que propusieron para explicar las posibles diferencias entre los términos homéricos *dískos* y *sólos* son buena muestra de la dificultad que ya suponía para ellos su interpretación. Un punto de acuerdo hay en las informaciones que nos transmiten este tipo de fuentes, ya que coinciden en señalar que el *dískos* homérico era de piedra y el *sólos* de metal (ya fuera hierro o bronce) o madera. Las discrepancias, sin embargo, surgen a la hora de explicar la forma de tales artilugios y el modo en que eran lanzados por los atletas. Los escolios a la *Ilíada* describen el *sólos* como un bloque de metal o madera provisto en su centro de un agujero en el que se ataba una cuerda, de manera que debía arrojarse como hacen nuestros lanzadores de martillo; en cambio, el gramático Trifón, del siglo I p.C. (y con él el comentarista bizantino Eustacio) considera que el disco era una piedra agujereada y el *sólos* una bola de metal. Por lo tanto, según estos testimonios, *dískos* y *sólos* no eran la misma cosa, aunque no sea unánime la consideración de la diferencia entre los objetos que cada palabra designaba. No obstante, dado que la arqueología no ha exhumado ningua piedra o metal horadado que pudiera haber sido empleado como objeto arrojadizo, quienes en nuestro tiempo se han mostrado partidarios de no identificar *sólos* y *dískos* se inclinan por ver en la competición descrita en *Ilíada* 23 una prueba semejante en lo esencial a nuestro lanzamiento de peso. Un bronce de fabricación etrusca, datable en el siglo V a.C. (figura 46), puede servir de sostén a tal hipótesis: representa probablemente a un atleta que sostiene en su mano derecha, doblada y levantada, un objeto redondeado que se dispone a lanzar, con un estilo sorprendentemente afín (al menos en la fase del lanzamiento que la figura refleja) al que emplean los actuales lanzadores de peso.

Otros argumentos aducidos en favor de esta hipótesis resultan

menos concluyentes. Patrucco (p.137), por ejemplo, hace notar que en una lista de vencedores en competiciones efébicas de la isla de Samos (*SIG* 1061.6 y 9, del siglo II a.C.) aparece una prueba designada como *lithobólos* ("lanzamiento de piedras"), pero, a nuestro entender, poco puede aportar esa referencia al problema que nos ocupa, puesto que pudiera tratarse sencillamente de una competición en la que los efebos debían mostrar su habilidad en el manejo de la catapulta o ingenio similar (*ho lithobólos*), disciplina que formaba parte habitualmente de su entrenamiento militar. De la misma manera, la mención que hace Gardiner (*AAW* 154) del levantamiento de grandes piedras (cf.1.3.2.3) tampoco es significativa a nuestros efectos, ya que evidentemente se trata, en todo caso, de una modalidad deportiva del todo diferente.

Aunque, como puede deducirse de lo expuesto, los datos de que disponemos no permiten dar una respuesta segura al problema, creemos que existen dudas razonables como para no identificar como la misma cosa los objetos que en los poemas homéricos se designan con los términos *dískos* y *sólos*. El lanzamiento de *sólos* sería, entonces, una prueba similar a nuestro lanzamiento de peso o quizá, como parece deducirse de las informaciones de los escolios, al lanzamiento de martillo. Las expresiones con que Homero describe la manera de lanzar el *sólos* se avienen bien con cualquier tipo de lanzamiento, de manera que no excluyen ninguna de las varias posibilidades que se nos ofrecen. Únicamente el verbo *dinéo* (*Ilíada* 23.840) "hacer girar (como un torbellino)" podría hablar en favor del lanzamiento de disco, aunque en modo alguno es incompatible con una ejecución parecida a nuestro lanzamiento de martillo ni tampoco a nuestro lanzamiento de peso.

Poco es lo que nos dice Homero sobre la forma, peso y material de los discos que lanzan sus atletas en los ratos de ocio o en las competiciones (únicamente a propósito del *sólos* se da cuenta de su enorme tamaño). No obstante, las fuentes literarias posteriores, las pinturas vasculares y esculturas y, por supuesto, el relativamente elevado número de discos que los arqueólogos han exhumado, todo ello permite hacernos una idea, siquiera aproximada, de las características físicas del objeto empleado en la disciplina que ocupa estas páginas (figura 45).

En el *Anacarsis* de Luciano (cap.32) el sabio escita critica el hecho de que los jóvenes griegos practiquen ejercicios inútiles para la guerra, como son el lanzamiento de disco o jabalina, en lugar de entrenarse en arrojar pesadas lanzas o piedras del tamaño de un puño, que constituirían un arma mucho más efectiva en el combate. Como se indicó al principio del presente capítulo, el empleo de un objeto como el disco, redondo y plano, algo más grueso en el centro que en la parte de la circunferencia, se explica por tener esta disciplina altética su origen (al menos uno de sus orígenes) en ritos relacionados con el culto al sol; "redondo como una rueda" es el epíteto que califica al disco en *Alcmeónida* fr.1.1 Bernabé y Baquílides 9.32.

Los primeros discos de que tenemos notícia por testimonios literarios son de piedra (*Odisea* 8.190; Píndaro, *Olímpicas* 10.72 e *Ístmicas* 1.25, pasajes ambos en los que el poeta alude a competiciones atléticas de época mítica). Con el tiempo, sin embargo, terminan por imponerse los discos de metal, hechos de hierro, plomo y especialmente bronce, que fue el material habitualmente empleado quizá desde finales del siglo VI a.C., ya que el primer disco de bronce conservado, el antes citado que ofrendó Exoidas en Cefalenia, data de mediados de esa centuria.

Los discos procedentes de la Antigüedad que se exhiben en nuestros museos difieren enormemente entre sí en tamaño y peso. Gardiner (GAS 316, *AAW* 156) ofrece una selección de 15 de ellos cuyos pesos oscilan entre 1'245 y 5'707 kg., que se corresponden con diámetros de 16'4 y 34 cm. respectivamente; en fecha posterior las excavaciones alemanas en Olimpia han sacado a la luz un disco de 6'63 kg. y 32cm. de diámetro. ¿A qué obedecen tan llamativas diferencias? Es indudable que el tamaño y peso de los discos iba variando de acuerdo con los lugares, las épocas, los usos a que estuvieran destinados y la edad y condición física de quienes procedían a su lanzamiento. Los discos que lanzaban muchachos y niños eran sin duda más ligeros que los empleados por los adultos, como induce a pensar no sólo el hecho de que tal era la práctica habitual en el deporte griego, sino también en concreto un pasaje de Pausanias (1.35.5) en el que el periegeta afirma que los huesos de la rodilla del gigantesco esqueleto de Ayante eran comparables en tamaño con "*el disco*

del pentatlo de los jóvenes". No sería tampoco de extrañar que palestras y gimnasios dispusieran de un conjunto de discos de diferentes tamaños y pesos entre los que pudieran escoger quienes acudían a ellos a entrenar de acuerdo con sus necesidades y condiciones físicas.

Otro factor que permite explicar las divergencias en el tamaño de los discos conservados es su diferente finalidad, ya que algunos de ellos no estaban destinados a ser empleados en la competición, sino que eran simplemente ofrendas votivas u objetos artísticos de notable valor, como el que queda descrito en la *Anacreóntica* 57 Preisendanz. A veces, no obstante, los intérpretes discrepan al determinar si un disco ofrendado como exvoto se empleó o no realmente en la competición. Es el caso del disco de Exoidas, el más pequeño de los que figuran en el catálogo de Gardiner, ya que, mientras Jüthner niega que fuera el mismo con el que atleta triunfó en los juegos, Gardiner (*AAW* 155) y Patrucco (p.140), entre otros, afirman lo contrario.

Por último, la variedad de tamaños y pesos de los discos depende también de la época y del lugar de la competición, de manera que resulta prácticamente imposible precisar la magnitud de los discos empleados en cada uno de los juegos, ni siquiera en el caso de los principales festivales. No obstante, una suposición puede hacerse con ciertas garantías de verosimilitud, y es que en Olimpia y posiblemente también en los demás festivales importantes lanzaban todos los atletas los mismos discos, que suministraban los propios organizadores, a fin de que se compitiera en igualdad de oportunidades; en el caso de los Juegos Olímpicos, los discos que se empleaban en el pentatlo eran guardados en el tesoro de los sicionios (Pausanias 6.19.4). Por otro lado, una vez que se generalizaron los discos de bronce, debieron imponerse en cada festival tamaños y pesos normalizados, conocidos de todos. Al menos es lo que puede deducirse para el caso concreto de Olimpia del testimonio tardío de Filóstrato, quien en el *Heroico* (13.2 de Lannoy) nos cuenta la historia de Protesilao, la primera víctima griega de la Guerra de Troya, que se entretenía en lanzar el disco a larga distancia "*aun siendo dos veces más pesado que el olímpico*". Lamentablemente, nada se nos dice en este pasaje sobre el peso habitual del disco olímpico, de manera que no deja de ser una conjetura

(basada, eso sí, en los hallazgos arqueológicos) la conclusión de que el disco normalmente empleado en el atletismo griego no difería grandemente del que lanzan los deportistas de hoy, pues pesaba en torno a los dos quilos y medía entre 20 y 23 cm. de diámetro (cf., por ejemplo, Harris, *GAA* 86; Patrucco 143; Bernardini 158-9, etc.). Es curioso que en muchas pinturas vasculares el disco parezca ser bastante mayor que el empleado hoy día, puesto que ocupa prácticamente todo el antebrazo, desde la mano hasta el codo; dado que este hecho está en contradicción tanto con los discos antiguos conservados como con lo que reflejan otras artes figurativas, notoriamente la escultura, debemos suponer que tal discrepancia se explica por razones de tipo estético, de equilibrio compositivo en la escena.

El lugar desde el que los atletas arrojaban el disco se denominaba, de acuerdo con el solo testimonio de Filóstrato (*Imágenes 1.24), balbís* , es decir, el mismo término que designaba el punto de partida en las carreras pedestres. En su descripción de un cuadro en el que se representa la muerte accidental de Jacinto al ser golpeado por el disco que lanza Apolo, Filóstrato hace la siguiente indicación: "... *examinemos la pintura y en primer lugar la 'balbís' del lanzamiento de disco. La 'balbís', pequeña y con capacidad para una sola persona en pie, es un espacio delimitado excepto por la parte de atrás, que acoge la pierna derecha del atleta, haciendo que la parte anterior de su cuerpo se incline hacia delante y la otra pierna quede aligerada de peso, la cual debe echarse hacia atrás y acompañar en su movimiento a la mano derecha* " (el pasaje, no obstante, es difícil de traducir en varios puntos; hemos seguido la interpretación de Gardiner, *AAW* 155, que acogen también Harris, "Philostratus...", y Patrucco 147-8, y que difiere del texto dispuesto por Fairbanks en la puntuación y se aparta en varios lugares del que imprime Kayser en su edición teubneriana).

Así pues, el lugar en el que se situaba el atleta para lanzar el disco no era redondo, como hoy, sino rectangular, y tampoco se hallaba a una altura ligeramente superior al nivel del suelo, como con frecuencia se sostuvo durante el siglo pasado. Es posible, dada la escasa disponibilidad de espacio en los estadios antiguos, que el límite delantero de esa área de

lanzamiento (*balbís*) fuera la misma línea de partida de los corredores, situada en uno de los extremos del estadio, en tanto que su parte trasera, si interpretamos bien el texto de Filóstrato, no estaba delimitada, seguramente porque los jabalinistas lanzaban desde el mismo lugar y necesitaban tomar una carrerilla previa; por ello se ha sugerido (cf. Gardiner, *AAW* 157; Piernavieja, *CAF* I 1959, 51-2; Harris, *GAA* 89; *contra*, Patrucco 147, n. 2) que los discóbolos estaban autorizados a dar cuantos pasos quisieran para tomar impulso, pero la propia manera de lanzar el disco y el testimonio de las pinturas vasculares sugieren evidentemente lo contrario. Por último, la función de los límites laterales era muy probablemente acotar un espacio ubicado a igual distancia de los lados largos del estadio, a fin de evitar en lo posible los riesgos de que un disco mal dirigido fuera a parar a la zona ocupada por los espectadores. No obstante, como señala Rudolph (*Das Altertum* XXI 1976, 22-3), sigue siendo aún un misterio para nosotros explicar cómo en los estadios antiguos, cuya anchura solía ser de unos 30 m., la prueba de lanzamiento de disco podía realizarse sin serio peligro para quienes la contemplaban; de todas formas, aunque, salvo en los relatos míticos a los que hemos hecho alusión, no tenemos notícias de accidentes, no es nada tranquilizador el comentario de Marcial (14.164): "*cuando revolotee brillante el pesado disco espartano, alejaos, muchachos; ¡que no cause daño más que una vez!*".

Muy escasas son las notícias que nos informan sobre la distancia que podía alcanzar en el mundo antiguo un buen lanzador, y esos pocos testimonios, además, son apenas significativos, por el hecho de que desconocemos el peso del disco que en cada caso se empleaba. Ya hemos visto que Odiseo supera de largo la distancia alcanzada por los atletas feacios que le han precedido, a pesar de arrojar un disco mucho más pesado. El mismo tópico se repite en la ya mencionada historia que Filóstratos cuenta a propósito de Protesilao, el cual lanzaba su disco, cuyo peso doblaba el del artefacto empleado en los Juegos Olímpicos, a una distancia de más de cien codos (en torno a los 50 m.); a su vez, Estacio (*Tebaida* 6.673ss.) dice del atleta Flegias que se entretenía lanzando el disco por encima del río Alfeo, en Olímpia, por su parte más ancha, de

manera que fuera a parar a la orilla opuesta sin caer en el agua. Se trata, según puede observarse, de datos muy imprecisos y con rasgos que evidencian inequívocamente la tendencia a la exageración propia de los textos poéticos, sobre todo cuando se trata de sucesos de época mítica. Así, la única notícia concreta procede del famoso epigrama de Faílo, del que se habló ya a propósito del salto de longitud, y en el que se nos dice que el célebre atleta de Crotona lanzó su disco a una distancia de 95 pies, es decir, poco menos de 30 m. La aceptación e interpretación de este dato numérico no ha sido unámime, aunque, ciertamente, ha suscitado mucha menor controversia que en el caso del salto de longitud. Gardiner, suponiendo que el disco que Faílo lanzara era de peso considerable, estima 95 pies una distancia exagerada, como lo es igualmente, a su parecer, los 55 pies que supuestamente saltó el atleta; por su parte, Harris (*GAA* 91; *GandR* XI 1961) admite la veracidad de la notícia, pero concluye de ella que Faílo, extraordinario corredor y saltador, era un mediocre lanzador, que únicamemte acertó a alcanzar la pobre distancia de 30 m. No obstante, la mayoría de los intérpretes, probablemente con razón, aunque algunos consideran con reservas los datos del epigrama por las razones ya apuntadas en el capítulo anterior, estiman que 30 m. suponen un lanzamiento notable con un disco de unos 2 kg. arrojado con el estilo que empleaban los atletas griegos (cf., por ejemplo, Patrucco 166ss., que aduce el testimonio de Zenobio 6.25: "(Faílo) *parece que lanzaba el disco a grandísima distancia*").

Más importante, e igualmente controvertida, es la determinación del número de lanzamientos de que disponían los pentatletas en cada competición. En los poemas homéricos parece que cada participante en la prueba tiene a su disposición un único lanzamiento, pero hay razones suficientes para suponer que en época helenística se permitía al atleta más de una oportunidad. Ebert (p.13) se basa en una inscripción de Rodas (*SEG* XV.501, del siglo I p.C.), así como en la importancia que asigna el número cinco en el pentatlo, para postular que en todos los festivales los participantes en la prueba de disco podían realizar cinco intentos, de los que únicamente contaba el mejor (cf. Finley-Pleket 32; Weiler 164). Entre la bibliografía posterior, únicamente Patrucco (p.164-5) sostiene

una opinión contraria a la tesis de Ebert, ya que fija en tres el número de lanzamientos que se permitían a los discóbolos. A nuestro entender, sin embargo, los argumentos del erudito italiano no son en absoluto convincentes. Por un lado, el hecho de que Pausanias (6.19.4) indique que en el tesoro de Sición en Olimpia había tres discos para el pentatlo no es probatorio, pues nada hay en contra de que los atletas pudieran usar solamente tres discos en cinco lanzamientos y no emplear uno diferente para cada intento. Y, por lo que respecta a su segundo argumento, es evidentemente erróneo: en su figura 53 no "aparecen exactamente tres discos, a disposición del atleta que se apresta a iniciar la prueba", sino que la escena representa a un joven que se dispone a lanzar el disco mientras en el suelo aparecen caídas dos pesas de salto (¡no dos discos más!), que, como el pico para cavar, simbolizan la otra de las pruebas características del pentatlo (baste comparar con las figuras 70 y 74 del propio Patrucco). Finalmente, Harris ("A Fragment...") estudia un fragmento de *Los Lariseos* de Sófocles (fr.380 Radt) que pudiera procurarnos alguna información al respecto de la cuestión que nos ocupa. El pasaje formaba parte probablemente de un parlamento de Perseo en el que el héroe alegaba que fue un accidente la muerte de su abuelo Acrisio al ser alcanzado por un disco arrojado por su mano: "*y en mi tercer lanzamiento un hombre de Dotio, Élato, se situó cerca de mí en el momento de arrojar el disco*". Si, como parece probable, es ésa la interpretación correcta del pasaje, de él se deduce que los participantes en la prueba de lanzamiento de disco disponían de *al menos* tres intentos, pero Harris concluye con razón que este testimonio no es incompatible con los cinco lanzamientos de que nos habla la inscripción rodia, ya que, evidentemente, el lanzamiento de Perseo que provoca el accidente no tiene por qué ser necesariamente el último, de manera que la tesis de Ebert que postula cinco intentos, de los que contaba el más largo, nos parece ser la que cuenta con más y mejores argumentos a favor.

La medida de la distancia conseguida en cada intento se tomaba desde la línea que delimitaba por delante el área de lanzamiento, y hemos de suponer que su rebasamiento por parte del atleta anulaba el tiro. Por otro lado, el erudito bizantino Eustacio, en su comentario a

Odisea 8.192, indica que se tenía en cuenta para la medida la primera huella dejada por el disco al caer, pero no sabemos con certeza si ésa fue la práctica habitual durante toda la historia del atletismo griego o si, como quiere Weiler (p.165; cf. Durántez II 274), al principio se medía desde el lugar de lanzamiento hasta allí donde el disco había ido finalmente a parar. Lo que sí podemos afirmar con seguridad, basándonos en los testimonios literarios y en particular en las pinturas vasculares, es que la distancia alcanzada por cada lanzador se marcaba mediante un clavito o varilla, de manera que atletas, espectadores y jueces podían saber al instante si un competidor había superado o no la marca de sus rivales. Tal práctica se encuentra ya en los poemas homéricos: "*en tercer lugar a su vez lanzó el gran Ayante Telamonio, con su robusta mano, y sobrepasó las señales de todos*" (*Ilíada* 23.842-3); "*y el disco sobrepasó en su vuelo las señales de todos*" (*Odisea* 8.192-3).

Hemos dejado para el final del capítulo la cuestión quizá más debatida, y también más importante, que suscita el lanzamiento de disco en la Antigüedad: la técnica que empleaban los atletas y, más en concreto, si el estilo de lanzamiento era similar o no al actual y si incluía un giro, total o parcial, del cuerpo con objeto de alcanzar mayor distancia en el tiro

La información de nuestras fuentes, literarias y artísticas, ha sido valorada de diversa manera. Por lo que respecta a los testimonios arqueológicos, discóbolos son representados con asiduidad en vasos, estatuas, estatuillas y monedas (un exhaustivo análisis puede verse en las obras de Jüthner-Brein y Patrucco), de manera que, pese a que hay quien rechaza la posibilidad de reconstruir las distintas fases del lanzamiento alegando que pintores y escultores se han preocupado de plasmar más el reposo que el movimiento (cf. Harris, *GAA* 86), es indudable que las obras artísticas nos prestan al respecto del tema que nos ocupa una inestimable ayuda, si bien a veces la búsqueda del equilibrio compositivo ha podido hacer que el artista se haya separado en mayor o menor medida de la exacta representación de la realidad. Este problema se ha planteado con especial énfasis a próposito de la célebre estatua broncínea de Mirón (de mediados del siglo V a.C. y de la que únicamente se han conservado copias marmóreas tardías), que ha suscitado tanta controversia como

admiración a propósito de si describe o no de manera realista un momento preciso del lanzamiento del disco. En cuanto a las fuentes literarias, aunque ya en los poemas homéricos se menciona con cierta frecuencia este ejercicio atlético, son muy escasos los pasajes que describen con cierto detalle los movimientos del atleta en el acto de arrojar el disco. Además de la descripción poética y no excesivamente minuciosa de Estacio (*Tebaida* 6.668ss.), el texto que ha sido preferentemente utilizado en las diferentes reconstrucciones que se han intentado es un pasaje ya citado de Filóstrato (*Imágenes* 1.24), aunque su sorprendente coincidencia con la información que puede deducirse del Discóbolo de Mirón ha llevado a algunos intérpretes a la conclusión de que Filóstrato no hace otra cosa que describir la célebre estatua, al igual que su coetáneo Luciano en *El mentiroso* 18 (así, Harris, *GAA* 87; en contra, Patrucco 152).

Pese a ello, la conjunción de documentos arqueológicos y literarios permite reconstruir en buena medida las distintas etapas del lanzamiento del disco, aun con ciertas reservas que ha promovido la ya apuntada discusión sobre si la técnica de lanzamiento de los atletas griegos difería esencialmente de la que emplean los modernos discóbolos. Ya Schröder, p.118-9, dio a la pregunta una respuesta negativa, y lo mismo han hecho más recientemente Finley-Pleket; Schröder, por otro lado, distinguía tres maneras diferentes de arrojar el disco en la antigua Grecia, pero se acepta generalmente que nuestras fuentes permiten reconstruir una única técnica de lanzamiento, ya que las divergencias que se han observado en las descripciones y representaciones de la prueba obedecen probablemente, razones estéticas aparte, más a discrepancias de detalle en el estilo dependiendo de la época, el lugar y las propias características de los atletas que a diferencias de fondo en la técnica de lanzamiento.

En un aspecto inicial sí se ha llegado a una conclusión unánimemente reconocida: carece absolutamente de base la reconstrucción del estilo de lanzar el disco que se impuso cuando esta disciplina atlética fue resucitada en el siglo pasado, el llamado "estilo griego", que prevaleció durante las primeras celebraciones de los Juegos Olímpicos de la era moderna. A partir, en efecto, de una corrupción textual en el tantas veces

citado pasaje de Filóstrato *Imágenes* 1.24, en el que se leía "*la 'balbís' es un espacio con arena amontonada*" (en lugar de "*es un espacio delimitado*"), y de una mala interpretación del momento del lanzamiento que queda pasmado el Discóbolo de Mirón, se obligó a los atletas a arrojar el disco desde una plataforma ligeramente elevada, con el pie derecho delante del izquierdo durante el lanzamiento, que iba precedido no de un giro del cuerpo, sino del simple balanceo del disco hacia delante y hacia atrás. Esta técnica de lanzamiento, a causa de su propia rigidez y artificiosidad, fue pronto abandonada en beneficio del estilo más natural que todavía se emplea hoy.

Por lo que puede deducirse de algunas pinturas vasculares, de la estatua de Mirón y de la descripción de Filóstrato, es evidente que la técnica de lanzamiento del disco en la antigua Grecia incluía un giro del cuerpo en el que la pierna derecha servía como apoyo básico. Ahora bien, es cuestión debatida si se trataba de una rotación completa, semejante a la que llevan a cabo los atletas de nuestra época, o bien los discóbolos griegos realizaban solamente un giro parcial. Jüthner (*Ueber antike Turngeräthe*, Viena 1986, 18-36; cf. Schröder 118-21) distinguía dos tipos de lanzamiento, uno con giro completo del cuerpo y otro con rotación parcial únicamente. En la mayoría de los trabajos dedicados al tema, sin embargo, es norma reconstruir un solo estilo de lanzamiento, ya sea el que incluye un movimiento circular total ya el que se limita a un giro incompleto. Por la primera posibilidad se inclinaron decididamente Buschor y Schweitzer, pero más aceptación, especialmente entre las obras más recientes, ha tenido la hipótesis de la semirrotación del cuerpo (Patrucco 151-2 y 158; Gardiner, *AAW* 157ss.; Jüthner- Brein II 289ss.; Bengston 41; Bernardini 158-9; Sümeghy; Harris, por su parte, pese a las dudas que manifiesta en *GAA* 89, parece decidirse finalmente por esta posibilidad en *SGR* 38 y "A Fragment..."). El giro incompleto, en efecto, cuenta con más y mejores argumentos a su favor, enumerados ya por la profesora Bernadini: la descripción de Filóstrato, la forma de la *balbís* de lanzamiento, que, a decir de este autor, era "*pequeña y con capacidad para una sola persona en pie*", de manera que difícilmente hubiera permitido una rotación completa del cuerpo, y, por último

(aunque la prueba es discutible, dada la controversia ya comentada que ha provocado la interpretación del epigrama), la notícia de que Faílo alcanzó casi los 30 m., que sería una buena distancia si el atleta no realizaba un giro completo sobre sí mismo.

Diversas esculturas representan atletas en los momentos previos a iniciar el lanzamiento, en posición erecta, con el cuerpo relajado y el disco asido en la mano izquierda, que cae hasta la altura del muslo (figura 47). Es la fase de toma de contacto con el lugar de lanzamiento y con el propio disco, como queda fielmente reflejado en la descripción de Estacio, en el libro sexto de su *Tebaida*: "(Flegias) *en primer lugar hace ásperos, con tierra, el disco y la mano, y luego, tras sacudir el polvo, lo gira a uno y otro lado, estudiando qué parte se adapta con más seguridad a los dedos y al antebrazo*" (vv.670ss.), mientras que su rival Menesteo "*más prudente, eleva una oración a ti, hijo de Maya* [Hermes, dios protector de los atletas], *y corrige con polvo la superfície resbaladiza de la pesada masa*".

A continuación, el lanzador sopesa el disco, aún en su mano izquierda, llevándolo por encima del hombro (figura 48), e inmediatamente se apresta a iniciar el lanzamiento propiamente dicho pasándose el aparato a la mano derecha (figura 49) y apoyando el peso de su cuerpo en la pierna del mismo lado, que servirá de apoyo en el giro. Para adquirir mayor impulso, alza entonces el disco por encima de su cabeza, sujetándolo con las yemas de los dedos de la mano derecha y apoyándolo en el antebrazo, en tanto que la mano izquierda sirve de sostén (figuras 50 y 51). A fin de que la fuerza del lanzamiento no quede confiada únicamente al brazo sino a todo el cuerpo, el torso gira vigorosamente a derecha e izquierda sobre las caderas, y el brazo derecho, que sostiene el disco, describe un amplio círculo, hasta alcanzar el punto de máxima tensión, momento que refleja el Discóbolo de Mirón (figuras 52 y 53): el atleta gira la cabeza hacia la derecha, en la dirección del disco, inclina el cuerpo y flexiona las piernas, en tanto que el pie izquierdo rota sobre sí mismo, sobre la punta de los dedos.

El momento mismo en que el disco sale despedido de la mano del atleta apenas está representado en nuestros documentos (pero cf. figura

54), quizá porque, como apunta Patrucco (p. 157), a la propia dificultad de plasmar un instante de intenso movimiento, se añadía el hecho de que en ese caso habría que representar al discóbolo sin el objeto que lo acreditaba como tal, al haber sido ya arrojado. No obstante, por la descripción de Filóstrato (muy vaga, justo es reconocerlo) y por la lógica imperante en todo momento en el deporte griego, debemos suponer que el vigoroso impulso del brazo derecho hacia delante y hacia arriba iba acompañado del adelantamiento de la pierna izquierda, que aseguraba el mantenimiento del equilibrio durante el impetuoso movimiento final. El disco saldría entonces disparado a notable altura, condición imprescindible para la consecución de una buena marca ("*lanza el disco por encima de sí y lo hace desaparecer entre las nubes*", dice Estacio, *Tebaida* 6.681, con evidente exageración; cf. también, de manera explícita, Luciano, *Anacarsis* 27, *Diálogos de los dioses* 16.2; Filóstrato, *Heroico* 13.2 de Lannoy; véase al respecto el artículo de Anschütz-Huster), y dotado además de un movimiento de rotación en torno a su propio eje, impreso por los dedos de la mano en el momento en que salía de ella; el aparato iba a parar más o menos lejos dependiendo de su peso, la fuerza del atleta y la correcta realización de cada uno de los movimientos, desde el agarre del disco hasta el giro final del brazo.

BIBLIOGRAFÍA

W. Anschütz - M.L. Huster, "Im Olympiajahr 1984. Der Diskobol zwischen Leistungssport und Regelzwang. Wie musste er werfen?", *Hephaistos* V-VI 1983-84, 71-89; P. Bellugne, "Le lancement du disque dans l'Antiquité", *GBA* XVI 1936, 60-82; A. Blumenthal, "Zur Technik des antiken Diskuswerfs", *Die Leibeserziehung* 1968, 182-8; E. Buschor, *Der Diskuswerfer* , Munich-Berlín 1938; L. Castiglione, "Die Diskobolia, ein Agrarritus?", *AAntHung* XV 1967, 409-15; W. Decker, "Zum Ursprung des Diskuswerfens", *Stadion* II 1976, 196-212; J. Ebert, *Zum Pentathlon der Antike* , Berlín 1963; H.A. Harris, "Philostratus, *Imag.* 1.24.2" *CR* XI 1961, 3-5; id., "A Fragment from the *Larisaioi* of Sophocles", *CR* XXIV 1974, 4-5; J.

Jüthner, "Der homerische Diskos", *Festschrift Benndorf,* Viena 1898, 11ss.; id., "Das Problem des myronischen Diskobols", *OeJahr* XXIV 1929, 123-61; A. Moreau, "Le discobole meurtrier", *Pallas* XXXIV 1988, 1-18; J. Parandowski, *The Olympic Discus*, Londres 1939; B. Schröder, "Neues vom Diskoswerfen", *AA* 1920, 61-84; B. Schwetzer, "Der Diskoswurfer der Glyptothek im München", *Die Antike* XV 1939, 271-4; V. Sümeghy, "Das Problem des myronischen Diskobol", *Atti del settimo Convegno Internazionale di Archeologia Classica*, Roma 1961, I 281-5.

3.4. LANZAMIENTO DE JABALINA

El lanzamiento de jabalina como disciplina atlética tiene evidentemente sus raíces en la necesidad de ejercitarse en el manejo del arma con vistas a la guerra y a la caza, y, en efecto, en los poemas homéricos se menciona el empleo de tal instrumento con fines bélicos, cinegéticos y meramente deportivos. La estrecha conexión de este ejercicio con la instrucción militar continúa vigente en todas las etapas de la historia de Grecia, ya que formó parte como actividad destacada en la formación física de los jóvenes en la escuela y posteriormente en la efebía, en cuya lista de instructores figura a menudo un *akontistés*, encargado de la enseñanza del manejo de la jabalina (cf.1.3.1 y 1.4.1).

En la caza como en la guerra, el provecho que un hombre puede obtener de un arma como la jabalina será tanto más grande cuanto mayor sea la distancia que es capaz de alcanzar y mejor su puntería. No es por ello de extrañar que, junto a competiciones en que los atletas debían intentar arrojar la jabalina lo más lejos posible, se celebraran otras, destinadas especialmente a los efebos y ligadas a su entrenamiento militar, en las que primaba la precisión en el tiro. En ellas los jóvenes disparaban probablemente sus lanzas hacia blancos fijados en un poste o señalados en el suelo, sirviéndose de una técnica de lanzamiento que lógicamente debía ser distinta de la que empleaban los lanzadores a distancia, imprimiendo a la jabalina una trayectoria más plana en dirección a la diana. A falta de representaciones artísticas, la existencia de competiciones de este tipo puede deducirse de unos pocos testimonios literarios (Píndaro, *Olímpicas* 10.71, en el catálogo de los míticos juegos fundacionales: "*con la jabalina Frástor alcanzó el blanco*"; Antifonte, *Tetralogías* 2.2ss.; Platón, *Leyes* 794c, 795b) y de inscripciones efébicas (véase Patrucco 186-7).

Mejor informados estamos acerca de una variante del tiro al blanco con jabalina bien conocida entre muchos pueblos de diferentes latitudes: el practicado por hombres a caballo. Un ánfora panatenaica de hacia el año 400 a.C. (figura 58) muestra a dos jóvenes jinetes que, al galope, arrojan su lanza hacia un escudo fijado en un poste, cuyo centro es seña-

lado por una guirnalda de flores. Por su parte, Jenofonte (*Sobre la equitación* 12.13) describe con pormenor este ejercicio ("*porque si un hombre adelanta la parte izquierda de su cuerpo al tiempo que lleva hacia atrás la derecha, se levanta sobre sus muslos y arroja la lanza alzando un poco su punta, así lanzará la jabalina con la mayor fuerza y a la más larga distancia; en cambio, su tiro será más certero si la lanza mira siempre en dirección al blanco cuando es arrojada*"), y lo recomienda vivamente en otros pasajes de sus obras por su utilidad bélica (*Sobre la equitación* 8.10; *Hipárquico* 1.6; cf. Platón, *Menón* 93d y *Leyes* 834d). Dado el carácter espectacular y vistoso de la prueba, se comprende que llegara a formar parte del programa de algunos juegos menores e incluso de festivales de la importancia de las Panateneas o las Teseas atenienses (cf. Parke, *Festivals of the Athenians*, Londres 1977, 36 y 82).

En los Juegos Panhelénicos, en cambio, la única prueba de jabalina admitida fue siempre la consistente en lanzar el instrumento a la mayor distancia posible, como señala explícitamente Luciano en su *Anacarsis* 27 (cf. ya *Odisea* 8.229 e *Ilíada* 23.637; Píndaro, *Píticas* 1.45; Baquílides 9.33-35; para los testimonios de los escoliastas y comentaristas antiguos, véase Patrucco 178, n. 1). Por otro lado, al igual que el salto y el disco, el lanzamiento de jabalina únicamente se disputaba como prueba integrante del pentatlo, y sólo en época mítica aparece como disciplina independiente (Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 3: "*y el lanzamiento de jabalina bastaba para la victoria en los tiempos en que navegaba la Argo*"; también en *Ilíada* 23.884-97, en los juegos en honor de Patroclo).

La jabalina destinada a usos deportivos difería notablemente en peso y material de la empleada en la caza y en la guerra, mucho más gruesa y pesada y fabricada en madera más dura. Así, frente a las "lanzas de fresno" que portan los héroes homéricos o las de cornejo que recomienda Jenofonte para cazar y luchar (*Cinegénetico* 10.3; cf. *Sobre la equitación* 12.12 y *Ciropedia* 7.1.2.), Baquílides (9.33-34) habla de la "rama de saúco de negras hojas" que lanzó el pentatleta Automedes de Fliunte. La jabalina deportiva era, en efecto, una sencilla vara de madera, flexible y ligera, muy delgada y cuya longitud, notablemente superior a la actual, solía oscilar entre 1'50 y 2 m., a juzgar por las escenas de los

vasos, donde se representa ya algo más alta ya algo más baja que la estatura del atleta. Las propias pinturas vasculares muestran jabalinas de punta roma y de punta afilada, que a veces aparece protegida con una funda de metal (Píndaro, en dos pasajes en que emplea metáforas deportivas para referirse a su labor poética, *Píticas* 1.44 y *Nemeas* 7.71, califica a la jabalina con el epíteto "de broncíneas mejillas"). Las jabalinas de punta afilada eran, por supuesto, imprescindibles en el lanzamiento de precisión sobre un blanco, y es posible que se emplearan igualmente en las competiciones del pentatlo, en tanto que las de punta roma eran quizá las habitualmente utilizadas en el entrenamiento del gimnasio. En cuanto a la cubierta de metal, además de proteger la madera y permitir que la jabalina se hincase en tierra con mayor facilidad, señalando de manera inequívoca la distancia alcanzada, hacía el vuelo más estable al acumular mayor peso en la punta y desplazar hacia ella el centro de gravedad (cf. Gardiner, *AAW* 169; Patrucco 172).

Con todo, la diferencia más notable entre la jabalina antigua y la que lanzan nuestros atletas (que siguen en esto la tradición de los pueblos escandinavos) radica en el empleo por parte de los griegos de una correa de cuero de *ca.* 40 cm. de longitud (*ankýle*, correspondiente al *am(m)entum* de los latinos) que se enrollaba en el asta dejando al final un lazo que el atleta asía con los dedos índice y corazón, o solamente con el índice, mientras sostenía la jabalina con la palma y los restantes dedos, ayudándose además en ciertos momentos con la mano libre (figura 55). Experimentos modernos han mostrado que el lanzamiento con ayuda de la correa supone una cierta mejora en la distancia que se puede alcanzar, aunque probablemente la ganancia no sea tan espectacular como se señala a menudo, aludiendo a unas pruebas patrocinadas por Napoleón de las que se dedujo, al parecer, que un soldado podía duplicar e incluso triplicar la distancia de su tiro con ayuda del *amentum* (cf. Harris, *GAA* 94-5; Weiler 168). En cualquier caso, la correa añade un impulso adicional a la fuerza del brazo y hace que la jabalina reciba un movimiento rotatorio sobre su propio eje, lo que se traduce en una mayor estabilidad en el vuelo, con el consiguiente aumento de la longitud del tiro (cf. Jüthner-Brein II 328ss.).

La correa se colocaba hacia el centro del asta, aunque su ubicación exacta dependía probablemente tanto del objetivo del lanzamiento (situada poco más atrás del centro de gravedad permitía un lanzamiento más largo, mientras que adelantada aumentaba la precisión) como del propio tamaño y peso de la jabalina. En las escenas representadas en los vasos aparecen con frecuencia jóvenes que llevan la correa en una mano mientras que con la otra sostienen o sopesan la jabalina para proceder a enrollar la *ankýle*, sin duda la primera operación importante del lanzamiento. En las pesadas lanzas bélicas, y en las empleadas para la caza, es probable que la *ankýle* fuera siempre fija al asta (evidentemente, en tales circunstancias no era cosa de perder un solo segundo para efectuar el tiro), en tanto que en el caso de la jabalina deportiva el propio atleta enrollaba la correa al asta antes de iniciar sus lanzamientos. Ello nos conduce a un problema discutido y aún no resuelto de manera definitiva: ¿el *amentum* se ataba fuertemente al asta o sencillamente se enrollaba en espiral, de manera que quedaba en la mano del atleta cuando la jabalina salía disparada, como cuando lanzamos una peonza? Ni siquiera los experimentos prácticos recientes han podido dar respuesta segura a esta cuestión, aunque cuenta con más partidarios el empleo de la correa fija.

La *ankýle* no tiene naturalmente su origen en el gimnasio, sino en las necesidades de la guerra y la caza. Sobre su procedencia geográfica, en cambio, nada seguro puede decirse. Patrucco (p. 173), por ejemplo, habla de un origen oriental y Ballester (p. 48) alude en concreto a los ilirios; ahora bien, dado que el uso del *amentum* o ingenios similares está documentado desde época prehistórica y en los más variados lugares, desde Dinamarca hasta Italia y la Península Ibérica, e incluso en regiones tan alejadas de nuestro entorno cultural como Nuevas Hébridas o Nueva Caledonia (cf. Gardiner, *AAW* 173; Ballester), resulta imposible concluir de qué pueblo lo adoptaron los griegos en última instancia, si es que no se trata de un desarrollo paralelo. En todo caso, investigaciones recientes han mostrado que la introducción de tal progreso técnico en Grecia es muy antigua, pudiendo incluso remontar al menos a época micénica (Buchholz-Karageorghis; cf.Buchholz-Jöhrens-Maull, "Jagd

und Fishfang", en *Archaeologia Homerica*, Gotinga 1973, II 75ss., sobre todo 89ss.; O. Höckmann, "Kriegswesen II", *ibid.* 1980, 275ss.).

Por lo demás, aparte del empleo de la *ankýle*, es opinión unánime que el estilo con que los antiguos pentatletas arrojaban la jabalina, resulta prácticamente idéntico al de los lanzadores de hoy. El atleta griego tomaba una carrera rápida llevando la jabalina, paralela al suelo, a la altura de las orejas o por encima de la cabeza (figura 56); poco antes de llegar a la *balbís* acortaba la longitud de sus pasos, levantaba ligeramente el brazo izquierdo hacia delante y adelantaba la pierna del mismo lado, mientras dejaba atrás la pierna derecha e inclinaba ese brazo hacia abajo, de manera que la jabalina quedara con la punta en dirección al cielo (figura 57). Por último, con un movimiento rápido y enérgetico, como un latigazo, el lanzador levantaba hacia delante su brazo derecho y soltaba la jabalina, en tanto que la pierna derecha se adelantaba, permitiendo al atleta mantener el equilibrio al tiempo que frenaba su impulso evitando que traspasara la *balbís*. En el tiro al blanco, en cambio, el extremo de la jabalina no debe apuntar hacia arriba, sino en la dirección de la diana (como indica Jenofonte en un pasaje antes citado) y no es imprescindible la carrera previa al lanzamiento.

Como ya apuntamos en el capítulo anterior a propósito del lanzamiento de disco, los atletas arrojaban la jabalina desde la *balbís*, el mismo lugar en el que se efectuaba la salida de las carreras, señalado en los vasos a veces con una columnilla. El lanzamiento debía cumplir ciertos requisitos para poder ser declarado válido. En primer lugar, es probable que se exigiera que el dardo cayera de punta o por lo menos dejara señal suficiente para permitir la medida sin dudas. En segundo lugar, un par de discutidos textos pindáricos parecen indicar que el lanzamiento se consideraba nulo si la jabalina o el propio atleta sobrepasaban ciertos límites. Se trata de dos pasajes en los que el poeta se refiere metafóricamente a su actividad literaria empleando imágenes altéticas. En su *Pítica* 1.42ss., dedicada a Hierón, tirano de Siracusa y Etna, afirma Píndaro: "*y yo espero anhelante ensalzar a aquel hombre, no como quien arroja fuera de la pista la jabalina de broncínea mejilla blandiéndola en su palma, sino que disparándola lejos espero sobrepasar a los contrarios*". Dado que el poeta confía

en vencer a sus rivales haciendo un lanzamiento más largo que ellos, la expresión "fuera de la pista" sólo puede entenderse en el sentido de que la jabalina no debía sobrepasar ciertos límites señalados a izquierda y derecha del lanzador (no nos convencen en absoluto los argumentos contrarios de Ellsworth), para garantizar la seguridad de los espectadores. Mayor polémica ha suscitado el segundo pasaje, *Nemeas* 7.70ss., donde, en un contexto semejante al anterior, utiliza el poeta la expresión *mè térma probaís*, cuya más probable interpretación es "no habiendo traspasado la linde", es decir, la *balbís* que señalaba el lugar de lanzamiento y que el lanzador no debía sobrepasar llevado de su impulso, al igual que ocurre en el atletismo moderno. Es ésta, en nuestra opinión y en la de la mayoría de los intérpretes, con las notables excepciones de Floyd y Segal (duda también Norwood, *Selection from Pindar*, Chico 1982), la explicación más verosímil, pese a las dificultades que plantean tanto el término *térma* (normalmente "meta, punto de llegada"; pero aquí puede ser el límite que señala el final de la carrera del lanzador) como el verbo *probaís*, al que algunos niegan el sentido de "traspasar" (pero cf. Hesiquio, *s.v.*, y pasajes como *Ilíada* 6.125).

El lugar de lanzamiento estaba situado equidistante a los lados largos del estadio, para evitar accidentes, aunque en competición los riesgos de un lanzamiento incontrolado eran menores que en la prueba de disco, ya que la carrera se tomaba en línea recta y el lanzador tenía siempre a la vista el punto de destino de la jabalina (cf. Rudolph, "Sportverletzungen und Sportschäden in der Antike", *Das Altertum* XXI 1976, 23). Mayor peligro entrañaba el entrenamiento en el gimnasio, donde las idas y venidas de deportistas y espectadores eran menos previsibles; un caso acaecido no hace mucho en España es una lamentable prueba de ello, y de hecho conocemos en la antigua Grecia un par de casos de muertes accidentales provocadas por jabalinas, la causada por el joven defendido en Antifonte, *Tetralogías* 2.2, y aquélla otra a la que alude Plutarco (*Pericles* 36.2, recogiendo un pasaje del historiador Estesímbroto de Tasos, del siglo V a.C.) y que, al parecer, dio ocasión a Protágoras y a Pericles para discutir largo y tendido si, según el razonamiento correcto, el culpable era la jabalina, el atleta o bien los jueces de

la competición. Este tipo de accidentes estaban previstos en la legislación romana, que garantizaba la inmunidad del atleta si habían tenido lugar dentro del recinto señalado para la competición o el entrenamiento (cf. Gualazzini 37ss.).

Acerca del número de lanzamientos permitidos en el pentatlo a cada atleta, nada podemos asegurar, ya que ninguna fuente nos informa al respecto. No obstante, nos parece lógico suponer que los acontistas tenían a su disposición tantos tiros como los discóbolos (punto por otro lado controvertido, como vimos en su momento), dado que, además, el lanzamiento de jabalina requería un esfuerzo menor que el que se exigía al atleta en la prueba de disco. No creemos, por consiguiente, que el hecho de que con cierta frecuencia en las pinturas vasculares aparezcan los atletas llevando dos jabalinas sea argumento suficiente para postular que eran dos los intentos de que cada lanzador disponía, ya que, evidentemente, se podía emplear más de una vez la misma jabalina (es, no obstante, opinión compartida, entre otros, por Jüthner-Brein II 349 y Weiler 168, con las reservas de Patrucco 185).

Vencía, por supuesto, el autor del lanzamiento más largo, pero tampoco podemos asegurar nada a propósito de las distancias habitualmente alcanzadas por los jabalinistas griegos, pues son escasas y siempre vagas las notícias de que disponemos, pese a que ya Homero (*Ilíada* 16.589ss.) se sirve de comparaciones como la siguiente, que pretende dar al oyente una idea del avance del ejército aqueo: "*y cuanta es la distancia alcanzada por un largo dardo que arroja un hombre entrenándose o en competición o también en la guerra, contra los enemigos que la vida quitan, tanto cedieron los troyanos y empujaron los aqueos*" (cf., no obstante, Harris, *GAA* 95ss., que habla de lanzamientos por encima de los 90 ó 100 m.).

BIBLIOGRAFÍA

I.Ballester Tormo, "El 'amentum' en los vasos de San Miguel de Liria", *AEA* XV 1942, 48-53; H.G. Buchholz -V.Karageorghis,

"Homeric 'aiganee'", *AAA* III 1970, 386-91; J.D. Ellsworth, "Pindar's *Pythian* 1.44. A new Suggestion", *AJPh* XCIV 1973, 293-6; E.D.Floyd, "Pindar's Oath to Sogenes (*Nemean* 7.70-74)", *TAPhA* XCIV 1965, 139-51; E.N. Gardiner, "Throwing the Javelin", *JHS* XXVII 1907, 249-73; H.A. Harris, "Greek Javelin Throwing", *GandR* X 1963, 26-36; J. Jüthner, "Zu Pindar, *Nem.* 7.70ff.", *WS* L 1932, 166-70; H.M. Lee, "The *térma* and the Javelin in Pindar, *Nemean* VII.70-3 and Greek Athletics", *JHS* XCVI 1976, 70-9; Ch. Segal, "Two Agonistic Problems in Pindar, *Nemean* 7.70-74 and *Pythian* 1.42-45", *GRBS* IX 1968, 31-45.

3.5. EL PENTATLO

3.5.1. Pruebas, significación y orígenes

De cinco disciplinas constaba la prueba combinada que los griegos designaban con el nombre de pentatlo: lanzamiento de disco y jabalina, salto de longitud, carrera (probablemente un estadio) y lucha (cf. figura 59). Sólo algunos comentaristas tardíos difieren de este elenco, citando el pugilato en lugar del lanzamiento de jabalina (escolios a Píndaro, *Olímpicas* 13.39) o el pancracio en lugar del salto (escolios a Arístides 3.339). Pese a que ha habido intentos de conciliar tales divergencias (así, en el siglo XVIII, el académico francés Burette sugirió que el boxeo fue introducido en el pentatlo tras su inclusión en el programa olímpico como prueba independiente, dando lugar a una competición séxtuple que, no obstante, mantuvo su denominación tradicional de "prueba quíntuple": cf. Piernavieja 40-1), actualmente no cabe ninguna duda de que las informaciones de los escoliastas son un simple error, ya que chocan tanto con los testimonios literarios más fidelignos como con las pinturas cerámicas, en las que el salto y los dos lanzamientos figuran a menudo como ejercicios representativos y característicos del pentatlo, ya que no se disputaban independientemente en los grandes juegos. Por otro lado, la presencia del pugilato o del pancracio rompería el armónico equilibrio de ejercicios que parece estar en la base de la creación del pentatlo. Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 3), en efecto, advierte que el pentatlo "*combina armónicamente dos tipos de ejercicios: luchar y lanzar el disco son ejercicios pesados, en tanto que arrojar la jabalina, saltar y correr son ejercicios ligeros*"; los dos lanzamientos, a su vez, desarrollan especialmente la musculatura de la parte superior del cuerpo, mientras que el salto y la carrera van destinados en particular a la formación de las piernas; la lucha es, en fin, un ejercicio completo por sí solo (cf. Patrucco 192). Así pues, el pentatleta debe ser a un tiempo ágil, fuerte y potente: "*quien compita en las cinco pruebas debe ser pesado más que ligero y ligero más que pesado, y, además, de buena estatura, bien formado, erguido, dotado de una musculatura que no sea excesiva ni tampoco inadecuada. Debe tener*

también las piernas más largas de lo que exige la estricta proporción y la cintura flexible y con facilidad de movimientos para girarse hacia atrás durante el lanzamiento del disco y la jabalina y para el salto" (Filóstrato, *ibid.*). El pentatleta es, pues, el deportista completo, por lo que no es de extrañar que reciba las alabanzas de un pensador que, como Aristóteles, repudia la excesiva especialización de los atletas: "*Cada edad tiene su propia belleza. En la juventud se está en posesión de un cuerpo apto para toda clase de competiciones, ya sean pedestres o de fuerza corporal, y es agradable verlo por placer. Por eso los pentatletas son los más hermosos, porque están naturalmente dispuestos para la fuerza y para la velocidad al mismo tiempo*" (*Retórica* 1361b; cf. Pseudo-Platón, *Amantes* 135c y ss.). Sin embargo, no todos los griegos parecen haber compartido la opinión del filósofo, y entre el gran público es posible que el pentatlo fuera considerado a menudo como una prueba de consolación para atletas que no destacaban especialmente en una disciplina determinada (algo similar a lo que ocurre con el moderno decatlon); el hecho de que el gran filólogo alejandrino Erastótenes fuera apodado *beta* o *pentatleta* porque su saber abarcaba gran diversidad de campos pero no era el primero en ninguno, es una clara indicación en este sentido (cf. suda, *s.v.* "Eratosthénes"). Debe añadirse, no obstante, que algunos excepcionales atletas fueron capaces de triunfar, además de en el pentatlo, en disciplinas individuales, particularmente en la carrera, como es el caso de tantas veces citado Faílo de Crotona o de los eleos Eupólemo y Gorgo (sobre ellos, véase Durántez II 285).

En los poemas homéricos, tanto en los juegos en honor de Patroclo como en las competiciones organizadas en la corte de los feacios, las pruebas que más tarde compondrían el pentatlo se disputaban individualmente, y de manera semejante Píndaro, cuando describe agones de época mítica, afirma que "*no existía el pentatlo, sino que para cada prueba había un resultado*". De acuerdo con el testimonio de Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 3), la tradición atribuía a los héroes Jasón y Peleo el mérito de haber inventado la competición quíntuple: "*Ciertamente, antes de Jasón y de Peleo se premiaban con coronas por separado el salto y el lanzamiento de disco, y el lanzamiento de jabalina bastaba para la*

victoria en los tiempos en que navegaba la Argo. Telamón era el más fuerte en arrojar el disco, Linceo en el lanzamiento de jabalina y los hijos de Bóreas en la carrera y el salto, en tanto que Peleo era el segundo en esas pruebas, pero superaba a todos en la lucha. Así pues, cuando estaban celebrando competiciones en Lemnos, se dice que Jasón unió las cinco pruebas complaciendo a Peleo". Históricamente, el pentatlo se introdujo en los grandes festivales probablemente para determinar al atleta más completo y al tiempo dar cabida en el programaa de los juegos a unas disciplinas que, como el salto y los lanzamientos de disco y jabalina, ocupaban un lugar importante en el entrenamiento de jóvenes y adultos en el gimnasio, pero a las que quizá no se atribuía suficiente entidad como para que se disputaran por separado. Fue en la Olimpíada 18 (708 a.C.) cuando el pentatlo entró a formar parte de los Juegos Olímpicos (Pausanias 5.8.7), venciendo el espartano Lampis, cuyos compatriotas dominarían la prueba durante mucho tiempo. En la Olimpíada 38 (628 a.C.) se disputó en Olimpia, por primera y única vez, el pentatlo en categoría juvenil, en el que el triunfo fue a parar a manos, cómo no, de un espartano, Eutélidas; los organizadores consideraron, sin embargo, que la prueba era demasiado dura para atletas tan jóvenes y nunca más volvió a incluirse en el programa olímpico (Pausanias 5.9.1, 6.15.8), como tampoco formó parte de los Juegos Píticos e Ístmicos ni, si son acertados los argumentos de Miller, de los Juegos Nemeos (la *Nemea* 7 de Píndaro, en efecto, se suele afirmar que está dedicada a "Sógenes de Egina, vencedor en el pentatlo infantil"; Miller, por el contrario, defiende que, al igual que en los demás festivales panhelénicos, en Nemea no había pentatlo para jóvenes, sino que Sógenes triunfó en el pentatlo de los adultos cuando estaba todavía en edad juvenil). El pentatlo en categorías inferiores sólo se disputó en juegos menores, especialmente durante las épocas helenística y romana, aunque es de destacar su presencia en las Panateneas, un festival que estuvo siempre ligado a la educación efébica (cf. Parke, *Festivals of the Athenians* 35-6; Young).

3.5.2. Secuencia de las pruebas

Dos cuestiones a propósito del pentatlo han dado origen, desde

hace más de un siglo, a interminables discusiones que, sin embargo, no han cristalizado ni mucho menos en una unanimidad de pareceres: el orden en que se disputaban las cinco pruebas y el procedimiento mediante el cual se determinaba el vencedor final.

Por lo que respecta a la secuencia de las pruebas, nuestra información procede exclusivamente de fuentes literarias de épocas diversas y de fiabilidad también variable. El problema se complica aún más por el hecho de que, salvo indicaciones aisladas, nada nos asegura que en tales testimonios las pruebas aparezcan citadas en el orden en que se celebraban realmente, y no se trate de una simple enumeración desordenada de las cinco disciplinas. Las divergencias son, en efecto, tan importantes que se ha sugerido en diversas ocasiones que la secuencia de las pruebas no fue siempre la misma en todos los lugares ni en todos los períodos del deporte griego (las abreviaturas de la lista que sigue corresponden, naturalmente, a la inicial del nombre de cada disciplina):

SCDJL: Simónides, fr.151 Diehl.

SDJCL: Escolios a Píndaro, *Ístmicas* 1.33 y a Sófocles, *Electra* 691; Eustacio 1320,18 (que cita igualmente el orden alternativo SLDJC).

DJCSL: Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 3.

DCSJL: Festo.

CDSJL: Artemidoro, *Interpretación de los sueños* 1.57.

LCDSJ: *Antología Palatina* 11.84, epigrama de Lucilio, en el parece que las pruebas se citan más bien en orden inverso.

LJSDC: Escolios a Pseudo-Platón, *Amantes* 135e (orden exactamente inverso al que atestigua Artemidoro).

LCJD Pancracio: Escolios a Arístides 3.339 (donde se cita igualmente el orden CLDJS, y lo mismo con el pancracio en lugar del salto).

Pugilato LSDC: Escolios a Píndaro, *Olímpicas* 13.39.

El testimonio más antiguo de los enumerados es el fragmento de Simónides, cuya ordenación de las pruebas es la que acepta Jüthner (*s.v.* "Pentathlon", en *RE* XIX.1, col. 524-8), aunque autores posteriores han insistido en que, al tratarse de un dístico elegíaco, la necesidad de adaptarse al esquema métrico del verso ha podido obligar al poeta a citar desordenadamente los ejercicios (lo mismo cabría decir del epigrama de

la *Antología Palatina* o del citado por Eustacio 1320,18, compuesto por un par de hexámetros). Si a ello se añade que los escolios a Arístides y a Píndaro incluyen en su enumeración pruebas ajenas al pentatlo, resulta que para intentar determinar el orden en que se disputaban los cinco concursos se prefiere tomar como punto de partida textos diferentes a los hasta aquí citados, los cuales han permitido aclarar por lo menos algunos puntos.

En primer lugar y ante todo, la lucha era la última prueba que se disputaba, como se desprende del epinicio que Baquílides dedica al pentatleta Automedes de Fliunte (9.36) y confirman los testimonios de Pausanias 3.11.6 (al referirse a la rivalidad en el pentatlo entre el espartano Tisámeno y Hierónimo de Andros, a comienzos del siglo V a.C.), Artemidoro 1.57 y Jenofonte, *Helénicas* 7.4.29 (en 364 a.C., cuando ya se habían disputado las pruebas del pentatlo que tenían lugar en el estadio y los atletas se dirigían a medir sus fuerzas en la lucha, los juegos se vieron interrumpidos por el ataque que los eleos lanzaron contra los arcadios, que a la sazón presidían el festival de Olimpia junto con los pisatas). Por otro lado, a efectos prácticos puede considerarse lógico que la lucha, por ser la prueba que exigía un mayor esfuerzo, quedara para el final, de manera que los atletas agotaran entonces sus últimas fuerzas, en lugar de verse obligados a quemar en exceso sus energías con anterioridad (por motivos similares, el actual decatlon se cierra con la carrera de 1500 m.).

En segundo lugar, aunque los argumentos que cabe aducir son menos sólidos y seguros, se admite generalmente (con la notable excepción ya apuntada de Jüthner) que las tres pruebas características y exclusivas del pentatlo, salto, disco y jabalina, se disputaban sucesivamente, tal como se observa en buena parte de los textos antes citados. La discrepancia más importante surge entonces a la hora de determinar si la carrera era la penúltima prueba y tenía lugar inmediatamente antes de la lucha (Krause, Bean, Durántez, Ebert, Bengtson, Harris, etc.), o si, por el contrario, iniciaba la competición de manera que las tres pruebas características del pentatlo constituían, por así decirlo, el núcleo central, ubicadas entre la carrera y la lucha (Pihkala-Gardiner, Schröder, Moretti, Piernavieja, Patrucco).

En defensa de la tesis de que la carrera era la primera prueba en disputarse se ha alegado a menudo un controvertido texto pindárico (*Nemeas* 7.70ss., "el pasaje 'agonístico' más difícil de Píndaro", afirma Farnell en su edición comentada), del que pretende deducirse que el lanzamiento de jabalina precedía inmediatamente a la lucha, como penúltima prueba. El pasaje ha sido objeto de las más variadas interpretaciones, que no es pertinente recordar aquí, pero, en substancia, es nuestra opinión que el hecho de que la mención de la lucha vaya precedida de una alusión al lanzamiento de jabalina no indica en absoluto que ambas pruebas se disputaran en ese orden: "*Sógenes, Euxénida por tu raza patria, juro que no he lanzado, habiendo traspasado la linde, como dardo de broncínea mejilla, mi rápida lengua. Sógenes ha sacado fuera de la lucha el cuello y la fuerza no amoratados, antes de hacer caer en el ardiente sol sus miembros*". El poeta, pues, emplea metafóricamente la imagen del jabalinista que no ha traspasado la línea reglamentaria para afirmar que ha lanzado con acierto su elogio en honor de un atleta que, como Sógones, venció con facilidad en la lucha del pentatlo o que incluso pudo ahorrarse esa prueba con su actuación en concursos anteriores. Nada, repetimos, nos indica con seguridad en este texto que el lanzamiento de jabalina precediera a la lucha, y lo mismo cabe decir del otro pasaje que se alega, Baquílides 9.27ss. (cf. Patrucco 198): se citan, por este orden, disco, jabalina y lucha, pero el poeta no enumera *todos* los concursos del pentatlo, sino solamente aquéllos en los que triunfó el atleta celebrado, Automedes de Fliunte, de manera que no se mencionan en absoluto el salto y la carrera y, en consecuencia, ninguna información puede obtenerse del texto acerca del lugar en que se disputaba ésta última prueba.

Por otra parte, en el caso de que sea cierto, como generalmente se admite pese a la ausencia de testimonios indudables, que salto, disco y jabalina se disputaban sucesivamente, ya fuera precediendo a carrera y lucha ya entre esas dos pruebas, el orden en que se sucedían las tres disciplinas exclusivas del pentatlo es igualmente inseguro y se han propuesto prácticamente todas las combinaciones posibles: SDJ (Krause, Pinkala-Gardiner, Piernavieja, Bean, Durántez, y también Jüthner, quien, no

obstante, intercala la carrera entre el salto y el lanzamiento de disco), JSD (Schröder), JDS (Moretti), DSJ (Ebert, Begston, Patrucco), SJD (Harris), etc.

Una inscripción rodia, quizá del siglo I a.C., publicada por Pugliesi Carratelli y estudiada poco después por Moretti y Bean, pudiera arrojar alguna luz sobre el problema. Efectivamente, la línea 6 puede traducirse "*y que salte [el primero(?)] quien haya lanzado el disco más lejos*", lo cual querría decir que el lanzamiento de disco precedía inmediatamente al salto, de manera que Moretti reconstruye un orden C (o J), J (o C), D, S, L y posteriomente Ebert DSJCL y Patrucco CDSJL. No obstante la interpretación que Moretti hace del texto no ha sido unánimamente admitida y además, como él mismo señala, el hecho de que se considerase necesario fijar por escrito los reglamentos que regían la competición del pentatlo en los juegos rodios sería una indicación de que no en todos los lugares eran vigentes las mismas normas (a ello se opone enérgicamente Patrucco, p. 203, n. 1, quien, sin embargo, admite una evolución histórica en el método de decidir la victoria, como enseguida veremos).

En consecuencia, también por lo que respecta al orden en que se celebraban disco, salto y jabalina sólo cabe formular propuestas más o menos verosímiles, de manera que únicamente puede darse por seguro que la lucha era la última prueba; en cuanto a los cuatro concursos anteriores, es una hipótesis atractiva suponer que, dada la lógica que suele imperar en los aspectos organizativos del deporte griego y que al fin y al cabo está en la base de la creación del pentatlo, se sucederían alternándose ejercicios ligeros con pesados, tal como los clasifica Filóstrato, y aquéllos que exigían mayor esfuerzo de los músculos de la parte superior del cuerpo (disco y jabalina) con los que ponían a prueba sobre todo la fuerza y agilidad de las piernas (salto y carrera), para acabar con la disciplina más completa y fatigosa, la lucha. Las reconstrucciones de Ebert y Patrucco son las que más a rajatabla siguen este patrón (una lista detallada de las propuestas más dignas de atención puede hallarse en Weiler 191).

3.5.3. Determinación del vencedor

Aún mayores dificultades plantea el método que se seguía para determinar qué atleta debía ser proclamado finalmente vencedor en el pentatlo. Se ha dicho, sin exageración, que supone uno de los problemas más controvertidos de la historia del deporte antiguo, y, en efecto, desde hace más de un siglo se han sugerido gran cantidad de hipótesis, sucesivamente rechazadas por quienes con posterioridad han estudiado el tema. La causa de tantas y tan grandes divergencias radica en la ausencia de textos que nos proporcionen una información clara y definitiva, de manera que las propuestas han de basarse en las noticias, a menudo fragmentarias y difíciles de interpretar, cuando no contradictorias entre sí, que nos transmiten fuentes literarias y epigráficas de muy diversa condición, fiabilidad y cronología, desde el siglo VI a.C. hasta el III p.C., con un prolongado hiato que abarca desde el siglo IV a.C. hasta época imperial (un estudio exhaustivo de los textos puede encontrarse en el artículo "Pentathlon" de la enciclopedia de Pauly-Wissowa, obra de Jüthner, y en los libros de Ebert y Patrucco). Puesto que un análisis detenido del problema requeriría poco menos que un libro monográfico, nos limitaremos a señalar las propuestas que mayor aceptación han tenido. Pueden éstas agruparse de la siguiente manera, de acuerdo con los principios generales en que se basa la determinación del vencedor:

1) Eliminación progresiva. En su libro de 1867, el primero de los estudios sobre el pentatlo con pretensión de exhaustividad, propone Pinder un sistema de eliminación progresiva de los competidores: en la primera prueba, el salto, se exigía una marca mínima para poder participar en el segundo concurso, el lanzamiento de jabalina, tras el cual únicamente cuatro atletas pasaban a la carrera, donde era eliminado uno de ellos, de manera que sólo tres atletas competían en el disco, que servía a su vez para descartar a otro participante, dejando que fuera la lucha la prueba que decidiera el vencedor final entre los dos últimos supervivientes. El empleo de un sistema tal para decidir la victoria en el pentatlo no cuenta con ningún apoyo en las noticias que nos han llegado de la Antigüedad y, de hecho, ha tenido posteriormente escasa aceptación. Tras Schröder, que admite un método similar, aunque no se detiene en

describirlo con pormenor, únicamente Bean ha defendido un sistema de eliminación progresiva: después de las tres primeras pruebas (salto, disco y jabalina), seguían en competición un número limitado de atletas, puesto que la cuarta disciplina, la carrera, así lo exigía; finalmente, en la lucha sólo se enfrentaban, en busca del triunfo definitivo, los dos mejores corredores.

2) Número de victorias. De varios textos puede deducirse, al menos aparentemente, que era declarado vencedor quien triunfaba en tres de las cinco pruebas. Dado que, por lógica, en el supuesto de que fuera éste un requisito indispensable, el concurso del pentatlo hubiera quedado desierto en un buen número de ocasiones, se han arbitrado diversas soluciones para explicar la supuesta necesidad de tres victorias. Durántez (sólo él) acepta la tesis de Kalfarentzos, según la cual si tras las cuatro primeras pruebas había dos atletas empatados a dos triunfos, luchaban entre sí en busca de la tercera y definitiva victoria; si en los tres primeros concursos resultaba un vencedor distinto, disputaban los tres carrera y lucha, de manera que si el mismo atleta superaba en ambas a sus rivales, obtenía tres victorias y con ellas el triunfo final, y, si no, el premio era declarado desierto.

Otros autores, a finales del siglo XIX y principios del XX, idearon complejos sistemas basados en la división de los atletas en grupos de tres durante los cuatro primeros ejercicios, siendo admitidos en la lucha quienes habían obtenido, en su correspondiente terna, dos o más victorias (Fedde, Legrand, *s.v.* "Quinquertium" en el diccionario de Daremberg-Saglio), o bien fundamentados en la agrupación de los atletas por parejas en las cinco pruebas, disputándose eliminatorias hasta llegar a un vencedor final (Gardiner)

De la necesidad de conseguir tres victorias absolutas parte igualmente el método sugerido por Harris. Si un atleta triunfaba en tres pruebas, la competición se interrumpía (como en los partidos de tenis programados a cinco *sets*). En cambio, si tras los cuatro primeros concursos no había todavía un vencedor absoluto, podían darse las siguientes tres posibilidades: a) dos atletas con dos victorias, en cuyo caso ambos luchaban entre sí para obtener el triunfo definitivo; b) un atleta

con dos victorias y dos con una; los atletas que habían obtenido un único triunfo luchaban entre sí para determinar quién debía enfrentarse, también en la prueba de la lucha, con el atleta ya en posesión de dos triunfos; c) cuatro atletas con una victoria cada uno; se disputaban entonces dos semifinales y una final en la prueba de la lucha. Así pues, en todos los supuestos el vencedor definitivo habría obtenido tres triunfos parciales. El sistema que más recientemente ha expuesto Sweet, más que "una nueva propuesta" es sencillamente una variante del método de Harris, del que se diferencia en un único aspecto: mientras que Harris sugiere que los atletas empatados competían en la prueba de la lucha (lo que daría ventaja a los atletas más fuertes), Sweet propone que en las "repescas" el ejercicio en el que se enfrentaban los pentatletas se sorteaba entre aquéllos en los que no hubieran obtenido previamente la victoria.

Las dificultades de todo tipo que comportan estas reconstrucciones fundamentadas en la necesidad de tres triunfos para optar a la victoria en el pentatlo, ha hecho que el "principio de las tres victorias absolutas" haya sido sustituído, con notable éxito, por el de "las tres victorias relativas", que en su día propusieron Pihkala-Gardiner, con la aprobación posterior de Jüthner: un atleta habría obtenido una victoria relativa en cada prueba respecto a los rivales clasificados después de él, y para la lucha quedaban excluídos quienes habían sido derrotados en tres pruebas por todos los demás participantes. "El resultado habitual –afirma Gardiner, *AAW* 180– es que se clasifiquen de dos a cuatro competidores, cada uno de los cuales ha derrotado a cada uno de los demás en dos pruebas. Entonces compiten entre ellos en la lucha, y el vencedor en ella es el vencedor en el pentatlo, que, en efecto, ha vencido a cada uno de sus rivales en tres pruebas". El sistema queda ilustrado por la siguiente tabla de imaginaria, en la que seis atletas (ABCDEF) aparecen clasificados según los puestos obtenidos en los cuatro primeros ejercicios (I, II, III, VI):

	I	II	III	IV
1.	A	B	C	D
2.	E	A	B	F
3.	B	D	E	C
4.	C	E	A	A
5.	F	C	D	B
6.	D	F	F	E

D, E, y F, al no haber vencido a A, B, C en dos ejercicios, quedan eliminados, clasificándose los otros tres para la lucha, pues cada uno ha derrotado a su rival en dos pruebas. Por supuesto, tres victorias parciales aseguraban la victoria final, interrumpiéndose la prueba tan pronto como un atleta lo conseguía. Con diversas modificaciones aceptan este método Ebert (y, con él, Weiler) y Merkelbach.

Pese a la relativamente amplia aceptación que entre los estudiosos del tema ha tenido este sistema de adjudicar la victoria en el pentatlo, en nuestra opinión hay algunas razones de tipo práctico que nos fuerzan a considerarlo con ciertas reservas. No sólo, como ya notó Bean, pudiera darse el caso de que ningún atleta se clasificase para la lucha, sino que también nos resulta difícil de aceptar que unos cálculos tan complicados como los que propone Gardiner fueran operativos cuando el número de atletas fuese elevado (la inscripción n.° 86 de Moretti supone una participación de 88 pentatletas). Si, como parece evidente, para el resultado final no se tenía en cuenta únicamente el primer puesto, sino también los demás, estimamos más verosímil el método sugerido por Patrucco, que se basa en un sistema de puntuación relativa (no absoluta, como en el moderno decatlon).

3) Sistema de puntos. Ya Moretti (*IAG*, p.17-9) pensó en la posibilidad de que la victoria en el pentatlo se asignara de acuerdo con un sistema de puntuación que el erudito italiano no precisa con exactitud. Ha sido su compatriota Patrucco quien se ha atrevido a proponer un sistema concreto de asignar los puntos: el vencedor en cada prueba recibía x puntos (una cifra equivalente quizá al número de participantes), el segundo x-1, el tercero x-2 y así sucesivamente. Por otro lado, de su exhaustivo estudio de los textos deduce Patrucco que se observan dife-

rencias irreconciliables entre lo que nos dicen nuestras fuentes de época clásica y las notícias de los textos de época imperial, de manera que sugiere la atractiva posibilidad de que el sistema para determinar el triunfo final en el pentatlo pudiera haber sufrido en el curso de los siglos algunas modificaciones, siempre con vistas a conseguir una mayor equidad y obtener una clasificación que reflejara en la mayor medida posible quiénes eran los atletas más completos. En los siglos VI-IV a.C. –concluye Patrucco– los atletas competían todos contra todos en las cuatro primeras pruebas; al último y decisorio concurso, la lucha, accedían únicamente los dos mejores, de acuerdo con el sistema de puntuación antes descrito, los cuales dirimían directamente entre sí los dos primeros puestos en singular combate. En época imperial, en cambio, no había eliminación tras la cuarta prueba, sino que todos los atletas no descalificados completaban los cinco ejercicios, en todos los cuales se establecían clasificaciones parciales, de las que resultaba la clasificación final, también según el sistema de puntos propuesto.

En definitiva, las notables divergencias y la escasa precisión de las noticias que nos han llegado acerca de la manera de asignar la victoria en el pentatlo hacen difícil decantarse abiertamente por uno u otro de los sistemas propuestos, cualquiera de los cuales presenta incompatibilidades, al menos aparentes, con algunos de los textos que nos informan sobre el particular. En nuestra opinión, un sistema de puntuación (sea el propuesto por Patrucco u otro diferente) es la hipótesis más convincente, pese a la falta de datos al respecto procedentes de nuestras fuentes antiguas. No obstante, tampoco puede descartarse la posibilidad de que, incluso con un sistema de puntos, la consecución de tres triunfos parciales fuera suficiente para la obtención de la victoria final, ya que no es tan fácil como pretende Patrucco negar la credibilidad de los varios pasajes que así lo afirman.

BIBLIOGRAFÍA

G.E. Bean, "Victory in the Pentathlon", *AJA* LX 1956, 361-8; F. Brein, "Die Wertung im Pentathlon", *Forschung und Funde. Festschrift*

B. Neutsch, Innsbruck 1980, 89-93; J. Ebert, *Zum Pentathlon der Antike*, Berlín 1963; id., "Noch einmal zum Sieg im Pentathlon"; *ZPE* XIII 1974, 257-62; F. Fedde, *Ueber den Fünfkampf der Hellenen*, Leipzig 1889; P. Gardner, "The Pentathlon of the Greeks", *JHS* I 1880, 210-23; H. A. Harris, "The Method of Deciding Victory in the Pentathlon", *GandR* XIX 1972, 60-4; D. F. Jackson, "Philostratos and the Pentathlon", *JHS* CXI 1991, 178-81; M. K. Langdon, "Scoring the Ancient Pentathlon. Final Solution?", *ZPE* LXXVIII 1989, 117-8; R. Merkelbach, "Der Sieg im Pentathlon", *ZPE* XI 1973, 261-9; S. G. Miller, "The Pentathlon for Boys at Nemea", *CSCA* VIII 1975, 199-201; L. Moretti, "Un regolamento rodio per la gara del pentatlo", *RFIC* XXXIV 1956, 55-60; M. Piernavieja, "El pentatlo de los helenos", *CAF* I 1959, 37-64; L. Pihkala – E.N. Gardiner, "The System of the Pentathlon", *JHS* XLV 1925, 132-4; E. Pinder, *Ueber den Fünfkampf der Hellenen*, Berlín 1867; W. E. Sweet, "A new Proposal for Scoring the Pentathlon", *ZPE* L 1983, 287-90.

3.6. LA LUCHA

3.6.1. Ejercicio popular y completo

La lucha ha sido calificada a menudo, no sin razón, como la más popular de las actividades deportivas practicadas por los griegos. El hecho de constituir un ejercicio completísimo, cuya práctica permite desarrollar por igual las distintas partes del cuerpo y al tiempo fomentar cualidades anímicas (coraje, capacidad de sufrimiento, amén de inteligencia y habilidad; cf. Platón, *Leyes* 796a), explica sobradamente su notable presencia en la educación física escolar y en el deporte de competición ya como prueba independiente ya como disciplina última, y muchas veces decisiva, del pentatlo.

Tampoco va descaminado Gardiner cuando afirma que "la lucha es el más antiguo y más ampliamente extendido de todos los deportes". Así lo testimonia no sólo su difusión, en una u otra modalidad, entre prácticamente todas las culturas conocidas, incluyendo los pueblos primitivos de nuestra época, sino más en concreto diferentes relieves y pinturas murales que documentan su práctica a partir del cuarto milenio a.C. en el Cercano Oriente y en Egipto (cf. Weiler 22ss.; Olivová 21ss. y 41ss.; Poliakoff, *Combat...*, 25ss.). Particularmente significativos son los relieves de la tumba de Vizier Ptahhotpe en Saqqara y sobre todo las pinturas murales de Beni Hassan, que, con sus 122 parejas de luchadores, muestran el asombroso desarrollo que había alcanzado la lucha en el Egipto del tercer milenio anterior a nuestra era: es difícil, en efecto, hallar presas y movimientos que no aparezcan representados en tales pinturas.

En lo que a Grecia se refiere, ya se ha señalado la presencia de competiciones de lucha en la Creta minoica (cf. 1.1.2). La primera narración literaria de un combate (descrito, por cierto, con notable precisión) se encuentra en *Ilíada* 23.700-739 y en él se enfrentan dos de los más fuertes guerreros del ejército griego, Ayante Telamonio y Odiseo, ninguno de los cuales, pese a emplearse al límite de sus fuerzas, logra imponerse sobre su rival, de manera que Aquiles, árbitro de la contienda, determina combate nulo. Por otro lado, el origen de la lucha se hacía

remontar a época mítica y se ponía en relación con héroes que se sirvieron de sus técnicas para realizar sus hazañas, tales como Heracles (en sus combates contra el gigante Anteo, el dios-río Aqueloo o el monstruoso león de Nemea), su *alter ego* ático Teseo (que derrotó a Cerción en su propia palestra) o Peleo en su lucha con la heroína Atalanta durante los juegos fúnebres en honor de Pelias (figura 25); su invención se atribuye igualmente a Hermes o bien a su hija (o enamorada), la divinidad epónima Palestra.

La introducción de la lucha en el programa de los Juegos Olímpicos data del año 708 a.C. (en la misma Olimpíada en que se disputó por vez primera el pentatlo) y durante el siglo siguiente, concretamente a partir de la Olimpíada 37 (632 a.C.), tuvieron lugar las primeras competiciones reservadas a los jóvenes, en las pruebas del estadio y la lucha. El hecho de que la lucha fuera, junto con el estadio, la primera disciplina en ser disputada en categorías inferiores no es sino un fiel reflejo del importante papel que se le asignaba en la educación física escolar, tanto en los sistemas educativos representados por Esparta y Atenas como en los propuestos por pensadores como Platón y soldados como Epaminondas, tan crítico, por otro lado, con respecto al deporte de su tiempo. El destacado lugar que la lucha ocupaba en la educación física queda patente en el empleo de la palabra "palestra" (literalmente "lugar donde se lucha") para denominar el recinto en el que se desarrollaba el entrenamiento de niños y jóvenes; los adultos, posteriormente, seguían acudiendo a ella con el fin de mantener su buena forma física y al tiempo cultivar viejas amistades y hacer otras nuevas, de manera que las palestras ejercían igualmente la función de "clubs sociales" donde jóvenes y adultos pasaban buena parte de su tiempo libre (cf. Platón, *Banquete* 217b y ss., donde el joven Alcibíades invita a Sócrates a practicar con él la lucha, ejercicio que, obviamente, ofrecía muchas oportunidades para el contacto físico, por ver si de esa manera progresaba en su intento de estrechar sus relaciones amorosas con el filósofo). La lucha, por último, formaba parte asímismo de los ejercicios que practicaban las mujeres en Esparta y otras ciudades del ámbito cultural dorio, e incluso nos han llegado noticias, si bien de credibilidad dudosa, que nos hablan de luchas mixtas entre jóvenes de ambos sexos en la isla de Quíos (sobre todo ello, cf.1.3.3).

Para la instrucción en una disciplina como la lucha, que exige un alto grado de preparación técnica, los pedotribas griegos aplicaban un sistema progresivo de enseñanza, que probablemente poco tenía que envidiar a los métodos modernos. Testimonios literarios y pictóricos permiten reconstruir las siguientes fases:

1) De Luciano, *Anacarsis* 24, puede deducirse que un paso previo a la enseñanza de las técnicas propiamente dichas de la lucha consistía en aprender "*a caer al suelo con seguridad*", precaución indispensable para evitar lesiones.

2) A continuación el entrenador ensañaba las figuras, movimientos y presas, que cada alumno practicaba por separado, escalonándose de acuerdo con su grado de dificultad y dureza.

3) En la fase siguiente, es posible que se continuara el aprendizaje de figuras y llaves, pero tomando los alumnos un primer contacto con la lucha cuerpo a cuerpo; en los vasos pintados, en efecto, hay representadas escenas en las que uno de los luchadores adopta una actitud completamente pasiva, en tanto que su rival ensaya la aplicación de una presa.

4) La iniciación en combates serios empezaba probablemente con el enfrentamiento entre dos muchachos de semejante nivel técnico, bajo la atenta dirección del entrenador.

5) Una quinta fase de perfeccionamiento consistía, según Patrucco (p.303ss.), en el combate con un luchador más experto, que aconsejaba de manera práctica sobre la correcta realización de los movimientos y aumentaba progresivamente la dificultad de los ejercicios.

En un papiro del siglo II de nuestra era (*Pap.Oxy.* 3.466) se nos ha conservado un fragmento de un manual de enseñanza de las técnicas de la lucha. Aunque el significado concreto de diversos términos es puramente conjetural (se trata en general de palabras frecuentes, pero de interpretación insegura en el argot deportivo; cf. Poliakoff, *Studies...* 161ss.) el pasaje refleja sin duda la fase cuarta del entrenamiento, en la que el entrenador va dando órdenes alternativamente a dos muchachos, indicando a uno de ellos cómo debe realizar determinados movimientos de ataque y al otro cómo debe replicar: "*Tú, agárralo por debajo con la derecha. –Tú, agáchate. –Tú, ataca. –Tú, suéltate y date la vuelta. –Tú,*

haz una presa. –...Tú, ataca. –Tú, aparta el pie del cuerpo y agárralo por debajo con la derecha. –...Tú, ataca, levanta el brazo izquierdo y cámbialo de lugar. –Tú, haz una presa de mentón. –...Por el otro lado pégate a su tronco y haz una presa de cabeza con la derecha. –Tú, rodéale. –Tú, agárralo por debajo con la misma mano (?). –Tú, haz una presa separando las piernas. –Tú, agárralo por debajo con la derecha. –Tú, rodéalo por donde te agarra y cógelo por el costado con la izquierda. –Tú, apártalo con la izquierda. –Tú, haz la presa desplazándolo. –Tú, date la vuelta. –Tú, haz la presa por los dos lados. –Tú, mueve el pie ", etc. (la traducción está basada en el texto dispuesto por Cazzaniga).

De la extraordinaria difusión que la práctica de la lucha alcanzó en la antigua Grecia entre individuos de todas las edades, es prueba suficiente su constante aparición en las escenas deportivas representadas en las pinturas vasculares, así como el frecuente empleo de metáforas tomadas de esta disciplina atlética en las obras literarias, sobre todo en poesía y muy particularmente en la comedia. Al mismísimo Protágoras atribuye Diógenes Laercio (9.55) la composición de un tratado *Sobre la lucha*, perdido para nosotros. El hecho de que, entre los deportes pesados (siempre espectaculares y atractivos para el público, en buena medida a causa de su propia dureza) la lucha fuera la disciplina al tiempo más completa y menos peligrosa explica sobradamente su presencia habitual en las escuelas y en la ejercitación posterior de los adultos. Conocemos, no obstante, los nombres de algunos luchadores muertos en el transcurso de la competición o de resultas de ella (cf. 1.3.2.4), así como los métodos "novedosos", poco ortodoxos y nada deportivos, de que se valieron ciertos atletas, al parecer con no excesiva preparación técnica, para derrotar a sus adversarios, como es el caso del siciliano de Mesina Leontisco, quien logró la victoria rompiendo los dedos de su rival (Pausanias 6.4.2).

3.6.2. Los combates

La lucha, al igual que el boxeo y el pancracio (aunque quizá en menor medida, ya que la agilidad jugaba también un papel importante),

terminó por convertirse en feudo casi exclusivo de los atletas pesados, dado que el deporte griego desconocía la división de los participantes según su peso corporal y sólo eran distribuídos, de acuerdo con su edad, en las categorías de "adultos" y "niños", a las que se añadía otra intermedia en algunos juegos, la de los "jóvenes". El hecho de que los atletas con más quilos gozaran de indudable ventaja provocó el desarrollo de dietas alimenticias basadas primordialmente en la ingestión de grandes cantidades de carne, con las cuales los entrenadores pretendían aumentar la corpulencia y musculatura de sus pupilos. El resultado natural fue que, como muestran las artes plásticas, la lucha pudo terminar por convertirse en un combate entre colosos (a menudo han sido comparados con los atletas japoneses de sumo), cuyo voraz apetito se hizo proverbial (cf. Aristófanes, *Paz* 33-37, así como varias anécdotas referentes a Milón de Crotona; véase 1.3.2.3), en evidente contraste con la pormenorizada descripción que nos proporciona Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 35) del luchador ideal: "*El luchador teóricamente perfecto debe ser más alto de lo que exigiría la estricta proporción, pero de estructura física proporcionada, con un cuello que no sea largo ni tampoco incrustado en los hombros... Un brazo bien marcado es bueno para la lucha... y el mejor pecho es prominente y sobresaliente..., pero es también bello el pecho moderadamente sobresaliente... El vientre debe estar metido hacia el abdomen... y no apoyarse en una ingle delgada, sino robusta... Espaldas bellas son las rectas, pero más atléticas son las ligeramente curvadas, porque son más apropiadas para la postura de la lucha, que es curvada e inclinada hacia delante... Las caderas, ya que son el eje en torno al cual giran los miembros superiores e inferiores, es preciso que sean ágiles, flexibles y de fácil giro... La parte que cae debajo de la cadera no debe ser ni demasiado delgada ni tampoco desarrollada en exceso..., sino que debe sobresalir marcadamente y de manera adecuada para un luchador. Los costados que son flexibles... hacen atletas aptos para atacar y defenderse en la lucha... Las nalgas estrechas son débiles y las más anchas lentas, mientras que las que permiten moverse con facilidad son adecuadas para todo. Unos muslos sólidos y sobresalientes resultan a la vez hermosos y fuertes y todo lo soportan bien... Las piernas no deben subir rectas desde los tobillos, sino curvadas hacia adentro, permi-*

tiendo que el cuerpo se apoye, de la misma manera que no es recta la parte baja de las columnas que sirve de asiento".

Como es sobradamente conocido (cf. al respecto 1.3.2.3), los luchadores, como los demás atletas, antes de iniciar el combate y también sus entrenamientos ungían cuidadosamente su cuerpo con aceite, sobre el que aplicaban a continuación una fina capa de arena a fin de que la piel no estuviera en exceso resbaladiza y ello no fuera un obstáculo para realizar de manera adecuada las presas. El entrenamiento tenía lugar en la palestra y las competiciones de lucha en la parte del estadio denominada *skámna* (literalmente "lugar en el que se ha cavado"), donde igualmente se llevaban a cabo los combates de boxeo y pancracio. Dado que la misma palabra, *skámma*, designa también el foso de caída de los saltadores, Harris (*GAA* 104) ha supuesto que se trata de dos lugares diferentes, ya que "un foso de salto debe ser blando para evitar lesiones en la caída de los atletas, mientras que boxeo y lucha exigen una base firme"; no es preciso, sin embargo, recurrir a tal explicación, pues basta con admitir que la arena del *skámma* era simplemente ablandada antes de que se iniciara la competición de salto con los picos que tan a menudo aparecen representados en las pinturas cerámicas.

En las competiciones deportivas, el emparejamiento de los participantes en la prueba de la lucha (y asímismo de quienes disputaban boxeo y pancracio) se realizaba mediante sorteo en cada una de las eliminatorias, quedando exentos en cada caso los competidores sobrantes (*éphedroi*), tal como describe con pormenor Luciano (*Hermótimo* 39-40):"*Una urna de plata consagrada al dios se coloca delante de los atletas. Se echan dentro guijarros pequeños, del tamaño de habas, con letras inscritas. En dos de ellos se inscribe la letra alfa, en dos la beta, en otros dos la gamma y así sucesivamente... Cada uno de los atletas se acerca entonces, eleva una plegaria a Zeus, mete la mano en la urna y saca un guijarro, y después de él lo hace otro* [luchando entre sí los que hayan sacado un guijarro con la misma letra]... *Si el número de participantes es impar... se inscribe en un único guijarro una letra... que no tiene duplicado, y el que la coge pasa a la siguiente eliminatoria, aguardando hasta que los demás hayan competido. Y es una gran suerte para los atletas el hecho de competir luego frescos con rivales cansados*".

Los combates se desarrollaban sin solución de continuidad, sin divisiones por asaltos, hasta que uno de los atletas conseguía infringir a su adversario tres derribos válidos (cf. Platón, *Fedro* 256b, *Eutidemo* 277d, *República* 583b; Séneca, *Sobre los beneficios* 5.3, y especialmente Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 11), a no ser que la pelea acabara antes de tiempo porque uno de los contrincantes levantara el dedo índice en señal de abandono, o simplemente no llegara siquiera a celebrarse el combate si alguno de los luchadores tenía algún motivo para no presentarse (como pudiera ser, y así sucedía con cierta frecuencia, el hecho de que el sorteo le hubiera jugado una mala pasada asignándole como adversario a un Milón de Crotona u otro inaccesible rival, ante el cual la prudencia aconsejaba una retirada a tiempo; se decía entonces que un luchador había conseguido la victoria *akonití*, "sin tocar el polvo"). Después de cada caída se permitía al atleta derribado recuperar la verticalidad y continuar el combate, que no proseguía, por tanto, en el suelo, como algunos estudiosos han supuesto (cf., por ejemplo, Diem 154), malinterpretando la distinción que nuestras fuentes antiguas hacen entre *orthè pále* ("lucha en pie") y *alíndesis* o *kýlisis* (literalmente "revolcón"). Actualmente se considera fuera de toda duda que únicamente el primer término designa la lucha deportiva griega, en tanto que los otros dos vocablos hacen referencia a una fase del pancracio, en el que, efectivamente, el combate continuaba por los suelos (cf.3.8.2).

Qué condiciones debía reunir una caída para ser considerada válida es cuestión que plantea alguna dificultad. Diversos testimonios literarios permiten asegurar, sin ningún género de dudas, que, al igual que en la lucha moderna, e tenían en cuenta caídas en las que el atleta derribado tocaba el suelo con sus hombros o su espalda (Aristófanes, *Caballeros* 571-3; Esquilo, *Suplicantes* 90-91; *Antología Palatina* 9.588, 16.25, etc). Un epigrama de la *Antología Palatina* (11.316) parece indicar que también contaban para la victoria las caídas sobre el costado: "*Una vez Milón fue el único luchador que se presentó a unos juegos sagrados, y al punto el juez del certamen lo llamó para coronarlo. Pero, cuando se acercaba a él, (Milón) resbaló y cayó sobre un costado. Los espectadores clamaron que no coronara a quien había caído siendo el único participante. Pero Milón se*

levantó en medio del público y gritó: 'no han sido tres caídas, sino una; ¡que alguien me tire otras dos veces!'".

La mayor dificultad consiste, entonces, en determinar si la acción de apoyar en tierra una rodilla era considerada como caída válida. Un epigrama, tambien dedicado a Milón de Crotona, que se ha atribuído al poeta Simónides (fr.25 Page: "*Ésta es la hermosa estatua del hermoso Milón, que venció siete veces en Pisa sin haber caído de rodillas*") habla en favor de esta hipótesis, y lo mismo cabe decir de varios textos en los que se emplean metáforas deportivas tomadas del ámbito de la lucha (Esquilo, *Agamenón* 63-64, y quizá también Esquilo, *Persas* 929-30, y Solón, fr.4a.2-3 West). No obstante, entre las frecuentes escenas de lucha que aparecen representadas en los vasos, algunas de ellas muestran a atletas que derriban o intentan derribar al adversario mediante llaves que realizan apoyando en tierra una rodilla. Por eso algunos autores (como es el caso de Gardiner, aun reconociendo sus serias dudas al respecto) sostienen que el hecho de tocar el suelo con las rodillas no podría haberse considerado como una caída. Hay, sin embargo, un camino para compaginar las informaciones, aparentemente contradictorias, de nuestros testimonios literarios y artísticos, y es la solución admitida generalmente por quienes han dedicado últimamente algunas páginas al estudio del problema (Rudolph, Patrucco, Weiler, etc.; cf. también Finley-Pleket 38): de manera similar a lo que ocurre en la moderna lucha grecorromana los reglamentos en el plano teórico y en la práctica el critero de los jueces de la prueba distinguirían cuándo una caída era provocada y cuándo el luchador tocaba el suelo para realizar una llave con mayor eficacia. En consecuencia, la caída de rodillas sería también tenida en cuenta para el triunfo final si uno de los atletas era obligado a ello por su adversario (Poliakoff, *Combat...*, sugiere que las expresiones empleadas en los textos citados se explican simplemente porque aunque caer de rodillas no significaba la derrota para un luchador, lo colocaba a menudo en precaria situación, de manera que no es de extrañar que caer de rodillas se convirtiese en una metáfora para significar "estar en situación desventajosa").

Son muy numerosos los textos literarios y las representaciones artís-

ticas que nos informan sobre las presas a las que un luchador podía recurrir para derribar a su rival, aunque también en este aspecto queden todavía algunos puntos no definitivamente dilucidados. Las pinturas vasculares, en efecto, reflejan un amplio repertorio de llaves y los textos nos dan a conocer numerosos términos técnicos, frecuentemente de difícil interpretación (véanse al respecto los pormenorizados estudios de Rudolph, Jüthner, Patrucco o Poliakoff; cf. asimismo Gardiner, *AAW* 181ss., y Harris, *GAA* 207, n.59). Tales testimonios permiten deducir que la antigua lucha griega era más permisiva que la moderna lucha grecorromana (en la que solamente se consienten presas en la parte superior del cuerpo). No obstante, resulta probablemente exagerada la afirmación de Finley-Pleket (p.39) de que "presumiblemente estaba prohibido morder y sacar los ojos, pero no mucho más", pues tampoco debían de permitirse golpes fuertes, estrangulamientos (cf., no obstante, Poliakoff, *Combat...* 28), torsión de articulaciones y otras violencias por el estilo, pese a que el ya comentado caso de Leontisco haya provocado dudas al respecto (su carácter excepcional lleva a pensar, sin embargo, que su peculiar método para obtener la victoria fuera declarado de inmediato ilegal; cf. Poliakoff, *ibidem*).

Las mejor documentadas, y seguramente más empleadas, son las llaves que tenían por objeto la parte superior del cuerpo, y no en vano asegura Platón (*Leyes* 796a) que la lucha contribuye "*al desarrollo de cuello, brazos y costados*". La postura adoptada por los luchadores para iniciar el combate, a menudo plasmada por los pintores y escultores, se asemeja enormemente a la de sus colegas modernos: con los pies firmemente plantados en el suelo, una pierna retrasada y las rodillas ligeramente dobladas, los luchadores arquean sus espaldas hasta incluso chocar cabeza con cabeza, mientras mueven nerviosamente las manos en busca de la presa que les haga cobrar ventaja desde el comienzo (figura 60). A continuación, cada atleta intenta derribar a su adversario volteándolo por encima del hombro tras asirlo por un brazo (figura 64), agarrándolo fuertemente por la cintura mientras lo levanta en vilo (figuras 61 y 62) o haciendo presa en la nuca y los hombros (*trakhelismós*, figura 63). Otros textos, ya desde la descripción homérica de la lucha entre Ayante y

Odiseo (*Ilíada* 23.726), mencionan el empleo de las piernas para hacer caer al rival (cf., por ejemplo, Luciano, *Anacarsis* 1; Platón, *Eutidemo* 278b; Polux, *s.v. hyposkelízein*). Algunas pinturas vasculares parecen ratificar que la típica zancadilla era recurso permitido en la lucha griega, pero no hay, en cambio, representaciones de presas efectuadas con los brazos sobre las piernas del adversario, lo cual quiere decir bien que no se consideraban legales, al contrario que en el pancracio, las llaves efectuadas en la parte inferior del cuerpo (así, Patrucco 293ss.), bien, más probablemente, que tales presas eran menos empleadas por ser menos efectivas para derribar al adversario en la posición requerida (Rudolph, y también Gardiner, *GAS* 380-1 y *AAW* 183, aunque con dudas).

Digamos, por último, que algunos textos pudieran indicar la existencia de modalidades locales de la lucha o bien de especialización de los atletas de una escuela determinada en ciertos tipos de llaves. Así, el adjetivo *hedrostróphoi* ("volteadores de posaderas", aunque hay quien intepreta el término en el sentido "de ágiles posaderas") con el que son calificados los boxeadores argivos en Teócrito 24.111 quizá quiera suge rir que ésa era su presa favorita. En cambio, otras expresiones como "lucha tesalia" (Eustacio 331.37) o "sicilianear" (empleado en su calidad de término deportivo de esta especialidad atlética por Eliano, *Historias Variadas* 11.1) designan probablemente modalidades locales que no tuvieron entrada en los grandes eventos deportivos y no variaciones estilísticas propias de luchadores de una determinada ciudad, como quiere Diem (p.155).

BIBLIOGRAFÍA

M. Bulard, "Akrokheirismós". *REA* XXVI 1924, 193-215; I. Cazzaniga. "Osservazioni critiche intorno ai *P.Oxy.* 466 e *P.Oxy.* 2221, 1, 26, I: frammento di manuale di lotta del II sec. d.C.", *Athenaeum* XLII 1964, 373-80; R. Desmed, "Une leçon de gymnastique au IIe. siècle de notre ère", *Prométhée* XXVI 1956, 914-5; E.N. Gardiner, "Wrestling I and II", *JHS* XXV 1905, 14-31 y 263-93; J. Jüthner,

"Akóniton-akonití", *Glotta* XXIX 1941, 73-7; R. Katzoff, "Where Did the Greeks of the Roman Period Practice Wrestling," *AJA* XC 1986, 437-40; M. Piernavieja, "La lucha en la Antigüedad", *Deporte 2000* V, Marzo 1973; M. Poliakoff, *Studies in the Terminology of the Greek Combat Sports*, Königstein 1982 (cf. P.A. Bernardini, *QUCC* XLIV 1983, 173-84); id., *Combat Sports in the Ancient World*, Yale 1987; W. Rudolph, *Olympischer Kampfsport in der Antike*, Berlín 1965; id., "Die Schwerathletik in den antiken olympischen Spielen und die Zuordnung künstlerischer Denkmäler zu den einzelnen Disziplinen", en *Neue Beiträge zur Geschichte der alten Welt*, Berlín 1964, I 265-73.

3.7. EL BOXEO

3.7.1. Orígenes y características generales

La popularidad del boxeo como espectáculo deportivo queda fuera de toda duda con sólo atender al entusiasmo que, en las descripciones literarias de combates pugilísticos, muestra un público cuya emoción estalla particularmente en el momento en el que uno de los dos contendientes cae derribado bajo los puños de su rival. No obstante, dado el carácter más violento de esta disciplina, la importancia de su papel en la educación física de las escuelas y en la ejercitación posterior de los hombres en palestras y gimnasios no es en modo alguno comparable con la función que se asignaba a la lucha, aunque tanto en Esparta como en Atenas el pugilato posiblemente tenía cabida en el entrenamiento físico de los jóvenes (cf.1.3.1, y también 1.3.3 sobre su ausencia del deporte femenino) y desde 616 a.C. se disputaba en Olimpia una competición de boxeo infantil (véanse, por ejemplo, las *Olímpicas* 10 y 11 de Píndaro, dedicadas al púgil infantil Hagesidamo de Locros).

Dentro del ámbito cultural griego, el boxeo es disciplina deportiva conocida ya desde nuestros primeros documentos literarios y artísticos. Como pudimos comprobar en su momento, su práctica, tanto entre adultos como entre niños, se encuentra notablemente bien atestiguada en el arte minoico, que refleja, por lo demás, un alto nivel técnico y un cuidadoso entrenamiento por parte de los púgiles. Es difícil, sin embargo, determinar la exacta relación existente entre el boxeo cretense y el que se practicaba en la Grecia del primer milenio a.C., documentado ya en vasos de estilo geométrico.

En la esfera del mito (otro indicio de la antigüedad que se atribuía a este deporte), la invención del pugilato se adjudica, como suele ser habitual, a diferentes dioses y héroes, ya sea a Apolo (la divinidad que concede la victoria en el boxeo en *Ilíada* 23.660 y que recibe el sobrenombre de *pýktes*, "boxeador", en Plutarco, *Problemas de banquete* 724c), ya a Heracles, al héroe ático Teseo o al lacedemonio Polideuces (cf. figura 22), cuyo combate con Ámico, el gigantesco rey de los bébrices, durante la expedición de los Argonautas a la Cólquide es relatado con

todo lujo de detalles por Teócrito 22 (cf. Apolonio de Rodas 2.1ss.). Precisamente a los espartanos asigna Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 8-9) el desarrollo del boxeo, como preparación para la guerra (porque no usaban, se nos dice, casco, sino solamente escudo, de manera que impulsaron el boxeo para evitar recibir golpes en el rostro), si bien, como veremos más adelante, ellos no tomaban parte en esta disciplina en las competiciones agonísticas.

Si la narración de Teócrito es quizá la más precisa descripción de un combate pugilístico que nos ha legado la literatura greco-latina, en dos pasajes homéricos (*Ilíada* 23.653ss. y *Odisea* 18.66ss.) encontramos ya el relato pormenorizado y lleno de viveza de sendas peleas. En el primero de ellos Epeo y Euríalo se disputan los premios que Aquiles ofrece para honrar la memoria de Patroclo en un combate gobernado por reglas estrictas entre dos experimentados púgiles. Como contraste, el segundo texto describe una improvisada pelea entre el mendigo Iro y el falso pordiosero Odiseo, la cual, pese a su carácter imprevisto y poco ortodoxo, presenta muchos aspectos comparables con el combate narrado en la *Ilíada*: la viveza y pormenor del relato, la excitada participación del público, el K.O. que pone fin a ambos combates y, por último, las fanfarronerías y amenazas de los momentos previos a la pelea como medio de intimidar al adversario, práctica bien conocida en el boxeo moderno (para más detalles, cf.1.2; la conducta jactanciosa de los atletas es criticada en el ya comentado fr.282 de Eurípides).

Una disciplina como el boxeo requiere un cuidadoso entrenamiento físico y una preparación sumamente rigurosa en el aspecto técnico. Tanto la óptima puesta a punto física, la dieta y el régimen de vida al que debían someterse los púgiles como la preparación técnica eran supervisados por los entrenadores, que además dirigían a sus pupilos durante el combate aconsejándoles la táctica más provechosa en cada momento (cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 28). El papel del entrenador es, pues, de una importancia extraordinaria para el éxito de un boxeador, de manera que no extrañan los elogios que se les dedican en los epinicios (Píndaro, *Olímpicas* 10.16ss.); los entrenadores sólo son alabados en odas dedicadas a atletas, siempre niños o jóvenes, vencedores en boxeo, lucha y pancracio.

Sobre el progresivo desarrollo de los métodos de entrenamiento en lo que a la preparación física se refiere ya se ha hablado en 1.3.2.3; aludiremos a continuación únicamente a los ejercicios destinados de manera específica a mejorar la formación técnica de los púgiles. Tres métodos, ya comentados por Platón (*Leyes* 830a-e) y extraordinariamente similares a los empleados en el deporte moderno, conocemos por nuestras fuentes antiguas: el *punch-ball*, la "lucha con la sombra" y el enfrentamiento con *sparrings*. El uso de sacos rellenos (*kórykoi*), ya fuera de harina, arena o higos secos, se encuentra ampliamente documentado por testimonios literarios y artísticos (figura 70; cf.1.3.2.3 sobre los textos que nos hablan de éste y otros sistemas de entrenamiento); contra ellos los púgiles ensayaban sus golpes e incluso se daban de cabezazos con vistas a fortalecer esa parte del cuerpo, la más castigada por los puños de los adversarios. Como antecedente de nuestro entrenamiento ante el espejo, también practicaban los boxeadores griegos la *skiamakhía* o "lucha con la sombra" como medio de perfeccionar el estilo y con ello la eficacia de los golpes. Por último, no faltaba tampoco el enfrentamiento con adversarios directos que hacían de *sparrings* y eran conocidos popularmente como "estatuas" (*andriántes*); durante esos combates de entrenamiento los púgiles portaban protecciones especiales en la cabeza, como más adelante comentaremos.

3.7.2. Los combates. Evolución del boxeo griego. Técnicas permitidas y prohibidas

El emparejamiento de los boxeadores inscritos en una competición se realizaba mediante el mismo procedimiento empleado para la lucha (cf. 3.6.2), y, al igual que en la lucha, los combates se desarrollaban de forma continuada, sin límite de tiempo y sin divisiones por asaltos y sólo momentáneamente interrumpidos cuando uno de los púgiles caía derribado o ambos se tomaban un respiro para recobrar el aliento, pero sin abandonar sus posiciones (Apolonio de Rodas 2.85ss.).

Si dejamos aparte la posibilidad, ya comentada a propósito de la lucha, de que un atleta superara una eliminatoria sin combatir, bien

porque así lo determinara el sorteo declarándolo exento, bien por renuncia de su adversario (sobre todo si se trataba de legendarios púgiles como Teógenes de Tasos, que obtuvo la victoria "sin tocar el polvo" en los Juegos Píticos), de dos maneras podía finalizar un combate de boxeo en los juegos de la antigua Grecia: cuando uno de los púgiles era noqueado o abandonaba ante la evidente superioridad del rival.

Las pinturas vasculares y los testimonios literarios describen con cierta frecuencia el final de un combate por K.O., como el que, en los funerales en honor de Patroclo, disputan Epeo y Eurílo: "*atacó el divino Epeo y golpeó la mejilla de su rival, que ya no permaneció en pie más tiempo, porque desfallecieron sus brillantes miembros... así golpeado cayó, y el magnánimo Epeo lo cogió con las manos y lo levantó. Rodearon a Eurílo sus compañeros y se lo llevaron a través del lugar del combate arrastrando los pies, escupiendo espesa sangre e inclinando la cabeza hacia un lado*" (*Ilíada* 23.690ss.; cf. *Odisea* 18.66ss., Apolonio de Rodas 2.90ss., Opiano, *Cinegético* 4.200ss.). Igualmente bien documentado por ambos tipos de fuentes, literarias y pictóricas, se encuentra el final de un combate por abandono de uno de los púgiles (*apagoreúein*), para lo cual el atleta derrotado alzaba la mano (normalmente con el dedo índice levantado); así acaba la pelea mítica entre Polideuces y Ámico que describe Teócrito (22.123ss.): "*y al mismo tiempo (Polideuces) golpeó (a Ámico) con su pesada mano bajo su sien izquierda y dejó caer el peso del hombro. Brotó negra sangre rápidamente de la sien abierta, y le golpeó la boca con la izquierda y los dientes, apretados, crujieron; con golpes más y más veloces le fue hiriendo el rostro hasta desgarrarle las mejillas. Y todo él quedó tumbado en el suelo con el sentido extraviado y levantó a la vez ambas manos renunciando a la lucha, porque estaba cerca de la muerte*". A la posibilidad de que un combate acabara con el abandono de uno de los contendientes se debe precisamente la prohibición de participar en las pruebas de boxeo que pesaba sobre los ciudadanos de Esparta, educados desde niños en la idea de que debían resistir incluso hasta la muerte y no ceder ante adversidades de ningún tipo. En ese sentido debe entenderse probablemente la afirmación de Plutarco de que Licurgo prohibió el pugilato en Esparta (*Licurgo* 19.9; cf.1.3.1.1). Por último, se ha seña-

lado (cf. Patrucco 261ss.) que de un par de inscripciones de los siglos II y III p.C. puede deducirse que el juez de la pelea podía decidir combate nulo, declarando vencedores a los dos púgiles, en caso de manifiesta igualdad (lo mismo cabía que sucediera en la lucha, a juzgar por la pelea entre Ayante y Odiseo en los juegos en honor de Patroclo). No hay, sin embargo, testimonio alguno que nos sugiera la existencia de un sistema de puntuación para asignar el triunfo, semejante al empleado en el boxeo actual.

Es cuestión discutida si en el boxeo de la antigua Grecia debe admitirse la existencia de espacios acotados para combatir similares a nuestros cuadriláteros. Tradicionalmente se ha sostenido (y ello ha traído consigo implicaciones importantes para la historia de la evolución del boxeo griego, como enseguida comprobaremos) que nada semejante a un *ring* delimitaba la capacidad de maniobra de los púgiles (cf. Gardiner, *GAS* 415, *AAW* 201; Jüthner, art. "Pygme" en *RE*, col.1337; Finley-Pleket 37); sin embargo, trabajos recientes han mostrado, a nuestro entender, que los combates tenían lugar en un área delimitada en torno a la cual se disponían los espectadores (cf. Patrucco 248-9; Poliakoff, "Melankomas..."). Ya en *Ilíada* 23.685 se emplea el término *agón* para designar el lugar en el que se desarrollaba el combate, y recientes excavaciones en Nemea parecen sugerir que los boxeadores luchaban sobre una especie de plataforma (Poliakoff, "Melankomas..." 514). Pero hay aún más: sendos vasos datables en fecha tan temprana como el siglo VI a.C. muestran gráficamente la existencia de barreras que impedían a los púgiles adoptar tácticas en exceso defensivas. De los testimonios de antiguos lexicógrafos y comentaristas (Hesiquio, *Etymologicum Magnum*, Eustacio) ha deducido Poliakoff que esa barrera recibía el nombre de *klímax* (propiamente "escalera", probablemente por tratarse de un escalera tumbada o artefacto similar), de manera que no debe entenderse este término en el sentido en que lo interpretó Krause (p.521-2) a partir de un texto de Pausanias (8.40.3) en el que se cuenta que los púgiles Creugas y Damóxeno acordaron resolver la pelea mediante un intercambio de golpes; el *klímax*, entendiendo la palabra en el sentido de "momento culminante" sería, de acuerdo con tal interpretación, un asalto final que podía decretar

el árbitro de un combate igualado y durante el cual los dos adversarios se golpearían sin moverse del lugar (cf.Diem 159).

La idea tradicional de que en el boxeo griego no había nada semejante a un *ring* ha sido aducida frecuentemente como argumento en defensa de la tesis (también puesta en tela de juicio en trabajos recientes) de que el pugilato en Grecia fue evolucionando hasta convertirse en una disciplina conservadora, en la que acabaron por predominar las tácticas defensivas. La descripción que hace Dión Crisóstomo (*Discursos* 28 y 29; cf. Temistio 10 y Eustacio 1324.48ss.) de la estrategia del púgil Melancomas, de la segunda mitad del siglo I p.C., el cual vencía a sus adversarios por agotamiento, manteniendo la guardia indefinidamente (hasta dos días, afirma Dión, hiperbólicamente), ha sido el principal punto de apoyo de esta hipótesis que sostiene "la decadencia del boxeo científico" en época helenística y romana (Gardiner, *AAW* 208; en contra, Harris, *GAA* 99-100, y particularmente Poliakoff, quien argumenta que si el *klímax* se empleaba ya en el siglo VI a.C., no pudo ser "un último esfuerzo para detener la decadencia del boxeo", como se deduce del testimonio de Eustacio).

La preponderancia de las tácticas defensivas habría sido igualmente consecuencia de la ausencia de una división por pesos en el deporte griego, lo que habría conducido al predominio absoluto de los atletas más pesados, de manera que los combates se habrían hecho mucho más lentos y conservadores. Gardiner (*AAW* 208) afirma, no obstante, que "los defectos que se desarrollaron en época helenística y romana no deben adscribirse a los boxeadores griegos del siglo V", de acuerdo con su tesis de que en esa época alcanzó el deporte griego su "edad de oro", a partir de la cual no hubo sino progresiva decadencia. Es discutible, sin embargo, que deba admitirse de manera tan categórica y tajante una evolución tal del boxeo griego hacia el predominio absoluto de la fuerza bruta sobre otras cualidades. De hecho, de los cuatro casos de muertes acaecidas en el transcurso de un combate pugilístico que conocemos, tres se produjeron precisamente en el siglo V a.C. y solamente uno en el II p.C. (cf.1.3.2.4); de modo que no puede descartarse que también en época tardía las tácticas ofensivas, la agilidad y rapidez de movimientos

contribuyeran de manera importante a la obtención de la victoria, al igual que en el combate que describe Teócrito entre el más ligero y hábil Polideuces y el más pesado y fuerte, pero menos inteligente, Ámico. En efecto, pese a la opinión negativa de Frost (p. 218), el pugilato griego, posiblemente en todas sus etapas, no ignoró en modo alguno la importancia del juego de piernas, como pone de manifiesto el pormenorizado relato de Teócrito y, ya un par de siglos antes, el elogio que el poeta Baquílides de Ceos dedica a su compatriota Argeo, vencedor en los Juegos Ístmicos, probablemente en el pugilato infantil, a quien califica "*de fuerte brazo... que tiene el corazón de un león cada vez que sobreviene necesidad de luchar, ligero de pies*" (1.141-5). La misma idea puede deducirse de la descripción que, ya en época imperial, hace Filóstrato del púgil ideal (*Sobre la gimnasia* 34): "*El boxeador debe tener manos grandes, buenos antebrazos y los brazos no* [texto corrupto]...*hombros robustos y cuello largo. En cuanto a las muñecas, las gruesas son más pesadas para golpear, mientras que las menos gruesas son flexibles y golpean con facilidad. Debe apoyarse también sobre sólidas caderas, pues la extensión de los brazos hacia delante desequilibra el cuerpo si no se asienta sobre unas caderas firmes. No considero que las piernas gruesas sean adecuadas para ningún deporte, pero especialmente para el boxeo, pues son ineficaces para llegarse a las piernas de los adversarios y fáciles de sorprender cuando éstos atacan; el boxeador debe tener, en cambio, piernas rectas y bien proporcionadas*".

Pero ha sido el estudio de la evolución que puede observarse en las protecciones que revestían las manos de los púgiles el argumento en el que se han apoyado especialmente quienes defienden la hipótesis de la decadencia del boxeo griego en época tardía, al aumentar su dureza hasta desembocar en la brutalidad (figuras 65, 66 y 67). Las modificaciones que fueron experimentando las protecciones de los boxeadores corren paralelas con la propia evolución de esta disciplina deportiva, pero en ningún caso se puede concluir de ello que el pugilato griego degenerara hasta una situación comparable a la que se ofrecía en los juegos gladiatorios romanos. En general, puede decirse que existe notable acuerdo en la discriminación de los distintos tipos de protecciones que emplearon los

púgiles en las diferentes etapas de la historia del boxeo griego; las discrepancias surgen a la hora de determinar con precisión la denominación exacta que recibió cada uno de ellos, ya que la información que obtenemos de nuestras fuentes escritas es en exceso vaga.

La etapa inicial de la historia del boxeo en el ámbito cultural griego está representada por el deporte de la Creta minoica. Los púgiles que figuran en los documentos artísticos de la época aparecen habitualmente protegidos por una especie de casco que cubre cabeza y rostro, en tanto que otras fuertes protecciones revisten las manos y el antebrazo hasta más arriba del codo. Todo ello parece indicar, pese a la opinión contraria de Coulomb (para quien se trata simplemente de protecciones preventivas), que los guantes que portaban los boxeadores tenían posiblemente notable poder destructivo. Por lo demás, los atletas llevan, en torno a sus riñones, una especie de cinturón, que se corresponde con el *zôma* que ciñe la cintura de Epeo y Euríalo, los púgiles que se disputan la victoria en los homéricos juegos en honor de Patroclo (los púgiles de época posterior combaten ya desnudos). En cuanto al combate descrito en *Odisea*, dado su carácter informal, no extraña que lo que se ciña Odiseo en torno al vientre sean sus propios harapos y que ambos rivales luchen con los puños desnudos. Euríalo, en cambio, cubre sus manos con unas "*bien cortadas correas de buey que vive en el campo*" que le ofrece Diomedes (*Ilíada* 23.684) y que constituyeron el atuendo de los púgiles hasta el siglo V a.C. Se trata, como bien muestra la cerámica (figura 65) y algunas descripciones literarias (Pausanias 8.40.3; Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 10), de largas tiras de piel de buey (*himántes*) que se ataban con numerosas vueltas en torno a las manos y a las muñecas, dejando libre el dedo pulgar y manteniendo unidos los cuatros restantes. Su finalidad, más que amortiguar la dureza del golpe, como sostiene Patrucco, era probablemente proteger los puños de los púgiles (cf., por ejemplo, Rudolph 9-10), y recibían el nombre de "correas más blandas" o "suaves" (*himántes malakóteroi* o *meílikhai*, términos considerados sinónimos ya por Krause y cuya identidad sólo ha puesto en duda Scanlon recientemente); algunos autores (Harris, *GAA* 98; cf. Poliakoff, *Studies...* 54ss.) estiman que la denominación "hormigas" (*mýrmekes*),

que en el argot deportivo designaba algún tipo de protección de los puños, por comparación con la picadura o cosquilleo que produce el animal, debe identificarse precisamente con esas correas, aunque otros estudiosos sostienen que se corresponden con el guante empleado posteriormente (Patrucco 245) o incluso con el *caestus* romano (Reinmuth, art. "Pygme" en *Kleine Pauly*, col.1247).

Las pinturas vasculares y otras representaciones artísticas nos permiten asegurar que en algún momento del siglo IV a.C. el atuendo tradicional de los púgiles fue sustituído por otro tipo de protección, formado a base de correas más duras y dañinas (cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 10), que aumentaban en consecuencia la eficacia del golpe y la espectacularidad del combate, como indica ya su denominación, "correas agudas o cortantes" (*himántes oxeîs*). La principal novedad de las nuevas protecciones, que serían empleadas durante las épocas helenística e imperial, con respecto al atavío de los púgiles de siglos anteriores consiste en la adición de una especie de gran anillo que rodea los nudillos de todos los dedos excepto el pulgar, formado por fuertes tiras de cuero superpuestas sólidamente apretadas (figura 67). Las correas cubren buena parte del antebrazo y se rematan con dos gruesas pulseras de lana, que protegen de los golpes y quizá al tiempo permiten al atleta secarse el sudor, anticipando una práctica habitual en el deporte moderno. Patrucco (p.234ss. y 244; cf. ya Gardiner, *AAW* 197, y Jüthner, *Ueber antike Turngeräthe*, Viena 1896, 82) afirma la existencia de una etapa intermedia entre los *himántes malakóteroi* y los *himántes oxeîs*, atestiguada tal vez por un ánfora de 336 a.C. que representa el combate entre dos púgiles que protegen sus puños con una especie de guantes blandos (figura 66); en opinión del autor italiano, tales guantes pueden identificarse con las *sphaîrai* ("pelotas") a las que alude Platón en *Leyes* 830b, aunque la identificación es problemática, como se verá poco más adelante.

En lo que se refiere al boxeo de época tardía, los estudios más recientes reflejan unanimidad de opiniones en un aspecto importante: hay que distinguir muy claramente entre la tradición deportiva griega y la etrusco-latina, en el sentido de que en los juegos deportivos griegos nunca se empleó el sanguinario *caestus* romano, provisto de masas metá-

licas de hierro y plomo para incrementar la contundencia de los golpes (cf.Virgilio, *Eneida* 5.400ss.) y propios de un espectáculo pseudodeportivo en estrecha relación con los combates de gladiadores. Así pues, el boxeo griego, aun siendo más duro y sangriento que el de nuestro siglo, nunca llegó al grado de brutalidad que alcanzó en la tradición occidental romana y probablemente se mantuvo siempre dentro de unos límites que permiten catalogarlo como actividad deportiva.

Digamos, finalmente, acerca del atuendo de los púgiles, que durante los entrenamientos y las prácticas boxísticas no competitivas llevaban ciertas protecciones para evitar heridas y lesiones innecesarias. Plutarco (*Sobre el escuchar* 38a, *Problemas de banquete* 706d; cf. Platón el cómico, fr.256) menciona las *amphotídes* o "cubreorejas", y Platón (*Leyes* 830bc) aconseja emplear en los entrenamientos "pelotas" (*sphaîrai*), "*para ejercitarse lo más eficazmente posible en dar y evitar los golpes*". Este último texto se ha interpretado en dos sentidos. Patrucco entiende la expresión "lo más eficazmente posible" en el sentido de que el entrenamiento con *sphaîrai* reproduciría mejor las circunstancias reales de la guerra (que es el objetivo principal del entrenamiento boxístico en la utópica comunidad platónica), de manera que se trataría de un tipo de guante menos blando que el habitual en siglos anteriores y que él identifica con el que llevan los boxeadores de un ánfora datable en 336 y a la que nos hemos referido anteriormente. Sin embargo, la expresión suele entenderse más bien en el sentido de que las *sphaîrai* eran un tipo de guante blando, de manera que, al provocar menos daños, haría que los practicantes del boxeo se aplicaran con mayor celo a su ejercicio; en este caso se trataría, pues, de un atuendo empleado exclusivamente en entrenamientos y quizá idéntico a la *episphaîra* a la que alude Plutarco (*Preceptos sobre el arte de gobernar* 825e) como protección que contribuye a hacer menos violentos los golpes (cf. Borthwick; Harris, *GAA* 98-9; Poliakoff, *Studies...* 88ss, y *Combat...* 73; en contra, Patrucco 245). Hoy se descarta totalmente la posibilidad de identificar las *sphaîrai* con una especie de pequeñas pesas que llevan en sus manos boxeadores representados en documentos artísticos que reflejan evidentemente una tradición pugilística no griega (el más conocido es la sítula de Watsch, bronce ilirio del VII-V a.C.; cf. Patrucco 246; Poliakoff, *Combat...* 75ss.).

Los griegos, en el boxeo como en todas las demás disciplinas deportivas, concedían gran importancia a la técnica y al estilo, así como a la subordinación de los practicantes a ciertas reglas, rasgos todos ellos que, en su opinión, permitían diferenciar su pugilato del que practicaban los "bárbaros". Así, Demóstenes, en una comparación que se hizo célebre en la Antigüedad, censura a los atenienses por no emplear todos los recursos para combatir a Filipo, sino que luchan contra él "*como los bárbaros cuando boxean..., pues cuando uno de ellos ha recibido un golpe, siempre se protege la parte golpeada, y si le pegan en otro lado, hacia allí van sus manos; en cambio, levantar la guardia para protegerse o mirar al rival, ni sabe ni quiere*". Esta oposición entre dos concepciones del boxeo encuentra su mejor exposición en el combate mítico entre un Ámico que todo lo fía a la fuerza y un Polideuces que, sobrado de recursos técnicos, sabe dar el golpe preciso en el momento oportuno. Sobre el relato de Teócrito volveremos enseguida.

La fijación de las reglas que regían los enfrentamientos pugilísticos, ya plenamente reglamentados en los poemas homéricos, y de los recursos técnicos de que se servían los atletas, se atribuían, cómo no, al propio Polideuces, del mismo modo que se consideraba a Ámico el inventor de las "correas" que protegían las manos de los boxeadores (Clemente de Alejandría 1.16.76). En tal sentido debe entenderse probablemente una inscripción olímpica de *ca.*300 a.C. (Moretti, *IAG* no.33) en la que se señala que, con su victoria, el púgil arcadio Filipo hizo una demostración de "las reglas de Polideuces". En el plano histórico, sabemos por Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 12; cf. Julio Africano, *ad Olimp.* 23) que las normas vigentes en Olimpia, extendidas, por su prestigio, a todos los demás festivales del ámbito griego, se estimaban fijadas definitivamente por Onomasto de Esmirna, el primer vencedor en el pugilato, en la Olimpíada 23 (688 a.C.), en tanto que del desarrollo definitivo de las técnicas boxísticas se hacía reponsable a Pitágoras de Samos, que obtuvo el triunfo justamente un siglo más tarde, en 588 a.C. (Diógenes Laercio 8.47). La victoria de Pitágoras fue, al parecer, especialmente llamativa, y no sólo por su asombroso dominio de los recursos técnicos, sino también por el extravagante aspecto con que se presentó el púgil, con el cabello

largo y vestido de púrpura, un anticipo de lo que todavía hoy puede observarse, especialmente en ese pseudodeporte que llaman *catch*. Por cierto que, como ya comenta Filóstrato, curiosamente los dos fundadores del boxeo griego provenían de la "afeminada Jonia", donde el pugilato debía de estar más desarrollado, desde el punto de vista técnico, que en el Peloponeso y otros lugares de la península balcánica.

De las innovaciones concretas que Onomasto y Pitágoras introdujeron no sabemos nada, pero de nuestras fuentes literarias y pictóricas podemos deducir, aun con las inevitables incertidumbres, algunas de las reglas y técnicas más importantes del boxeo griego. A este respecto, la descripción que hace Teócrito del combate entre Polideuces y Ámico nos proporciona preciosa información (22.80ss.): "*Y ellos, una vez que hubieron reforzado sus manos con tiras de piel de buey y enrollado las largas correas en torno a sus brazos, se reunieron en medio repirando muerte el uno contra el otro. Entonces se produjo gran esfuerzo entre ellos, por ver cuál de los dos recibía de espaldas la luz del sol. Tú, Polideuces, con pericia te adelantaste al gigante y todo el rostro de Ámico estuvo expuesto a sus rayos. Y él, irritado en su ánimo, se lanzó adelante arremetiendo con sus brazos, pero en su ataque le golpeó el Tindárida en el mentón, y Ámico se encolerizó más que antes y entabló desordenado combate, atacando en tromba con la cabeza inclinada hacia el suelo. Los bébrices lo jaleaban, en tanto que, del otro lado, los héroes animaban al fuerte Polideuces, temiendo que aquel hombre semejante a Ticio fuera a derribarlo en un lugar de lucha estrecho arremetiendo con su peso. Pero él, el hijo de Zeus, desplazándose de un lado a otro, lo hería con ambas manos alternativamente, y contuvo el ataque del hijo de Posidón, aunque era muy fuerte. Y éste se detuvo, borracho de golpes, y escupió roja sangre. Y ellos, todos al tiempo, los caudillos, prorrumpieron en gritos cuando vieron las funestas heridas en torno a su boca y a su mandíbula. Sus ojos menguaban en su rostro hinchado. El soberano Polideuces lo confundía lanzando sus manos por todas partes con amagos de golpes, pero cuando ya se dio cuenta de que estaba indefenso, le alcanzó con el puño en las cejas, encima de la nariz, y le desgarró toda la frente hasta el hueso. Él, por efectos del golpe, quedó tendido boca arriba sobre el cesped floreciente. Entonces, cuando se levantó, se reanudó el violento combate, e*

intentaban acabar el uno con el otro golpeándose con las duras correas. Pero el caudillo de los bébrices dirigía sus manos hacia el pecho y lejos del cuello, en tanto que el invencible Polideuces le revolvía todo el rostro con horribles golpes... Ámico, en su ansia por realizar una acción definitiva, cogió con su izquierda la izquierda de Polideuces, descuidando su guardia en un movimiento oblicuo, y avanzando con el pie derecho lanzó su ancho brazo desde el costado derecho. Y, de haberlo alcanzado habría dañado al rey de Amiclas, pero éste apartó la cabeza y al mismo tiempo lo golpeó con su pesada mano bajo la sien izquierda y dejó caer el peso del hombro. Brotó negra sangre rápidamente de la sien abierta, y Polideuces le pegó en la boca con la izquierda y los dientes, apretados, crujieron; con golpes más y más violentos le fue hiriendo el rostro hasta desgarrarle las mejillas", acabando Ámico derrotado por K.O.

Dado que los combates se desarrollaban al aire libre y no en recinto cerrado, una primera preocupación de los púgiles consistía en procurarse el mayor tiempo posible una posición ventajosa, de espaldas al sol (Teócrito 22.83ss.). Luego, aunque atletas de escasa inteligencia y pocos recursos técnicos podían, como el bueno de Ámico, lanzarse impetuosamente a golpear a su adversario sin más trámites, muy probablemente, a semejanza del boxeo moderno, los primeros momentos del combate los emplearían ambos rivales en estudiarse mutuamente, manteniendo el brazo izquierdo adelantado y el derecho agazapado en espera del momento idóneo para asestar el golpe, como a menudo queda reflejado en las pinturas vasculares (cf. Apolonio de Rodas 2.67ss,). Las descripciones literarias no dejan lugar a dudas sobre la importancia que ya los griegos otorgaban al juego de piernas (Teócrito 22.95, 102-3) y a las rápidas fintas que permitían esquivar los puños del rival (Teócrito 22.123; Apolonio de Rodas 2.70ss., 92-3) y contraatacar con efectivos golpes a la contra (Teócrito 22.87ss.); las técnicas defensivas de esgrima debieron de perfeccionarse particularmente en época tardía, a juzgar por el relato que Dión Crisóstomo hace de las tácticas de Melancomas. La variedad de golpes de los púgiles griegos es notable y emplean ambas manos (Teócrito 22.96) para lanzar directos (el golpe mejor documentado en las representaciones vasculares, figura 68; cf. Teócrito

22.103ss.), ganchos (*ibid.* 123-4), *uppercuts* (quizá *ibid.* 88-89) e incluso el llamado "golpe de martillo" (Apolonio de Rodas 2.90ss.; Virgilio, *Eneida* 5.443ss.), prohibido en el deporte de hoy por su potencial peligrosidad. Estaba vetado agarrar de cualquier modo al adversario (Plutarco, *Problemas de banquete* 638; recuérdese el gesto casi desesperado de Ámico en Teócrito 22.118-9), de manera que en el boxeo griego no estaban permitidos los *clinches* ni, en definitiva, la lucha cuerpo a cuerpo.

El problema más discutido a este respecto es la admisión o no de golpes con los pies. Sobre este particular, el testimonio de las representaciones figuradas apenas puede ayudar, puesto que las escenas en las que los atletas emplean las piernas para golpear a su rival pueden reflejar combates de pancracio y no de boxeo (a esta cuestión ya se aludió al hablar del deporte cretense; cf. Rudolph 11ss.). En lo que toca a los documentos literarios, algunos autores como Schröder (p.147), Harris (*GAA* 97-8) o Jüthner aducen textos de Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 11 y 34) y otros escritores para sostener la legalidad de las patadas en el boxeo griego, pero la mayoría de los estudiosos rechaza tal idea alegando que las palabras de Filóstrato se refieren a una regla tardía o una variante local (Weiler 180) o bien, argumento que nos parece preferible, suponiendo que no se habla de ataques con las piernas sino "del movimiento de piernas típico de una técnica pugilística experta" (Patrucco 248, n.3). Por otro lado, en ninguna de las descripciones pormenorizadas de encuentros pugilísticos a las que hemos hecho alusión se mencionan golpes con los pies; es más, en Teócrito 22.66 Polideuces pregunta a Ámico si la pelea será "*a puñetazos o bien golpeando también las piernas con los pies*", en lo que parece ser (la parte final del verso está corrupta) una disyuntiva entre un combate de boxeo u otro tipo de pelea más permisiva, semejante al pancracio (para un estudio exhaustivo de las fuentes, véase el artículo de Crowther, quien termina por rechazar el recurso a las patadas en el boxeo griego).

El relato de Teócrito confirma otro rasgo característico del pugilato griego sobre el que nos informan numerosas fuentes literarias y artísticas (cf. Poliakoff, *Combat...* 85ss.). El poeta (vv.109ss.) contrasta la inefi-

cacia de los golpes de Ámico, que "*dirigía sus manos hacia el pecho y lejos del cuello*", con la perfección de la técnica pugilística de Polideuces, el cual "*le revolvía todo el rostro con horribles golpes*" a su rival. Es decir, los ataques de los púgiles se concentraban en la cabeza del adversario, sin que se apreciara aparentemente el valor de los golpes en el cuerpo (quizá en parte porque, como señala Weiler 181, la ausencia de un sistema de puntuación para asignar la victoria favorecía la tendencia a atacar la parte del cuerpo en la que los golpes tenían mayor contundencia). En buena medida por ello, nuestra idea prototípica del boxeador heleno no es el hermoso Hagesidamo a quien alaba Píndaro (*Olímpicas* 10.103) ni el no menos bello Melancomas, cuyo rostro, asegura Dión Crisóstomo, estaba tan marcado como el de un corredor, sino los atletas que con tanta sorna describe en sus epigramas Lucilio (*Antología Palatina* 11.75-81) y representan a menudo las esculturas de época helenística (figura 69): nariz achatada, ojos abultados, orejas deformadas por los golpes y heridas varias en mentón, cejas y cara (cf. Rudolph, *Das Altertum* XXII 1976, 21-6; sobre las heridas en las orejas en particular, J. Benedum, *Gesnerus* XXV 1968, 11-28); esos atletas que, nos dice Lucilio en sus burlas, quedaban tan irreconocibles tras los combates que al volver a su patria no podían hacerse cargo de su patrimonio el no ser reconocidos por sus familiares más cercanos (*Antología Palatina* 11.75), y con la cara tan desfigurada que ni ellos mismos se identificaban al mirarse al espejo (*ibidem* 11.77).

BIBLIOGRAFÍA

E.K.Borthwick, "A Note on Boxing-Gloves", *CR* XIV 1964, 142; J. Coulomb (cf.1.1.2); N.B Crowther, " The Evidence for Kicking in Grrek Boxing", *AJPh* CXI 1990, 176-81; J. Delorme, "Sphairisterion et gymnase à Delphes et ailleurs", *BCH* CVI 1982, 53-73; K.J. Frost, "Greek Boxing", *JHS* XXVI 1906, 213-25; F. García Romero, "Sobre algunos términos del léxico del deporte (*kheironomía*)", *Homenaje a L. Gil*, Madrid 1992; R. Hunter, "Bulls and Boxers in Apollonius and

Virgil", *CQ* XXXIX 1989, 557-61; S. Mendner, "Boxandschuhe im Altertum", *Gymnasium* LX 1953, 20-6; A. Papalas, "The Development of Greek Boxing", *AncW* IX 1984, 67-76; M. Poliakoff, "Melancomas,'ek klímakos' and Greek Boxing", *AJPh* CVIII 1987, 511-8 (véase también 3.6); L. Previale, "Il pugilato nelle letterature classiche", *MC* 1935, 90-110; W. Rudolph (cf. 3.6); T.F. Scanlon, "Boxing Gloves and the Games of Gallienus", *AJPh* CVII 1986, 110-14; id., "Greek Boxing Gloves. Terminology and Evolution", *Stadion* VIII-IX 1982-83, 31-45.

3.8. EL PANCRACIO

3.8.1 Orígenes y características

También para la tercera "prueba pesada" del atletismo griego, el pancracio, se buscaron orígenes míticos, particularmente en relación con la figura de Heracles y sus combates contra el gigante Anteo y el monstruoso león de Nemea (figuras 71 y 72). Las pinturas vasculares muestran, en efecto, al héroe empleando las técnicas del pancracio en ambos trabajos, y el poeta Baquílides, en el epinicio que dedica a Píteas de Egina, vencedor en esta disciplina en los Juegos Nemeos hacia el año 485 a.C., señala la victoria de Heracles sobre el león de Nemea como origen de los juegos y en particular de la prueba del pancracio que en ellos se disputaba (Baquílides 13.46ss.). Los escolios a Píndaro, *Nemeas* 3.27a, en cambio, consideran las competiciones deportivas de la prueba que nos ocupa como rememoración de la muerte del Minotauro a manos de Teseo (figura 73), contrafiguración ática del dorio Heracles (cf. Focio, *Biblioteca* 190.151a). No obstante, en ese mismo pasaje, el escoliasta afirma que, de acuerdo con el testimonio de Aristóteles, las reglas del pancracio fueron fijadas por un tal Leúcaro de Acarnania, lo que se compagina perfectamente con nuestra impresión de que la prueba del pancracio, lejos de tener un origen remoto, es una creación conscientemente desarrollada en un ambiente deportivo ya plenamente evolucionado, como resultado de la unión de las técnicas de varias disciplinas (cf. Patrucco 309). El pancracio, en efecto, no sólo no aparece en los poemas homéricos ni lo menciona ningún autor anterior al siglo V a.C. (su posible presencia en el deporte cretense es dudosa, cf.1.1.1.2; Poliakoff, *Combat...* 54, añade que no tiene contrapartida en el Oriente Próximo), sino que fue la última prueba en ser incluída en el programa olímpico en la categoría de los adultos, en la Olimpíada 33 (648 a.C.), en tanto que la admisión del pancracio infantil en 200 a.C. supuso la postrera innovación que se permitió en el plan de los juegos.

El pancracio fue siempre un deporte muy popular en Grecia, probablemente el favorito de los espectadores, aunque, por supuesto, no

el más practicado como entrenamiento físico. En consecuencia, en aquellos festivales en los que los vencedores recibían recompensas en metálico, a menudo la suma más alta estaba destinada a los pancratiastas, como sabemos sucedía en los juegos de Afrodisias en época imperial y, ya en época clásica, en las Panateneas atenienses, donde únicamente la carrera estaba mejor premiada, por su calidad de prueba tradicional (cf. Finley-Pleket 56; véase 1.3.2.1). La razón de tal popularidad debe buscarse en la enorme espectacularidad de una disciplina que combinaba muy variadas técnicas y movimientos, lo que hacía las delicias del público ("*la prueba más hermosa de las que se disputan en Olimpia*", la llama Filóstrato, *Imágenes* 2.6). El pancracio, en efecto, se nos presenta a primera vista como una combinación de lucha y boxeo (cf. Plutarco, *Problemas de banquete* 638d; Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 11), en la que se permitía el recurso a las presas de la primera disciplina y a los puñetazos de la segunda, con la admisión adicional de patadas y otras llaves y golpes que no eran lícitos en ambas. Por todo ello se le ha comparado frecuentemente con modalidades deportivas tales como el judo, el jiu-jitsu, la savate e incluso el *catch* (Gardiner, *AAW* 214ss.; Weiler 183-4; Patrucco 312, 323; Finley-Pleket 40, quienes describen el pancracio como "una combinación de lucha y judo, con algo de boxeo"); el propio nombre de esta actividad deportiva (*pankrátion* " fuerza completa" o *pámmakhos* "combate completo"; cf. Poliakoff, *Studies...* 64-74) la define como una prueba en la que se consentían casi todo tipo de golpes y de presas. No obstante, a pesar de tal permisividad y de algunos casos conocidos de pancratiastas muertos de resultas de un combate (cf.1.3.2.4), los antiguos consideraban el pancracio menos peligroso y dañino que el boxeo, de manera que era practicado incluso por niños y jóvenes en el gimnasio (cf. Artemidoro 1.64). A este respecto es significativo el hecho de que, cuando un atleta deseaba participar en ambas pruebas, pedía que el pancracio se disputara en primer lugar, ya que de otro modo las heridas que eventualmente pudiera sufrir durante los combates boxísticos impedirían su intervención en una segunda disciplina (Pausanias 6.15.5; cf. Artemidoro 1.62). La razón que permita explicar que una actividad deportiva tan potencialmente peligrosa como el

pancracio no lo fuera tanto en la práctica debe buscarse probablemente en la existencia de reglas limitativas que los árbitros hacían cumplir de manera estricta (cf. Gardiner, *AAW* 212; Patrucco 310 y 323), como muestran las pinturas de los vasos (figura 74), que a menudo representan al juez del combate en disposición de imponer disciplina con su larga vara, procedimiento algo más expeditivo que el simple *stop* con que nuestros árbitros separan a los contendientes.

No disponemos de ninguna relación pormenorizada de las reglas que regían el desarrollo de los combates entre pancratiastas, de manera que, como de costumbre, las técnicas, lo que estaba permitido y prohibido en ellos, debe deducirse de la información suministrada por los documentos arqueológicos y las descripciones literarias (Aristófanes, *Paz* 894ss.; Pausanias 8.40.1ss.; Filóstrato, *Imágenes* 2.6; Heliodoro 10.31-32; Luciano, *Anacarsis* 1, etc).

3.8.2. Los combates

Para el pancracio son igualmente válidas algunas observaciones previas apuntadas ya a propósito de la lucha y del boxeo: los combates se desarrollaban sin límite de tiempo y sin división por asaltos; los atletas no se agrupaban por pesos y los emparejamientos se fijaban mediante sorteo, quedando los más afortunados exentos de alguna ronda eliminatoria o pudiendo pasar a la siguiente etapa directamente si el rival no se presentaba a luchar; los pancratiastas, como los luchadores, se untaban el cuerpo con aceite y polvo en los momentos previos al combate, que tenía lugar en la parte del estadio denominada *skámma* (cf.3.6.2).

El inicio de un combate de pancracio era semejante al de la lucha o el boxeo: los atletas comenzaban estudiándose mutuamente en busca de la llave o el golpe que les permitiese tomar la iniciativa en la pelea y empezarla así con ventaja. Posteriormente, sin embargo, el combate continuaba en el suelo, en la fase denominada *alíndesis* o *kýlisis* (literalmenrte "revolcón"; cf.3.2.6), que constituye el más evidente rasgo distintivo con respecto a la lucha y al boxeo (figuras 75 y 76). Así pues, a diferencia de la lucha, el objetivo del pancracio no era derribar al adver-

sario, sino que un atleta se proclamaba vencedor cuando, como en el boxeo, obligaba a su rival a abandonar, bien por dejarlo inmovilizado, so pena de sufrir grave daño si intentaba zafarse, bien por verse éste imposibilitado para proseguir la pelea a consecuencia del castigo recibido.

A fin de forzar al adversario al abandono, se permitían, ya lo hemos dicho, todas las técnicas del boxeo y de la lucha, a más de otras específicas del pancracio. De hecho, señala Filóstrato (*Imágenes* 2.6; cf. asímismo, Luciano, *Demonacte* 49; Aristófanes, *Aves* 442, *Paz* 899; Epicteto 3.15.1ss.) que todo era lícito salvo morder y meter los dedos en los ojos, aunque, añade, "*los lacedemonios emplean incluso esos recursos, ejercitándose, creo yo, con vistas a las batallas, pero las competiciones de los eleos los prohiben, si bien aprueban el estrangulamiento*". Los espartanos, en efecto, por las razones ya apuntadas a propósito del boxeo, tenían prohibido participar en las competiciones de pancracio de los festivales atléticos, pero se ejercitaban en él como preparación para la guerra, si bien en una modalidad de pancracio en la que todo estaba permitido, porque en la guerra todo vale. Así pues, limitándose a no morder y sacar los ojos del rival (aunque hay indicios de que los atletas recurrían cuando podían a tales ilegalidades, como reflejan diversas escenas vasculares en las que los árbitros o los entrenadores se disponen a emplear su vara contra quienes violan las reglas; cf. figura 74), un pancratiasta podía asestar toda clase de golpes con manos, brazos, codos, pies y rodillas y aplicar todo tipo de presas con tal de inmovilizar al adversario o dejarlo en malas condiciones para proseguir el combate. A menudo los atletas que practican esta disciplina son representados sin guantes, pero a veces también con ellos, pues permitían golpear con mayor fuerza sin temor a dañarse las manos, aunque, como contrapartida, resultaban un impedimento para realizar las presas a la perfección (cf. Poliakoff, *Combat...* 56-7).

Patadas y rodillazos son los golpes característicos y distintivos del pancracio (cf. Teócrito 22.66; Epicteto 3.14.1ss.; Pausanias 8.40.1; Galeno, *Protréptico* 13; Suda, *s.v* "pankratiástais", etc.) y podían ir dirigidos incluso contra partes del cuerpo sumamente delicadas como los genitales (Poliakoff, *Combat...* 57, con ilustraciones) o el estómago

(*gastrízein*; cf. Luciano, *Anacarsis* 9, y también Aristófanes, *Caballeros* 272, 454) y emplearse cuando el rival estaba cayendo o yacía en el suelo. Como defensa eficaz contra semejante ataque, los vasos muestran a los atletas agarrando las piernas o los tobillos de los rivales e incluso empujando desde el suelo con el pie el estómago del adversario, que sale violentamente despedido (*hyptiasmós*; cf. Patrucco 318ss.; a tal táctica se alude en el texto pindárico que se cita más adelante; véase la figura 76). Filóstrato (*Heroico* 15 de Lannoy) nos cuenta la historia del pancratiasta Halter, que consultó al oráculo de Protesilao cómo podía vencer en la prueba a que se dedicaba pese a ser en estatura muy inferior a sus rivales; recibió como respuesta "siendo pisoteado", contestación que sólo comprendió cuando, en el transcurso del combate, agarró a su oponente por el talón, retorciéndolo continuamente sin soltarlo hasta que le obligó a rendirse.

En la mayoría de los casos, en efecto, no debían ser los golpes los que daban el triunfo definitivo en el combate, sino las presas hechas durante la lucha en el suelo. Un bien conocido grupo marmóreo helenístico (figura 75) es una buena muestra de algunas de las artes más características y decisorias de que se valían los pancratiastas: en esa parte del combate los dos atletas se hallan en el suelo, de rodillas, pero uno de ellos, el que está encima, aprisiona con sus piernas el tronco del rival mientras que, con las manos libres, le retuerce el brazo. Las tijeras hechas con las piernas sobre el cuerpo, ya fuera en el suelo ya en posición erecta (cf. Filóstrato, *Imágenes* 2.6), resultaban un arma sumamente efectiva, ya que, además de inmovilizar al adversario, dejaban las manos libres para completar la acción con otras llaves casi definitivas, como eran la torsión de manos, brazos y piernas (*strebloûn*) o la presa en el cuello (*ánkhein, apopnígein,* "estrangular" y "asfixiar" respectivamente; cf. Luciano, *Anacarsis* 1; véase Poliakoff, *Studies..., s.v.*, y Patrucco 322). Con respecto a las torsiones y su carácter decisivo, Pausanias (6.4.2) nos informa de que el pancratiasta Sóstrato de Sición (vencedor tres veces en Olimpia entre 364 y 356 a.C., dos en Delfos y doce en Corinto y Nemea, y cuya efigie figuraba en sendas estatuas en Delfos y Olimpia e incluso en las monedas de su ciudad natal), aprovechando la amplia

permisividad del pancracio, se especializó en derrotar a sus adversarios valiéndose de la técnica que, cien años antes, empleara para la prueba de la lucha Leontisco de Mesina, quien rompía los dedos de sus rivales como medio de poner término al enfrentamiento por la vía rápida. No es de extrañar que una inscripción recuerde que Sóstrato vencía a sus rivales sin oposición (Moretti, *IAG* no. 25).

Ya los autores antiguos entendieron el pancracio como la disciplina deportiva en la que se aúnan en el más alto grado la fuerza, la inteligencia y la habilidad, como ponen de manifiesto las alabanzas que los poetas de epinicios, Píndaro y Baquílides, dedican a los pancratiastas, que no solamente sobresalen por su fuerza (Baquílides 13.75; Píndaro, *Ístmicas* 7.22), sino también por su inteligencia en el combate (*Ístmicas* 5.61). Ninguna descripción mejor que la que nos hace Píndaro de su compatriota Meliso, un atleta que, como el cilicio Halter antes mencionado, se veía obligado a suplir con otras habilidades su escasa envergadura: "*Por su audacia se asemeja en arrojo a los fieros leones de fuerte rugido en la lucha, y por su astucia es la zorra que aguanta el ataque del águila echándose sobre su lomo. Y es que vale todo para superar al rival. Porque no le ha tocado en suerte la estatura de Orión, sino que a la vista parece nada, pero por su vigor resulta arduo luchar con él. También, por cierto, antaño llegó desde la Tebas de Cadmo a la morada de Anteo, para luchar contra él, a Libia productora de trigo, un hombre de pequeña estatura pero de ánimo inquebrantable... el hijo de Alcmena* [Heracles]" (*Ístmicas* 4.45ss.). Algo semejante puede deducirse de la descripción que nos proporciona Filóstrato de las cualidades que debía reunir quien quisiera practicar con éxito esta modalidad atlética, en la que se conjugan la potencia física con la agilidad, la habilidad, la rapidez y el desarrollo equilibrado de la musculatura de todas las partes del cuerpo por igual (*Sobre la gimnasia* 36). Así, pese a que, en el plano teórico, las dotes físicas del pancratiasta ideal no se corresponden con las que debe reunir un luchador o un boxeador, el desarrollo completo que proporciona al cuerpo la práctica de esta actividad deportiva, permitía a algunos atletas alternar con éxito el pancracio con cualquiera de las otras dos "pruebas pesadas". Dado el gran esfuerzo que exigía la participación en dos disci-

plinas de considerable dureza, fueron especialmente honrados los atletas que, como Heracles en los juegos míticos con los que se fundó el festival olímpico (Pausanias 5.8.4), lograban vencer, en un mismo día, en la lucha y en el pancracio. El primero en conseguirlo en Olimpia fue Capro de Elide en 212 a.C., y después de él únicamente seis atletas repitieron semejante hazaña, que otorgaba a su autor el título de "descendiente de Heracles" y "atleta extraordinario" (*parádoxos*; cf. Epicteto 2.18.22 y diversas inscripciones; véase al repecto el artículo de Forbes citado en bibliografía).

No es mucho, por último, lo que nos dicen nuestras fuentes sobre el entrenamiento específico de los atletas para el pancracio, si bien es fácil suponer que, dada la complejidad de esta disciplina, exigía una preparación muy completa, tanto en el aspecto físico (ya se ha señalado que Filóstrato considera imprescindible en un pancratiasta el desarrollo armónico de todos los músculos del cuerpo), como en el aspecto técnico, pues era preciso dominar todo el repertorio de llaves y golpes de la lucha y el boxeo, a más de aquéllos otros específicos del pancracio. Las informaciones que nos han transmitido los autores antiguos se refieren en particular al uso de sacos de entrenamiento (*kórykoi*), que diferían de los empleados por los púgiles por su peso, dimensiones y utilización (cf. Filóstrato, *Sobre la gimnasia* 57, y el escritor médico Ántilo en Oribasio 6.33, que se refiere a su empleo también como medida terapeútica). Los sacos con que se ejercitaban los pancratiastas eran, en efecto, más grandes y pesados, y con ellos ensayaban no sólo los puñetazos, como los boxeadores, sino en general todos los golpes de manos y pies y las presas que más tarde ponían en práctica durante la competición, al tiempo que desarrollaban sus músculos. Por eso precisamente colgaban a una altura más baja que los sacos empleados para el entrenamiento del pugilato, llegando hasta el nivel del ombligo (cf.1.3.2.3).

El papel del entrenador, según puede deducirse fácilmente de lo que acabamos de exponer, se estimaba de considerable importancia, como en general en las tres "pruebas pesadas". Prueba de ello es que, de los ocho epinicios de Píndaro y Baquílides que contienen una alabanza del entrenador, cuatro de ellos están dedicados a pancratiastas, tres a

luchadores y uno a un boxeador. En lo que respecta concretamente al pancracio, las virtudes elogiadas en los entrenadores se refieren tanto a la formación física de sus pupilos como a su sabia dirección durante la competición, y así el tebano Meliso pudo triunfar en los juegos locales de su patria por mostrarse "*obediente al muy sensato consejo del timonel que lo conducía*", su entrenador Orseas (Píndaro, *Ístmicas* 4.72-3).

BIBLIOGRAFÍA

C.A. Forbes, "*Hoi aph' Herakléous* in Epictetus and Lucian", *AJPh* LX 1939, 473-4; R.Merkelbach, "Pankration", *ZPE* V 1970, 30-1; id., "Herakles und der Pankratiast", *ZPE* VI 1970, 47-9; id., "Ueber ein ephesisches Dekret für einen Athleten aus Aphrodisias und über den Athletentitel *parádoxos*", *ZPE* XVI 1974, 91-6; M. Poliakoff (cf. 3.6); W. Rudolph (cf. 3.6).

3.9. LAS PRUEBAS HÍPICAS

3.9.1. Características Generales

Por mucho que se diga, es difícil exagerar la enorme popularidad que las pruebas ecuestres alcanzaron en la Antigüedad griega y sobre todo posteriormente en Roma y en Bizancio (cf. Harris, *SGR* 238 ss., y el libro de Cameron), donde las dos facciones rivales del hipódromo, los Azules y los Verdes, no limitaban su enfrentamiento al ámbito deportivo, sino que lo extendían igualmente, y de qué manera, al terreno político (cf. G. Ostrogorsky, *Historia del Estado Bizantino*, Madrid 1984, 80-1 y *passim*). Resulta peliagudo encontrar una novela ambientada en los siglos del Imperio Bizantino que no incluya en sus páginas alusiones a las actividades del hipódromo (el *Belisario* de Robert Graves es un buen ejemplo, como podría serlo *Ben Hur* para el período romano).

Por lo que respecta concretamente al mundo griego antiguo, que es el que nos interesa estudiar en estas páginas, las pruebas hípicas ocupan un destacadísimo lugar en prácticamente todos los festivales deportivos, tanto en los Juegos Panhelénicos y otras competiciones de primer orden como en los numerosos certámenes locales repartidos a lo largo de toda Grecia. De esa importancia dan fe no sólo la continua presencia de escenas relacionadas con el mundo del caballo en sus aspectos deportivos en descripciones literarias y representaciones artísticas, vasos, monedas, relieves y esculturas (el celebérrimo auriga de Delfos, figura 78, es la ofrenda que Palizalo, hermano del tirano de Siracusa Hierón, consagró a Apolo en acción de gracias por su victoria en la carrera de cuádrigas de los Juegos Píticos en 478 ó 474 a.C.), sino también el montante de los premios que, en aquellos festivales en los que los vencedores recibían recompensas en metálico, se destinaban a las pruebas ecuestres, superiores a los reservados a los atletas (cf. Young, *Professionalism...* 115ss.; ya Homero califica a los caballos de Agamenón como "*acaparadores de premios*", en *Ilíada* 9.124).

La carrera de carros (competición no documentada en la Creta minoica, pero sí quizá en la cultura micénica; cf. 1.1.3) es ya la prueba

estrella, con notable diferencia sobre el resto, en la primera y difícilmente superable descripción de uan competición deportiva que nos ha legado la cultura griega, los tantas veces mencionados juegos fúnebres en honor de Patroclo en el canto 23 de *Ilíada* (un más detenido comentario puede verse en 1.2). Debe destacarse, sin embargo, la llamativa discrepancia que supone el hecho de que, pese a ser ya la actividad agonística más sobresaliente en la epopeya homérica, su inclusión en el programa olímpico es relativamente tardía, pues data de la Olimpíada 25 (680 a.C.), cuando una primera prueba hípica, la carrera de cuádrigas, se sumó a un festival que ya comprendía numerosas disciplinas atléticas, a saber, estadio, diaulo, dólico, pentatlo, lucha y boxeo; tal divergencia resulta tanto más llamativa cuanto que precisamente una de las versiones míticas sobre el origen de los Juegos Olímpicos liga su fundación con el triunfo que Pélope obtuvo con su carro sobre Enómao en su deseo de conseguir la mano de la hija de éste, Hipodamía (Píndaro, *Olímpicas* 1.67ss.), y la carrera de cuádrigas aparece entre las pruebas disputadas en la primera Olimpíada mítica que describe igualmente Píndaro (*Olímpicas* 10.69-70). Es un dato más que debe ponerse en relación con el problema del origen de los Juegos Olímpicos, al que nos referimos en otro lugar (cf. 2.1.1.).

Por otro lado, las pruebas hípicas presentan una serie de rasgos propios y muy característicos que las diferencian netamente de las disciplinas propiamente atléticas. En primer lugar, ninguna otra disciplina deportiva fue nunca tan discriminatoria. El caballo, en efecto, como es bien conocido, ha sido siempre símbolo de un cierto *status* social, y también en Grecia la "crianza de caballos" (*hippotrophía*) era señal inequívoca de la perenencia de quien se dedicaba a ello a la clase más elevada, del mismo modo que los nombres compuestos con la palabra *–ippos* ("caballo") se suponían distintivos de la aristocracia o de gentes pretenciosas (cf. Aristófanes, *Nubes* 59ss.). La hípica fue, pues, a lo largo de toda la historia del deporte griego, monopolio de los más favorecidos económicamente, quienes disponían de los recursos suficientes para costear los cuantiosos gastos que conllevaba el mantenimiento constante de una cuadra y su preparación con vistas a participar en los festivales

agonísticos (el pobre Estrepsíades de la comedia aristofánica *Nubes* puede dar fiel testimonio de lo caro que resultaba tener una esposa con prentesiones y un hijo aficionado a los caballos). No es de extrañar, entonces, que en la larga lista de vencedores en Olimpia y otros juegos aparezcan mencionados, como triunfadores en pruebas ecuestres, algunas de las figuras políticas capitales de la historia de Grecia, reyes como Arcesilao de Cirene (Píndaro, *Píticas* 4 y 5), tiranos como Clístenes de Sicíon y sobre todo los sicilianos Hierón de Siracusa (Píndaro, *Olímpicas* 1, *Píticas* 1, 2 y 3; Baquílides 3, 4, 5 y fr. 58, donde se atribuye a los sicilianos la invención del carro) y Terón de Acragante (Píndaro, *Olímpicas* 2 y 3; cf. *Píticas* 6 e *Ístmicas* 1), atenienses miembros de las familias de más rancio abolengo, cual Cimón, Calias o Alcibíades, y posteriormente Filipo de Macedonia y gobernantes romanos como el futuro emperador Tiberio, Germánico o (no podía faltar) el mismísimo Nerón (cf. Harris, *SGR* 173ss.; citemos también, aunque sólo sea por patriotería, al barcelonés Lucio Minucio Natalis, cónsul y procónsul en Libia, que triunfó en la carrera de cuádrigas de los Juegos Olímpicos de la Olimpíada 227, correspondiente al año 129 p.C., como indica la inscripción *Sylloge* II. 3.840, procedente de Olimpia).

La "inversión" económica realizada por éstos y otros personajes conocidos con su participación en los grandes festivales resultaba generalmente bien rentable, ya que el triunfo era normalmente explotado como eficaz propaganda política, dada la popularidad de que gozaba el vencedor en los concursos hípicos. Aunque el aprovechamiento con fines políticos era práctica habitual (cf. ya Heródoto 6.103 a propósito de Cimón), quizá nadie como Alcibíades supo servirse tan hábilmente del prestigio popular que rodeaba a las pruebas ecuestres. En un discurso que, de manera magistral, pone en su boca Tucídides (6.16), el primer mérito que este político sin escrúpulos y con un ansia inagotable de poder alega para convencer a los atenienses de la conveniencia de enviar, bajo su mando, una expedición a Sicilia druante la Guerra del Peloponeso es, precisamente, su espectacular triunfo en Olimpia, que él presenta como advertencia a los enemigos de que la ciudad tenía aún fuerza para seguir luchando. Alcibíades, en efecto, en plena época de escasez a causa de la

guerra presentó nada menos que siete carros en los Juegos Olímpicos, ocupando los cuatro primeros puestos (hay variaciones según las fuentes) y celebrando su éxito con toda la pompa y boato que es de suponer en tal personaje. Por supuesto, el mando de la expedición a Sicilia, que a la postre sería una de las causas del definitivo hundimiento ateniense, le fue concedido. No obstante, el propio Tucídides (6.15.3-4) nos indica que las extravagancias de los vencedores ecuestres, que de tan gran predicamento gozaban entre el común de los ciudadanos, tenían también, como es lógico, sus detractores: "*Pues gozando* (Alcibíades) *de gran prestigio entre los ciudadanos, se entregaba a caprichos superiores a la hacienda de que disponía, tanto en la cría de caballos como en los demás gastos, lo cual arruinó luego en no pequeña medida a la ciudad de los atenienses. Pues asustados la mayoría por la magnitud del desorbitado lujo con que vivía y por los planes que intentaba poner en práctica en cualquier empresa en la que interviniera, se hicieron enemigos suyos pensando que deseaba la tiranía*". En el mismo sentido de crítica a la sobreestimación popular de los propietarios de caballos vencedores se pronuncia Sócrates cuando, como alternativa a la pena de muerte que piden para él sus acusadores, propone ser alimentado a expensas públicas en el Pritaneo "*con más razón que si alguno de vosotros en las Olimpíadas alcanza la victoria en la carrera de caballos, de bigas o de cuádrigas, pues éste os hace parecer felices y yo os hago felices, y éste nada en absoluto necesita la manutención y yo sí la necesito*". A la vista de este pasaje, es posible que Morrisey tenga razón cuando interpreta una inscripción ateniense (*IG* I.2.77) en el sentido de que el partido demócrata de Atenas pudo en cierto momento oponerse enérgicamente a que la alimentación gratuíta, que la ciudad ofrecía como recompensa a quienes vencían en los Juegos Panhelénicos, se concediera también a los triunfadores en las pruebas ecuestres, quienes, como bien nota Sócrates, para nada necesitaban de tal privilegio.

Esa sobreestimación popular, además, carece tanto más de sentido cuanto que era proclamado vencedor no quien montaba el caballo o conducía el carro, sino su propietario, otro rasgo que diferencia de manera tajante las pruebas hípicas de las atléticas y que, de paso, explica sobradamente la presencia ya comentada de figuras políticas más o

menos importantes en la relación de triunfadores en los Juegos Panhelénicos, y, por último, aclara asímismo el hecho de que las únicas mujeres que podían obtener victorias en Olimpia fueran precisamente las que inscribían en la competición caballos de su propiedad (más detalles en 1.3.3.). Bien es verdad que los aurigas eran a veces los mismos propietarios (quizá el tebano Heródoto, celebrado en la *Ístmica* 1 de Píndaro) o allegados suyos (Píndaro, P.5.26, 6.15), pero se trataba normalmente de corredores profesionales, los cuales, aunque sin duda debían de gozar de cierto prestigio (no obstante, apenas son mencionados en los epinicios), no alcanzaron nunca, ni de lejos, la popularidad de los aurigas bizantinos. Digamos, finalmente, que un tiro de caballos podía ser inscrito no bajo el nombre de un único propietario, sino de la ciudad que pagaba su preparación, lo cual se ha interpretado tanto como un intento de democratización de estas tan peculiares disciplinas deportivas (Weiler 201) como en calidad de demostración del "interés deportivo de la comunidad política... y confirmación el gran significado de una victoria olímpica desde un punto de vista moral (Patrucco 389-90; cf. Harris, *SGR* 175ss., sobre los casos conocidos).

Como último rasgo distintivo de las disciplinas hípicas señalaremos el hecho de que, según se mencionó al comentar el caso de Alcibíades, un mismo propietario podía inscribir varios carros o caballos en una misma carrera, de manera que las pruebas ecuestres son, junto con el pentatlo por otras razones, las únicas competiciones en las que, en los Juegos Olímpicos, se tenían en cuenta otros puestos que no fueran el primero, para destacar así el éxito de algún propietario que lograba situar varios caballos en los puestos de cabeza.

3.9.2. Las pruebas

Diversas competiciones fueron poco a poco, en el curso de más de cuatro siglos, completando el programa olímpico de pruebas ecuestres. A la carrera de cuádrigas (*téthrippon*), disputada por vez primera en la Olimpíada 25 (680 a.C.), se fueron sumando paulatinamente la prueba

de caballos montados (*kéles*, en la Olimpíada 33, 648 a.C.), la carrera de carros arrastrados por un tiro de dos mulas (*apéne*, 70 Olimpíada, 500 a.C.) y la llamada *kálpe* (71 Olimpíada, 496 a.C.), ambas suprimidas a partir de 444 a.C. (Olimpíada 84), y, por último, la carrera de bigas (*synorís*), introducida en la Olimpíada 93, correspondiente al año 408 a.c. A estas pruebas destinadas a animales adultos (*téleioi*) hay que añadir las reservadas a los potros (*póloi*), en las modalidades de cuádrigas (99 Olimpíada, 384 a.C.), bigas (182 Olimpíada, 264 a.C.) y, finalmente, potros montados (131 Olimpíada, 256 a.C.).

De las tres pruebas más importantes (*théthrippoi, kéles* y *synorís*), la más espectacular y al tiempo aquélla en la que más ansiaban triunfar los participantes, era la carrera de cuádrigas.

Las cuádrigas, en efecto, proporcionaban el espectáculo probablemente más atrayente y esperado de los juegos, que daba inicio además a la competición propiamente dicha. A este respecto, Finley-Pleket (p. 27) notan que, lejos de constituir un error de planificación el hecho de que la carrera de cuatro caballos fuera la primera prueba en disputarse en lugar de clausurar el festival con la adecuada apoteosis final, el desfile de los carros, suponemos que ricamente ataviados, permitía iniciar las competiciones con toda la pompa y esplendor que son del caso.

En buena medida, el atractivo de las carreras de cuádrigas radicaba en su peligrosidad. Los cuatro caballos arrastraban a toda velocidad un ligerísimo carro de dos ruedas, abierto por detrás y que brincaba ante la menor irregularidad del terreno, sobre el cual se erguía el auriga, quien, vestido con la larga túnica con que aparece ataviado el famoso bronce de Delfos, dirigía su tiro con las riendas (que podía atarse a la cintura), el látigo y el punzante aguijón. Los dos caballos que formaban el tiro de una biga iban uncidos a la pértiga que partía del centro de la parte delantera del carro; a izquierda y derecha de ellos, no delante, se colocaban los otros dos caballos que completaban el tiro de la cuádriga, los cuales, por consiguiente, no eran uncidos a la vara central, sino simplemente atados con correas al carro (figura 77). Se comprende bien, pues, la extrema dificultad que suponía en tales condiciones la conducción de los fogosos corceles que avanzaban de a cuatro en fondos, así como la

frecuencia de los accidentes, sobre los que se hablará más adelante. La pericia del auriga era puesta a prueba especialmente en el momento crucial del giro, durante el cual el mayor esfuerzo recaía en el caballo situado más a la derecha, que tenía un mayor recorrido que los demás, de manera que solía colocarse en ese lugar el mejor animal (denominado (*dexioseiros* o *seiraphóros*; cf. Sófocles, *Antígona* 140).

La espectacularidad de las carreras de cuádrigas explica, por otros lado, un hecho en principio sorprendente, y es que una carrera tradicional como la de bigas (que es la prueba ecuestre disputada por los héroes griegos en los juegos en honor de Patroclo) no fuera incluída en el programa olímpico hasta finales del siglo V a.c. Sin duda el mayor atractivo popular de las cuádrigas justifica tal dilación (cf. Patrucco 380).

Una vez que las cuádrigas habían dejado libre el hipódromo, tenía lugar la segunda prueba ecuestre incluída en el calendario olímpico, la carrera de caballos montados (*kéles*), ciertamente menos popular que su antecesora, hasta el punto de que los romanos la suprimieron de sus juegos. No obstante, quienes se tenían por personajes importantes tampoco renunciaban a intervenir en esta competición, como es el caso del tirano Hierón, cuyo triunfo en la Olimpíada del año 476 celebran Píndaro (*Olímpicas* 1) y Baquílides (epinicio 5). Fue Ferenico ("el que trae la victoria", nombre profético), quizá el caballo de carreras más célebre de la Antigüedad, quien proporcionó la victoria a su propietario, una más a sumar a la larga lista de éxitos que el animal obuvo en diferentes pruebas de diversos juegos desde el año 478 (o quizá 482) hasta 468.

Las pinturas vasculares permiten comprobar que los jinetes cabalgaban a pelo, sin silla ni estribos, sobre veloces caballos no herrados, de lo que se deduce que tampoco esta disciplina deportiva carecía de riesgos (figuras 80 y 81).

Únicamente durante la primera mitad del siglo V a.C. se disputaron en Olimpia dos pruebas hípicas que alcanzaron escaso eco entre los asistentes al festival y que, de hecho, apenas llegaron a extenderse a otros juegos: las carreras de carros tirados por un tronco de dos mulas (*apéne*) y la prueba denominada *kálpe*.

Una anécdota que nos cuenta Aristóteles a propósito del poeta Simónides (*Retórica* 3.2.14; es el fr. 515 de Simónides) muestra a las claras que desde un principio la *apéne* fue considerada especialidad poco noble; las mulas, por lo visto, no conferían a la prueba con su trotecillo la misma dignidad y elegancia que aportaba el fogoso galopar de los caballos. Nos refiere Aristóteles que Anaxilao, tirano de Regio, en la Magna Grecia, quiso encargar a Simónides un epinicio que celebrara su triunfo con el carro de mulas, a lo que el poeta no accedió, alegando que unas mulas son tema poco digno para una composición poética. Parece ser que, entonces, Anaxilao elevó su oferta económica y Simónides (cuya tacañería era proverbial en la Antigüedad) compuso una oda en la que invocaba a las mulas con el sonoro verso "*os saludo, hijas de caballos de pies rápidos como la tormenta*" (omitiendo, comenta Aristóteles, que eran también hijas de burros). Que el epinicio le fuera encargado a Simónides por un griego del Sur de Italia no representa ninguna sorpresa, pues parece ser que la modalidad deportiva de la que hablamos se consideraba típica de esa zona y, de hecho, las tres *Olímpicas* (4, 5 y 6) que Píndaro compone para celebrar triunfos en la *apéne* están dedicados a dos siciliotas, Psaumis de Camarina y Hagesias de Siracusa (véase asímismo el fr. 105, a propósito de una victoria del siracusano Hierón). Quizá por esa razón, la importancia política, y también en el ámbito del deporte, que los griegos de Italia y Sicilia llegaron a adquirir no fuera ajena a la inclusión de la prueba de carros de mulas en los Juegos Olímpicos.

En algunas monedas de Regio y Mesina figuran de manera inequívoca carros tirados por mulas (figura 79). De manera semejante, Brauer ha recurrido a la información que puede proporcionarnos la numismática para el estudio de la otra prueba suprimida, junto con la *apéne*, en el año 444 a.C., la denominada *kálpe*. La importancia de tales documentos es tanto mayor cuanto que la única descripción que nos ha llegado de esta curiosa prueba se la debemos a Pausanias (5.9.2.; Plutarco, *Problemas de banquete* 675c se limita a una simple mención): "*Cuando se disputaron por primera vez* [en Olimpia], *en la carrera de carros de mulas venció el tesalio Tersio, y en la kálpe Pateco, un aqueo de Dime. La kálpe era una carrera para yeguas, y en la última parte del recorrido los jinetes saltaban*

de ellas y corrían junto con las yeguas, llevando las bridas sujetas, como hacen todavía en nuestros días los llamados 'montadores'". La palabra *kálpe* acostumbra a traducirse por "carrera al trote", no sólo porque, como es lógico, al trote sería el paso que adoptara la yegua cuando su jinete se apeaba para conducirla de la brida (cf. Harris, *SGR* 158), sino también porque ése parece ser el significado etimológico de la palabra *kálpe* (cf. Sófocles, fr. 1007; Aristófanes, *Tesmoforiantes* 1174; Platón el cómico, fr. 257).

Las pruebas hasta ahora descritas tuvieron alguna vez cabida, con mayor o menor éxito, en el programa de los Juegos Olímpicos. Los testimonios epigráficos de manera preponderante nos permiten conocer la existencia de otras especialidades hípicas disputadas en otros festivales y que completan un panorama sumamente amplio, fiel reflejo de la popularidad que alcanzaron en Grecia los deportes ecuestres.

Hemos visto que Pausanias compara el ejercicio que se exigía realizar a los participantes en la *kálpe* con el que en sus días ejecutaban los llamados "montadores" (*anabátai*), añadiendo, no obstante, que éstos difieren de aquéllos en que "*llevan distintivos diferentes y utilizan caballos machos*". Dado que algunas inscripciones hacen alusión a vencedores en pruebas destinadas a "desmontadores" (*apobátai*), algunos autores, como es el caso de Harris (*SGR* 181) o Weiler (p. 204-5), identifican ambos términos y deducen de ellos que los hombres se apeaban y volvían a montar mientras los caballos corrían (cf. *Anecdota Graeca* I.426.30 Bekker). No creemos, sin embargo, que las dos palabras designen la misma prueba. El *apobátes* era probablemente un atleta (en las representaciones artísticas aparece con yelmo y escudo, señal inequívoca del origen militar del ejercicio) que acompañaba en el carro al auriga y que, en determinado momento, saltaba a tierra para cubrir la distancia de un estadio (Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma* 7.73); se trababa, pues, de una disciplina que combinaba el deporte ecuestre con el atletismo propiamente dicho (cf. figura 82). Por el contrario, el hecho de que Pausanias asemeje una prueba en la que los jinetes se apeaban del caballo y lo llevaban por la brida con el ejercicio que realizaban los *anabátai*, induce más bien a pensar que éstos, a diferencia de los

apobátai, cumplían su cometido no en carros, sino en caballos, de modo que quizá esté más próxima tal disciplina a otra que en las inscripciones se denomina *aphippodromás* ("carrera desmontando del caballo"; cf. *IG* IX.2.527-531, de Larisa). Ya Homero, por otro lado, describe la habilidad del jinete que lanza al galope por la llanura cuatro caballos y va pasando de uno a otro (*Ilíada* 15.679-84; cf.1.2).

Otras pruebas hípicas han sido descritas ya en capítulos anteriores. Es el caso del lanzamiento de jabalina a caballo sobre un blanco, ejercicio que se introdujo en los juegos a partir de su presencia en la educación militar de los efebos (cf. 3.4), o las carreras de antorchas a caballo, que conocemos por la mención que de ellas hace Platón al comienzo de su *República* (cf. 3.1.4.) y por las inscripciones de Larisa, la más importante ciudad de Tesalia, que acabamos de citar (cf. también *IG* II.2.958.67, de las Teseas atenienses). Precisamente el Ática y Tesalia son quizá las regiones de Grecia en las que los deportes ecuestres alcanzaron mayor difusión y variedad (aunque no debemos omitir tampoco Italia y Magna Grecia; así, Esteban de Bizancio, un gramático del siglo VI p.C., autor de un diccionario de nombres geográficos, al hablar de la ciudad de Tarento, cita el verbo *tarantízo*, que glosa como "montar a caballo a la manera de los tarentinos", quienes, según parece, eran consumados especialistas en el arte ecuestre). Las inscripciones áticas (cf. Patrucco 384) mencionan muy diversos tipos de competición, distinguiendo además entre las carreras en línea recta (*akámpios*, "sin curva") y aquéllas que incluían un viraje (*díaulos*), así como entre pruebas destinadas a caballos adultos y a potros, separación que se hizo efectiva igualmente en Olimpia a partir de determinado momento, según se indicará más adelante. Evidentemente, las grandes llanuras de Tesalia eran un marco idóneo para la cría caballar y los caballos tesalios gozaron siempre de reconocido prestigio (cf. Baquílides 14B.10). En esta región, como se dijo en su momento (1.1.1) están documentados en época histórica juegos taurinos consistentes en la inmovilización del animal por parte de un jinete que lo alcanza a la carrera y se abate sobre el toro desde el caballo.

En las inscripciones áticas son mencionadas asímismo carreras de "carros de procesiones" (*zeúge pompiká*), de "carros de guerra" (*zeúge*

polemistéria; cf. Aristófanes, *Nubes* 28) y de "caballos de guerra" (*híppoi polemistaí*), que debían guardar con las pruebas hípicas "normales" una relación análoga a la que se daba, en las carreras pedestres, entre la carrera de hoplitas y las demás disciplinas; es decir, carros, caballos y jinetes irían ataviados con equipo militar. A una prueba de esas características responde probablemente la indicación de una inscripción défica ya comentada, en la cual una muchacha de Trales, Hedea, aparece como vencedora en la "carrera de carros armados" de los Juegos Ístmicos (cf. 1.3.3.).

Tampoco faltan, por último, noticias sobre otro tipo de competiciones posiblemente semejante a una disciplina incorporada al programa de los Juegos Olímpicos de la era moderna, la doma. Jenofonte (*Sobre la equitación* 3.10-13) y algunas inscripciones áticas de los siglos IV y III a.C. (*IG* II-III.2.3079 y 3130) aluden a las exhibiciones denominadas *anthippasíai*, que se desarrollaban en el marco de las Panateneas y las Olimpieas y que consistían en realizar maniobras militares a caballo, compitiendo entre sí las distintas tribus (cf. Kyle 189-90). Nada sabemos sobre los detalles concretos de tales concursos ni sobre los criterios que se seguían para determinar a los vencedores (los testimonios de las inscripciones y de los gramáticos antiguos prueban que se trataba de competiciones agonísticas; cf. Reisch, *s.v.* en *RE*), pero es fácil suponer que se valoraba en particular la elegancia y la perfección en la ejecución de los ejercicios. Fuera del territorio del Ática, quizá la presencia del término *hippasía* en una inscripción de la vecina beocia (*IG* VII.3087) atestigüe la existencia de competiciones semejantes en los juegos de Lebadía.

3.9.3. El hipódromo

Las competiciones ecuestres tenían lugar en el hipódromo, que no era, a diferencia del circo romano, una construcción, sino sencillamente un amplio espacio más o menos llano, sin *spina*, con una columna en cada extremo, en torno a las cuales giraban carros y caballos (figura 83); no existen, pues, a este respecto, notables diferencias en relación a la pista

en la que corren los cinco carros participantes en los juegos en honor de Patroclo, que cubren un recorrido de ida y vuelta girando en torno a un tronco seco que se alza ligeramente al fondo de la llanura y en torno al cual "*el terreno es liso y apto para las carreras de caballos*" (*Ilíada* 23.326ss.). La distancia entre las columnas que marcaban los extremos de la pista era variable según los lugares, entre otras razones porque estaba condicioanda a la morfología misma del terreno; un evidente ejemplo de ello es el único hipódromo que ha llegado hasta nosotros sin modificaciones de época romana, el ubicado en Arcadia, en el monte Liceo, en un agreste pasaje que apenas deja lugar para una pista de poco menos de 300 × 150 m (cf. Harris, *SGR* 163).

El hipódromo más grande del que tenemos noticias era el situado entre Atenas y El Pireo, donde se desarrollaban las pruebas hípicas de las Panateneas (algunas de las cuales, según hemos visto, eran *akámpios*, es decir, sin giro, en línea recta); en el *Etymologicum Magnum* (*s.v.* "Enekhelidó") se le atribuye una longitud de ocho estadios, es decir, en torno al quilómetro y medio. En cuanto a la pista olímpica, un manuscrito constantinopolitano publicado a mediados del siglo pasado (cf. Patrucco 396) describe sus dimensiones, asignando a uno de sus lados la extensión de tres estadios y un pletro de largo (*ca.* 600 m.) por un estadio y cuatro pletros de ancho (*ca.* 300 m.) en la línea de salida. No obstante, la única descripción pormenorizada de un hipódromo griego se la debemos, una vez más, a la estancia de Pausanias en Olimpia (6.20.10ss.; Lacombrade, por su parte, sostiene que la descripción que hace Sófocles de la carrera de cuádrigas de los Juegos Píticos en *Electra* 680 ss. se inspira directamente en la que tenía lugar en el hipódromo olímpico): "*Pasando el estadio por el sitio donde se sientan los helanódicas, se encuentra la pista destinada a las carreras de caballos y el lugar de salida de las mismas. El lugar de salida tiene la forma de la proa de una nave, y su espolón está vuelto en la dirección de la carrera. La proa se ensancha allí donde está próxima al pórtico de Agnapto, y un delfín de bronce sobre una vara ha sido construído en la punta misma del espolón. Cada lado del lugar de salida mide más de 400 pies de largo, y en ellos hay construídas casillas, que se reparten por sorteo entre quienes intervienen en las carreras. Delante*

de los carros o de los caballos de carreras se extiende una cuerdecilla a modo de barrera. En cada olimpíada se construye un altar de ladrillo crudo, encalado por la parte de afuera en el centro mismo de la proa, y un águila de bronce con las alas extendidas en toda su amplitud está colocada sobre el altar. La persona encargada de dar salida a la carrera pone en funcionamiento el mecanismo del altar, y una vez que lo ha puesto en marcha el águila salta hacia arriba hasta hacerse visible a los espectadores, mientras que el delfín cae hacia el suelo. Las primeras barreras de cada lado, las más cercanas al pórtico de Agnapto, se aflojan y los caballos que se encuentran en ellas echan a correr los primeros. En su carerra llegan a la altura de aquéllos a los que les ha tocado en suerte ocupar la segunda posición y entonces se aflojan las barreras de éstos. Y así sucesivamente ocurre con todos los caballos, hasta que se igualan unos con otros a la altura del espolón de la proa. A partir de entonces toca ya a los aurigas mostrar su destreza y a los caballos su rapidez. Fue Cleetas quien ideó el método de salida originariamente, y parece que estaba orgulloso de su invención, a juzgar por el epigrama que inscribió en una estatua en Atenas:

el primero que inventó el mecanismo de salida
para los caballos en Olimpia,
Cleetas, el hijo de Aristocles, me hizo.

Y se dice que después de Cleetas Arístides añadió al mecanismo alguna mejora.

Uno de los lados del hipódromo es más largo que el otro, y en el lado más largo, que es un terraplén, se encuentra, en la salida que hay a través del terraplén, Taraxipo, el espanto de los caballos. Tiene la forma de un altar redondo, y cuando los caballos pasan corriendo junto a él, inmediatamente se apodera de ellos un gran terror sin ninguna causa aparente y el terror les produce espanto, de manera que es habitual que rompan los carros y los aurigas resulten heridos. Por esta razón los aurigas ofrecen sacrificios y suplican a Taraxipo que les sea favorable... El otro lado del hipódromo no es un montículo de tierra, sino una colina baja".

Del relato de Pausanias (centrado particularmente, como puede apreciarse, en la descripción de los lugares de salida y giro) se deduce que el hipódromo olímpico se hallaba al Sudeste del estadio, en una zona en

la que las crecidas del cercano Alfeo han borrado toda huella arqueológica (cf. figuras 29 y 31). El lado norte, el más corto, estaba limitado por una pequeña colina, en la que se situaban los espectadores; en cambio, en el lado sur, entre la pista y el río, se había levantado un terraplén, también apto para acoger a quienes deseaban presenciar las pruebas.

3.9.4. Desarrollo de las carreras.

Ya en la narración homérica del canto 23 de *Ilíada* entrontramos descritos de manera magistral los momentos y características sobresalientes de una carrera hípica: presentación de participantes y caballos; sorteo de los lugares de salida; importancia del juez que se sitúa en la contrameta, "*para que retuviera en la memoria la carrera y les contara la verdad*"; descripción promenorizada de la carrera, haciéndose especial hincapié en el momento más importante, el giro; accidentes; supuestas maniobras incorrectas y reclamación de quien se cree perjudicado por ellas; desolación por la derrota y alegría por el triunfo; apasionamiento de los especatdores, que no sólo cruzan apuestas entre ellos, sino que incluso están en un tris de llegar a las manos los partidarios de unos y otros (vv. 448ss.).

Los prolegómenos de la carrera empezaban, efectivamente, con la solemne presentación de los participantes, lo que explica, como anticipamos, el hecho de que la competición de cuádrigas fuera la prueba que abría el festival olímpico, pues el desfile de los carros ofrecía un vistoso espectáculo equiparable a nuestras típicas, y a menudo tópicas, ceremonias de inauguración. En el relato homérico es notable el interés que muestra el poeta por presentar no sólo a los aurigas sino también a los caballos, indicando su *pedigree* y ascendencia, aspecto que, también en Grecia, tenían muy en cuenta propietarios y preparadores y despertaba el interés del público (cf. Saacke, Patrucco 391-2). Otro rasgo importante que el deporte hípico de la antigua Grecia comparte con el de nuestra época queda ya patente en el poema de Homero, y es la admisión de caballos y yeguas en las mismas pruebas (cf. Sófocles, *Electra* 701ss.; la única excepción es la *kálpe*, reservada a yeguas). Sólo a partir del siglo IV a.C. se consideró necsaria la separación de los caballos según su edad,

igual que ocurría en el caso de los atletas, compitiendo por separado caballos adultos y potros; tal distinción se extendió desde Olimpia a los restantes juegos panhelénicos y otros festivales mayores y menores, como confirman las inscripciones. Poco sabemos, por último, del número de participantes que podían intervenir simultáneamente en una carrera, ya que las informaciones de nuestras fuentes oscilan entre los diez carros que cita Sófocles (*Electra* 708ss.) y los 41 que menciona Píndaro (*Píticas* 5.43ss.).

La posición que cada caballo o carro ocupaba en la línea de salida venía determinada por sorteo (cf. *Ilíada* 23.352-3; Sófocles, *Electra* 709-10; Pausanias 6.20.11), y no era indiferente el puesto que a cada uno asignaba el azar, pues quienes corrían por las calles centrales partían ya con una cierta ventaja al tener un recorrido menor que sus rivales, aunque tal falta de equidad se intentó subsanar en el hipódromo olímpico mediante la adopción del complejo mecanismo (*áphesis*) debido al ingenio del arquitecto Cleetas (III a.C.) y que describe con pormenor Pausanias. El lugar de salida tenía, nos dice Pausanias, "*la forma de la proa de una nave*", es decir, un triángulo isósceles con el vértice orientado en la dirección de la carrera. Sus dos lados iguales, cada uno de los cuales medía nada menos que 120 m. (400 pies), estaban formados por unas casillas en las que se colocaban caballos y carros, a los que una cuerda extendida ante ellos impedía avanzar. Una vez situados los participantes en sus puestos, operación nada fácil, un complejo mecanismo (reconstrucciones en Harris, *SGR* 165, con figura 11 y Wiegartz) hacía caer las cuerdas y permitía la salida de los competidores sucesivamente, no simultáneamente, de manera que los primeros en partir eran los de los extremos ("*los más cercanos al pórtico de Agnapto*") y a continuación iban iniciando la carrera los demás, en la direccíon desde los extremos hacia el vértice, conforme los rivales llegaban a su altura, "*hasta que se igualan unos con otros a la altura del espolón de la proa*". Dado que este complejo sitema fue ideado con la pretensión de que todos los participantes partiesen en igualdad de condiciones (al tiempo que evitaba las siempre molestas salidas en falso), puede hacérsele una objeción, y es que los que salían antes cobraban la ventaja que suponía el partir ya lanzados cuando

sur rivales aún no habían arrancado; por eso se ha sugerido que cuando Pausanias habla de igualdad de los competidores a la altura del vértice del triángulo no hay que pensar en una línea recta, sino en una línea curva ligeramente cóncava, a semejanza de la línea de salida de las cuádrigas en el circo romano (es idea de A. Martin, art. "Hippódromos" en la enciclopedia de Daremberg-Saglio, compartida, entre otros, por Harris, Finley-Pleket 28-29, Weiler 203-4; Patrucco 394, n. 2, señala que no disponemos de prueba alguna que permita sostener tal hipótesis). El mismo Martin, por otro lado, en su reconstrucción del hipódromo olímpico, sitúa la *áphesis* a uno de los lados de la pista, en tanto que otros autores consideran que el vértice del triángulo se hallaba en la misma línea horizontal que unía meta y contrameta (figura 83). Tampoco nos es dado resolver esta cuestión, aunque indudablemente las maniobras se verían facilitadas si se acepta la hipótesis de Martin.

Finalmente, el curioso ascenso del águila situada sobre el altar, coincidente con el descenso del delfín, era sencillamente un medio para indicar a los espectadores más aljados que la prueba había dado comienzo.

Por lo que podemos saber, el procedimiento de salida descrito por Pausanias se aplicó exclusivamente en Olimpia, en tanto que en los demás juegos se debió de continuar recurriendo al sistema tradicional de alinear a los participantes y acompañar la señal de salida que daba al juez de la carrera con el sonar de las trompetas (cf. Sófocles, *Electra* 708-11). Es posbile que en la propia Olimpia el sonido de las trompetas indicara asímismo a los espectadores el comienzo de las de salida (a partir de 396 llegó a disputarse en los Juegos Olímpicos una competición para trompetistas), y también recordara, tanto a los participantes como al público, cuándo carros y caballos comenzaban a cubrir la última vuelta, como se sigue haciendo aún hoy en nuestras pruebas atléticas. Así se desprende de otra noticia transmitida por Pausanias (6.13.9), que se refiere a un suceso ocurrido a finales del siglo VI a.C.: "*La yegua de Fidolas de Corinto, como recuerdan los corintios, tenía por nombre Aura ('Brisa'), y ocurrió que desmontó a su jinete al comienzo mismo de la carrera; pese a ello, siguió corriendo en orden, giró en torno a la meta y, cuando escuchó la*

trompeta, aceleró aún más su paso, se apresuró a llegar ante los helanódicas, supo que había vencido y dejó de correr. Los eleos proclamaron vencedor a Fidolas y se le permitió dedicar una estatua a su yeguas". Esta anécdota nos permite conocer, además, que, al contrario de lo que ocurre en el deporte de hoy, no era descalificado el caballo que derribaba a su jinete, seimpre que no interfiriera en el camino de los demás participantes (eso parece querer decir Pausanias cuando señala que Aura "*siguió corriendo en orden*").

En cuanto a la distancia que debían recorrer los participantes en cada prueba, era variable en los distintos festivales. Ya se ha señalado que en los Juegos Panatenaicos (y también, que sepamos, en los celebrados en la isla de Delos) se disputaban carreras en línea recta, en las cuales los caballos cubrían el hipódromo en toda su longitud, y otras que consistían en un recorrido de ida y vuelta, con un solo giro, semejante, pues, al que realizan los héroes homéricos en el canto 23 de *Ilíada*. En los festivales panhelénicos, no obstante, los competidores completaban varias vueltas a la pista. En lo que se refiere a Olimpia concretamente, el ya mencionado manuscrito de Constantinopla fija una distancia de doce vueltas para la carrera de cuádrigas tiradas por caballos adultos, ocho para las cuádrigas tiradas por potros y para las bigas de caballos adultos, y tres para las bigas de potros. Este testimonio es seguramente fideligno, ya que la distancia de doce vueltas para la carrera de cuádrigas es confimada en varios pasajes por Píndaro (*Olímpicas* 3.33; *Olímpicas* 2.50, a propósito de los Juegos Olímpicos, Píticos e Ístmicos; cf. asímismo *Olímpicas* 6.75, un epinicio que celebra un triunfo en la carrera de carros tirados por mulas). La distancia entre los pilares que señalaban la meta y la contrameta bien pudiera haber sido en Olimpia de dos estadios, como en Nemea (Pausanias 6.16.4), de manera que la vuelta completa comprendía cuatro estadios (justamente la distancia que recorrían los atletas participantes en el *híppios drómos*; cf. 3.1.1); en tal caso, doce vueltas supondrían poco más de 9 km, ocho vueltas por encima de los 6 km y tres vueltas casi 2'5 km. (Paleólogos, en Yalouris 239, aumenta de manera considerable estas distancias, basándose probablemente en las medidas que indica el manuscrito de Constantinopla; pero debe tenerse

en cuenta que los datos que el códice nos proporciona se refieren a la longitud *total* del hipódromo olímpico, no a la distancia entre las pilastras, que era lógicamente menor).

Los tan socorridos relatos de Homero y Sófocles reflejan a la perfección el desarrollo de las pruebas hípicas y la emoción con que eran seguidas por los espectadores. En ambos pasajes se destaca, en efecto, el ruidoso ambiente resultante de la mezcla confusa del griterío del público con las voces de ánimo de los conductores a sus animales y el estrépito de los carros, la gran nube de polvo que se levanta del suelo haciendo difícil la visibilidad (cf. Simónides, fr. 516, y Baquílides 5.43ss.), la enconada pugna entre los participantes, que sienten en su cuello el aliento del rival que se les aproxima (*Ilíada* 23.380-1; Sófocles, *Electra* 719), etc. Pero en los dos relatos se insiste en particular en el momento más característico, importante y al propio tiempo peligroso de las carreras ecuestres: el giro en torno a las pilatras. La pericia de los jinetes, y sobre todo de los cocheros, debe mostrarse, efectivamente, en su habilidad para conducir recto el carro y especialmente durante el viraje, el instante en el que un conductor hábil puede compensar y aún superar la mayor rapidez de los caballos de sus rivales, como recuerda Néstor a su hijo Antíloco (*Ilíada* 23.306ss.). Para ello hay que procurar pasar lo más cerca posible del poste, dando riendas al caballo de la derecha y reteniendo al de la izquierda, que es el que más cerca pasa de la meta: "*Tú lanza el carro y los caballos casi rozando la meta, e inclínate en la bien construída silla ligeramente hacia la izquierda, al tiempo que estimulas al caballo de la derecha gritando y le das riendas; y procura que el caballo de la izquierda se pegue tanto al a meta que parezca que el cubo de la trabajada rueda la alcande, pero evita tocar la piedra, no sea que hieras a los caballos y rompas el carro... Porque si apresurándote en el giro pasas delante, no hay quien, persiguiéndote, pueda alcanzarte ni anticipársete*" (*Ilíada* 23.334 ss.; cf. Sófocles, *Electra* 720ss.). Era, pues, de vital importancia llegar bien colocado a los giros y salir de ellos en buena disposición de luchar por el triunfo, especialmente en las vueltas finales (habían aurigas como Orestes que "*avanzaba el último dejando sus potros al final, pues confiaba en la última vuelta*", Sófocles, *Electra* 734-5). No es por ello de extrañar

que, si bien los accidentes eran moneda corriente en las carreras ecuestres, en especial en las de cuádrigas, las caídas fueran particularmente frecuentes en los virajes, cuando cuatro caballos lanzados a toda velocidad tirando de un ligero carro debían dar un brusco giro de 180 grados, maniobra de la que, además, dependía en buena medida el resultado final de la prueba. Así, en la carrera que describe Sófocles dos accidentes que se producen precisamente en los giros hacen que los diez carros que inician la prueba queden reducidos a uno solo, y el primer choque afecta nada menos que a ocho cuádrigas (*Electra* 720ss.; cf. *Ilíada* 23.391ss.; Píndaro, *Píticas* 5.49ss., donde afirma el poeta que, de 41 carros que toman la salida, sólo el vencedor consigue completar el recorrido; sobre representaciones de accidentes en la cerámica, cf. Patrucco 397).

La abundancia de choques y salidas de la pista que se producían en el momento del giro explica que en el hipódromo de Olimpia la superstición popular atribuyera los accidntes a la influencia maléfica del llamado altar de Taraxipo ("Espantacaballos"), sobre el que discute Pausanias en el texto antes traducido, haciendo inventario de los héroes a cuyo fantasma se asignaba el curioso entretenimiento de asustar a los caballos (Pausanias 6.20.15ss.). Como colofón de su erudita disertación, añade el periegeta: "*La más fidedigna de las historias, en mi opinión, es la que hace de Taraxipo una advocación de Posidón. Y hay también un Taraxipo en el Istmo,... mientras que en Nemea... no había ningún héroe que molestase a los caballos, pero, como dominando el lugar de giro se alza una roca de color fuego, el resplandor que de ella emana provoca el terror de los caballos, como si se tratara de fuego*". Para completar el curcuito de los cuatro grandes juegos, en otro pasaje (10.37.4) afirma Pausanias que en Defos no hay Taraxipo, pero los accidentes son tan numerosos como en los demás festivales.

En los juegos en honor de Patroclo, Aquiles envía al viejo Fénice como juez de contrameta, para que, una vez acabada la prueba, le informe de las posibles maniobras incorrectas que hayan podido producirse en el giro (*Ilíada* 23.359-61). Aunque no podemos asegurarlo, es muy probable que Homero hiciera adoptar a Aquiles, árbitro principal

de los juegos, las mismas normas vigentes en las competiciones de época histórica. Eso vale igualmente para la disputa que mantienen Antíloco y Menelao durante y después de la carrera (*Ilíada* 23.400ss.): Menelao juzga peligrosa e irregular una maniobra de Antíloco que le obliga a contener sus caballos para evitar el choque y su reclamación es atendida por el juez de la contienda, Aquiles (se trata del primer ejemplo conocido de una práctica bien habitual en el deporte moderno). De este y otros textos puede deducirse la existencia de una reglamentación explícita que regulaba la conducta de jinetes, aurigas e incluso caballos (cf. Pausanias 6.13.9, pasaje ya comentado) durante la prueba y prohibía maniobras peligrosas, como cruzarse repentinamente por delante de un adversario. Poco más podemos saber sobre tales normas; si acaso, otro hecho que conocemos, uan vez más, por Pausanias (6.1.4; cf. Moretti, *IAG* no. 19): a comienzos del siglo IV a.c. el helanódica Troilo, siendo uno de los árbitros de la prueba, venció en la carrera de cuádrigas en dos Olimpíadas; a partir de entonces quedó establecida la incompatibilidad de ser juez y parte a un tiempo, como el deporte de hoy da por sentado.

Un último aspecto queremos destacar en las pruebas hípicas de la antigua Grecia: la actividad y emoción con que el público seguía las carreras y que culminó, según se dijo al comienzo, con la "histeria colectiva" por las carreras de carros en el mundo romano (son palabras de Harris, *SGR* 183) y con las disputas deportivo-políticas de los bandos rivales en los hipódromos bizantinos (algo que, por otra parte, tampoco es desconocido en el mundo deportivo de nuestro siglo). Una vez más, es Homero quien mejor refleja el ambiente que se vivía en las gradas (y puede hablarse con propiedad de gradas a la vista de la figura 11, donde se observa cómo un público emocionado sigue sobre una escalonada tarima los incidentes de la carrera homérica). Hace Homero mención ya, ocho siglos antes de Cristo, de circunstancias tan pintorescas y actuales como las apuestas o las enconadas e incluso violentas disputas entre los "hinchas" rivales:

"*Los argivos, sentados en el lugar del certamen, contemplaban con atención a los caballos, y ellos volaban levantando polvo por la llanura.*

Idomeneo, caudillo de los cretenses, fue el primero que advirtió a los caballos, pues estaba sentado el más alto en una atalya, fuera del lugar del certamen. Oyendo, aunque estaba lejos, al cochero gritar a sus animales, lo reconoció, y advirtió que iba por delante un caballo magnífico, todo él rojo salvo en la frente, donde tenía una mancha blanca y redonda, como la luna. Se puso en pie y dijo estas palabras a los argivos: 'Amigos, capitanes y príncipes de los argivos, ¿sólo yo distingo a los caballos o también vosotros? Me parece que son otros los caballos que van delante, y otro el auriga. Deben de haberse lastimado en la llanura las yeguas que allí al menos eran vencedoras, pues sin duda se les vio las primeras al doblar la meta. Ahora, en cambio, no puedo verlas por ningún lado, aunque mis ojos rastrean la llanura troyana por todas partes. Quizá las riendas se le escaparon al auriga y fue incapaz de retener el carro en torno a la meta, de manera que no consiguió dar la vuelta. Me figuro que allí ha caído, ha roto el carro y las yeguas se han desbocado, cuando el ímpetu se apoderó de ellas. Pero levantaos y mirad también vosotros, pues yo no lo distingo bien; pero me parece que es un varón de linaje etolo, aunque reina entre los argivos, el hijo de Tideo domador de caballos, el fuerte Diomedes'.

Y a él contestó agriamente el rápido Ayante hijo de Oileo: 'Idomeneo, ¿por qué charlataneas antes de lo debido? Las yeguas que alzan los pies vienen corriendo a lo lejos por la amplia llanura. Tú no eres el más joven entre los argivos ni la vista de los ojos de tu cara es la más aguda; sin embargo, siempre estás charlataneando. No debes ser en modo alguno tan charlatán, pues hay presentes otros que son superiores. Las yeguas que van delante son las mismas de antes, las de Eumelo, y él mismo va en su carro y tiene las riendas'.

El caudillo de los cretenses le replicó irritado: 'Ayante, el mejor en las riñas, malintencionado, y en todo lo demás estás por debajo de los argivos porque tu espíritu es cruel. Aquí ahora apostemos un trípode o una caldera y nombremos árbitro al Atrida Agamenón, a ver cuáles son las yeguas que vienen delante y tú aprendas pagando'.

Así dijo y se levantó de inmediato el rápido Ayante hijo de Oileo para contestarle irritado con duras palabras. Y la disputa entre ambos se hubieran prolongado más aún, si no se hubiera puesto en pie el propio

Aquiles diciendo: 'Dejad de intercambiar duras y malas palabras, Ayante e Idomeneo, pues no es conveniente, y también vosotros os indignaríais con cualquier otro que lo hiciera. Sentaos en el lugar del certamen y observad con atención a los caballos, que pronto llegarán aquí buscando la victoria; y entonces sabréis uno y otro qué caballos van delante y cuáles les siguen'". (*Ilíada* 23.448ss.; sobre la participación del público en las carreras hípicas, véase también Sófocles, *Electra* 749-50; Baquílides 3.9ss., 5.48-49).

BIBLIOGRAFÍA

J.K. Anderson, *Ancient Greek Horsemanship*, Berkeley 1961; G.C. Brauer, "The Kalpe. An Agonistic Reference on Several Greek Coins?", *San* VI 1974-75, 6-7; A. Cameron, *Porphyrius the Charioteer*, Oxford 1973; N. B. Crowther, "The Apobates Reconsidered (Demosthenes lxi 23-9)", *JHS* CXI 1991, 174-6; C. Diem, *Das Trojanische Reiterspiel*, Berlín 1942; H.B. Evans, *Roman Circuses: Arenas for Chariot Racing*, Berkeley 1986; F. García Romero, "Pruebas hípicas menores", *CFC* II 1992; P.A.L. Greenhalgh, *Early Greek Warfare. Horsemen and Chariots in the Homeric and Archaic Ages*, Cambridge 1973; W. Grossmann, "Reiten und Fharen im alten Olympia" *Olympische Spiele* XV 1936, 27-34; H.A. Harris, "The Starting Gate for Chariots at Olympia", *GandR* XV 1968, 113-26, y XVI 1969, 172-3; D.K. Hill, "Chariots of Early Greece", *Hesperia* XLIII 1974, 441-6; C. Lacombrade, "En marge de Sophocle. Une course de quadriges aux Jeux Pytiques", *Pallas* VIII 1959, 5-14; H. Lee, *Historique des courses des chevaux de l'antiquité à ce jour*, París 1914; H.M. Lee, "Pindar, Olympian 3.33-34. 'The twelve-turned terma' and the length of the four-horse chariot race", *AJPh* CVII 1986, 162-174; A. Machin, "Oreste ou l'échec glorieux: Sophocle, *Electre* (741-745)", *Pallas* XXXIV 1988, 45-60; E.J. Morrisey, "Victors in the Prytaneion Decree (*IG* 1.2.77)", *GRBS* XIX 1978, 121-5; J.A. Saacke, "An Admirer Looks at the Horsemen of Ancient Greece", *CJ* XXXVII 1942, 323-33; H. Wiegartz, "Zur Startanlage im

Hippodrom von Olypmia", *Boreas* VII 1984, 41-78; J. Wiesner, "Fahren und Reiten", en *Archaeologia Homerica*, Gotinga 1968.

3.10. LA NATACIÓN Y EL REMO

3.10.1. Los deportes acuáticos en la vida de los griegos

El ambiente físico en el que se desenvolvió la vida de los antiguos griegos hacía inevitable una estrechísima vinculación con el mar (pese a que un campesino beocio como Hesíodo se embarcara solamente una vez en su vida, y además para una brevísima travesía; cf. *Trabajos y días* 650 ss.). El mar, en efecto, proporcionaba lo necesario para la subsistencia, era la más rápida vía de comunicación en la buena estación, y a sus orillas fueron fundando los griegos sus colonias, extendiéndose por todo el Mediterráneo, desde la Península Ibérica hasta el Mar Negro (para la importancia del mar en la cultura griega, es fundamental el hermoso libro de A. Lesky, *Thalatta. Der Weg der Griechen zum Meer*, Viena 1943, reimpr. Nueva York 1973). Sin embargo, este hecho, que se hace ya evidente en el arte minoico (cf. 1.1.3) y en nuestros más antiguos documentos literarios, los poemas homéricos, contrasta con la muy escasa presencia de competiciones acuáticas en los festivales agonónisticos (nula en el caso de los cuatro grandes festivales panhelénicos). Las razones aducidas para explicar tal circunstancia, en principio sorprendente, han sido diversas, pero quizá puedan resumirse básicamente en que el remo y la natación continuaron teniendo siempre, a diferencia de otras actividades físicas que sí hallaron cabida en los juegos deportivos, una función utilitaria, y de utilidad primordial, en la vida del hombre griego (cf. Patrucco 361-2, Weiler 206-7; se consideraban además, como enseguida veremos, ocupaciones propias de gentes de baja condición social); a ello debe sumarse el obstáculo que supuso para la incorporación de ambas modalidades deportivas a las competiciones regulares la falta de instalaciones y lugares adecuados para su práctica, dado que debían desarrollarse en aguas naturales y no en piscinas, que eran habitualmente de reducidas dimensiones (Mehl, art. "Schwimmen" en *RE Suppl.* V 1931, col, 847, 852, y también Auriga, Schütze, Patrucco 352, n. 1, etc.; sobre las piscinas, véase Yalouris 260).

Los griegos consideraron siempre la natación, y por supuesto también el remo, como una actividad física orientada hacia una finalidad

práctica (cf. Mehl, col. 861-2; Harris, *SGR* 112ss.), pues no solamente permitía la supervivencia en circunstancias excepcionales (la pericia natatoria salva al náufrago Odiseo en *Odisea* 5.374 y 7.275; la habilidad para el buceo, acompañada de la intervención divina, permite a Teseo salir victorioso de su enfrentamiento con Minos en el *Ditirambo* 17 de Baquílides), sino que especialmente era un medio para que muchos habitantes del continente y sobre todo de las islas pudieran ganarse el pan de cada día, mediante la pesca y la recogida de ostras (*Ilíada* 16.745ss.) o esponjas, actividad considerada sumamente peligrosa a causa de las notables profundidades alcanzadas por los buceadores durante su immersión, que podía acarrearles daños físicos irreparables, como el estallido de los tímpanos (Aristóteles, *Problemas* 960b; Opiano, *Sobre la pesca* 5.634ss.). La pesca, en consecuencia, fue tenida por ocupación mucho menos noble que la caza, hasta el punto de que Platón (*Leyes* 823 d-e; cf. Plutarco, *Sobre la habilidad de los animales* 965e) expresa a sus amigos el deseo de que "*nunca se apodere de vosotros afición ni amor por la caza en el mar ni por la pesca con anzuelo ni, en general, por la persecución de animales acuáticos*", pues, se nos dice, no contribuye, al contrario que la caza, a fomentar el valor ni la fuerza y la agilidad corporal.

Pero la utilidad de natación y buceo no se limita a la oscura batalla por obtener el sustento diario en tiempos de paz, sino que ambas habilidades son asímismo de apreciable eficacia en tiempos de guerra, como hacen evidente varios hechos bélicos que narran Heródoto y Tucídides. Durante las luchas contra los persas, un tracio que respondía al nombre de Escilias, "*el mejor buceador que había entonces*", desertó del ejército persa y se pasó al enemigo griego nadando bajo el agua la nada despreciable distancia de 80 estadios (unos 15 km.; Heródoto 8.8, aunque el historiador de Halicarnaso acoge la historia con incredulidad; otras hazañas submarinas de Escilias y su hija Hidna no son conocidas por Puasanias 10.19.1 y Ateneo 296e). También pasando por debajo de la flota ateniense que sitiaba la isla de Esfacteria, en la bahía de Pilos, los espartanos conisguieron hacer llegar víveres a sus compatriotas allí cercados mediante "*unos buceadores que nadaban bajo el agua y remolcaban con una cuerdecilla en unos odres adormidera empapada de miel y*

semilla triturada de lino" (Tucídides 4.26.8); del mismo procedimiento se sirvieron los atenienses para deschacerse de las estacas que sus enemigos los siracusanos habían clavado para impedir que fueran embestidas sus naves, ancladas dentro del puerto de Siracusa (Tucídides 7.25). Finalmente, en un pasaje muy citado, Heródoto (8.89) afirma que durante la decisiva batalla de Salamina "*murieron... muchos y renombrados hombres de los persas, los medos y los demás aliados, pero muy pocos griegos, porque, como sabían nadar, cuando sus naves eran destruídas, los que no morían en la refriega alcanzaban Salamina a nado, mientras que la mayoría de los bárbaros, por no saber nadar, perecieron en el mar*".

Heródoto, pues, nos indica que la práctica de la natación se encontraba generalmente extendida entre los griegos de su época, y en la misma dirección apunta el proverbio que define al ignorante como aquel individuo que no sabe "*ni leer ni nadar*" (Platón, *República* 689d; cf.1.3.1.2.). No obstante, de ello no puede deducirse con toda seguridad, como quiere Patrucco (p. 353), que la natación formara parte del entrenamiento físico de niños y jóvenes en la escuela, ya que pudiera tratarse igualmente de un aprendizaje espontáneo, resultado natural de los juegos que desde la infancia practicarían, en las aguas de ríos y mares, niños, jóvenes y adultos de ambos sexos. La práctica de la natación por parte de la mujer se halla, efectivamente, bien documentada por nuestras fuentes literarias y artísticas; sirvan como ejemplo el vaso de figuras rojas del pintor Andócides (figura 84), de *ca.* 510 a.C., donde se representa un grupo de mujeres bañándose (una se frota con aceite, otra se dispone a zambullirse, en tanto que una tercera nada en perfecto estilo *crawl*), y un bien conocido y hermoso pasaje del canto sexto de la *Odisea* (vv. 85ss.), en el cual describe el poeta el baño y los juegos de la princesa Nausícaa y sus jóvenes y alegres sirvientas.

Útil para las necesidades diarias y para tiempos de excepción, practiada como diversión en los ratos de ocio (véase también Nono 7.184ss., 10.148ss.), la natacíon, con el tiempo, fue igualmente bien considerada en su calidad de ejercicio completo adecuado para el desarrollo armonioso del cuerpo (cf. Harris, *SGR* 115-6). En este aspecto, la natación es inseparable de todas las actividades relacionadas con el baño y el masaje, que

de tan gran predicamento gozaron en el mundo antiguio (véase, sobre el particular, R. Ginouves, *Balauneutiké. Recherches sur le bain dans l'antiquité grecque*, París 1962).

3.10.2. La natación

Pese a todo lo dicho hasta aquí y por las razones ya apuntadas, los ejercicios acuáticos como deporte de competición alcanzaron, en todas sus modalidades, muy escasa difusión en el mundo griego. Si tomamos como punto de referencia las Olimpíadas modernas, es la natación la especialidad deportiva en la que el contraste resulta mayor, ya que ha estado presente, y siempre en primerísimo plano, desde los juegos atenienses de 1896.

Al decir de Pausanias (6.13.8) y Filóstrato (*Sobre la gimnasia* 53), el boxeador siciliano Tisandro de Naxos, cuádruple vencedor olímpico y pítico en el transcurso del siglo VI a.C., acostumbraba a nadar grandes distancias como entrenamiento para la disciplina en la que se había especializado, y es posible que su ejemplo fuera seguido por otros colegas (cf. Harris, *SGR* 118). Fuera de esta noticia, que reduce la natación al papel de ejercicio meramente auxiliar, poco más puede decirse de su práctica por parte de atletas profesionales o en competiciones públicas. Nuestro único testimonio al respecto procede de Pausanias (2.35.1), quien menciona la existencia de una "*competición de natación y barcos*" durante las fiestas que en honor de Dionisio se celebraban en la ciudad costera de Hermíone en el extremo oriental del Peloponeso. No obstante, el término que hemos traducido como "natación" (*kólymbos*) ha sido interpretado por otros autores (Schröder 87; Schütze; Diem 160; en contra Mehl, col. 860; Patrucco 356; Weiler 209, etc.) en el sentido que tiene originalmente la palabra, es decir, "inmersión", de manera que, si se tratara de certámenes de buceo, la natación propiamente dicha carecería de testimonios históricos que la legitimasen como deporte de competición en la antigua Grecia. No creemos, sin embargo, que en el texto de Pausanias deba entenderse la palabra *kólymbos* en su sentido restringido y original, y nada se opone a su interpretación en su acepción más general

de "natación"; es más, carreras entre nadadores se describen igualmente, si bien de carácter amistoso y transferidas al plano mítico, en las *Dionisíacas* de Nono de Panópolis, el último de los poetas épicos griegos, del siglo V p.C. (11.7ss. y 406ss.), y también en algunos textos de autores romanos (Horacio, *Odas* 3.7.25; Plino el Joven, *Epístolas* 9.33; sobre la natación en Roma, véase Harris, *SGR* 116ss.). Así pues, los testimonios citados, si bien escasos, procedentes todos ellos de autores tardíos y referentes a competiciones informales o a las fiestas locales de una pequeña ciudad del Peloponeso, invitan a no rechazar de manera absoluta la posibilidad de que la natación pudiera haber formado parte del deporte griego en su vertiente agonística.

Mejor informados estamos acerca de los estilos practicados por los nadadores griegos (cf. Mehl, col. 853-6; Harris, *SGR* 121ss.; Sakellarios). Especialmente digna de mención es la frecuencia con que nuestras fuentes literearias y artísticas atestiguan ya el empleo del estilo libre (*crawl*), tanto por parte de los hombres como de las mujeres; también el estilo braza era conocido, y de algunos textos puede deducirse igualmente la práctica de la natación de espaldas. A la notable difusión de la natación submarina ya nos hemos referido en páginas anteriores.

3.10.3. El remo

Bastante más numerosos son los datos de que disponemos sobre otra modalidad deportiva también básica para un pueblo marinero como el griego e igualmente incluída en el programa de los Juegos Olímpicos de la era moderna: el remo. Textos literarios, inscripciones, vasos y relieves documentan sobradamente la celebración de competiciones entre barcos de remos en diferentes festivales. Es más, el origen de tales concursos (que, no obstante, nunca tuvieron cabida en los juegos de la corona en época histórica) se hace remontar nada menos que a los tiempos míticos de la nave Argo, la cual, tripulada por los Argonautas, fue la vencedora en la carrera de barcos de los primeros Juegos Ístmicos, según Dión Crisóstomo (37.15). También la generación siguiente, la de la Guerra

Troyana, tuvo sus concursos de remeros; al menos eso quiere hacernos creer Filóstrato (*Heroico* 33.17ss. de Lannoy) cuando señala que el ingenioso Palamedes (quien también habría ideado el juego de damas para que el ejército griego que asediaba Troya no pensara en la comida durante un período de escasez) convenció a Agamenón para que organizara carreras de barcos en el mar, cuyo aire era más sano que el que se respiraba en tierra por causa de la peste enviada por el airado Apolo. Por la misma época, los misteriosos feacios celebraban igualmente sus regatas (*Odisea* 8.245ss.) y el pío Eneas incluye competiciones de este tipo en los juegos fúnebres que organiza en memoria de su padre Anquises (Virgilio, *Eneida* 5.114ss.).

Nuestros documentos históricos más antiguos se datan en el siglo V a.C., cuando se celebraban regatas en dos festivales atenienses, las Panateneas y las fiestas con que honraban a Posidón en su santuario del cabo Sunion. Aún siendo bastante limitada nuestra información, son las competiciones panatenaicas las que mejor conocemos (cf. *IG.* II.2.1029, 1030). La carrera tenía lugar probablemente desde el puerto del Pireo hasta el de Muniquia, remontando el promontorio que los separa (el fr. 199 del cómico Platón se refiere quizá a ella al mencionar la tumba de Temístocles en el Pireo, desde la que podía contemplar la "*competición de los barcos*"). Cada nave iba tripulada por efebos de una misma tribu, y era la tribu la que recibía la elevada suma de 300 dracmas con que era premiado el barco vencedor (*IG* II/III.2.2311 = *Syll.3* 1055). Por su parte, las regatas de Sunion nos son conocidas únicamente por un discurso de Lisias (21.5) en el que su anónimo defendido afirma haber desembolsado 15 minas en concepto de *liturgia* (servicio público obligatorio) para costear el equipamiento y preparación de una trirreme que venció en ellas (Harris nota otra posible alusión a tales competiciones en Aristófanes, *Caballeros* 551ss., aunque la mención de trirremes en este texto ha sido objeto de muy diversas interpretaciones).

Inscripciones ya de época helenística mencionan la inclusión de regatas de barcos de remos en otros festivales atenienses, en estrecha relación con la formación militar de los efebos (figura 86), que mostraban en tales ocasiones ante sus conciudadanos su preparación técnica, su resis-

tencia física, y la coordinación del equipo, todo ello con vistas a su futura participación en la armada (cf. *IG* II.1.466, 468, 470, 471; II.2.2087, etc.). Así, como conmemoración de la victoria griega en Salamina sobre la flota persa, se disputaba, durante las fiestas Muniquias en honor de Ártemis, una regata efébica desde el puerto del Pireo hasta el de Muniquia (*IG* II.2.1006, del 122/1 a.c., y 1011), el mismo recorrido que, en opinión de Parke (*Festivals of the Athenian* 168 y 193-4; cf. Kyle 193-4), debían cubrir los remeros que competían en las Diisoterias, fiestas en honor de Zeus Salvador, en el Pireo (*IG* II.2.1006). En esa misma inscripción efébica se mencionan, además, las regatas que tenían lugar en la cercana isla de Salamina con ocasión de las Ayanteias, las fiestas conmemorativas del héroe Ayante.

En época tardía se datan igualmente las regatas de los juegos de Accio, en el golfo de Ambracia, en honor de Apolo (Esteban de Bizancio, *s.v.* "Aktion"), y asímismo la competición naval que se disputaba en el ya mencionado festival de Hermíone (Pausanias 2.35.1).

Junto a estas competiciones celebradas en festivales regulares, historiadores y oradores desde el siglo V a.C. mencionan la disputa de regatas ocasionales. Así, Tucídides (6.32) señala que, tras el solemne ceremonial que acompañó la partida de la flota ateniense hacia Sicilia, los barcos, después de levar anclas y salir del puerto en formación, hicieron una regata hasta la vecina isla de Egina. Quizá su finalidad fuera estimular el entusiasmo de las tripulaciones, si comparamos este relato con lo que nos cuenta Jenofonte (*Helénicas* 6.2.28) a propósito de las carreras que acostumbraba a organizar Ifícrates entre los barcos de su flota en el curso de sus campañas a lo largo de la costa de Peloponeso en 372 a.C. "*después de hacer que las trirremes giraran y se colocaran con la proas mirando hacia la costa, con una señal las mandaba competir hasta llegar a tierra y era un gran premio que los primeros tomaran agua y todo lo que necesitaban y que comieran los primeros; para quienes llegaban los últimos, en cambio, era gran castigo quedarse atrás en todo eso y que debían zarpar al mismo tiempo, una vez que diera la señal*". El entrenamiento de los remeros era el objeto de las regatas promovidas por Alejandro, poco antes de su muerte, en un río cercano a Babilonia (Arriano, *Anábasis* 7.23.5). Final-

mente, a diferencia de las competiciones que acabamos de citar, carácter puramente agonístico tuvieron las pruebas incluídas en los juegos fúnebres que en Salamina de Chipre organizó Nicocles para honrar la memoria de su padre Evágoras, en 374 a.C. (Isócrates 9.1).

La mejor y más pormenorizada descripción de una regata de remeros que la literatura clásica nos ha transmitido procede de una fuente latina, la *Eneida* de Virgilio (5.113ss.). El poeta romano describe con extraordinaria maestría y entusiasmo la competición que tuvo lugar entre cuatro naves por hacerse con el triunfo durante los juegos fúnebres con que Eneas horna a su padre Anquises. La prueba, pues, se sitúa en época mítica, pero refleja, sin duda alguna, el tipo de concursos que Virgilio pudo presenciar en sus tiempos, tanto en el Oriente griego como en el Occidente romano. En los juegos deportivos virgilianos la regata ocupa el lugar de honor que en los juegos homéricos en recuerdo de Patroclo queda reservado a la carrera de carros. De hecho, numerosos rasgos comunes entre ambas descripciones invitan a suponer que la narración de Virgilio pudo ser modelada a partir del relato que hace Homero de la prueba ecuestre (el propio poeta latino compara el avance de las naves con una carrera de bigas, en los vv.144ss.), como deja ver la simple enumeración de las distintas etapas de la narración de Virgilio (véase, para el relato homérico, 1.2. y 3.9.4). Comienza con la presentación de las naves y sus capitanes y la descripción de la meta en torno a la cual han de girar los barcos, señalada por una verde encina que Eneas coloca sobre una roca en medio del mar. Sigue el sorteo de los puestos de salida y la tensa espera de las tripulaciones ante la inminente señal de partida, indicada por el sonido de la trompeta. Una vez que las naves se ponen en movimiento, el aire se llena del clamor de los marineros y del agua y la espuma que levantan los remos (en Homero es el polvo alzado por los carros el que inunda el ambiente); entre las naves se establece una enconada pugna por situarse a la cabeza de la prueba, especialmente en el momento del giro y en el esfuerzo final. El giro en torno a la contrameta es, en efecto, también en las carreras navales, importantísimo para el desenlace de la prueba, y Gías, el capitán de uno de los barcos, exhorta a su piloto Menetes a realizar una maniobra similar a la que aconseja

Néstor a su hijo Antíloco en la carrera de carros del canto 23 de la *Ilíada*: "*cíñete al borde y deja que la pala del remo roce por la izquierda las rocas*" (*Eneida* 5.162ss.). El giro es, además, el momento más peligroso y precisamente en él se produce el accidente de una de las naves, que queda fuera de carrera. Coincide igualmente el relato de Virgilio con la descripción homérica en la ayuda que los dioses prestan al vencedor, el reparto de premios y, ante todo, la entusiasta participación de los espectadores a lo largo de toda la prueba, animando cada uno a su favorito.

Virgilio, por otro lado, señala que los remos de la nave que capitanea Gías, "*tan grnade como una ciudad*", se disponen "*en tres órdenes*" (vv.118ss.). Ello quiere decir que, al igual que en las improvisadas regatas organizadas por Ifícrates, intervienen en la competición las mismas naves que se empleaban con fines bélicos, las trirremes, grandes embarcaciones tripuladas por remeros dispuestos en tres filas (cf. F. Welsh, *Building the Trirreme*, Londres 1988). Habida cuenta de que, como ya se ha señalado, las regatas entre efebos que se disputaban en la Atenas clásica y helenística tenían como objetivo, entre otras cosas, mostrar a los ciudadanos la preparación física y militar de los jóvenes, no debe extrañar que en ellas compitieran asímismo las trirremes de guerra, como testimonia de manera inequívoca Lisias (21.5; cf. Isócrates 9.1). Sin embargo, varios relieves áticos de a partir del siglo I a.C. (figura 86) muestran a las claras que, al menos en época tardía, los jóvenes tripulaban barcos específicamente construídos para la competición, con un número de remeros reducido (entre tres y ocho) y dispuestos en una sola fila. Las pruebas, pues, habían perdido por entonces toda finalidad práctica, quedando limitadas al terreno puramente agonístico.

3.10.4. Otros deportes acuáticos

El remo es el deporte náutico que mejor conocemos. En cambio, otras actividades deportivas incluídas en los Juegos Olímpicos modernos sólo se hallan documentadas en el mundo greco-latino muy ocasionalmente. Harris (*SGR* 126) interpreta el poema 4 de Catulo como la única

referencia que nos es dado conocer en los textos clásicos sobre competiciones de barcos de vela, aunque fueran informales; el poeta de Verona se ufana, en efecto, porque ninguna embarcación es capaz de superar a su *phasalus*, un tipo de barquito ligero, "*ya fuera preciso volar con las palas ya con la vela*".

De mayor interés son las representaciones figuradas en las que aparecen saltadores dispuestos a zambullirse en el agua, ya sea en el momento previo al salto, con los pies juntos y las rodillas flexionadas, el cuerpo inclinado y los brazos estirados hacia delante con las manos unidas (como en un bronce de Munich), ya en pleno vuelo, como se aprecia en una crátera del Museo Británico (E 466) o en sendos frescos de las llamadas "Tomba della caccia e della pesca" de Tarquinia (siglo VI a.C.) y "Tomba del tuffatore" de Paestum (siglo V a.C.; figura 85). Especial importancia reviste el segundo de los frescos citados, ya que se trata del único documento que nos permite deducir la existencia de trampolines artificiales constrídos *ex professo* para el salto (no obstante, Slater ha interpretado la escena desligándola de todo contexto acuático: representa, en su opinión, un equilibrista que salta desde una escalera). Ciertamente es muy poco proable que la pintura describa una competición agonística de salto de trampolín, sino que representa más bien a un joven que se divierte practicando tal ejercicio. Y es que, con la posible excepción del remo, los deportes acuáticos en la antigua Grecia no llegaron a dar definitivamente el salto final y pasar de su práctica como juego a su ejercicio como actividad deportiva agonística.

BIBLIOGRAFÍA

M. Auriga, "Gedanken über das Fehlen der Schwimmwettkampfes bei den allhellenischen Spielen", *LKE* LVII 1938, 206-11 (cf. *Die Leibeserziehung* 1956, 370-4); H.N. Couch, "Swimming among the Greeks and Barbarians", *CJ* XXIX 1934, 609-12; O. Longo, "La caccia al pesce", en *Melanges P. Lévêque*, ed. por M.M. Mactoux y E. Geny, París 1989, III 215-233; E. Mehl, *Antike Schwimmkunst*, Munich

1927; id. *Antike Schwimmkunst und Schwimmen*, Viena 1941; M. Napoli, "Le pitture greche della tomba del tuffatore", *Le scienze* Abril 1969, 9-19; P.G. Sakellarios, "La natación y el buceo de los antiguos griegos", *PAA* XXXIII 1958, 379-97 (en griego), K. Shütze, "Warum kannten die Griechen keine Schwimmwettkampfe?", *Hermes* LXXIII 1938, 355-7; W.J. Slater, "High Flying at Paestum", *AJA* LXXX 1976, 423-5 (réplica de R. Holoway en *AJA* LXXXI 1977, 554-5; contrarréplica de Slater, *ibid.* 555-7); N. Wynmann, "Colymbetes o el arte de nadar", *CAF* VIII 1966, 245-348.

3.11. LOS JUEGOS DE PELOTA

A nadie escapa el destacadísimo papel socio-cultural que en el mundo de hoy tienen reservados los juegos de pelota, tanto en su aspecto recreativo, practicados por individuos de ambos sexos y cualquier edad, cuanto en su función educativa y en su calidad de deporte de competición. En la Grecia antigua los juegos de pelota llegaron a desempeñar una función de semejante calibre únicamente en los dos primeros cometidos, como simple diversión y como elemento de extraordinaria importancia en la educación, física y también moral, de las personas. En lo que al plano angonístico se refiere, se ha puesto en duda incluso la propia existencia de los juegos de pelota como deportes competitivos. Esta tesis, que ya encontramos expuesta por Neutsch (*Der Sport im Bilde griechischer Kunst*, Heidelberg 1949, 34-5) o Brein (p. 161), ha sido defendida con especial énfasis por Harris (*SGR* 75ss., 80, 111), quien, a partir de la idea de que "en los juegos de pelota ganar o perder era cuestión de importancia menor", concluye que por esa razón nunca ejercieron gran atractivo sobre los espectadores, "menos interesados en el resultado de los juegos que en la habilidad de los jugadores". Es cierto, sin duda, que el aspecto estético era tenido por los griegos en muy alta estima, pero ello no supone en absoluto la exclusión del ingrediente agonístico, *conditio sine qua non* para que un ejercicio físico se integre en la esfera del deporte propiamente dicho. Patrucco (p. 333ss.; 345ss.; cf. Weiler 209-10 y ya Gardiner, *AAW* 231) se ha cuidado de subrayar la presencia del elemento competitivo en los ejercicios con pelota de la antigua Grecia, los cuales, en completo paralelismo con el deporte moderno, nacieron como juego, pasaron al mundo propiamente deportivo como medio de entrenamiento y alcanzaron finalmente carácter agonístico. La existencia de una reglamentación y de árbitros encargados de aplicarla, la aparición de jugadores profesionales, son signos inequívocos de lo que decimos. Este último estadio, no obstante, probablemente no se consumó de manera plena hasta época tardía y, lo que es más notable con respecto al deporte moderno, los juegos de pelota nunca alcanzaron, en su vertiente competitiva, un *status* comparable al de otras modalidades atléticas, de manera que jamás fueron incluídos en los grandes festivales agonísticos.

Los aspectos recreativo y espectacular de los juegos de pelota aparecen ya destacados en sus dos primeras menciones en la literatura griega. En *Odisea* 6.99ss. Homero describe los juegos de Nausícaa, la hija de Alcínoo, rey de los feacios, y sus doncellas a orillas de un río: "*y una vez que disfrutaron de la comida las criadas y ella misma, jugaron entonces a la pelota, después de quitarse los velos; y dio inicio al canto Nausícaa de blancos brazos*". El acompañamiento del canto y las alusiones posteriores del poeta al juego sugieren que la diversión de las muchachas consiste sencillamente en lanzarse unas a otras la pelota siguiendo el ritmo de la canción (cf. también Apolonio de Rodas 4.949ss.). Mucho más elaborada es la exhibición con que dos jóvenes feacios, Halio y Laodamante, obsequian al huésped Odiseo en el palacio real ante una nutrida reunión de espectadores (*Odisea* 8.370ss.): "*y ellos, una vez que tomaron entre sus manos la hermosa pelota teñida de rojo que les fabricó el hábil Pólibo, uno de los dos la lanzaba hacia las sombrías nubes, doblándose hacia atrás, en tanto que el otro, levantándose hacia arriba desde el suelo, fácilmente la atrapaba, antes de tocar la tierra con los pies*". Así pues, tampoco se trata en este caso de una competición, ya que Halio y Laodamante no disputan entre sí, sino que colaboran en la realización del ejercicio, que hace recordar grandemente las evoluciones de nuestros equipos de gimnasia rítmica.

Precisamente a Nausícaa atribuía la erudita corcirense Agalis la invención de los juegos de pelota, seguramente –apunta Ateneo 14d– por patriotismo local (ya los antiguos, en efecto, identificaban el país de los feacios con la isla de Corcira o Corfú). Tal atribución responde a la costumbre, bien arraigada en la civilización griega, de buscar un *prôtos heuretés* ("primer inventor") de cualquier actividad, incluso de aquellas, como los juegos de pelota, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos y aparecen a menudo asociadas al culto a los dioses (particularmente al culto a Eros en el caso de los juegos de pelota en Grecia) o a otro tipo de prácticas religiosas, como los oráculos (cf. Mendner, *Das Ballspiel* 126ss. y su artículo "Gesellschaftsspiele" en *RLAC* X 1978, col. 254; paralelos en las culturas americanas señala P. Lévêque, "Approche ethno-historique des concours grecs", *Klio* LXIV 1982,

5-20). De manera semejante, en otros textos se hace remontar la génesis de los juegos de pelota a los sicionios, a los espartanos (Ateneo 14) o a los lidios (Heródoto 1.94), e incluso se nos aparecen los propios dioses jugando a tales juegos (cf. Apolonio de Rodas 3.132ss., donde Afrodita promete regalar a su hijo Eros una bonita pelota que perteneció al propio Zeus cuando era niño).

Aunque las referencias literarias a los juegos de pelota en el largo período comprendido entre los tiempos de Homero y la época helenística son escasas, no cabe duda de que siempre gozaron de gran popularidad en todas las regiones de Grecia. En lo que respecta en concreto a Atenas, Ateneo (20f) y Eustacio (*ad Iliad.* 381.10, *ad Od.* 1153.63) se hacen eco del gran éxito que, en buena medida a causa de la gracia con que jugaba a la pelota, obtuvo el joven Sófocles interpretando el papel de la princesa Nausícaa en su propia obra *Nausícaa* o *Las lavanderas* (es el fr. 439 Radt del poeta); y otro literato muy estimado por los atenienses, el orador Isócrates, fue representado en una estatua broncínea en la figura de un joven jugando al *hockey* (Pseudo-Plutarco, *Vida de los diez oradores* 839b). Los mismos atenienses –comenta con disgusto Ateneo 19 (cf. *IG* 2.385b)– concedieron la ciudadanía a Aristonico de Caristo, jugador de pelota de Alejandro Magno, y erigieron en su honor una estatua de bronce. El propio Alejandro era, al parecer, muy aficionado a este tipo de diversiones (Plutarco, *Alejandro* 39.3), muy extendidas entre las clases altas de la población, como hacen ya evidente los poemas homéricos, y favoritas incluso de reyes y emperadores, a más de apreciadas por los intelectuales (Platón, *Cartas* 13, 363d; cf. Mendner, *art. cit.*, col 852). La popularidad de los juegos de pelota no sólo no disminuyó, sino que incluso se incrementó entre los romanos, tan poco aficionados, por otro lado, a las actividades deportivas, y llegaron a contar hasta con la aprobación de los autores cristianos; así, en pleno siglo V p.C.; Sidonio Apolinar, obispo de Clermont-Ferrand, en la Galia, comenta a su amigo Erifio que, al discutirse en una reunión entre compañeros si se jugaba a la pelota o a juegos de mesa, él fue "*el primer abanderado de la pelota, a la cual, como sabes, tengo tanto apego como a mis libros*" (*Epístolas* 5.17.6).

Tal aceptación, casi universal, en el plano geográfico como en el cronológico, que los juegos de pelota obtuvieron en la Antigüedad greco-latina se debió en buena medida a la idea, generalmente admitida, de que constituían ejercicios muy completos, adecuados para el desarrollo armónico de todas las partes del cuerpo y aptos para hombres y mujeres de cualquier edad. Estas virtudes, y otras más, se encuentran expuestas de manera especialmente clara y rotunda en el breve tratado del médico Galeno, del siglo II p.C., *Sobre el ejercicio con pelota pequeña*, que no es una descripción de juegos con pelota, sino esencialmente una exposición de sus ventajas (no ha sobrevivido otro escrito sobre los juegos con pelota que, según Ateneo 15c, compuso el espartano Timócrates). Comienza Galeno su obrita con una afirmación tajante: ningún otro tipo de ejercicio supera por su utilidad a los practicados con la pelota pequeña, a los cuales atribuye virtudes no sólo higiénicas, sino también mentales y eurítmicas. En primer lugar (y se trata de un pormenor de no escasa importancia), a diferencia de otros ejercicios completos como la caza, los juegos con pelota son más baratos y accesibles a personas de toda condición económica y social. En segundo lugar, en ellos se concede especial atención a la armonía de los movimientos, lo que, unido al hecho de que hacen trabajar por igual todas las partes del cuerpo, permite en sumo grado el desarrollo equilibrado de cada uno de sus miembros. Además, la gran variedad de ejercicios que los juegos de pelota admiten, los hacen recomendables para personas de cualquier edad y aptos para el tratamiento de toda clase de lesiones, ya que su intensidad puede graduarse de acuerdo con las necesidades de cada paciente (el médico Antilo los aconseja incluso como remedio contra la obesidad y para contrarrestar los efectos perjudiciales de oficios sedentarios). Por si fuera poco, Galeno reconoce en los juegos de pelota valores que no se limitan al aspecto físico, pues a la vez deleitan el espíritu, relajan la mente y desarrollan la inteligencia. Son adecuados incluso para el entrenamiento militar, porque, en opinión de nuestro autor, "*preparan para las dos cosas más importantes que un estado encomienda a sus generales: atacar y defender lo ya conquistado*". Una última virtud apunta Galeno al final de su tratado: los escasos riesgos físicos que conllevan los ejercicios con pelota pequeña

frente a otras prácticas atléticas, concretamente las carreras, la equitación, el salto, el disco y los deportes pesados.

A todas las virtudes enumeradas y descritas por Galeno, debemos añadir aún otra de sumo interés. Quizá el rasgo más característico de buena parte de los juegos de pelota, frente a otras actividades atléticas, radique en el hecho de ser deportes de equipo y por ello fomentar en los jóvenes el espíritu de colaboración, el hábito de aunar los esfuerzos con vistas a conseguir un objetivo común (por supuesto, jugadores de equipo y jugadores poco generosos los había también en Grecia, como confima un escolio al v. 355 del poema *Trabajos y días* de Hesíodo: "*Plutarco compara a quienes tienen una voluntad generosa con los jugadores que reciben la pelota de otros y no la retienen ni la pasan a los que no saben jugar, sino a los que pueden devolvérsela*"). Es lógico entonces, por todo lo expuesto hasta aquí, que los juegos de pelota desempeñaran un papel destacado en la educación de los jóvenes, y que las palestras, tanto públicas como privadas (cf. Teofrasto, *Caracteres* 21), fueran dotadas, al menos desde finales del siglo IV a.C., de un lugar especialmente destinado a la práctica de tales ejercicios, denominado *sphairistérion* ("lugar donde se juega a la pelota"). La presencia de los juegos de pelota en el sistema educativo se halla suficientemente probada en la Esparta de época imperial, donde tenían lugar competiciones anuales entre equipos de los diferentes distritos, formados por los jóvenes de mayor edad (a quienes se llamaba precisamente *sphaireîs* "jugadores de pelota") comandados por un capitán o *presbýs* (no obstante, como ya se indicó en 1.3.1.1., hay quien prefieren entender el término *sphaireîs* en el sentido de "aquéllos que llevan *sphaîrai* o guantes de boxeo", y en tal caso el ejercicio primordial en la educación de los mayores entre los jóvenes no serían los juegos de pelota, sino el boxeo; en el mismo sentido se ha interpretado igualmente la palabra *sphairistérion*, que designaría un lugar reservado para la práctica del pugilato; cf. Delorme, *Gymnasion* 281ss., que se reafirma en su tesis en el muy posterior artículo citado en la bibliografía).

Conocemos los nombres de diversos juegos, aun cuando a veces sus características exactas no puedan ser por completo dilucidadas y sea

dudoso incluso el tipo de pelota empleado en ellos. Las había, sin duda, de diversos tamaños y materiales, desde las que cabían en la mano hasta grandes balones (cf. Harris, *SGR* 79ss.; Diem 138). Las más sencillas eran una vejiga de cerdo o buey inflada, quizá a veces recubierta por una funda de piel; otras consistían en tiras de cuero cosidas, rellenas en su interior de lana, pelo o plumas, ocmo se deduce de una adivinanza conservada en la *Antología Palatina* (14.62) que describe en enigma una pelota ("*soy bastante peluda, pero las hojas ocultan completamente mis cabellos; en mí ningún agujero se ve. Con muchos niños juego, y si uno es torpe al lanzar, queda como asno*") o de un texto platónico (*Fedón* 110b) en el que Sócrates compara la tierra, vista desde lo alto, con "*las pelotas de doce tiras de cuero, variopinta, decorada con colores*" (recuérdese que ya Nausícaa y sus doncellas juegan con "*una hermosa pelota teñida de rojo*"; cf. igualmente el fr. 358 *PMG* de Anacreonte).

Nuestra información sobre las reglas de los juegos es escasa y procede en su mayor parte de fuentes tardías (Ateneo 14-15, el lexicógrafo Pólux 9.103ss., ambos de II-III p.C.; el comentarista bizantino Eustacio. *ad. Od.* 1601, del XII p.C., así como varios autores latinos); los datos que nos proporcionan pueden completarse con los descubrimientos arqueológicos, algunos, como se verá, de muy notable interés. Los juegos más conocidos son los siguientes:

a) *apórraxis* (literalmente "acción de arrojar algo golpeándolo"). Este sencillo juego consistía, de acuerdo con la descripción de Pólux, en "*lanzar con fuerza la pelota contra el suelo, recogerla después que botara y arrojarla de nuevo con la mano... y se contaba el número de botes*". El propio Pólux, y posteriormente Eustacio, señalan de manera explícita que la pelota debía lanzarse contra el suelo y no contra la pared, de lo cual se deduce la existencia de otro juego en que se trataba precisamente de esto último, quizá un antecedente de nuestro frontón.

b) La *uranía* o "juego del cielo" es una diversión igualmente sencilla, pero más competida que la anterior, ya que intervenían varios jugadores al mismo tiempo. He aquí la caracterización de Pólux: "*uno, agachándose, arroja la pelota hacia el cielo; los que saltan rivalizan en atraparla antes de que caiga a tierra, como parece sugerir Homero en el caso*

de los feacios". Aquél al que se les escapaba la pelota recibía el títuo de "burro", en tanto que el vencedor era llamado "rey" (Pólux, Eustacio, y ya Platón, *Teeteto* 146a, y el citado epigrama de la *Antología Palatina*). El juego podría haber tenido diversas variantes. Así, Pólux lo ejemplifica con la descripción homérica a la que ya hicimos alusión, en la que los dos jóvenes no compiten entre sí, sino que colaboran en la realización del ejercicio. Por otro lado, en un vaso ático de finales del siglo VI (figura 87) aparece reprsentada una escena que pudiera constituir una variedad de nuestro juego (cf. Gardiner, *AAW* 230): un hombre barbado y vestido, con toda probabilidad un pedotriba, se dispone a lanzar una pelota, en tanto que aguardan espectantes para cogerla tres parejas de jóvenes, formada cada una por un muchacho subido a hombros de otro.

c) Otro juego, no competitivo, era el *trígon*, en el cual tres jugadores se situaban en los tres vértices de un triángulo y se pasaban unos a otros la pelota (Harris, *SGR* 90-1, opina que se jugaba con tres pelotas). Fue especialmente popular en Roma, a juzgar por las frecuentes alusiones que a él hacen los autores latinos, sobre todo Marcial.

d) Con el *epískyros* entramos ya en la esfera de los juegos de equipo, de suma importancia en el entrenamiento físico de los efebos. Es el juego de Pólux nos describe con mayor pormenor: "*Se llama también 'juego efébico' o 'comunal', e intervienen en él gran cantidad de jugadores, separados en dos equipos de igual número, trazando una línea en medio con una piedra a la que llaman 'skyros', sobre la cual colocan la pelota, y otras dos líneas detrás de cada uno de los dos equipos; los que son elegidos en primer lugar arrojan la pelota al campo de los otros, que deben agarrarla y lanzarla a su vez, hasta que un equipo empuja al otro más allá de la línea trasera*". En este pasaje y en los datos que pueden entresacarse del tratado de Galeno, basa esencialmente Patrucco (p. 337-8) su reconstrucción del juego, que debe mucho a Mau (*s.v.* en *RE* VI.1, col.199-200): los jugadores ocupaban un campo probablemente bastante largo, situándose cada equipo en una zona claramente delimitada en su parte anterior y posterior; la pelota se colocaba sobre la línea que separaba ambas zonas (trazada con una piedra llamada *skyros*, la cual daba nombre al juego) y quizá los miembos de cada equipo corrían hacia ella para conseguir la

ventaja que suponía hacerse con la primera posesión de la pelota, como en el *waterpolo* (es hipótesis de Mau, aunque nada sabemos sobre la manera de determinar quién iniciaba el juego); la pelota era enviada entonces hacia el campo contrario, seguramente desde una posición intermedia entre la línea central y la de fondo, y los jugadores del equipo contrario debían atraparla al vuelo o bien cuando hubiera caído a tierra y lanzarla a su vez a la zona adversaria desde el punto en que la habían recogido, y así sucesivamente hasta que uno de los equipos lograba arrojar la pelota más allá de la línea de fondo del conjunto rival.

No obstante, el comentario que Eustacio hace sobre el término no se aviene con la reconstrucción del erudito italiano, pues señala que los jugadores "*se persiguen unos a otros lanzando la pelota*". Es decir, los miembros de cada equipo no permenecerían en su zona, sino que podrían también invadir el campo contrario en su intento de llevar la pelota más allá de la línea de fondo; por ello hay quien considera el juego como una especie de rubgy (Gardiner, *AAW* 235; Liddel-Scott-Jones, s.v.), si bien, como apunta Harris (*SGR* 87), en ningún lugar se nos dice que la pelota pudiera ser golpeada con el pie.

El desarrollo del juego es, en definitiva, incierto en sus detalles, como lo es también la identificación del ejercicio en el que se afanan los jóvenes representados en una conocida basa arcaica del Museo Nacional de Atenas (figura 88), ya que pudiera tratarse del *epískyros* (Gardiner, *AAW* 236; Diem 139; Yalouris 257-8, etc.) o bien del *harpastón* (Patrucco 341, n. 2, con bibliografía sobre ambas opiniones).

e) Precisamente el *harpastón* fue el juego de pelota más popular en la antigüedad greco-latina. Ateneo lo identifica con el llamado *phainínda*, en tanto que otros atores, como Pólux o Eustacio, al igual que algunos intérpretes modernos, afirman únicamente que eran muy semejantes. En el estado actual de nuestros conocimientos, es prácticamente imposible precisar sus características. El nombre *harpastón* peretence a un grupo de palabras que expresa la noción de "arrebatar", de manera que la etimología del término nos indica que lo esencial del juego consistía en apoderarse de una pequeña pelota arrebatándosela al adversario. Hay, no obstante, quienes preieren entender la palabra en el sentido de "agarrar"

(Harris, *SGR* 89), como alusión a los placajes permitidos, que el jugador que llevaba la pelota trata de eludir. Así, Pólux hace derivar el oscuro nombre *phainínda* "*de Fainindo, su interventor, o de 'phenakízein' 'engañar', porque enseñan la pelota a uno pero se la lanzan a otro*", es decir, el jugador que llevaba la pelota amagaría enviarla en una dirección para,cuando el rival se movía para intereceptarla, lanzarla a otro compoañero. Aunque la relación eitmológica que propone Pólux sea incorrecta, lo interesante para nosotros es que de tal hipótesis se deduce que las fintas eran otro de los rasgos que caracterizaban al juego, y lo mismo cabe decir de los placajes, a juzgar por un pasaje de Galeno (*Sobre el ejercicio con pelota pequeña* 2) en el que se mencionan "*muchas presas en el cuello y muchas llaves empleadas en la lucha*". Se trataría, pues, de un juego que permitía el contacto físico más o menos violento entre los jugadores y que tenía un desarrollo muy vivo y movido, como muestra un fragmento del cómico Antífanes que cita precisamente Ateneo: "*cogió la pelota y disfrutaba dándosela a uno, esquivaba a otro, se la quito a otro de las manos y a otro de nuevo placó, gritando con estridentes voces: '¡fuera, larga, a él, por encima de él, abajo, arriba, corta, devuélvela con un giro!'*" (Antífanes, fr.234 Edmonds; cf. Epicteto 2.5.17). No es de extrañar, por ello, que el *harpaston* reciba las alabanzas de Galeno como ejercicio completo, que pone en acción buena parte de los músculos del cuerpo y que exige de los jugadores no sólo fuerza física y agilidad tanto para efectuar los placajes como para evitarlos, sino también inteligencia y capacidad de improvisación.

Por todo lo dicho hasta aquí se comprende fácilmente que el deporte del que hablamos haya sido a menudo comparado con nuestro rugby. Parece tratarse básicamente, en efecto, de un juego en el que se enfrentaban dos equipos, los componentes de uno de los cuales se pasaban la pelota entre sí, en tanto que sus adversarios intentaban arrebatársela por medio de placajes. Desconocemos, sin embargo, la finalidad del juego, si había un campo bien definido, dentro de cuyos límites evolucionaban los jugadores, y una línea de marca tras la cual debía depositar la pelota el conjunto atacante, e incluso si era lícito golpear la pelota con el pie o bien limitarse simplemente a llevarla con las manos

(intentos de reconstrucción en Patruccco 338ss., y en los artículos de Mendner y Hessel).

f) Un famoso relieve de finales del siglo VI a.C., que adornaba la basa de una estatua y que fue sacado a la luz en el primer cuarto de nuestro siglo, sorprendió a los arqueólogos con la representación de un juego de pelota muy semejante en apariencia al *hockey* (figura 89): en el centro, dos jóvenes, que llevan en sus manos bastones curvados en su extremo, disputan una pelota en una postura similar a la que adoptan los jugadores de hoy cuando se disponen a iniciar un partido; a derecha e izquierda, otras dos parejas de jóvenes los contemplan. Apenas aparecido el relieve, un arqueólogo griego, G. Oikonomos, puso en relación un pasaje, ya citado, de la obra pseudoplutarquiana *Vida de los diez oradores* con el nuevo descubrimiento, ya que en él se hace mención de una estatua de Isócrates en la que el orador era presentado en una actitud que se designa con el verbo *keretízein* ("jugar con el cuerno"). Pues bien, Oikonomos supuso, y su sugerencia ha sido unánimemente aceptada, que tal término se refiere a nuestro juego, como alusión a la parte curva del bastón, la cual por su forma recuerda a un cuerno y quizá estuviera hecha de este material.

Las semejanzas con el *hockey* han llevado a Patrucco (p. 343ss.) a postular para el juego griego unas reglas muy similares a la que rigen el deporte moderno, con la diferencia de que el objetivo de los jugadores sería no introducir la pelota en una portería, sino sencillamente llevarla más allá de una línea marcada, tras el campo del rival. No obstante, dado que nuestra información quda reducida a la interpretación del relieve ateniense, todo lo que se diga sobre la regulación del juego es incierto, y no es siquiera seguro que se trate de un deporte de equipo (como sostienen, entre otros, Patrucco, Weiler 212-3, Gardiner, *AAW* 327, con dudas al respecto, etc.), ya que la actitud de las dos parejas de jóvenes que aprecen a uno y otro lado parece sugerir que están aguardando su turno para jugar, no que participen activamente en el juego; sería, en tal caso, un ejercicio que enfrentaría a dos jugadores individualmente, no a dos conjuntos (cf. Harris, *SGR* 101; Yalouris 258-9, etc.).

Es indudable que, además de los juegos descritos, existieron otros muchos, ya fueran variantes de los mencionados hasta aquí u otros diferentes. Uno de ellos, cuyo nombre desconocemos, debió de desempeñar, como anticipamos, un importante papel en la educación física y militar de los muchachos espartanos, ya que, al menos en época imperial (II p.C.), se disputaban competiciones organizadas entre equipos formados por jóvenes de las distintas *obaí* o tribus (*IG* V.1.674-687; Luciano, *Anacarsis* 38; cf.1.3.1.1.). Aunque ignoramos los detalles concretos de su desarrollo, debía de consistir básicamente en el enfrentamiento entre dos conjuntos de unos 15 miembros, que intentaban apoderarse de la pelota por todos los medios a su alcance.

Carecemos, por último, de testimonios literarios o arqueológicos que confirmen o nieguen de manera clara la existencia de juegos de pelota en los que ésta fuera golpeada con el pie. Únicamente el relieve que adorna un vaso ático (figura 90) representa a un joven que hace botar la pelota sobre su muslo, con buen estilo. En qué contexto debe situarse tal escena no podemos saberlo, pero es opinión generalizada que el ejercicio representado no pertenece tanto al ámbito deportivo como a la esfera de los juegos malabares, en los que el empleo de pelotas era frecuente.

BIBLIOGRAFÍA

J. Delande, "Le football a travers les âges", *LEC* IX 1940, 409-14; J. Delorme, "Sphairistèrion et gymnase ă Delphes, à Délos et ailleurs", *BCH* CVI 1982, 53-73; F. García Romero, "Sobre algunos términos del léxico del deporte", *Homenaje a Luis Gil*, Madrid 1992; L. Gründel, "Griechische Ballspiele", *AA* 1925, 80-95; E. Hessel, "Das Spiel Phaininda-Harpastum", *Gymnasium* LXVII 1960, 226; H.M. Lee, "Athletics and the Bikini Girls from Piazza Armerina", *Stadion* X 1984, 45-76; S. Mendner, *Das Ballspiel im Leben der Völker*, Munster 1956; id., "Das Spiel Phaininda-Harpastum", *Gymnasium* LXVI 1959, 517-24; D. Nickel, "Ein Ballspiel im Urteil des Artzes. Bemerkungen

zu Galens Schrift 'Ueber die Uebung mit dem kleinen Ball'", *NTM* XIII 1976, 77-81; A.M. d'Onofrio, "Un programma figurativo tardo antico. Le basi ateniensi con *Ballspielszenen* riconsiderate", *AION(archeol)* VIII 1986, 175-93; M.N. Tod, "Teams of Ball-Players at Sparta", *ABSA* X 1903-4, 63-77; id., "Three new Sphaireis-Inscriptions", *ABSA* XIII 1906-7, 212-8; E. Wagner, "Hockeyspiel im Altertum", *Philologus* CIII 1959, 137-40; id., "Kritische Bemerkungen zum Harpastum-Spiel", *Gymnasium* LXX 1963, 356-66; A.M. Woodward, "Some Notes on the Spartans Sphaireis", *ABSA* XLVI 1951, 191-99; N. Young, "Did the Greeks and Romans Play Football?", *Research Quarterly* XV 1944, 310-16.

3.12. OTROS DEPORTES

Aparte de juegos infantiles que revisten carácter competitivo en mayor o menor grado, otros muchos ejercicios físicos completan el extenso y variado panorama del deporte griego, desde modalidades locales como los juegos taurinos de Tesalia (cf.1.1.1) hasta otras de más amplia difusión que muy dudosamente pueden catalogarse como deporte, caso de las peleas de gallos (figura 92; cf. J. Dumont, "Les combats de coqs furent-ils un sport?", *Pallas* XXXIV 1988, 33-44). El prestigio de los Juegos Olímpicos hizo que los demás festivales que comprendían certámenes atléticos tendieran a organizarse a imagen y semejanza de ellos, incluyendo en su programa las mismas pruebas atléticas y ecuestres, aunque con algunas diferencias impuestas por las características propias de cada festival y cada localidad. Así, en las competiciones de índole efébica, como es lógico, se disputaban, además de las habituales, otras pruebas en las que los jóvenes podían mostrar su preparación militar, tales como el combate individual con armas, el tiro con arco o el manejo de la catapulta. Precisamente de las dos primeras vamos a ocuparnos con mayor pormenor, ya que son descritas por Homero como parte de los juegos fúnebres en honor de Patroclo, si bien, al menos en época histórica, nunca formaron parte del programa olímpico, quizá por aquello que dice Laodamante en *Odisea* 8.147-8: "*no hay mayor gloria para un hombre mientras viva que la que haya conseguido con sus pies y sus manos*", sin necesidad de instrumento adicional alguno.

3.12.1. El combate con armas

El combate con armas u hoplomaquia fue siempre, como resulta obvio, un ejercicio importante en el entrenamiento militar, pero muy raramente llegó a ser incluído en los festivales deportivos, pese a la opinión de Plutarco (*Problemas de banquete* 675b) de que en épocas remotas en Olimpia se disputaba "*un combate individual... que acababa con la muerte e inmolación de los derrotados*" (cf. Jüthner, art. "Hoplomachia" en *RE* VIII.2, col. 2298-9; véase 2.1.1.).

Únicamente en circunstancias excepcionales la hoplomaquia (figura 93) adquirió carácter agonístico. En primer lugar, está bien atestiguada su presencia en juegos funerarios, tanto en época mítica (*Ilíada* 23.811ss., donde Ayante y Diomedes se disputan los premios que ofrece Aquiles) como en época histórica (Ateneo 155a: en 317 a.C. el soberano macedonio Casandro hizo que cuatro de sus soldados combatiesen armados entre sí en los funerales por el rey y la reina de Beocia; cf. asímismo Heródoto 5.8, que comenta la existencia de tal costumbre entre los tracios). En ese contexto, el combate con armas entre dos guerreros se interpreta como resto de un antiguo rito, ya sea una ordalía para descubrir al asesino del muerto, ya como última huella de extintos sacrificios humanos (cf.1.1 y 2.1.1), ya como recuerdo de una época en la que los duelos individuales, particularmente entre los adalides de los ejércitos en lucha, decidían la batalla (véanse los cantos 3 y 7 de la *Ilíada* o, en tiempos históricos, Heródoto 1.82).

En segundo lugar, durante la época helenística diversas ciudades organizaron competiciones en las que los jóvenes que hacían el servicio militar demostraban su destreza en las artes bélicas, y entre las pruebas que se disputaban aparece la hoplomaquia (las *Teseas* atenienses son quizá el festival de mayor renombre entre los que acogieron tal disciplina). El combate con armas, en efecto, desempeñó un importante papel en la formación militar de la juventud ateniense y su enseñanza quedaba a cargo de uno de los más destacados instructores, el *hoplómaco*, que se ocupaba tanto de enseñar a los jóvenes el correcto manejo de las armas como de instruirlos en las tácticas de combate (cf. 1.3.1.2. y 1.4.1.2). Curiosamente, a juzgar por el testimonio de Platón (*Laques* 182e y ss.), en Esparta la hoplomaquia no se consideraba un ejercicio importante en la preparación para la guerra.

Las reglas que regían las peleas nos son desconocidas. Por la descripción de Homero y por las inscripciones efébicas sabemos que los combatientes portaban armadura completa de hoplita: escudo (pequeño y redondo o grande y oblongo), coraza, yelmo, grebas, lanza y espada larga o corta. En los juegos en honor de Patroclo, Aquiles anuncia que proclamará vencedor "*al primero de los dos que alcance la hermosa piel de*

su adversario, le rasgue el vientre a través de la armadura y haga brotar negra sangre". Ayante Telamonio y Diomedes combate con denuedo, hasta el punto de que sus compañeros, temiendo por la integridad física del primero, piden al juez del combate que lo haga cesar y conceda a ambos igual premio.

Cómo se deteminaba el vencedor en las competiciones de época helenística lo ignoramos, pero, dado que su finalidad primordial consistía en mostrar a los ciudadanos las habilidades de los efebos y estimular el ardor de éstos, difícilmente se trataría de un espectáculo demasiado cruento. Se ha sugerido el empleo de algún sistema de puntuación, pero nada nos es posible decir al respecto. Puede añadirse, finalmente, que Alejandro Magno consideraba preferibles, antes que otras competiciones atléticas, los combates con simples bastones, no con armas (Plutarco, *Alejandro* 4; cf., sobre ellos Poliakoff, *Combat Sports in the Ancient World*, Yale 1987, 64ss.).

3.12.2 El tiro con arco

Algo más abundante y precisa es nuestra información acerca de otra modalidad deportiva, el tiro con arco, también presente en los homéricos juegos en honor de Patroclo, pero ausente de los grandes festivales atléticos de Grecia.

La importancia del arco y las flechas como armas de caza y guerra desde los tiempos prehistóricos no necesita de mayores precisiones; en consecuencia, no es de extrañar que quienes fundamentan sus teorías sobre el origen del deporte en el entrenamiento con vistas a las actividades básicas para la subsistencia humana, hayan destacado el papel del ejercicio que ahora nos ocupa (cf. W. Eichel, "El desarrollo de los ejercicios corporales en la sociedad prehistórica", y G. Lukas, "La educación corporal y los ejercicios corporales en la sociedad prehistórica", así como H. Ueberhorst, "Teorías sobre el origen del deporte", trabajos todos ellos recogidos en el tomo XV 1973, de *CAF*). No obstante, los griegos de época arcaica y clásica no valoraron excesivamente la función de las tropas de arqueros en las batallas (no entraban en el combate cuerpo a

cuerpo, donde un guerrero podía demostrar su valor), de manera que estaban habitualmente formadas por soldados mercenarios, especialmente cretenses o escitas, célebres por su destreza con el arco. Sólo en el siglo IV a.C., cuando cambiaron notablemente las tácticas bélicas y cobraron mayor importancia las armas ofrensivas de largo alcance, los arqueros fueron más estimados y el tiro con arco entró a formar parte del entrenamiento de los efebos de manera sistemática (cf. H. Lammert, art. "Toxótai" en *RE* Supl. VI.A2, col.1853-5). Son precisamente las competiciones efébicas (si prescindimos de un par de vagas alusiones en Píndaro, *Nemeas* 6.26-8, y Teócrito 24.107) las únicas que atestiguan la existencia de pruebas de tiro con arco de carácter competitivo. Las inscripciones, en efecto, documentan sobradamente tanto su frecuencia como su extensión geográfica, pues la prueba aparece mencionada, a partir del siglo VI a.C., en muy diversas localidades, desde Asia Menor (Trales) y la costa norte del Mar Negro (Olbia) hasta la Península Balcánica (Larisa) y Tracia (Sesto), pasando por las islas del Egeo y del Jónico (Ceos, Samos, Teos, Corcira). No en vano al menos durante un cierto tiempo se ocupó del adiestramiento de los efebos un instructor especializado en el tiro con arco (el *toxótes*).

La más pormenorizada descripción que poseemos de una competición de tiro con arco procede, una vez más, de los poemas homéricos (*Ilíada* 23.850-53). Aquiles hace atar por una pata una paloma al mástil de una nave y establece que obtendrá el primer premio quien alcance a la paloma y el segundo quien acierte a cortar el cordel con la flecha (más detalles sobre los promenores de la prueba se señalan en 1.2). Así pues, al igual que en el deporte de hoy, se establecía una clasificación de acuerdo con el mayor o menor acierto de cada arquero, según su flecha atinara más o menos cerca del blanco, como pudiera confirmar una inscripción de la isla de Ceos (*Syll.* 3.958, del III a.C.), en la que se mencionar premios para el primer y segundo clasificados. Un vaso del siglo V a.C., conservado en el Museo Nacional de Nápoles, muestra a tres jóvenes disparando sus flechas sobre un blanco aún más peculiar que la paloma homérica, pues se trata de la imagen esculpida de un gallo que se alza en lo alto de una columna (cf. Patrucco 368). No obstante, se

puede postular con garantías la existencia de blancos más similares a los que se adoptan en el deporte moderno, a juzgar por los empleados para el lanzamiento de jabalina, escudos fijados a un poste, cuyo centro aparece marcado por una guirnalda de flores (cf. 3.4 y la figura 58). A este respecto nada puede deducirse de la anécdota que Diógenes Laercio atribuye a su homónimo Diógenes el cínico, el cual, al ver a un arquero torpe, se sentó junto al blanco, en la idea de que ése era el único lugar dnde estaba a salvo de ser alcanzado por sus flechas (Diógenes Laercio 6.67; la misma ocurrencia atrbuye a Sócrates Ibn Hindu en sus *Sentencias Griegas*; cf. G. Strohmaier, "Antike Randnotizen zum Sport", *Das Altertum* XXI 1970, 27-29, no. 7).

Así pues, las pruebas de tiro con arco habituales, tanto en la épica homérica como en las competiciones de efebos, consistían en disparar sobre un blanco, probablemente varios tiros (al menos los jóvenes que aparecen en el vaso citado son representados, de pie o agachados, en el acto de volver a cargar el arco tras haber lanzado ya una flecha) y la clasificación se establecía de acuerdo con la puntería demostrada por cada concursante (Patrucco, p. 368, sugiere la existencia de algún sistema de puntuación; cf. también Weiler 197). Podía haber, no obstante, variaciones con respecto a ese esquema. En primer lugar, siguiendo con las competiciones en las que se trataba de demostrar la puntería, en los poemas homéricos se menciona otro concurso de tiro con arco donde se juega algo bastante más importante que los premios que ofrece Aquiles en *Ilíada* 23. En el canto 21 de la *Odisea*, en efecto, los pretendientes y el propio Odiseo, disfrazado aún de mendigo, compiten por conseguir el derecho a casarse con Penélope (figura 94). Sólo el héroe del poema logra tensar el arco y realizar con éxito la prueba, que consiste en atravesar con la flecha doce hachas puestas en fila. Cómo debían ser "atravesadas" las hachas es cuestión discutida, pero, si prescindimos de hipótesis rocambolescas (como atravesar el metal *strictu sensu*), dos son las propuestas más verosímiles: los competidores debían intentar hacer que la felcha pasara por las doce hachas alineadas, bien a través del agujero de la cabeza, donde se introduce el mango cuando el instrumento va a ser usado, bien por entre los anillos de las extremidades, de los cuales se colgaban las

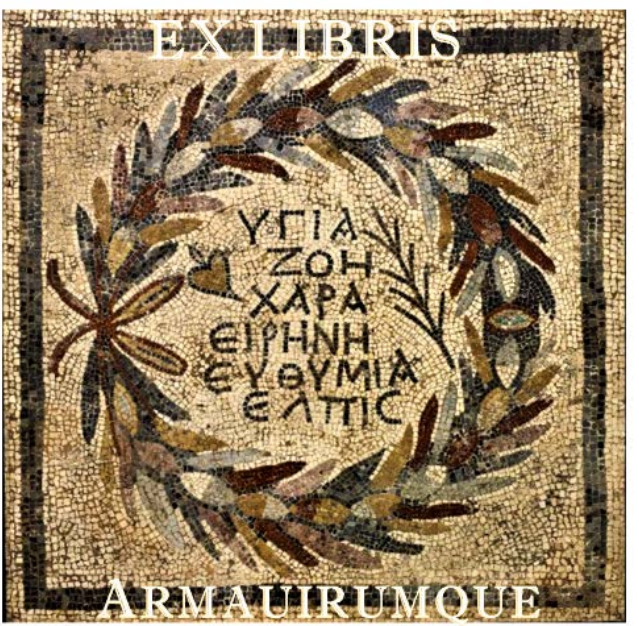
hachas. Se trata, en todo caso, de una prueba de excepcional dificultad, acorde, por supuesto, con el valor de la recompensa que aguarda al vencedor.

Junto a los arqueros de a pie, formaban parte de los ejércitos griegos tropas de arqueros a caballo (Tucídides 2.13, Lisias 15.6; cf. Aristófanes, *Aves* 1179, y Heródoto 4.46 y 9.49, sobre su presencia entre escitas y persas respectivamente). Platón tampoco quiere prescindir de tales guerreros en su ciudad ideal, e incluye el tiro con arco a caballo en el entrenamiento al que deben ser sometidos los jóvenes de ambos sexos, bajo la supervisión de un "arquero cretense" que los instruya en el manejo del arma con las dos manos (*Leyes* 795b-c, 813d-e, 834d). El fundador de la Academia habla de "*rivalidad y competición*" entre los jóvenes que realizan su preparación militar, pero no sabemos con certeza si el tiro con arco a caballo, de manera parelela al lanzamiento de jabalina (cf. 3.4), era prueba incluída realmente en algún festival deportivo (quizá a ello aluda una inscripción tesalia del II-I a.C., *Syll* 3.1059; la fama de los jinetes y caballos tesalios es de sobra conocida).

Y si en el caso del lanzamiento de jabalina está documentada la existencia de pruebas de puntería y de distancia, lo mismo cabe decir a propósito del tiro con arco, aunque en el caso de la jabalina fue el lanzamiento a distancia el que se impuso como prueba integrante del pentatlo en los festivales panhelénicos, en tanto que en las competiciones efébicas de tiro con arco prevalecieron los concursos de tiro al blanco. Sin embargo, una inscripción de finales del siglo IV a.C., procedente de la ciudad de Olbia, en la costa norte del Mar Negro (Moretti, *IAG* 32), atestiguan la existencia de pruebas de tiro con arco en las que los participantes debían lanzar sus flechas lo más lejos posible; dicha inscripción menciona como vencedor a un tal Anaxágoras, quien alcanzó una distancia de 282 brazas, unos 500 m.; la interrupción del texto nos impide conocer la longitud conseguida por quienes le siguieron en la calsificación final de la prueba. Ningún otro documento literario o arqueológico nos vuelve a mencionar tal modalidad deportiva.

BIBLIOGRAFÍA

J. Bérard, "Le concours de l'arc dans l'Odysée", *REG* LXVIII 1955, 1-11; P. Brain – D.D. Skinner, "Odysseus and the Axes: Homeric Ballistic Reconstructed", *GandR* XXV 1978, 55-58; W. Burkert, "Von Amenophis II zur Bogenprobe des Odysseus", *GB* I 1973, 69-78; J. Calvo, *Juegos de niños en la Grecia antigua*, Barcelona 1982, tesis doctoral inédita; E. Schmidt, *Spielzeug und Spiele der Kinder im klassischen Altertum*, Meiningen 1971; E. von Stern, "Der Pfeilschuss des Olbiopoliten Anaxagoras", *OeJh* IV 1901, 57-60.



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Componen la siguiente lista bibliográfica las obras generales sobre el deporte en Grecia, que son citadas en el cuerpo del libro por el nombre de su autor (o abreviadas en el caso de que se cite más de un libro del mismo autor). La bibliografía específica sobre cada tema se incluye al final del capítulo correspondiente.

ARNÁIZ ZARANDONA, S. *El deporte en Grecia*, Madrid, Ed. del Movimiento, 1964.

BENGTSON, H., *Die olympischen Spiele in der Antike*, Zürich 1971.

BERNARDINI, P.A., (ed.), *Lo sport in Grecia*, Roma-Bari 1988.

BILINSKI, B., *L'agonistica sportiva nella Grecia antica. Aspetti sociali e ispirazioni letterarie*, Roma 1960.

BILINSKI, B., *Agoni ginnici. Componenti artistici ed intellettuali nell' antica agonistica greca*, Roma 1979.

BLOCH, R., "Réflexions sur les sports dans la Grĕce antique", *Hommages à Marcel Renard*, ed. por J. Bibauw. Coll. Latomus CI, CII y CIII, Bruselas 1969, 3 vol., II 105-112.

BLOCH R., "Les sports dans l'antiquité", *Diogène* XCIV 1976, 67-91.

BUTLER, A.J., *Sport in Classical Times*, Londres-Nueva York 1930.

CROWTHER, N.B., "Studies in Greek Athletics, I and II", *CW* LXXVIII 1985, 497-538; LXXIX 1986, 73-135.

CROWTHER, N.B., "Recent Trends in the Study of Greek Athletics (1982-1989)", *LAC* LIX 1990, 246-255.

DIEM, C., *Historia de los deportes*, Barcelona 1966.

DURÁNTEZ, C., *Olypmia y los Juegos Olímpicos antiguos*, Pamplona 1975, 2 vol.

FABER, P., *Agonisticon, sive de re athletica ludisque veterum gymnicis, musicis atque circensibus specilegiorum tractatus*, Lyon 1592.

FINLEY, M.I. – PLEKET, H.W., *The Olympic Games. The First Thou-*

sand Years, Nueva York 1976 (trad. aleman, Tubinga 1976; trad. italiana, Roma 1980).

GARDINER, E.N., *Greek Athletic Sports and Festivals*, Londres 1910, reimpr. Dubuque (Iowa) 1970 (citado: *GAS*)

GARDINER, E.N., *Athletics of the Ancient World*, Oxford 1930, reimpr. Chicago 1979 (citado: *AAW*).

GUALAZZINI, U., *Premesse storiche al diritto sportivo*, Milán 1965.

HARRIS, H.A., *Greek Athletes and Athletics*, Londres 1964 (citado: *GAA*).

HARRIS, H.A., *Sport in Greece and Rome*, Ithaca, Nueva York, 1972 (citado: *SGR*).

HUIZINGA, J., *Homo ludens*, Madrid 1973.

JAEGER, O.H., *Die Gymnastik der Hellenen*, Stuttgart 1881.

JÜTHNER, J., *Die athletischen Leibesübungen der Griechen*, ed. por F. Brein, Viena 1965-68, 2 vol.

KLEE, TH., *Zur Geschichte der gymnischen Agone an griechischen Festen*, Leipzig-Berlín 1918.

KRAUSE, J.H., *Die Gymnastik und Agonistik der Hellenen*, Leipzig 1841, reimpr. Wiesbaden 1971, con introd. de M. Laemmer.

KYLE, D.G., *Athletics in Ancient Athens*, Leiden 1987.

LUKAS, G., *Die Körperkultur in frühen Epochen der Menschheitsentwicklung*, Berlín 1969.

MANDELL, R.D., *Sport. A Cultural History*, Nueva York 1984.

MARÓTI, E., *Bibliographie zum antiken Sport und Agonistik*, Szeged 1980.

McINTOSH P.C., (ed.), *Landmarks in the History of Physical Education*, Londres 1981[2].

MERCURIALIS, H., *De arte gymnastica libri* 6, Venecia 1573.

MILLER, S.G., *Arete. Ancient Writers, Papyri and Inscriptions on the History and Ideals of Greek Athletics and Games*, Chicago 1979.

MORETTI, L., *Iscrizioni Agonistiche Greche*, Roma 1953 (citado: *IAG*).

NEBEL, G., "Die griechische Athletik", *Antaios* II 1961, 189-203.

OLIVOVÁ, V., *Sports and Games in the Ancient World*, Londres 1984.

OTERO ESPASANDÍN, J., *El deporte griego*, Buenos Aires 1944.

PATRUCCO, R., *Lo sport nella Grecia antica*, Florencia 1972.

POPPLOW, U., *Leibesübungen und Leibeserziehung in der griechischen Antike*, Stuttgart 1972[2] (trad. española en *Citius Altius Fortius* I 1959 y II 1960).

RENSON, R. – NAYER, P.P. DE – OSTYN, M., *The History, the Evolution and Difussion of Sports and Games in Different Cultures*, Bruselas 1976.

ROBINSON, R.S., *Sources for the History of Greek Athletics*, Cincinnati 1955, reimpr. Chicago 1979.

SANSONE, D., *Greek Athletics and the Genesis of Sport*, Berkeley-Los Angeles 1988.

SCANLON, T.F., *Greek and Roman Athletics. A. Bibliography*, Chicago 1984.

SCHRÖDER, B., *Der Sport im Altertum*, Berlín 1927.

SWEET, W.E., *Sport and Recreation in Ancient Greece. A Sourcebook with Translations*, Nueva York-Oxford 1987.

ULMANN, J., *De la gymnastique aux sports modernes. Histoire des doctrines de l'éducation physique*, París 1965.

WEILER, I., *Der Sport bei den Wölkern der Alten Welt. Eine Einführung*, Darmstadt 1981.

YALOURIS, N., (ed.), *The Olympic Games in Ancient Greece*, Atenas 1982.

YOUNG, D.C., *The Olympic Myth of Greek Amateur Athletics*, Chicago 1984.

En las bibliografías parciales se citan mediante siglas las revistas siguientes:

AA	Archaeologischer Anzeiger. Berlín.
AAA	Arkhaiologiká Análecta ex Athenón. Atenas.
AAntHung	Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae. Budapest.
AAWW	Anzeiger der Oesterreischen Akademie der Wissenschaft in Wien, Philos. –Hist. Klasse. Viena.
ABSA	Annual of the British School at Athens. Londres.
AC	L'Antiquité Classique. Lovaina.
AE	Arkhaiologiké Ephemerís. Atenas.
AEA	Archivo Español de Arqueología. Madrid.
AION	Annali dell'Istituto universitario Orientale di Napoli.
AJA	American Journal of Archaelogy. Nueva York.
AJAH	American Journal of Ancient History. Cambridge (Mass.).
AJPh	American Journal of Philology. Baltimore.
AncW	Ancient World. Chicago.
ArchClss	Archeologia Classica. Roma.
ArchN	Archaeological News. Tallahassee (Florida).
AU	Altsprachliche Unterricht. Stuttgart.
AW	Antike Welt. Zürich.
BCH	Bulletin de Correspondance Hellénique. París.
BCO	Bulletin Classica Orientalis. Berlín.
BICS	Bulletin of the Institute of Classical Studies. Londres.
CAF	Citius Altius Fortius. Madrid.
CJ	Classical Journal. Boulder, Colorado.
CPh	Classical Philology. Chicago.
CR	Classical Review. Oxford.
CSCA	California Studies in Classical Antiquity. Berkeley.
CW	Classical World. Pittsburgh.
Daremberg-Saglio	Dictionaire des antiquités grecques et romaines, ed. por

	Ch. Daremberg, E. Saglio, E. Pottier e I. Lafaye, París 1877-1929.
EHEM	Epetirís tís Eterías Iliakón Meletón. Atenas.
EMC	Echos du Monde Classique. Calgary.
FundF	Forschung und Fortschritte. Berlín.
GB	Grazer Beiträge. Graz.
GBA	Gazette des Beaux-Arts. París.
GandR	Greece and Rome. Oxford.
GRBS	Greek, Roman and Byzantine Studies. Durham, N.C.
HfL	Hochschullblatt für Leibesübungen.
HSCP	Harvard Studies in Classical Philology. Cambridge (Mass.).
IL	L'Information Littéraire. París.
JHS	Journal of Hellenic Studies. Londres.
JofSportH	Journal of Sport History, Pennsylvania.
KBSW	Kölner Beiträge zur Sportwissenschaft. Colonia.
LEC	Les Etudes Classiques. Namur, Francia.
LF	Listy Filologické. Praga.
LKE	Leibesübungen und körperliche Erziehung. Berlín.
MB	Musée Belge.
MC	Il Mondo classico. Turín
MDAI(A)	Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts (Athen). Berlín.
MDAI(R)	Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts (Rom). Mainz.
MEFR	Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de L'Ecole Française de Rome. París.
MGR	Miscellanea greca e romana. Roma.
MNIR	Mededelingen van het Nederlandsch historisch Instituut te Rome. Gravenhage.
MVPhW	Mitteilungen des Vereins klassischer Philologen in Wien.
NASSH	North American Society for Sport History.
NTM	Schriftenreihe für Geschichte der Naturwissenschaften, Technik und Medizin. Leipzig.

OeJh	Oesterreichische Jahreshefte. Viena.
PAA	Praktiká tís Akadimías Athinón. Atenas.
PCPhS	Proceedings of the Cambridge Philological Society. Cambridge.
QAL	Quaderni di Archeologia della Libia. Roma.
QUCC	Quaderni Urbinati di Cultura Classica. Roma.
RA	Revue Archéologique. París.
RAL	Rendiconti dell'Accademia dei Lincei. Roma.
RE	Real-Encyclopädie der klassischen Altertumwissenschaft, ed. por A. Pauly, G. Wissowa y W. Kroll, Stuttgart 1893 y ss.
REA	Revue d'Etudes Anciennes. Talence.
REG	Revue d'Etudes Grecques. París.
RFIC.	Rivista di Filologia e Istruzione Classica. Turín.
RhM	Reinisches Museum. Frankfurt.
RLAC	Reallexicon für Antike und Christentum. Stuttgart.
RSC	Rivista di Studi Classici. Turín.
San	Journal of the Society of Ancient Numismatics. Santa Mónica, Calif.
SBAW	Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften. Munich.
StudClas	Studii Clasice. Bucarest.
StudUrb	Studi Urbinati. Urbino.
TAPhA	Transactions and Proceedings of the American Philological Association. Cleveland.
VopIst	Voprosy Istorii. Moscú.
WS	Wiener Studien. Viena.
YCS	Yale Classical Studies. New Haven.
ZPE	Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik. Bonn.

ÍNDICE GENERAL

1. EL DEPORTE GRIEGO: CARACTERÍSTICAS GENERALES Y EVOLUCIÓN HISTÓRICA . 9

1.1. CRETA Y MICENAS 9
1.1.1. Juegos del toro 11
1.1.2. Boxeo y lucha 15
1.1.3. Otros ejercicios físicos 18
Bibliografía 19

1.2. HOMERO 21
Bibliografía 35

1.3. ÉPOCAS ARCAICA Y CLÁSICA 37
1.3.1. Educación física 41
1.3.1.1. Esparta 42
1.3.1.2. Atenas 51
1.3.1.3. Jenofonte, Platón, Aristóteles 60
1.3.2. El deporte de competición 65
1.3.2.1. "Amateurismo" y profesionalismo 65
1.3.2.2. Críticas 75
1.3.2.3. Entrenamiento y régimen de vida de los atletas 84
1.3.2.4. Irregularidades y muertes 91
1.3.2.5. Desnudez de los atletas 100
1.3.3. El deporte femenino 104
Bibliografía 122

1.4. ÉPOCAS HELENÍSTICA Y ROMANA 129
1.4.1. La educación física 141
1.4.1.1. La escuela 142
1.4.1.2. La efebía 144
1.4.2. El deporte de competición 153

1.4.2.1. Difusión del deporte, profesionalismo, asociaciones atléticas 153
1.4.2.2. Críticas 162
Bibliografía 171

2. LOS JUEGOS 175

2.1. LOS JUEGOS OLÍMPICOS 175
2.1.1. Origen de los Juegos. Primera y última Olimpiada 175
2.1.2. El redescubrimiento de Olimpia 189
2.1.3. Desarrollo de los Juegos 194
2.1.4. Los helanódicas 202
2.1.5. Los espectadores 205
Bibliografía 208

2.2. LOS JUEGOS PÍTICOS 213
Bibliografía 218

2.3. LOS JUEGOS ÍSTMICOS 220
Bibliografía 223

2.4. LOS JUEGOS NEMEOS 224
Bibliografía 227

3. LAS PRUEBAS 229

3.1. LA CARRERA 229
3.1.1. Importancia de la carrera. Las distintas modalidades 229
3.1.2. Características físicas de los corredores, técnicas y tácticas 236
3.1.3. Dos problemas discutidos: las salida y el giro 240

3.1.4. Lampadedromía; "carrera del racimo"; Maratón 248
Bibliografía 256

3.2. EL SALTO 258
Bibliografía 271

3.3. EL LANZAMIENTO DE DISCO 272
Bibliografía 287

3.4. EL LANZAMIENTO DE JABALINA 289
Bibliografía 295

3.5. EL PENTATLO 297
3.5.1. Pruebas, significación y orígenes 297
3.5.2. Secuencia de las pruebas 299
3.5.3. Determinación del vencedor 304
Bibliografía 308

3.6. LA LUCHA 310
3.6.1. Ejercicio popular y completo 310
3.6.2. Los combates 313
Bibliografía 319

3.7. EL BOXEO 321
3.7.1. Orígenes y características 321
3.7.2. Los combates. Evolución del boxeo griego. Técnicas permitidas y prohibidas 323
Bibliografía 335

3.8. EL PANCRACIO 337
3.8.1. Orígenes y características 337
3.8.2. Los combates 339
Bibliografía 344

3.9. LAS PRUEBAS HÍPICAS 345
3.9.1. Características generales 345
3.9.2. Las pruebas 349

3.9.3. El hipódromo 355
3.9.4. Desarrollo de las carreras 358
Bibliografía 366

3.10. LA NATACIÓN Y EL REMO 368
3.10.1. Los deportes acuáticos en la vida de los griegos 368
3.10.2. La natación 371
3.10.3. El remo 372
3.10.4. Otros deportes acuáticos 376
Bibliografía 377

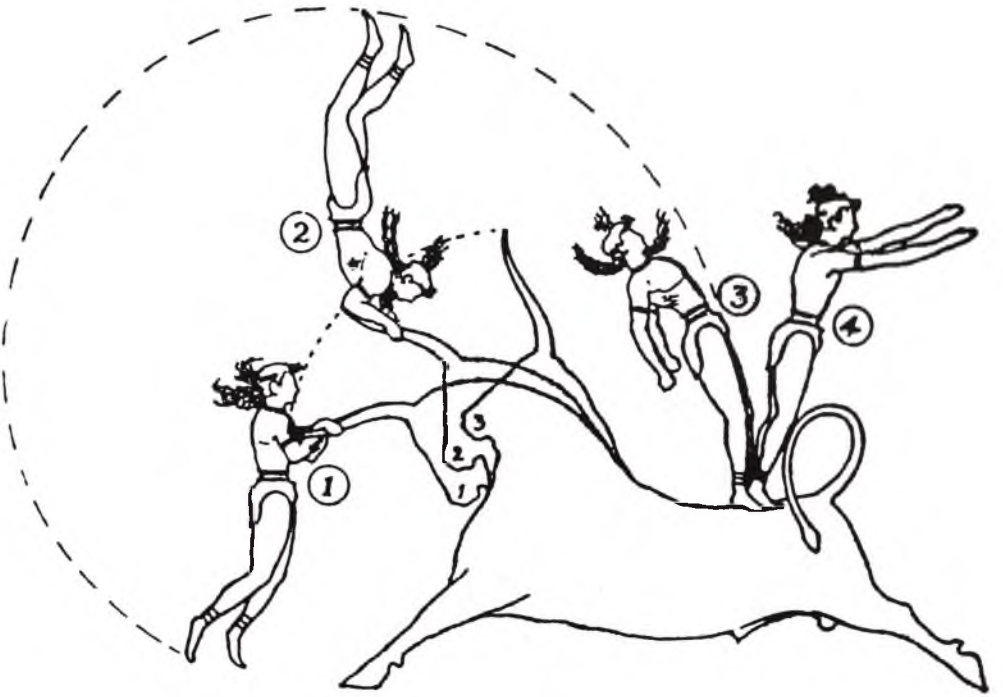
3.11. LOS JUEGOS DE PELOTA 379
Bibliografía 389

3.12. OTROS DEPORTES 391
3.12.1. El combate con armas 391
3.12.2. El tiro con arco 393

Bibliografía general 399
Siglas bibliográficas 402

LÁMINAS

1. Fresco de Cnoso. Museo de Iraclio. *Ca.* 1500-1450 a.C.



1 bis. Esquema del salto del toro (según Álvarez de Miranda).

2. Ritón de Cumasa. Museo de Iraclio. Comienzos del segundo milenio a.C.

3. Sello de Preso. Museo de Iraclio. *Ca.*1600-1400 a.C.

4. Anillo micénico de Ásine. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 1400-1350 a.C.

6. Fresco de los boxeadores de Tera. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 1550 ▷ a.C.

5. Vaso de los pugilistas de Hagia Tríada. Museo de Iraclio. *Ca.* 1500 a.C. ▷

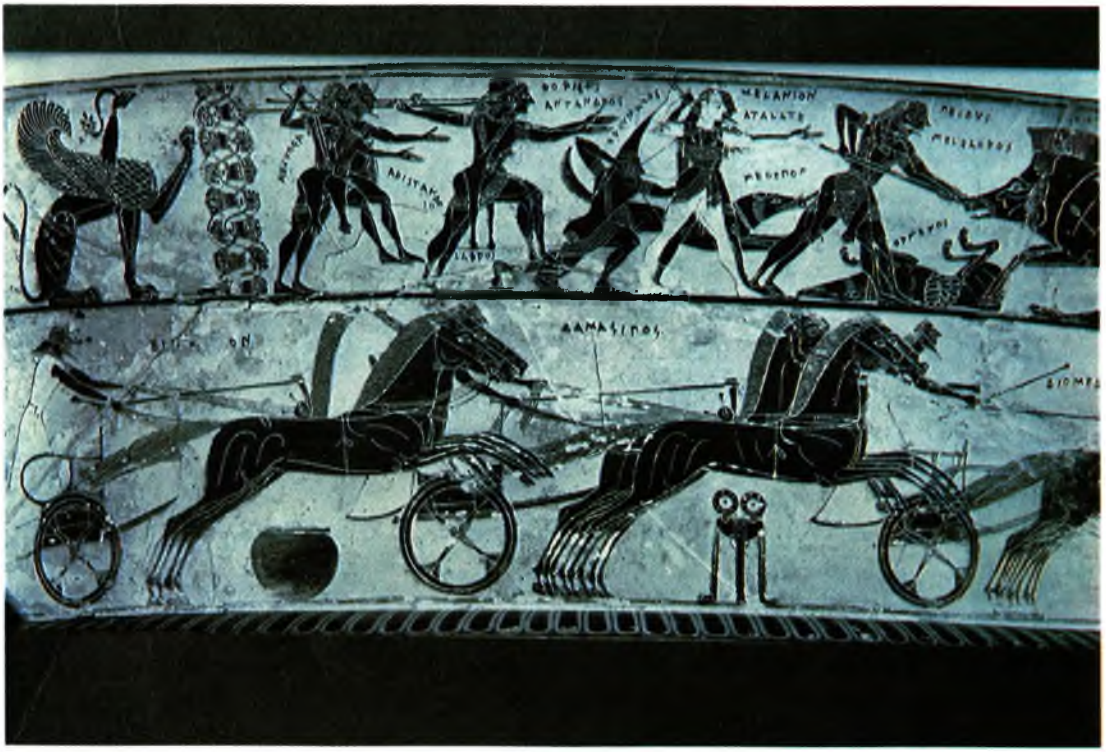
7. Danza. Grupo de la Tolos de Camelares. Museo de Iraclio. Tercer milenio a.C.

8. Acróbata. Museo de Iraclio. *Ca.* 1500.

9. Fresco del Pescador de Tera. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 1550-1500. ▷

10. ¿Carreras de carros? Estela funeraria micénica. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 1600.

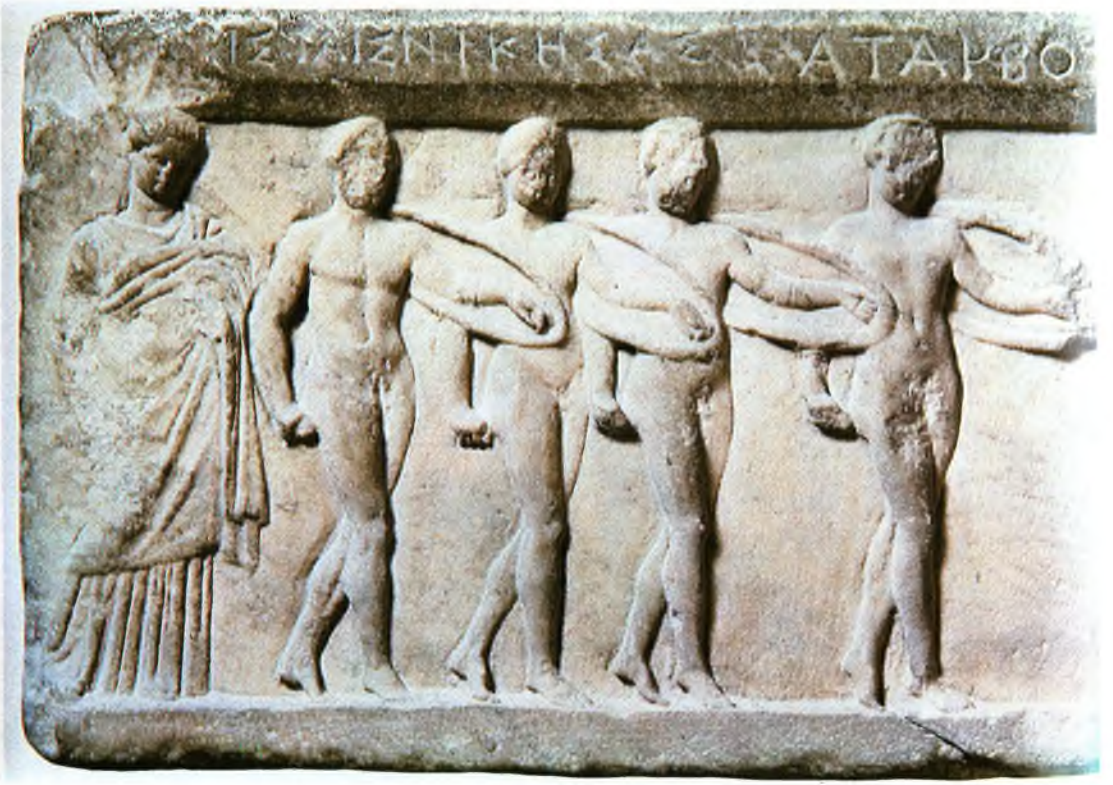
11. Juegos en honor de Patroclo. Vaso de Sófilo. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 580-570 a.C.



12. Juegos en honor de Patroclo. Vaso François, obra del pintor Clitias y del alfarero Ergótimo. Florencia, Museo Arqueológico. *Ca.* 570 a.C.

13. Carrera de carros en juegos fúnebres. Crátera del Dipilón. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. VIII a.C. (Fotografía: J. Storch de Gracia).

14. Niño preparándose para el boxeo y pedotriba. Londres, Museo Británico. V a.C.



15. Basa de un monumento conmemorativo por una victoria en la danza pírrica. Atenas, Museo de la Acrópolis. *Ca.* 330-320 a.C.

16. Conversación en la palestra, como indican los objetos colgados. Florencia, Museo Arqueológico. *Ca.* 470 a.C.

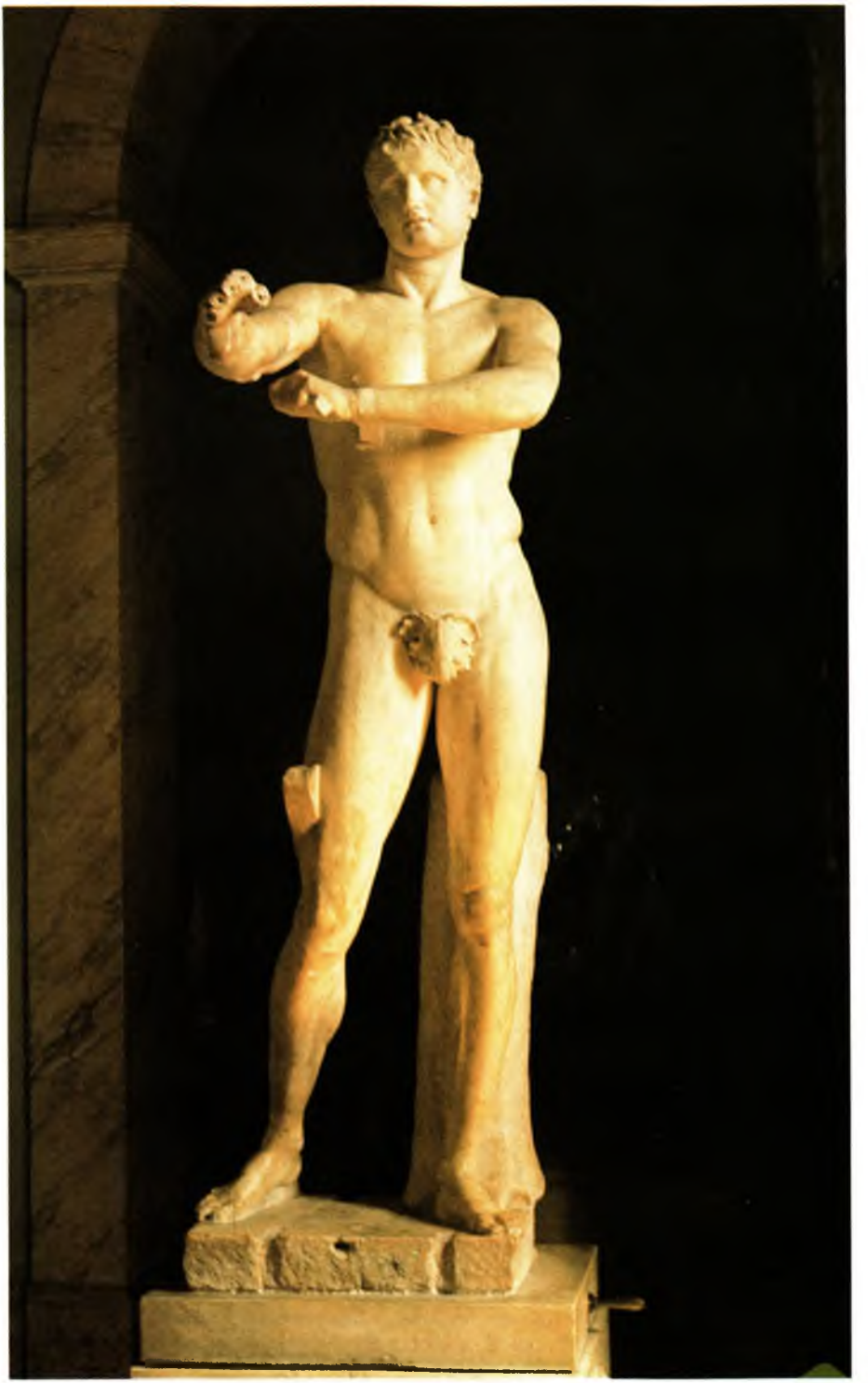
17. Estrígiles de bronce.

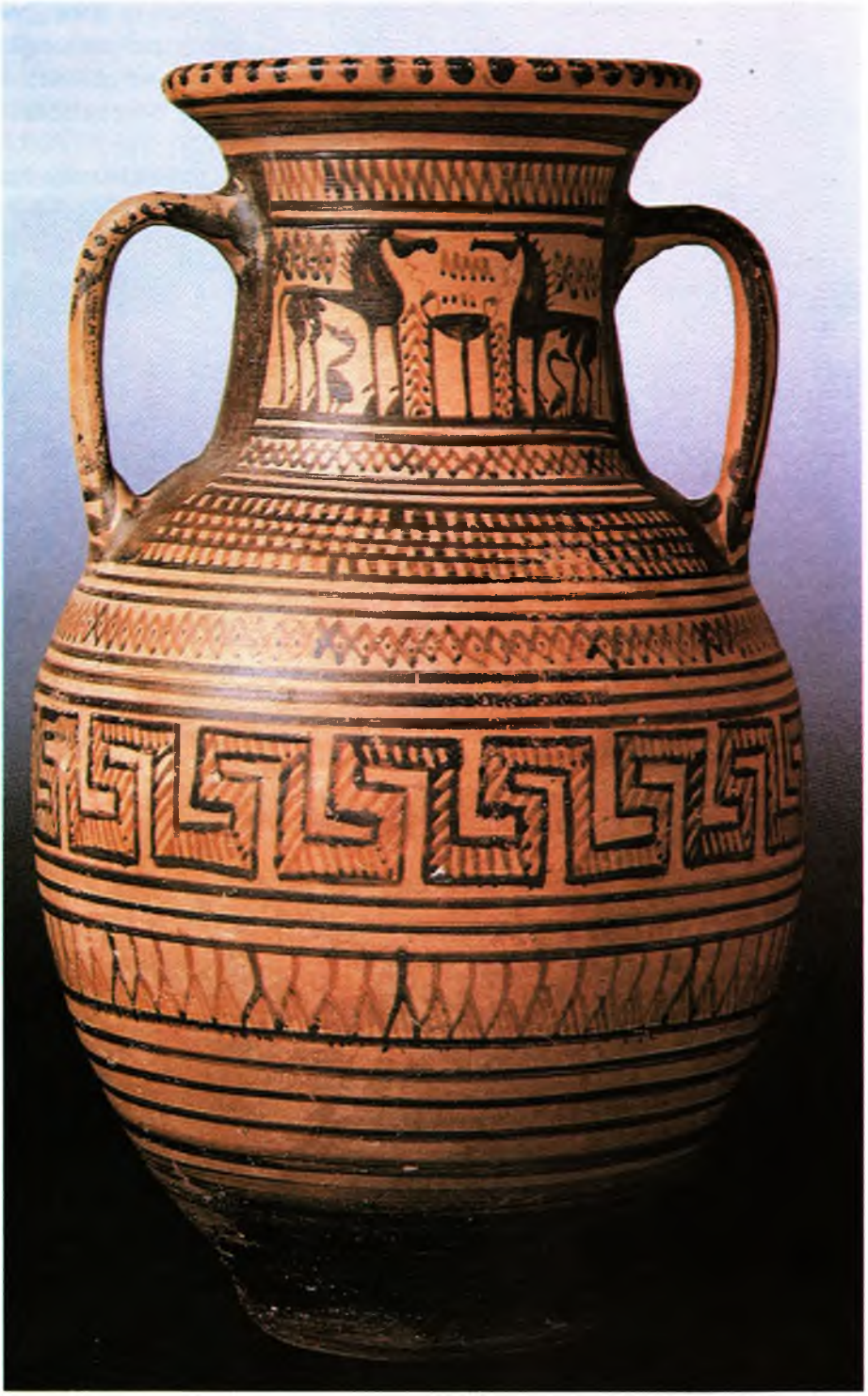
18. Lisipo, Apoxiómeno. Copia romana marmórea del original de bronce de *ca.* 330 ▷ a.C. (Fotografía: J. Storch de Gracia).

19. Escena de palestra. ▷

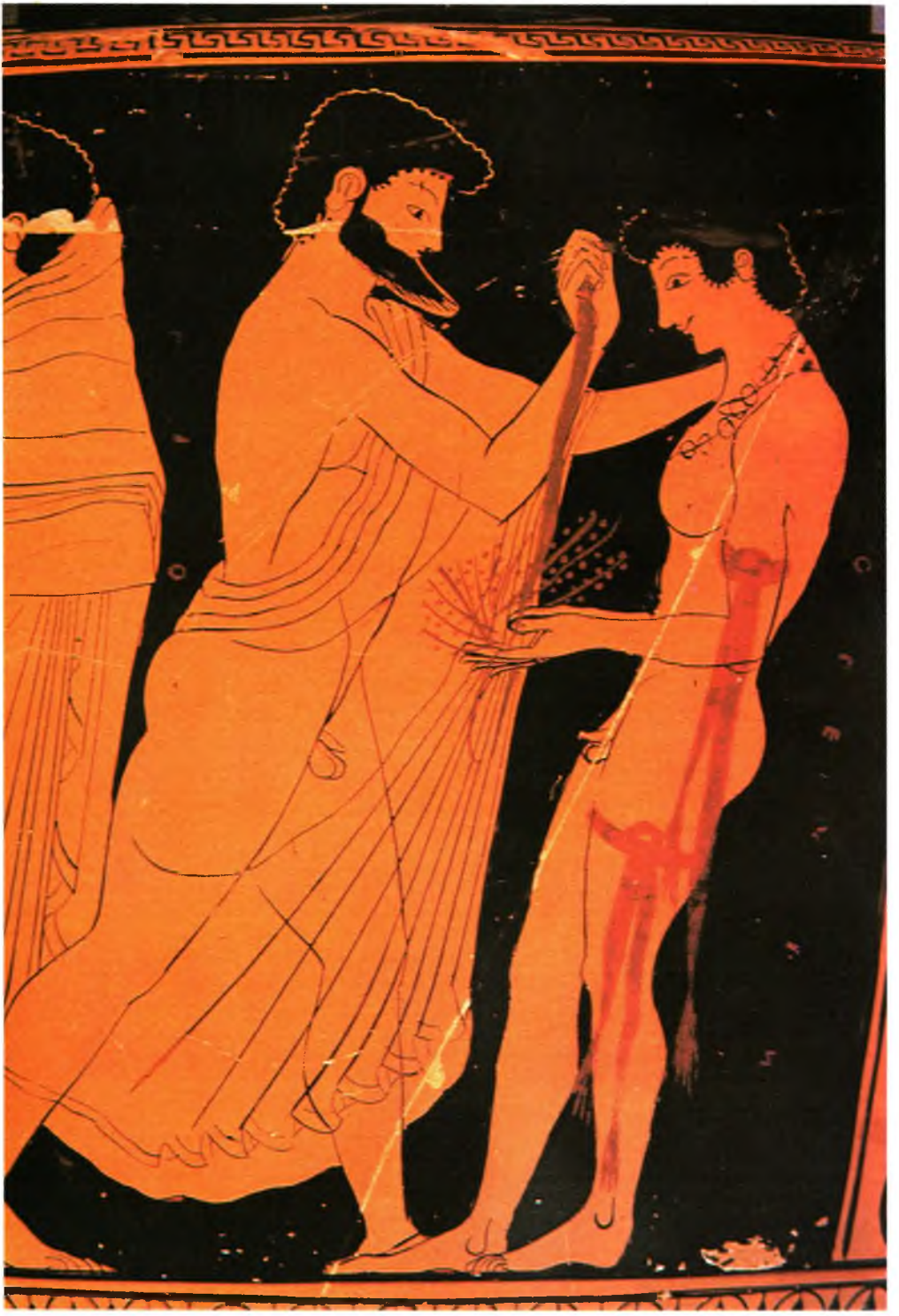
20. Trípodes como premio. Ánfora ática. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* ▷ 720-700 a.C.

21. Cintas como premio. Policleto, Diadúmeno. Atenas, Museo Arqueológico ▷ Nacional. Copia del original de bronce del tercer cuarto del siglo V a.C. (Fotografía: J. Storch de Gracia).





ΟΛΥΔΕΥ



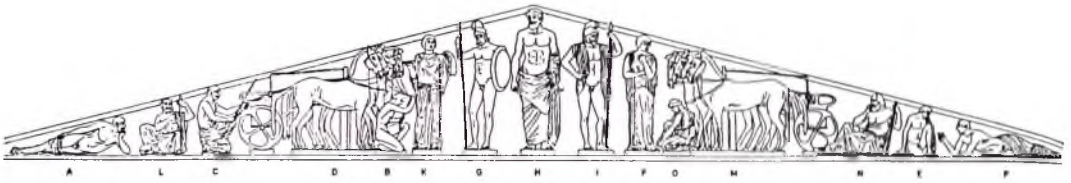
24. Basa de la estatua votiva del boxeador Eutimo de Locros. Museo de Olimpia. *Ca.* 470 a.C.

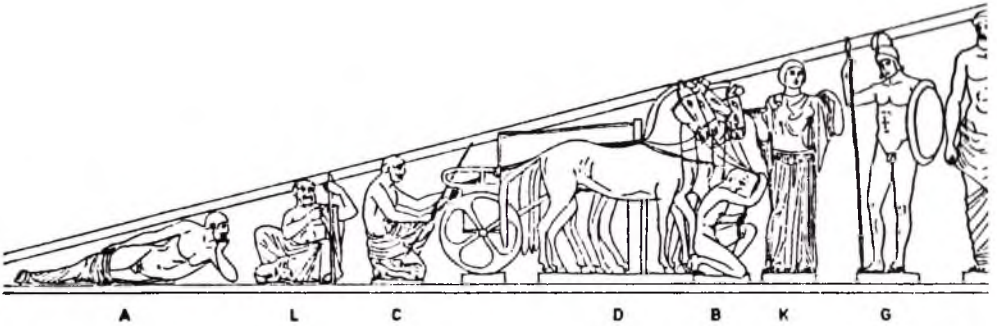
◁ 22. Coronas como premio. Polideuces coronado tras derrotar a Amico. Ferrara. Museo Nazionale di Spina. Finales del V a.C.

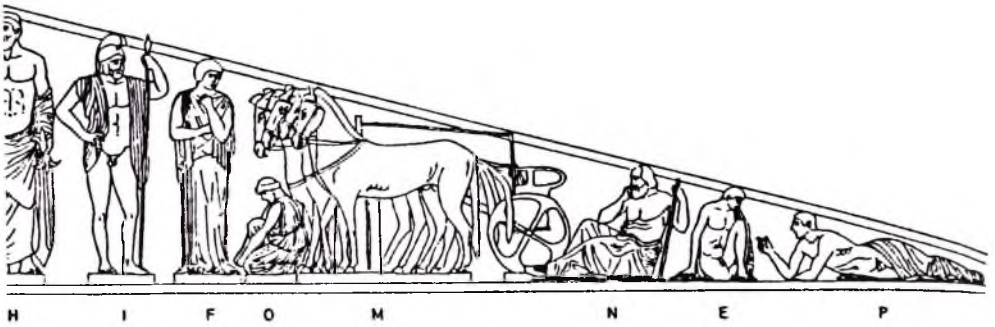
◁ 23. Cintas, coronas y *phyllobolía*. Hidria ática. Munich, Staatliche Antikensammlungen. *Ca.* 500 a.C.

25. Lucha de Peleo y Atalanta. Ánfora ática. Munich, Staatliche Antikensammlungen. ▷ *Ca.* 500 a.C.

26. Muchacha espartana corriendo. Londres, Museo Británico. *Ca.* 520-500 a.C.





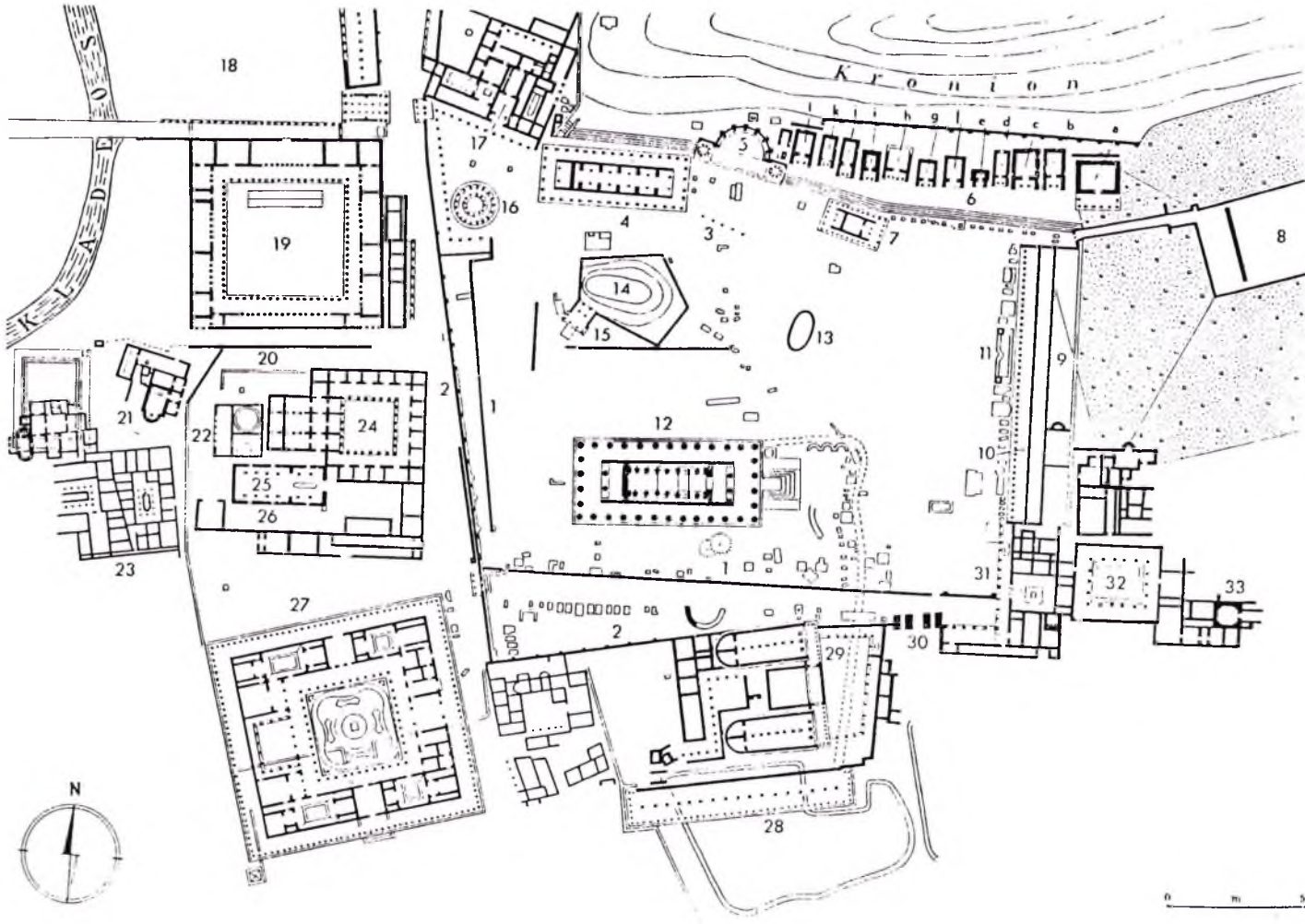


27. Preparativos de la carrera de carros entre Pélope y Enómao. Frontón del templo de Zeus en Olimpia. Museo de Olimpia. 472 a.C. (según la reconstrucción de H. Herrmann).

28. Olimpia. Maqueta con reconstrucción del santuario.

Fig. 29. PLANO DE OLIMPIA

1. Murallas griegas; 2. Murallas romanas; 3. Construcciones prehistóricas; 4. Templo ▷ de Hera; 5. Ninfeo de Herodes Ático; 6. Tesoros; 7. Metroon; 8. Estadio; 9. Pórtico antiguo; 10. Pórtico de Eco; 11. Monumento de Tolomeo II y Arsínoe; 12. Templo de Zeus; 13. Altar de Zeus (?); 14. Pelopio; 15. Muro; 16. Filipeo; 17. Pritaneo; 18. Gimnasio; 19. Palestra; 20. Conducciones de agua; 21. Baños; 22. Templo de los Héroes; 23. Albergues romanos; 24. Teocoleo; 25. Basílica Paleocristiana; 26. Taller de Fidias; 27. Leonideo; 28. Pórtico Sur; 29. Buleuterio; 30. Entrada Sur; 31-32-33. "Villa de Nerón".


Kronion
KLADEOS
N
0 m 500

30. Olimpia: estadio y Cronión. (Fotografía: J. Storch de Gracia).

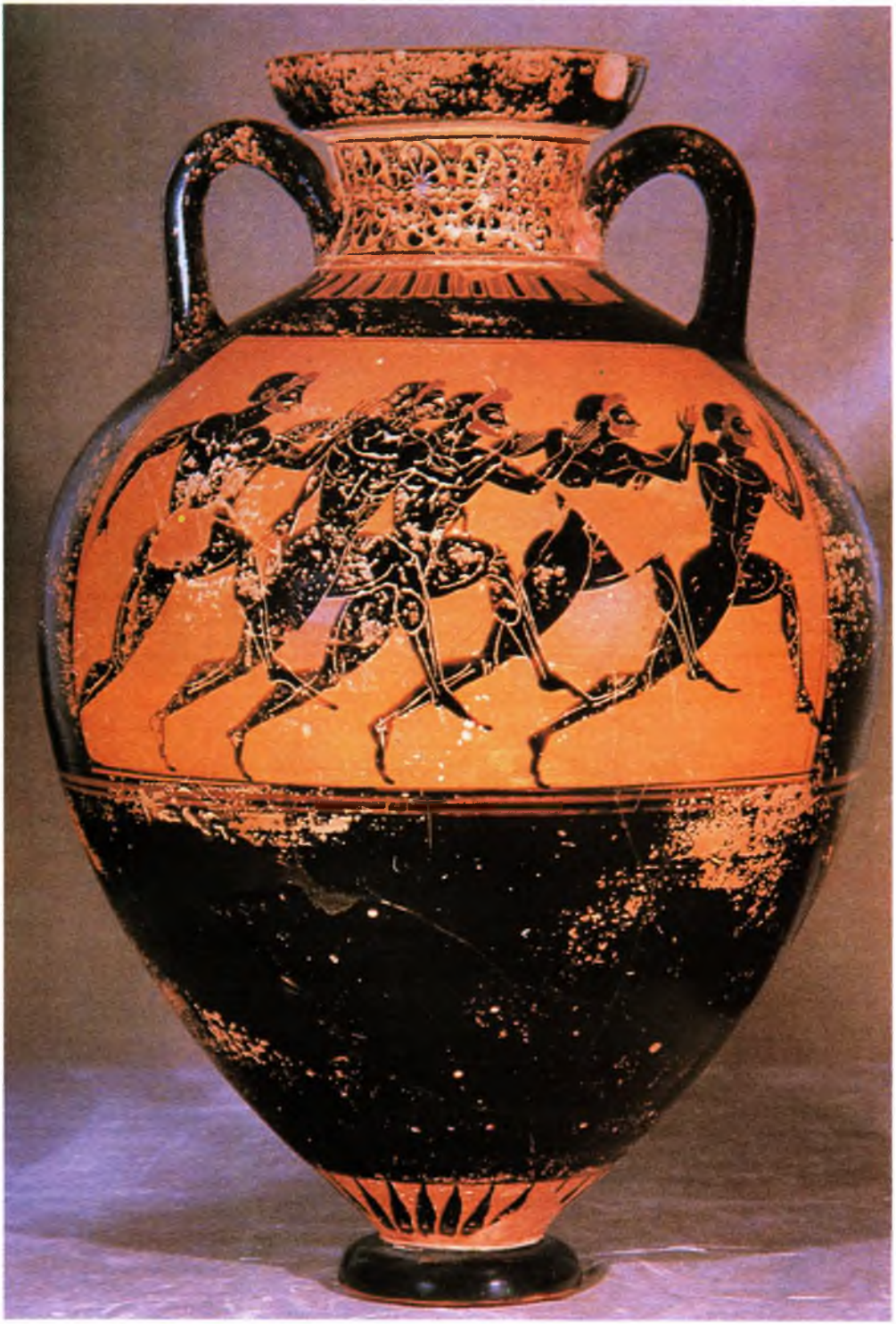
31. Olimpia: estadio, con el altar de Deméter y la tribuna de los helanódicas. (Fotografía: J. Storch de Gracia).

32. Olimpia: gimnasio. (Fotografía: J. Storch de Gracia).

33. Olimpia: palestra.

34. Delfos: teatro. ▷

35. Nemea: estadio. (Fotografía: J. Storch de Gracia). ▷



37. Carrera de fondo. Ánfora Panatenaica. Londres, Museo Británico. 333 a.C.

38. Carrera de hoplitas: corredor en disposición de tomar la salida. Ánfora Panatenaica. ▷ Atenas, Colección del Eforado de Antigüedades. Mediados del IV a.C.

39. Salida. Estatuilla de bronce. Museo de Olimpia. *Ca.* 480 a.C. ▷

◁ 36. Carrera de velocidad. Ánfora ateniense de *ca.* 520 a.C.

41. Reconstrucción del mecanismo de salida del estadio ístmico.

◁ 40. Lastras de salida del estadio de Olimpia.

42. Lampadedromía. Atenas. Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 425 a.C.

43. Haltera de mármol del lacedemonio Acmátidas. Museo de Olimpia. *Ca.* 550-525 a.C.

44. Copa de Duris. Basilea, Antikenmuseum. Primer cuarto del V a.C.

45. Disco de Asclepíades. Museo de Olimpia. Mediados del III p.C.

46. Lanzador de *sólos*. Bolonia, Museo Cívico. Comienzos del V a.C. ▷

47. Primera fase de lanzamiento. París, Louvre. Finales del V a.C. (Fotografía: J. Storch ▷ de Gracia).

48. Segunda fase de lanzamiento. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 560-550 a.C.

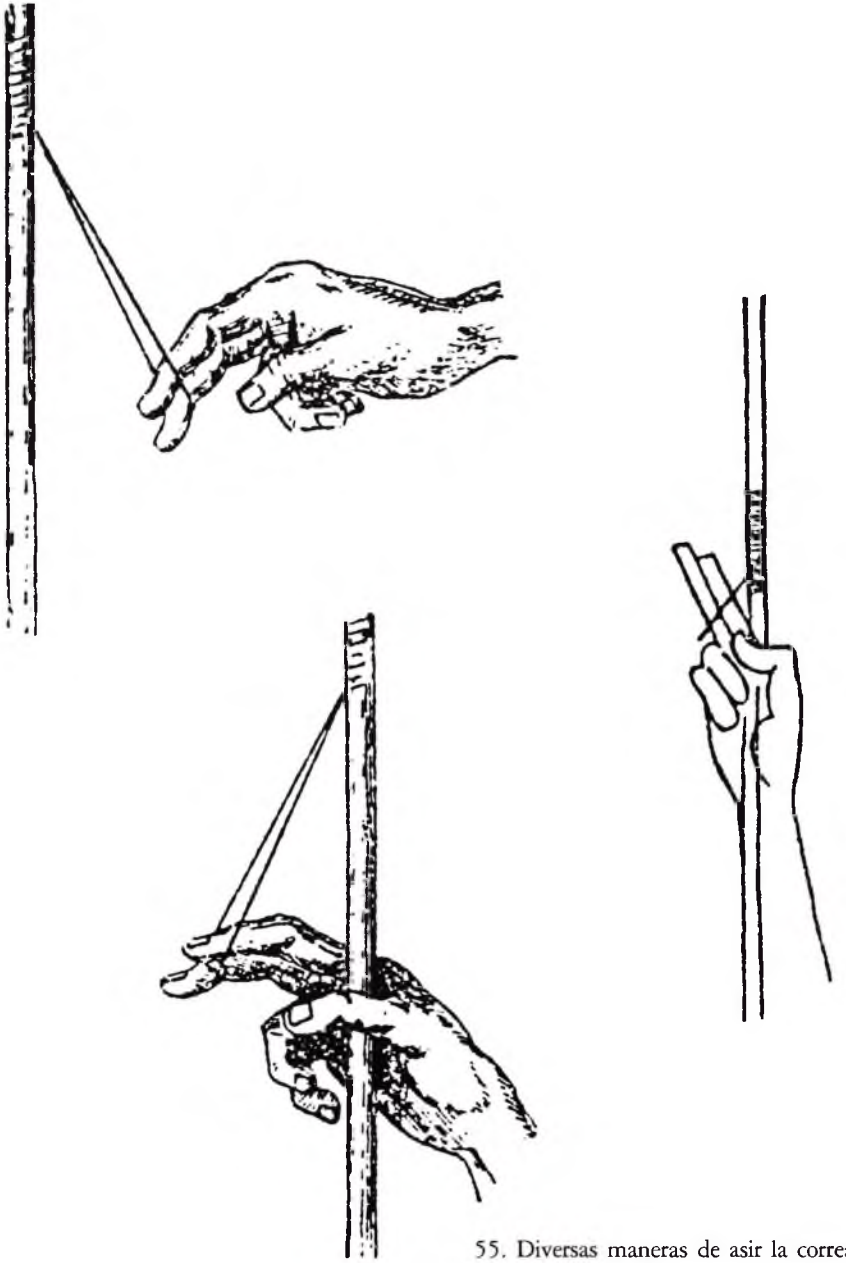
49. Tercera fase de lanzamiento. V a.C. ▷

51. Quinta fase de lanzamiento. Copa del pintor Onésimo. Boston, Museum of Fine Arts. *Ca.* 500-480 a.C.

52. Sexta fase de lanzamiento. Mirón, Discóbolo. Roma, Museo de las Termas. Copia ▷ marmórea del original de bronce de mediados del V a.C.

53. Sexta fase de lanzamiento. Discóbolo Ambelokipi. Atenas, Museo Arqueológico ▷ Nacional. ¿II p.C.?

◁ 50. Cuarta fase de lanzamiento. Vaso del pintor Olto. Nueva York, Metropolitan Museum. Finales del VI a.C.

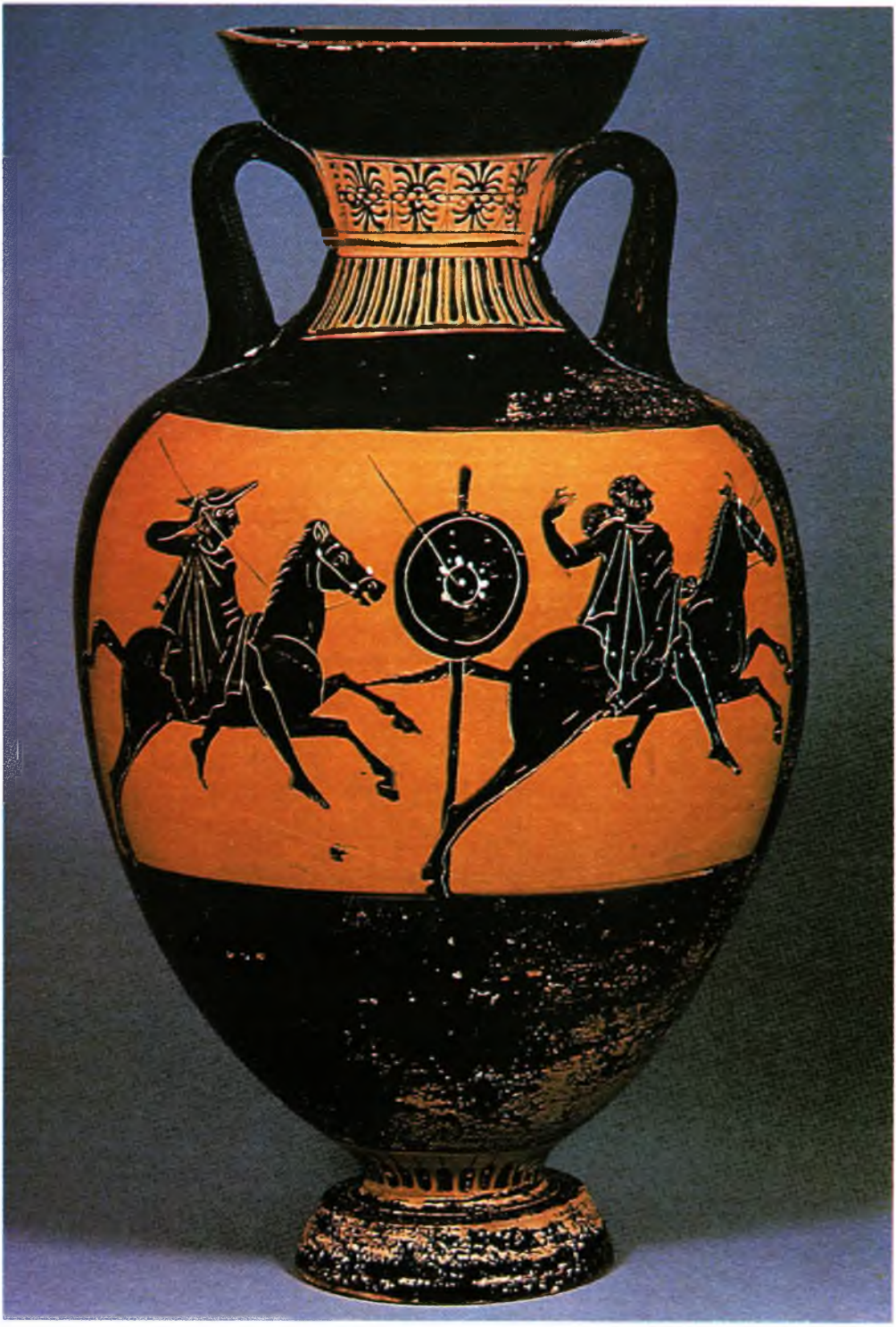


55. Diversas maneras de asir la correa.

◁ 54. Séptima fase de lanzamiento. Nápoles, Museo Arqueológico. *Ca.* 450 a.C.

56. Vaso del pintor Epicteto. Berlín, Antikenmuseum. *Ca.* 520 a.C.

57. Disco de bronce de Egina. Berlín, Antikenmuseum. Mediados del V a.C.



59. Lucha, jabalina y salto. Londres, Museo Británico. *Ca.* 540 a.C.

◁ 58. Tiro al blanco a caballo. Ánfora Panatenaica. Londres, Museo Británico. *Ca.* 400 a.C.

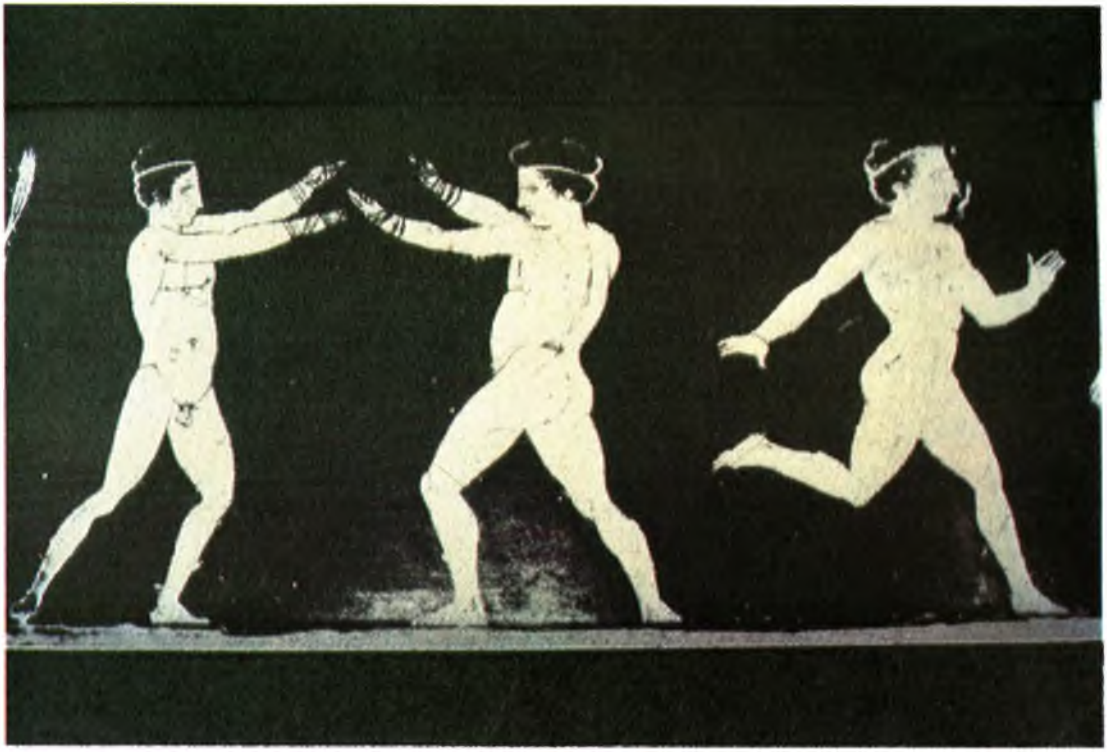
60. Posición de inicio. Basa de estatua. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 510 a.C.

61. Lucha en las Panateneas. Pintor de Andócides. Berlín; Staatliche Museen. Último cuarto del VI a.C.

62. Pequeño bronce de procedencia egipcia. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. II-I ▷ a.C.

63. Vaso de Eutímenes. Turín. Finales del V a.C. ▷

64. Fresco de la Tumba de la Mona de Chiusi. Comienzos del V a.C.



65. Boxeadores con correas. Nueva York, Metropolitan Museum.

66. Boxeadores con *sphaîrai* (?). Londres, Museo Británico. 336/5 a.C.

67. *Himántes oxeîs.* Bronce de Apolonio. Roma, Museo de las Termas. I p.C. ▷

68. Lapita golpeando a un Centauro. Florencia, Museo Arqueológico. *Ca.* 460 a.C.

69. Terracota helenística. Dresde. ▷

71. Heracles y el león de Nemea.

◁ 70. Polideuces ejercitándose con el *punch-ball*.

72. Heracles y Anteo. Vaso de Eufronio. París, Louvre. Finales del VI a.C.

73. Teseo y el Minotauro.

74. Técnicas prohibidas en el pancracio. Londres, Museo Británico. *Ca.* 500-475 a.C.

75. Lucha en el suelo *(alíndesis)*. Florencia, Uffizi. II a.C.

76. Teseo y Escirón (presa llamada *hyptiasmós*). Nueva York, Metropolitan Museum.

77. Cuádriga. Londres. Museo Briránico. Finales del V a.C.

79. Biga tirada por mulas. Moneda de Mesina.

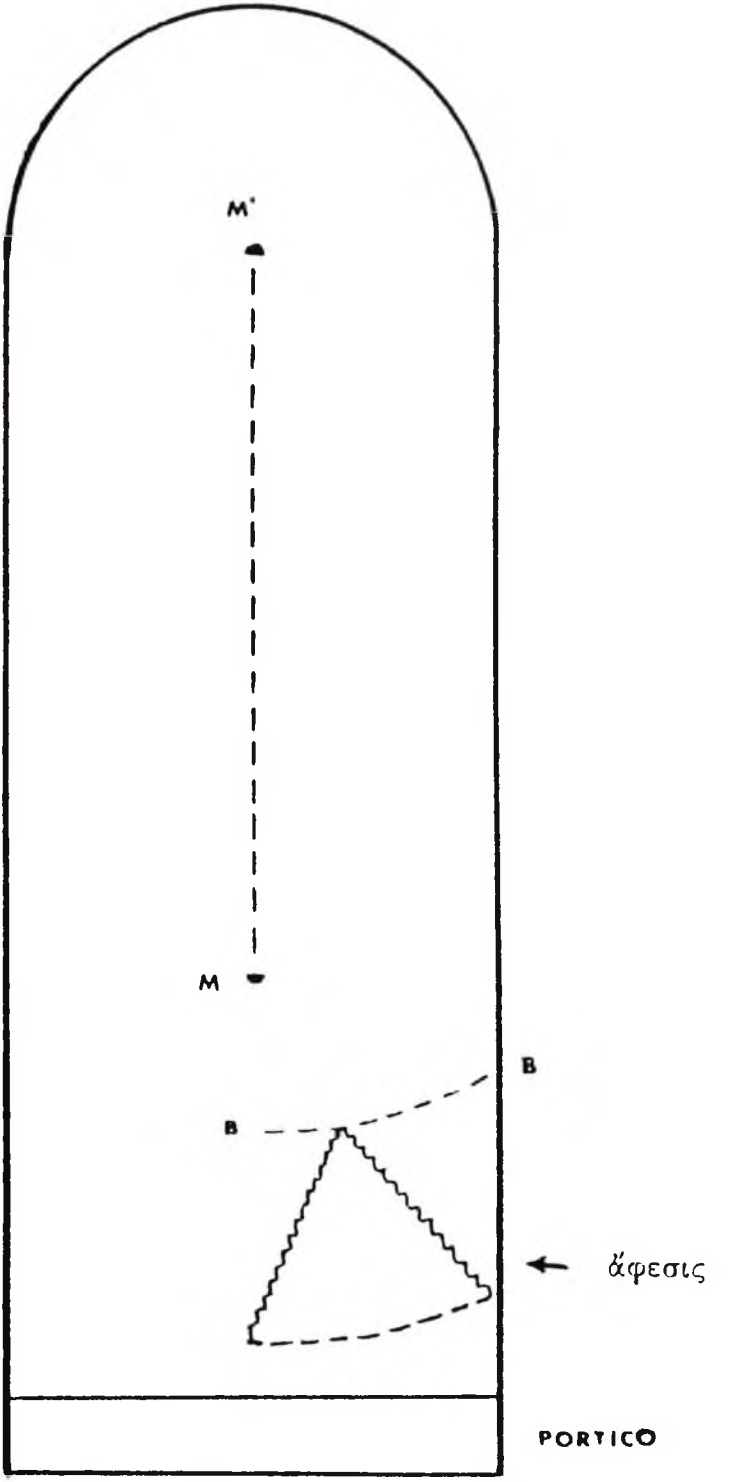
◁ 78. Auriga. Museo de Delfos. 474 a.C. (Fotografía: J. Storch de Gracia).

80. Carrera de caballos montados. Vaso del Pintor de Eucárides. Londres, Museo Británico. Comienzos del V a.C.

81. Jinete, del santuario de Dodona. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 575-550 a.C.

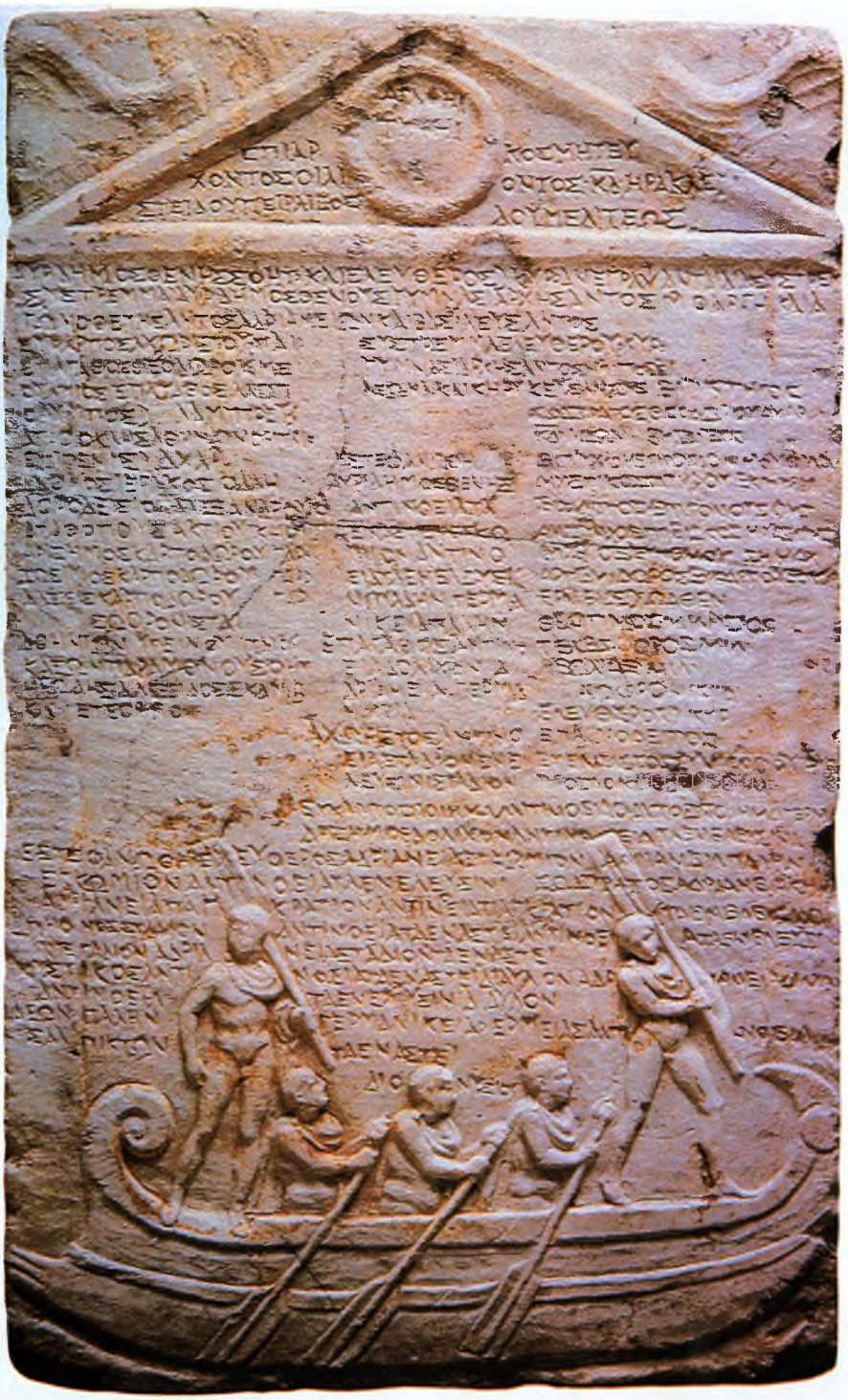
82. *Apobátes*. Basa de un monumento conmemorativo de una victoria en las Panateneas. Atenas, Museo del Agora. *Ca*. 400-380 a.C.

83. Hipódromo de Olimpia (según el esquema de A. Martin). ▷


M'
M
B
B
ἄφεσις
PORTICO

84. Mujeres nadando. París, Louvre. *Ca.* 510 a.C.

85. Salto de trampolín. Fresco de la "Tumba del Saltador" de Posidonia. *Ca.* 480 ▷
a.C.



87. Anfora ática. Londres, Museo Británico. *Ca.* 520-500 a.C.

◁86. Remo: estela con lista efébica (*IG* II.2.2087). Atenas, Museo Arqueológico Nacional. 163/4 p.C.

88. Basa de estatua. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 510 a.C.

89. Juego llamado *keretízein*. Basa de estatua. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. *Ca.* 510 a.C.

90. Lutroforo procedente del Pireo. Atenas, Museo Arqueológico Nacional. Primera mitad del IV a.C.

91. Ganimedes jugando con el aro. París, Louvre. *Ca.* 500-490 a.C.

92. Pelea de gallos. Museos Vaticanos. Finales del siglo V a.C. ▷

93. Hoplomaquia. Londres, Museo Británico. Primer cuarto del V a.C. ▷

94. Ulises disparando el arco. Berlín, Staatliche Museen. *Ca.* 475-450 a.C. ▷